

269
LARIO

MATILDE.

MEMORIAS DE UNA MUGER DEL GRAN MUNDO

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721482444

DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO

MATILDE

MEMORIAS DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO

MATILDE.



MEMORIAS

DE UNA MUGER DEL GRAN MUNDO.

POR

EUGENIO SUE.

— — — — —
TOMO II.
— — — — —



CADIZ: 1860.

Imprenta de D. Francisco de P. Jordan, á cargo de D. Manuel Garcia,
calle de la Rosa, núm. 31.



MATILDE

MEMORIAS

DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO

101

MEMORIAS

TOMO II



CADIZ: 1860.

Imprenta de D. Francisco de P. Jorhan, a cargo de D. Manuel Garcia,
Calle de la Cruz, núm. 31.

MATILDE.

MEMORIAS DE UNA MUGER DEL GRAN MUNDO.

PARTE TERCERA.

I.

UNA MADRE.

Nunca olvidaré las terribles emociones de la noche que siguió al día en que descubrí que mi marido amaba á Ursula. La pasé en una especie de delirio racional, si así puede decirse.

Tan pronto me paseaba por mi alcoba, ya me paraba de repente para arrodillarme y orar con fervor, luego tenía algunos destellos de fátua alegría, recuerdos de inmensa felicidad, rasgos de arrogancia tranquila y magestuosa.

Era madre! era madre! A este pensamiento embriagador se agregaba una ternura idólatra por el ser que llevaba en mi seno. No podía creer tanta felicidad..... Apretaba con fuerza mis dos manos sobre mi pecho, para asegurarme bien de que vivía.

Me parecía que á cada latido de mi corazón respondía otro pequeño suave y ligero, el del corazón de mi hijo.

Mi hijo..... mi hijo! No podía cansarme de repetir es-

tas benditas y hechiceras palabras. En mi enagenamiento, lo llamaba, lo colmaba de caricias, estaba como insensata, y me reía á carcajadas de esta puerilidad; un instante despues me deshacia en llanto, pero estas benéficas lágrimas eran buenas.

Eran, segun creo, las dos ó las tres de la mañana.

Me pareció que á mi felicidad le faltaba aire, espacio, que necesitaba hallarme cara á cara con el cielo para expresar mejor á Dios mi religioso reconocimiento.

Abrí mi ventana; estábamos á fines de otoño: la noche estaba tan hermosa, tan pura como radioso habia estado el dia; no se oia el menor ruido. Todo era sombra y misterio; las profundidades del firmamento estaban sembradas de millones de estrellas resplandecientes. La luna salia por detrás de una colina cubierta de grandes montes. Todo lo inundaba su luz pálida: el parque, el bosque, los prados, el castillo.

De repente se levantó una brisa suave, se aumentó, pasó por el aire como un gran suspiro, y volvió á quedar todo en silencio.

Ví un presagio en este imponente murmullo, que turbaba por un momento aquella soledad y que hacia parecer mas profunda aun la calma que le sucedió.....

Me pareció que mi último lamento habia salido de mi corazon, y que en lo sucesivo mi vida se pasaria feliz y pacífica.

Por primera vez desde que tenia el orgulloso conocimiento de la maternidad..... desde que vivia *en dos*, pensaba en mis penas pasadas..... Esto fué para sonrojarme de haberme podido affligir por penas que no tocaban sino á mí sola.

Al acordarme de aquella noche tan fatal y tan embelesadora en que adquirí la certidumbre de la infidelidad de Gontran, y la de que era madre, me sorprende de la serenidad profunda, inefable, que reemplazó á las emociones punzantes que poco antes me habian agitado.

No podia dudar de que Gontran me habia engañado... sin embargo, me sentia respecto á él con una mansedumbre

infinita, con una indulgencia sin limites.

Mi marido habia cedido á un gusto pasagero; esto era una debilidad, una falta, pero era el padre de mi hijo, era á quien debia la nueva y celestial sensacion que experimentaba.

Estos pensamientos despertaban en mí una mezcla inesplicable de ternura, de afecto, de respeto y de reconocimiento que no me dejaba ni voluntad ni ánimo para acusar á Gontran sus yerros pasados.

En cuanto al porvenir..... oh!..... en cuanto al porvenir..... esta vez no dudé.

La revelacion que iba á hacer á mi marido me aseguraba, no digo su amor, sus diligentes atenciones, su esquisita solicitud, sino tambien una especie de afectuosa y religiosa veneracion de todos los instantes.

Si, esto era mas que una esperanza, mas que un presentimiento era una certidumbre, me garantizaba un porvenir á cuyo lado aquellos dias de felicidad pasados en Chantilly y siempre tan recordados, debian parecerme pálidos y frios.....

Si, tenia en mi felicidad futura una fé profunda, completa, que tomaba su origen en lo que hay de mas sagrado en los sentimientos divinos y naturales.

En el momento en que Dios bendecia y consagraba mi amor..... dudar del porvenir hubiera sido blasfemar.

Desde entonces senti hácia Ursula una especie de desden, de piedad protectora.

No podia honrarla con mis celos; no podia descender tampoco hasta el ódio.

Volaba en una esfera tan elevada, estaba tan convencida de mi superioridad sobre Ursula, que hasta me hubiera sido imposible establecer entre las dos la menor comparacion.

Por primera vez desde mucho tiempo habia se me asomó á los lábios una franca sonrisa, acordándome de que, el dia antes, habia envidiado la gracia con que montaba á caballo, y la brillante agudeza de su ingenio.

Sin querer me encogia de hombros al recordar estas

cosas. En medio de mi imperial y generoso orgullo, me compadecia de aquella pobre muger que, despues de todo, quizá no habia podido resistir la inclinacion que la arrastraba hácia Gontran..... inclinacion cuyo irresistible poder conocia yo.

—Dios mio, me decia á mi misma, cómo despertará Ursula despues de este sueño de algunos dias! Entonces me acordaba de nuestra infancia, de nuestra amistad de otro tiempo..... la felicidad hace tan compasiva, que me enterneci pensando en mi prima.

Me prometí pedir á mi marido que le hiciese saber con templanza que no permaneciese con nosotros, no queria abusar de mi triunfo.....

Me seria imposible explicar la completa revolucion que la maternidad acababa de imprimir á mis menores pensamientos, las ideas graves, sérias, casi austeras, que se despertaron en mí en el espacio de una noche, como si Dios hubiese querido preparar el espíritu y el corazon de una madre para los celestiales deberes que está obligada á cumplir con su hijo.

Yo hasta entonces débil, tímida, resignada, me sentí de repente fuerte, resuelta, animosa; la mano de Dios me sostenia.

Todo un horizonte nuevo abrió á mi vista los límites de la existencia, las esperanzas infinitas de la maternidad.

En las solas palabras *criar á mi hijo* habia un mundo de sensaciones nuevas.

Poco á poco vino el dia.

Mi primer movimiento fué decirselo todo á mi marido, cambiar con esta súbita confesion su frialdad en adoracion, luego quise diferir un poco, suspender el momento de mi triunfo para saborearlo mejor.

Sentia una inmensa alegria al decirme: con una palabra puedo hacer que Gontran se apasione mas de mí que lo que ha estado nunca: él que aun ayer me olvidaba por otra muger.....

Bien asegurada acerca del porvenir, me complacia en

invocar las memorias de mis dias peores.

Hacia lo que las personas que libres milagrosamente de algun gran peligro, contemplan por última vez con alegría y espanto la sima que las iba á tragar, la roca que debió hacerlas pedazos.....

En medio de estos pensamientos me entró un sueño profundo, saludable.

Desperté tarde, hallé á mi cabecera á mi pobre Blondeau muy inquieta y triste; no se le habian ocultado mis penas; pero por grande que fuese la confianza que en ella tenia, nunca le dije una palabra que pudiese acusar á Gontran.

Mi cara brillaba con tanta alegría, que Blondeau al verme exclamó sorprendida:

—Jesus, Dios mio! señora, ¿qué hay de bueno?... ayer os dejé tan abatida que he pasado toda la noche entre lágrimas y oraciones.

—Hay..... mi buena Blondeau, que tú tambien te volverás loca de alegría cuando sepas..... pero ve al momento á buscar á Mr. de Lancry..... anda.....

—El señor vizconde ha enviado ya á saber de la señora, lo mismo han hecho Mr. y Mad. de Secherin. Dije que habiais pasado muy mala noche, y el amo parece que estaba inquieto.

—Pues bien!..... ve..... ve al momento á buscarle..... Voy á tranquilizarlo.

Se fué Blondeau.

A medida que se acercaba el momento de ver á Gontran, latia mas fuerte mi corazón.

Entró mi marido.

Me arrojé á sus brazos deshecha en lágrimas y sin poder encontrar una palabra.

Gontran se engañó, se figuró que mi llanto era efecto del dolor. Creyendo sin duda que lo habia visto el dia antes abrazar á Ursula y que estaba desesperada, me dijo algo turbado:

—Os suplico que no creais en las apariencias, no lloreis..... no.....

—Lloro de alegría..... Gontran, de alegría..... miradme bien! exclamé.

—En efecto, dijo mi marido, esa sonrisa, ese aire de felicidad derramado sobre vuestras facciones, Matilde..... Matilde, qué significan?.....

—Esto significa que lo sé todo, y que os lo perdono... Sí, mi querido Gontran..... si..... ayer desde esa ventana os vi abrazar á Ursula..... ayer vi que vuestros lábios tocaron su mejilla..... Pues bien! os perdono, entendeis, os perdono porque vos mismo en este momento os acusareis mas amargamente que lo pudiera hacer yo, porque ahora mismo, de rodillas, me pedireis perdon..... perdon.....

—Pero, os lo repito..... Matilde.....

—¿No me comprendeis? ¿Gontran, no adivináis?.....

No me mireis con espanto, creéis que me burlo..... quizá que estoy loca? Pero, á mi vez, os pido perdon..... tambien os pido perdon, Dios mio, porque no se debe hablar de una dicha tan sagrada sino con una austera gravedad. Gontran, exclamé entonces tomando la mano de mi marido, arrodilláos conmigo..... Dios ha bendecido nuestra union..... soy madre!

Oh! no me habia engañado mi esperanza! la cara de Gontran espresó la mas dulce sorpresa, la mas profunda alegría. Sobrecogido por un momento, me estrechó entre sus brazos con el mayor cariño..... Lágrimas..... lágrimas..... las solas que le he visto derramar, corrieron de sus ojos enternecidos; me miraba con amor, con adoracion, casi con respeto.

—Oh! exclamó cogiendo mis manos entre las suyas, tienes razon, Matilde; de rodillas voy á pedirte perdon, muger noble, corazon generoso, criatura angelical! Y he podido ofenderte! á tí..... á tí siempre tan resignada, tan benigna..... Oh! otra vez os pido perdon..... perdon!

—Bien os decia yo Gontran, que me habiais de pedir perdon..... Pero ay! lo siento..... no puedo ya concederos—

lo, seria preciso para eso que me acordára de la ofensa, y no me acuerdo de ella.

—Ah! Matilde! Matilde! he sido bastante culpable, dijo Gontran meneando tristemente la cabeza. Pero creedme, ha sido una ligereza, una inconsecuencia; mi corazon, mi amor, mi veneracion eran para vos..... siempre para vos..... Ahora nuevos deberes me prescriben una conducta nueva, vereis..... oh! vereis amiga mia..... Matilde!... Matilde!.... añadió besando mis manos con enagenamiento. Oh! creedme, este momento me ilumina; nunca he conocido mejor lo que valeis y cuán poco digno era de vos.... Os lo juro, Matilde, os amo ahora mas apasionadamente quizá que en aquellos hermosos dias de Chantilly que siempre echais de menos, pobre niña... Ahora, digo como vos... si no podeis ya perdonarme la ofensa, porque la habeis olvidado, yo no puedo pedir os perdon, porque me es imposible creer que os he ofendido.

—Oh! Gontran..... Gontran, ese es vuestro corazon, vuestro lenguaje..... sois vos, os reconozco..... Oh! Dios mio, Dios mio, dadme fuerza para soportar tanta dicha.....

—Sí, sí, yo soy tu amigo, tu amante, Matilde..... tu amante, que no se habia cambiado; no, no, te lo juro; pero, gracias á tí, era tan feliz, que no pensaba ya en la felicidad que te debia, como no se piensa en dar gracias á Dios por la vida que se pasa feliz y sin trabajo; y luego si algunas veces he sido indiferente, caprichoso, extravagante, es preciso acusaros de ello, bello y querido ángel mio: sí, yo estaba como los niños mimados, á quienes, por causa de un cariño idolatrado, nunca riñe una madre! para sus mayores faltas no tiene sino sonrisas ó dulces advertencias..... y además... no, continuó con afectuosa gracia, no..... procuro escusarme disminuir mis culpas, y esto es malo..... he sido egoista, duro, indiferente, infiel; he desconocido por algun tiempo el mas adorable carácter que existia en el mundo..... Oh! Matilde! no temo cargar lo pasado con los mas negros colores..... el porvenir me absolverá.

—No hablemos mas de eso, Gontran; hablemos de «él» de nuestro hijo: cuáles serán vuestros proyectos? Qué ale-

gria! qué felicidad! Si es varon, qué hermoso será! si es hembra, qué bella! Tendrá vuestros ojos, vuestra sonrisa y un hermoso pelo negro, unas mejillas tan sonrosadas, una garganta tan blanca..... Ah! Gontran, deliro; mirad, estoy loca..... No podia nunca esperar esto, exclamé con tanta sencillez, que Gontran no pudo dejar de sonreirse.

—Decidme, repuso él afectuosamente, qué preferis? quereis quedar aquí..... algun tiempo mas, ó iros á vivir á Paris?..... decid, Matilde..... mandad..... ahora no tengo voluntad.

—Ahora, por el contrario, amigo mio, es menester que la tengais por vos y por mí, porque voy á estar absorvida por un solo pensamiento... mi hijo. Fuera de esta idea fija no seré buena para nada.

Viendo Lancry mi modo de pensar, me contestó con mucha afabilidad y ternura:

—Puesto que me dejais libre, reflexionaré lo que sea conveniente, mi buena Matilde, pensaré en ello.....

—Lo que hiciéreis estará bien hecho, amigo mio; entre otras consideraciones consultareis la economia, ¿no es así? porque ahora nos es preciso ser prudentes..... No somos ya solos..... es menester pensar desde ahora en el dote de este querido niño; en el tiempo en que vivimos, vale tanto el dinero..... que la riqueza es una felicidad mas. Veamos, amigo mio, cómo reduciremos nuestra casa.

—Pensaremos en ello, Matilde, teneis razon. Qué felicidad reemplazar un lujo frívolo é inútil con una amable prevision en favor del ser que mas caro nos es en el mundo! Ah! nunca habremos sido mas felices en ser ricos.

—Mirad, amigo mio, cuando pienso que alguna privacion mia podria aumentar el bienestar de mi hijo..... temo llegar á ser avara.

—Querida y tierna amiga, vivid tranquila..... conozco, como vos, todos los deberes que ahora..... No faltaré á ninguno de ellos. Como á vos, Matilde, esta noche me ha cambiado, añadió Gontran con un acento de gracia y de ternura inimitables.

Mi marido hablaba entonces sinceramente, conocia bas-

tante su fisonomía para leer en ella la expresión verdadera, la más afectuosa.

Cuando me hablaba de sus penas, de su sentimiento por haberme atormentado, decía la verdad; los corazones más duros, los caracteres más inhumanos, tienen á veces excelentes enmiendas; Gontran era capaz de un sentimiento generoso; no era perverso, sino echado á perder por las muchas adoraciones.

Lo vuelvo á decir, estoy cierta de que entonces mi marido volvió á ser para mí lo que era cuando nos casamos.

Estaba tan firme en esta convicción, me parecía tan natural que el afecto pasajero que mi marido había tenido á Ursula, se hubiese extinguido de repente con la revelación que acababa de hacerle, que sin la menor perplejidad, sin la menor irresolución, dije á Gontran:

—Ahora, amigo mío, cómo vamos á hacer para que Ursula se vaya?

A esta ingenua pregunta, me miró Gontran sonrojándose de sorpresa.

—Os admira oírme hablar así de mi prima, le dije sonriéndome; nada es sin embargo más sencillo; no siento ya animosidad, ni celos contra ella, no he tenido tiempo para sentirlos, soy muy feliz! Ella ha sido muy coqueta con vos, todo eso lo perdono, porque son «muchachadas» de que ya no os acordáis, querido amigo; deseo solo que vos, que teneis tanto tacto y talento, halleis un medio de alejar á Ursula sin dureza, sin ofenderla; porque, á pesar mío, no puedo dejar de compadecerla; quizá un momento habrá creído que la amais.

Gontran me miró como pasmado, parecía no creer casi lo que oía.

Después de un momento de silencio, exclamó:

—Siempre grande, siempre generosa; ah! sería el más culpable de los hombres, si alguna vez olvidase vuestra conducta en esta ocasión. Si, teneis razón, Matilde, espiaré esas muchachadas como debo. Es preciso que vuestra prima se vaya..... que se vaya lo más pronto posible; no porque

yo dude de mi resolucion, sino porque su vista os volveria á incomodar.

—Decís bien, amigo mio..... me conoceis mejor que yo misma. Si supiéseis..... he padecido tanto por su causa..... Pero, mirad..... Gontran no hablemos de eso..... todo está olvidado..... A Ursula le será fácil hacer que su marido deje á Maran, pues él no tiene mas voluntad que la suya..... Pero añadís titubeando, ¿cómo hareis para que Ursula tome esta determinacion?

—Nada mas sencillo, se lo diré todo con franqueza.

—Lo direis.....

—Le diré que ella y yo hemos estado infatuados, que hemos estado á riesgo de comprometer gravamente, ella, la tranquilidad del mejor de los hombres, yo, el reposo de la mas afectuosa, de la mas adorable de las mugeres..... Le diré que nuestras imprudencias han despertado vuestras sospechas, que por nada en el mundo querria causaros la menor pena; le diré en fin que le suplico decida á su marido á partir.

Guardé silencio por un momento, á pesar de mi fé en el amor de Gontran, en mi superioridad sobre Ursula, me era sensible pensar que mi marido iba á tener una conferencia secreta con mi prima.

Ay! al pensar esto, todos mis celos se despertaron á pesar mio.

Dije á Gontran con emocion:

—Para decirle á Ursula que se vaya, será preciso que le pidais una cita.

—Sin duda.....

—Pues bien! lo confieso, Gontran, esta idea me es cruel.

—Vamos, repuso sonriéndose, será preciso que tenga mas valor que vos..... Qué hemos de hacer, mi pobre Matilde?

—No sé.....

—No me atrevo á proponeros que vos misma hableis á vuestra prima.

—No; eso me haria daño, lo conozco. Semejante con-

sejo dado por mí, la humillaría amargamente; no puedo olvidar que ha sido mi amiga, mi hermana.

—Qué se ha de hacer pues? le escribiré..... pero esto es peligroso..... y luego hay mil cosas que se pueden decir y no escribir: las objeciones á que se responde de viva vos, no se pueden destruir sino con una larga correspondencia.

Después de haber estado pensativo algun tiempo, exclamó Gontran rebozando de alegría.

—Oh! Matilde..... Matilde..... qué excelente ideal quereis otra prueba mas de mi buena fé y de mi deseo de haceros olvidar los disgustos que os he causado?

—Cual?

—Escondida en cualquier parte desde donde podáis verlo y oirlo todo, asistid á esta conferencia que escita vuestros celos.

—Gontran..... qué decís..... Ah! esta prueba.....

—Nada os debe alarmar..... Por última vez, Matilde, mi querido ángel, quiero deciroslo todo, confiároslo todo..... ser tan franco como vos generosa..... Perdonadme si os llevo á incomodar; tendré valor para ello, porque al ménos esta ingénua confesion destruirá, estoy seguro, vuestros exagerados temores..... Vereis que he sido mas imprudente, mas ligero que culpable. Vereis que si Ursula ha sido muy coqueta, que si por mi parte he salido de los límites de la simple galantería, no tiene ella que sonrojarse de una falta grave é irreparable..... Pues bien! si, ayer después del destrozo con hachones, chanceando le eché los brazos por su cuerpo, quise abrazarla, esto fué una ligereza condenable, lo sé, aunque pudiera escusarse por la familiaridad que autoriza el parentesco.

—Y en Rouvray..... Gontran?

—En Rouvray, lo mismo que aquí, hice á Ursula los mismos cumplidos que se hacen á todas las mugeres..... le dije que era encantadora, que tendria un gran placer en verla por mucho tiempo en nuestra casa; ella acogió estas espresiones con coqueteria, pero riéndose, y sin ver en ellas nada sério mas que lo que aparecia, os lo aseguro..... Esta es toda mi confesion: Matilde..... perdon, otra vez perdon.

—Os agradezco, por el contrario, estas confesiones que me consuelan, amigo mio; mas vale conocer la verdad, por penosa que sea, que espantarse con fantasmas á veces mas horrorosas que la realidad.

—Matilde, ahora os juro por mi honor, por lo que mas caro me es en el mundo, por vos en fin! que en esta conferencia me presentaré á vuestra prima con el corazon lleno de vos, de vuestra bondad, de vuestra generosidad, que no diré una palabra sin pensar en las lágrimas que os he hecho derramar, noble y angelical criatura! os juro que aquel placer pasagero que os he confesado se ha desvanecido ante el interés tan sagrado, tan poderoso que hace nuestros vinculos mas estrechos todavia..... Matilde..... seria el último de los hombres, si el estado en que os hallais no fuese suficiente á imponerme los mas tiernos obsequios, las mas caras atenciones: creedme, asistid por temor á esta conferencia, Matilde, deseo con ancia probaros que sé cuando menos espiar las faltas que he cometido.

Enagenada con lo que acababa de oir de boca de mi marido, exclamé:

—Oh! mi querido Gontran, os creo, os creo; me abandono á vuestros consejos: tendré valor para esta prueba.

—Gracias..... oh! gracias, Matilde, permitidme que asi me justifique, pero no quiero que conserveis la menor duda, el amor sospecha de todo, lo sé: apesar vuestro os quedaria quizá el pensamiento oculto de que he prevenido á Ursula, que.....

—Ah! Gontran, me juzgais muy mal.

—No, no mi pobre Matilde, dejadme hacer; mientras mas franca, mas fiel, mas inesperada sea la explicacion, mas satisfecha quedareis. Escuchadme pues..... haced que Blondeau diga á vuestra prima que venga á veros aquí. Os colocais alli, en el gabinete de vuestra alcoba; esta puerta de cristales entreabierta, levantando un pico de la cortina, podreis ver y oir. Vuestra prima vendrá: le diré que acabais de salir, que la suplicais que os dispense y que os vaya á buscar al pabellon del parque. La detendré algunos mo-

mentos, luego irá á encontraros. Entonces saliendo de vuestro escondijo.....

—Me encaré delante de vos, Gontran, para daros mil y mil gracias por haberme vuelto en un dia toda la felicidad que creia haber perdido.

Segun los deseos de mi marido, Blondeau fué á avisar á Ursula.

Entré, latíendome mucho el corazon, en uno de los gabinetes de la alcoba; las afectuosas seguridades de Gontran, su franqueza, todo debia hacer que no tuviese temor alguno y no obstante titubeé un momento.

Me pareció que iba á hacer un papel indigno de mí, asistiendo invisible á aquella conversacion.

Lo confieso, cesaron mis irresoluciones, menos con la esperanza de ver humillar á mi rival, que con el deseo ardiente é inquieto de asistir á escena tan estraña, tan nueva para una muger.

Conocia yo el tono lastimero y melancólico de Ursula, esperaba verla deshacerse en llanto cuando mi marido le manifestase su intencion.

Juzgando el amor que debia tener á Gontran por el mio, preveia que esta escena iba á ser cruel para mi prima; bien por flaqueza, bien por generosidad, no pude dejar de compadecerla.

Llegaba tambien á temer que Gontran, escitado por mi presencia, se mostrase muy duro con ella. Qué desengaño para aquella desgraciada muger que sin duda lo amaba mucho y se creia muy amada!.....

Todavia estoy, á estas horas, convencida de que mi marido era entonces sincero en su determinacion de sacrificar un capricho pasagero al afecto santo y grave que yo merecia..... Un solo temor vino á cometerme: Ursula era tan astuta, tan diestra, sabia dar á su voz, á sus lágrimas una seduccion tan poderosa, quizá la resolucion de mi marido no resistiria á la espresion de su atractivo dolor.

Estas reflexiones me ocurrieron con mucha rapidéz.

Oí los pasos de Ursula, y me retiré á mi escondijo.

II.

LA CONFERENCIA.

Al entrar Ursula en mi habitacion, pareció le sorprendia no verme allí.

Su semblante estaba alegre y risueño; por el contrario, la fisonomia de Gontran fria y reservada.

Estaba en pié junto á la chimenea, con el codo apoyado sobre ella.

Ursula despues de haber cerrado la puerta le dijo:

—Qué sois vos! donde está Matilde?

—Le ha sido preciso bajar al jardin ahora mismo para responder á las reclamaciones de uno de sus pobres; os suplica la dispenseis y que vayais á buscarla al instante al pabellon del parque.

Me pareció sorprendió á Ursula el recibimiento frio de mi marido; luego se sonrió, le hizo una profunda reverencia con aire burlon, diciéndole:

—Os doy gracias, caballero, por haber tenido la bon-

dad de decirme dónde podré encontrar á la señora vizcondesa de Lancry; siento mucho haber turbado vuestras graves meditaciones.

Ursula dió un paso hácia la puerta.

—Una palabra, os suplico, dijo Gontran.

Ursula, que iba á salir, se paró, volvió muy despacio la cabeza, lanzó á Gontran una mirada llena de malicia y de coqueteria, levantó su lindo dedo con aire de amenaza, y le dijo:

—Una palabra..... pase, pero no mas..... sé que es muy peligroso escucharos, mucho mas quizá, que miraros. Vamos pronto, esa palabra, mi bueno, mi trist^e primo...

—Lo que tengo que deciros es grave y sério, señora.

—De veras caballero, es grave, es sério? Pues bien! me alegro mucho; hará contraste con vuestra locura y vuestro aturdimiento habituales. Veamos, decid, os escucho.

—Cuando os vi en Rouvray, dijo Gontran, hace dos meses, no pude ocultaros que os hallaba encantadora.

—Es verdad, caballero y querido primo, tengo un recuerdo de que, en una calle de árboles, me hicisteis tambien una declaracion..... bastante impertinente, á la cual respondí como debia hacerlo, burlándome de vos. Veamos, continuad; vuestra gravedad sentenciosa, seremoniática, me mete en cuidado..... ¿Dónde quereis ir á parar?

Gontran dirigió una mirada como de satisfaccion hácia el gabinete donde yo estaba, y continuó:

—Cuando llegásteis aquí, os dije todo el placer que tenia en volveros á ver.

—Toda la *felicidad*, mi querido y hermoso primo, toda la *felicidad* si os agrada; vuestras menores palabras están, ¡ay de de mí! gravadas aquí con caracteres indelebles; dijo Ursula poniéndose la mano en el corazon y mirando á mi marido con ironía.

A Gontran pareció repugnarle este sarcasmo, frunció un poco las cejas, y repuso con tono firme.

—Me alegro mucho, señora, de que esteis con humor de chancear, pues así me será menos difícil cumplir con lo que tengo que deciros.

—Veamos pronto, pronto; estoy en brasas, querido primo; estoy desecha por saber la conclusion de todo esto, y para qué será bueno ese resúmen solemne de nuestro..... ¿cómo diré? de nuestro amor... no por cierto, teneis poco, muy poco mérito para inspirarme ese sentimiento... digamos pues de nuestra coqueteria, esta es segun creo, la palabra... os parece bien?

—En hora buena... replicó Gontran, continuaré pues el resúmen de nuestra... coqueteria. Cuando llegásteis á Maran, os dije por cuán feliz me tenia en volveros á ver, y que toda mi esperanza se cifraba en que se prolongase vuestra permanencia aqui.

—Tambien es verdad, primo, al dia siguiente tuvimos una hermosa caceria; me reñisteis un poco..... muy afectuosamente, es verdad, porque al parecer preferia el sonido retumbante de las trompas á vuestras amorosas declaraciones... y confieso no sin vergüenza que merecia muy bien vuestras reconvenciones; no habia para mi nada mas divertido, mas nuevo sobre todo, que aquellas tocatas que resonaban tan bien en el fondo de los bosques.

—Y sin duda una declaracion no tuvo para vos el mismo atractivo de novedad. La confesion es ingénua, dijo Gontran sonriéndose.

Ursula miró atentamente á mi marido, se puso erguida, arregló el vestido como si obedeciese á un secreto movimiento de estar admirada de sí misma, movió ligeramente su cabeza para hacer ondular los largos rizos de su negra cabellera, y respondió con una sonrisa burlona, casi despreciativa:

—Querido primo, apenas tengo diez y ocho años, y me han dicho ya muchas veces que estaba encantadora; me perdonareis pues que esté un poco estragada en cuanto á declaraciones. Mi oido está acostumbrado mucho tiempo hace á este canto lisongero y comun, y por desgracia vos no habeis despertado en mi alma sensaciones desconocidas ni maravillosas: no dudo que seais un Pygmalion, pero el mármol de Galatea se habia suavizado y animado antes que vuestra omnipotente mirada se hubiese dignado

humillarse sobre una pobre provincial como yo.....

Mi pasmo llegó á su colmo.

La que se esplicaba así era Ursula, en otro tiempo tan llorosa, tan incomprensible, y que hablaba siempre de su muerte próxima.....

Era Ursula la que hablaba á Gontran con aquel desden burlon, á él cuyos amores habian siempre tenido buen éxito, á él tan buscado, tan adorado por las mugeres á la moda.

Gontran pareció sorprenderse no menos que yo de aquel lenguaje.

Con todo eso, vi con placer que no me habia engañado.

Ursula continuó con la misma ironia.

—Qué teneis, querido primo? parece que estais incomodado.

—Será, señora, porque nunca os he visto tan burlona.

—Será, caballero, porque no os he visto tan formal.

—Teneis razon, dijo Gontran sonriéndose, se trata de locuras, de algunas galanterias sin consecuencia entre un hombre y una muger de mundo, y tomo en efecto un tono magistral por una cosa bien ridicula. Pues bien, mi linda prima, acordaos de que ayer noche, despues de la comida de los perros, fuí algo atrevido al querer abrazar ese cuerpo hechicero y tocar con mis lábios esa cara tan hermosa y tan sonrosada..... os pido perdon de este atrevimiento, suplicándoos olvidéis semejante locura..... Cedi á un impulso pasajero..... confundí por un momento la familiaridad del parentesco con un sentimiento mas afectuoso, y quiero....

Ursula interrumpió á mi marido dando una carcajada de risa, y exclamó:

—Quereis pedirme perdon.... pero en verdad no hay de qué, querido primo..... Vuestro virtuoso candor se alarma sin razon, os lo juro..... Vuestro atrevimiento fué muy inocente..... porque vuestra boca no tocó esta cara tan hermosa y tan sonrosada, sino la guarnicion de mi

gorro. En cuanto á este cuerpo hechicero que casi abrazásteis á pesar mio, es un favor que se concede en el baile al primero que valsa con una; y no veo que esto sea tan lisonjero para que por ello tengais remordimientos; anoche no mostré estar ofendido mi pudor, porque me hubiera sido preciso quejarme ó enojarme por una accion de mal gusto; en semejantes casos una muger honrada se resigna y se calla.

Sin duda el amor propio de Gontran se ofendió con estas burlas, porque olvidando que yo estaba presente, dijo casi con tristeza:

—Que, señora, vuestro silencio era efecto de resignacion, indiferencia.

—A tal punto, mi querido primo, que recuerdo, ay! hasta los mas pequeños pormenores de las tristes consecuencias de vuestro atrevimiento.

—Cómo?

—Sí por cierto, tenia puesta la mano derecha sobre la mesa del balcon, y al retirarla, desgarré los encajes del pañuelo.

—Eso prueba, señora, dijo Gontran con impaciencia, que teneis una escelente memoria.....

—Esto prueba nada á favor de mi memoria, querido primo, pero sí á favor de la angelical pureza de mis sentimientos respecto á vos.....

—Señora!....

—Sin duda, discutamos sériamente: si mi silencio hubiese sido efecto de turbacion..... si os hubiese amado..... hubiera reparado en todo esto?.... hubiera esperado que vuestros lábios tocasen mis mejillas, que vuestro brazo ciñese mi cuerpo, para que se apoderára de mí una de aquellas emociones súbitas, mudas y profundas, que nos infatúan y nos alucinan? Ay! Dios mio!.... apenas vuestra mano hubiese tocado la mia, cuando una sensacion eléctrica, veloz como el rayo, hubiera trastornado mi razon, mis sentidos!.... Casi sin saberlo, sin pensar en ello, á pesar mio en fin..... hubiera caido en vuestros brazos; y hubiera despertado en ellos sin acordarme de nada, temblando aun con una agita-

cion delirante, desconocida, que ninguna espresion podria explicar!

Nunca olvidaré el acento conmovido, apasionado, con que Ursula pronunció estas últimas palabras; nunca olvidaré el color que por un momento inflamó su cara como un reflejo de púrpura; nunca olvidaré la mirada á la vez vaga, ardiente, llena de placer, que dirigió al cielo como si hubiese sentido lo que acababa de describir.

Nunca olvidaré sobre todo con qué vehemente admiracion la contempló Gontran durante algunos minutos, porque estaba bella..... oh! muy bella: lo estaba, no con una belleza casta y pura, sino con esa belleza sensual, que segun dice, tiene tanto imperio sobre los hombres.....

Ví en el semblante de Gontran una mezcla de dolor, de cólera, de inclinacion involuntaria, que me probó suficientemente que estaba desesperado por no haber hecho sentir á Ursula las emociones que describia con una elocuencia tan apasionada.

Mi terror se aumentó; estuve para salir de mi retiro, é interrumpir esta escena; pero arrastrada por una violenta curiosidad, deseosa de escuchar la respuesta de Gontran, me quedé quieta.

La mirada de Ursula parecia haber fascinado á mi marido, se repuso con disjusto:

—Verdaderamente, señora, esta es una teoria completa: dichoso el que la pusiere en práctica! Veo, como vos, no sin placer, que era menos infiel á mi muger que lo que habia creido; me aplaudo sinceramente por ello, y os doy gracias por haber sido al menos francamente coqueta conmigo.

—Dió Ursula una nueva carcajada, y dijo:

—Dios! con qué tono tan desanimado me habla vuestra magnificencia de su fidelidad conyugal! cualquiera diria no que sentis los remordimientos de una accion mala, sino que estais desesperado de hallaros tan poco culpable.....

—Es verdad, querida prima, me creia un poco menos inocente..... y á vos un poco menos ingénua.....

—Mirad, estais furioso....

—Yo! os engañais, os lo afirmo.

—Estais furioso..... os digo..... Ah! creísteis, querido primo, que no habia mas que presentaros para agradarme, para subyugarme; pero, pensad en ello, añadió redoblando las carcajadas, creísteis, estoy segura, que, herido de amor en el corazon desde antes de mi casamiento, cuando fuisteis presentado á Matilde, y herida segunda vez cuando pasásteis por Rouvray, no he tenido mas que un objeto, un pensamiento, el de venir á reunirme con vos aquí ó en París..... que por acompañaros, y para poder tener con vos frecuentes y largas conversaciones, aprendí á montar á caballo, á riesgo de desnuncarme, todo para haceros decir interiormente:—Pobre niña, qué sacrificio, qué valor! ó bien... —Ah! las mugeres, las mugeres! cuando á uno de estos demonios se le pone en la cabeza seducirnos, siempre lo consigue.—En cuanto á esto, aquí entre nosotros, no habeis dejado de tener alguna razon, pues creo que os he seducido mucho..... con la circunstancia, de que no lo he hecho con intento.....

—Veo que no soy el solo á quien se pueda echar en cara ser algo vanidoso, dijo Gontran cada vez mas picado.

Vaya, repuso Ursula en un nuevo acceso de alegria, ¿creeis que no se puede pretender vuestro corazon sin ser vanidosa? en vos que quereis darme una leccion de modestia, ¿es picante la confesion? Pues bien! os confieso que estoy cierta de haberos seducido, y no me envanezco.

—¿Luego me creeis muy enamorado de vos?

—Os creo mas enamorado de mí hoy de lo que estábais ayer. Creo que mañana estareis mas que hoy.....

—¿Y cual será el fin de esta pasion siempre creciente, profetiza, encantadora?...

—Para mí una gran carcajada de risa..... para vos, quizá, toda especie de desesperaciones. Porque, debeis saberlo por esperiencia, señor don Juan; si hay pasion por un lado, ordinariamente hay por otro indiferencia ó desden: por lo tanto, lo que me impedirá siempre corresponder á vuestro amor..... lo que os ha hecho un perjuicio irreparable á mis ojos, es..... vuestro amor.....

—Manejais la paradoja á mil maravillas, y os doy por ello el parabien.....

—Esto os parece paradójico, es muy sencillo; estamos tan poco habituados á oír las verdades *ingénuas*, que siempre nos parecen paradojas: á riesgo de pasar por loca, os diré pues que me amais no solo porque soy jóven y linda, sino porque vuestro orgullo, vuestra vanidad se irritan de que, á pesar de vuestras ventajas pasadas, no me rindo á vuestras irresistibles seducciones.

—Señora, exclamó Gontran, por favor..... hablemos algo menos de mí.....

—Teneis razon, primo, estamos bien léjos de la conversacion que debiamos tener; en que estábamos?.....

Ah! si. Esto es: me pediais humildemente perdon por haber sido demasiado atrevido en besar la guarnicion de mi gorro y en echarme el brazo por el cuerpo ni mas ni menos que el mas olvidado de mis compañeros del wals del año pasado!

Gontran, en vez de responder á Ursula, guardó silencio un momento; le dijo luego con una sonrisa afectada.

—Reunis, sin duda, señora, las mas raras cualidades; teneis derecho para mostraros difícil, desdeñosa..... pero al menos ¿podria saberse de qué inauditas perfecciones, de qué ventajas sorprendentes deberá estar dotado aquel que pudiera aspirar á la felicidad inesperada de agradaros?

—Sabeis, primo, que estais muy extravagante?

—Cómo?

—Ahora mismo me pediais con bastante aspereza que no hablase de vos y empezais de buenas á primeras á hablar de vos mismo.

—Yo..... al contrario.....

—Preguntarme con ironia tan transparente de qué dones sobrenaturales es preciso estar dotado para agrardarme, no es lo mismo que preguntarme claramente por que no me agradais vos que reunis tantas y tan irresistibles seducciones?..... Pues bien..... ya lo veis si os respondo, vais á reprehenderme otra vez como ahora poco, porque convierto una

conferencia grave en disertaciones amorosas.

—No, no..... volvamos á esta conversacion..... Pero, veamos, decid..... deseo mucho conocer el ideal que os habeis figurado.

—Mi ideal! ¿de que sirve esto, mi pobre primo? los hay de todas clases en los héroes con que sueñan las jóvenes. Sin embargo, hay una condicion acerca de la cual seria yo inflexible; el que amase deberia ser enteramente libre, en una palabra, soltero.

—Y por qué condenar á los maridos á ese implacable ostracismo?

—En primer lugar, porque no me dignaria reinar sobre un corazon á medias; ademas hay algo de ridículo en un marido galancete: es un ser anfibio que tiene al mismo tiempo las propiedades de un estudiante en vacaciones y de un padre de familia revelado; y luego, va esto á pareceros estúpido, me parece que un marido galanteador se asemeja siempre á un clérigo casado.....

—El retrato no es lisongero, dijo Gontran conteniéndose con trabajo.

—Así vos, continuó Ursula, vos, por ejemplo, querido primo, habeis perdido vuestro antiguo prestigio; y aun soltero, hubiérais tenido poco... . muy poco..... para seducirme. Porque, además, qué sois vos? un gran señor muy amable, de mucho talento, de una figura encantadora y de una intachable elegancia. Pero, entre nosotros, mi amor tenía pretensiones ó mas altas, ó mas bajas.

—En verdad, prima, que hablais hoy en enigmas.

—En verdad, primo, que estais hoy muy poco inteligente. Pues bien, sí, necesito un esclavo ó un amo. Vos no podeis ser ni lo uno ni lo otro; no teneis el amor sincero que interesa, ni la superioridad que impone y que somete..... Un ser sencillo, bueno, inofensivo, que me adorase, por ejemplo, con la tenaz idolatria que el esclavo á su ídolo, podria inspirarme una especie de compasion afectuosa semejante á la que se tiene á un pobre perro sumiso, temblon, que no os pierde de vista, que lame la mano que le hiere, y que es muy feliz en volver arrastrando á servir de cojin á vues-

tros piés, despues que por cólera ó capricho, lo habeis castigado brutalmente..... Pero si encontrase uno de esos hombres que, no sé por que misterioso poder, se constituyen en déspotas desde la primera mirada! con qué humilde y tierna sumision me humillaria delante de él! con qué idolatria, yo tan altiva, lo adoraria á mi vez! cómo encadenaria mi pensamiento, mi voluntad, mi vida á la suya! De rodillas, siempre de rodillas delante de mi soberano, delante de mi Dios, contento, dolor, esperanza, desesperacion, todo vendria de él, y volveria á él..... Para que él se dignase decirme: *ven*..... seria yo humilde, resignada, cobarde, criminal, qué sé yo..... Porque los celos de semejante amor pueden llegar al frenecí..... á la ferocidad: mirad..... al pensar en esto, oh! al pensar en esto, tengo miedo.

Despues de decir estas últimas palabras con voz apresurada, bajó la cabeza.

Gontran estaba pasmado, y yo asustada.

Despues de algunos momentos de silencio, se pasó Ursula la mano por la frente, como para echar de sí las ideas que al parecer la habian tristemente preocupado, y le dijo sonriéndose á mi marido que la miraba casi atónito.

—Bien lo veis..... no podeis ser ni mi amo ni mi esclavo. No podemos ser sino amigos, y aun esto seria difícil; sois un hombre muy del mundo para perdonarme vuestras poco hábiles declaraciones y vuestro mal éxito respecto á mí. Bien considerado todo, no nos queda casi sino la esperanza de ser enemigos mas ó menos irreconciliables. ¿No os parece muy original esta conclusion? quién diria que nuestra conversacion habia de tomar este giro?

—Sin disputa, señora, respondió maquinalmente Gontran, sin disputa, esto es muy original. Pero en este caso, ¿puedo preguntaros por qué habeis querido dedicarnos algun tiempo?

Ursula, con la veleidad que la caracterizaba, se hechó de nuevo á reir á carcajadas, mirando á Gontran con estrañeza, y exclamó:

—Os habeis vuelto loco, querido primo? La pasion que me teneis os turba ya la razon? Quereis ser el objeto inme-

diato á donde se dirijen todos mis pensamientos? No comprendéis nada de mi viage aquí, porque no tiene por objeto decir: *os amo!* Recobrad vuestros sentidos: no á vos sino á mi cara Matilde es á quien quiero consagrar el tiempo que pasé en Maran. Dios mio! qué gestos me haceis! Qué singulares son los hombres si os hubiera confesado que desde mucho tiempo há meditaba el péfido designio de robaros el afecto que teneis á vuestra esposa, os hubiera parecido muy natural esta mala accion, al mismo tiempo que os incomodaba verme respetar tan escrupulosamente las leyes sagradas de la amistad que vos mismo acabais de invocar.

—Señora....

—Vamos, vamos, tranquilizáos, no quiero pasar por mejor de lo que soy; es mas mi indiferencia con las personas casadas en general, y mi poca inclinacion hácia vos en particular, lo que me quita toda mala tentacion..... Sin duda amo á Matilde con todo mi corazon; pero si un poder irresistible me hubiese arrastrado hácia vos, á pesar mio, hubiera hecho traicion á la confianza de mi mejor amiga..... Además de esto, continuó Ursula sonriéndose con aquella risa mordaz que daba á su fisonomia un carácter insolente y depreciativo, os ofrezco un combate igual; soy tambien vulnerable, tambien tengo un marido á quien se puede seducir..... Esta es una buena guerra; pero no mas tonteras, querido primo. Ahora hablemos con juicio, *¿qué palabras* son aquellas que teneis que decirme, y por lo cual me deteneis aquí? Matilde estará impaciente, pues quizá me está esperando.

Gontran irritado con las burlas de Ursula, le respondió bruscamente:

—Justamente es de Matilde de lo que queria hablaros, señora; aunque sea yo uno de aquellos seres anfibios muy ridiculos llamados *maridos*, mi muger me profesa un afecto profundo, sincero, inalterable.

—Y tiene mil razones, y dá pruebas del mejor gusto; no hablo mal de los maridos sino como amantes: fuera de estas pretensiones, poseen toda especie de alicientes.... conyugales; y vos teneis, primo mio, en vuestra persona, todo

el atractivo necesario para agradar á vuestra muger.

—Porque deseo continuar agradándola, señora, es por lo que sentiria causarle una viva pena; es bastante jóven y bastante ciega para amarme apasionadamente, para apreciar mi amor como á su vida..... Pero como no tiene aquella confianza escesiva que dá motivo para creer que nunca puede dejar de adorársenos..... como, sobre todo, su modestia es extraordinaria, teme ciertas comparaciones..... muy peligrosas sin duda, y aunque yo sea, lo confieso humildemente, un amador muy digno de ser despreciado..... ella teme.....

Ursula interrumpió á Gontran diciéndole:

—Todas esas perifrases quieren decir que Matilde tiene celos de mí, ¿no es así? Este es el gran secreto..... Qué tontería!

—Tengo el honor de deciros, señora, que nada hay mas sério..... La tranquilidad de Matilde la antepongo á todo, pues me es muy cara.....

—Estoy convencida de ello..... y podeis, me parece, tranquilizarla mejor que nadie, querido primo; en cuanto á mí, sentiria causarle el menor disgusto por vuestra causa; eso seria imperdonable..... no tendria ni el placer de los remordimientos..... ni los remordimientos del placer.

—Por desgracia, señora, Matilde tiene algo mas que sospechas, tiene certidumbre. Ayer despues del destrose... vió.....

—Que tocásteis con los lábios mi gorro! pero eso es gracioso..... me alegro mucho, justamente tengo que vengarme un poquito de ella para enseñarla á creer en las apariencias; dejémosla un dia ó dos en su error, y luego la desengañaremos, y le diré: «Veis, mala prima, que no se debe creer algunas veces ni aun lo que se vé?»

—No desengañéis á Matilde, señora! la infeliz niña se moriria de sus resultas. No conoceis la nobleza, el candor angelical de su alma..... No sabeis con qué santo ardor me ama..... Oh! Matilde no es de esas mugeres friamente bur-lonas, que no sienten nada, que afectan despreciar los sen-

timientos que son incapaces de comprender ó de apreciar... No..... no..... Matilde no es de esas.....

—De esas mugeres abominables..... de esos monstruos de perfidia, que tienen el descaro de no querer tomar por amante al marido de su amiga íntima! dijo Ursula interrumpiendo á mi marido y volviéndose á reir á carcajadas.

Gontran parecia estar en un suplicio. Ursula continuó:

—Por Dios que estais muy divertido! viene naturalmente en apoyo de vuestro enojo contra mi insensibilidad el elogio de esa pobre Matilde! vaya, era preciso nada menos que mis desdenes para que saliesen de vuestros lábios alabanzas á vuestra esposa!

—Teneis razon, señora, exclamó Gontran fuera de sí. Nunca quizá he comprendido mejor todo lo que valia aquel adorable corazon como al reconocer.....

—A qué horrible corazon queriais sacrificarlo, ¿no es esto, querido primo? Me gusta mucho concluir vuestras frases, nos entendemos perfectamente! Con formalidad, teneis razon en dar la preferencia á Matilde; desde luego vuestra fidelidad marital me preservará de vuestras solicitudes amorosas; y además, hablando francamente, mi prima vale mil veces mas que yo. ¿No es hermosa? no tiene tantas cualidades como defectos yo? no habrá siempre entre nosotras dos una enorme distancia? Aun por razon de sus rendimientos, de sus virtudes, no está fatalmente destinada á experimentar las pasiones mas sinceras, las ofrecidas con mas magnificencia..... y á no inspirarlas nunca..... al tiempo que yo tengo siempre, ay! la horrible desgracia de inspirarlas.....

—Sin sentirlas nunca, no es asi, señora! exclamó Gontran. Ah! teneis razon..... sois una muger infernal..... me infundís miedo.....

Ursula se encogió de hombros.

Pues bien, seré una muger infernal para los que, repito, no han de ser ni mis esclavos ni mis tiranos; de ellos si fuesen tan tontos ó tan presuntuosos que se enamorasen de mí, no tendré piedad, les haré burla, los pondré en las ridículas situaciones, quizá tambien en las mas crueles, se-

gun mi capricho! Mientras mas obstinados se muestran en amarme, mas me burlé de ellos.

—Mirad, prima, dijo Gontran para poner término á una conversacion que le era molesta, desplegai tal rigor de ánimo, tal fuerza de carácter, que cada vez me veo mas embarazado para llegar á lo que queria decir vos.

—¿Qué quereis decirme?

—Que entre parientes, entre amigos hay ciertas cosas que se pueden confesar francamente. Os he dicho que Matilde tenia celos de vos, que temia vuestra presencia..... y que..... Gontran titubeó.

—Y que estaria tranquila y confiada si yo abreviase mi permanencia aqui?

—Dispensadme, prima, pero.....

—Nada mas sencillo, por Dios. ¿Y por qué no me lo dijo esa pobre y cara Matilde? siento dejar tan pronto á ella en primer lugar, y luego echaré de menos vuestras cacerias que me divertian mucho; quizá sentiria tambien dejaros á vos, si no me hubiéseis hablado de amor. Esto sin embargo es sensible..... pero nada puedo hacer contra una sospecha de celos..... Será preciso darme algunos dias para preparar y persuadir á mi marido á este cambio de resolucion tan repentino; me encargo de ello..... Ah! no me quereis ya, primo, dijo Ursula dando la mano á Gontran con cordialidad.

Os quiero..... pero, os lo confieso, nunca hubiera esperado que usaseis semejante lenguaje, que manifestáseis tales ideas..... creo estar soñando.

Ursula repuso con su sonrisa irónica:

—Para una muger jóven que al salir de la casa de Maran, fué á vivir á una fábrica en provincia, lo hallais bastante extraño, ¿no es verdad? no lo comprendéis? No reconocéis á la pobre víctima, á la muger incomprensible que escribia tan lloronas elegias á la pobre Matilde que lloraba y que tenia razon, porque yo misma lloraba cuando las escribia, y aun algunas veces lloro todavia.....

—Vos..... vos!..... llorar.....

—Ciertamente, cuando el viento sopla del poniente, y

que hay en el aire *no sé que cosa que aburre* como decía Mad. de Maran.

—Siempre inconstante, siempre loca, dijo Gontran.

—No os verdad que soy una muger rara? Hablo de todo sin saber nada, hablo de emociones del corazon sin experimentarlas, tengo todas las fisonomías sin tener ninguna; soy descarada, burlona, inconsecuente..... Y sin embargo, primo, no conoceis de mí sino lo que yo quiero dejar conocer; tanto en mal como en bien estais todavía á mil leguas de la realidad, pero de lo que podeis estar cierto es de que puedo siempre lo que quiero firmemente. Asi, por ejemplo, mirad, tengo mas coqueteria que belleza, mas defectos que cualidades buenas, mas conversacion que talento; tengo un caudal regular, un nombre ridículo..... Mad. de Secherin, que os parece..... Mad. de Secherin! Pues bien á pesar de todo esto, quiero ser este invierno la muger de mas séquito, la mas á la moda de Paris, tener la casa mas esquisita, y hacer trastornar todas las cabezas concluyendo por la vuestra. Ahora adios, primo..... voy á decidir á mi marido á que nos váyamos lo mas pronto posible, haremos un corto viage hasta el invierno..... Voy á buscar á Matilde al parque; le ocultaré nuestra conferencia, se entiende..... Pobre muger! la compadezco..... [¡]pobre divinidad..... Ay! cuando no se sobe hablar sino el lenguaje de los ángeles, se corre un gran riesgo de hallarme en este mundo sola. En resumidas cuentas, mejor quiero mi suerte que la suya, aunque disfrute de la incalificable dicha de teneros por señor y dueño, añadió Ursula con una sonrisa burlona.

Se sonrió haciendo una pequeña seña con la cabeza á Gontran, y le tiró con su mano un beso maligno.

Oí á mi prima gorgear, cuando se iba, un aria de Freischutz con voz suave y sonora.



III.

SOBRESALTOS.

—

Si hubiera dudado un instante del cambio extraordinario que la maternidad habia hecho en mi ánimo tranquilizándolo de repente, revelándole un nuevo mundo, las ideas, los terrores que se despertaron en mí de resultas de la conferencia de Ursula y de mi marido, hubieran sido suficientes para probarme esta increíble transformacion.

Perdóneseme una comparacion muy usada, muy vulgar..... un instinto, admirable enseña á la pobre madre que cuida sus poyuelos que el punto negro, casi imperceptible, que apenas se percibe en el azul del cielo, es el buitre su mortal enemigo.

Del mismo modo, despues de la conferencia de Ursula y de Gontran, ví despuntar el germen de una nueva, de una terrible desgracia en aquella conversacion, que en la apariencia parecia deber consolarme.

Mi prima no amaba á mi marido, se burlaba con des-

den de las galanterías que tanto me habían hecho padecer.....

Con un desearo insultante se mostraba á él tal como era..... peor de lo que quizá podía ser.....

Confesaba con arrogante cinismo que no podía ser sino vil esclava del hombre que la sojuzgase..... ó señora altanera del que la adorase, y coqueta desapiadada con todos los que no se humillasen delante de ella ó que no le pusiesen orgullosamente el pié sobre la frente.

Dijo también á Gontran que nunca lo amaría, porque el amor de un marido era ridículo, porque él la amaba; por dos veces lo había provocado, diciéndole con insolencia: *A pesar vuestro, me amaréis siempre.*

Si no hubiese sido madre, hubiera salido de mi escondite llena de felicidad y de confianza; me hubiera arrodillado diciendo: Gracias, Dios mío, habeis permitido que esta muger pérfida, audaz, se haya mostrado sin disfraz y descubierta toda su bajeza, toda la maldad de su alma! Un momento mi marido se dejó arrastrar por sus seductoras esterioridades; pero ahora la conoce, no tendrá para ella mas que desprecio y horror. Gontran sentirá al menos ajarse su vanidad, oyendo á esta muger hablarle tan desdeñosamente!

Como Gontran tan bien parecido, tan seductor, tan mimado por su buena suerte, por tantas adoraciones, podría no digo amar sino ocuparse de una muger que se atrevia á decirle: *No os amo, no os amaré nunca, y no habeis de dejar de amarme.....*

Lo digo otra vez, hubiera dado gracias á Dios; la calma, el reposo, habrían por largo tiempo vuelto á mi corazón.

Pero ay! en una noche no sé porque vision casi beata, adquirí la triste sagacidad, la desesperante seguridad de discernimiento que solo los años pueden dar.

Creo que esta especie de presencia de ánimo se me infundió repentinamente, porque pedia serme útil para defender el porvenir de mi hijo. Ay! Dios mío, era joven todavía, nunca había reflexionado con pausa sobre las tristes miserias

del género humano; era menester un poder sobrenatural para hacernos penetrar aquel tejido de pensamientos horribles.

Creía en el bien á ciegas, no tenía ideas de esas pasiones depravadas, que, en lugar de buscar lo que es puro, noble, saludable y posible, son por el contrario vergonzosamente aguijonadas por el brillo de la corrupción, del cinismo, de lo imposible.

No podía sospechar que un hombre, porque una mujer sin pudor le dijese: No os amo, no os amaré nunca..... que ese hombre debería por eso mismo adorar con frenesí á aquella mujer!

No..... no, Dios mío, si se me hubiese dicho que el corazón humano era capaz de estas atrocidades, lo hubiera tenido por una blasfemia.

Por que misterio no obstante..... yo hasta entonces tan ignorante de estas miserias, adiviné, sentí; sí, físicamente sentí con un agudo dolor, que Gontran iba desde aquel momento á amar á aquella mujer, no solo más que á sus primeras queridas, no solamente más de lo que la amaba..... sino aun más de lo que nunca había de amar.

¿Qué voz secreta me decía que los hombres más inconstantes, más estragados, cuando llegan á amar y sobre todo á amar sin esperanza á una mujer perdida, aman á veces con una violencia espantosa?

Conocí que Ursula con arte infernal había puesto en juego las pasiones de mi marido, diciéndole: Sois bien parecido, sois encantador, estais habituado á agradar; y sin embargo, me amareis y este amor será para mí una inagotable burla..... para vos un dolor interminable!

Y ni aun esto era suficiente para aquella mujer; le era necesario avivar, exaltar el amor de Gontran inflamando sus celos, quiso probarle que no sería con todos fría, despreciativa, burlona, como había sido para él.

Véase también..... véase con qué ardor apasionado, delirante, le pintó la emoción que había de trastornar su razón y sus sentidos, á la sola vista del hombre que llegase á amar.....

A estas palabras impregnadas de un delirio ardiente y

sensual, su mirada se estravió, se sonrojó su mejilla, palpitó su pecho.....

Y cuando hablaba de su idolatría al hombre que la dominase como un tirano, con qué gracia tan humilde, tan sumisa, bajaba su cara encantadora! Cómo se le veía arrodillada, juntas las manos, implorando una risa de su amo, fijando en él sus grandes ojos azules llenos de languidez, de tristeza y de amor!

Ay!.... ay! era preciso que la seducción de orgullo de aquella muger fuese bien poderosa, bien irresistible, para que yo, yo su rival, yo madre, yo que le tenía horror conociera, comprendiera que en aquel momento no solo Gontran, sino quizá cualquiera, debía llegar á enamorarse perdidamente de Ursula, pues tanta fascinación y encanto poseía!

No, no, Dios no me engañaba dándome estos horrosos presentimientos! Mostrándome la formidable tempestad que se formaba en el horizonte, quería, por su misericordia infinita, que una pobre madre, sola y débil, pudiese, sino evitar, á lo menos conjurar los horribles males que la amenazaban.

Me sentí muy desfallecida cuando salí del gabinete donde estaba escondida.

Encontré á Gontran sentado en un sillón, la vista parada, los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud de reflexión y de pasmo.

Me fué preciso apoyarme sobre sus hombros para volverlo en sí.....

Levantó con viveza la cabeza, y me dijo estas solas palabras con una espresion profunda y concentrada.

—Qué muger!.... qué muger!.... Oh! es preciso que se vaya, Matilde, es preciso que se vaya!

Estas palabras confirmaron mis sospechas.

En boca de Gontran, siempre dueño de sí, tenían una espantosa significacion, amaba á aquella muger, ó temía amarla.

Una idea que desde luego acogí como una inspiración divina, me impelia á decir á Gontran lo que sabía de las

relaciones de Ursula con Mr. de Chopinelle, que sin duda habia sido colocado por ella en la categoria de los esclavos.

En un principio no dudé de que la indignacion al habersele negado lo que un hombre tan ridiculo habia conseguido, debia inspirar á Gontran una invencible indiferencia respecto á Ursula; quizá Gontran daba mas importancia á la conquista de Ursula, por creer que era su primer amor.

Pensé tambien decir á mi marido con qué falsedad, con qué perfidia Ursula habia logrado la separacion de Mr. de Secherin y de su madre..... Iba á decirlo todo, pero titubeé; consulté conmigo misma si estas revelaciones irritarian todavia mas la pasion de Gontran, si su vanidad se escitaria mas con el despecho de ser peor tratado que un ridiculo habitante de provincia.

Y luego podia creer á Ursula virtuosa, á pesar de las teorías atrevidas de que blasonaba, y resignarse mas fácilmente á no ser amado por ella, pensando que nadie habia sido mas feliz que él..... Temia que esta última conviccion prestase mas atractivos á mi prima.

Agitada por tantas dudas, me resigné á esperar la inspiracion del momento.

Mi marido habia yuelto á caer en una especie de desvario.....

Le tomé la mano, y la apreté tiernamente diciéndole:

—Gracias....., gracias, mi noble Gontran, me digísteis la verdad. En fin, Ursula va á partir, y nosotros viviremos felices y tranquilos.

Gontran se sonrió de no muy buena gana, y me respondió:

—Habreis debido estar muy contenta de ver el modo con que Ursula me ha tratado; esto debe tranquilizaros, lo espero.

No queriendo dejar que Gontran penetrase mis temores, le dije:

—Sin duda, amigo mio, estoy consolada; pero no veo en qué mi prima os ha tratado tan mal..... Chanceaba.

—Chanceaba!..... Y aun cuando hubiese hablado de

chance, ¿no era tratarme con el mayor desprecio?.... En mi vida..... sí, en mi vida... se ha jugado conmigo tan insolentemente; estaba como un tonto, sin ocurrírseme ni una palabra. Qué audacia! qué cinismo!

—Pero Gontran, me parece que lo mas cruel que Ursula os ha dicho, es que no os amaria nunca, y que os re-
taba á que no la amáseis.

—Y bien! ¿eso no es nada?

—Esto es nada, puesto que me amais, Gontran..... Vuestro cariño hácia mí os impide tenerle á ella amor, debe seros indiferente que no os ame.

—Sin duda, sin duda, teneis razon... Pobre Matilde mia, os amo... Sois buena, generosa!.... Teneis buen co-
razon, elevacion, grandeza de alma. Cuando vuestra prima os preguntó: ¿qué tiene ella para agradar? una cara regular, buen cuerpo, es verdad, un pié muy lindo, ojos grandes sucesivamente atrevidos ó lánguidos, soflama im-
pertinente, un gran fondo de impudencia..... pero ni co-
razon, ni alma... Además, es tan disimulada y falsa, que causa horror..... Mientras mas pienso en ello, menos puedo salir de mi pasmo. ¿Podriais esperar esto de ella, siempre tan melancólica, tan dolorida? He visto mugeres muy atre-
vidas, muy gastadas, perdonadme el término, pero nunca he encontrado cosa igual; estaba aturdido..... Ah! desearia humillar, dominar semejante carácter! Con qué placer le volveria entences desden por desden, sarcasmo por sarcasmo! exclamó involuntariamente mi marido.

Oculté mi cara entre las manos, y me eché á llorar sin decir una palabra.

No podia dudarlo, Ursula habia acertado el golpe.

Estaba Gontran tan preocupado por sus pensamientos, que no advirtió mis lágrimas.

Se levantó de pronto, y dando paseos por la habitacion, continuó:

—Oh! bien concibo que un hombre no se compadezca de una muger cuando llega á dominar uno de esos caracte-
res altaneros é insolentes..... Entonces con qué placer se le humilla, y aun se le ultraja! porque lo merecen esas cria-

turas tan orgullosas hasta entonces! Luego siguió diciendo sonriéndose á la fuerza:—Es cosa para morirse de risa, estas pretensiones!.... Mad. de Secherin! decirme que quiere vivir á la moda, que quiere tener la mejor casa de Paris y burlarse de todo el mundo! Ah! ah! ah!.... á fé mia, que esto es muy gracioso..... No os parece lo mismo?.... Pero, ¿qué teneis? llorais..... Matilde?

—Ah! Gontran, esta conferencia nos será fatal.

—¿Qué quereis decir?

—No hay una palabra de Ursula que no haya dejado en vuestro corazon algun despecho ó al menos disgusto.....

—Despecho! disgusto! por que Mad. de Secherin dice que no tengo la dicha de agradarla! Vaya, querida amiga, en qué pensais? Qué juicio teneis formado de mí? No tengo mucha vanidad, pero no creo que mi mérito sufra un grave menoscabo por el desden de Mad. de Secherin. No pasa de una excelente bufonada la creencia en que está de que me he de enamorar de ella..... Pobre Matilde mia, os he hecho mi confesion; habeis visto que dije la verdad: Ursula me parecia bastante linda, por galanteria me dejé seducir algo mas de lo que hubiera querido..... Pero nunca pasó de un capricho. En esa muger no hay nada, nada, absolutamente nada..... enamorado de ella! Compadezco demasiado á los infelices que sean tan necios que se dejen coger en sus redes..... Enamorado de ella! eso seria el infierno!... Con semejante carácter..... enamorado de ella..... yo!.... yo!

En seguida Gontran hizo un cambio repentino, y me dijo con una espresion, ay! que me pareció distraida y forzada:

Yo! enamorado de ella! como sino tuviese á mi lado una mil veces mejor que ella..... como si no tuviese la mejor, la mas cariñosa de las mugeres..... un ángel de dulzura y de bondad!.... Pobre Matilde..... ¿cómo habeis podido temer un instante la comparacion?.... vos..... vos.....

Y volvió á caer en una especie de delirio.

Los últimos elogios que me prodigó, me hicieron un horrible daño.

Me recordaron aquellas odiosas palabras de Ursula á

mi marido: «Es menester que os manifieste mi desden para «que penseis en alabar á vuestra esposa.»

Mi prima tenia razon, las alabanzas de Gontran se las arrancaba el despecho.

Haciéndome superior á mi prima, pensaba mas en ajarla que en lisonjearme.

—Lo que mas nos importa, dije á mi marido, es que Ursula deje á Maran dentro de muy pocos dias; ella decidirá facilmente á Mr. de Secherin á partir.

—Sin duda, sin duda: que se vaya; mientras mas pronto mejor.

—Amigo mio, dije á Gontran despues de un momento de silencio, permitidme que os hable con toda franqueza.

Os escucho, querida amiga mia.

—¿No os parece extraño que aquella conferencia, que deberia haberme tranquilizado completamente, puesto que os justificaba á mis ojos, produzca en vos y en mí un efecto contrario?

—Cómo es eso? No os comprendo.

—Ursula dijo que no os amaba, que no os amaria nunca, que vuestras galanterias serian perdidas, y que se iria lo mas pronto posible..... Y sin embargo, bien lo veis, no puedo ocultar mi agitacion.

—Ah! Dios mio! exclamó Gontran con impaciencia... todo esto es muy sencillo..... Llorais..... porque llorais por nada..... Estoy agitado porque hay cosas que, mal que me pese, hieren el amor propio..... Qué quereis inferir de esto! vais á haceros el eco de Ursula, y á decir que estoy ó estaré enamorado de ella? Esto es absurdo: os confieso que solamente me ha impacientado, no estoy acostumbrado á que se me haga burla de esa suerte: esto es todo. Hay mil maneras de decir las cosas. Hubiérame dicho sencillamente: he sido un poco coqueta con vos, olvidémoslo; seamos buenos amigos: si mi presencia escita los celos de Matilde, partiré..... nada mejor, pero de qué sirve esa profesion de principios..... y qué principios! ¿A qué viene decirme descaradamente que si yo no le agradaba, otros quizá le agradarian? ¿Para qué es bueno espresar de una manera tan apasionada, por no

decir mas, el enagenamiento que experimentaria en tal ó tal ocasion?.... muger incomprensible!.... que en aquel momento, parecia estar verdaderamente conmovida..... En verdad, me confunde..... es un enigma esa criatura, un enigma..... Pero que otro trate de hacertarlo..... le deseo un gran placer! Además de esto, una voluntad de hierro... Quiso aprender á montar á caballo y montar á las mil maravillas, se le ha puesto en la cabeza ser el invierno próximo una muger á la moda, y es capaz de lograrlo; tiene todo lo necesario para ello.

—Pensábais ahora mismo lo contrario, amigo mio; desíais que era una pretension ridícula.....

—Ah! Dios mio, querida..... si venis sin cesar á epilogar mis menores palabras, esto llegaria á ser insoportable, dijo mi marido dando una patada. Os hablo con toda confianza, con toda seguridad, no busqueis en mis palabras otra cosa que lo que os digo.

Miré á Gontran con doloroso asombro.

—Amigo mio, os haré una sola observación..... Desde que se acabó la conferencia, me habeis sin cesar hablado de Ursula, y no habeis dedicado el menor pensamiento á nuestro hijo.....

Mi marido se pasó la mano por la frente, y exclamó algo agitado:

—Pobre y escelente muger..... es verdad, sin embargo, ah! es un mal, perdonadme, Matilde..... Escucha, estas palabras tuyas me hacen volver á mi deber, á mi amor: estas palabras me calman y me consuelan de una necia y ridícula herida de amor propio. Ahora bien! si, perdóname este último destello de orgullo. Sí, me sentí á pesar mio un poco humillado por no haber causado la menor impresion á Ursula; sabes por qué? porque el sacrificio que hubiera tenido que hacerte hubiese sido mas grande. Creedme, nada me será mas fácil que olvidar á esa muger diabólica..... Tienes razon, querido ángel; nuestro hijo..... pensemos en nuestro hijo. Entre esta dulce esperanza y el amor que te profeso, y que tú recompensarás en adelante, la felicidad se-

rá fácil. Te pido otra vez perdon por haber tomado interés por los sarcasmo de Ursula; se burlaba de mí á vuestra vista, no os lo oculto, Matilde, estoy muy envanecido desde que soy vuestro. Sin embargo, como además me amais tanto, no es asi? no pensaremos mas en esta esœna tan ridícula sino para burlarnos de mí mismo; pero mejor es que hablemos de nuestro hijo: estas dulces conversaciones serán nuestro refugio seguro contra todos aquellos malos pensamientos.

La llegada de uno de nuestros arrendatarios, que queria hablar á mi marido, terminó esta conversacion.

Se fué Gontran.

Mi primer movimiento fué quedar encantada con las dulces palabras que acababa de decirme con su gracia habitual; luego me pareció que su acento habia sido nervioso, duro; que sus miradas no estaban de acuerdo con su lenguaje.

Se hubiera dicho que queria distraerse ó tranquilizarme con algunas palabras tiernas.

Con todo, habia algo de afectuoso, de sentimental en su acento.

Sin embargo, mientras mas reflexionaba en la impresion que Ursula habia hecho en él, mas me creia un peligro inminente.

Algunos dias antes hubiera llorado, y despues hubiera aventurado algunas quejas timidas y estériles; pero, llamada á nuevos deberes, quise cambiar completamente de conducta.

Comprendí que debia temer la violencia de los disgustos, pues su reaccion podia ser fatal á mi hijo; me propuse tratar en lo sucesivo de no affligirme nunca por cosas vanas, de estar firme contra mi susceptibilidad, de endurecerme contra los tormentos morales, y de ser, si esto puede decirse, estremadamente *sombria* en el dolor.

Las circunstancias debian poner mi nueva resolucion á una dura prueba.

Enjugué mis lágrimas, y pensé friamente en mi posicion.

Desde aquel momento, para no quedar destruída bajo la ruina de mis esperanzas, contemplé con valor la vida bajo los colores mas sombríos.

No me engañé atento á la causa de esta animosa resolución, poseía un tesoro de dicha y de esperanza, que nada en el mundo podía arrebatarme.

Cualquiera que fuese el porvenir, me quedaba mi hijo; porque estaba profunda y firmemente convencida de que Dios me habia enviado este supremo consuelo en mis penas, como una religiosa recompensa de haber cumplido con mis deberes.

Esta fé ciega en la proteccion divina me impidió tener el menor sobresalto acerca de la vida futura de este pequeño ser que doblaba mi vida, y que debia hacerme olvidar mis padecimientos.

Me tracé un plan de conducta con la firme resolución de no separarme de él.

Con ocho dias tenia Ursula tiempo suficiente para decidir á su marido á dejar á Maran; si al cabo de este tiempo no se habia marchado, si de aquí á entonces me convencía de que sus desdenes afectados no eran mas que un péfido plan de coqueteria, estaba resuelta á seguir los consejos de Mad. de Richeville.

Sola ya con Gontran, esperaba por mi cariño, por el interés que debia inspirarle el estado en que me hallaba, esperaba, digo, lanzar á Ursula de su pensamiento.

Si su amor se aumentase con los obstáculos, si sucumbia yo despues de haber luchado contra la detestable influencia de aquella muger con todas las fuerzas de mi amor, de mi afecto, al menos sucumbiria con dignidad, me quedaba mi hijo, y viviria para él solo.

Me es imposible decir la calma, la confianza que me produjo esta resolución.

No experimentaba ya, como en lo pasado, aquellos espantos vagos, aquellos dolores sin objeto y sin término.

La causa era que otras veces..... perdido el amor de Gontran..... no me quedaba nada mas que una vida miserable y estéril; nada mas que algunas macilentas memo-

rias que debian, por comparacion, hacer aun mas cruel mi situacion presente.

Me arrodillé para dar gracias á Dios por no haberme adormecido en una fatal confianza.

Sin querer descender á un vergonzoso espionage, me propuse observarlo todo atentamente, no omitir nada que pudiese desengañarme.



IV.

MADAMA DE MARAN.

El día siguiente á esta escena, cuál sería mi sorpresa al recibir una esquila muy concisa de Mad. de Maran, en la cual me anunciaba que llegaría casi al mismo tiempo que su aviso, y que ella misma me enteraría de la causa de su venida.

Se hubiera dicho que esta muger, advertida por un instinto secreto de las nuevas penas que me debían abrumar, venía para gozarse de mis tormentos.

Si hubiese conocido menos á Mad. de Maran, me hubiera pasmado la audacia de su visita acordándome de que la última vez que la había visto, no había podido disimular el ódio que me tenía.

El reunirse con Ursula me horrorizaba aun mas.

Si Mad. de Maran había esperado, previsto, calculado que tarde ó temprano Ursula, hallándose por decirlo así, mezclada en mi vida, me sería hostil, debía estar sa-

tisfecha y podia llegar á ser una aliada útil para mi prima.

Reflexioné, no sin pena, que así andaba el mundo, que se veia una obligada á recibir en su casa á sus mas mortales enemigos, bajo pretesto de parentesco ó de relaciones que hacen aun mas odiosa su animosidad.

Noticié á Gontran la próxima llegada de mi tia, recibió la nueva con bastante indiferencia.

No participaba de su tranquilidad. Semejante viage era tan en contra de lo que acostumbraba Mad. de Maran, pues no habia salido de Paris quince años hacia, que sospeché hubiese algun motivo grave para ello.

A eso de las dos llegó mi tia acompañada de Servion, de una criada, de un lacayo que le servia de correo, y de un perro sucesor de Feliz.

Fuimos á recibirla á las gradas del castillo.

Bajó agilmente del coche, sin estar cambiada en lo mas mínimo; traia puesto su sempiterno traje y su sombrero de seda carmelita.

A pesar de mis tristes preocupaciones, no pude dejar de sonreirme viendo el sombrero de Mad. de Maran decorado con un lazo tricolor; el de Servion tenia una gran cucarda de los mismos colores patrióticos.

Mi tia reparó en mi sorpresa, y exclamó al entrar en el salon:

—Vaya, os sorprende, ¿no es verdad? será porque no he entonado aun la «Marsellesa», «Caïra» ó la «Parisienne», otra lamentacion patriótica, demagógica, emblemática y orleánica, que equivale muy bien á las otras bucólicas de la república..... Decidme pues, ciudadano y ciudadana, ¿os causó el efecto de una famosa *garrotera* ó *vencedora de Julio* con mis cintas de tres colores, no es así? ¿Creeis quizá que vengo á anunciaros mi casamiento con Mr. de La Fayette para el primer dia de los sanculotes del Frimario..... delante del altar de la pátria? Pues bien! os engañais; atended, mirad aquí, bajo mis piés, estas hermosas cintas de tres colores, miradlas en el fuego, dijo mi tia arrancando el lazo de su sombrero, y tirándolo á la chimenea despues de haberlo pisoteado con una rábia cómica.

Gontran riéndose á carcajada, le dijo:

—Muy bien, señora, os creía convertida.

—Cómo convertida! Ya! es porque quereis burlaros de mí, Mr. de Lancry? Figuraos que si he consentido en engalanarme con esos execrables colores que hieden á pueblo, á imperio y á guillotina, ha sido para viajar tranquila.

—¿Y vuestra opinion realista no se ha alarmado con semejante concesion? dijo Gontran.

—¿Pues mi opinion ha visto algo en mi interior? ¿Se repara en los medios de salvacion cuando son buenos? En tiempos del ciudadano Cartonche y del ciudadano Mandrin no hubiera necesitado un salvo conducto de estos caballeros para poder pasar sin peligro por donde estaban sus cuadrillas? Pues bien! esta abominable cucarda y este pasaporte, no son otra cosa que salvos conductos..... uso de ellos, pero los desprecio..... comprendois?

—Perfectamente, señora; ¿pero á qué feliz casualidad debemos vuestra buena visita?

—Figuraos, mi pobre muchacho, que van á juzgar, ee decir, á condenar á esos infelices ministros; en Paris todos los dias hay alborotos: se habla de robar las casas principales, de hacer un segundo 93. He metido mi plata labrada en un escondite que el diablo no dará con él; traigo mis diamantes y cinco mil luises en mi coche, y vengo á esperar aquí los resultados. Si esto se calma, vuelvo á Paris, si se aumenta, emigro á Inglaterra otra vez; pero, en cuanto al presente, no se puede estar en Paris. Toda mi sociedad se ha espantado y huido, bien tenia porque. Unos han seguido á aquel buen viejo, el rey, y á Madama la delfina; otros se van á la Vendee á esperar á S. A., y á Dios gracias, darán largo tiempo que roer á estos nuevos patriotas: otros, en fin, se han salvado como han podido, ya en Italia, ya en Alemania, como en tiempo de la primera revolucion. A fé mia, que me aburría en Paris, cuando, para cambiar, vino el miedo á ostigarme; esto es lo que me proporciona la dicha de venir á abrazaros, queridos hijos míos. Me agrada contemplar vuestra corta familia: esto me regocija el corazon; al verla no puedo me-

nos de decirme: A mí se me deben dar gracias de que estos dos corazones tan bien hechos, el uno para el otro estén unidos con una cadena de flores. Ah!.... ah!.... ah!... Ved el efecto del campo... hablo ya en égloga..... ¿Dónde están vuestros camarillos, hermoso Silvano? Quería cantar vuestra felicidad con la flauta de los pastores de la Arcadia!

La alegría de Mad. de Maran me asustaba; su risa des-templada y estrepitosa anunciaba siempre alguna maldad.

Segun su costumbre, se habia puesto al entrar los espejuelos, aunque no tenia que leer ni ver nada, porque le servian, por decirlo así, para ocultar sus miradas; resguardada con sus vidrios, podría observar á su gusto sin ser notada.

Advertí que, cuando estaba hablando, examinaba atentamente la fisonomía de mi marido y la mia.

—Y Ursula, dijo Mad. de Maran, sabeis de ella?

—Hace algunos dias que está aquí con su marido, le respondi.

—Es posible? Cómo! estamos reunidos en familia? Veís que á buen tiempo llegó! Pero donde está esa querida niña?

—Se está paseando con Mr. de Secherin; pronto debe venir, segun creo, dijo Gontran.

—Se pasea con su marido! exclamó Mad. de Maran, y os encuentro aquí con vuestra esposa, Gontran! Esta es la tierra prometida, esto es cosa de otro tiempo, esta es una especie de vida patriarcal... Ella se pasea sola con su marido! qué bueno es esto! pues su marido es un bestia tamaño y tan grande, y tiene tan buena conversacion como un avestruz..... Pero decidme, hijos míos, ¿se llaman todavia con aquellas palabritas tan lindas y cariñosas de Bellota, y bonito?

—Hallareis á Ursula muy cambiada, señora, dije á Mad. de Maran sonriéndome no sin pena.

—Cambiada! no está quizá tan linda como en otro tiempo?

—Sí, señora, siempre está hechicera, pero su carácter se ha desarrollado; está ahora mucho menos melancólica.

—Ah! ah! ah!.... me rio mal que me pese, dijo Mad.

de Maran, al pensar cuanto me cegaba mi parcialidad por vos, Matilde..... ¿Os acordáis de cómo estaba riñendo siempre á Ursula, á cada instante, cuán fea me parecía? bien puedo deciros esto ahora, hijos míos. Pues bien! era una horrorosa injusticia; me parecía, por el contrario, vivaracha, hechicera; y tambien esto puede decirse delante de un marido, porque los maridos lo dicen de otras cuando sus mujeres no están presentes..... encontraba en Ursula mejor fisonomía, mas donaire que en vos, mi querida Matilde..... No obstante por el amor que os tenia y para alabaros á espensas de vuestra prima, decia aquellas horribles mentiras. Era falsa, oh! es decir, era buena! porque yo, cuando el afecto á las personas me arrastra, soy capaz de todo.... Pero, querida niña, no os figureis por esto que acabo de decir, que sois menos bella que Ursula; cuando menos lo sois mil veces mas sin contradiccion. No puede competir con vos en la regularidad de las facciones; pero tiene un no se qué, cierta gracia, cierto atractivo, que trastorna las cabezas de estos bribones, y me mostró á Gontran riéndose á carcajadas..... Luego arrimándose á mi oido, me dijo en voz baja sin dejar de reirse:

Ya! no teneis celos del diablillo de Ursula? desconfiad de esas hermanas muy gazmoñas que tienen la sonrisa de Magdalena arrepentida y las miradas de Venus Aphrodita!

Si mi tia hubiera calculado cada una de sus palabras con la mas reflexionada malignidad, no me hubiera herido mas cruelmente.

Esta circunstancia me hizo creer que tanto riesgo corren los caracteres odiosos como los magnánimos.

Tanto unos como otros son á veces dirigidos por extrañas fatalidades.

El mismo Gontran, á pesar de su sangre fria, se sobrecogió como yo con las tristes chanzas de Mad. de Maran, y no pudo menos de decirle tartamudeando y con sonrisa forzada:

—Creeis señora, que sea posible ser infiel á mi queri-

da Matilde? ¿No somos segun habeis dicho, el modelo de los buenos casados?

—¿No veis que estoy chaceando, miserable libertino? Querria deciros que le fuéseis infiel?.... En el campo, no tendria esto excusa; en Paris es diferente: la ceguedad del mundo, la ocasion..... como diria la princesa Ksernika..... Pero aquí, vaya!.... Pobre niña..... Vos que habeis sido siempre tan buena para Gontran..... Mirad, en lugar de aquel abominable Lugarto por ejemplo.....

Perdí el color. Gontran se puso erguido como si le hubiese mordido una serpiente, y dijo á Mad. de Maran:

—Por favor, señora, no hablemos mas de esto..... No me recordeis una escena incómoda.....

—Que no hable de eso! picaro ingrato! Os digo que hablaré de ello..... quiero repetirlo..... ¿Dónde ibais á encontrar una muger que, para embelesar al acreedor de su marido, se opusiese á perder la reputacion? Pero esto ingenuamente es sublime, mi querido amigo.

—Señora, exclamó Gontran, eso es una infame calumnia; en presencia de todos lo dije en voz alta á ese miserable.

—Ah! Dios mio! sé muy bien que es una calumnia, pobres niños; sé muy bien que Matilde es inocente y pura como el cisne cuando sale de su blanco cascaron, pero.....

Vi donde iba á parar la conversacion que queria entablar Mad. de Maran, la interrumpí, y le dije con una firmeza que sorprendió á ella y á Gontran:

—Nos habeis hecho, señora, el honor de venir á vernos, no podiamos esperar esta visita; nos tendremos siempre por muy felices en poseeros, no olvidaremos nunca que esta casa ha pertenecido á vuestro hermano, haremos todo lo que podamos para recibiros del mejor modo posible, pero debemos esperar que no tratareis de despertar recuerdos muy dolorosos para mí y para mi marido.

—Pero, querida mia.....

—Pero, señora, repuse con voz mas alta é interrumpiendo otra vez á Mad. de Maran, pero, señora, pues habeis olvidado los motivos que al parecer debian impediros siem-

pre un trato íntimo entre nosotras dos, debemos al menos esperar que no se hable una palabra de las calumnias odiosas de que os haceis eco; creo que esto no es exigiros un gran sacrificio..... Si nos concedeis esta gracia, os lo agradeceremos mucho, y disfrutareis quizá de algun placer en ver unidos y felices á los que involuntariamente, sin duda, indispondrais y dividirais.....

Mi sangre fría y mi calma produgeron en Mad. de Maran y en Gontran un efecto singular é inesperado.

Mi tia despues de algunos momentos de silencio, continuó con ironía mirando á Gontran.

Es ahora Matilde la que dice, «nosotros!» Qué es esto, mi pobre vizconde, la autoridad ha pasado la lanza á la rueca?

—Matilde habla un poco por mí y mucho por si, señora, dijo Gontran. Me uno á ella para suplicaros olvidéis los acontecimientos que nos contristan; pero no me tomo la licencia de poner condiciones á vuestra permanencia aquí, añadió Gontran mirándome con severidad.

Aunque yo no esperase ver á mi marido casi ponerse de parte de Mad. de Maran contra mí, no me dejé abatir. Satisfecha de una firmeza de lenguaje que á mí misma me sorprendia, dije:

—No pongo condiciones sino á mi presencia aquí, señora; he tenido el honor de deciros que siempre recordaré que sois hermana de mi padre, y que estais en casa de Mr. de Lancry. Si por desgracia me fuese imposible admitir algunas chanzas, os suplicaré que dispenseis mi ausencia; Mr. de Lancry tendrá á bien enargarse de haceros los honores de Maran, y yo me iré al instante á Paris.

Me espresé tan resueltamente, que Mad. de Maran exclamó:

—Ya! lo haria como lo dice: no reconozco á vuestra esposa, mi pobre Gontran, ¿qué es pues lo que hay?

—Hay, señora, que tengo *necesidad* de no sufrir mas, que estoy decidida á evitar todas las desazones que pudiere de aquí en adelante.

—Qué diantre! querida niña: ya! quereis cuidaros, mirar por vos, segun parece.

—Si, señora..... necesito mirar por mí, como decis.

A pesar de sus preocupaciones, una tierna mirada de Gontran me probó que me había comprendido.

Mad. de Maran repuso irónicamente:

—Pues bien! querida niña, está convenido, haremos un programa de las materias que me están prohibidas: 1.º Lugarto y las calumnias relativas al supredicho.—2.º la fidelidad á que os faltó Gontran con la bella princesa Ksernika.—3.º toda comparacion que pudiere dar lugar á pensar que Ursula me parece mas agraciada que vos.—4.º en fin, toda alusion atento á los obsequios diligentes que por la propension natural de las cosas, este bribon Gontran pudiese tener la tentacion de hacer á Ursula con detrimento del mentecato de Mr. de Secherin, que, aquí entre nosotros, no perderá mucho! Pero..... mirad, justamente ahí viene..... ahí viene..... Dios mío!..... qué guapa está!

En este momento entró Mr. de Secherin con su muger,

—Mira..... mira..... gritó éste con alegría, ahí está la buena Mad. de Maran!

—Yo misma, en carne y hueso, mi buen Mr. de Secherin; cabalmente hablaba de vos en este momento. Buenos dias, Ursula..... buenos dias, querida niña, dijo Mad. de Maran levantándose para besar á Ursula, soy muy feliz en veros reunidos. Esto es lo que siempre deseaba, veros vivir juntas como dos hermanas..... dejaros lo menos que me fuese posible.

—Y no dejarnos nunca si se pudiese, exclamó Mr. de Secherin. No hay cosa como vivir junta la familia..... ¿no es así, Mad. de Maran? comprendéis esto, vos que ois á la nata de las buenas mugeres?

—Ah, Mr. de Secherin! voy á empezar á reñiros si continuais llamándome la «nata», os lo advierto desde luego: eso incomoda á mi modestia, y además va á comprometerme como aristócrata; estais muy cansado con vuestra nata, Mr. de Secherin! ¿Por ventura, despues de los gloriosos dias de Julio, que han fundado la igualdad, la fra-

ternidad, la libertad, hay todavía esas distinciones? Llamadme únicamente buena muger, pero no la nata..... ó me enfado!

—Vamos, equivalga á buena muger; pero sois una insignísimá buena muger..... tan buena..... añadió Mr. de Secherin poniéndose sério de repente, tan buena que me haceis acordar de mi pobre madre, como mi pobre madre me hacia acordar de vos.

—Esta comparacion hace á la vez mi elogio, el de vuestra madre, y además el de vuestro caletre, mi buen Mr. de Secherin. ¿Pero habeis tenido la desgracia de perderla?

—No, no, gracias á Dios..... pero ha habido muchas novedades desde el tiempo en que os ví, vamos.....

—Ah! vaya! contádmelas; sabeis que me intereso en lo que os importa: ¿qué es lo que hay, mi pobre Mr. de Secherin?

En vano Ursula, temiendo la indiscrecion de su marido, le hizo señas y mas señas, él no las advirtió y continuó:

—Dios mio! nos hemos separado de mamá.

—Es posible! mi pobre y querido hijo, estais separado de vuestra mamá? Y por qué? Jesus, Dios mio!

—Porque mamá habia tomado entre ojos á Ursula, y se habia imaginado que esta pobre Bellota se dejaba obsequiar por Chópinelle, nuestro subprefecto, que fué quitado por la revolucion de Julio.

La fisonomia de Mad. de Maran, hasta entonces cómica y burlona, se tornó de repente en digna, severa; dijo á Mr. de Secherin.

—Dudar de la virtud de Ursula, seria dudar de la moralidad, de la educacion y de la solidéz de los principios en que la he imbuido. Mr. de Secherin, era preciso que vuestra madre estuviese cruelmente prevenida contra Ursula, para creer en semejante extravio..... Sabed que el afecto no me ciega. Pues bien! salgo y saldré siempre garante de la buena conducta de Ursula; aunque las apariencias puedan estar contra ellas, no las creais nunca!.... por-

que esta niña encantadora os ama mucho mas de lo que parece.

—Ah! señora, puede decirse que siempre me embalsamais la sangre! exclamó Mr. de Secherin. En mi vida he dudado de Ursula, os lo digo bajo mi palabra de honor... pero si hubiera dudado, lo que acabais de decirme destruiria mis mas arraigadas sospechas.

—Señora, dijo Ursula, sois muy buena, muy indulgente.

—Nana de eso, soy justa, presto homenaje al mérito, esto me causa tanto placer como hallaros así unidos. No teneis idea de cuanto me embelesa ver estos dos matrimonios llevarse tan bien, llega á tal punto que no puedo decíroslo. Lo que sobre todo me agrada es vuestro afecto. es pensar que todo esto aun es nada, y que mientras mas tiempo pasare, mas se estrecharán vuestros lazos, esto es decir que concluireis componiendo una familia tan unida y compacta que mas no pueda ser: será una especie de comunidad, con fraternidad por el estilo de *Melimeo*, de Otaiti ó de la edad del oro, en la que no se tenia para sí sino lo que pertenecia á los otros, ¿no es así, mi buen Mr. de Secherin?

—En verdad, señora, dijo este riéndose, mi muger y yo ganamos mucho en ese mercado.

—Dejadme quieta con vuestra modestia, ganais mucho en ello! ¿Se habla así entre amigos? Además de esto, cada uno pone de lo suyo, ¿no sois como hermanos de Matilde? ¿Si Gontran mira á vuestra muger como á la suya, á su vez vuestra muger no ama á Gontran á lo menos tanto como á vos? ¿A qué viene pues celebrarnos vuestras ganancias?

—Teneis razon, señora, teneis razon, dijo con mucha alegria Mr. de Secherin; poner su corazon y su afecto en *comandita* en semejante sociedad, como decimos en los negocios, es poner en ella todo lo que puedo poner, y esto dá igual derecho á participar de la felicidad.

—¿Lo oís? nos dijo Mad. de Maran palmoteando, lo ois, os digo? Qué graciosa es su comparacion mercantil y comanditaria! ¿Es Ursula la que os inspira estas lindas co-

sas? Lo que vale el influjo de una muger honrada! cómo os civiliza, cómo os pule! Ciertamente, mi buen Mr. de Secherin, tenfais escolentes cualidades; pero os faltaba un no sé qué de fino, de delicado, de singular en la espresion, que en la actualidad poseeis á las mil maravillas. No sois ya el mismo hombre; vuestra aspereza, vuestra franqueza primitiva están templadas, suavizadas con una urbanidad llena de gracia y de delicadeza..... Pero mirad..... no vayais á echar plantas por eso! os falta mucho todavia.

—¿Cómo, señor?

—Ciertamente, si sois así, no es falta vuestra sino del agavanzo cuando llega á ser rosal..... sois ingénuamente la obra de linda jardinerita que está aquí..... Ella os ha ingertado..... mi buen Mr. de Secherin. Os ha *ingertado*.

—La comparacion es muy exacta, exclamó Mr. de Secherin, me ha ingertado..... *estoy ingertado*.....

—Y á doble escudete, mi querido caballero! dijo Mad. de Maran mirando á Ursula con una sonrisa tan maligna, que comprendí debia haber algun doble sentido injurioso en la burla de Mad. de Maran.

—Pues casi creo, dijo sencillamente Mr. de Secherin, que os burlais de mí. En verdad, he cambiado con ventaja.

—Mi buen Mr. de Secherin, dijo gravemente mi tia, quizá no tengo mas que una cualidad buena, la veracidad, ¿por qué pues os habia de decir esto si no lo sintiese? ¿Os he contemplado cuando he hallado algo que reprender en vuestro modo de hablar?

—No; eso es verdad. Pues bien! al hecho, os creo y quiero creerlo; porque si he cambiado en bien, se debe á Ursula, como decís; nunca he advertido este cambio.

—Esta modestia tímida y apreciable acaba de probar lo que he dicho, mi buen Mr. de Secherin; pero me callo porque no se envanezca. Ah! ya! os dejo, voy á suplicar á Matilde que me lleve á mi habitacion, porque estoy un poco incómoda del camino, sin contar con que estos abomina-

bles tres colores, me han levantado el estómago. Felizmente, la calma campestre..... la vista de las personas que he hecho felices..... todo me va á reponer..... Ah! ya! os dejo entregados á vuestros amores, porque charlo como una urraca sin nido.



V.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

No podia adivinar la verdadera causa de la repentina llegada de Mad. de Maran, procuraba persuadirme que su venida no tenia otro motivo que el que me habia dicho; los periódicos que recibiamos de Paris hablaban, en efecto, de alborotos serios en aquella ciudad.

Sin embargo, los terrores de mi tia me parecian exagerados. Si admitia que fuese otra la causa que la hubiese traído á Maran, á pesar mio me asustaba, porque presagiaba alguna nueva desgracia.

Observaba atentamente á Gontran, y lo veia distraído, preocupado, pensativo.

Ursula habia evitado varias veces hallarse sola conmigo; tenia mucho deseo de que se fuera cuanto antes.

No sabia si habia preparado y decidido á su marido á dejar á Maran, hablé de ello muchas veces á Gontran, el

cual me dijo que mi prima le habia asegurado que le era preciso manejarse con tiento para desbaratar unos proyectos acordado mucho tiempo habia, pero que esperaba conseguirlo dentro de poco.

No habia querido participar á Ursula y á Mad. de Maran el estado en que me hallaba, era una felicidad de que queria gozar sola, guardando el secreto todo el tiempo que fuese posible.

Mi tia continuaba burlándose de Mr. de Secherin, y al parecer observaba atentamente á Ursula y á mi marido.

Cumplí fielmente su promesa, y no hablaba ya de un tiempo pasado, que despertaba en mí memorias tan tristes. Sin duda sabia que no me habia de faltar resolucion para llevar á efecto lo que le habia dicho, y para irme de Maran antes que sufrir nuevas perfidias.

Tenia mucha sagacidad, mucha penetración para no advertir un cambio notable en las maneras de Gontran, que en otro tiempo tan alegre, brillante, animado, se habia tornado en pensativo, melancólico, á veces áspero é impaciente, y otras decaido y triste. Mi inquietud se aumentaba de dia en dia, temia, segun lo habia presentido, que el afecto que tenia á mi prima, contrariado, irritado por la fingida indiferencia de esta, tomase todos los caracteres de la passion.

Notaba de nuevo en sus facciones contraidas aquella sonrisa triste, nerviosa, que no habia vuelto á oscurecer su semblante desde que no estaba bajo la influencia de Mr. de Lugarto.

Muchas veces lo sorprendí en el parque paseándose muy de prisa, y una de ellas noté que habia llorado..... Otras veces me hablaba con dureza: frecuentemente, por el contrario, me trataba con un cariño inusitado.

Ayl por estas muestras de bondad, advertia que debia padecer mucho.

Cuando Ursula estaba con mi marido y conmigo, afectaba un contento que parecia aumentar mas la tristeza de Gontran. Ostentaba con corta diferencia el mismo cinismo burlon que habia mostrado en su conferencia con mi mari-

do: tan solo, en vez de vender por suyos estos sentimientos, los atribuía á un ser imaginario, á no sé que heroína de novela. No puedo negarlo, Ursula en sus conversaciones continuaba ostentando infinitamente su talento, y mostrándose verdaderamente superior á Gontran. Lo que yo experimentaba respecto á ella era raro, inesplicable; la aborrecía, ya por haber hecho que mi marido se enamorase de ella, y ya por reirse tan malignamente de los tormentos que padecía.

Si hubiese ella podido participar del afecto de Gontran, sería para mí una horrible desgracia mayor aun sin duda que ver como lo desdeñaba..... pero quizá me habría sido menos horrorosa.

La perpétua ironía de Ursula probaba que nada sentía, que dominaba completamente á Mr. de Lancry, y lo que yo tenía sobre todo era esta influencia.

Algun tiempo despues de la llegada de Mad. de Maran, me despertó muy de madrugada el ruido de un coche.

Despues de haber escuchado de nuevo no oí nada mas, creí haberme engañado, y me volví á quedar dormida.

Entró Blondeau en mi alcoba, y le pregunté si habia oido algo.

Me respondió que tambien habia oido el ruido de un coche; lo que era muy sencillo, añadió, pues Mr. de Secherin habia partido á las cuatro.

—Con Ursula? exclamé.

—No, señora, me respondió Blondeau, el criado de Mr. de Secherin dijo que su amo salia muy temprano á fin de poder llegar á la noche á Saint-Charman, donde iba á asuntos suyos.

Deseosa de saber qué significaba esto, hice llamar á Ursula, la cual vino al momento.

—Vuestro marido ha marchado sin vos! exclamé.

—Dios mio! que enfadada me hablas, mi querida Matilde, ¿qué hay en ello de sorprendente?

—Qué hay de sorprendente! repuse confundida de tanta audacia.

—En verdad, no hay cosa mas sencilla. Ayer noche,

despues de habernos retirado á nuestra habitacion, me habló mi marido, como de costumbre, de sus negocios; de repente se acordó ojeando su libro de apuntes, de que en Saint-Charman se iban á vender unas tierras, algunas de las cuales linda con las nuestras y que él desea comprar: no quiere valerse de nadie, y esta mañana, al amanecer, mandó por los caballos, y me suplicó lo escusara contigo. No estará ausente sino muy poco tiempo, y se aprovechará de esta ocasion para visitar una propiedad suya que se halla en las cercanias de Saint-Charman.

Estaba indignada: Ursula habia sin duda adrede dejado pasar esta ocasion tan natural de dejar á Maran, tenia por consiguiente proyectos con respecto á Gontran: mis sospechas se justificaban cada vez mas.

Hacia mucho tiempo que me contenia mucho con mi prima para poder disimular; mas no me creía ya obligada á ocultarle que habia presenciado su conferencia con Gontran, y le dije:

—¿Qué interés teneis en quedar aquí, pues no os habeis aprovechado de la partida de vuestro marido para dejar á Maran?

Ursula, fiel á su sistema de falsedad, no se quitó la máscara y me contestó con una espresion de dolorosa sorpresa:

—¿Pero, por segunda vez, qué es lo que tienes? Verdaderamente, no sé que pensar. Me tratas con cumplimiento, me hablas de dejar á Maran como si mi presencia te incomodase; ¿qué significa todo esto?

—Esto significa que hace ocho dias escuché vuestra conversacion con mi marido; sí, estaba escondida en uno de los gabinetes de la alcoba: dije á Gontran cuánto me desazonaba lo diligente que se mostraba con vos, me propuso al punto que os fuéreis de Maran.—No pude menos de pronunciar estas últimas palabras con el orgullo de un triunfo.

Ursula frunció un poco las cejas y se sonrió con amargura.

—Entonces, me dijo mirándome atentamente, tu ma-

rido sabia que tú estabas allí durante nuestra conferencia.

—Lo sabia..... Lo comprendeis ahora? comprendeis por qué me admiro de que despues de haber prometido á mi marido que os iríais, os quedais aquí no obstante haber partido Mr. de Secherin?

—Y bien! pues estabas allí, entre nosotras, me alegro mucho de ello, mi querida Matilde, y creo que debes estar contenta, ¿no es así?

—Contenta?.....

—Si, sin duda. Lo has visto, traté bastante mal á tu ruin infiel para que no le queden ganas de serlo. ¿No me mostré muy buena amiga? llegar hasta el extremo de hacerle ver bajo el mas odioso punto de vista, para cambiar en desvio, quizá en aborrecimiento, la aficion que creia tenerme!

—¿Y creeis engañarme con esa mentira?

—Mentira?..... Pero no estabas tú allí..... acuérdate de cuán desdeñosamente lo traté..... Tú estabas allí?..... quién me habia de decir que tenia tan cerca de mí la recompensa de mi virtuosa conducta!..... Mira, Matilde, no puedo creer en un acaso tan feliz, tan providencial..... como diria mi suegra..... Y se echó á reir á carcajadas.

Esta vez, á lo menos, mi prima era francamente irónica y malévola.

—Eseuchadme, Ursula, le dije, no es tiempo de burlarse; la conversacion que voy á tener con vos será grave; sin duda la última que tendremos.

—¿Lo dudo mucho! exclamó imperiosamente Ursula, porque tengo que pedir os cuenta de la perfidia de vuestra conducta y la de vuestro marido.

—¿Qué quereis decir?

—Ocultándoos para espiar una conferencia que yo creia secreta, cometiais un abuso de confianza, me haciais juguete vuestro..... ¿sabeis que podria vengarme de ello?

Al oir á mi prima esta especie de amenaza, le contesté:

—Mejor quiero esas arrogantes palabras, Ursula, que vuestra melancolia almibarada de que por tanto tiempo he

sido juguete; al ménos sé que tengo en vos un enemigo... Pues bien... que sea así.

—No tengo deseo alguno de ser enemiga vuestra: habeis procedido mal conmigo; tengo derecho para quejarme de ello, y os digo que podria vengarme: esto es todo.

—Pero, desde que llegásteis aquí, no os empeñásteis en traer la disencion á esta casa?

—Qué teneis que echarme en cara? Puedo impedir que vuestro marido me tenga aficion? Puedo hacer mas que burlarme de él, que quitarle toda esperanza, que prometerle que me irá, pues vos y él lo deseais?

—Entonces por qué no os fuisteis esta mañana, que tan buena ocasion se os presentaba? Os digo que si hubiéseis tenido intencion de quitar toda esperanza á mi marido, en vez de ostentar no sé que metafísica de sentimiento desvergonzado, en lugar de decirle: «No os amaré nunca, pero podré amar á otros apasionadamente;» le hubiérais dicho simplemente: «Conozco mis deberes; vuestra muger es «mi amiga, mi hermana, nunca faltaré á ella ni á mi marido,» este lenguaje hubiera sido digno y noble..... en vez de estar pérfidamente calculado.

—Me permitiréis ser juez de la propiedad y objeto de mis palabras; los celos son mal consejero, y creo que os alucinan.

—Me desengañan..... me desengañan.....

—Sois muy interesada en la cuestion, Matilde, para juzgarla discretamente; hablando á vuestro marido, como lo hice, le quité toda esperanza..... Los hombres no creen en nuestros principios, creen en nuestra indiferencia.

—No dudo de vuestra experiencia en este asunto, Ursula; pero hay un medio infalible de romper una inclinacion: la ausencia.

Cuando no la aumenta!

—De ese modo es indiferente para mi marido que quedeis aquí.

—Absolutamente: le he declarado que casi me era indiferente..... Vos lo oisteis..... qué mas quereis?

—Pues bien! dad por bueno que mis sospechas, que

mis temores sean exagerados; ¿no era deber vuestro poner término á ellos no prolongando vuestra permanencia aquí?

—Es imposible despedir los criados con mas urbanidad; sin embargo, me tomaré la libertad de haceros á mi vez algunas observaciones: sentís que despues de lo que prometí á vuestro marido, haya dejado esta mañana partir á Mr. de Secherin sin acompañarlo..... esto ha sido porque graves motivos me obligaban á obrar de este modo.

—Y no era nada mi reposo, la tranquilidad de mi vida?

—Me enagena mucho, Matilde, ver que pensais mucho en vos; entonces no os parecerá extraordinario que piense un poco en mí. Por dos veces he hablado indirectamente á mi marido acerca de mi partida; su admiracion fué tal, que me hizo presentir que no podria llegar á esplicarse este repentino cambio en mis resoluciones sin que algunas sospechas se suscitasen en su espíritu: creerá que huyo voluntariamente de vuestro marido, porque temo participar de su amor, ó creerá que vuestros celos han exigido mi partida..... De todos modos, como veís, se despertarán sus dudas, su confianza en mí se alterará, y, os lo confieso, aspiro tanto como vos á vivir tranquila.

—Ursula..... Ursula..... tened cuidado..... darme semejantes razones es burlaros de mí.

—Son escelentes para mí, os lo juro. Fué necesaria toda la autoridad del lenguaje de la verdad para impedir á mi marido que creyese en las visiones de su madre, á propósito de Mr. de Chopinelle; no tengo ganas de ver renovarse semejantes escenas.

A pesar de todo lo que experimento contra vos, esclamé, no me hubiera atrevido á hacer alusion á vuestra conducta en aquella circunstancia; pero, puesto que hablais de ello sin vergüenza, os diré que justamente porque sé que sois culpable de esa falta que nada podia excusar, es por lo que tengo derecho de sospechar de vos, y de temeros cuando se trata de un hombre como Mr. de Lancry.

—Matilde!.....

—Por que fui un testigo de todo lo que pasó en Rou-

vray, es por lo que tengo la certidumbre de que vuestra aparente indiferencia para con mi marido oculta alguna segunda intencion.

Ursula se encogió de hombros desdeñosamente.

—Dios mio! sé muy bien que creisteis las absurdas detracciones de mi suegra, me dijo, pero es muy tarde para renovarlas; tuvisteis muy buena ocasion de acusarme cuando, delante de mi marido y delante de su madre, invoqué vuestro testimonio en apoyo de mi inocencia.

—Osais hablarme así, Ursula! cuando un generoso resentimiento de nuestra antigua amistad me hizo guardar silencio..... Ah! bien me lo dijo ella: «Ojalá no os arrepientais del apoyo que habeis prestado á esta muger culpable!».... Pero no recriminemos por lo pasado..... Os lo pido por última vez..... y, si es preciso..... os suplico que no prolongueis vuestra permanencia aquí..... despues de lo que ha ocurrido entre nosotras, nuestras relaciones no podrian menos de ser muy frias..... Por favor..... idos con vuestro marido..... siendo Gontran indiferente, según decís, que os puede detener? Teneis un carácter que en todas partes se-reis feliz, nunca os he hecho daño, no os obstineis en atormentarme.

—Sentiria mucho atormentaros; pero, os lo vuelvo á decir, no puedo, por un capricho vuestro, dar un paso imprudente que comprometeria mi porvenir..... me respondió Ursula con imperturbable sangre fria.

—Creo que en todo caso calculais muy mal, dije á mi prima venciendo mi agitacion; quereis esperar que vuelva vuestro marido.....

—Lo deseo.

—En hora buena..... Pues bien! con razon ó sin ella, tengo celos de vos.

—Sin razon..... muy sin razon.

—Sea tambien así..... pero tengo celos; vuestra oposicion á iros..... aumenta mas estos celos, el regreso de Mr. de Secherin no calmará mis agitaciones..... Aunque oculte la causa de ellas, al fin llegará á descubrirse..... Reflexionad bien en esto..... Cuando la partida de caceria fué pre-

ciso todo el imperio que tengo sobre mí y la distraccion de vuestro marido para que no sorprendiese mi secreto... Veis bien que negándoos á partir provocais un peligro mas grande que el que temeis.

—¿Qué puedo yo hacer en eso? Si soy perdida por causa vuestra, me conformaré por mi suerte..... pero nunca seré tan insensata ni tan necia que me vaya á perder yo misma.

—Quizá..... Ursula..... quizá. Tened cuidado...

—Me amenazais?

—No os amenazo, pero os prevengo que se trata de mi felicidad, de mi porvenir, de mi vida; lucharé con todas mis fuerzas, seré capaz de todo para conservar lo que quizá quereis arrebatarme.....

—Vos..... capaz de una vil delacion?..... no lo creo, os apuesto á que nó.

—Teneis razon en apostar; sabeis que soy incapaz de ello; pero sin vileza puedo dirigirme á la bondad de vuestro marido, puedo manifestarle mis temores diciéndole siempre que son insensatos, pero que me producen un mal horrible..... Esto no os comprometerá... despertará quizá las sospechas de vuestro marido..... pero lo quereis.....

—Entonces sabré defenderme ó vengarme.

—Escuchadme bien, Ursula..... os juro por la memoria de mi madre, que sí persistís en quedar aquí á despecho mio... no vacilaré delante de ningun extremo, por funesto que sea..... Un presentimiento secreto me dice que una de las cuestiones mas fatales de mi vida se agita en este momento..... os prevengo que se ha efectuado un gran cambio en mi carácter. Cuán débil y tímido era, tan firme y tan resuelto es en el dia..... no me irriteis; no os pido ningun imposible, sino una cosa factible.....

—Yo tan solo puedo ser juez de esto, segun me parece..... conozco á mi marido mejor que vos.

—Exagerais de intento su susceptibilidad, he visto el influjo que teneis sobre él..... No me podeis hacer creer que el hombre que tuvo una confianza tan ciega que creyó

vuestra fábula acerca de la carta de Mr. de Chopinelle, el hombre que no varió su fé con el formidable juramento de su madre, no me podeis hacer creer, digo, que este hombre, que no vive sino para vos y por vos, tendrá la menor sospecha cuando vea que vais á buscarlo, y le decís que os fastidiáis estando lejos de él.....

—En eso no verá sino una exageracion ridícula.

—Es una de aquellas exageraciones que los corazones rendidos y generosos como el suyo, admiran tanto mas cuanto que son capaces de experimentarlas. Vuestros menores deseos son órdenes para él; le podeis decir que quereis hacer un viage á Italia: supongo os creerá, y que se dará prisa á complaceros.

—Os doy mil gracias por la buena opinion que teneis formada de mi destreza, de mi habilidad y de mi influjo, me dijo Ursula con una sonrisa sardónica..... Por desgracia, creo que exagerais mi superioridad. Sin embargo, tranquilizáos: despues que regrese mi marido, no estaré aquí sino el tiempo necesario para preparar naturalmente la partida; hasta entonces, os pido á mi vez, que no insistais, y que me concedais hospitalidad.

Mucho me indignó la hipocresia y dobléz de Ursula, no pudiendo menos de esclamar.

—Eso es infame..... será suficiente vuestra resolucion para atormentar mi vida!

—Volved á la razon, olvidad sospechas insensatas; esas fantasmas se desvanecerán, vuestra alma se calmará.

—Calmarse! No: es imposible.

—Creed que nada me es mas desagradable que esta conversacion, Matilde, y que.....

—Pues bien! exclamé interrumpiendo á mi prima, puesto que es una lucha, la acepto..... Todos los medios son buenos para atacarme en lo que mas caro me es; todos los medios me serán buenos para defenderme... Vuestra fingida indiferencia para con mi marido es una especie de coqueteria refinada, que á mí no me engaña. Quereis agradarle, os haré odiosa á sus ojos, le he callado hasta aquí vuestra vergonzosa aventura de Rouvray: no tendré

ya consideracion alguna; si tenia alguna intencion de olvidarme un momento por causa vuestra, ¡á mí que no le he dado sino pruebas de amor y de rendimiento! comparará... y verá á qué muger me sacrifica.

—Matilde..... Matilde..... tened cuidado á vuestra vez! exclamó Ursula (y sus ojos centellaban de cólera) con lo que me habeis dicho!..... en mi vida..... perdonaré esta calumnia, entendeis?..... no me exaspereis!.....

—Estaba segura de ello, le dije, mi marido no os es indiferente, cuando temeis que sepa aquella aventura!

—Aspiro á la estimacion de vuestro marido... como á la de todos los hombres de bien... y es horrible en vos que quermela hacer perder, exclamó Ursula con un acento de dignidad ultrajada.

—Aspirais á su estimacion! y no habeis temido blasonar descaradamente de los mas corrompidos principios! y no habeis temido burlaros de todo lo que es santo y sagrado en el mundo! No, no, estoy mas convencida, vuestro instinto astuto os ha dicho que incapaz de agradarle con generosas y nobles calidades, no podiais herir su imaginacion sino con alguna afectacion rara y estraña; pero desde que sepa que toda aquella máquina de pretensiones cínicas no tenian otro objeto que proporcionarle un corazon que Mr. de Chopinelle ha ocupado todo entero.

—Matilde!..... cuidado no me hagais salir de mis sillitas.....

—Oh! ahora que os conozco, no os temo..... Mis ilusiones respecto á vos podian solo ser peligrosas, pero felizmente se han disipado.

—Pues bien! dijo mi prima sin ocultar los malos resentimientos que la agitaban, ya que vuestras ilusiones se han disipado, ya que me conoceis, ya que me ultrajais..... no tengo que guardar ningun miramiento; harto trabajo me ha costado disimular con vos desde mucho tiempo hace..... Me habeis quitado la máscara, decis, miradme pues entonces cara á cara.

Me horrorizó la espresion audaz y maligna que se manifestó de repente en la cara de Ursula.

—Desde muchos años hace esa máscara me incomodaba, continuó.

—Desde muchos años hace? ¿qué quereis decir, Ursula?

—Ah! os sorprende esto? Ah! creiais que teniais en mi una amiga rendida, una hermana?.... muger ingénuo y cándida! y se encogió de hombros.

—Dios mio!.... Dios mio!....

—Olvidais todo lo que me habeis hecho sufrir desde vuestra infancia?

—Yo? yo?

—Vos, Matilde! Me suponiais muy insensible, muy indolente ó muy estúpida, para creer que olvidase nuestra juventud! No sabeis cuanto ódio y envidia ha acopiado mi corazon ulcerado, desde que una fatal casualidad me aproximó á vos!

—Y yo!.... yo! que bendije aquel dia porque me daba una hermana.....

—Hubiérais debido maldecirlo, porque entonces os daba una enemiga... y mas adelante una víctima...

—Una enemiga, una víctima..... gran Dios!.... qué os he hecho?

—¿No se me sacrificaba á vuestro nombre, á vuestro orgullo? No os acordais que sin cesar, á cada instante, era humillada, ofendida, despreciada por causa vuestra! No, no hay tormento del amor propio que no se me hiciera sufrir comparándome á vos... Cuando niña, mi educacion era un beneficio que debía á vuestra caridad! si se me daba algun vestido elegante, era tambien una limosna que se hacia á espensas vuestras! no era esto todo..... para vos siempre y en todas partes la alabanza, las lisonjas, las recompensas; para mí siempre las reconvenciones, los castigos, el rigor! Y creeis que pueda olvidar esto! Y creeis que es ahora buen tiempo de venir á echarme en cara una falta, y á amenazarme!

—O Dios mio! Dios mio! exclamé tapándome la cara con las manos, la infernal prevision de Mad. de Maran no la habia engañado, sabia en qué alma hacia brotar la envidia!

—Y qué me importa, repuso Ursula con nueva violencia, qué me importa la mano que me ha herido? No pienso mas que en el golpe recibido. ¿No sufrí siempre y tanto mas cuanto que no se me oprimia sino para elevaros á vos? Cuando niña, los castigos; jóven, el desprecio: esta fué mi suerte. Se trató de casaros, debíais aspirar á los partidos mas brillantes; yo debia tenerme per muy feliz casándome con cualquier hombre pobre y grosero. Vos erais rica, bella, dotada de adorables cualidades, mientras yo por el contrario, era pobre, necia, destituida de todos los adornos que os hacian ser amada. Sucedió lo que se nos habia predicho; os desposásteis con un gran señor encantador y de talento, yo con un hombre vulgar y ridículo. Oh! nunca, nunca olvidaré, bien lo veis, lo que padecí cuando delante de vos que, brillando con el orgullo y rebotando de felicidad, mirábais á vuestro bello esposo, se insultó, se hizo burla del hombre cuyo nombre me sonrojaba. Oh! aquella reunion era el último y terrible golpe que se me daba: se me sacrificaba aun, se me inmolaba á vos, á la insolente felicidad con que me abatíais desde largo tiempo.

—Eso es horrible, exclamé, bien sabeis que estaba agena de las perfidias de mi tia; bien sabeis que, aun durante nuestra infancia, me hacia castigar por participar de los rigores que se os imponian; bien sabeis que mas adelante no dependió de mí que os casáseis á vuestro placer...

—Me direis que me ofrecísteis la mitad de vuestros bienes; los acepté? ¿Quién os ha dicho que no tengo yo vanidad, como vos? ¿Quién os ha dicho que no me han irritado vuestras eternas afectaciones de generosidad, de compasion?

—¿Me habeis aborrecido siempre? ¿Las seguridades de amistad que me habeis dado hasta ahora, eran otras tantas mentiras, otras tantas blasfemias? ¿Desde nuestra infancia, ha fermentado en vos este odioso aborrecimiento? ¿Habeis podido hasta el presente disimularlo? ¿Nada os ha enternecido, ni mi cariño de hermana, ni el aborrecimiento que me tenia Mad. de Maran? ¿Cómo, con vuestro talento, no habeis visto que trataba de humillaros alabándome á fin

de escitar vuestros celos, vuestra envidia, y hacer que un dia fuéseis mi enemiga? Ah! Ursula... Ursula... si mi tia os escuchase, se tendria por muy dichosa en veros servir de ciego instrumento á su ódio!

—Dios mio... no acuseis tanto á Mad. de Maran, exclamó Ursula con impaciencia; no hizo sino desarrollar el sentimiento de envidia que estaba en mí; nací celosa y envidiosa; si hubiéseis estado en mi lugar y yo en el vuestro, á pesar de todos los cálculos de Mad. de Maran, nunca hubiera despertado en vos unos celos vehementes contra mí.

—Pero, puesto que me reconocéis por noble y generosa, ¿por qué me aborreceis? ¿qué os he hecho?

—Justamente os aborrezco porque sois noble y generosa..... Os aborrezco tambien porque siempre he sido humillada por causa vuestra; os aborrezco porque gozais de todas las felicidades que envidio; os aborrezco porque tengo que sourojarme delante de vos. Estamos solas, puedo decirlo todo impunemente..... Pues bien! si, lo que ha puesto el colmo á mi rábia contra vos, ha sido veros enterada de una correspondencia ridícula, verme tratada delante de vos con el mayor desprecio por mi suegra.

—Pero, bien lo veis, aquella correspondencia existia; el desprecio lo mereciais!

—Eso es justamente lo que me exaspera..... si me dijerais que era fea y jorobada como Mad. de Maran, no me inquietaria.

—Pero.....

—Pero, no quiero pasar por mejor de lo que soy, no discuto..... no digo que tengo razon al obrar así..... digo que obro así; la suerte ha hecho que por vos ó por causa vuestra haya sido herida en lo que tenia mas irritable..... os echo la culpa á vos, y os aborrezco. Esto quizá no es lógico, pero es cierto... ¿Os admira este lenguaje? Oh!.... la pena y la soledad adelantan y desarrollan singularmente la inteligencia. Matilde!.....

Se paró Ursula durante un momento, como quien está recapacitando, y continuó.

Desde luego debi á estos maestros duros y crueles la

ciencia de disimular y de esperar. Me veia humillada por causa vuestra, ¿qué podia contra vos? nada. Esperaba, observaba; las alabanzas escesivas de que se os colmaba, me produjeron el deseo violento de recompensar con el arte, con una gracia hipócrita, con la mas estudiada coqueteria, las ventajas que me faltaban y que se admiraban en vos... Cuando tuve quince años, me parecíais hermosa, mucho mas hermosa que yo: vuestra belleza era casta y serena... queria yo que la mia fuese provocativa..... incitante..... Pero aun no habia llegado el momento..... Un dia lloraba de rábía pensando en el brillante porvenir que os esperaba y en la triste suerte que me estaba reservada..... Por fortuna me miré en un espejo, ví que las lágrimas me sentaban tan bien como la risa ruidosa y fátua... Por el pronto me resolví á ser triste, melancólica, sentimental. Erais rica, yo pobre; se os colmaba de lisonjas, á mí de desprecios: nada me parecia mas natural y mas interesante que mi papel de víctima resignada..... Me casé y vos tambien, teníais todo lo que se necesita para escoger, y elegísteis un hombre encantador..... La misma felicidad os ha seguido en vuestra union: bella, rica, jóven, con título, gozando de una reputacion intachable, ídolo de este mundo que admira vuestra velleza, alaba vuestras virtudes, no podeis tener un deseo que no se realice; esta es vuestra vida..... Esto me parece que no deja de ser una felicidad, añadió con una espresion de cólera y de envidia que me probó que me tenía verdaderamente por la mas feliz de las mugeres.

Estuve un momento á punto de desvanecer sus ilusiones pensando desarmarla: así queria decirle todas las penas que pasé los primeros meses despues de casada, las calumnias de que habia sido víctima..... Pero me pareció una bajeza, y me contenté con responderle:

—Me creéis tan feliz, que me aborreceis por eso.....

—Bien! si; cuando comparo vuestra existencia con la mia, os tengo envidia, padezco. ¿Por qué ha de haber esta diferencia entre nosotros? ¿Por qué no ha de haber una ventaja de que no goceis, una calidad, una virtud que no se admire en vos?..... Bien lo habia yo previsto, y nuestra tia

me lo habia repetido despues de su llegada aquí: en Paris..... en vuestra sociedad no se conoce sino á vos, no se jura sino por vos... Sois al mismo tiempo la muger mas á la moda y la mas respetada. Se os cita por todas partes como un modelo de gracia y de elegancia, y no se os tacha de una fragilidad, de una coqueteria... Y esto sucede en el mundo mas maldiciente, mas dificil de captar... mientras yo vivo en una provincia con un oscuro tratante que no puedo dominar sino afectando vulgaridades que son contra mi gusto y hábitos. Y no es esto todo: era tambien preciso que viniéseis á sorprender las vergonzosas heridas de esta existencia tan cruel; era preciso que cuando llegásteis, mi suegra, mi marido, no dejasen de aturdirme con vuestras alabanzas como en otro tiempo Mad. de Maran! Oh! sois una muger incomparable, en hora buena..... pero vuestra insolente felicidad no es quizá invulnerable.....

La cólera y los celos abominaban de tal manera á Ursula, que no adviertió mi pasmo. Dejándola hablar asi de mi *insolente felicidad*, me esplicaba las palabras que Mad. de Maran me habia repetido muchas veces: «Soy fiel á nuestros pactos, no he hablado de errores de Lugarto á vuestra prima: al contrario, le he repetido sin cesar que habeis «sido siempre la mas feliz de las mugeres, que vuestra suerte es envidiada por todos, y que tanto los buenos como los «malos, no os profesan otro afecto sino..... la adoracion.»

No me admiraba. Mad. de Maran, con su perfidia ordinaria, habia tomado por su cuenta exasperar los celos de mi prima, pintándole mi vida tan alegre como dolorosa habia sido.

Viendo á Ursula tan indignamente irritada por la felicidad que suponía en mí, pensé cuánta sería su alegría si penetrase mis verdaderos infortunios; menos que nunca quise darle este contento.

Le dije, ese es el secreto de vuestro aborrecimiento!... al menos lo confesais..... ¿Cuáles son ahora vuestros designios? ¿quereis quitarme mi marido? ¿Es esta la venganza que quereis tomar de mí?

En el punto en que estamos ahora no contais, segun

creo, que os dé parte de mis proyectos! me dijo imperiosamente Ursula.

—Como no me es difícil adivinarlo, exclamé..... voy á deciros mi irrevocable decision. Voy á escribir á vuestro esposo que se vuelva á toda prisa: cuando llegue le manifestaré mis sospechas, que aun quiero todavia llamar insensatas, y le suplicaré os saque de aqui; vos sois en adelante mi mas peligrosa enemiga..... no tengo ya que guardar ningun miramiento. Por lo tanto no ocultaré nada á mi marido de lo que pasó en Rouvray entre vos y Mr. de Chopinelle.

Quereis guerra, Matilde! pues bien, guerra!.... todos los medios son buenos cuando se consigue el fin; espero probároslo.

Se fué Ursula, dejándome sola.



VI.

EL REGRESO.

Despues que Ursula se marchó, mi primer intento fué ir á buscar á mi marido y contarle mi conversacion con mi prima.

Por desgracia Gontran habia salido desde por la mañana para cazar.

Dije á Blondeau que me avisase cuando volviese. Llegó la hora del almuerzo, y aun no habia regresado Gontran.

Hallé á Mad. de Maran, en el salon. Me preguntó donde estaba mi prima, y le dije que estaria en su habitacion.

Se le fué á buscar allí y no se le encontró.

La mañana estaba muy hermosa, suponía se estuviese paseando en el parque; se tocó la campanilla por segunda vez, y no pareció.

De pronto me ocurrió la idea de que quizá habria ido á reunirse con Gontran. Pero se me dijo que mi marido habia

salido en un «poney» con un criado y sus perros para cazar en la laguna.

Esto me tranquilizó: me senté á la mesa con mi tia: no me escaseó esta sus malignas observaciones, acerca de la ausencia de Ursula y de mi marido.

Estaba tan preocupada, que aquellas pérfidas insinuaciones, que en otras circunstancias me hubieran causado mucha pena, me eran casi indiferentes.

Al dejar la mesa, pretesté tenia que escribir algunas cartas antes que llegase el correo para irme á mi habitacion, y dejé á Mad. de Maran ocupada en su labor.

Hice venir á Blondeau, la dije se informase de la doncella de Ursula, si su señora le habia dado algunas órdenes.

Volvió Blondeau y me dijo que Mad. de Secherin habia tomado un libro en la biblioteca y que habia ido á dar un paseo.

Recorrí el parque por todos lados, y no encontré á Ursula.

Estaba abierta una puerta chica que salia al bosque. Por allí debia haber salido mi prima. Quizá el dia anterior habia dado una cita con Gontran.

Esta idea me espantaba, daba la mayor importancia á que Ursula viese á mi marido antes que yo.

Volví al castillo desesperada.

Mad. de Maran me dijo que comenzaba á inquietarse con la tardanza de Ursula, que debia enviar algunos de mis criados al bosque, donde quizá se habria extraviado.

En este momento entró mi prima.

Me saludó con una cordialidad tan afectuosa como si no hubiese habido la escena de aquella mañana.

Su semblante estaba animado, sus ojos brillaban, no sé que aire de triunfo y de orgullo resplandecía en todas sus facciones; sus borceguies de seda un poco enpolvados manifestaban que habia andado mucho, las cintas desenlazadas de su sombrero de paja flotaban sobre sus hombros, y los largos rizos de sus negros cabellos un poco descompuestos, se estendian hasta su pecho medio cubierto con una pañoleta—

Tenia en la mano un gran ramillete de flores silvestres.

Nos dijo que quiso salir del parque y que casi se habia extraviado en el bosque; pero, que estando el tiempo magnífico, se habia querido aprovechar de uno de los últimos hermosos días de otoño: que se habia divertido cogiendo flores, y no habia pensado en volverse hasta despues de haber andado una legua larga. Un leñador, á quien se dirigió, la habia acompañado hasta el castillo.

Esta relacion, hecha sencilla y naturalmente, disipó mi sospecha, tan justamente despertada.

Creí tanto mas lo que decia Ursula, cuanto una hora casi despues de su vuelta, en el momento en que el correo acababa de traernos nuestras cartas, el guarda que habia acompañado á mi marido, vino á decirme que se habia detenido en su caceria mas de lo que habia pensado; que estuviese tranquila, que vendria á la tarde á comer.

Pregunté al guarda, y me dijo que no se habia separado de mi marido hasta despues de la una con corta diferencia, en el estanque de Sources donde cazaba todavia.

Estas noticias me tranquilizaron completamente.

Daba yo tanto valor á ver á mi marido antes que Ursula, que de nuevo encargué á Blondeau estuviese en acecho de su llegada y lo condujese á mi habitacion, diciéndole que tenia que hablar con él cosas muy importantes.

Dada esta órden, volví al salon.

Hallé á Mad. de Maran leyendo con mucha atención las cartas que acababan de llegar de Paris.

No sé si notó ó no mi presencia; pero no quitó los ojos de las cartas que leia, y exclamó muchas veces con muestras de la mas grande admiracion:

—Ah! Dios mio..... Dios mio..... quién hubiera creído esto! En qué vendrá á parar..... es menester prevenirlo?..... es menester ocultarlo?..... esto es terrible!

Impacientada con estas exclamaciones, no pudiendo suponer que mi tia no me hubiese visto entrar... le dije:

—Teneis buenas noticias de Paris, señora?

Pero ella, sin responderme, sin oirme al parecer, continuó hablando consigo misma.

—Qué ruido va á meter esto... Por otro lado, ¿cómo impedirlo?... Me tengo por muy feliz en haber venido aquí para arreglar todo esto!

Estas últimas palabras de mi tía me dieron que pensar y me asustaron. Ignoraba de qué se trataba; pero, oyendo decir á Mad. de Maran «lo feliz que era en haber venido para arreglar alguna cosa,» un secreto presentimiento me advertía que su llegada á Maran encubría perversos designios, y que sus terrores de los revolucionarios de Paris no eran mas que un pretesto.

Me acerqué á ella, le repetí bastante alto para que no pudiese fingir que no me oía:

—¿Teneis buenas noticias de Paris, señora?

Hizo un movimiento de sorpresa, y me dijo:

—Qué... estábais ahí... Me habeis oido?....

—Os he oido, señora; pero no he podido comprender nada de lo que he oido.

—Tanto mejor, tanto mejor: porque no es tiempo.....

Ah! Dios mio, Dios mio, es posible! repuso Mad. de Maran levantando las manos al cielo.

—Parece que estais preocupada, señora..... Os dejo, le dije.

—Parece que estoy preocupada... lo creo muy bien, hay de que, pronto sabreis la razon.

—Puede interesarme esa carta, señora?

—Interesaros? interesaros... mas de lo que pensais.

Ay! me veis atolondrada..... enteramente no sé cómo, con esta noticia! Pero, no puedo creerlo todavia..... no, no; no es verdad que sois incapaz de ello?

—Pero de qué? son meras inquietudes que quereis producirme? Por favor esplicaos.

—Que me explique! es posible esto estando ausente vuestro marido! Es preciso esperararlo..... Y aun no sé si me atreveré..... Decidme, es siempre tan violento como se dice que era antes de casarse? Entonces será preciso tener muchas contemplaciones.

Miré atentamente á mi tia.

—Mucho me hubiera admirado que vuestra venida no fuese señalada con algun triste acontecimiento..... Estoy resignada á todo, y pongo mi confianza en el corazon de mi marido.

—Ah! entonces bien, puesto que es asi, tanto mejor, no tendré que valerme de grandes recursos oratorios: teneis razon en poner vuestra confianza en el corazon de vuestro marido, esto responde de todo..... Teneis una ingeniosa idea..... Lo mismo es, desconfiad siempre de su primer ímpetu, y tratad de no estar sola: porque, ay! pobre niña, soy demasiado endeble, muy vieja, y no podria defenderos.

—Defenderme..... y contra quién?

—Contra vuestro marido..... porque, á pesar mio, siempre pienso que el príncipe Ksernika caseó como á un muchacho á la bella princesa Ksernika, por mucho menos, el príncipe Ksernika á fé mia.

—Veo con placer, señora, en esas exageraciones, que quereis darme una triste chanza.

—Una chanza? Dios me libre!.... Muy pronto vereis que nada es mas sério; todo lo que puedo, todo lo que debo hacer, como parienta mayor, es mediar si las cosas fuesen muy lejos.

Conocia mucho á mi tia para esperar que se esplicase y pusiese término á sus misteriosas reticencias; le respondi con una sangre fria que le repugnó en extremo:

—Tened la bondad de dispensarme si os dejo, señora; tengo què ir á vestirme para comer.

—Id, id, queridita, y poneos lo mas linda que podais; eso desarma al mas furioso: la bella princesa Ksernika lo conocia, y nunca dejaba de hacerlo. Se engalanaba á las mil maravillas para conjurar la tormenta conyugal, salia siempre triunfante y rosaganta, asi lograba con sus bellos adornos no quedar mas que con un miembro roto cada vez por su caro y buen príncipe.

Sali sin oir la continuacion de las odiosas chanzas de Mad. de Maran, y subí á mi habitacion para esperar á Gontran.

Cuando volvió de su cacería vino á buscarme como se lo habia hecho suplicar.

Me llamó la atención su aire radioso, contento, cuando tantos días lo habia estado viendo tan pensativo y tan triste.

Cuando entró me abrazó tiernamente, y me dijo:

—Perdon, mil perdones, mi querida Matilde, de haberos quizá inquietado; pero me dejé llevar como un muchacho del placer de la caza, y como siempre, he contado con vuestra indulgencia.

Las excusas de mi marido me sorprendian, habia mucho tiempo que no me las daba.

—Me alegro mucho, le dije, que la cacería haya sido afortunada; me parece que estais menos inquieto que estos días pasados.

—Nada mas sencillo, por Dios; lo sabeis, á veces las mas pequeñas causas producen grandes efectos. Esta mañana, al salir en mi poney, estaba de mal humor, comencé á cazar maquinalmente, sin placer, el cielo estaba cubierto de neblina. De repente un brillante rayo del sol atraviesa las nubes; la naturaleza parece que ilumina, que resplandece; estaba yo melancólico, y me puse alegre y contento.... alegre y contento como á los veinte años ó mejor..... alegre y contento como el día en que me digisteis: os amo. Veamos..... miradme y comparad, si habeis como yo conservado un recuerdo inmortal de aquel bello día.

Esto era verdad; en mi vida habia visto á mi marido una fisonomía á la vez mas risueña y mas indeciblemente feliz.

—En efecto..... le dije, sin poder ocultar mi sorpresa, vuestra cara respira la felicidad y me recuerda muy buenos días.....

Oh! sí, repuso con expansion, mi felicidad es inmensa; reluce al rededor mio y á mi pesar.....

—Bendito sea ese rayo de sol, amigo mio, pues ha podido cambiaros de ese modo.

Gontran me miró sonriéndose.—Oh! es preciso confesaroslo todo: no es solo el rayo de sol el que me ha cambiado;

hubo tambien, por decirlo así, un rayo de sol moral que vino á disipar las tinieblas de mi espíritu. Necesito deciros, querido angel, que vuestro pensamiento adorado es el que ha obrado este prodigio.

—De veras, Gontran? Dios mio! y cómo ha sido eso?

—Me pregunté á mí mismo porque mi lúgubre tristeza contrastaba de tal modo con el brillante resplandor de la naturaleza..... Me pregunté si no reunia todo lo que hace adorable la existencia, si lo debia todo esto á una muger querida, la mas bella, la mejor, la mas generosa de todas las que se han dedicado á hacer feliz á un hombre; no es esto todo, me dije, una nueva prenda de amor, un nuevo lazo, no nos va á unir mas estrechamente? Y estoy melancólico, y estoy triste! y no disfruto deliciosamente de esta vida! Entonces, Matilde, me pareció que salia de un mal sueño.

—Oh! Gontran..... Gontran..... decís, por Dios, verdad?

Oh! si, digo verdad..... la felicidad hace á uno tan confiado..... tan sincero..... Una vez ya en ese buen camino que tu pensamiento me habia abierto, Matilde, no temí inquirir la primera causa del mal humor que me dominaba de algunos dias á esta parte..... Una pequeña causa aun, os lo confesaré, sí, tendré valor para ello. Fui tan necio que las burlas de vuestra prima me indignaron en extremo! Sí, lo mismo que un escolar, que un hombre de provincia, le guardaba rencor por haberse burlado de mis declaraciones; en ello habia visto una terrible ofensa, no á mi amor..... vos lo preservais, sino á mi amor propio..... Felizmente pensando en Matilde, en el angelito que prometia á nuestro grato porvenir, he echado de mí estos malos pensamientos, y vuelvo á vos mas arrepentido, y lo que es mejor, mas afectuoso, mas enamorado, mas apasionado que nunca.

«Y me besó mi marido las manos con una gracia encantadora.»

No podia yo creer lo que escuchaba. ¿Qué mudanza repentina en el alma de Gontran habia producido este cambio? Sus palabras me parecian naturales, sinceras, invocaba el pensamiento de nuestro hijo con tanta agitacion, que no

podía suponer que me mintiese; ¿y luego cual hubiera sido su objeto?

Esta dicha inesperada, unida á las agitaciones tan diversas de aquel dia, me trastornó de tal manera, que caí en un sillón como rendida.

Me puse las manos en la frente como para recoger mis ideas. Despues de un momento de silencio, dije á Gontran.

Perdonadme, amigo mio, si no respondo mejor á todas vuestras hechiceras bondades; pero, aunque bien grata, mi sorpresa es tan grande que no puedo hallar palabras para expresaros mi reconocimiento.

Estaba en extremo confusa; creia en la sinceridad de del cambio de mi marido; no sabia si debia ó no decirle de mi conversacion con Ursula, sus crueles confesiones y la especie de reto que me habia hecho con respecto á Gontran.

Para sondar á mi marido, le dije:

—A propósito, Mr. de Secherin se ha ido esta mañana, lo sabeis, amigo mio?

—Lo sabia. Y por qué no lo ha acompañado su mujer? era una excelente ocasion para que esta cumpliese su palabra, me dijo Gontran con el tono mas natural.—Hubiera debido hacerlo, añadió con tono de reconvencion, puesto que le confié que vuestra tranquilidad casi dependia de su partida.

—Quizá, dije tratando de sonreirme para ocultar mi agitacion, quizá se arrepienta de haberse mostrado tan cruel con vos y de haber despreciado vuestros obsequios; quizá aquel desden era afectado.

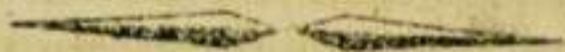
—Oh! entonces tanto peor para ella: dejó pasar el *cuarto de hora del diablo* como se dice..... Ahora es demasiado tarde, y hay mucha verdad y mucha bondad para precaverme y defenderme de todos los maleficios.

—Estais ahora muy confiado, amigo mio, dije, siempre sonriéndome: pero mi prima es muy diestra, muy seductora, y vuestra pobre Matilde.....

—Oh! mi *pobre* Matilde, me dijo Gontran con un acceso muy tierno, mi *pobre* Matilde es una burloncita.....

En vez de tomar ese aspecto humilde y resignado, debe advertir que desde este momento es mi señora soberana. Mirad, entre nosotros segun creo, á está *pobre* Matilde obedecen las inteligencias sobrenaturales con no sé que buenos genios invisibles que con un soplo cambia la tempestad en calma, la tristeza en alegría dulce y serena: les hizo ella una señal, y mi alma fué inundada de felicidad..... Mi pobre Matilde me recuerda en fin aquellas hadas que encubren por mucho tiempo su poder para revelarlo un dia en toda su magestad, y tendria yo miedo de ser de aquí en adelante demasiado esclavo suyo si no fuese reinar..... obedecerle..... Pero os dejo..... mi bello ángel de guarda, poneos linda, bien linda, para que podamos decirnos con una ojeada mirando vuestra prima: *Esta pobre Ursula.*

Gontran, dándome antes un beso, se fué dejándome en una especie de encantamiento.



VII.

LOS RUMORES DEL MUNDO.

Ahora que reflexiono á sangre fria en estas palabras de mi marido, no comprendo como pude creer en su sinceridad; cómo aquella repentina y tierna mudanza de Gontran, tan estraña, tan fabulosamente motivada, no despertó mis sospechas.

Pero entonces ignoraba yo aun que las protestas mas apasionadas sirven á menudo de velo á la perfidia, á la traicion. Y además era tan desgraciada, tenia tanta necesidad de hallar un buen sentimiento en mi marido, que me dejé llevar ciegamente á una felicidad inesperada. Contaba con mi sagacidad, con mi penetracion para descubrir las verdaderas intenciones de Ursula.

La comida estuvo muy alegre. Mad. de Maran no dijo una sola palabra que tuviese relacion con las amenazas que me habia hecho. Ursula me colmó de obsequios.

Gontran, por su parte, me dió tantas muestras de afec-

to, que mi tía chanceó varias veces sobre ellas.

Al fin de la comida, me dijo mi prima demostrando sentimiento.

—Ah! cuán feliz eres en pasar el otoño y parte del invierno en el campo!....

—Y bien! repuso Mad. de Maran, me parece que es una felicidad de que puedes participar, querida mía; ¿pues ese excelente Mr. de Secherin no es el mas feliz de los hombres en poderos tener aquí hasta el fin de los siglos? ¿No os ha traído con el mayor gusto?

—Sin duda, señora, replicó Ursula, pero no siempre se puede hacer lo que se desea; poco despues de su regreso, que acabo de acelerar escribiéndole, mi marido se verá obligado á ir á Paris, y, naturalmente, lo acompañaré!

—Ah! Dios mio, exclamó mi tía, eso es fruta nueva! Antes de su partida, decia que podia permanecer aquí hasta el mes de Enero; que no iríais á Paris hasta que fuéseis con Matilde y Gontran.....

—Si, señora; pero uno de sus corresponsales de Paris, de quien he recibido últimamente una carta, porque abro en su ausencia las cartas de mi marido, dijo Ursula sonriéndose, le anuncia que es indispensable vaya á Paris para establecer una casa de banco á que se ha asociado Mr. de Secherin, segun os lo dijo: así, mi buena Matilde, no pasará á tu lado mas que cuatro ó cinco dias; y aun, en Paris, nuestras sociedades serán tan diferentes..... Yo, modesta muger de un banquero..... tú, la brillante vizcondesa de Lancry, nos veremos muy raras veces; vendrá á ser casi una separacion.

—Pero debíais habitar juntas en Paris, para continuar siendo el modelo de las familias unidas, exclamó Mad. de Maran. ¿Se han cambiado todas estas bellas resoluciones?

—Eran por desgracia sueños de colegiales, imposibles de realizar, dijo Ursula sonriéndose. Aunque, por mi parte, siento mucho renunciar á esta esperanza..... me enformo con ella.

—Y confesad, tambien, prima, dijo alegremente mi marido, que la pintura que os he hecho de la sola habita-

cion de que podemos disponer para vos, no os ha seducido.

—Sois muy injusto, querido primo, nosotros nos acomodaríamos con menos, por tener el placer de no dejar á la querida Matilde; pero el arrabal de San Honorato está tan léjos del centro de los negocios, que mi marido no podría fijarse en él.

La comida estaba concluida, me levanté.

Gontran dió el brazo á Mad. de Maran y pasó por delante de mí y de Ursula.

Esta, cuando entrábamos en el salon, me dijo en voz baja.

—He aquí cómo me vengo..... estais contenta?

Despues que los criados sirvieron el café, Mad. de Maran tomó un aspecto grave, solemne, y dijo:

—Ahora, que estamos solos y en familia, podemos hablar con toda confianza.

Diciendo estas palabras sacó de su faltriquera las cartas de Paris que habia recibido aquella mañana, lanzándome una mirada irónica y maligna.

—¿Qué quereis decir, señora? dijo Gontran.

—Vais á saberlo: pero desde luego es preciso prometerme que no os alterareis, que no os dejareis arrastrar por un primer movimiento..... Pero, Ursula, id á ver si ha quedado alguien en el comedor.

Ursula se levantó, abrió la puerta, miró bien y se volvió.

—No hay nadie, señora.

—Pero á qué vienen estas precauciones? repuso Gontran.

—Bonaparte decia que la ropa sucia se debia lavar solamente por la familia. Disimuladme la espresion en favor del pensamiento, que abunda en buen sentido..... Pero antes de comenzar, añadió Mad. de Maran volviéndose á Ursula, es menester que os esplique, queridita, la aparente contradiccion que notareis entre lo que voy á deciros y lo que os he dicho antes.

—Cómo es eso, señora?

—Convine con Matilde en no hablar de las horribles

calumnias de que habia sido victima, de las horrorosas penas que habian emponzoñado los primeros meses de su matrimonio..... Os he representado á vuestra prima hasta aquí como la mas feliz de las criaturas ay! no habia nada de eso, nada: vais á verlo bien, y saber que, al contrario, desde que se casó, esceptuando algunos cuartos de la luna de miel, la vida de nuestra pobre Matilde no ha sido mas que un largo tormento..... y que eso es nada segun lo que la suerte le reserva.....

A medida que Mad. de Maran me hablaba, me miraba Ursula con una sorpresa que cada vez se aumentaba mas; si no hubiese sido engañada tantas veces por su hipocresía, casi hubiera dicho que me miraba con interés.

—Pero, señora, os repito otra vez, de qué se trata? preguntó Gontran con impaciencia.

—Mi pobre Gontran, dijo ella, lo sabreis muy pronto... porque os importa, y muy tarde, porque creo que el mal no tiene remedio; pero, desde luego, es menester que me deis vuestra palabra de caballero de no creer á lo mas sino la mitad de lo que os diga, y de haceros cargo de las circunstancias y de las malas lenguas: además yo soy la que he criado á vuestra muger; y, tanto por mí como por ella, no es preciso que os deis mucha prisa á juzgarla de un modo poco favorable por las apariencias. Mirad, pasaremos bien sinceramente el pró y el contra; y luego despues, ¿no es así? tomaremos una resolucion.

Me era imposible preveer donde queria ir á parar Mad. de Maran.

Tenia tal confianza en mí misma, que no estaba inquieta, aunque esperaba alguna maldad.

—Puesto que se trata de mí, señora, le dije, os pido el favor de abreviar los preliminares y llegar al hecho.

—Vamos, vamos, he aquí una generosa impaciencia que me tranquiliza y que es de buen agüero. Ahora bien, Mr. de Lancry, sabeis cuales son los rumores, ó mas bien, cual es la conviccion de las personas de nuestra sociedad que la revolucion no ha echado de Paris?

—No, señora.

—Pues bien! se han persuadido..... se *sabe* que vuestra muger, antes de ir á Rouvray, á casa de su prima, estuvo á Hutardillas á pasar una noche en una casa de campo de Mr. de Lugarto, y que aquel bello Aleandro con estrellas de oro en campo de plata se hallaba allí solo, por supuesto: lo que puede pasar por una conferencia nocturna...

Mad. de Maran, al decir estas palabras, me lanzó una mirada viperina.

Perdí el color.

—Y bien!.... y bien!.... exclamó, veis pues como se ha trastornado esta pobre niña!.... Ah! Dios mio! yo no queria haber hablado ahora! Pero como ella parecia estar tan segura de sí misma! Ursula, administradle sales al momento, allí está mi frasquito.

Ursula se acercó á mí con aire de conmiseracion protectora y triunfante; la rechacé suavemente, diciéndole que no tenia necesidad de nada.

Este primer golpe fué terrible, no estaba preparada para él, quedé muda.

Mi marido, que por un momento se puso encarnado de cólera ó de sorpresa, se repuso, dió una carcajada, y exclamó:

—Cómo, vos, Mad. de Maran?.... vos creéis en semejantes historias?.... No es para que la pobre Matilde esté pasmada! Hay de que: ¿quién podría esperar semejante necedad?

Buscaba apresuradamente el medio de disculparme si aun era tiempo de ello.

Mad. de Maran pareció admirarse mucho de la indiferencia con que Gontran acogió esta revelacion.

Continuó: esperad antes de reiros, mal hijo, que os complete al menos los hechos que se me denuncian. Se dice pues que vuestra muger pasó la noche en la casa de Lugarto. Ahora, unos aseguran y creen que fué voluntariamente y por amor..... lo que me parece muy aventurado, porque esto haria suponer que mi querida sobrina es una criatura indigna. Otros pretenden, por el contrario, que la pobre niña habia ido allí, para rescatar, Dios sabe á que

precio, un papel que podia difamaros, mi querido Gontran. Y notad bien, hijas mias, que estoy en todo esto y de todo esto ni mas ni menos inocente que la ninfa Eco.....

No podia dudarlo, Mr. de Lugarto habia cumplido su palabra: para vengarse habia escrito á Mad. de Maran ó á cualquiera otra persona conocida suya, muchas versiones de aquella noche fatal que debian ó hacerme perder la reputacion ó deshorrar á Gontran.

Lo verdadero y lo falso estaban tan pérfidamente combinados y confundidos en esta horrible calumnia, que el mundo, por indiferencia ó por maldad, debia admitirlo sin exámen.

Apenas me atrevia á mirar á Gontran, contaba con una esplosion terrible; mi pasmo igualó á la contrariedad de Mad. de Maran.

Mi marido despues de haber vencido de nuevo una ligera agitacion, repuso con la mayor sangre fria, encogiéndose de hombros:

—Ahora, señora, no son esas ni aun calumnias, son disparates, y, en verdad, los tiempos en que vivimos son poco á propósito para que nadie se pueda divertir en propagar tan estúpidas simplezas.

—Cómo!.... exclamó mi tia, asi tomáis esto! Fuego en vuestra filosofia!

—Seria filósofo á muy poco precio, señora, si mereciese ese título por despreciar rumores vanos ó hablillas que no tienen ni aun la apariencia de una calumnia..... Matilde no debe inquietarse por esas tonteras; en dos palabras os recordaré las tristes circunstancias, merced á las cuales el nombre de Mr. de Lugarto pudo por desgracia correr junto con el de Mad. de Lancry. Este nombre abusó vilmente de una intimidad que su amistad casi me habia impuesto, con el fin de perjudicar la reputacion de Mad. de Lancry. Respondí á esta vileza como debia, diciéndole que mentia y dándole un par de bofetadas delante de muchas personas. Tuvimos un desafio; di una estocada á Mr. de Lugarto; al dia siguiente salí para Inglaterra, donde me llamaban intereses bastantes graves. Poco despues de mi partida, Matilde

dejó á Paris para ir á casa de su prima el tiempo de mi ausencia; cuando volví de Lóndres fui á buscarla, y la he traído aquí: esta es, señora, toda la verdad. En cuanto á las ridiculas invenciones que se toman la pena de daros parte y sobre las cuales creéis deber llamar vuestra atencion, os lo repito, no merecen ni aun ser desmentidas, no pensaria ya mas en ello si Matilde no hubiese sido bastante niña para contristarse un momento. Pero se le debe excusar; entra en el mundo, su alma pura é ingénuu es naturalmente impresionable á miserias que, mas adelante, no escítarán su disgusto. Dirigiéndose luego á mí, me dijo con el acento mas afectuoso:—Perdonad, pobre Matilde mia, mi desgraciada amistad con Lugarto os acusa todavia esta incomodidad, pero segun espero, será la última.

Me enterneció profundamente el lenguaje sencillo y digno de Gontran.

Desde el principio de la conversacion, mi prima parecia estar muy metida en sí; la espresion de su semblante habia cambiado completamente.

Mad. de Maran, á pesar de su seguridad, estaba confundida; miraba atentamente á mí, á Úrsula, á mi marido, para tratar de penetrar la causa de la indiferencia ó de la moderacion de Gontran: moderacion que á mí misma me admiraba, porque mi marido podia justamente ofenderse con las aserciones de Mad. de Maran.

Despues de esta muda observacion, que duró algunos segundos, mi tia continuó con aire de reflexion.

—Vamos Gontran..... no os dejais convencer, eso vale mucho: bien conoceis que lo que yo deseo en el mundo es no poder creer una palabra de lo que se me escribe, y responder á ello desmintiéndolo famosamente; pero, dice el proverbio: no hay humo sin fuego. Pues bien! veamos. Aquí entre nosotros, ¿quién puede haber encendido esa atroz llama con tan dañadas intenciones? ¿Cómo imaginarse qué personas graves, serias, porque son personas graves y serias las que me escriben, se diviertan en inventar la historia de la visita nocturna de Matilde á Mr. de Lugarto, si no hubiese

¿Habido nada de verdad en ello? Además debeis saberlo mejor que nadie, niño mio. Primero: ¿ese Lugarto tuvo en su poder con qué deshonraros? Segundo: ¿es capaz de deshacerse del supredicho medio de perderos, únicamente por el placer de hacer una accion generosa? En cuanto á mí, eso me parecia graciosamente problemático, hipotético, por no decir picaresco, de parte de semejante especie siempre vengativa y maligna.

La maldad de Mad. de Maran le servia quizá sin saberlo ella.

Era imposible tocar mas cruelmente lo vivo de las sospechas que debia tener Gontran, con respecto á la devolucion de los papeles falsificados, que parecia haberle hecho voluntariamente Mr. de Lugarto.

Aunque mi marido no pudiese entrar conmigo en esta cuestion, pues me creia completamente ignorante de aquella funesta accion, siempre habia yo notado que veia alguna causa misteriosa en la restitucion de Mr. de Lugarto.

Si Mad. de Maran estaba ó no instruida de todo, eso no lo sabia yo. No obstante, esta vez esperaba un movimiento de cólera por parte de Gontran.

Casi me asusté viéndolo escuchar á Mad. de Maran con la misma calma é indiferencia; se encogió de hombros, se sonrió mirándome y respondió.

—Eso no es ni una calumnia, ni una estupidez, peca en novela, en sobrenatural. ¿Es eso todo, señora? vuestros corresponsales no os dicen nada mas? Seria una lástima pararse en tan buen camino.

—No, ciertamente, no es esto todo! exclamó mi tia no pudiendo contener su rabia, ya os he dicho que las personas mas respetables estaban convencidas..... ahora debo decir os cuáles serán los efectos de estas convicciones..... Os serán graciosamente agradables los tales efectos! Aunque apeleis á la novela y á lo sobrenatural, vos y vuestra mujer tendreis desde luego el inconveniente de ser en todas partes señalados con el dedo y que de cada diez personas que saludéis no os responda mas que una. ¿Os admira esto? Quizá digais que es cosa de magia! nada hay sin em-

bargo mas sencillo. Voy á demostrároslo, siempre con arreglo á mi poco juicio..... O se creerá que vuestra muger ha sacrificado su honor para salvar el vuestro, hijo mio, y pasareis por un hombre despreciable..... ó se creerá que vuestra muger ha cedido á la alicion que tenia á Lugarto y pasará por una muger vil; sin contar que en este caso tambien se os mirará el último de los hombres, puesto que habeis tolerado esa alicion, ya porque debiais dinero á ese indecente, ya porque habiendo vuestra muger traído al matrimonio todos sus bienes, teneis por mas politico y mas económico cerrar los ojos.

A estas palabras no pudo menos Gentran de decir á Mad. de Maran:

—En verdad, señora..... se cree eso?

—Sin duda, esto es lo que creen las buenas gentes, las gentes inofensivas, vuestros amigos en fin.....

—Y nuestros enemigos, señora?

—Ah! ah! ah! vuestros enemigos, ese es otro asunto! creen que vos y Matilde os entendeis como dos ladrones en feria: «Si no hubiese mas que un culpable en la familia, «dicen estos, sea el hombre, sea la muger, hubiera habido «escision entre ellos; una muger honrada no se queda con «un hombre deshonorado; puede sacrificar su honor para salvar el de su marido; pero cumpliendo una vez el sacrificio, lo abandona; si se queda con él, se hace su cómplice..... Por otra parte, un hombre honrado no se queda «con una muger que lo ha ultrajado..... si no tiene bienes «vive con privaciones antes que dejar sospechar que un vergonzoso interés lo detiene al lado de una esposa adúltera»..... Así es como inferirán vuestros enemigos, esas lenguas asesinas y viperinas, viéndoos siempre juntos. Inferirán que teneis uno respecto al otro toda especie de abominable tolerancia.

—En fin..... en fin, ahora lo adivino todo! exclamé yo interrumpiendo á Mad. de Maran, vuestro aborrecimiento os ha llevado muy lejos, señora, os habeis vendido vos misma á pesar vuestro..... Bendito sea Dios que nos descubre así las enemistades que nos persiguen.....

—Cómo..... cómo..... está loca esta niña... dijo Mad. de Maran.

—Gontran..... Gontran..... yo me preguntaba á mi misma porqué esta, que sin embargo es hermana de mi padre, habia venido aquí..... Ella os lo hace saber..... Si... señora..... ahora lo comprendo todo..... Quereis, con vuestras calumnias, suscitar horribles discusiones entre nosotros y desunirnos..... En efecto, señora, hubiera sido un gran triunfo para vos..... apenas hace un año que estamos casados! y una separacion perdía para siempre ó á mí ó á Gontran, porque autorizaba los rumores mas odiosos.

La contraccion de las cejas de Mad. de Maran, me probó que habia acertado el tiro.

Ella, segun su costumbre, se echó á reir á carcajadas para ocultar su cólera.

—Ah!.... ah!.... ah!.... qué divertida está esta niña con sus suposiciones: pero, qué fatua sois, os hablo en mi nombre? Vengo como buena y honrada parienta, si gustais, no lo olvideis, á deciros: Mis queridos hijos, tened cuidado, esto es lo que se cree..... esto no es un rumor vano, un chisme, una conversacion: son las convicciones de personas serias, graves, cuyas palabras tienen la mayor autoridad..... Ahora que el mundo interpreta así vuestra conducta, pues es imposible quitarle esta creencia..... pues estais deshonorados sino uno y otro... al menos el uno ú el otro... vengo como buena parienta á.....

Gontran interrumpió á Mad. de Maran, y le dijo:

—Me parece, señora, que el mundo tendria un medio mucho mas natural de interpretar la persistencia de amor que yo y Mad. de Lancry continuamos teniéndonos recíprocamente; eso haria creer que vivimos como personas honradas, que, no teniendo nada que echarnos en cara mutuamente, despreciamos en sumo grado tantas atroces calumnias, y que tenemos muy buen sentido para poner nuestra felicidad á merced de la primera calumnia. Esta version tendria además la ventaja de ser la sola posible y duradera, lo que no es poco, segun creo. En resámen, señora, no participo de la suma delicadeza y de la desconfianza

de Matilde. La pobre niña ha sufrido ya tanto por causa de los malvados, que, en su resentimiento un poco ciego, ha podido por un momento confundiros con ellos: se engaña, no lo dudo; hablándonos como lo haceis, cedéis al interés que nosotros os inspiramos; poned pues el colmo á vuestras bondades, aconsejadnos qué debemos hacer para convencer á nuestros amigos que son juguetes de una calumnia, y para probar á nuestros enemigos que son infames.

—Mi bello sobrino, dijo Mad. de Maran con bastante rábia, no aconsejo, la hora ha pasado, pero adivino y pronostico..... Escuchadme, si deseais saber lo presente y lo futuro; en vuestra corta familia, uno de vosotros es juguete y víctima, el otro pícaro y verdugo; es preciso que haya un rompimiento, y esto mas pronto de lo que pensais, porque la victima concluirá por indignarse..... Pero este rompimiento será muy tardío, mis queridos hijos; el mundo se acostumbrará á ver en vosotros dos cómplices..... seguirá despreciándoos..... esta separacion, que hubiera podido al menos salvar la reputacion del uno de vosotros dos, no será sino un nuevo motivo de murmuracion contra ambos... se os tendrá por dos bribones demasiados infames para poder continuar viviendo juntos..... Esto os parece chanza... y que tengo las apariencias de estar lunática..... Pues bien!..... algun dia me direis si me he engañado..... Una palabra aun, y no hablemos mas de ello..... Esta abominable revolucion ha ahuyentado de tal modo á mis amigos, que casi á nadie veo y no sabia casi nada de todo esto. Habiendo sin embargo llegado á mis oidos algunos rumores, supliqué á vuestro tio Mr. de Verzac, y á Mr. de Blancourt, ambos antiguos amigos míos, que estuviesen en acecho, inquiriesen y me escribieren lo que oyesen decir ó supiesen haber dicho..... Hé aquí sus cartas..... leedlas... vereis que nada invento. Ahora que no se hable una palabra mas sobre esto..... echemos un wisk, si lo teneis á bien..... Si, Matilde está muy fatigada, jugaré con vos y con Ursula..... Todo esto ha concluido á las mil maravillas: vos estais satisfecho y resignado, hermoso sobrino, tanto mejor; yo lo mismo; estoy muy contenta, muy an-

cha, hecho plantas, triunfo, porque, decid, ¿qué es lo que quiero? vuestra felicidad. Pues bien, mientras mas os desprecien, mas felices sois..... eso me pone lindamente en estado de trabajar para vuestra felicidad..... no es asi? Llamad y que traigan las cartas.....

Subí á mi habitacion dejando á Ursula, á mi marido y á Mad. de Maran jugando al wisk.

Esta ocupacion les permitia al menos guardar silencio despues de una escena tan incómoda.



VIII.

FELICIDAD Y ESPERANZA.

Estaba perpleja en extremo, no sabia si la calma de Gontran era real ó disimulada: estuve á punto, á pesar del encargo de Mr. de Mortagne, de decir á mi marido todo lo ocurrido en aquella noche fatal.

Pensé que quizá en gran parte el deseo de no despertar mis sospechas atento á aquellas malditas falsificaciones era la causa de que Gontran se manifestase en apariencia tan indiferente á los ataques de Mad. de Maran. Conociendo la infernal malignidad de mi tia, no podia disimularle que tuviésemos mucho que temer de la malevolencia del mundo.

La frialdad extraordinaria con que se habia recibido á Gontran algunos meses antes, parecia casi justificar las previsiones de Mad. de Maran, estaba inquieta por saber si Gontran vendria á mi habitacion antes de ir á la suya, queria decirle cuán contenta estaba con ver ir á Ursula.

Atribuía esta resolución de mi prima menos á un sentimiento generoso que al temor de que le dijese á su marido mis sospechas, y despertase así su desconfianza para lo sucesivo. En esto reconocí la exactitud de los consejos de Mad. de Richeville.

A eso de las once entró Goctran en mi habitacion. Pregunté á sus facciones casi con ansiedad, pues temia mucho ver en ellas alguna espresion de amenaza.

No habia nada de esto; por el contrario, las apariencias eran aun mas tiernas, mas afectuosas que nunca.

—Ah! amigo mio, exclamé, qué malvada es Mad. de Maran!.... Venir aquí con un fin tan odioso á provocar entre nosotros un rompimiento violento, refiriéndonos las mas atroces columnias!

—Sin creer positivamente como vos que ese haya sido el objeto del viage de vuestra tia, pienso que estaba algo fastidiada de no tener á quien atormentar, y que, sabiendo de antemano con corta diferencia el contenido de las cartas de mi tio y de Mr. de Blancourt, vino para arrojar entre nosotros esa tea de discordia. Teniais razon, Matilde, Mad. de Maran es mas mala de lo que yo pensaba: de aquí en adelante no tendremos motivo alguno para visitarla.

—Ah! amigo mio, qué bueno sois!.... si supiéseis el placer que me causa esa promesa, siempre he tenido el presentimiento de que nuestras penas vendrian de Mad. de Maran.

—Felizmente, ahora, queriendo perjudicarnos, nos ha servido casi sin saberlo.

—Cómo?

—He leído las cartas de mi tio y de Mr. de Blancourt: es evidente que circulaban acerca de nosotros rumores los mas falaces y odiosos: la malignidad ha esplotado los hechos mas sencillos, y los ha desfigurado odiosamente; así pues, porque fuí á Inglaterra á buscar unos papeles que podian comprometer á una tercera persona, se ha dicho que Lugar-to tenia en su poder documentos con que deshonorarme. No quiero inquirir lo que haya podido dar lugar á la fábula absurda de la noche que habiais ido á pasar en la casa de

Lugarto, pues sé el horror que os inspiraba: pero, mirad, estoy loco: pararse en semejantes infamias es ultrajar os. La malignidad de Mad. de Maran nos puede servir, por cuanto nos hace saber al menos lo que dicen nuestros enemigos. Esta revelacion debe sobre todo causar algunos cambios en nuestros proyectos; por lo tanto soy de parecer, si vos tambien consentis en ello, dilatar mucho nuestro regreso á Paris, no volver allá, supongo, sino pasados doce ó quince meses, y permanecer aquí hasta entonces: los acontecimientos políticos serán un escelente pretesto para nuestra ausencia..... Conozco á Paris y al mundo, dentro de seis meses no se ocupará nadie de nosotros; en un año se olvidarán todas estas miserables calumnias..... Si por el contrario, llegamos á Paris dentro de algunas semanas como teniamos determinado, caeríamos en medio de aquel desenfreno universal que os admiraria menos si conociéseis mejor el mundo..... Sois bella, virtuosa..... me amais, me habeis elegido: no se necesita de mucho mas para escisar todos los ódios y todos los celos, que no dejarán de esplotar lo que puede haber de misterioso en mis pasadas relaciones con Lugarto..... si fuese solo, despreciaria esos vanos rumores; pero tengo que responder de vuestra felicidad, y seria el mas culpables de los hombres, si no obrase de modo que os ahorrarse nuevas penas, á vos que tanto habeis sufrido ya por mí..... Lo mas racional, lo mas prudente, es suspender indefinidamente nuestro regreso á Paris..... decid, Matilde, sois de mi parecer? hacedme el favor de responderme.

Me causaron tal contento estas palabras de Gontran, que esclamé con una alegría incapaz de describir:

—Dios mio! puedo responder cuando mi corazón está palpitante de sorpresa y dicha! Dios mio! Dios mio! quereis hoy volverme loca, Gontran? decid! Oh! no, esta es mucha felicidad para un dia. Volver á hallar vuestro afecto, tener la certidumbre de estar aquí sola con vos mucho tiempo, en vez de ir á Paris; otra vez Gontran, esto es mucho..... No pedia yo tanto..... Dios mio!

Y no pude dejar de llorar lágrimas muy dulces esta vez.

—Pobre niña, me dijo Gontran. Ay! vuestra admiración es una reconvención cruel, y la merezco bien; no obstante esto es verdad, os he privado demasiado de la felicidad para que derrameis lágrimas de alborozo inesperado, oyéndome decir que os amo y que estaremos aquí largo tiempo..... Oh! mirad, esto es horrible..... Cuando pienso que te olvidé un momento! pobre ángel bien amado!.... En qué pendería que en vez de gozar de la delicadeza exquisita de tu gracia, de la adorable bondad de tu alma, dejé á mi corazón adormecerse mientras me entregaba á no sé que existencia grosera, estúpida y brutal? Es este un sueño? Es una realidad? Decid, decid, mi buen ángel custodio. Oh! sí, decidme que nos dormimos en Chantilly, y hemos despertado en Maran.....

—Oh! hablad así, hablad aun con vuestra voz tan dulce y tan hechicera, dije á mi marido juntando mis dos manos con una especie de éstasis.—Oh! hablad mas así, no sabéis cuanto bien me hacen esas buenas y afectuosas palabras; qué saludable bálsamo vierten en mí..... Oh! Gontran..... me parece que nuestro hijo se ha conmovido; sí, sí, alegría y dolor, este pequeño ser participará de todo, lo sentirá todo en adelante. De rodillas os doy gracias por él y por mí, tierno amigo mio, gracias de rodillas por la felicidad que nos causais.

Pasé los dias que siguieron á esta conversacion en un encanto continuo; era imposible ser mas cariñoso, mas atento, mas obsequioso que era mi marido.

Mad. de Maran, viendo sus inicuos proyectos casi completamente frustrados, no disimulaba su disgusto y hablaba de su próxima partida, fingiendo estar ya mas asegurada por las últimas noticias de Paris.

Ursula esperaba á su marido de un momento á otro. Segun me lo habia prometido, le escribió para suplicarle que fuese á Paris con él, en vez de quedarse en Maran, como en un principio se habia convenido entre ellos.

Desde el día en que había oído á Mad. de Maran hablar de las calumnias que teníamos que temer, noté un cambio singular en las maneras de mi prima con respecto á mí y á Gontran.

Cada vez estaba con mi marido mas burlona, irónica, altiva; conmigo, en las raras ocasiones en que nos hallábamos solas, estaba mortificada, confusa; me miraba alguna vez con una espresion de interés que no podía yo comprender; á ocasiones ví que estaba á punto de hablarme con abandono como si tuviese que comunicarme un secreto, y luego se contenia de pronto. Por otra parte evitaba yo cuanto me era posible hallarme sola con ella.

Pasaba las mañanas con Gontran.

Despues de almorzar dábamos largos paseos en coche, durante los cuales solíamos hablarnos pocas palabras; comíamos, y el wisk de Mad. de Maran ocupaba la noche. Ahora que lo pasado me ha desengañado, me acuerdo de muchas cosas que entonces apenas notaba, porque no podía esplicarme su estención.

Así, aunque mi marido me manifestaba siempre la mas perfecta ternera desde el día en que tan de repente volvió á mí, parecía estar muy pensativo, muy preocupado.

Algunas veces tenía distracciones singulares, otras me parecia estar bajo la impresion de un *pasmo* extraordinario, casi doloroso, como si hubiese en vano buscado el sentido de un cruel y extraño misterioso.

Sus arrebatos de alegría, que me habían desde luego asustado, no volvieron á aparecer mas. A menudo ví tambien sus facciones oscurecidas por una espresion de amarga tristeza.

Le manifesté mi sorpresa, y me respondió con dulzura.

Es porque pienso en las penas que os he causado.

Aunque estos síntomas hubiesen debido parecerme singulares, no me inquietaba: Gontran todo era obsequios y bondad para mí; me hablaba cada vez mas de la necesidad de quedarnos en Marán lo menos un año, tanto para dar

tiempo á que se olvidasen las hablillas, cuanto por la economía que nuestro porvenir hacia necesaria.

Lo repito, no podía asustarme de las singulares preocupaciones de Gontran, hubiera temido impacientarlo con mis preguntas.

Advertida sin duda por su instinto que le incitaba á amar á mis enemigos, Mad. de Maran parecia haberle cobrado á Ursula un tierno afecto; daban algunas veces largos paseos á pié.

Mi tia habia desde luego creido que Gontran se ocupaba de Ursula; sus chanzas pérfidas á Mr. de Secherin me habian convencido de ello, pero las pruebas de intereses que me manifestaba Gontran, y la frialdad con que lo miraba Ursula, alejaban mis sospechas.

Ursula se paseaba casi todas las mañanas en el parque, Gontran habia escogido esta hora para la música conmigo como en otro tiempo.

En fin, salvo el fastidio de tener junto á nosotros personas que sabia me eran hostiles, nunca, desde mis hermosos dias de Chantilly, habia sido mas feliz.

Este estado debió sin embargo cesar: me iba á encontrar sola con Gontran y nuestro amor.

La última carta que Ursula habia recibido de Mr. de Secherin, á quien ella escribia regularmente cada dos dias, le anunciaba su llegada para el 13 de Diciembre.

Nunca olvidaré esta fecha.

Habia llegado este dia.

Aunque Mr. de Secherin era ordinariamente muy exacto en responder á su muger, no habia recibido cartas de él en tres dias.

No estaba ella de ninguna manera inquieta por este silencio; veia en él, por el contrario, una nueva prueba de la llegada de su marido, que le hubiera necesariamente advertido en el caso de que sus proyectos hubiesen variado.

Iba á ponerse al piano con Gontran, cuando vino Blondeau á preguntarme si podia recibir á Ursula.

Mi marido evitó la negativa diciéndome:

—Se va hoy, esta es una formalidad de simple urbanidad; recibidla, volveré al momento.

Aunque esta entrevista debia serme en extremo desagradable, no titubeé en seguir el parecer de mi marido.

Entró Ursula, y quedamos solas.



IX.

ARREPENTIMIENTO.

Ursula estaba triste y circunspecta.

—Después de lo que ha pasado entre nosotras, me dijo, he creído no deberme ir sin veros y sin hablaros un momento..... Mi marido llega hoy por la mañana, quizá á la una, sería imposible una última esplicacion.

—Una esplicacion.....de qué sirve eso? Es inútil!

—Lo que es vos quizá, me dijo Ursula, no teneis nada que echaros en cara respecto á mí.....cuando yo os lo confieso sin empacho, no he dejado de haceros algun perjuicio.....

Miraba á Ursula con desconfianza; esperaba alguna enmienda, no de sentimiento, sino de hipocrecia.

Pero habia sido tanto tiempo engañada por ella, que temia ser débil y confiada como en lo pasado.

No obstante me admiraba una cosa: mi prima no afectaba ya el tono melancólico y lastimero que ordina-

riamente empleaba como de sus mas irresistibles seducciones; su aspecto era frio y tranquilo.

—Me habeis hecho en efecto algunos agravios, le dije; en el momento de iros, no os los hubiera recordado; toda conexion, toda amistad se ha concluido entre nosotras; seremos en lo sucesivo estrañas la una á la otra. Quizá algun dia olvide el daño que me habeis hecho.

—No os engaÑais sobre los motivos de esta última conferencia, me dijo Ursula, no vengo á pedir os que olvideis lo que os tengo manifestado acerca de la envidia que en todo tiempo me habeis inspirado, ni con respecto á los instintos de aversion que han sido su resultado.

—¿Entonces para qué es esta conferencia?

—Escuchadme, Matilde, ya me habeis visto bajo diferentes aspectos: un dia, muger desconsolada, llorosa, incomprendible, como decís..... otro dia, muger altiva, irónica, insolentemente coqueta, y haciendo alarde de las mas cínicas teorías, hoy descendiendo á contemplar los caprichos mas vulgares de mi marido haciéndolo feliz como quiere y puede serlo..... mañana engaÑándolo sin remordimiento y usando de la mas pérfida hipocresia para desprenderlo de su madre que me detestaba..... Pues bien! estos aspectos tan diversos de mi carácter, no son aun nada respecto á los misterios de mi alma; porque reúne en mí muchos afectos encontrados, Matilde..... Así tengo necesidad de un lujo inmoderado, de brillo y de elegancia; la pasión de brillar llega en mí hasta tal punto, que lo confieso no sin vergüenza, me hubiera casado con el viejo mas asqueroso para satisfacerla..... Ahora bien, tengo no obstante la valiente paciencia de irme á enterrar en provincia en mi vida miserable y ordinaria, para dar á mi marido tiempo de aumentar sus bienes y de ponerme en disposicion de tener en Paris la existencia suntuosa con que siempre he soñado, y por la cual seria capaz de sacrificarlo todo. Quiero dominar imperiosamente, y hay dominaciones despóticas, casi brutales, que yo adoraria. Soy falsa, disimulada por naturaleza y cálculo, y algunas veces tengo accesos de fátua sinceridad. En una palabra, soy unas veces capaz de mucho mal,

y otras de mucho bien. Oh! no os sonriais con aire incrédulo y despreciativo, de..... sí, de mucho bien..... en este mismo momento, puedo daros una prueba de ello; sin duda, este bien está mezclado con el mal, como todo lo que depende de la humanidad..... Pero creo sin embargo que el bien domina, vais á juzgarlo..... Hace ocho dias tuvimos una larga conferencia en que os confesé los celos que siempre me habíais inspirado; sí, os tenia mucha envidia; joven, hermosa, rica, con talento, dando una gracia irresistible á la virtud y á la dignidad, seduciendo en fin con las prendas que ordinariamente imponen... pero no atraen..... no veia nada mas perfecto que vos.

Interrumpí á Ursula diciéndole:

—Esas adulaciones.....

—Oh! no son adulaciones, Matilde..... he sido testigo de vuestro poder de seducción..... para agradar á una pobre vieja de provincia, os he visto poner en práctica muchos medios encantadores que bastarian para trastornar la cabeza de veinte *elegantes*; porque teneis, cosa inestimable, la coqueteria de la virtud, así como otras muchas mugeres tienen la coqueteria del vicio. En fin, reuníais entonces como todavia todas las gracias que me faltan; únicamente, ahora ocho dias, Matilde, os envidiaba esa superioridad, porque creia debias á ella una grande felicidad..... pero hoy.....

—Y bien..... hoy, dije á Ursula viendo su perplejidad.

—Hoy sé que sois desgraciada..... Si, os creo la mas desgraciada de las mugeres, y no tengo ánimo para envidiaros esas raras y brillantes prendas..... Este es tambien un contraste que esplicareis como pudiéreis.

—Os ha faltado vuestra penetracion habitual, le dije, porque justamente de ocho dias á esta parte, desde que os parezco tan digna de compasion, nunca he sido mas feliz, y añadí con orgullo: Nunca se ha mostrado conmigo mi marido mas obsequioso, mas afectuoso.....

—Hablaemos luego de esos obsequios y de esos afectos, me dijo Ursula con una mirada rara. Hablaemos desde luego de la causa que ha cambiado mi ódio y mis celos

en compasion..... si lo permitis; diré con interés..... Mad. de Maran, no sé con qué fin, sin duda con el de escitar mas mi envidia, se ha complacido en exagerar mucho á mis ojos vuestra felicidad, hasta el dia en que delante de mí os informo de las calumnias de que sois víctima; dejando enteramente aparte su maldad, quedé convencida de una cosa: que sois la muger mas honrada, la mas noble del mundo, y que sin embargo vuestra reputacion está, sino perdida, al menos comprometida para siempre!

—Os engañais..... la verdad concluye apareciendo en todo su brillo.....

—Ay! Matilde, no os engañeis! lo falso y lo verdadero están por desgracia tan mezclados en los acontecimientos que han dado motivo á los injustos juicios del mundo, que será muy difícil combatirlos. En caso de duda, la sociedad no se abstiene, condena; así, os lo repito, ahora me veo muy cruelmente vengada de las ventajas que os enviaba.

Estaba indignada con la especie de conmiseracion que Ursula afectaba: sus alabanzas me chocaban: aunque lo que me dijo acerca de mi reputacion fuese, ay! muy verosimil, no querian confesarlo delante de ella.

—Comprendo, dije á mi prima, que teneis grande necesidad de creer aquella singular distribucion de la justicia humana, que mancharian la reputacion de las mugeres honradas! Pero no os deis prisa para triunfar; aunque espereis lo contrario, tarde ó temprano se juzga segun el mérito..... dejar de tenerme lástima; en cuanto á mis prendas les suponeis un fin, y una recompensa de vuestras alabanzas son otros tantos sarcasmos.

Ursula replicó con una sangre fria imperturbable.

—Justamente porque esas prendas están tan mal compensadas, es por lo que las alabo sin restricciones, creedlo.—No he visto al mundo mas que vos, repuso, pero por reflexion lo conozco mejor que lo que nunca lo conoceréis, dígais lo que quisiéreis; estoy convencida de que vuestra

reputacion ha sufrido un golpe mortal á pesar de vuestra brillante virtud.

—Señora.....

—No tomeis esta repetición por un ultrage, Matilde... no, no..... Y, atended, continuó Ursula despues de un momento de silencio, me creéis la mas falsa, la mas embustera de las mugeres; por lo tanto, en vez de conmoveiros lo que voy á deciros, vais sin duda á irritaros, vais á tratarme de hipócrita: no me importa; en este momento hablo para mí y no para vos..... Pues bien! ahora que sé las horribles penas que habeis experimentado, ahora que conozco las que os esperan..... y bien! en verdad..... oh! en verdad, Matilde..... estoy arrepentida..... profundamente arrepentida del daño que os he querido..... no me atrevo á decirlo..... del daño que os he hecho.

Al pronunciar estas últimas palabras, la voz de mi prima estaba alterada, temblona: á no ser por mi desconfianza, hubiera creído en sus remordimientos; pero sabia que Ursula era tan falsa, tan cómica, que me sonreí con sentimiento, y repelé su mano que buscaba la mia.

—Matilde..... no me creéis?

—No, y vuestras lágrimas vendrán sin duda bien pronto en vuestra ayuda para convencerme.

—¿Mis lágrimas?..... no, Matilde..... no..... esta vez no lloraré..... porque mi dolor es tan profundo, tan sincero, que para hacéroslo creer no necesitaré de lágrimas fingidas.

Confundida con el cinismo de esta confesion, miré á mi prima con sorpresa.

Y bien! si..... si, lo confieso..... aunque pase por estúpida, por necia; despues de tantas ilusiones, despues de tantos desengaños, me conmovió, me alteró á pesar mio la espresion de la cara de Ursula, y la indefinible dulzura de sus enternecidas miradas.

Esta espresion me hizo impresion, tanto mas cuanto no se parecia en nada á las afectaciones habituales de mi prima. Creí, creo todavía que estaba entonces bajo la influencia de un sentimiento verdadero.

No obstante, quise resistir con todas mis fuerzas á esta especie de fascinacion.

—Oh! sois la mas peligrosa de las mugeres! exclamé, dejadme! dejadme! Si son ciertos vuestros pesares, son inútiles: no atenuan en nada los daños que me habeis hecho; quisisteis destruir mi felicidad..... No he sido el juguete de vuestro arte para con mi marido, y si él no os hubiese des.....

Pareciéndome muy dura la palabra, quise contenerla. Ursula la acabó.

—Despreciado, quereis decir, Matilde!.... decid, decid!.... puedo..... debo ahora oíroslo todo.....

—Pues bien! no ha dependido de vos el que no la-yais seducido á mi marido, que no hayais dado el último golpe á una muger que siempre os ha querido bien..... y que la hallais ya tan desgraciada..... tan injustamente desgraciada!.... admitiendo que vuestro interés sea sincero.

—Pues bien! sí..... esto es verdad, repuso Ursula, si, en aquella conferencia á que asististeis sin mi noticia, sabia perfectamente que en vez de apagar la pasion de vuestro marido, la irritaba mas con mi afectada indiferencia, con mis burlas y con mis desdenes.

—La pasion! dije encogiéndome de hombros con desprecio..... Gontran..... una pasion por vos? decid el placer, el capricho pasagero.

—He dicho la *pasion*, Matilde, porque se trataba de una pasion..... ¿entendeis? porque se trata de una pasion.

—Se trata de una pasion..... ahora osais decirlo?

—No creais que quiero herir en nada nuestro amor propio; quiero prestaros un servicio, Matilde, reparar en parte el daño que os he hecho, y gracias á Dios, todavia es tiempo.

El acento de Ursula tenia una autoridad, que, á pesar mio, la escuchaba en silencio.

—Sí, continuó, queria irritar la pasion de vuestro marido. Este cálculo por parte mia debe aseguraros acerca de lo que sentia respecto á él, pero no acerca de lo que él es—

perimentaba..... acerca de lo que aun siente hoy dia respecto á mí.

—Oh! esto es indigno, exclamé, qué odiosa calumnia! ¿Esta es vuestra despedida? Al iros quereis dejarme en el corazon una horrorosa sospecha!

—Matilde, por compasion á vos, permitidme que acabe; mi marido puede llegar de un momento á otro y hacer esta conferencia imposible.....

—¿Por compasion á mí?

—Si..... si..... por compasion á vos, muger desgraciada..... Escuchadme, creedme, cedo á un movimiento de generosidad que me consolará quizá algun dia de mis malas acciones..... Escuchadme pues, sinó por vos..... que sea á lo menos por el porvenir de vuestro hijo.

—Qué! sabeis!..... exclamé pasmada, porque no habia confiado este secreto mas que á Gontran.

—Si, si..... lo sé, replicó Ursula, y esta razon sobre todo, aumentando mis remordimientos, me ha determinado á obrar de este modo.

Despues de un movimiento de perplejidad, Ursula continuó con los ojos bajos y voz alterada.

—Os acordais bien, no es así, de la conversacion tan acalorada que tuvimos las dos?

—Si..... si..... y bien!..... exclamé acongojada, porque mi corazon se oprimia por no sé qué odioso presentimiento al pensar que mi marido habia dicho á esta aborrecible muger un secreto que él y yo solo sabiamos.

—No quiero recriminar, continuó Ursula cada vez mas conmovida, pero en fin, en aquella conversacion os confesé sin rebose la envidia que siempre me habiais inspirado, Matilde, no tuvisteis compasion de mí, me echásteis en cara la infamia de una amistad que no confesaré nunca..... me echásteis en cara mis perfidias, y entonces os creia la mas feliz de las mugeres..... entonces, os lo juro..... todavia ignoraba lo que habeis sufrido: porque, recordadlo bien, Matilde, aquella tarde..... hasta la tarde de aquel dia que habló Mad. de Maran, no supe una parte de vuestras penas.

—Pero, en nombre del cielo, hablad..... hablad.....

Y bien, despues de nuestra conversacion, qué es lo que pasó? Pero..... sí..... me acuerdo, fuísteis á pasearos en el bosque.....

—Matilde..... perdon... perdon... iba á ver á vuestro marido: me esperaba en una casa de guarda inhabitada, donde me habia citado.

Esta confesion era tan inesperada, tan horrible, que en un principio no pude creer en ella.

Se trataba de mi última esperanza.

Se trataba de creer que desde ocho días la conducta de Gontran para conmigo, era un tejido de mentiras y falsedades.

Se trataba de creer que el afecto que me manifestaba, no era mas que una apariencia para ocultar su inteligencia con Ursula.

No podia, no queria ceder á esta odiosa verdad... exclamé fuera de mí.

—Calumniáis á Gontran; aquel dia lo pasó cazando, un criado vino á decirmelo de su parte.

—Ah! ese hombre dijo lo que su amo le habia dicho que dijese!

—No era verdad! Mentía ese hombre.

—Si..... si..... perdon..... Matilde..... Estraviada por la aversion que os tenia, queriendo vengarme de vos arrebatándoos á vuestro marido..... he sido culpable.

—Os digo que no os creo..... os digo que os calumniáis para darme un golpe horroroso.

—Tengo valor para deciros la verdad, Matilde, por deshonrosa que sea para mí, por dolorosa que sea para vos.

—Dios mio!.... Dios mio, vos lo escucháis! exclamé levantando las manos al cielo.

—Perdon, Matilde..... porque, cuando supe despues por Gontran que érais madre, pobre y desgraciada muger... que érais madre! oh! esto, esto sobre todo me desarmó..... me horroricé de mi falta, pensando que habia cedido, no al amor, sino á un ódio ruin, á un execrable sentimiento de venganza.....

—Dios mio..... Dios mio, exclamé en un acceso de

inaudita desesperacion:—volvedme loca... loca... ó quitadme la vida... No puedo... no quiero ya sufrir mas.

—Matilde..... Matilde..... os juro que no sospechaba entonces todos los derechos que teníais al interés, á la mas tierna piedad..... y además es menester tener valor para deciroslo todo.... Pues bien, no sospechaba entonces esa odiosa indiferencia de vuestro marido respecto á vos; no... no creia que el amor que me tenia pudiese hacerlo tan falso, tan injusto, tan cruel como debia serlo con vos, ay! porque no sabíais sus proyectos.....

—Esto es espantoso, exclamé, ha estado Ursula delante del deshonor, y viene á acusar á mi marido! ¿Pero qué es pues esta muger?... Qué es él?.... Qué soy yo misma?... Qué vida es esta? Es un sueño? Es una horrible realidad? Y vos..... vos que estais delante de mí, que me mirais, cualquiera que seais..... responded..... donde estoy? Cual es la verdad? Cual es la mentira? Cómo! el cariño que de ocho dias á esta parte me prodigaba Gontran, era un lazo, una insultante falsedad! Pero de qué sirve ese fingimiento? Puesto que partis..... puesto que vais á partir! Oh! este es un caos en el cual mi cabeza se extravía y pierde..... deliro, Dios mio! deliro!!..... tened piedad de mí..... iluminadme... Veis Ursula, ¿no estoy bastante humillada, no soy muy desgraciada? Mirad, heme aqui á vuestros piés, Ursula..... á vuestros piés.

—En nombre del cielo! levantáos, Matilde..... Ahora soy yo..... soy yo la que pide perdon.

—Os perdono, os perdono..... pero al menos decidme la verdad, toda la verdad, por horrible que sea..... Soy madre, no me pertenezco ya; á fuerza de dolor, mataré á mi hijo. Gontran me ha engañado tan indignamente..... Toda esperanza de atraerlo á mí está perdida para siempre... Pues bien! tomaré mi partido..... no lo volveré á ver mas..... quedaré sola aqui; y cuando tuviere mi hijo, podré ser aun feliz..... Así, Ursula, no tengais temor alguno..... decidmelo todo..... entendeis, absolutamente todo: vuestra franqueza puede salvarme la vida. Hablad..... Ursula..... hablad..... una certidumbre por el amor de Dios..... una cer-

tidumbre por horrorosa que sea: mas vale la muerte que la agonía.....

—Pobre muger..... pobre desgraciada muger..... dijo Ursula ocultando entre sus manos la cara bañada en lágrimas.

—Sí, desgraciada, muy desgraciada..... no es así? Pues bien! no podeis ya tenerme envidia..... no es verdad? perseguirme aun seria una barbárie..... Lo veis, es imposible ser mas desgraciada..... esto es lo que queríais. ¿Se ha saciado bastante vuestra aversion?

—Matilde, ah!..... estoy muy vengada....., Esto es horrible..... desgraciadamente no puedo nada sobre lo pasado..... pero puedo para el porvenir..... Escuchadme bien... Esta es una carta que me escribió Gontran, ved aquí lo que le respondí; todos los días queria entregarle esta carta; no atenuar mis culpas, pero prueba al ménos que yo esperaba repararlas. En esta respuesta me mostraba bajo tan odiosos colores, que á pesar de mi sentimiento por haberos ultrajado, hasta el presente habia titubeado en entregar á Gontran estas cartas tan deshonorosas para mí..... helas aquí.

Y me dió Ursula un paquete cerrado que tomé maquinalmente.

—Ahora la postrer palabra, Matilde: hubiera podido ocultar esta última manifestacion, partir para Paris..... y dejaros en una ceguedad completa: pero leyendo la carta de vuestro marido, vereis cuáles eran sus proyectos para lo sucesivo, vereis que tiene por mí una pasion desordenada cuyas consecuencias me hacen temblar..... Os he hablado hasta aquí del mal que os he hecho; ahora, he aquí cómo espero repararlo en parte..... Con la carta que me ha escrito, confundireis á vuestro marido, no tendrá que hacer sino echarse á vuestros piés para implorar su perdon..... Con la que le respondo, le probareis que no le queda ninguna esperanza de volverme á ver nunca..... Además, podeis vengaros de lo pasado y afianzar el porvenir..... Si os diere yo alguna sombra de celos..... enviad á Mr. de Secherin la carta que he escrito á Gontran; si quereis vengaros de lo pasado, Matilde..... enviad ahora este escrito á mi marido,

que no le dejará duda alguna acerca de la estencion de mi culpa. Cuanto mas ciega son su bondad y confianza, tanto mas cruel será conmigo si se cerciora de que le he engañado; me echará de su casa, mi padre no querrá volverme á ver jamás, quedaré sin recursos, y de aquel sueño de opulencia que voy á realizar, caeré en la miseria..... y vos no sebeis, Matilde..... lo que podria aconsejarme la miseria! Y despues, veis, añadió Ursula con tono casi solemne, es preciso que haya alguna cosa fatal, providencial en esto que sucede..... «No escribo nunca»..... soy demasiado astuta para hacer algo que pueda comprometerme, la falta que he cometido podia quedar secreta, á lo menos sin prueba, y no obstante he escrito esta carta que puede perderme, y no obstante vengo voluntariamente á confiárosela; nada me obliga, como veis, á ponerme á discrecion vuestra..... nada sino mis remordimientos por lo pasado, mi buena resolucion para lo sucesivo y mi ciega confianza en vuestra justicia; nada me obliga en fin á obrar así, nada sino uno de aquellos contrastes raros, inesplicables de mi naturaleza, de que os hablaba, y de los que os burlábais, Matilde.

Estaba anonadada, teniendo en las manos el paquete.

Aquella corrupcion, aquel cinismo con los cuales se mezclaba una especie de generosidad, de grandeza, me parecian incomprendibles.

Me preguntaba á mí misma y me pregunto todavia, si la confesion que acababa de hacerme Ursula estaba calculada por la mas infernal perfidia, ó si era dictada por un tardío interés por mí.....

Afectaba ponerse en mis manos para poder llevar mi desesperacion á su colmo, haciéndome saber la infidelidad de mi marido: ó bien, ¿queria sinceramente darme para lo sucesivo garantias contra ella y contra Gontran?.....

Miraba á mi prima con tanto horror como sospecha y desconfianza.

De repente se oyó ruido de caballos en el pátio.

Mi alcoba estaba en el piso bajo; Ursula corrió á la ventana, alzó una cortina, miró al pátio, y luego me dijo

con una sencillez afectuosa que me hizo impresion á pesar mio.

—Matilde..... el coche de mi marido entra en el patio..... podeis decirselo todo y vengaros del daño que os he hecho.....

Guardamos silencio por algunos momentos.....

Se abrió mi puerta.....

Ursula petrificada retrocedió un paso.....

No era su marido, era su madre, Mad. de Secherin, quien entró.....



EL CASTIGO.

—

Mad. de Secherin ostentaba sin duda, en las circunstancias que la traian, una fuerza sobrehumana.

La habia visto hasta entonces andar con trabajo, agobiada por la vejez, por las enfermedades..... Se adelantó hasta el medio de la sala con un paso firme, libre, casi ágil.

Las arrugas parecian haber desaparecido de su frente para dejar brillar en ella una especie de satisfaccion amenazadora, de triunfo fulminante que daba á su fisonomía un carácter magestuoso y terrible.

Se hubiera dicho que, encargada de ejecutar una sentencia de la justicia divina, se habia un momento elevado hasta la altura de tan formidable mision.

Por su actitud altiva y soberbia, por su feroz sonrisa, por su mirar ceñudo, se adivinaba que la madre ultrajada en la idolatria con que amaba á su hijo, que la madre sacrifi-

cada á una esposa culpable, viniese en medio de su alegría cruel á ejercer horrorosas represalias.

Cuando ví esta muger pálida, con su largo vestido negro, tuve tal espanto, que olvidé todo lo que acababa de pasar entre Ursula y yo.

Lo mismo que mi prima, quedé muda, fascinada delante de su suegra.

Esta exclamó con voz ahogada, levantando los ojos al cielo:

—Dios mio!.... Dios mio! no me abandoneis..... Dadme, si es de vuestro agrado, fuerza para cumplir vuestra voluntad hasta el fin! Mucha alegría es demasiada alegría..... como mucho dolor es demasiado dolor.....

Y como si hubiese sucumbido á una violenta agitacion, Mad. de Secherin apoyó por un momento su arrugada mano sobre el espaldar de un sillón, luego exclamó traspasando por decirlo así, á Ursula con una mirada:

—Bien os lo decia, infeliz, que Dios quitaba la máscara á los malvados, y que los aniquilaba tarde ó temprano...

Volviéndose luego á mí, añadió:

—Bien os lo decia, que algun dia seriais castigada por esta muger por la compasion culpable que tuvisteis de ella... Bien os lo decia, que mi hijo volveria á mí, y que entonces seria yo su solo consuelo.

Y cruzó los brazos meneando la cabeza con una expresion de orgullo feroz.

Entró Gontran seguido de Mad. de Maran y de un hombre que yo no conocia.

—Puedo saber, señora, qué es lo que nos proporciona el honor de vuestra visita, y quién es éste caballero que se ha hecho conducir á mi habitacion por uno de mis criados y me fué á buscar de vuestra parte? dijo Mr. de Lancry.

—El señor es el primer dependiente de mi hijo; no podia caminar sola, mi hijo le mandó que me acompañase.

—Dirigiéndose luego á este hombre: Fermin, nos volveremos dentro de una hora; idos, y cerrad la puerta.

Gontran me miró con aire de sorpresa.

Quedamos mi marido, Mad. de Maran, Mad. de Secherin, Ursula y yo.

Gontran y mi tia ignoraban el principio de esta conferencia, y presentian no obstante que se trataba de algun grave acontecimiento.

Mad. de Secherin dijo á mi tia.

—Sois de la familia, señora?

Mad. de Maran miró de arriba abajo á la suegra de Ursula sin responderle, y me la mostró con la vista como para preguntarme quién era aquella muger.

—Mad. de Secherin, y añadí mostrando mi tia á la suegra de Ursula: Mad. de Maran.

Mad. de Secherin, acordándose de los elogios que su hijo, completamente engañado acerca del carácter de mi tia, le prodigaba siempre, se adelantó hácia ella, y le dijo:

—Sois de los nuestros, señora..... sois de los buenos contra los malos. Mi hijo me lo ha repetido muy á menudo..... sois, como yo, sencilla, honrada y enemiga de toda hipocresia..... vuestra presencia es útil aquí; no estará demás que haya muchos jueces, porque culpables no faltan.

—Aunque no comprendo nada de lo que quereis decirme, querida señora, con vuestros jueces y vuestros culpables, dijo mi tia, no perderé ciertamente tan bella ocasion de declararos que teneis el mas lindo hijo de la tierra, sin contar que todo lo que os ha dicho de mí y de mi sencillez natural, prueba primorosamente en favor de su penetracion y de su discernimiento. Me atrevo á esperar, en cambio, que lo que nos ha dicho de vos está todo tan bien fundado, no nos quedará entonces mas que congratularnos recíprocamente por habernos reunido.....

Mad. de Secherin miró atentamente á Mad. de Maran, fuese la costumbre de observar, fuese sagacidad, instinto de su corazon materno, fuese en fin que la sonrisa burlona de mi tia hubiese vendido su ironia, la suegra de Ursula, despues de un momento de silencio, respondió á mi tia haciendo que nó con el dedo índice de la mano derecha, y meneando la cabeza:

—No..... no..... lo veo..... no sois, no sereis nunca

de los nuestros, vuestra mirada es maligna, mi hijo se engañó con vos como se ha engañado con otras.

Mad. de Maran dió una gran carcajada de risa, y exclamó:

—Ah! ya! pero, mirad, querida señora, me pareceis una especie de sibila, de pithonisa, con vuestras profesías faraminosas y poco lisongeras; tan solo, permitid os lo haga observar ni mas ni menos que si tuviese el honor de hablar á vuestro hijo, estas profesías son un poco inciviles, visto que segun pensais no perteneceré nunca á la categoria de la gente buena.

—No sé lo que es una sibila, señora, pero sí cuando se burlan de mí, dijo Mad. de Secherin con entereza.

—Tendré un verdadero placer en recordaros, mi querida señora, que la sibila de Cumes, era una especie de adivina que profetizaba lo futuro con visages diabólicos y haciendo contorsiones asombrosas.

Mi marido, asustado de la palidéz de Ursula, de quien no quitaba la vista, exclamó dirigiéndose á Mad. de Secherin:

—¿Señora, puedo saber qué es lo que nos proporciona la honra de veros? Mad. de Lancry está al parecer muy turbada, vuestra nuera me parece que está muy agitada; me habeis suplicado viniese á veros al instante..... ¿Qué es lo que pasa, qué es lo que hay? por favor esplicaos.

—Oh! vais á saberlo, caballero, vais á saberlo, dijo Mad. de Secherin.

Yo estaba en un suplicio: presentia que esta muger tenia alguna prueba agravante de la mala conducta de Ursula, pero no se daba prisa á producirla. Parecia que se saboreaba con la venganza, y que gozaba con la horrible angustia en que tenia á mi prima.

Esta, á pesar de su sangre fria y de su audacia habituales, estaba al parecer aterrada.

Conocia que todas sus seducciones serian imponentes para convencer á su suegra.

Lo confieso, no obstante los motivos de aversion que debia tener contra Ursula, no pude reprimir una especie

de compasion hácia ella, pensando que iba á quedar perdida al momento en que el remordimiento de su falta llegase quizá á inspirarle un sentimiento generoso.

Mad. de Secherin sacó lentamente de su faltriquera una carta igual en todo á la que mi prima acababa de confiarme.

Me fué muy fácil notar esto, pues los sobres de ambas eran del mismo papel para cartas que habia yo puesto en la habitacion de Ursula, y porque el papel era azulado.

Se verá porque insisto en esta particularidad.

—Conoceis esta carta? dijo Mad. de Secherin con voz estrepitosa, mostrando el sobre á Ursula.—Luego añadió con una dignidad austera levantando al cielo el indice de su mano derecha: Veis aquí cómo está el dedo de Dios?.... La prueba de tu primer crimen era una carta que me arrebatásteis osadamente..... La prueba de vuestro segundo crimen es tambien una carta, pero esta vez vos misma la habeis enviado á mi hijo..... habiéndoos el Señor herido con una distraccion vengadora.

Ursula no respondió palabra, se puso pálida como una muerta, se arrojó á mí, cogió el paquete que me habia entregado y que aun tenia yo en la mano, lo abrió y lo miró rápidamente, le dejó luego caer al suelo, bajando la cabeza con un profundo abatimiento.

Victima de un error fatal, la infeliz habia puesto los sobres equivocados.

Así pues habia enviado á su marido la carta de Gontran y la respuesta que ella le daba..... y me habia entregado á mí la que escribia á Mr. de Secherin.

—Cuando os digo que el dedo de Dios está aquí, continuó Mad. de Secherin, cuando os digo que el Señor ha querido que vos, tan trapacera, tan diestra, seais descubierta, perdida por una torpeza; habeis puesto en el sobre un nombre en vez de otro... No hay mas que esto! Y este simple error ha hecho que mi pobre hijo reconozca en fin lo que érais... ha visto que en Rouvray estaba yo bien inspirada por el Señor cuando decia: «Juro que esta muger es culpable..... Echadla..... aunque os falten las pruebas

de su infamia.» Entonces ¿no es verdad? pasaba por una loca al exigir de mi hijo, sin razon suficiente, lo que él llamaba un sacrificio insensato; pero Dios ha tenido cuidado de justificarme y de probar que los instintos de las madres son infalibles.

Habia en efecto una fatalidad tan estraña en esta revelacion, que por un momento todos quedamos pasmados.

Mad. de Maran fué la que primero rompió el silencio, diciendo con voz ágría á la suegra de Ursula:

—Por el amor de Dios, cuyos pequeños secretos conocéis tan bien, mi querida señora, esplicadnos ese bello embrollo de los sobres; dispensadnos vuestras moralidades, y decidnos qué es lo que todo esto prueba.

—La vejez impia, malvada y sin costumbres, dá siempre malos ejemplos, replicó Mad. de Secherin mirando de hito en hito á Mad. de Maran, y añadió con aspereza. Ahora que sé que habeis criado á estas dos jóvenes, no me admiro de la perversidad de esta infeliz (señalando á Ursula), pero me pasmo de las virtudes de su prima (y me mostró á mí).

Muy poco le agradaron á Mad. de Maran las últimas palabras de Mad. de Secherin; exclamó en seguida:

—Qué es eso, qué es eso? hola, mi buena señora! porque sois la muger de gobierno de la Provincia probablemente, no es esta una razon para ser tan cruel con el pobre mundo. Qué es lo que diriais, si os agrada, si os echase en cara haber educado á vuestro hijo de un modo tan extravagante que merece lo que le sucede? Decid pues: pero, es verdad, yo os hago responsable de su himeneo.

—Señora, por favor, concluyamos este debate, dijo Gontran á Mad. de Secherin. Es posible que no se pueda saber lo que deseais?

—Quiero, caballero, hacer leer á vuestra esposa esta carta que habeis escrito á la muger de mi hijo.....

Y me entregó una carta.

—Quiero, caballero, haceros leer la carta en que esta muger os respondia, porque..... Dios es justo! es menester que esta criatura sea tan detestada por el que ha partici-

pado de su crimen, como por el hombre á quien indignamente ha afrentado.

Y entregó una carta á Gontran.

—Quiero, caballero, leer á esta adúltera la carta que le escribe mi hijo.

En seguida Mad. de Secherin, siempre impasible, cruzó los brazos y nos miró silenciosamente.

Mi marido estaba aterrado, comprendia en fin lo horrible que era la posicion de Ursula, y sobre todo cuán incómoda debia estar yo con este inesperado descubrimiento.

Ursula, confundida, parecia no ver ni oir nada.

Esta escena habia tomado un carácter tan grave, que Mad. de Maran olvidó por un momento su maligna ironia, y al parecer estaba muy atenta.

En cuanto á mí, me hallaba en una especie de escitacion febril, que me daba por algunos momentos una fuerza faeticia, pero conocia que no podria resistir mucho tiempo, y que quizá perderia todo conocimiento antes que se aclarase el fatal misterio.....

Mientras que Ursula estaba abismada en sus reflexiones, y Gontran leia la carta que Ursula le habia escrito en respuesta á la suya, y que la pobre muger creia haberme entregado, leia yo la carta de mi marido que habia motivado la de mi prima.



XI.

MR. DE LANCRY A URSULA.

«No, no, Ursula..... no puedo obedecer vuestras órdenes..... Vuestra conducta es inesplicable..... lo que experimento es extraño, despues de la inesperada dicha con que me habeis colmado, es preciso que os escriba, pues no puedo hablaros, puesto que por prudencia sin duda, parece que huiis todas las raras ocasiones en que podria veros sola antes de vuestra partida. No sé si estoy despierto, si sueño..... Quizá me ayudareis á esplicarme este misterio.

«Sois la primera muger que me ha dominado!.... á vuestro lado, lo confieso, me siento muy inferior..... Quereis, segun deciais, un tirano ó un esclavo..... un esclavo ciego, sumiso.

«Mirad, Ursula, si yo creyese en el demonio, si creyese en «las compras de almas» que hacen, segun dicen, le daria vuestra mirada desdeñosa y soberbia, cuando vé á un

desgraciado caer para siempre jamás en su poder en fuerza de su encanto infernal.

«Esta comparacion no parece fátua, absurda, os burlais quizá de ella, cruel, creéis que me chanco..... sin embargo, esta comparacion es séria, es exacta. Explica cuanto se pueda explicar; una sensacion efectiva, y no obstante indefinible..... Si, desde aquel dia, Ursula, mi alma no me perteneció..... no me pertenece!.... Angel ó demonio, es vuestra! ¿Qué hareis de ella?

«Es insensato, estúpido, pero me parece que mi corazon no palpita ya en mi pecho, sino que palpita un vuestro corazon, en vos..... Mirad, Ursula, este pensamiento es horrible, es preciso que os lo diga todo: sabeis por qué la posesion deja tan feliz, tan inquieto, tan triste? por qué no me dá sobre vos aquel ascendiente, aquel imperio que siempre es afecto de ella? por qué en fin, os lo repito, soy vuestro sin que vos seais mia? Porque..... me estremezco de creerlo..... porque..... porque me parece que vos..... vos no habeis cedido ni á la embriaguéz del amor, ni aun á la violencia de los sentidos..... Se podia decir que habeis cedido no á mí, sino á alguna misteriosa influencia que ignoro.

«Si amáseis..... oh! si amáseis, habria en el mundo una amiga mas hechicera? Es cosa de volverse loco pensar que, gracias al amor, vos tan intratable, tan burlona, tan independiente, os tornáseis en sumisa, afectuosa y rendida... pero sumisa, afectuosa y rendida con aquel adorable encanto propio solo de vos, y no como las demás mujeres.....

«Además, ¿qué me importa á mí que la oveja sea amable y medrosa? qué mérito tiene? Pero que venga la pautera, tímida y cariñosa, á arrojarse á mis piés; entonces experimento una felicidad, un orgullo, un triunfo sin igual.....

«Ursula..... Ursula..... os lo repito, lo siento..... en los latidos precipitados de mi corazon, me amareis como quiero ser amado por vos..... oh! sabré forzaros á ello..... Si..... sí.....el amor desesperado se infunde á fuerza de sacrificio, se os infundirá tambien á vos misma, no tomeis

esto por una presuncion ciega y ridicula..... esta seguridad la saco de la misma profundidad de mi pasion.

Muger rara, incomprensible! si alguna vez os hablo de nuestro amor, me respondeis con un sarcasmo! Como mas estraña aun, mi muger os teme, os aborrece, vos lo sabeis; ¿y el dia que la habeis ultrajado la mirais al parecer con sensible interes? Es por remordimiento? no; nunca tendreis remordimientos; y de qué? Semejante culpa..... es una culpa? Y por otra parte; no se dirá que vuestro objeto es ahora hacerme buscar y adorar á Matilde?

«No me conoceis, Ursula, no sabeis la invencible terquedad de mi carácter; yo mismo la ignoraba antes de haber sentido la fuerza de voluntad que me habeis inspirado; no renunciaré á la esperanza de ser amado por vos, sino despues de haber intentado todo lo que humanamente se puede intentar..... y todavia no, no puedo admitir la idea de que renunciara á esta esperanza..... no, una voz secreta me dice que lo conseguiré.

«Hé aquí mis proyectos, no trateis de combatirlos, no los variareis en nada. Partis dentro de algunos dias para Paris; pretestando las calumnias que nos ha referido Mad. de Maran, he persuadido á mi muger á que se quede en Maran todo el invierno; quince dias despues de haberosido, me reuno con vos en Paris; asuntos de interes motivarán suficientemente mi partida á los ojos de Matilde. Ya en Paris, no me faltarán razones para prolongar mi permanencia; «el estado en que se encuentra mi muger» la impedirá ir á buscarme: además de que aunque lo quisiese, su deseo seria vano; nunca me he sentido mas intratable, mas sin piedad; seré cruel con todo lo que no sea el amor que os tengo. Solo el temor de que Matilde, desatinada con los celos os pierda con vuestro marido, es lo que me obliga á fingir lo que no sentia respecto á ella.

«Es preciso toda la ceguedad de Matilde para no descubrir cuánto me cuesta y me choca el papel que hago con ella..... Pero bien pronto tendrá su fin, voy á reunirme con vos en Paris, nuestro parentesco me permitirá veros todos los dias, sin despertar sospechas en vuestro marido. Exigid

entonces de mi todos los sacrificios posibles, me someteré á ellos de muy buena gana, nada me costará, nada sentiré, porque ahora todo lo que no es vos no existe para mí..... es horroroso decirlo, pero es así..... mi razon, mi voluntad no pueden nada en ello..... Tú..... tú..... Ursula, nada mas que tú..... siempre tú..... Oh! dijo..... si quieres tú romperemos los frágiles lazos que nos ligan á ambos, vamos á ocultar nuestro amor en cualquier pais lejano: Ursula, que no os detenga la compasion! sea feliz ó desgraciada mi passion, la suerte de mi muger no puede cambiar; aunque reuniese mas prendas y mas perfecciones, lo conozco, todo sentimiento respecto á ella está estinguido para siempre en mi corazon.

«Sois ahora lo ideal, el desvario de mi corazon, de mi alma, de mi vida..... Juzgad si Matilde puede equilibrar vuestra influencia si me amais, ó consolarme sinó.

«Otra vez Ursula..... vos..... vos sin condicion, no admito duda, no quiero admitirla, porque no quiero penetrar el abismo sin fondo que se abriria delante de mí..... pero no, vos me amais, será preciso que me ameis; la suerte nos ha dado mi alma en vano, yo no existo ya sino por vos, para vos, «habeis sido mia!» digais ó hagais lo que quisiéreis, es preciso que en lo sucesivo y para siempre seamos uno del otro. No retrocederé por nada, entendeis? *por nada*, para conseguirlo..... Será porque así lo quiere el hado..... Adios! ángel ó demonio, participaré de vuestro cielo ó de vuestro infierno.....—G.»

Mas adelante diré la reaccion repentina, profunda, que me causó la lectura de esta carta.

Mientras la estaba leyendo, Gontran leia la siguiente respuesta que le habia dado Ursula, y que ésta creia haberme entregado al fin de la conversacion que tuve con ella.



XII.

URSULA A GONTRAN.

—

«Soy muy generosa á lo menos..... os devuelvo vuestra carta, la cual me ha divertido mucho: reina en ella una mezcla de desconfianza y de fatuidad, de ceguedad y de perspicacia, de rendimiento y de egoismo, de ternura y de crueldad, digna de observarse por lo divertida.

«Creo en vuestra pasion, sí..... creo que amais por primera vez; creo que hareis todo lo posible para haceros amar de mí. Os creo capaz de las tentativas mas insensatas, de las mas abominables acciones, para conseguir este bello resultado; os creo en fin susceptible de sacrificios verdaderos por mí.

«Creo, como vos, que mis ruines defectos os han trastornado la cabeza.

«Estamos perfectamente de acuerdo sobre muchos puntos, querido primo, tan solo diferimos siempre sobre el mas importante de todos: ¿creeis firmemente que á fuerza de amor

«me obligareis á amaros?» Os declaro no menos firmemente que nunca os amaré y que «á fuerza de amor» concluireis por haceros detestar, estando generalmente el amor que se inspira en razon inversa del que se experimenta. Deberiais saber al menos vuestro A B C, señor don Juan.

«Cuando fui á Maran, pensando tambien aprovecharme de la oferta que en otro tiempo me habia hecho Matilde de ocupar en Paris una habitacion de vuestra casa, mi proyecto bien decidido era que os enamoráseis locamente de mí, entendeis..... y servirme de vuestro amor..... os diré ahora mismo con qué objeto.

«Reunia yo todas las condiciones necesarias para seduciros: desde luego no os amaba, conocia tener sobre vos mucha superioridad; y además me habia imaginado que el medio mas seguro de enamorar á un hombre estragado por su buena fortuna, era burlarse de él, irritar casi vivamente su orgullo.

«Desarrollado este bello sistema con bastante malicia, obtuvo en vos el buen éxito que yo esperaba.

«En Rouvray me hicisteis, la misma mañana que llegásteis á mi casa, una declaracion bastante repentina é impertinente; respondi á ella como convenia á mis designios.

«Aqui renovásteis vuestras afectuosas protestas, os respondi y probé que no os hacia caso ninguno; por espíritu de contradiccion os apasionásteis: esto era muy sencillo. Por algunos dias aumenté vuestro amor, no participando de él, sino burlándome, mostrándome á vuestros ojos bajo aspectos extravagantes, afectando un cinismo de principios, una libertad de pensamientos que hubieran incitado á cualquier hombre de alma elevada.

«No podia creer yo misma en el progreso que hacia en vuestro corazon con tan miserables medios. Si os hubiese tenido en alta opinion, la facilidad de mi éxito la hubiera destruido.

«Acordaos tambien de esto, señor don Juan, ordinariamente las mugeres de mi carácter aman tanto mas cuanto mas trabajo les ha costado hacerse amar. Desdeñan lo

fácil, les agrada la lucha, los obstáculos las encantan, se apasionan de lo imposible.

«En una palabra, aprovechad el consejo..... si acaso volveis á hallar una igual á mí, el solo medio de seducirla será mostrarle desvio.

«Mirad..... quizá Matilde os adora, porque es tan pura como vos pervertido..... Cuando, por el contrario, os dirigis á mí, que estoy quizá teóricamente tan adelantada como vos, faltais á vuestro destino, perdeis vuestras ventajas, y yo me burlo de vos.

«Los augures no podian mirarse sin reirse, por eso vuestro sério amor me causa un increíble gozo. Tened cuidado, un bribon que llega á servir de burla ó juguete, es mil veces un juguete mas tonto que un hombre honrado.

«Un dia, de repente, sin motivo (á lo menos á vuestros ojos) «habeis sido mio sin que yo haya sido vuestra,» segun os espresáis..... desde aquel momento me habeis siempre hallado fria, desdeñosa, y tan indiferente de lo pasado como si no hubiese existido..... ¿Os admirais de esta repentina indiferencia? ¿Me preguntáis si os amaba, si tenia á lo menos algun vivo capricho por vos? de ninguna manera; sois encantador, pero por desgracia tengo muy mal gusto. ¿Cómo pues, direis, no experimentáis por mí ni pasion, ni amor, ni aun la mas ligera inclinacion, y..... vos?..... No, no; esto es imposible, repetis.

«Escuchad..... desde que pude analizar mis impresiones y conocer el bien y el mal, aborrecí á vuestra muger.

«La aborrezco porque, desde que la ví, no ha habido un dia, una hora en que no haya sido sacrificada por su causa, en que ella no me haya anonadado con sus ventajas.

«Nunca la envidia, los celos se han exaltado mas..... Para herirla con mas seguridad, quise hacerlo en lo mas precioso que habia para ella en el mundo..... Resolví seduciros, no porque me agradáseis, sino porque ella os adoraba.

«Algunos dias despues de aquella conferencia que Matilde escuchaba sin saberlo yo, tuve con ella una larga conversacion, en la cual me hizo muchas reconvenciones, me

amenazó con su desprecio, y ahora debo decir con su «justo» desprecio. Exasperé mis peores sentimientos; vos me habíais dado una cita, aceleré el momento de asegurar á la vez mi venganza y mi imperio sobre vos: porque entonces... pero, no, no, no sabreis nunca cuán odiosos designios meditaba..... me amariais mucho, y quiero apartaros de mí.

«Ahora, acordaos que la tarde de «aquel dia de felicidad sin dia siguiente,» como decíais, Mad. de Maran, recibió cartas de Paris, y que delante de mí instruyó de todas las abominables calumnias de que era víctima Matilde.

«La casualidad me hizo saber así que esta muger cuya felicidad me exasperaba desde mi infancia, era la mas desgraciada de las criaturas.

«Ahora ¿qué es lo que me ha inspirado el interés, la propiedad que ha sucedido de repente al aborrecimiento que tenia á Matilde?

«Tocante á esta pobre muger, no puedo por desgracia nada sobre lo pasado, pero lo puedo para lo sucesivo.

«Soy tan singular, que desde el momento en que me senti compadecida de ella, hubiera mirado como un crimen darle el menor motivo de celos respecto á vos.

«Me hareis el favor de «no romper los vinculos» que me unen con el mejor hombre del mundo, á fin de ir á esconder vuestro amor en un pais lejano: no es necesario ir tan léjos para ocultar una cosa que no existe. Abdico tambien muy voluntariamente toda *soberania* sobre vuestra alma; mil gracias por ese hermoso reino que poneis á mis piés. No olvidéis sobre todo, os lo ruego, ahorrarme esas pruebas de afecto, esos sacrificios inauditos con que me amenazais, y de lo que soy muy indigna.

«No conteis, os lo advierto, con intimaros con mi marido para venir á Paris.

«Para esplicar á Mr. de Secherin mi repentina partida, me veré obligada á confesarle que os ocupábais demasiado de mí, y que para ahorrarme vuestra persecucion he juzgado conveniente dejar á Maran.

«Quedad con Matilde, ella será vuestro ángel de guarda.

«Así pues, primo mio, olvidarme por quien vale mil veces mas que yo. Volved á Matilde, que es un corazon de oro, un alma que no es de este tiempo, ni de este mundo.

«Bien lo habeis visto..... ocho dias hace que por prudencia, habeis fingido volverla á amar, y brilla de felicidad su gracioso semblante! Además es madre, caballero..... y habeis tenido el infame valor de escribirme: «El estado en que se halla mi muger le impedirá ir á Paris.....»

«Mirad, Mr. de Lancry, soy capaz y he cometido muy malas acciones, no sé las que el porvenir me reserva todavia; pero nunca, lo juro, tendré que echarme en cara un equivalente á esas odiosas palabras.

«Indubitablemente sois el mas ingrato, el mas egoísta, el mas insensible de los hombres, porque la pasion os deprava..... en vez de ennobleceros! Por otra parte, esto es natural, una pasion depravada no puede elevar el corazon.

«Tened cuidado con vuestra vanidad, que dirá quizá que Lovelace y don Juan no valian mas que vos, y que lo que os he dicho significa «adorable malvado.»

«Os engañaríais de un modo singular: yo que soy un don Juan hembra, sé lo que vale el don Juanismo; hasta me avergüenzo de ver las pasiones que inspiro llevarse por tan malos instintos: como el hechicero del cuento aleman retrocedo espantada del monstruo que he producido, y que viene con grandes gritos á pedirme sea su compañera.

«Olvidadme pues, primo mio; os lo digo otra vez, si os obstináis en vuestro loco amor, os predigo el mas desgraciado fin del mundo, y me hareis creer en los castigos divinos de que hablaba siempre mi insoportable suegra.

«A un culpable como vos era preciso un «castigo» como yo; solamente, como el papel de venganza divina es un paso sério para mi edad, os agradecería mucho que me lo evitáseis enmendándoos y volviendo á ser el mas honrado y el mas fiel de los maridos; lo que quiere decir el mas feliz y el mas adorado de los hombres, puesto que Matilde es vuestra muger.

«Adios, adios, y para siempre adios..... Acordáos sobre todo de que no se ha tratado de amor entre nosotros, sino de una infame traicion contra la mas noble de las mujeres. «Habeis sido mi cómplice, nunca mi amante.»



XIII.

MR. DE SECHERIN A URSULA.

Cuando Mad. de Secherin vió por nuestro abatimiento que Gontran y yo habíamos leídos las dos cartas que nos habia entregado, leyó la de su hijo á Ursula con voz pausada, y como para hacer durar el suplicio de mi prima por mas largo tiempo.

«No os volveré á ver en mi vida, Ursula, os desprecio aun mas de lo que os aborrezco. Dios me ha castigado por no haber escuchado los consejos de mi madre; esta me queda, esta, esta me queda y con ella no hecho nada ménos; doy por el contrario gracias al cielo, por haberme librado de un monstruo de perfidia y de corrupcion tal como vos; me maldigo cuando pienso que vos, «por vos» Dios mió! he podido affigir, casi abandonar la mejor de las madres..... Pero..... mi amor la indemnizará de los disgustos que le he causado; me perdonará, me ha perdonado: cuando una mujer tan peligrosa y tan abominable entra en una familia

debe esperarse todo..... Voy á deciros una cosa que os dará pena, estoy seguro de ello; el dia mismo en que por la voluntad divina, el cielo quiso que recibiese esa carta que muestra la perversidad de vuestra alma..... acababa de hacer estender el instrumento público que os aseguraba todos mis bienes despues de mi muerte..... Vos que tanto amais el lujo, vais á ser pobre.... tanto mejor, esta es la sola pena que os puedo causar..... Los sesenta mil francos de vuestro dote, están desde hoy depositados en Paris en casa de un notario. Vuestro padre os echará tambien de su casa, porque le he enviado una copia de vuestra abominable carta. En fin, para daros un último golpe que os será mas sensible aun que los otros, os prevengo que no sufro de manera alguna vuestras infamias, entendeis? no las sufro..... no, no, esto es tan odioso que me inspirais horror, y me hallo feliz..... oh! bien feliz en estar para siempre separado de vos; mi buena y escelente madre os lo dirá..... este será vuestro último castigo.—Secherin.»

Despues de haber leído esta carta, Mad. de Secherin lanzó á Ursula una mirada implacable.

Esta salió en fin del estado de estupor en que estaba sumida desde el principio de aquella escena.

Se levantó imperiosa, altiva, con la vista tranquila, con sonrisa amarga y desdeñosa, y dijo á Mad. de Secherin:

—Triunfais, no es verdad; muger ciega é insensata, os regocijáis mientras el corazon de vuestro hijo está mortalmente herido!

—A esta hora ni aun piensa en vos, dijo Mad. de Secherin; os lo escribe y es verdad, á Dios gracias.

—Pero yo no creo en esta carta, replicó Ursula, un hombre como él no puede olvidar á una muger como yo. Sabed que si quisiese escuchadme ahora, que si quisiese mañana estaria él á mis piés pidiéndome con las manos juntas que volviese con él..... pero no quiero. El destino me ha postrado en el momento mismo en que cedia á un sentimiento generoso, en el momento en que compadecia á la muger que habia aborrecido, ultrajado, en el momento en

que trataba de reparar el mal que habia hecho..... Pues bien, lucharé sola contra el destino, llegará un día, y no está lejos en que, desesperado de haberme perdido, vuestro hijo os maldecirá por no haberlo inducido á perdonarme.

—Lo entendeis, desgraciada! exclamó Mad. de Secherin juntando las manos con horror.—Echaros menos? Veis... veis..... infernal orgullo!

Ursula se encogió de hombros con espresion de lástima.

—No sabeis pues lo que era, lo que hubiera sido para él, porque era sencillo, bueno, afectuoso, y lo hacia feliz divirtiéndolo como se divierte á un niño. Vos misma le habeis oido decir si su felicidad era tan grande; si no era yo todo para él os regocijáis sin pensar que él llorará..... que llorará quizá con lágrimas de sangre el tiempo que he pasado que será siempre para él un sueño, el ideal de la felicidad humana..... Ciego sobre mis defectos por su amor, sobre mi conducta por su confianza, su vida se hubiera pasado tranquila y ahora se pasará en la desolacion! Vamos, debeis estar satisfecha, heme aquí pobre, abandonada de todos, hasta de mi padre; vos estais vengada, Matilde, y vos tambien, caballero, dijo Ursula dirigiéndose á Gontran: vos Matilde, cuya amistad he vendido; vos, caballero, de cuyo amor he hecho burla..... A vuestro triunfo falta sin embargo una cosa..... es verme anonadada, aniquilada bajo los golpes de una fatalidad inaudita, pero no os daré ese gusto, tengo voluntad, tengo energia, me hallaba en uno de esos momentos que pueden decidir del porvenir de toda la vida... un primer sentimiento bueno hubiese quizá atraido otro segundo..... La suerte no lo ha querido..... Pues bien, tengo diez y ocho años, un carácter de hierro, un alma de bronce, soy bella y atrevida..... Dios tenga piedad de mí! dijo Ursula terminando con este impio sarcasmo.

Mad. de Secherin guardaba el mas profundo silencio, estaba como asustada al ver la audacia de esta muger.

Gontran la miraba con una especie de angustia y de admiracion.....

Se levantó repentinamente Mad. de Maran, hizo que se enjugaba las lágrimas y exclamó:

Pues bien! no, no, no se dirá que soy insensible á los tormentos de esta pobre niña; me ha conmovido su angelical resignacion: es imposible confesar sus culpas con mas candor, y estar mejor dispuesta para la contricion y para el arrepentimiento..... Vuestro rigor me irrita..... La llevaré conmigo á Paris, y á mi casa, á esta querida niña, y esto será hoy mismo, porque no puede estar aquí ni un dia mas..... Podia echaros á perder, como sois todos tan buenos!.....

—Os atreveis á defenderla..... exclamó indignada Madama de Secherin, os atreveis á ofrecerle un asilo.....

—Y por qué no, si gustáis? Este es el caso que hago de vuestras jeremiadas acerca de la ruina de la abominacion! Cualquiera diria que se trataba de la suerte de la cristianidad ó que el mundo estaba amenazado de un fin próximo, porque vuestro hijo ha tenido una incomodidad en su familia! ¿Es esto una razon para venir á chirriar como un ave nocturna á esta pobre Ursula, y aterrarla sin piedad?.... En vos que os jactais de religiosa..... no es esto muy caritativo, mi buena señora.....

Mad. de Secherin alzó los ojos al cielo, y dijo con voz grave y solemne.

—Señor y Dios mio! tened piedad de esta muger, su tumba está abierta, su fin está próximo, y blasfema —Luego añadió con voz imponente y con tanta autoridad, que Mad. de Maran se aterró por un momento.—Sostenéis el vicio, insultais las lágrimas de las personas honradas, renegais de Dios. Pero, paciencia, en el lecho de la muerte tendreis una horrorosa agonía pensando en el mal que habeis hecho, y en las penas que os esperan..... sois tan malvada y tan impía, que no hallareis un sacerdote que quiera rogar por vuestra alma.....

Despues de un momento de silencio, exclamó Mad. de Maran riéndose segun acostumbraba.

Ah! ah! ah!..... qué chusca está con sus escozores! Ah! ah! á lo que parece estais muy bien con los rayos del Vaticano, mi querida señora? Ahora mismo, las urdiais con el cielo y la providencia..... Mirad, sin que sea

reconvencion, me pareceis muy dueña de las cosas de allá arriba..... Pero tranquilizáos, no me faltará un cuarto de hora para arrepentirme, y un escudo para mandar decir una misa cuando llegue el momento de pensar en mi salvacion.

Aquella misma tarde, Mad. de Maran partió para Parsi con Ursula.



XIV.

LOS DOS ESPOSOS.

Estuve dos dias sin ver á Mr. de Lancry.

La llegada y la partida de Mad. de Secherin, habiendo hecho suponer á nuestros criados que se habia suscitado entre mí y mi marido alguna grave discusion interior, creyeron deber suyo aumentar el silencio y la reserva en su servicio, y no hablaban entre sí sino en voz baja..... se hubiera dicho que alguien se estaba muriendo en la casa... Es imposible pintar el aspecto fatal de este gran castillo silencioso, sombrío y desierto, una parte del cual ocupaba yo, y Gontran la otra.

Quería estar sola para prepararme á la conferencia que debia tener con mi marido.

Durante estos dos dias, por un fenómeno moral que aun no he podido esplicarme, se verificó repentinamente en mí una revolucion profunda, completa.

Era deber mio hablar á mi marido con la mayor franqueza.

Este acontecimiento fue el mas importante de mi vida, su eco durará hasta mi último dia.

Los menores detalles de esta conferencia, están grabados todavia en mi memoria.

Era un Domingo; despues de haber oido una misa rezada en la iglesia del pueblo, y haber estado rezando largo rato, volví á casa.

El tiempo estaba frio y lúgubre; cuando entré en el castillo, empezaba á nevar.

Dieron las diez en el reloj de mi sala.

Al pasar por delante de un espejo me miré, y noté cuán flaca y pálida estaba.

Contemplaba con una especie de lúgubre contento el estrago que habian hecho las penas en mis facciones, y me comparaba con Ursula tan graciosa y tan sonrosada.

Dieron las diez y media en el antiguo reloj del castillo, y entró mi marido en mi habitacion.

Gontran tambien habia cambiado cruelmente, estaba en extremo pálido, las vigiliass, los llantos..... quizá, habian enrojecido sus ojos, estaba al parecer abatido, en su fisonomia se advertia cierto aire de ferocidad.

—No trataré de negarlo, me dijo bruscamente, los agravios que os he hecho son muy grandes; debeis detestadme..... bien está, detestadme.

—Os suplico que me escucheis, Gontran; nuestra posicion se fijará hoy; debo deciros con la mayor franqueza el resultado de mis reflexiones y mi inmundable resolucion.

—Os escucho.....

—Durante estos dos dias que acabo de pasar, no sé porqué estraña rareza de mi pensamiento, se me han presentado, por decirlo así, casi en el mismo instante todos los acontecimientos que han tenido lugar desde que os conocí; pude tomar á la vez su todo y sus pormenores, los he juzgado con una seguridad y bajo un punto de vista de que yo misma me he admirado. Contemplando los días de otro tiempo, he

reconocido, sin orgullo, que nunca he dejado de mostrarme rendido con vos, que he hecho prodigios de afecto para conservar mi amor intacto y puro á pesar de vuestros desdenes. Escepto algunas quejas poco frecuentes que me arrancaba un dolor intolerable, he sufrido siempre con resignacion; á vuestra menor veleidad de afecto, enjugaba prontamente mis lágrimas, iba á vos, con la sonrisa en los labios, y renacian las esperanzas de felicidad tantas veces frustradas.

—Es verdad..... pero no es generoso poner ahora á la vista mis culpas y vuestras virtudes, dijo Gontran no sin pena.

—Si os hablo así, Gontran, no es para alabarme de haber siempre obrado de esa suerte, sino para reprenderme de ello.

—Cómo, sentís?.....

—Siento haber hecho justamente lo que era preciso para ser desgraciada, sin haceros feliz: quizá hubiérais sido menos cruel conmigo..... si me hubiese conducido de otro modo.

—Qué quereis decir?

—Va á pareceros extraño..... pero el resultado de mis reflexiones, ha sido casi acusarme y absolveros.

—Absolverme..... á mí!

—Absolveros, á vos..... No me engaño ya, Gontran. Nunca he sido para vos una noble compañera, que tiene la conciencia de su dignidad y un carácter bastante firme para hacerse respetar, he sido vuestra vil esclava, y no he tenido sino las cualidades negativas de la esclavitud, la ciega sumision, la resignacion estúpida, la paciencia inerte. Viéndome así, habeis debido tratarme como lo habeis hecho, y no tener para mí ni perdon ni piedad.

—No sé con qué objeto quereis absolverme así: dijo Gontran mirándome con desconfianza.

—Podria deciros que es para que fuese menos cruel la confesion que me queda que haceros, pero mentira: si no deseo lastimaros sin razon, me inquieta ahora muy poco que padezcais ó no con lo que debo deciros.

Mi marido pareció hacerle impresión ni indiferente frialdad.

—Vuestro lenguaje es nuevo para mí, Matilde.

—Debe ser tan nuevo como el sentimiento que lo dicta..... tan nuevo como la confesión que voy á haceros.

—Pero, por favor explicáos.

—Después de esta larga mirada echada sobre lo pasado, he hecho también un descubrimiento..... un descubrimiento horroroso, os lo juro: que mis penas no obstante ser tan verdaderas, tan dolorosas, apenas eran dignas de interés..... que mis lamentaciones continuas eran más fastidiosas que sensibles, que mis lágrimas eternas habían debido con razón impacientaros, exasperaros, pero raras veces moveros á compasión.

—Os chanceáis, Matilde? la chanza sería cruel.

Tomé á mi marido por la mano, lo llevé delante del espejo, y allí mostrándole mi cara marchita, le dije:

—Para estar cambiada de este modo, me ha sido preciso padecer mucho, no es así, Gontran! Pues bien, juzgad pues cuanto es lo que he sentido cuando la razón me ha forzado á confesar que mis desazones eran apenas dignas de compasión; cuando me he dicho á mí misma..... mañana se las contaría á un juez imparcial que tuviera derecho para decirme: «esa es vuestra culpa»..... Y bien! creéis que á vista de esta convicción tenga valor para chancear, Gontran?

—Teneis esa convicción, Matilde?

—Sí, la tengo..... Sí, mañana el mundo sabrá uno por uno todos los tormentos que he sufrido, y dirá encogiéndose de hombros con menosprecio: «estúpida.... criatura fastidiosa, con sus quejas y sus gemidos continuos! No tiene sino lo que merece. No se puede ser mujer honrada ó infeliz sin ser insoportable! Además, su carácter á la vez tan débil y tan susceptible, haría casi excusar la dureza de su marido. Ciertamente, Ursula es muy pérfida, muy descarada, muy corrompida; pues bien! se comprende que Mr. de Lancry la prefiera mil veces á Matilde: porque al menos, Ursula tiene gracia, atractivo; se hallan en ella aquellas alternativas de bien y de mal que tienen, por

«decirlo así, el alma y el corazón despierto: Matilde, «por el contrario, es una perpétua resignación llorosa y «monótona, tiene todas las virtudes, en hora buena, nadie «piensa en negárselas.... pero no sabe hacer amable la virtud. «En una palabra, es una mujer que tiene la mayor culpa «de todas: la de amar y no saber hacerse amar.» Esto es lo que diría el mundo, Gontran..... es lo que tendría derecho de decir..... Algunas almas compasivas quizá me tendrían lástima, pensando que mi vida á vuestro lado ha podido resumirse así: «Amar noblemente... sufrir y conformarse»..... Si, estos me compadecerían quizá; pero no harían mas que compadecerme..... y entre la piedad y la simpatía hay un abismo!

—Qué lenguaje, Matilde?.....

—Y, lo digo otra vez, creéis que chanco, Gontran, cuando os digo que despues de tantas lágrimas vertidas no me queda ni aun el consuelo de creerme digna de interés?

—Y quien ha podido, Dios mio! daros tan fatal convicción? exclamó Gontran.

—La razón..... la fría é inflexible razón; pero es menester que el corazón esté muy vacío, muy desierto, para que esta voz severa pueda resonar en él!

—Qué decis?..... vuestro corazón.....

—Mi corazón está vacío y desierto desde que no os amo, Gontran, y tan solo desde que no os amo, he podido juzgar mi conducta y la vuestra con imparcialidad.

—No me amais ya! exclamó.

—No..... el verlo todo con desinterés, es lo que hace que no tema afligiros hablándoos así..... Si me hubiese dicho que el amor inmenso que os tenía..... que este amor que habia resistido á duras pruebas, disminuiría algún día, lo hubiera tenido por una blasfemia..... y no obstante... está estinguido.....

—Matilde..... Matilde!.....

—Se estinguió completamente, durante los pocos momentos que eché en leer la carta que escribíais á Ursula.... No os hago reconvenciones, no tengo derecho para hacéros-

las..... perdeis un corazon como el mio..... lo digo sin vanidad, estais bastante castigado..... no tengo ni qué esperar ni qué temer, porque ahora mis sentimientos respecto á vos cambian de naturaleza. Vuestra carta á Ursula me ha probado invenciblemente que para mi está perdida toda esperanza, mi amor ha debido romperse, perderse contra una imposibilidad.

Admirado Gontran en un principio, me respondió luego con un despecho concentrado.

—Lo repentino de vuestro desencanto respecto á mí, os prueba que no es sincero; sin duda, soy culpable..... soy muy culpable, pero no merezco semejante tratamiento.

—Sucede lo que debia suceder, Gontran; esto me lo esperaba, vuestro amor propio se indigna con este pensamiento: no puedo ya amaros..... que no os amo ya..... Concibo tambien que lo repentino de mi desencanto, como decís, puede entretener vuestra ilusion..... pero os engañais, nunca he errado acerca de mis impresiones.

Mi marido se encogió de hombros.

—Creiais tambien amarme siempre, vos misma lo habeis dicho, y bien veis que en este momento creeis estinguído vuestro amor; lo mismo será con vuestro resentimiento, tendrá su término..... añadió Gontran con una confianza imperturbable.

—Vuestra comparacion no es exacta; os hubiera amado siempre, estoy segura de ello, si no hubiéseis hecho todo lo posible para estinguir este amor. Os diré con la misma franqueza que ahora, aunque hiciéseis todo lo que se puede hacer en el mundo para vencer mi indiferencia. no lo conseguiriais.

—Pero en fin, no hay mas que ligerezas, no hay mas que una infidelidad, no hay muger que despues de su primer ímpetu de vanidad herida, no perdone semejante culpa.

—No digo que nó, no pretendo que todas las mugeres piensen ó deban pensar como yo..... No tengo razon, es una desgracia mia ser siempre acusada, ó mas bien es un vicio de mi carácter ser siempre exagerada.

—Pero, lo vuelvo á decir, la carta que he escrito á vuestra prima que es la que causa vuestra indiferencia respecto á mí, no está fundada.

—No quiero acriminar lo pasado, Gontran; tan solo, pues hablais de esa carta, recordad los términos en que está concebida, y reconocereis que no hay en ella una expresión que no debiese dar un golpe mortal á las esperanzas mas obstinadas. Me habeis herido incurablemente como muger, como esposa y como madre. No es esto todo, esa pasión, á la cual me habeis sacrificado sin vacilar, sin piedad, ha sido, es y será la sola y verdadera pasión de vuestra vida..... vereis como se realizan mis previsiones. Lo confieso sin falsa humildad ó mas bien con orgullo; no tengo lo que se necesita para luchar con ventaja contra Ursula, si á pesar de sus promesas quiere continuar seduciéndoos; no tengo ahora ninguna compensación de corazón que ofreceros si continúa ella desdeñándoos. Ahora están disipadas mis ilusiones, ver vuestra conducta desde su verdadero punto de vista, y admitiendo que olvidéis vuestras faltas, vuestras infidelidades, como decís, me seria imposible amar á un hombre..... que no podria estimar.

Al oír esto exclamó Gontran.

—Matilde, qué significa?.....

—Si antes de casarme, antes de haber sido fascinada por la pasión mas fátua, hubiera sabido lo que despues..... no me hubiera casado con vos.

—Pero, otra vez, señora, ¿qué es lo que sabeis que pueda impediros estimularme? porque no supongo que un hombre sea pícaro por tener un amor invencible á una muger que no lo merece..... admitiendo que lo que decís sea verdad.

Despues de titubear por un momento, conté á Gontran toda la escena de la casa aislada de Mr. de Lugarto, y de qué manera Mr. de Mortagne y Mr. de Rohegune habian obligado á aquel á restituir el papel que Gontran habia falsificado.

Se aterró mi marido.

Mientras duró esta corta narracion, no me dijo una palabra.

En el caso en que me hallaba con él, no tenia que guardar escrúpulos; no podia haber ya secretos, ni contemplaciones entre nosotros, debia establecer francamente mi posicion para con mi marido.

Si mas adelante queria ser generosa, no me agradaba pasar por juguete.

Por las melancólicas miradas que me dirigia de cuando en cuando paseándose precipitadamente, vi que segun las predicciones de Mr. de Mortagne, no me perdonaria nunca mi marido el estar instruida de aquella fatal accion.

Despues de haberse paseado por algunos momentos bastante agitado, se sentó en un sillón, y ocultó la cabeza entre sus manos.—Me volvió á lastimar.

—No os amo ya con amor, le dije, habeis cometido una accion culpable, pero llevo vuestro nombre. Sois el padre de mi hijo, basta deciros que, si habeis perdido para siempre un corazon que ardia en el mas santo amor, os queda á los ojos del mundo una muger, y esta muger no faltará nunca á los deberes que su posicion le impone. En las apariencias nada se cambiará en nuestras relaciones: á no ser por las calumnias de que somos victimas, os hubiera pedido una separacion amigable: pero diga lo que quiera Mad. de Maran, no podiamos, segun creo, menos de perder con ese escándalo. Será pues conveniente que vivamos algun tiempo asi como vivimos; mas adelante obraremos segun las circunstancias.

—En hora buena, dijo bruscamente Gontran.—No procuraré haceros ceder de vuestras prevenciones; en lo sucesivo viviremos separados, y os desembarazaré cuanto antes de mi odiosa presencia..... No olvidéis el mal que os he hecho..... teneis razon.

—Os aseguro que al presente lo he olvidado todo; podria vengarme, no me vengaré. El efecto subsiste, las causas me son ahora indiferentes.

Despues de un momento de silencio, exclamó Gontran: —Pero, no, no, es imposible, tanta frialdad no puede

haber sucedido á tanto afecto; no podeis tratarme con tanta crueldad!.... sobre todo en un momento.....

—En que quizá necesitáis de consuelo..... dije á Gontran.—Tambien os aseguro que no son los celos los que me impedirian compadeceros sino el respeto humano; veo muy bien que el amor que sentís os será fatal para no dejar de estar espantado; todas las desgracias que os acaecieren no dejarán nunca de serme sensibles.....

—Además, exclamó Gontran levantándose repentinamente, soy muy tonto en afectarme! Segun decís, señora, nuestra posicion es muy clara de aquí en adelante, no me amais ya con amor, en hora buena; se puede muy bien vivir juntos sin amor. Mi presencia os es importuna, os la ahorraré: vivireis por vuestro lado, yo por el mio; en nada me opongo á vuestros proyectos.

—Gontran, tan solo hay un punto muy delicado que me queda que tratar; deseo que las dos terceras partes de mis bienes se coloquen de manera que se asegure el porvenir de nuestro hijo.

—Ese cuidado es mio, señora; no lo olvidaré.

—Creo deber preveniros que ignorando completamente los negocios, y deseando que esto se haga lo mas regularmente que se pueda, consultaré con Mr. de Mortagne.

—Nunca he tenido relaciones con ese hombre, señora.

—No os pido nada mas. Tendreis la bondad de darme una prueba de que serán ejecutados mis intentos. Si Mr. de Mortagne halla el documento en regla y suficiente, no os pido nada mas.

—Todo eso, señora, no puede hacerse como deseais. La suerte de nuestro hijo me interesa tanto como á vos: á mí..... á mí solo toca y haré con este objeto lo que fuere necesario sin que vos useis de vuestra intervencion, en asuntos que son exclusivamente míos.

—No quereis darme la garantia que os pido, Gontran?

—No, señora.

—Debo entonces preveniros que emplearé todos los medios posibles para conseguirlo.—Haced lo que gustéis señora sois libre.—Este fin tuvo la conferencia con mi marido.

XV.

DESESPERACION.

Algunos dias despues de esta conferencia Mr. de Lancy envió á Paris á su ayuda de cámara, en quien tenia toda su confianza.

Desde la salida de este hombre, todos los dias recibia mi marido carta suya.

En el almuerzo, en la comida, solia hablar algo con Gontran; luego se iba él á su habitacion, y yo á la mia.

Sus costumbres estaban completamente cambiadas.

No cazaba ya; pero, á pesar de lo rigoroso de la estacion, casi todos los dias se paseaba á pié por el bosque: pasaba en él muchas horas, volvia con la rigurosa exactitud antes de la hora que llegase el correo, salia otra vez y no volvia á veces hasta entrada la noche.

Otras veces estaba dos ó tres dias encerrado en su habitacion, se hacia llevar allí la comida y no salia.

Sus facciones empezaban á alterarse de una manera espantosa.

A la hora del correo no podia vencer su ansiedad, él mismo salia á recibir al cartero. Un dia desde una de mis ventanas lo vi recibir la carta, la miró algun tiempo con temor, como si temiese abrirla, la leyó luego con ansia y en seguida la rompió y la pisoteó.

Por dos ocasiones mandó que se le preparase todo para partir y lo suspendió.

Una tarde estaba yo en mi sala con Blondeau abriendo una caja con ropa de niño que habia hecho venir de Inglaterra, de repente entró Gontran pálido, consumido, casi perdido, gritando con un acento terrible.—Matilde..... no puedo por mas tiempo..... —Pero viendo á Blondeau no siguió y se fué.

Lo busqué; estaba encerrado en su cuarto, esperé algun tiempo á su puerta sin que quisiese abrirme.

Otro dia se quitó los vestidos comunes que tenia puestos en casa, se vistió con mayor elegancia, entró en mi habitacion y me dijo.

—Francamente, cómo me hallais, estoy cambiado? En una palabra, no soy ya capaz de agradar ó estoy todavia *lo mismo* que en otro tiempo?

Lo miré con sorpresa..... Esclamó violentamente dando una patada en el suelo:—Os pregunto si estoy cambiado, me entendéis?

A mi sorpresa sucedió el susto, tan insensata me parecia la pregunta como el tono con que la hacia. No sabia que responderle. Se fué furioso, despues de haber roto un vaso de China que estaba sobre una mesa.

En fin, lo confesaré! Blondeau supo por nuestro mayordomo que Mr. de Lancry se embriagaba algunas veces por la noche con licores fuertes que hacia le llevasen á su habitacion.

No podia dudarlo, aquellos escesos, aquellos arrebatos, las extravagancias de Gontran me probaban que sentia las violentas agitaciones de una pasion desesperada y que queria buscar en la embriaguez el olvido de sus penas.

La compasion que me inspiró me hizo creer que el amor no estaba estinguido del todo en mi corazon. Me compadecia al verlo tan desgraciado, acusaba amargamente á Ursula, pero no sentia celos contra ella.

Con gran pena mia, conocia que no podia hacer nada por Gontran, y que mis consuelos debian ser estériles. No queria, ni me atrevia por otra parte á tratar de semejante asunto con él, esperé pues una ocasion favorable.

Habiendo un dia llegado el correo un poco mas temprano que de costumbre, llevaron las cartas á mi marido á la biblioteca, donde lo hallé al ir á buscar un libro.

Rompió el sello con agitacion, leyó, perdió el color, dejó caer la carta y se tapó la cara con las manos.

Me acerqué á él enteramente conmovida.

—Gontran, le dije, estais malo.....

Se estremeció, y alzó vivamente la cabeza.....

Estaba llorando!.....

Su demudado semblante espresaba una profunda desesperacion.

—Si..... padezco, me dijo con sentimiento, ¿qué os importa?

—Escuchadme, amigo mio, le dije tomando su mano ardiente y flaca; hay penas que puedo al presente aliviaros.....

—Vos? vos?

—Sí, por lo mismo, que no os tengo ya amor..... debo daros los consuelos de una amiga..... Padeceis..... no necesito preguntaros la causa del cambio que advierto en vos de algun tiempo á esta parte.

—Pues bien..... sí..... exclamó fuera de sí, por qué me he de contener ahora con vos? Sí, la amo apasionadamente, sí, la amo como un niño, como un insensato..... sí, la amo como nadie ha amado nunca..... y sin embargo, sus desdenes son crueles; está perdida por causa mia..... y ni aun quiere que me sirva de derecho la desgracia que le he causado..... Porque, en fin, es ahora honor mio protegerla..... y..... pero, perdonadme..... perdonadme, á vos..... á vos... digo esto.....

—Y podeis decirmelo, Gontran, no me hareis saber nada nuevo, no puedo tener duda alguna acerca de la pasion que os destruye..... fatal..... fatal pasion! que me ha costado ya mi felicidad, y que no os causa mas que penas!

—Oh! sí, fatal, bien fatal! No sabeis cuantas lágrimas me ha costado, cuantas desesperaciones encubiertas, cuantos arrebatos de impotente rabia, cuantas resoluciones insensatas ó criminales!..... No sabeis la innoble calma que he buscado en la embriaguez..... Oh! esta muger infernal sabia muy bien qué amor sembraba en mi corazon! infame y horrible amor..... al cual os he sacrificado..... á vos! mirad, soy un miserable, ó mas bien soy un necio..... y sin embargo..... á pesar mio, cada dia se aumenta este amor..... dos veces he estado á punto de ir á reunirme con ella..... pero no me he atrevido: con un carácter tan intratable como el de esa muger, un paso mal dado puede perderlo todo.... y aun á mi pesar, conservo siempre un rayo de esperanza..... Pero, mirad, perdonadme, os repito, Dios mio!..... os irrito..... os ofendo.

—Al presente puedo escucharlo todo, os lo juro, Gontran..... para vos y para mí, esta es una triste recompensa de lo que hemos perdido.

Prosiguió Gontran por largo tiempo quejándose de no poder vencer su pasion, llegando hasta el extremo de proponerme nos fuéramos á Paris y que afectásemos no solo estar en la mejor armonia, sino tambien apasionados, con el fin, sin duda de escitar los celos de Ursula.

Respondí como debia á un tan fátuo deseo.

En fin, viéndolo tan abatido, con el intento de ver si podia lograr que olvidase á Ursula, le dije:

—Hoy, en este momento en que hablamos, depende aun de vos pasar una vida feliz y honrosa; mañana quizás seria tarde.

—Pues bien, si! contestó Gontran, ilustradme..... Venid á mi ayuda, Matilde, no podeis tener inspiraciones que no sean nobles, las seguiré.

—Sois jóven, valiente, teneis talento, sois rico; cambiad de vida, sed útil, haced que se cuente con vos, y

volvereis á tener á vuestro favor la opinion del mundo.

—Pero..... cómo..... por qué medios?

—Hasta ahora, escepto los servicios militares, vuestra vida ha sido odiosa, disipada, dadle un objeto serio; servid á vuestro pais, ocupaos..... No hay carreras honrosas que podais todavia abrazar? no habeis sido militar, diplomático?

—Nunca aceptaré, ni pediré ningun empleo á este gobierno.

—Bien está, teneis razon..... esta suma delicadeza se comprende; por vuestra posicion..... por vuestro reconocimiento á una familia que ha colmado de honores á vos y á los vuestros, y á la que han sido tambien siempre muy afectos mis padres; perteneceis á un partido que representa los derechos y las esperanzas de aquella familia real; pues bien! unios á sus valerosos defensores.

—Me aconsejais que vaya al Vendea?

—No os aconsejo que tomeis parte en la guerra civil. ¿No hay otro medio de servir esa opinion?

—Pero, cómo?

—En la cámara, por ejemplo; no se puede ocupar un buen puesto entre los realistas?

—En la cámara? no penseis en eso.... se ofrecen muchas dificultades.

—Si quisiérais, podriais vencerlas..... Las haciendas que poseemos aquí, los recuerdos que mi familia ha dejado en ellas, favorecian, estoy segura de ello, vuestra eleccion; aceptad esta esperanza, dirigid de aqui en adelante vuestros pensamientos á este objeto, vuestro talento es evidente, dadle la solidéz, la profundidad que le falta. Quereis representar á vuestro pais, estudiad sus leyes, su gobierno..... Completad con una instruccion grave, las ventajas que os proporcionan la práctica y el conocimiento del mundo..... Teneis arrendadores, colonos, personas todas de quienes puede depender la eleccion. Ejerced sobre ellos el encanto de que podeis disponer cuando querais; informaos de sus intereses, haceos amar; hasta ahora, no han visto en vos sino un caballero ocioso é indiferente á las graves cuestiones que agitan al pais: mostradles que sois capaz de otra cosa que de con-

ducir vuestra jauría, probadles que es posible ser de la antigua nobleza, y defender los principios que se crean útiles, los derechos que se crean divinos, y que se puede tambien tomar la piadosa y noble causa de las gentes que trabajan, que sufren y defenderlas á la faz del pais..... Dad este objeto á vuestra vida, Gontran, entonces combatireis con suceso, entonces vencereis la vergonzosa pasion que os abate y que os enerva..... Responded.... me direis aun llorando aquellas palabras indignas de vos..... «Qué he de hacer?..... contra la pasion insensata que me atormenta»....

—No, no! exclamó Mr. de Lancry, no! sereis como siempre mi ángel tutelar!..... vuestras nobles y severas palabras me han abierto un horizonte enteramente nuevo.... Sí, sí venceré esta pasion..... Tendré un doble objeto que lograr, una doble recompensa que esperar, rehabilitarme á vuestros ojos y á los del mundo, y reconquistar ese noble corazon que he perdido..... Oh! la mas noble de las mugeres, cuando comparo este lenguaje digno, elevado, con todas las cínicas briboneras de Ursula; cuando comparo la agitacion pura, saludable que me causa, las ideas generosas que despierta en mí, con los sentimientos amargos que siempre me dejaba su talento irónico y altivo, no puedo comprender como he podido olvidaros, sacrificaros..... Oh! Matilde, para darme valor, para afirmarme en mi resolucion, dejadme creer que ese letargo pasagero de vuestro corazon cesará bien pronto! Esta vida nueva me seria tan dulce, partida con vos, tierna y amante como en otro tiempo.....

—Eso es imposible, Gontran; os lo repito, hallareis en mí todo el pago, todo el afecto que el «*deber*» me impone, no puedo prometeros nada mas. Nuestro casamiento de amor ha pasado, le sucede uno de conveniencia: sus relaciones serán sosegadas y tristes, pero llenas de solicitud y de sinceridad..... No quiero hacerme valer, Gontran, pero en fin, reflexionad en todo lo que ha pasado entre nosotros y ved si no me conduzco.....

—Como las mas generosas de las mugeres, es verdad, mil veces verdad! el hábito de la felicidad hace á uno tan exigente.. que no puedo contentarme con lo que aun no merezco.

—Vamos, valor, valor, Gontran; la vida puede aun seros bella; las nobles ambiciones, las ocupaciones interesantes, los triunfos gloriosos os consolarán..... Quizá algún día no sentireis nada..... quizá seré yo la sola que advierta la diferencia que reinará entre lo presente y lo pasado, diferencia que os aflige hoy..... Una existencia nueva puede comenzar para vos..... valor, valor..... si os creéis desgraciado, pensad en los que lo son mas que vos.

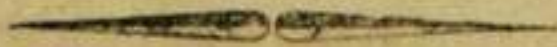
—Sí, sí, valor, Matilde..... lo vereis, seré digno de vos..... desde este día, como decís, va á empezar una vida nueva para mí..... Habéis despertado en mi corazón una ambición loable; voy á seguir vuestros consejos, en una palabra..... A pesar mio, sentia, me echaba en cara ser espectador indiferente de esta revolucion, y no protestar al menos en favor de una familia á quien lo debo todo... Casi era esto una cobardía. Oh! gracias á vos por haber hecho que me avergüence.

Lo confieso, esta conferencia me dió alguna esperanza, di gracias á Dios por haberme inspirado tan bien.

Reflexionando luego en los consejos y en las esperanzas que habia dado á Gontran, me aplaudia mas de ello.

Si la ambición podia brotar en su alma, creceria bien pronto lo bastante para sofocar la pasión que tenia á Ursula.

Gontran, con su talento, y su conocimiento de los hombres, metido una vez on los asuntos políticos, podrá llegar bien pronto á una posición considerable.



XVI.

LA PARTIDA.

El día despues de esta conferencia que tantas esperanzas me habia hecho concebir, y en la cual Gontran me habia manifestado tan generosa resolucion, no vi á mi marido.

A eso de las dos estaba el tiempo muy hermoso aunque frio.

Hice preguntar á Mr. de Lancry si queria dar conmigo un paseo en coche. Blondeau vino á decirme que estaba muy ocupado y que sentia no poder acompañarme.

Creí que con el ardor natural de su carácter pensaba ya en los trabajos que debian proporcionarle una distraccion tan útil.

Sali sola.

El pálido sol del invierno me hizo provecho; mi corazón destrozado se dilató, y vino tambien á iluminarme. á pesar mío, una esperanza bien vaga y lejana.

Aunque no tuviese ya amor á mi marido, aunque su presencia me fuese muchas veces incómoda á causa de las crueles memorias que me recordaba, no podia dejar de pensar en la posibilidad de un porvenir mejor.

Si Mr. de Lancry podia lograr á fuerza de trabajo y de voluntad, vencer su pasion respecto á Ursula y sustituirle una noble ambicion entonces se salvaba, volvia á mí.

Despertada ya la ambicion en los hombres de su carácter, deja poco lugar á los sentimientos afectuosos. Quizá entonces, haciéndose cargo de mi resignacion, de mi rendimiento, le bastaria la posesion de mi corazon.....

Ay! estos pensamientos me probaron la flaqueza de nuestras resoluciones y la inestabilidad de nuestras impresiones.

Sin duda como dije á mi marido, no lo amaba ya, y no obstante, á la mas leve esperanza de verlo volver á ser lo que era en otro tiempo, me parecia que tambien volveria á tener el mismo amor.

Quería mas bien creer en el letargo que en la muerte de mi corazon.

Despues de un largo paseo, volví para casa ya cerca de la noche.

Al acercarme al castillo, me sorprendió ver á Blondeau venir á mi encuentro en la calle que conducia á la reja del parque.

Me llamó mucho la atencion el aire triste é inquieto de esta escelente muger.

—Sube conmigo, le dije, te llevaré.

—Iba á suplicároslo, señora.

—Por Dios! qué tienes? le dije, estás pálida... agitada... ocurre alguna cosa extraordinaria.

—Señora, no os alarmeis.

—Pero qué es pues lo que hay? me asustas!

—Me he adelantado, señora, porque temo que en el castillo no os lo dijeran sino muy de repente...

—Habla pues, ¿qué ha sucedido?

—Calmaos, señora... calmaos... es una cosa que os vá

á sorprender mucho, pero si os haceis cargo de la razon, no debeis afligiros... quizá seria lo mejor, estariais mas tranquila.

—Mas tranquila? esplicate pues.

—Una carta que el señor vizconde me ha entregado para vos, os instruirá sin duda...

—Una carta! dónde está?

—Aquí señora, pero es de noche y no podreis leerla.

—Pero qué te ha dicho Mr. de Lancry?

—Señora, lo que ha pasado es lo siguiente. Apenas salisteis cuando llegó al castillo German, á quien el señor vizconde envió á Paris hace algun tiempo, y que le escribia diariamente: dijo que tenia inmediatamente que ver á su amo. Apenas estuvo hablando con él cinco minutos.

—Y bien?

—Os aseguro, señora, repuso Blondeau vacilando y mirándome con una dolorosa compasion, que quizá valga mas así... esta partida...

—Partida?... Mr. de Lancry ha partido... exclamé juntando las manos.

—Y quiera el cielo que no vuelva! dijo impetuosamente Blondeau no pudiendo contenerse mas, porque moririais de pena, mi pobre señora.

Sin responder á Blondeau, corri á casa para leer la carta de Mr. de Lancry.

La carta es esta.

MARAN... A LAS 3.—«Sin mucho trabajo adivinareis la causa de mi repentina partida... en el punto en que estamos es inútil disimular. Bien lo veis, hay fatalidades á las cuales no se puede tratar de resistir.

»Mi presencia os seria en adelante insoportable, y la vuestra me recordaria los agravios que no puedo ni quiero negar. Vuestras prendas y mis defectos son de tal naturaleza, que no podemos esperar vivir en aquella especie de intimidad negativa que basta á tantos casados.

»Vuestras penas de los primeros tiempos de nuestro matrimonio, se tendrian siempre por acusaciones, y vuestra paciente virtud, me recordaria diariamente mis faltas,

mi carácter se agriaría mas, y no podriamos menos de perder los dos viviendo juntos.

»Os deajo toda libertad, bien cierto de que sabreis conservar la decencia: os pido esta gracia; por otra parte, mi resolucion está irrevocablemente tomada, y en vano esperaríais hacérmela mudar.

»Pienso que os bastarán veinte y cinco mil francos anuales... Bien quedeis en Maran, como os lo aconsejo, bien vayais á Paris, esta pension se os abonará exactamente.

»Dadme noticias de vuestra salud, y si teneis algunas «objeciones que hacerme acerca de las disposiciones de interéses que os propongo, escribidme, trataré de arreglarlo todo segun vuestro deseo.

«He sido juguete como vos, de la buena resolucion de «ayer. Aquello era una debilidad; no tenia buena la cabeza, «obré, hablé como un hombre sin energia. La corriente me «lleva; cierro los ojos, y me abandono á ella; digáis lo que «digáis, hay circunstancias en que la voluntad es impotente.—G. de E.»

La repentina marcha de mi marido y la lectura de la carta me causaron tal pasmo, tan violenta conmocion, que sentí de repente no sé que atroz agudo dolor interior..... se heló la sangre en mis venas..... un horrible temor traspasó mi alma como un dardo de fuego..... perdí el sentido de espanto y de dolor.

Hoy lo mismo que entonces..... como siempre..... os diré: maldito seais, Gontran! habeis matado á mi hijo en mi seno!!!.

No pude entonces saber cuanto tiempo estuve en un estado próximo á la locura y á la estupidez.

Blondeau no se apartó de mí ni de dia ni de noche. Despues, me dijo que, cuando supe el horroroso resultado de mi desmayo, se estravió mi razon... me puse á dar carcajadas convulsivas.

Este parasismo nervioso duró hasta que mis fuerzas se agotaron enteramente.

Entonces caí en una especie de entorpecimiento inerte. Durante este periodo, no dije una palabra... parecia no oír las que se me dirigian.

Estuve como unos dos meses sin recobrar del todo el uso de mi razon.

Cuando volví en mí, fué preciso que Blondeau me contase todo lo que habia pasado; todo, hasta la partida de mi marido...

Todo en fin... hasta el momento terrible en que...

Pero mi pluma se detiene... mi mano tiembla... todo mi ser se estremece todavia con aquella despedazante memoria!... Oh! hijo mio... hijo mio!...

Oh! desgraciado de vos, Gontran!... desgraciado de vos...

A esta hora todavia, mi desesperacion me hace sollozar... Oh! desgraciado de vos que habeis roto cruelmente el último... el solo lazo que debia adherirme á la vida!...

Desgraciado de vos que me habeis quitado el solo pretesto que me hubiera permitido un dia perdonaros el mal que me habeis hecho... Maldito seais... para siempre maldito.

Muchas veces me he preguntado si la repentina partida de Gontran habia solo causado el fatal acontecimiento que debia decidir de mi vida, ó si debia mas bien atribuir aquel funesto accidente á las violentas penas que habia sufrido desde algunos meses.

Por mucho tiempo, sonrojándome de mi flaqueza, no quise confesarme esto último, esta imperdonable cobardía; sin embargo era verdad... No obstante la horrible traicion de mi marido, á pesar de su carta á Ursula, á pesar de sus confesiones, á pesar de mis resentimientos; aunque le habia dicho que no lo amaba ya... que vergüenza! lo amaba todavia, lo amaba, puesto que el trastorno que me causó su partida, causó la muerte prematura de mi hijo.

Ahora que toda ilusion está para mí disipada para siempre y que veo bien en lo pasado..... advierto que aun en medio de las penas que creia mas desesperadas una se-

creta y vaga esperanza me sostenia sin saberlo; el abandono de Gontran me hizo conocer todo lo que su presencia era respecto á mí.

En vano sabia que amaba á Ursula, en vano me confesaba esta insensata é irresistible pasion..... al menos estaba allí..... cerca de mí; podia contar gracias á mi cariño, gracias á mi afecto, con un buen cambio de su corazon..... y luego, por inhumano que fuese..... «*estaba allí*» y mas vale padecer por la presencia, que por la ausencia.

Un remordimiento terrible, implacable, me perseguirá toda mi vida..... Un amor indigno me ha costado la vida de mi hijo.....

Si como decian mis mentirosos labios, olvidando, despreciando aun sin fé, habia puesto todo mi porvenir en el amor maternal, hubiera soportado el abandono de este hombre con calma y dignidad.

No fué así. Causándome un atroz dolor, la partida de este hombre me probó con cuantas fibras palpitantes le estaba aun adherido mi corazon.

Peró tambien su infame abandono, arrancando estas últimas raices vivas y frescas, aniquiló, ay! muy tarde, pero para siempre, aquel odioso amor.



XVII.

EL TESTAMENTO.

Durante mi enfermedad, habian llegado á Maran las dos siguientes cartas de Mad. de Richeville.

Blondeau, viendolas con sello negro no me las dió hasta que estuve fuera de peligro. Temiendo que su contenido fuese siniestro, no habia querido esponerme á una conmocion quizá peligrosa.

Los presentimientos de esta muger tan buena y tan afectuosa no la engañaron.

«PARIS, á las 2, Enero de 1831.»

—Os escribo muy de prisa cuatro letras para daros parte de un acontecimiento bastante doloroso.

«Sé en este momento que Mr. de Mortagne ha sido herido de gravedad en un desafio..... Se dice (y no puedo creerlo) que nuestro desgraciado amigo, cuyo caracter y honradez conoceis, ha sido el agresor.

«Los cirujanos no pueden aun dar esperanza alguna;

hasta mañana á la tarde no se hace la cura. No sé porque me temo que el duelo de Mr. de Mortagne sea resultado de alguna odiosa trama.....

»Ahora he ido yo misma á saber de él. Metida en mi coche esperaba á la puerta de la casa en que vive solo, como sabeis, que volviese mi lacayo; dos hombres altos, bien vestidos, pero de aire vulgar vinieron tambien á informarse del estado de su salud. Antes de entrar se hicieron, sobre quien habia de hacerlo primero, algunas cortesias grotescas que me sorprendieron; despues de haber estado un instante en la casa, salieron y se estuvieron un minuto delante de la puerta mirando á uno y otro lado. Entonces uno de ellos, el mas alto (nunca olvidaré su fisonomia baja y siniestra, su cara barrosa con grandes patillas bermejas, é iluminadas por dos ojos chicos de un pardo claro), entonces el mas alto de estos dos hombres dijo al otro con una risa feroz: «Cuando os digo que el plomo debajo del ala vale tanto como el plomo en el cráneo; lo habia sin embargo ajustado á la cabeza! pero yo que doy á una mosca á cuarenta pasos, me ví obligado á guiñar el ojo delante de la mirada de aquel hombre; nunca he visto una mirada semejante..... Eso es lo que me hizo no ver bien el punto.—No le hace si el tiro es enteramente bueno» repuso el otro con acento extranjero fuertemente pronunciado; «en ese caso» añadió él, «cosa prometida, cosa cumplida. No hay sino su palabra..... y.....»

»No entendí mas, los dos hombres se alejaron; no puedo deciros cuanto me inquieta esto. ¿Quienes serán esos hombres, qué relaciones habrán podido existir entre Mr. de Mortagne y semejante pareja? qué significarian aquellas palabras; «cosa prometida, cosa cumplida. No hay mas que su palabra: si el tiro es enteramente bueno, es decir si el tiro es mortal? Qué misterio es este?.....»

«8 DE LA NOCHE.—Mr. de Mortagne está en el mismo estado, se le ha mandado el mayor silencio; he llamado á Mr. de Saint Pierre que ha sido uno de sus testigos, y me ha dicho que vendria á casa, queria instruirlo de la conversacion que habia oido á aquellos dos hombres; me llama-

ron la atención aquellas palabras extrañas. El que tenía el cabello bermejo fué el adversario de Mr. de Mortagne.

»Hé aquí los pormenores que Mr. de Saint-Pierre me refirió acerca de este duelo.

»Mr. de Mortagne fué á casa de este el Viernes por la noche á prevenirle que habia tenido un altercado con un hombre á quien no conocia, pero que lo habia visto algun tiempo hacia en el café de Paris, dónde habitualmente come. Aquel hombre y su compañero se ponian en una mesa inmediata á la suya siempre que podian. Colocados ya de modo que pudiesen ser oídos de Mr. Mortagne, comenzaban á hablar del emperador en los términos mas groseros y mas despreciativos. Conoceis, mi querida Matilde, la especie de culto idólatra que Mr. de Mortagne ha conservado siempre á Napoleon, concebid con que impaciencia debia oír aquellas conversaciones que le herian en el objeto de sus mas vivas simpatías.

»El Viernes último, fué á comer allí mismo; apenas se habia sentado á la mesa, cuando llegaron los dos desconocidos y se renovó la escena del dia anterior, siguiendo la misma conversacion. A nuestro desgraciado amigo, le costó mucho mas trabajo contenerse, pues le pareció que aquellos dos hombres se habian hecho señas mirando hácia él, no obstante tuvo bastante imperio sobre sí para levantarse é irse sin decir una palabra, no teniendo ningun motivo de agresion. Los dos hombres podian entre sí emitir libremente sus opiniones. Además no se dirigian á él.

»Despues de comer se fué Mr. de Mortagne á la comedia francesa; habia poca gente, tomó una luneta; al cabo de algunos instantes, vinieron á sentarse á su lado los dos desconocidos y volvieron á seguir la conversacion por dónde la habian dejado. Mr. de Mortagne creyó ver una provocacion en la rara persistencia con que la seguian, perdió por desgracia la paciencia, su carácter fogoso lo irritó, y dijo al hombre de patillas bermejas, que solo un miserable podia hablar así del emperador.

»El hombre en vez de responder á Mr. de Mortagne redobló las injurias contra Napoleon dirigiéndose á su com-

pañero. Nuestro desgraciado amigo, á quien sacó de sí aquella sangre fria, se propasó hasta el extremo de menear violentamente el brazo del desconocido, preguntándole si no lo habia oido.

»Este dijo con viveza:

»—Me habeis llamado miserable, me habeis puesto la mano encima, yo no os he dirigido la palabra, sois el agresor, mañana por la mañana irá mi testigo á vuestra casa.

»Y entregó una targeta á Mr. de Mortagne.

»En ella estaba escrito. «El capitan Le Blanc.» Aquella misma noche, fué Mr. de Mortagne á casa de Mr. de Saint-Pierre, le confesó que habia hecho mal, pero que no habia podido dejar de encolerizarse oyendo injuriar la memoria del hombre que mas admiraba en el mundo; suplicando á Mr. de Saint-Pierre, que se entendiese con el testigo del capitan Le Blanc, añadiendo que estaba pronto á dar satisfaccion completa.

»El dia siguiente, á las ocho de la mañana, fué el testigo del capitan Le Blanc, un italiano que se califica con el título de caballero Peretti, á ver á Mr. de Saint-Pierre, y á reclamar que debia elegir armas el capitan Le Blanc, el cual quiere batirse á pistola á veinte pasos, y tirar el primero, por ser el ofendido.

»Mr. de Saint-Pierre, queriendo igualar la suerte del combate, queria que los dos adversarios tirasen á la par, pero el testigo del capitan Le Blanc, no quiso consentir en ello. Por desgracia Mr. de Mortagne era el agresor, sin haber sido provocado; Mr. de Saint-Pierre por lo tanto se vió obligado, me dijo, á aceptar el combate como se lo proponian.

»Cuando Mr. de Mortagne supo el resultado de esta conferencia, se inquietó al parecer. Antes de salir, entregó una llave á Mr. de Saint-Pierre, suplicándole enviase los papeles que hallaría en un baul que le indicó á las personas para quien decian los sobres.

»Mr. de Saint-Pierre conociendo el valor de Mr. de Mortagne, que habia dado las mas brillantes pruebas en

iguales circunstancias, atribuyó á un fatal presentimiento la especie de descaecimiento que mostró antes del combate.

»Nuestro amigo manifestó muchas veces su sentimiento por haberse dejado arrastrar hasta el extremo de insultar á aquel hombre, como si la memoria de Napoleon no se defendiese por sí misma. Varias veces repitió: «Casi me sería esto perdonable, si mi vida me perteneciese á mí solo; pero conducirme en este momento como lo he hecho, es peor que una locura, es casi un crimen.»

»Al mediodía, Mr. de Mortagne, y sus dos testigos, el capitán Le Blanc y los dos suyos, llegaron al bosque de Villed' Avray. Se arregló todo según se había convenido.

»Los dos adversarios se colocaron á veinte pasos: Mr. de Mortagne erguió su gran cuerpo, y con su pistola en la mano derecha, cruzó los brazos sobre el pecho, lanzó una mirada tan firme y penetrante al capitán Le Blanc, que este bajó por un momento los ojos, y Mr. de Saint-Pierre, vió claramente temblarle el puño; sin embargo salió su tiro; ay!... fué bien fatal... Mr. de Mortagne dió media vuelta y cayó de rodillas llevándose la mano al costado izquierdo... dejándose luego caer hácia atrás exclamando: «Pobre niña mía!» Bien lo veis... pensaba en vos, Matilde...

»Sus testigos le levantaron casi espirando. La bala había penetrado en el pecho. Lo trageron á Paris con el mayor cuidado y, desde ayer felizmente, su estado, aunque muy alarmante, no ha empeorado.

»Este es, mi querida Matilde, el triste relato, que me ha hecho Mr. de Saint-Pierre.

»Por las palabras atroces que escuché á los adversarios de Mr. de Mortagne, piensa Mr. de Saint-Pierre, lo mismo que yo, que aquellos hombres habían calculado su obstinada y segura provocacion, de tal suerte que hiciese salir á Mr. de Mortagne de su habitual moderacion, y que se pudiese por una imprudente agresion á merced de aquellos dos pendencieros, uno de los cuales parecia estar muy seguro de su destreza.

»Pero quien es el motor misterioso de esta atroz ven-

ganza? Sin duda alguna aquellos miserables no obraron por sí mismo, no fueron sino instrumentos de una horrible trama.....

»En este momento acabo de recibir un recado de Mr. de Mortagne, se siente mejor: tiene, dice, cosas muy graves que comunicarme, no faltaré á este triste y piadoso deber; os dejo para volver pronto, mi querida niña.»

«PARIS A LAS 11 DE LA NOCHE.—Llego de casa de vuestro amigo... demos gracias á Dios, Matilde, é implorémosle: queda todavía alguna esperanza... Vivirá!... oh, vivirá para felicidad de sus amigos y para castigo de sus enemigos, porque las palabras que escuché me han puesto en camino de averiguar una trama horrible.

»Qué abismo de infamia!... Pero hablemos antes de vos... Su primera exclamacion fué... «Matilde,» sus primeras palabras fueron para suplicarme os dijese que graves deberes le habian ocupado mucho, por lo cual no habia podido consagraros algunos dias despues de la escena de la casa aislada (confió á mi amistad todos los pormenores de aquella horrible noche... presto vereis porqué.)

»Las crisis políticas que trajeron la revolucion del año pasado y el triunfo de la causa de que Mr. de Mortagne era uno de los mas ardientes partidarios, os indican bastante qué cosas lo ocuparon por espacio de algunos meses.

»Recibió la carta que le escribisteis acerca de las prodigalidades de vuestro marido; segun su costumbre, queria responderos consolándoos ó dándoos un consejo eficaz, pero le fué preciso consultar muchas veces á sus agentes, y no pudo conseguir hasta antes de ayer y con las mayores dificultades una copia de vuestro contrato de casamiento. Ay mi pobre niña! habeis sido víctima de una trama muy pérfida y completa. No podeis disponer de nada... Vuestro marido puede disiparlo todo y no legar mas que la miseria á la que tan generosamente lo ha enriquecido!

»Pero que Matilde se tranquilice, dijo Mr. de Mortagne: suceda lo que suceda, que yo viva ó muera, su porvenir y el de su hijo serán asegurados y al abrigo de la disipacion de su marido.

»Se lo dije todo, muger desgraciada!.... vuestras justas sospechas de celos, y su conducta no vé sino un medio posible de arrancaros á esa tirania: no me atrevo á escribir aquellas palabras, porque conozco vuestra afectuosa ceguedad..... en fin, segun él; este medio es..... una *separacion!* y no hay un año que estais casada! desgraciada niña!...

»Escuchad á nuestro amigo..... escuchadme..... reflexionad..... habituaos á este pensamiento..... que no os espante. Sin duda la soledad es penosa, pero vale aun mucho mas que un dolor continuo.

»En fin, si como no lo dudo, Dios nos conserva á Mr. de Mortagne, vendrá él mismo, y en presencia de vuestro marido (1), á daros los consejos que me suplica os dé.....

»Ahora vengo á las sospechas que le infundieron las palabras que yo oí. ¿Sabeis á quien acusa..... aunque con las restricciones de un alma justa y honrada?.... al demonio que se encarniza en vuestra pérdida, Mr. de Lugarto. Para enterarme del motivo de la rábia de aquel miserable es por lo que Mr. de Mortagne me contó la escena de la casa aislada y las amenazas de venganza que profirió aquel monstruo cuando se alejaba... ¿No habrá hecho mas que cumplir su palabra? Unos asesinos, pagados, amaestrados y dirigidos por él espieron á Mr. de Mortagne, y, ejecutando las infernales instrucciones de su amo, exasperaron la cólera de nuestro desgraciado amigo ultrajando delante de él una memoria que veneraba.

»Bien justificada la agresion de Mr. de Mortagne, y dejada así por precision la eleccion de armas y el modo del combate á su adversario, no podia dejar de presentar su pecho desarmado á los asesinos pagados por Mr. de Lugarto...

»Mr. de Mortagne repugna creerlo capaz de una tan sangrienta infamia; con la dura franqueza de su carácter no admite sino las realidades, las pruebas materiales cuando se trata de acusar á un hombre de un crimen que quizá mas

(1) Mr. de Mortagne ignoraba entonces la partida de Mr. de Laacry para Paris.

execrable aun que el asesinato, porque es infalible é impunible... Sin embargo, consiente en...»

Esta carta de Mad. de Richeville, estaba interrumpida.

Una esquela que acompañaba á un paquete con sello negro y escrita con mano trémula por Mad. de Richeville, estaba concebida en estos términos.

»UNA DE LA MAÑANA.—Me queda apenas fuerza... para escribiros estas palabras terribles... «Ha muerto»... Una sofocacion acaba de llevárselo... No es esto todo... temo volverme loca de terror. Apenas se me habia anunciado esta horrorosa noticia cuando un desconocido trajo una cajita para mí... Emma la abrió en mi presencia... qué ví?... un ramillete de aquellas flores venenosas de color de sangre que llevábais el año pasado en aquel baile de por la mañana... y que os habian sido enviadas sin saberlo vos por Mr. de Lugarto, demonio en figura humana! El ramillete tenia una cinta negra... ¿Comprendeis esta espantosa alegoría?... ¿No es esto decir á la vez cual es la mano que ha herido y amenazarnos con nuevas venganzas?... Si es esto, Dios mio, guardad... guardad á Emma... guardad á mi hija... Herirme á mí, pero libertadla... Matilde, tened cuidado... un genio infernal vuela sobre nosotras... Nuestro amigo no es quizás su primera víctima... Adios, no tengo fuerza sino para deciros, mil ternezas desoladas.—Verneuil de Richeville.»

Un paquete cerrado, con el sobre á mí, acompañaba esta carta.

Contenia la última voluntad de Mr. de Mortagne... la donacion que me hacia de todos sus bienes... y la revelacion de un misterio sagrado que debia quedar sepultado en lo mas hondo de mi corazon...

No tengo necesidad de decir si mis penas fueron crueles... La sola mano firme y amiga que hubiera podido quizás detenerme en el borde del abismo... acababa de helarse por la muerte.

Todos los apoyos me faltaron á un tiempo.

Parécia que la fatalidad cargaba sobre mi.

Un dia pues, me hallaba sola... con el corazon vacio y desolado... y el alma llena de pena y de ódio.

En mi impía resistencia contra el destino que Dios me imponia sin duda como prueba, cansada de ser víctima, insultando á mi resignacion y á mis virtudes pasadas, pensé en volver mal por mal.

Me perdonareis, Dios mio...

Caigan mis culpas sobre el hombre que me ha lanzado á esta vida borrascosa y desesperada.

No, no, no haya piedad... no haya piedad para él... Del cielo me ha arrojado al infierno, me ha arrebatado mi última esperanza.

Odio... ódio inmortal al que ha matado á mi hijo!

FIN DE LA TERCERA PARTE.



PARTE CUARTA.

EL MARQUES DE ROCHEGUNE.

I.

LA CARTA.

Emprendo con desconfianza este nuevo periodo de mi vida.

Diseñando los acontecimientos que se han sucedido desde mi infancia hasta mi casamiento, y despues de este hasta el momento en que me abandonó Mr. de Lancry tan cruelmente para ir á reunirse con Ursula en Paris, podia confiarme sin temor á todos mis recuerdos, á todas las impresiones que los despertasen; no tenia nada que callarme, nada que fingirme á mí misma; que era facil ser sincera.

No tenia que echarme en cara sino la exageracion de algunas cualidades generosas; se lo habia dicho á Mr. de Lancry, reconocia yo misma que mis penas pasadas no podian ganarme ninguna simpatia, dando por cierto que el mundo las hubiese conocido, porque habia faltado energia, dignidad en mi conducta respecto á él.

Habia siempre estado ciegamente sumisa, cobardemen-

te resignada; no habia sabido sino llorar, sufrir, y el sufrimiento no es una virtud, y las lágrimas no son un lenguaje.

Padecer por una causa grande es grande y bello. Sufrir humildemente el menosprecio y los ultrages de un ser indigno, es una debilidad vergonzosa que escitará quizás una fria compasion, nunca un tierno interés.

Este descubrimiento fué para mí una leccion terrible; reconocí que despues de tantos males, apenas habia adquirido el derecho de ser compadecida; la reflexion, la esperiencia me probaron que segun el modo de ver del mundo, ó mas bien el mayor número de los hombres, Ursula, con sus vicios y sus seducciones provocativas, debia quizás agradar mientras que yo no podia aspirar sino á una fria estimacion ó á una compasion despreciativa; al menos tuve la consoladora conviccion de no haber nunca faltado á mis deberes; sacaba de este sentimiento una especie de amargo desden con que tachaba á mi vez el juicio del mundo y los extravios de mi marido.

No sabré decir cual fué mi desaliento, mi estupor, cuando despues de mi larga enfermedad me encontré sola llorando á mi hijo muerto antes de nacer.

El fin trágico de Mr. de Mortagne, mi único apoyo hacia aun mas penoso mi aislamiento.

Mientras duró el invierno, sufrí con triste resignacion pero en la primavera, la vista de los primeros dias hermosos, de las flores primeras me causó sentimientos llenos de pena; el sombrío invierno estaba á lo menos de acuerdo con mi desolacion; pero cuando la naturaleza apareció en todo el esplendor de su renacimiento; así que todo volvió á vivir, á amar; cuando sentí el aire templado, embalsamado de las primeras floescencias; así que oí los primeros gorjeos de los pájaros en medio de las ojas de los árboles se aumentó mi desesperacion.

El aspecto de la naturaleza, apacible y graciosa me era odioso, sentia la facultad de amar y de ser feliz muerta completamente en mí.

¿De qué me servían los hermosos días llenos de calor, de sol y de azul?... ¿De qué me servían las hermosas noches estrelladas, llenas de frescura, de perfumes y misterios?

Era á menudo víctima de accesos horribles de desesperacion y de impotente rabia, pensando que si mi hijo no hubiese muerto, mi vida seria mas bella que nunca, porque habia entrevisto consuelos del amor maternal. Por despreciativa, cruel é indigna que hubiese sido para conmigo la conducta de Mr. de Lancry, nunca hubiera podido atacarme en la esfera de adorables felicidades donde me hubiera refugiado.

Entónces comprendí cuan horrible era esta posicion para nosotras las mugeres que no podemos reemplazar la vida del corazon con la vida de la accion.

A pesar del odioso modo de proceder de mi marido respecto á mí, no comprendia que la traicion pudiese autorizar, ni excusar la traicion. Pensaba así, no por respecto á Mr. de Lancry, sino por respecto á mí misma.

Conocia que segun el modo de ver del mundo, hubiera quizás tenido todos los derechos posibles para procurarme el resarcimiento de un amor culpable; pero aun cuando nada me hubiese parecido mas vulgar, mas degradante que esta especie de venganza, creia que se habia estinguido en mí todo afecto.

Algunas veces me asustaban los impulsos de odio, de malignidad que me agitaban. El recuerdo de Ursula me causaba horror; á veces escitaba en mi alma locos ardores de venganza...

Esta es otra de aquellas rarezas fatales de nuestra condicion! Un hombre puede saciar su furor en su enemigo, provocarlo, matarle á vista de todos, y hacerse así una terrible justicia... Una muger ultrajada por otra muger, herida por ella en lo que mas quiere, en lo mas sagrado, no puede mas que devorar sus lágrimas.

Cosa estraña! Lo repito: nosotras que tanto sufrimos por el amor, no podemos vengarnos de una manera dig-

na y brillante! Podemos vengarnos con el desprecio, se dirá. El desprecio!... qué daño podia hacer mi desprecio á Ursula, que habia ya perdido toda vergüenza?

A estos violentos resentimientos, sucedia una triste indiferencia: así se pasaba mi vida.

La oracion, el cuidado de los pobres, no me producian, lo confieso sonrojándome, sino consuelos pasajeros; el bien que hacia satisfacía mi corazon, no lo llenaba.

Muchas veces, mi pobre Blondeau me aconsejó que cambiase de residencia, que viajase: no lo deseaba ni tenia fuerza para ello; todo lo que me rodeaba me traia á la memoria los recuerdos mas amargos, mas dolorosos; y sin embargo, permanecia en Maran, abatida, enervada.

Los dias, los meses se pasaban así en una especie de embotamiento del pensamiento y de la voluntad.

Pasaba la vida de una reclusa; todos los criados de Mr. de Lancry habian ido á reunirse con él; mi familia se componia de Blondeau, dos mugeres y un antiguo ayuda de cámara que habia servido á Mr. de Mortagne.

Andaba mucho á fin de estropearme con el cansancio; cuando volvia á casa me dedicaba maquinalmente á hacer alguna labor: me era imposible ocuparme de la música, tenia un ataque nervioso de tal clase que el sonido del piano me causaba estremecimientos dolorosos, y me deshacia en lágrimas.

Mad. de Richeville me escribia á menudo, desde que vió llegar á Paris á mi marido para reunirse con Ursula; me propuso que vendria á buscarme á Maran, aunque le costase mucho separarse de Emma y dejarla en el convento donde concluia su educacion; di gracias á esta escelente amiga por su oferta, suplicándole no dejase á su hija, y que no me hablase en lo sucesivo de Mr. de Lancry ni de Ursula, pues no queria saber nada de ellos.

Las cartas de Mad. de Richeville estaban llenas de afecto y de bondad. Respetando, comprendiendo mis penas, me invitaba sin embargo, á que fuese á verla á Paris, pero entonces repugnaba yo mucho volver á entrar en el mundo.

Sabia por mis agentes que Mr. de Lancry me arruina-

ba; tenia pleno poder mio, estábamos casados en comunidad de bienes, podia pues legal é impunemente disipar todo mi caudal.

Confieso que estas cuestiones de intereses me eran del todo indiferentes; la pension que me pasaba era suficiente para mis necesidades: además Mad. de Richeville me habia escrito que Mr. de Mortagne, no habia podido tomar las medidas necesarias para poner todos los bienes que me dejaba al abrigo de la disipacion de mi marido, pero que le habia remitido á ella, Mad. de Richeville, una suma considerable destinada á asegurar mi porvenir y el de mi hijo en el caso en que Mr. de Lancry me hubiese arruinado completamente. Ay! este hijo no existia ya... ¿qué me importa el porvenir?

Mas de dos años se pasaron así, con aquella rapidez monótona peculiar á las costumbres uniformes.

Al cabo de este tiempo, estaba ya buena, no sentia nada, ni placer, ni dolor. Quizás hubiera permanecido largo tiempo en esta apatía, en esta somnolencia de todos los sentimientos, si la carta siguiente de Mad. de Richeville no me hubiera demostrado la absoluta necesidad de volverme á Paris.

«PARIS 20 DE OCTUBRE DE 1834.

»Me veo obligada Matilde, no obstante vuestras recomendaciones, á hablaros de Mr. de Lancry. Ayer, uno de mis amigos supo por una casualidad, que vuestro marido trataba de vender vuestra tierra de Maran; la persona que queria comprarla se estendia segun creo, á veinte ó treinta mil francos. Sé cuán afecta sois á esa propiedad, porque ha pertenecido á vuestra madre, y quizás tambien porque habeis sufrido mucho en ella; he creido pues obrar bien, despues de haber consultado á Mr. de Rohegune que ha llegado aquí hace un mes, enviando á mi agente á proponer á Mr. de Lancry, que no lo conoce, comprar á Maran á un precio superior al que le ofrece; vuestro marido ha aceptado; el contrato de venta está estendido; pero vuestra presencia en Paris es indispensable.

»Vuestro contrato de matrimonio es tal que no podeis

poseer nada en propiedad. Son pues menester muchas formalidades para asegurarnos sin embargo esta adquisicion bajo un nombre supuesto y sustraerla á las prodigalidades de vuestro marido; en el caso en que estos arreglos os conviniere, colocareis muy ventajosamente la suma que Mr. de Mortagne ha depositado en mis manos despues de aquella noche para siempre fatal.

»Perdonad estos fastidiosos pormenores de negocios, mi querida hija, pero comprendéis ¿no es así? de qué importancia es todo esto para vos. Y yo me tengo por feliz de la casualidad que me ha proporcionado ahorrarnos una desazon.

»Es pues indispensable un viage á Paris, quizás os sacará de la postracion en que estais sumida. Pobre niña! vuestras cartas me desesperan. ¿Será incurable vuestra tristeza? es preciso abandonaros así á una desolante inercia... ¿Los consuelos de la amistad no son nada para vos? ¿Por qué aislaros tan obstinadamente en vuestros sombríos pensamientos?

»Nadie mejor que yo comprende vuestra separacion del mundo; ¿pero no hay un medio entre un absoluto retiro y el torbellino de las fiestas? No me atrevo á hablaros de mi felicidad, y á citaros mi vida como un ejemplo en apoyo del placer que queria daros con una existencia dulcemente dividida entre algunas amistades sinceras... Mi Emma está al lado mio; me direis con razon que todas las condiciones deben parecerme felices.

»Juzgo no obstante que la soledad en que vivís no puede menos de agriar vuestro corazon, si es que pudiese alguna vez cambiar cualidades angelicales, así os lo repito, venid, venid con nosotras.

»Así que la educacion de Emma se ha concluido y que ha salido del convento del *Sagrado-Corazon*, he entablado una bella intimidad con mugeres de poca mas edad que la mia, porque me he propuesto muy francamente ser *muger vieja*; lo cual ha desarmado á las que podian suponerme todavía algunas pretensiones. Estoy en casa todas las noches, y me es preciso ser inflexible para no ver invadido mi pequeño salon; allí se habla de vos á menudo: la conducta de

vuestro marido es muy escandalosa. *Aquella horrible muger* es tan descarada, vuestra resignacion es tan digna, tan valiente, que todos á una os compadecen y os admiran.

»La revolucion ha trastornado, ha disuelto la sociedad: no hay ya por decirlo así, sino tertulias pequeñas, ~~ninguna~~ casa grande está abierta, y no es por no disgustar el gobierno, de lo cual todos se inquietan muy poco, sino por la imposibilidad de reunir á las diversas fracciones.

»En tiempo de la restauracion, la *corte*, sus deberes, sus relaciones, sus ambiciones, sus intrigas eran los vínculos que hacian á nuestro mundo homogéneo; ahora nada obliga, cada cual se aísla, segun su disgusto, sus inclinaciones y se forman los corrillos. Las embajadas de Cerdeña y de Austria son los solos centros en que se reunen todavia los fragmentos esparcidos de nuestra antigua sociedad.

»No os asusteis, querida niña, de verme entrar en estos pormenores, pueriles en la apariencia, á propósito de la grave determinacion, que solicito de vos.

»Si el mundo fuese lo que ahora cuatro años, si hubiese todavia una corte, concebiria vuestra repugnancia á entrar en él. Las mugeres de vuestro carácter se sonrojan por los que las ultrajan; la infame conducta de Mr. de Lancry os hubiera hecho un deber del retiro: así como me lo habeis vos misma escrito: «Una muger sufre el abandono de su marido, ó no; en estas dos alternativas, tambien le conviene poco esponer á los ojos de todos, tanto su indiferencia como su pena.» Pero, lo repito, querida hija, no os propongo ir *al mundo*; apenas mi sociedad habitual, donde os quisiera ver, se compone de quince ó veinte personas, y casi todas son parientes ó deudos míos.

»Atended... quiero haceros conocer algunos, este será mi último argumento á favor de vuestra venida.

»Hallareis, casi todas las noches, al escelente príncipe de Hericourt y á su muger. Ambos, á fuerza de grandeza y de bondad, se han hecho *perdonar* una larga vida de felicidad y de ternura, que la mas ligera nube jamás ha oscurecido: la primera revolucion los habia arruinado, la última los ha privado de sus dignidades, que constituian to-

do su caudal; reducidos al estado de pobreza, han sopor-
tado esta desgracia con tanta nobleza, tanto valor, que han
hecho respetar su infortunio como habian hecho respetar su
felicidad.

»Os aseguro, Matilde, que la vista de estos dos viejos,
de una serenidad tan dulce, os calmará, os hará bien, os da-
rá valor para sobrellevar mas firmemente vuestras penas.

»Hace dos dias, fui á ver á la princesa por la maña-
na. Ella y su marido viven una casa pequeña cerca de la bar-
rera de Monceaux; la soledad de aquel barrio, el disfrutar de
un lindo jardin, y sobre todo la comodidad del precio les ha
hecho establecerse en él. No podré deciros con qué vene-
racion entré en aquella modesta morada.

»Nada mas sencillo que el adorno de aquellas peque-
ñas habitaciones; antiguos é ilustres retratos de familia,
algunos presentes reales hechos al príncipe durante sus em-
bajadas extraordinarias, imprimian á aquella casa un carác-
ter de grandeza noblemente decaida que me hizo verter al-
gunas lágrimas.

»Pensaba con sentimiento que el príncipe y la prin-
cesa, habituados á una vida de reyes, sufrían quizás crue-
les privaciones en su edad; sin embargo, nunca les oí una
queja, una palabra contra la suerte.

»Cuando manifesté mi admiracion á la princesa, me
respondió con una sencillez sublime.

»—Mi querida Amalia, el secreto de aquello que lla-
»mais nuestra valiente resolucion, es bien sencillo. Pensa-
»mos en los que son aun mas desgraciados que nosotros,
»pensamos que mi marido y yo hubiéramos podido ser se-
»parados estos dias de prueba; pensamos sobre todo en nues-
»tro pobre anciano rey y en sus hijos, y damos gracias á Dios
»de habernos ahorrado tantos sinsabores con que hubiera podi-
»do probarnos.»

»Matilde, sé cuanto interés y simpatia mereceis; no os
diré que compareis vuestras atroces penas con aquellas, y
que imiteis ese valor estóico; pero os diré otra vez: venid,
venid con nosotros. Es casi un consuelo tener que amar
á semejantes personas; y luego venid, mi pobre niña, cuar-

do despues de vuestros dias de soledad, desolada busqueis el sueño, ¿qué memoria consoladora puede animaros? Ninguna. Si por el contrario hubieseis tenido á la vista una escena tan interesante como la que acabo de contaros, ¿no os creeríais menos desgraciada? Pues qué, ¿no hay remedio para las enfermedades del alma como para las del cuerpo? Si un aire puro y saludable puede volver la vida, ¿porqué un alma enferma no se ha de curar en una atmósfera de sentimientos elevados y generosos?

»Os lo vuelvo á repetir, venid con nosotras, os distraeremos, porque tambien hallaréis en mi casa, á aquella amable y discreta condesa de Semur, prima mia, dotada de muy buenas cualidades, que no transije con ninguna bajeza ni maldad.

»¿Os acordais en el baile de la mañana, de la embajada de Austria, haber visto á una estrangera muy hermosa, Lady Flora Fitz Allan? No os ha olvidado; la veo muy á menudo y me habla continuamente de vos. Mucho os agradará su trato. En cuanto á lord Fitz-Allan, es el verdadero tipo de un gran señor inglés, la honradez en la dignidad.

»Debeis haber concurrido algunas veces con la marquesa de Sevigny y su hija la duquesa de Gramival, estas son tambien amigas mias.

»En cuanto á hombres, vereis á menudo en mi casa al embajador de *** , uno de mis mejores y mas antiguos amigos; hombre de corazon, de valor extraordinario y de excelente talento. Tambien os prometo presentaros á uno de mis sobrinos. Gaston de Seuneville; es imposible hallar una persona mas linda, mas graciosa, mas perfectamente educada, y sin embargo mas *inofensiva*, por no decir mas insignificante.

»Pero voy siendo muy difusa en referir accesorios, sin hablaros de uno de mis mejores amigos que casi es el alma de mis reuniones. Os dije de paso que Mr. de Rochegune habia vuelto, sin meterme en mas pormenores: quiero reparar esta omision. Nunca lo hubiera reconocido, por lo tostado que estaba del sol del Oriente. Despues de

haber combatido con los griegos contra los turcos, se fué á hacer la guerra á los circasianos con los rusos. Es imposible contar con mas gracia que él, todas sus campañas verdaderamente maravillosas. Ha adquirido lo que á mi parecer le faltaba; una seguridad, una firmeza, que colocan en su verdadera altura, su carácter que encontraba yo demasiado bueno por ser tan tímido y tan reservado. Podeis figuraros el efecto que causaria en él la noticia de la funesta muerte de Mr. de Mortagne. Hablamos á menudo de este escelente amigo. Mr. de Rohegune se interesa mucho y sinceramente por vos. Todo el mundo lo aprecia por su bondad, por su talento y por su honradez caballeresca. Es en verdad un hombre dotado de un valor moral extraordinario, ninguna consideracion lo contiene; dice y emprende lo que nadie dice ni emprende. La condesa A. de Semur dice de él con exactitud: *Es imposible ser hombre de bien mas descaradamente*. Frecuentemente en la cámara de los Pares, su palabra incisiva y áspera no contempla á amigos ni á enemigos cuando defiende contra ellos uno de los grandes principios, que sienta sobre los hombres y las cosas. Aunque jóven, se cuenta mucho con él, porque su influjo es igual á su independendencia.

»Ya casi he concluido mi tarea, querida Matilde. He tratado de pintaros las personas entre quiénes viviréis si quiéreis, las que os esperan, no para amaros, sino para deciros que hace tiempo os aman.

»No necesito deciros al nombraros las personas que veo habitualmente, que componen lo mas selecto de la sociedad. El príncipe y la princesa de Hericourt, entre otras, son de aquella clase de personas, cuya vida entera ha sido tan pura, tan brillante; cuyo carácter tiene una autoridad tan imponente, que de su desaprobacion ó de su alabanza depende la acogida que os haga el mundo. En una palabra, el príncipe de Hericourt representa todo lo que hay de hermoso, delicado, valeroso y elevado.

»Y en fin, os lo diré, lo que llena mi corazon de alegría y de reconocimiento, es que aman todos á Emma como ella se merece.

»Puede que se sepa el secreto de su nacimiento, aunque pasa por una huérfana de quien yo me encargué; pero la delicada reserva que observan sobre esto es para mí un testimonio de benévola tolerancia. Visteis cuan hermosa era mi Emma. Pues si no me ciega el orgullo maternal, está ahora mas bella.

»Y además, la educacion que ha recibido á vista mia en el convento, ha desarrollado y madurado todas sus excelentes disposiciones. Dos ó tres veces á la semana la tengo por la noche conmigo y todos los concurrentes están enamorados de ella. La vereis...

»¿La vereis?... Ay! ¿la vereis, Matilde? ¿Renunciareis á esa vida solitaria y desolada en que pasais vuestros mejores años? Se diria pobre niña, que vuestro doloroso retiro es una expiacion... una expiacion... del mal que os han hecho?

»Pero confio; teneis á esta hora tan graves razones para volver á Paris, que seria una locura titubear. Por lo mismo que teneis en mucho á Maran, es preciso al menos ponerlos en estado de poseerlo.

»No me atrevo á esperar que la última consideracion que voy á haceros pueda decidiros; pero en fin, la hago.

»Sabeis que actualmente vivo en la calle de Lille. En el extremo del jardin hay un hermoso pabellon que lo ocupaba la marquesa viuda de Montal: lo ha dejado y está listo del todo: ¿quereis tomarlo? No creo que vuestra casa sea mayor; en todo caso una parte de la mia me es del todo inútil, y la pongo á vuestra disposicion. El jardin es bastante grande, y estaréis aislada si lo quereis en el fondo de vuestro pabellon. Si no quereis ver á persona alguna, no la vereis; pero al menos estaremos allí Emma y yo; y creedme, querida niña, siempre sirve de consuelo tener á su lado corazones buenos y afectuosos.

»Matilde, reflexionad bien lo que os propongo: concebiria vuestra repugnancia en venir á Paris para vivir sola; en vuestra edad, en vuestra posicion, seria esto imposible. Por otra parte; no se debe pensar en habitar con vues-

tra tía, pues vuestra indigna prima vive con ella; mi proposición satisface pues á la decencia, y os deja al mismo tiempo una completa libertad.

«He llegado á ser *mujer vieja*. Sabeis que cuando he querido, se ha podido contar conmigo, y así puedo servir de muy buena *dueña*... gracias á esta especie de comunidad de casa.

»Para concluir, Matilde, nunca os hubiera propuesto que viniéseis conmigo, si no tuviese establecida y afirmada una nueva posición en el mundo, de tal manera que podais hallar á mi lado ayuda y protección. Si la elección, si la seguridad, y sobre todo, si la autoridad de mis relaciones no me pusiesen en lo sucesivo al abrigo de toda calumnia, no me hubiera atrevido á encargarme de hacer con vos casi el papel de madre... ¿No me comprendéis: no es así, querida niña? Esta confesión no debe sorprenderos, os he hecho otra mas humillantes para mi vanidad.

»Creedme si os digo: venid conmigo, porque podeis venir con confianza y seguridad.

»En este instante entra Emma; me suplica os dé memorias, y os diga que no deja de pensar mucho en vos, y que sin conoceros, casi *os ama tanto como vos me amais*.

»Estas son sus propias palabras; son muy dulces á mi corazón para que deje de repetíros las diciéndoos además: venid, venid; sois tan amada como impacientemente esperada.

»Mil expresiones muy afectuosas.—VERNEUIL DE RICHEVILLE.»



II.

ROUVRAY.

—

La lectura de esta carta produjo en mí un efecto decisivo.

Dejando á un lado lo concerniente á la cuestion de interés, relativa á la adquisicion de Maran, Mad. de Richeville no hacia sin embargo mas que compendiar la correspondencia que habia mantenido conmigo dos años habia; pero las lágrimas me se saltaron al leer el último trozo de su carta, en la cual parecia insistir acerca de la especie de rehabilitacion que debía á su cambio de conducta, á fin de convencerme del todo de que era digna del papel casi maternal que se ofrecia á llenar, respecto á mí. Aun cuando mi viage á Paris no hubiese sido por otra parte necesario, me hubiera, segun creo, aprovechado de las ofertas de Mad. de Richeville, tan solo por no disgustarla con una negativa que hubiera podido ser interpretada desfavorablemente por ella.

Confieso tambien que la seductora pintura de la intimidad en que vivia con las personas cuyo talento y carácter siempre habia oido encumbrar, valió alguna cosa para mi resolucion. En el momento de comenzar una vida nueva, sentia sin embargo abandonar aquellos lugares en que tanto habia sufrido; habia concluido por hallar una especie de entorpecimiento como el sueño aletargado que habia sucedido á mis agitaciones. ¿Sabia yo lo que me reservaba el porvenir?

El temor de encontrar en Paris á mi marido ó á Ursula, no habia influido nada en mi determinacion de vivir retirada. Respecto á Mr. de Lancry sentia una indiferencia despreciativa, y atento á mi prima Ursula, una aversion profunda; y conocia suficientemente mi dignidad para estar cierta que al encontrarlos, á pesar de su descaro, mi frente no perderia el color.

Desde el momento en que mi marido me abandonó, me habia considerado como separada para siempre de él, si no de derecho, á lo menos de hecho. Esta posicion embarazosa para una muger jóven, mi repugnancia á vivir en Paris sola, habia contribuido á prolongar mi permanencia en Maran. Mad. de Richeville, proponiéndome vivir casi en su casa, me quitaba todos mis escrúpulos.

Previne á Blondeau que dejábamos á Maran para ir á Paris á vivir con la duquesa. Lloró de alegria é hizo muy de prisa todos los preparativos del viaje, por temor de verme cambiar de resolucion.

Salí de Maran á fines del otoño.

Pasé precisamente por Rouvray; no sabia si debia detenerme ó no para ver á Mad. de Secherin; no habia tenido noticia alguna de ella, ni de su hijo, despues del dia fatal en que esta habia ido á Maran, á anunciar á Ursula, que mi primo indignado por su conducta, se separaba de ella para siempre.

Temia esta visita; podia volver á abrir en ellos y en mi, heridas quizás cicatrizadas. Por una parte no hubiera querido parecer indiferente á las penas de un hombre tan honrado, tan bueno. En medio de esta perplejidad, llegué

casi á la vista de la fábrica de Mr. de Secherin. Mandé á los postillones que fuesen al paso, queriendo reflexionar aun algunos minutos, cuando de pronto ví á Mr. de Secherin salir de una vereda que daba al camino real.

Me distinguió, se paró, me miró algunos instantes con esquivez, luego ocultando su cara con las manos, volvió repentinamente á la vereda por donde acababa de salir.

Mr. de Secherin estaba muy cambiado; me habia reconocido, no podia yo dejar de entrar en casa de su madre; me hice conducir á ella. Blondeau se quedó esperándome en mi coche al fin de la calle de árboles, donde en otro tiempo habia encontrado á Ursula.

Me adelanté sola, vivamente conmovida del estado de incuria en que estaba el jardin cultivado en otro tiempo con tanto esmero y cuidado; yerbas parásitas ocupaban las calles; los árboles viejos, en otro tiempo cortados simétricamente no estando podados, ocultaban la vista del Loira y sus alegres perspectivas; no se veia vestigio alguno de flores en los quincones abandonados; las ojas sonaban con mis pisadas; el cielo encapotado y lluvioso de una mañana de otoño echaba un velo sombrío sobre este cuadro tan triste.

En el fondo de la calle de árboles donde sorprendí las primeras declaraciones de Gontran á Ursula, vi el grupo de figuras de piedra pintadas medio destruido. En el portal encontré una de las dos criadas que habia ya visto en Rouvray; me dijo que Mad. de Secherin estaba en el salon.

Atravesé la antesala y el comedor, hacia en él un frio estremado; los ladrillos del suelo, en otro tiempo tan limpios estaban sucios y húmedos. Todo parecia degradado; abandonado. ¡Qué cambio en los hábitos de Mad. de Secherin, que habia sido siempre tan rigurosa respecto al cumplimiento de los deberes domésticos, y tan cuidadosa del municioso aseo de su casa!

Las puertas estaban abiertas; mis pasos no se oian; llegué al salon sin que me sintiese Mad. de Secherin. Estaba sentada en su torno y vestida como siempre. Su viejo papagayo gris adormecido con el frio, dormia sobre su báculo. Por los vidrios de las ventanas empañados por la niebla se

veían algunos sarmientos agitados por el viento y despojados de ojas, se mecían acá y allá pendientes de las parras; dos tizones ennegrecidos ardían lentamente en medio de las cenizas de la chimenea. Las fundas de los muebles y las cortinas, en otro tiempo tan blancas como la nieve, estaban amarillentas con el humo. En fin, esta habitación, en otro tiempo tan espléndida y primorosa que se acercaba al lujo, mostraba en todo la fúnebre y sórdida indolencia de la vejez, que parece que dice: ¿de qué sirven tantos cuidados para tan pocos días?

Temblaba al acordarme de la animación, de la alegría, que la presencia de una mujer joven había durante algún tiempo llevado á aquella casa... Si Mr. de Secherin conservaba la memoria de Ursula, si á pesar de las irreparables faltas de su mujer comparaba lo presente con lo pasado, su vida debía ser bien cruel.

El corazón me latía con tal fuerza que me quedé inmóvil en la puerta del salón.

Examinando más atentamente la figura pálida y austera de Mad. de Secherin, me sorprendí de las muchas arrugas que las penas habían formado en sus facciones. Por dos veces el movimiento mesurado de su rueca se reanimó poco á poco como la péndola de un reloj se para gradualmente; inclinó un poco su cabeza sobre el pecho: sus ojos fijos y rasgados miraban sin ver; una de aquellas lágrimas tan raras en los viejos, humedeció sus párpados ardientes y rojos; después, haciendo un movimiento repentino como si hubiese sido despertada por una pesadilla, y queriendo librarse sin duda de siniestras reflexiones, se puso á hilar en el torno con vivacidad febril.

Para no estar más tiempo sin ser sentida, moví la llave en la cerradura.

Mad. de Secherin alzó la cabeza, y me vió; echó con el pié el torno algo lejos, y me tendió sus brazos sin decirme una palabra.

Besé sus venerables manos, y me senté junto á ella.

Al cabo de un silencio de algunos minutos, exclamó con vigor.

—Ah! soy muy desgraciada! la mas desgraciada de las criaturas... pero no lo digais á mi hijo... no lo sabe!

—Acabo de encontrarlo, le dije, me ha parecido muy cambiado.

—El pobre niño no está en su juicio... la pena lo mata... piensa todavia en aquella infame... se apresuró á decirme ferozmente. Despues añadió con amargura:

—Ella no le ha hecho sino mal... mientras que yo, yo, Dios mio! siempre le he amado como al hijo de mis entrañas... si, y no obstante piensa todavia en ella... piensa quizás mas que en mí!

—Creo que os engaãais, la dije. Sin duda mi primo está mas absorvido por el dolor de haber sido indignamente burlado, que por la memoria de...

—No pronuncieis ese nombre detestado! gritó interrumpiéndome con violencia. No lo pronuncies! por compasion... Quereis consolarme, pero yo no me dejo engañar.

—No, no, no es indignacion lo que tiene mi hijo... La indignacion estalla, es tempetuosa, busca con qué maldecir á los que le han causado... En fin, despues de la indignacion viene el desprecio, y, mas tarde, el olvido... Pues bien! el infeliz no ha olvidado... no ha olvidado nada.

—Esperad, esperad... aun. Mi primo está ya en el desprecio sin duda, luego vendrá el olvido... Creedme, si está muy triste... es porque en un alma generosa el desprecio es cruel.

Esta corta conversacion me mostró que la existencia de Mr. de Secherin y de su madre era aun mas horrible que lo que yo habia sospechado.

Ví entonces á Mr. de Secherin pasar muy despacio por delante de las ventanas del salon; se paró un instante, me miró y en seguida se alejó.

Creia que venia á reunirse con nosotros; pero no fué así. Suponiendo que queria hablarme en secreto, procuraba un medio de ir á buscarlo, cuando su madre me dijo:

—Mi hijo queria sin duda hablar con vos, y ahora no se atreve... Mirad, allí está paseándose por la calle de árboles.

Me aproveché de este pretesto.

—Si me lo permitís, iré á buscarlo; bien sabeis que siempre ha tenido alguna confianza conmigo; quizás lo reanimaré; quizás le ayudaré á vencer esa insuperable tristeza...

Mad. de Secherin me dió la mano, meneando la cabeza.

—Siempre generosa y buena, me dijo.

—Siempre compadeciendo los males de que he participado, le contesté.

Encontré á Mr. de Secherin en aquella misma calle de arboles en que en otro tiempo habia sorprendido las primeras declaraciones de Mr. de Lancry á Ursula.

Acercándome á mi primo, me sorprendí mas de ver el cambio de sus facciones.

La cara de Mr. de Secherin en otro tiempo tan lucida, tan afable, tan risueña, estaba pálida como el mármol, y en extremo flaca, sus ojos hundidos, enrojecidos por las lágrimas, brillaban con el fuego de la fiebre; sus facciones tenian una espresion de dolor feroz, que le daba un carácter de elevacion que nunca hubiera yo esperado de él.

Al verme se conmovió, alzó los ojos al cielo, y exclamó con voz apagada.

—*Ella* os ha hecho tambien mucho mal, á vos.

—Mucho mal... sí, primo... mucho mal... pero tengo valor... He sido como vos vendida, abandonada... pues bien, á estas horas desprecio, olvido á los que me han ultrajado; la calma ha vuelto á mi corazon, y no tengo como vos una madre que me consuele.

Mr. de Secherin no me respondió, marchó á mi lado con paso desigual, luego, parándose repentinamente delante de mí, cruzó los brazos y me dijo con tono de rabia, brillándole los ojos de furor.

—Todavía no he muerto á vuestro marido... debo pareceros un cobarde, ¿no es verdad? Pero paciencia, paciencia, añadió con un aire sombrío y concentrado, mi pobre anciana madre un dia...

Y comenzó á andar silenciosamente.

Estas palabras me esplicaron la conducta de Mr. de Secherin. A pesar de su carácter bondadoso habia hecho sus pruebas de valor. Esperaba sin duda la muerte de su madre, para exigir una sangrienta reparacion. Yo no queria á Mr. de Laucry, pero la idea de este duelo me horrorizaba. Respondí á mi primo:

—Vuestra madre vivirá tiempo suficiente para que vuestras penas se hayan de tal modo disminuido... que dejéis á Dios el castigo de los culpables.

Mr. de Secherin prorumpió en una carcajada diciendo:

—Abandonar mi venganza á Dios.

Y continuó en voz baja, con un tono que me hizo temblar.

—Pero no sabeis lo que veo algunas veces... que mi madre vive demasiado para mi venganza!

—Oh! eso es espantoso! exclamé, vos... vos siempre tan buen hijo!

—No soy ya buen hijo, replicó con furor; no soy nada mas... nada mas que un infeliz loco... que pasa la mitad de la vida en hechar de menos, en llamar á una infame... y la otra mitad en maldecirla y en pensar en la venganza... Veis... hay momentos en que soy capaz de abandonar á mi madre, aunque supiese que esto seria darle un golpe mortal.

—¿Qué quereis decir?

—Sí, soy capaz de todo cuando pienso que vuestro marido puede morir antes que yo... ó que Ursula puede creer que soy un cobarde... que no me atrevo á batiirme.

Pasmada, miré á Mr. de Secherin; su temor de parecer cobarde á los ojos de Ursula me decia cuan violento era todavia su amor.

—Es preciso olvidar á Ursula; es indigna de ocupar vuestro pensamiento.

Se encogió de hombros.

—Vos tambien... lo mismo que mi madre... es preciso olvidar!!... ¿Oldidar? decid á mi corazon que no me lata... decid á mi sangre que no arda en mis venas... á mi memoria que se estiaga.

—Pero esa muger es una miserable.

—Pero adoran... á esa miserable! Pero vuestro marido os ha dejado por ella... á vos que valeis mil veces mas que ella! exclamó Mr. de Secherin casi brutalmente.

Lo confieso; por un momento, no hallé respuesta; era preciso que Ursula tuviese un poder irresistible de seducion, para que dos hombres de naturaleza tan diferentes, Mr. de Lancry y Mr. de Secherin estuviesen apasionados de ella.

—Mi primo continuó con un tono sombrío.

—Oldidarla... oldidarla... ¿y porqué la he de oldidar? ¿Hasta el dia en que fué criminal, quien ha hecho por mí lo que ella?

—Pero vuestra madre...

—Mi madre no era mas que mi madre... y mi muger era mi muger! exclamó enfadado. El tiempo que he pasado al lado de Ursula, será siempre el mas hermoso de mi vida. Ella era tan superior á mí, en talento y educacion, se habia puesto á mi nivel!... Y luego tan bella... tan bella.. Oh! qué de noches de rabia furiosa he pasado en nuestra desierta habitacion, llamandola á grandes voces!... Oldidar... pero, vos no sabeis que yo la amaba tanto, mas quizas por su encantadora belleza... que por su gran talento... oldidar... ¿y por qué? para vivir con mi madre, ¿no es así? Qué compensacion!

—Lo que decís es horroroso... ¿Creeis que no le sirva de pena ver cuan impotentes son sus consuelos?

—¿Qué mas quiere mi madre?... es feliz y está contenta... He abandonado á Ursula á su suerte... He jurado por la memoria de mi padre no volverla á ver... no perdonarla nunca... Cumpla mi promesa, aunque me cueste mucho. Porqué mi madre quiere disputarme mis lágrimas?... mis lágrimas que le oculto todo lo que puedo... Sin embargo...

Y los labios de Mr. de Secherin, temblaron convulsivamente: gruesas lágrimas cayeron de sus ojos; ocultó la cabeza entre sus manos, y se dejó caer sollozando sobre un banco de piedra.

Asustada de este horrible amor quedé muda.

—Mirad, soy ridiculo, soy vil, soy un loco... lo sé, continuó mi primo enjugándose las lágrimas; pero, qué queréis? esto puede mas que yo... Despreciadme; lo merezco, porque todavía la amo!...

—¿La amais todavía?

—Sí... Esto es vergonzoso, es horrible... la amo como nunca la he amado.

—¿Es posible, Dios mio?

—Por mas que he raciocinado, por mas que me he dicho que su conducta con vuestro marido es mas culpable que si hubiese cedido al amor... por mas que he pensado que es menester ser muy corrompida para hacer lo que ha hecho... Pues bien! sin mi madre, ¿entendeis? sin mi madre hubiera ido veinte veces á matar á Mr. de Lancry, ó hacerme matar por él; si lo hubiese muerto, me hubiese echado á los pies de Ursula para perdonárselo todo... y á fuerza de indulgencia y de bondad la hubiera vuelto á buenos sentimientos... Porque, nadie la conoce como yo, dijo limpiándose los ojos... Mas bien se debe acusar á su cabeza que á su corazón.

—Primo, no quiero culpar á los ausentes, pero vuestra muger me ha hecho bastante daño para que deje de decir lo que pienso, mucho menos para recriminar lo pasado que para ayudaros á vencer un amor indigno. Ursula es tan falsa como malvada. Durante diez años, me ha aborrecido con un odio implacable, y durante diez años no ha tenido para conmigo sino palabras hipócritas de afecto.

—Pero fuera de eso no amais á vuestro marido, exclamó sin responderme. Sin mi madre podia aprovecharme de esta debilidad para perdonarla y responder este lazo desde su principio. Pero las mugeres son tan implacables en su odio!... Mi madre no ha olvidado que una vez la habia sacrificado á Ursula... Oh! bien se ha acordado de ello... y

aunque debiese parecer la felicidad de mi vida, aunque debiese morir de pena y tambien ella, ha sido preciso para suavizar su venganza, jurar no perdonar nunca á Ursula.

—Pero entonces vuestra vida es un infierno?

—Sí... sí, es un infierno... delante de mi madre me contengo; pero sufro un martirio... Otras veces me maldigo por ser insensible á los consuelos que trata de darme... Siento toda la pena que le causo; pero no puedo nada... tan débil soy, tan cobarde... Un infierno... lo habeis dicho... es un infierno... Y no obstante mi pobre madre es la mejor de las mugeres! y á pesar de eso, yo no soy un malvado... La quiero, la quiero tiernamente, y sin embargo conozco que la aflijo, que la ofendo sin cesar... Oh!.. maldita sea la casualidad que me hizo conocer á Ursula... Si me hubieran casado con una muger de mi clase, mi vida y la de mi madre no hubiera sido emponzoñadas... Si supiéseis como vivo, Dios mic!.. si supiéseis!.. No hago el menor caso de mis intereses; no sé el estado de mis bienes; he nombrado un agente de negocios para no tener que pensar en ellos... ¿Para qué me sirve ahora el dinero? Para *ella*, es para lo que queria ser rico. Bien lo sabia Ursula!.. Hubiera hecho todo lo que ella hubiese querido... Estoy seguro de que hubiera hallado medio de doblar mi caudal, porque esto la hubiera complacido... y solo por ver sus hermosos ojos brillantes y contentos, solo por verla darme las gracias con su linda sonrisa...

Llevándose despues los puños cerrados á los ojos, dijo con voz apagada.

—Su mirada, su sonrisa... no la veré mas... nunca mas, nunca... Lo he merecido, no he tenido valor de perdonarla... He obedecido al odio cruel de mi madre, no he sido un hombre, he obrado como un niño, como un loco.....

Despues de haber dado algunos pasos con agitacion, continuó:

—Perdonad, perdonad, prima... Ay! estos son los dias que he pasado dos años há con mi madre en esta casa fria y triste como la tumba... Durante el dia ando... voy sin saber donde... y luego vuelvo para comer... Todo el tiempo de la comida miró al sitio donde ella se sentaba... Y luego que-

do con mi madre, leemos alternativamente... Yo lo hago maquinalmente... sin entender, sin comprender lo que leo. A las once, mi madre reza en alta voz, y nos separamos... Entonces entro en nuestra habitacion, que no he querido dejar... Entonces empiezan los atroces ensueños... entonces sufro, como en el primer dia, todos los tormentos de unos celos frenéticos y desesperados... cuando pienso...

En seguida, sin acabar su frase, se puso en pié Mr. de Secherin, dió una patada rabiosa, y alzando los puños hácia el cielo, exclamó:

—Oh! mataré á ese hombre... lo mataré!—Y echó á andar precipitadamente.

Una de las criadas de Mad de Secherin vino á suplicarnos de su parte que fuésemos al salon.

—Hijo mio, dijo asi que entramos, vuestra prima quizás tenga que llegar pronto á Paris: es menester no detenerla.

—En efecto, lo que me lleva alli es un negocio muy importante, le dije, y que no dá espera. A no ser así os hubiera pedido hospitalidad por algunos dias.

—Le habeis á lo menos hablado en razon, me dijo Mad. de Secherin señalándome á su hijo.

—Le he hablado de vos, señora, y ningun hijo es mas respetuoso y mas tierno; creedlo de veras.

—Lo creo... porque yo no quiero mas que su bien.

—Lo sabe, señora. Hice en seguida una seña á Mr. de Secherin mostrándole á su madre para obligarlo á que le dijese algunas palabras de cariño filial. Su frialdad me asustaba, y temia que Mad. de Secherin quisiese aprovecharse de mi presencia para dirígirles reprensiones que tanto tiempo habia tenia comprimidas.

Mr. de Secherin se acercó á su madre, le tomó la mano y se la besó diciendo:

—Perdonadme, madre mia, sabeis cuanto sufro hace algun tiempo. Esto quizás es la causa de mi carácter desigual; lo he confesado todo á mi prima. Ella me ha reñido bien, añadió sonriéndose tristemente, trataré de ser mas discreto en lo sucesivo.

—Mucho os costará, dijo secamente su madre.

Lo que yo temia debia acontecer. Mad. de Secherin sintiéndose lastimada delante de mí en su dignidad de madre, no podia callar lo que la fatal preocupacion de su hijo le hacia sufrir tanto tiempo habia.

Lancé una mirada suplicante á Mr. de Secherin para obligarlo á que se moderase; pero estaba ya incómodo. Mi presencia habia renovado sus heridas. Temí al pensar que quizás iba á ser la causa involuntaria de una escena desagradable.

Sin embargo, Mr. de Secherin bajó la cabeza sin responder á su madre, que continuó en voz mas alta:

—Es propio de un buen hijo amar á su madre mas que á nadie.

—Por mucho que me haya costado, he hecho lo que he podido para probaros mi sumision... madre mia. No puedo mas, repuso friamente su hijo.

—Esta es sin embargo la vida que nos hace pasar la infame á quien todavia echa menos, dijo Mad. de Secherin. No podeis dejar de echar menos á una infame! exclamó con violencia.

Asustada del giro que tomaba la conversacion, me apresuré á decir:

—Ah! señora, dispensadlo, la amaba tanto!

—Es capaz de amarla todavia... un indigno amor hace cometer tantas bajezas.

Los ojos de mi primo centellearon; exclamó:

—No es solo un indigno amor el que hace cometer vilezas, madre mia! Además, hace mucho tiempo que me contengo, que sufro... Es preciso en fin que hable...

—Y yo tambien, gritó su madre enfadada, há mucho tiempo que sufro; todo el que os hace que os olvidéis de lo que me debeis... Os lo repito, vuestras indignas penas son otras tantas bajezas, otras tantas ofensas á vuestra madre...

—Primo... exclamé.

No se contenia.

—Los sentimientos mas nobles, los mas santos deberes, hacen tambien cometer bajezas... entendeis madre...

—¿Qué quereis decir?

—No hablad mas, dije á Mr. de Secherin, y añadí en voz baja. Quereis hacer morir á vuestra madre dos veces... cuando en su última hora piensa en el peligro que vais á correr en un duelo.

—Ès verdad, es verdad, soy un loco, un hijo malvado en responder así... mis penas le incomodan porque me ama tiernamente.

Despues poniéndose de rodillas delante de su madre, le cogió una mano y la besó diciendo:

—Perdonadme, madre mia, he hecho mal en hablaros así...

—Una madre debe perdonarlo todo... dijo ella suspirando; y dió un beso á su hijo en la frente, lanzando una mirada desolada.

—Y un hijo debe sufrirlo todo... respondió Mr. de Secherin en voz baja, y sus miradas me atestiguaron sus dolores tambien.

Sali de Rouvray en un acceso de tristeza mortal.

No creo que hubiese en el mundo una posicion tan horrorosa como la de esta madre y este hijo; siempre solos, echando ella menos el amor de su hijo, y este el de una muger culpable.

No pude reprimir un movimiento de indignacion profunda, pensando que mi marido estaba perdido para mí, que mi hijo habia muerto, que mi vida estaba acibarada, que una escelente muger y su generoso hijo, veian sus relaciones, en otro tiempo tan afectuosas, agriadas para siempre, porque Ursula me habia aborrecido y tenido envidia.

III.

LA VUELTA.

Dos meses despues de mi salida de Maran, estaba establecida en Paris, en el pabellon que me habia ofrecido Mad. de Richeville.

No he podido todavia saber como habia podido inspirar á esta escelente muger, el afecto que nunca dejó de manifestarme y de que me dió tantas pruebas cuando volví á Paris: con el interés mas tierno, mas maternal, acudia á mis menores deseos, y trataba de ahorrarme las mas leves incomodidades.

Pensando en las indignas calumnias de que ella habia sido víctima, me admiré sobre todo de ver con qué afectuosa intimidad vivia con las personas que representaban ciertamente, lo selecto de la mejor sociedad de Paris, y que pasaban tambien, perdónenme esta espresion, por ser cómo la gente del tiempo de los *tontillos*.

Este cambio de la opinion en favor de Mad. de Ri-

cneville no hubiera debido sorprenderme. Las gentes de costumbres son tanto mas indulgentes con los errores pasados de una persona que busca su proteccion cuanto mas irreprehensible sea su conducta actual.

Ufanos justamente con la especie de *conversion* que su saludable influencia ha producido, defienden, apoyan á su neófito con todo el generoso ardor del proselitismo.

Mad. de Richeville tenia entonces por amigos verdaderamente intimos á todos aquellos que, en otro tiempo se habian compadecido sinceramente de sus desgracias y deplorado sus faltas.

Gracias al último sacrificio que le exigió su marido, su casa estaba bien decente, pero no tan espléndida para que el deseo que se manifestaba de ser admitido en ella fuese debido á otra causa que á la que hacia los honores de ella con una gracia estremada.

Los retratos que me habia hecho de algunas personas de su sociedad habitual eran enteramente parecidos; pude casualmente juzgar de ello el primer dia que llegué á Paris.

Mi coche se habia roto en Etampes; retardada por este accidente, no pude contra lo que tenia pensado, llegar á Paris, á casa de Mad. de Richeville, hasta las diez de la noche. No contando ya este dia conmigo, habia recibido como de costumbre; asi fué grande mi sorpresa, cuando mi coche se paró en el patio, hallar á Mad. de Richeville acompañada del principe de Hericourt. El correo que me precedia un cuarto de hora me habia anunciado, y Mad. de Richeville habia bajado para llegar mas pronto á mi lado.

Hallé allí aquella noche á la princesa de Hericourt, Mad. de Semur y Mad. de Grandval. Me trataron con la mayor bondad y afabilidad.

Es preciso haber vivido en el mundo de que hablo para comprender esta acogida benévola y reservada á un mismo tiempo. Sabian mis penas, escitaba una viva simpatia, pero por una discrecion llena de delicadeza se evitó todo lo que hubiera podido recordarme directamente los males que deseaban hacerme olvidar.

Nunca olvidaré las siguientes palabras de la venerable princesa de Hericourt cuando le fui presentada aquella misma noche por Mad. de Richeville.

—Aunque hasta hoy no he tenido el placer de veros, os conocia, y permitidme os diga: Os amo desde que oí hablar de vos á mi querida Amalia (este era el nombre de Mad. de Richeville); sus amigos y yo, que son tambien vuestros, la empeñábamos siempre para que apresurase vuestra vuelta á Paris. En vuestra edad, una anciana abuela puede decirnos; la soledad es peligrosa; aislándose de toda afeccion, se acaba por sospechar al mundo de egoismo ó de insensible. Pero os aseguro que no hay nada de esto; he visto siempre las mas interesantes, las mas nobles simpatias ir con gusto delante de los nobles é interesantes infortunios.

—Y á mi señora, me dijo alegremente la condesa de Semur con su vivacidad, se me deberia acusar de paradójica, como suelen hacerlo á menudo; os confieso que queria teneros aun en el interior de la Turena; porque érais nuestro bello ideal; para consolarnos de no veros, deciamos que el bello ideal se sueña y no se halla; en vez que ahora, si os perdiéramos, os amariamos aun mas, y os echariamos mucho mas de menos.

Como yo me defendia modestamente de estas alabanzas, la princesa de Hericourt me tomó la mano y me dijo con voz muy conmovida:

—Debeis conocer, señora, todo lo que puede haber que admirar en una jóven además de su hermosura, su gracia y su talento. . . y conoceis la distancia que hay entre una lisonja vulgar y un homenaje sério y merecido.

Despues de estas presentaciones, me acerqué á Emma. Estaba vestida de blanco; los espesos rizos de sus magníficos cabellos rubios circunvalaban su cara de alabastro sonrosado. Me pareció muy hermosa. Cuando pasó por Mairan, tenia catorce años; dos mas habian perfeccionado su talle tan esbelto como el de la antigua Diana.

Hago esta comparacion mitológica, porque las facciones de Emma y sus menores movimientos tenian una gracia grave, casta y respetable, que hubiese sido propia de

una magestad, si esta palabra pudiese aplicarse á una jóven de diez y seis años, cuyos grandes ojos azules, y cuya sencillez revelaban el candor de la infancia.

Aquella noche como siempre sirvió el té, que ofrecia con distinciones y agasajos: algunas de estas me llamaron la atencion. Así, despues de haber presentado una tasa á la princesa de Hericourt que la aceptó, halló el medio, inclinándose un poco, de besar la mano de la princesa, en el momento en que iba á tomar el platillo. Acordándose sin duda de que Mad. de Semur queria el té menos cargado, tuvo la atencion de aflojarlo. Si insisto en estas puerilidades, es porque Emma sabia dar valor á las atenciones mas insignificantes.

Nunca me olvidaré de la sonrisa melancólica que me dirigió Mad. de Richeville cuando Emma le dijo con voz armoniosa y suave:

—¿Quereis té, *señora*?

Ay! esta palabra fria é indiferente, señora, lastimaba á aquella pobre madre; era preciso resignarse. A los ojos del mundo, su hija no era sino la señorita de Lostanges, huérfana y parienta lejana suya.

Al cabo de algunos dias Emma tuvo confianza conmigo; pude admirar los tesoros de aquella ingénua alma. Tenia un corazon sincero, tan recto, tan repulsivo á todo lo que estaba en desacuerdo con su elevacion natural, que nunca habia comprendido ciertos vicios, ni ciertos defectos.

Las acciones malas eran para ella efectos sin causa, accidentes monstruosos; los cálculos odiosos, los instintos desordenados que llevan tras si una bajeza y un crimen sobrepujaban su inteligencia completa y adorablemente. Emma era una escepcion tan rara en su especie como lo eran Mad. de Maran y Ursula en la suya.

No tardé mucho en adivinar la causa de la vaga tristeza que parecia aumentar la melancolia de Emma... La pobre niña echaba de menos á su madre que habia perdido en la cuna, segun le habian dicho. Su reconocimiento á Mad. de Richeville era tierno y sincero, pero Emma

hacia el siguiente cálculo con una sublime naturalidad.

—Pues una parienta lejana es tan buena para mí... ¿qué hubiera sido mi madre?

Habiendo penetrado el secreto de la tristeza de Emma, me guardaba bien de hablar de él á Mad. de Richeville, hubiera sido darle un golpe mortal; segun lo que adoraba á su hija, hubiera sido capaz quizás de confesarle el secreto de su nacimiento, y no me atrevia á preveer el trastorno que esta revelacion hubiera efectuado en los sentimientos de Emma respecto á Mad. de Richeville; ¡qué lucha tan cruel no se hubiera suscitado en el alma de esta jóven, de una virtud tan arrogante, tan asustadiza, cuando hubiese sabido que su madre habia cometido una falta y que su nacimiento, pobre niña, era casi un crimen!

Emma era la misma franqueza; no le faltaba perspicacia, y yo conocia sin embargo que habia en ella un lado misterioso que no podia alcanzar aun.

Cosa estraña! estaba convencida de que tenia un secreto, y que ella misma lo ignoraba. La creia incapaz de disimular ninguna de sus impresiones; no habia dicho á Mad. de Richeville la causa de su vaga tristeza respecto á su madre, porque conocí que esa confesion debia ser dolorosa para la que la habia criado como una madre.

Presentia que Emma me ocultaba alguna cosa, no por falsedad, sino por ignorancia; porque no podia esplicarse ni conocer mas que yo la causa de ciertas rarezas que me habian llamado la atencion.

Así cuando entró el invierno y vió caer la primera nieve, se puso tan blanca como esta, se estremeció y exclamó dolorosamente:

—Ah! la nieve!!!

Estaba sola con ella, le pregunté á qué venia aquella exclamacion dolorosa: me respondió:

—No sé porqué ahora me hace daño ver caer la nieve; pues antes me era indiferente.

Le pregunté si el pensamiento de las desgracias que causaba el frio habia tenido parte en su exclamacion; me respondió sencillamente que no, que las compadecia mu-

cho; pero en aquel momento no habia pensado en ellas; á la vista de la nieve, su corazon se habia oprimido dolorosamente sin saber porqué, pero que esta impresion habia ya pasado.

En otra ocasion, delante de su madre y de mi, no sé porqué casualidad se habló de golondrinas.

Los ojos de Emma se inundaron en lágrimas; y nos dijo con una sonrisa angelical:

—No sé porqué, oyendo hablar de golondrinas, me he sentido conmover deliciosamente, y he tenido que llorar.

En fin, un día que pasaban soldados por la calle al son de corneta, se levantó Emma erguida, arrogante, brillándole los ojos, animadas sus mejillas; escuchó aquel sonido guerrero con tal exaltacion, que su encantadora figura tomó de repente una espresion heróica.

Pasaron las cornetas, y se desvaneció el sonido. Emma miró al rededor con asombro, y sonrojada y confusa se echó en los brazos de Mad. de Richeville, le tomó la mano, y la puso sobre su corazon diciéndole con una gracia encantadora.

—Perdonadme, estoy loca, no he podido reprimir este movimiento; mirad como me late el corazon.

En efecto, le palpitaba en estremo.

¿Qué misterio era este? ¿Cuál era la causa secreta de estas agitaciones, de estas emociones? Ay! lo descubrimos tarde; pero entonces Emma lo ignoraba lo mismo que yo.

A escepcion de estos retoques involuntarios imprevistos, cuya causa no se penetraba, podia leerse todo en aquella ingénua alma, tan pura, tan clara como el cristal.

Así era Emma.

Poco á poco se verá desenvolverse este carácter en su hechicera ignorancia, como las flores preciosas que no tienen conocimiento de los perfumes que exalan ó de los colores que las matizan.

Cuando estaba yo en Maran, habia suplicado á Mad. de Richeville que no me escribiese una palabra acerca de

Mr. de Lancry ó de Ursula; huia todo lo que me era posible de acordarme de su odiosa memoria: ya en Paris, rodeada de nuevos amigos, tuve mas ánimo.

Mad. de Richeville habia sido instruida por personas bien informadas de la conducta de mi marido: Hé aquí lo que supo:

Mad. de Maran redoblaba sus calumnias y sus malignidades. Despues de haber llevado á Ursula á Paris, la alojó en su casa, estendiendo la voz que mis celos, tan injustos como furiosos, habian provocado la separacion de Mr. de Secherin y de su esposa, que yo habia denunciado á mi prima á su marido y dado como pruebas de la falta de Ursula algunas engañosas apariencias.

Añadia mi tia que este modo de proceder era tanto mas indigno por parte mia cuanto que mis relaciones con Mr. de Lugarto no me daban ni el derecho de quejarme de las otras mugeres. En fin, Mr. de Lancry, separado ya de mi por la violencia de mi carácter, habiendo descubierto que, durante su viage á Lóndres, habia yo llevado la audacia hasta el estremo de ir á pasar una noche en casa de Mr. de Lugarto, me habia abandonado. Mad. de Maran, á pesar del afecto que tenia, segun decia, no pudo dejar de conocer que Mr. de Lancry habia tenido razon, y creia deber suyo sostener á la *pobre Ursula*, victima de mis celos y de mi perversidad.

Estas calumnias por absurdas que fuesen, no hubieran sido menos peligrosas, si Mad. de Richeville, para prevenir á sus amigos contra aquellas infamias, no les hubiese contado toda la escena de la casa aislada de Mr. de Lugarto, como Mr. de Mortagne se lo habia dicho en su lecho de muerte.

Esta revelacion, los antecedentes de Mr. de Lancry, la conducta de Ursula fueron suficientes para defenderme de las odiosas acusaciones de mi tia.

La revolucion de Julio, dividiendo, dispersando la sociedad legitimista, habia en parte despoblado el salon de Mad. de Maran. Esta no habia debido las asiduas atenciones con que se le habia atendido en tiempo de la restauracion

sino al temor que inspiraba, y á las poderosas intimidaciones ó á las no menos grandes protecciones de que podia disponer á su antojo.

Cuando no hubo nada que temer ó que esperar de ella, comenzaron á abandonarla, porque su maldad se aumentaba con los años. Su casa no ofrecia atractivo alguno, ni placer: su economia se habia tornado en avaricia, poco á poco se halló completamente aislada.

El despecho fué la verdadera causa de su viage á Maran. Para distraerse de su aburrimiento, fué sin duda á hacer todo el mal posible.

Tomando el partido de Ursula contra su suegra, proponiéndole llevarla á Paris; habia cedido á su instinto de odio contra mí; pero cuando reconoció el poder de Ursula, pensó en servirse de mi prima (perdóneseme esta trivialidad) para acreditar su salon.

Conocia el mundo mejor que nadie; anunció por todas partes que Ursula estaba separada de su marido.

Siempre hay un irresistible atractivo en la esperanza de agradar á una mujer jóven y linda que se halla en una posicion tan independiente; así bien pronto Mad. de Maran no se vió desamparada. Ursula mas linda, mas descaradamente coqueta que nunca, se vió rodeada de una corte numerosa.

Mr. de Lanery, instruido de todo lo que pasaba por un hombre de su confianza que habia mandado á Paris, perdió la cabeza de celos. Entonces fué cuando me abandonó para ir á reunirse con Ursula.

Lo que me resta que decir parecerá sin duda bien innoble... Por desgracia, adelantando en la vida, he sido con bastante frecuencia testigo de semejante ignominias. Pregunte cada uno á sus recuerdos, y reconocerá que los hechos que voy á asentar, no tienen nada de exagerados, nada de imposibles, y que al contrario son **mas** bien notables por una especie de delicadeza bastante rara en esas infamias.

Ursula amaba apasionadamente el lujo, el brillo, los placeres, las fiestas; no halló esta espléndida vida en casa de Mad. de Maran. Mi tia, bastante rica para recibir con nobleza pensaba menos que nunca en dar bailes, en tomar

palcos en los grandes teatros, en tener en fin una casa mas á la moda, mas elegante, mas grande que la que siempre habia tenido.

Mr. de Lancry, al llegar á Paris, halló á Ursula arreglada en coqueteria con dos ó tres hombres de la sociedad de mi tia. A pesar de su ciega pasion conocia muy bien á las mugeres y á ciertas mugeres para no haber adivinado los gustos de Ursula.

Por respeto á ella y á él, no podia proponerle satisfacer su inclinacion al fausto y á los gastos; se sabia que ella no tenia mas bienes que sesenta mil francos de su dote. El origen de su lujo una vez reconocido, Ursula caia en el mayor desprecio, y se veia echada de aquel mundo, en medio del cual queria brillar.

Mr. de Lancry, de acuerdo ó no con mi tia, pues nunca lo he sabido, halló un medio muy ingenioso de arreglarlo todo; en una palabra, dar á su querida la mas grande existencia del mundo, no hacerla decaer á los ojos de la sociedad, y asegurarle, por el contrario todas las simpatias de una tertulia, de buena gente por otra parte, presidida por Mad. de Maran.

A no ser por el ódio que me profesaba, hubiera rechazado sin duda la vil complicidad que afectó en esta infame transaccion.

En cuanto al modo con que fuí instruida de estos pormenores, está unido á una nueva série de acontecimientos misteriosos que me probaron por desgracia el génio del mal. Lugarto volaba todavia á mi alrededor y de todo lo que cada dia me era mas caro.

IV.

CORRESPONDENCIA.

Cerca de tres meses despues de mi llegada, Blondeau me entregó una cajita de carton que le habia traído un mandadero. La abrí, perdí el color con el susto... viendo un ramillete de aquellas flores venenosas de color rojo resplandeciente, que Mr. de Lugarto me habia enviado en otro tiempo, y que desde entónces venian á ser como simbolo de su odiosa memoria, pues Mad. de Richeville habia recibido un ramillete igual el dia de la muerte de Mr. de Mortagne.

Con este ramillete estaba la carta que aquí sigue escrita por mi marido á uno de sus amigos que yo no conocia, pues le habian roto el sobre.

¿Cómo Mr. de Lugarto, que no estaba en Paris, al menos lo suponía yo, habia podido interceptar la correspondencia de Mr. de Lancry? No pude saberlo, pero no

me sorprendió este hecho, pues aquel hombre, gracias á su inmensa fortuna, podia corromper á los criados ó tener hechuras suyas en el seno mismo de la casa de las personas que espiaba.

En cuanto al objeto de haberme enviado la cajita de carton, no era dudoso: ignorando mi diferencia con respecto á Mr. de Lancry, creia Mr. de Lugarto causarme una gran pena descubriéndome los misterios de la conducta de mi marido y de Ursula.

Si esta intencion no se cumplió completamente, la carta, cómo se vá á ver, debia sin embargo causarme crueles sentimientos; la nueva perfidia de Mr. de Lugarto produjo algunos frutos amargos.

Hé aquí la carta de mi marido.

MR. DE LANCRY A***.

Paris, Enero de 1855.

«Os doy gracias por vuestra carta, mi querido amigo, la mia hubiera debido sorprenderos, pues hay un mes que escribisteis para pedirme aquellas noticias que sabeis, y me añadisteis:

»¿Qué os habeis hecho? ¿Puedo creer en lo que por casualidad he oido decir en mi retiro? ¿Es verdad que sois el feliz preferido de la muger mas á la moda de Paris, que á fuerza de talento y de hechizos ha sabido hacer olvidar, que tenia el nombre vulgar de Mad. de Secherin? ¿Es verdad que Mad. de Maran, tia de vuestra esposa, de vuestra *Eurydice*, esté con humor de arruinarse? ¿que gaste tontamente el dinero, que se cite el esplendor de las fiestas que dá, el lujo de su casa, etc. etc? Me parece que disipar en su edad, es comenzar un poco tarde.»

»He respondido estensamente á una parte de estas preguntas; voy á continuar porque estoy en un estado en que mi corazon rebosa en hiel y en ódio.

»Sois de aquellos hombres experimentados á quienes se puede confiar todo, y que pueden comprender todo. Habeis derrochado dos enormes herencias en el infierno de

Paris. Habeis matado á tres hombres en desafio, habeis sobrevivido á una herida mortal que os hicisteis tratando de saltaros la tapa de los sesos. Al presente, habeis dejado *aquellas locuras*: segun decís, vivís como un filósofo, «contemplador y pensador, en una casa antigua en el fondo de la Bretaña, feliz con mirar vuestras playas y escuchando el ruido del Océano, que las bate sin cesar.» Es decir que teneis un carácter firme, y un raro conocimiento de las debilidades humanas. No os sorprendereis, pues, de las confianzas que tengo que haceros.

»Estoy rodeado de seres tan tontos ó tan envidiosos, que primero me mataria, que dejar sospechar lo que sufro; se alegrarian mucho. ¿Me despreciarias quizás, hombre estóico? No importa, no puedo estar mas tiempo sin quejarme á alguno, ya de mis tormentos, ya de mi felicidad, mi dicha es un tormento mas.

»He sentido un gran consuelo escribiéndoos mi primera carta; continúo, pues me decís que no podeis darme ningun consejo antes de saber el fin de mi historia. Atended. (1).

»Devorado por los celos, sabiendo que Ursula estaba en Paris rodeada de adoradores, queriendo á toda fuerza recobrar mis derechos á pesar de la poca esperanza que debia dejarme la insolente carta que me habia escrito, y que habia caido en manos de su marido, dejé á Maran. Abandoné á mi muger y llegué aqui.

»Hallé á Ursula siempre bella, burlona, caprichosa y soberbia. Cuando quise hablarle de mi felicidad pasada, se burló mucho de mí; me contuve, pues tenia formado mi proyecto.

»Mad. de Maran, tia de mi muger, me recibió muy bien; os he dicho ya el ódio que profesaba á Matilde; esto os ayudará á comprender lo que sigue. Conocia yo á Ursula; tenia esta un gusto desenfrenado por el lujo y

(1.) Sin duda la primera carta contenia la relacion de la vida de Gontran, hasta el momento en que fué á reunirse con Ursula en Paris.

por las diversiones, y podia sacrificar mucho á este placer; pero tambien sabia que á pesar de su pobreza, y de lo atrevido de sus principios, de la avilantez de su carácter, era por una rara mezcla de orgullo y de independencia, incapaz de ciertas bajezas.

»No obstante, el mejor modo de imponerla, era dominarla tanto cómo se le pudiese dominar, era en ponerla en estado de pasar aquella existencia espléndida, deseo de toda su vida, y esto sin escitar su susceptibilidad, á veces muy recelosa.

»Para concebir la determinacion que tomé entonces, es preciso decirnos que nunca he titubeado entre una suma de dinero por considerable que fuese, y un deseo tambien muy insensato; es preciso sobre todo convenceros de que amaba, de que amo todavia á Ursula con todo el ardor, toda la rabia de un amor irritado, contrariado, inquieto, siempre insaciable.

»Al presente, este es el problema que tenia que resolver.—Hacerme preciso á Ursula, rodeándola de todos los goces, de todos los esplendores imaginables, sin que su delicadeza se pudiese ofender, sobre todo sin que el mundo pudiese nunca penetrar este misterio.

»La avaricia de Mad. de Maran, su ódio á mi muger con cuya ruina estaba encantada, me sirvieron á pedir de boca. Hé aquí cómo:

»Un dia, delante de Ursula, que paraba en su casa, segun os he dicho, pregunté á Mad. de Maran, cuanto gastaba al año en su casa, su cuadra, etc. etc. Me respondió que *cuarenta mil francos*. Dije que le robaban, que nunca recibia á nadie, que sus coches eran horrendos, cuando con esa cantidad, yo me obligaba á que tuviese la mejor casa de Paris, si queria fiarse de mí y seguir mis consejos.

»—Cómo es eso? me dijo.

»—Dadme cuarenta mil francos; no os ocupeis de nada, y me encargo de vuestros gastos por un año. Vereis de qué manera os haré vivir; solamente, si aceptais, ireis á pasar algunos meses al campo, para dejarme tiempo de

hacer los cambios necesarios en vuestra casa, esto sin que tengais que desembolsar nada, pues yo haré este gasto sobre los cuarenta mil francos anuales.

»Ursula me miró. Me pareció que habia comprendido mi pensamiento, porque una sonrisa... (oh! si conociérais sus sonrisas!)... me recompensó de mi ingeniosa estratagemá.

»Entendeis con media palabra, ¿no es así? Ursula debia disfrutar de todo el lujo que trataba improvisar con los cuarenta mil francos de Mad. de Maran; ésta aceptó mi proposicion riéndose á carcajadas. (Se rie siempre cuando hace alguna perfidia.)

»Quince dias despues de nuestro convenio, Mad. de Maran estaba establecida en Auteuil, con Ursula, en una graciosa casa, que un inglés disgustado me habia alquilado, decia yo, por poco mas de nada. Siempre he tenido génio para mentir de pronto cuando no me falta dinero.

»Es inútil deciros, lo que me costó arreglar la casa de Auteuil, lo que me costaba al dia. Era una casa de campo, verdaderamente encantadora; durante este tiempo los trabajos de la casa de Paris, adelantaban rápidamente. Habia comenzado la reforma por la cuadra. Reemplazé los antiguos coches de Mad. de Maran, con los mas lindos tiros de Paris. Sabiendo cuánto le gustaba á Ursula montar á caballo, decidí á Mad. de Maran á que alquilase una pequeña parte de casa, que estaba entonces vacía en la de mi tio el duque de Verzac, el cual, completamente arruinado por la revolucion de Julio, servia de escudero á Ursula, en sus paseos ecuestres conmigo, y la conducia á las reuniones cuando Mad. de Maran no podia acompañarla.

»Gracias á mi actividad, á principios del invierno, la casa de Maran estaba transformada en un verdadero palacio. Una parte del cuerpo bajo de la casa magníficamente adornado se reservó para recibimiento. La habitacion de Ursula, el templo de mi ídolo querido, era una maravilla en lujo y elegancia; la adorné con muebles raros, porcelanas ricas y cuadros de los mejores pintores. Se creyó que Mad. de Maran se habia vuelto loca, porque se le atribuian necesaria-

mente los enormes gastos que hacian en su casa. Ella lo dejaba creer, y yo tambien, por mil razones que no se os ocultarán.

»Mad. de Maran, durante el invierno, dió bailes soberbios; en la cuaresma conciertos escelentes, y en la primavera veladas campestres en su jardin, donde hacia yo prodigios.

»La casa de Maran llegó á ser la mas agradable, la mas de moda, la mas solicitada de Paris. Mad. de Maran tenia además palco en la ópera y en otro teatro, todo por medio de los eternos cuarenta mil francos que me daba anualmente.

»Cuando le di cuenta, al fin del primero, se echó á reir á carcajadas, declaró que yo era un encantador, y me suplicó continuase siendo su administrador. Habia gastado yo mas de diez mil luises. Es inútil decir que Ursula era la reina de estas fiestas, dadas para ella, y casi por ella, pues hacia los honores con una gracia y una dignidad sin igual. Habia llegado á ser una escelente música. En los conciertos de la casa de Maran, mostró un talento de primer orden; luego no se habló mas que de ella, de su brillante y atrevido talento, de su carácter alegre y burlesco, sobre todo de su audaz coqueteria, que me atormentaba y despertaba en mí todos los furiosos de los celos.

»La misma Mad. de Maran sufría la influencia de esta seductora muger; porque hechiza á todo el que se le aproxima, siempre igual, mimosa, aduladora, insinuante con las mugeres, con los hombres era sucesivamente extravagante, de pronto provocativa é indiferente; gracias á este manejo habia concluido por pasar por enigma viviente y con poder arriesgarlo todo, atreverse á todo impunemente.

»Raro contraste! esta muger que gozaba sin escrúpulo de todos los gastos que en nombre de Mad. de Maran hacia yo para ella, me trató con la mayor dureza, con el mas afrentoso menosprecio, porque en una ocasion quise ofrecerle unas joyas para su fiesta.

»Reflexionando, no me sorprendió esto: Ursula tiene mucho tino; se sabe que es pobre, el menor lujo personal la hubiera comprometido; se creó pues una moda, á la vez muy

sencila y muy elegante; tiene una garganta tan hechicera, un brazo tan lindo, tan blanco y tan redondo, que además de la coqueteria no necesita collares, ni brazaletes.

»Su vestido era siempre muy sencillo, sus solos adornos eran flores; y así bien podeis conocer que los sesenta mil francos del dote debian serle suficientes por largo tiempo para sostenerse.

»En cuanto á la magnificencia que la rodeaba, y de que ella hace los honores, está tan envanecida, se cree tan feliz como si fuese la dueña de todo, y no el pretesto; porque esta muger singular quiere mejor la posesion que el goce del lujo. Esta distincion os parecerá sutil. Si conocieseis á Ursula, la hallaríais exacta.

»Pues bien, á pesar de tanto afecto, á pesar de tantos sacrificios, á veces... no soy feliz. Estoy convencido de que ella no renunciaría sino muy dificilmente al imperio que tiene sobre mí.

»Despues de la carta que me habia escrito, y que fué cogida por su marido, hubiera debido estar muy embarazada en su primera entrevista conmigo. A pesar de que sabeis mi genio estuve mas moderado que ella. Esto no os sorprenderia si conocieseis el temple de su carácter, la flexibilidad, la audacia, la superioridad de aquel talento.

—»¿Pensais en realidad todo lo que me habeis escrito? le dije con sentimiento.

»Se echó ella á reir, porque esta muger siempre se rie, y me respondió:

—»¿Sois de aquellas gentes ciegas que confunden lo presente con lo pasado? ¿Lo que era verdadero ayer no puede ser falso? y lo que era falso ayer no puede ser verdadero á la hora esta? No os ocupeis de penetrar si he pensado ó no lo que os escribí en circunstancias diferentes de las en que os vuelvo á ver. ¿Me amais, decís? Haced pues que yo os ame, ó que parezca que os amo. Forzarme á fingir un sentimiento que no experimento, es mas adulator aun que inspirarme un sentimiento que no confieso. Si os amo sinceramente, vuestro corazon confiará; si finjo este amor,

»vuestro orgullo triunfará. De cualquier modo vuestro papel es demasiado bueno.

»Qué responder á semejantes paradojas, á semejantes locuras, sobre todo cuando estas se dicen á vuestro oído por una boca de coral con dientes de perlas, con bellos lábios voluptuosos y de color de púrpura en cuyos ángulos reluce un imperceptible vello negro?.. Que responder cuando estas palabras son acompañadas de una mirada profunda, ardiente, voluptuosa?.. Oh! no sabeis el poder magnético de estos dos ojos grandes azules que, debajo de sus largas pestañas y de sus finas cejas, os introducen, cuando quieren, la pasión hasta el fondo del corazón... ó se complacen malvadamente en helaros con su desden burlon... No, no; no se pueden hallar ojos semejantes...

»No retrocedí por ningun sacrificio. Entonces comenzó para mí una vida de agitaciones continuas, porque ésta muger es incomprendible, impenetrable; no sé todavía lo que soy para ella.

»A veces parece tenerme un amor irresistible al cual cedo con una especie de afectuoso despecho. Deciros lo que es ella entonces... deciros lo que es en estos raros momentos de embriaguez y de abandono me es imposible... tan imposible como pintaros sus ardientes angustias cuando sucumbiendo al sentimiento que le inspiro, me maldice con una gracia muy encantadora y muy apasionada.

»Mirad, á este solo pensamiento palpita mi corazón, mi sangre hierve, y sin embargo esta correspondencia dura hace mas de dos años, y sin embargo estoy casi seguro de que esta muger me engaña y no obstante todo este tiempo no he tenido un mes de felicidad completa, porque á cada instante esta criatura se me escapa, me hace burla, me arroja del cielo al infierno. dejándome en el corazón horribles dudas que al día siguiente sabe disipar con una mirada ó una sonrisa...

»Oh! no imagináis lo que es vivir en estas continuas alternativas de esperanza y de desesperacion, de contento y de lágrimas, de cólera y de amor, de desconfianza y de ce-

guedad; no sabeis con qué arte infernal sabe filtrar esta mujer lentamente la ambrosía con que podría embriagarme! Figuráos un infeliz cuyos labios están secos y á quien se destilase gota á gota con largos intervalos el agua cristalina y fresca que podia apagarle la sed...

»Oh! decid, decid, ¿no seria esto hacer su sed aun mas inestinguible? decid! ¿no seria esto morir de rabia?... Tal es mi vida... sin cesar devorada por el amor... Ursula no me concede nunca lo suficiente para satisfacer mi pasion, pero siempre lo bastante para irritarla y para hacer su dominacion mas despótica todavia.

»Oh! criatura infernal!.. Sabe bien que de un recuerdo ardiente nacen ardientes esperanzas, y que lo que no se sácia es siempre eterno!

»Tal es el secreto de mi debilidad, de mi bajeza, de mi vergüenza. Tal es tambien el secreto de mi alegría insensata, delirante, cuando Ursula se digna ser para mí una mujer y no un demonio insolente y buíon.

»Ya quiero persuadirme, ó mas bien me persuado yo de que, apesar de sus dolorosos caprichos, Ursula me ama tiernamente, y de que su conducta rara está calculada para engañarme acerca del amor que me profesa, amor con que se eleva su orgullo. Yo creo que para conservar mas largo tiempo mi corazon, finge incostancia y desden, porque sabe que quizas me cansaria si no tuviese inquietud alguna acerca de la sinceridad de su afecto... Veo entonces una prueba de violenta pasion en lo que otras veces, me altera y me indigna.

»En fin, en mis dias de sospechas, me figuro que no me ama, que me tolera porque puede lisongear su gusto y sus inclinaciones.

»Qué horroroso es esto! Oh! la infeliz sabe muy bien lo que son estas dudas irritantes que tanta fuerza hace, lo sabe muy bien!

»Si me creyese ingénuo y estúpidamente amado como lo he sido por mi mujer y por otras muchas, la indiferencia, el disgusto sucederian muy pronto... asimismo, si me cre-

yese burlado impudentemente, la abandonaria sin titubear... ¿Quién me desengañará? ¿Qué pensais vos? Pero no, yo solo puedo juzgarlo; si soy incapaz de ello, no lo lograreis mejor que yo.

»Lo que me es aun mas doloroso, es la lucha de mi orgullo y de mi amor propio. Mad. de Maran evita con cuidado todo lo que, á los ojos del mundo, pudiera parecer una tolerancia culpable por su parte; he vendido la casa que compré á Mr. de Rohegune, y me he ido á vivir muy cerca de la de Mad. de Maran; en Auteuil, tengo un pié de tierra, y mis derechos aparentes no salen de los límites de una confianza ordinaria. En cuanto á Ursula, es para mí en el mundo como para todos los hombres que se ocupan de ella, ni mas ni menos, y muchos de mis amigos preguntan todavia si soy feliz ó no.

»Unas veces vuelvo al pensamiento de que una dicha que me cuesta tan cara sea ignorada, y que soy demasiado jóven para pensar en comprometer á Ursula; otras, temiendo ser engañado y pasar por un hombre ridiculo, contribuyo á estraviar la opinion nombrando yo mismo mis rivales.

»Oh! mirad, hé aquí todavia una de las llagas de este ardiente amor, esto es; no saber si Ursula me engaña! La he hecho seguir. Quizás ella lo haya conocido, porque nada se ha descubierto; esto no me ha asegurado. Creo mas en su maña que en su virtud.

»Lo mas horroroso en semejantes amores, es que las bajezas, las alevosías son otros tantos lazos que os encadenan á vuestro ídolo... Algunas veces me indigno de que Ursula no se haga cargo del mal que ha hecho, de los dolores que causa, porque este dinero que disipo á manos llenas.. es el caudal de mi muger que vive sola y desgraciada. . Pero estas reflexiones no me mueven á compasion; tengo demasiadas penas para pensar en las de otros, y esta es además una cuestion de dinero, y yo jamás he sabido lo que era el dinero... Todo mi terror se cifra en pensar en lo que llegaré á ser cuando se hubieren disipado estos bienes. ¿Se acomodará Ursula siempre en la casa mas reducida de Maran? porque esta no la dejará ya: envejece y confiesa el horror

que tendria en vivir sola... Por nada del mundo se separaria ahora de Ursula... ¿Pero qué será de mí... de mí?

»Para conjurar estos fatales pensamientos quiero presentaros un ejemplo de mi perseverancia y de mi afan por satisfacer los caprichos mas frivolos de esta muger.

»Hace dos meses con corta diferencia que habiéndose enojado conmigo me tuve por mas desgraciado que nunca, es decir mas enamorado. Mirad porqué; habiendo tenido el capricho de hacer comedias en la casa de Maran, se construyó un teatro como por encanto; Ursula habia manifestado un talento increíble en el papel de Celimene en el *Misántropo*, y por uno de aquellos contrastes propios de su aficion, quiso desempeñar despues uno de Mad. Dejacet en una piecésita muy verde; fué cosa de haberme enamorado perdidamente de ella, si no lo hubiese estado ya.

»Todos quedaron pasmados; los mas prevenidos en contra de ella se vieron obligados á convenir en que despues de Madll. Mars, nadie habia ejecutado á Celimene con tanta gracia, arte, talento y sobre todo con mejor accion: en cuanto á la piecésita, cuando menos rivalizó Ursula con Madle. Dejacet en malicia y en descarado libertino; en fin, su éxito en estas dos composiciones fué verdaderamente singular.

»Transportado de amor y de orgullo, reuní mis elogios á los de la muchedumbre; ¿sabeis lo que Ursula me respondió con su insolencia y cinismo habitual? Oidlo:

—»Cuando una muger de mundo representa una comedia, su amante es el último que debe felicitarse de verla tan perfecta cómica.

»Despues durante algun tiempo estuvo reñida conmigo, y se comprometió con lord C***, hombre muy amable y muy á la moda.

»En esta ocasion estuve á punto de romper con Ursula; un capricho de esta rara criatura, lanzándome en uno de aquellos gastos inútiles á que ella procuraba provocarme, me puso bajo su dominio mas enamorado que nunca.

»Sabed que habia hecho construir en el jardin de la casa de Maran una gran choza suiza; en la primavera ser-

via de sala de baile; en el interior todos los adornos imitaban lo rústico de aquellas casas.

»Llegué un día allí melancólico y triste, á tiempo que estaba en ella Ursula con Mad. de Maran y lord C^{***}. En medio de la conversacion dijo Ursula mostrando las paredes:

»—Dios mio! qué graciosa estaria aquí una tapiceria toda de flores naturales! Qué hermoso estaria el interior de esta choza tapizado de este modo!...

»Lord C^{***} y Mad. de Maran dijeron que semejante idea era irrealizable. Ursula me lanzó una de aquellas miradas cuyo poder conocia y habló de otra cosa; la comprendí.

»Al día siguiente, las paredes interiores de la choza desaparecieron bajo una verdadera pintura de flores naturales arregladas simétricamente.

»Es imposible decir cuanto dinero me fué necesario, cuantos cuidados, cuanta voluntad para reunir en veinte y cuatro horas esta enorme cantidad de flores, porque quizás habia que cubrir cien pies.

»Ursula se dignó mostrarse sensible á esta atencion, perdonarme los tormentos que me habia hecho sufrir, y entonces fui el mas afortunado de los hombres.

»En otra ocasion, una noche, en el campo, en Auteuil, en un magnífico claro de luna, se hablaba de la obertura de una magnífica òpera cómica de Auber, entonces muy en voga, se alababa su armonia sabia y armoniosa á un mismo tiempo. Ursula, que se complacia en comprometerme, dijo mirándome:

»—Qué lástima que esta deliciosa música no pueda llegarnos de Paris con este vientecito fresco... que susurra en los árboles del jardín.

»Eran las diez. Salgo un momento. Vuelvo, hallo medio de detener á Ursula y á Mad. de Maran, hasta cerca de media noche. Se oye de repente á lo lejos aquella obertura tocada á grande orquesta, y llegando como decia Ursula, *con el vientecito fresco que susurraba en los árboles del jardín.*

»Esto os parecerá que tiene algo de prodigioso; pues

nada era mas sencillo. Apenas Ursula habia manifestado aquel deseo, envié dos criados á Paris; llegaron en veinte minutos; el uno consiguió mediante una suma considerable, que el director de orquesta de la ópera-cómica viniese despues de concluido el espectáculo, á Auteuil con sus instrumentistas; el otro se dedicó á buscar coches y tenerlos listos á la puerta del teatro para traer con la mayor velocidad á los músicos. Esta ópera estaba bastante estudiada para poderse tocar sin la partitura. El teatro se acabó á las once, y una hora despues la orquesta entera estaba en Auteuil, escondida en un bosquecillo, y así realizaba un capricho de Ursula.

»En esta ocasion apenas me dió las gracias; la tenia tan habituada á sorpresas de este género que se habia estragado con los prodigios que hacia á fuerza de oro.

»Irritado por tanta insolencia, ingratitude y dureza me atreví á recriminarla, á hablarla de los sacrificios de todas clases que le habia hecho, del abandono de mi mujer; de sus bienes que disipaba. Ursula en tono arrogante y despreciativo, me preguntó qué era lo que queria decir; si era yo un hombre de tan mal gusto para echarle en cara una *serenata* ó un *ramillete* (aludiendo al adorno de la choza y á la orquesta invisible.) En cuanto á los demás sacrificios no me comprendia del todo. Que Mad. de Maran, fastidiándose de estar sola, y viéndola aislada, le habia propuesto venir á vivir en su casa y ayudarle á hacer los honores de ella. Que esta casa era muy agradable sin duda, gracias á la bien entendida economía que hizo en los gastos de Mad. de Maran; que ella, Ursula, ¿qué obligacion personal podia tener conmigo? ¿No se habia indignado cuando me atreví á ofrecerle algunas alhajas?

»Todo esto era verdad. Por uno de aquellos contrastes inesplicables, tan comunes en el carácter de Ursula, os lo repito, se hubiera sonrojado de aceptar un diamante, y no titubeaba en hacer los honores de una casa cuyos enormes gastos sostenia secretamente, y no vacilaba en meterme, con una especie de alegría maligna en las mas insensatas, en las mas estériles prodigalidades.

«En fin, cuando desesperado, furioso por verme tratado así, le decia que era mi génio del mal, se echaba á reir á carcajadas, y me respondia con audacia; «Bien os he
»dicho siempre que desconfiáseis de mí cuando pareciese que
»esperimento respecto á vos otra cosa que indiferencia ó
»desden, pudiendo muy bien ponérseme algun dia en la ca-
»beza vengar á *Matilde*. Así, lo que os predije se ha cum-
»plido. VENGO A MATILDE!»

»Al dia siguiente una cariñosa palabra suya, me hizo olvidar sus desprecios...

»Mirad, aunque he reflexionado sobre mi inconcebible conducta, comparándola con uno de aquellos amores insensatos de que hay tantos ejemplos, á pesar mio... sí... á pesar mio creo que hay en esto alguna cosa fatal... Me he hecho supersticioso: os digo que esta muger es fatal.

»Hay en su gozo algo de lúgubre; en su influencia, en su fascinacion, alguna cosa estraña.

»Mad. de Maran me dice algunas veces. «Nunca me he
»ligado á persona alguna, nadie me ha dominado, y ved
»aquí que no puedo pasar sin esta jóven. Sé que es ma-
»liciosa cómo el demonio, el fuego de sus grandes ojos azu-
»les, relumbran siempre á mi lado.» Mad. de Maran tiene razon, sus ojos lanzan un brillo extraordinario; cualquiera diria que la luz que lanzan proviene de un foco de luz inferior... Vamos, me callo, os reis y me acusais de que creo en el diablo...

»A Dios, tengo la cabeza echando fuego; el pensamiento retrospectivo de los años pasados, me produce el efecto de un sueño doloroso.

»¿Qué pensais de todo esto? Respondedme, aconsejadme, compadecedme.—G. DE LANCRY.»



V.

ENCUENTRO.

—

Despues de leida esta carta, no supe qué efecto causó en mi alma, si indignacion, compasion ó desprecio de Mr. de Lancry; si hubiese conservado alguna pena por lo pasado ó algun sentimiento de ódio contra mi marido, hubiera sido bien cruelmente vengada.

No pude sin embargo dejar de sonreirme con pena, pensando en los sacrificios que hacia mi marido por una muger que lo despreciaba, mientras que á mi me habia tratado con la mayor dureza cuando le fui á pedir que se cambiase la perrera, y me concediese una corta cantidad para una obra piadosa.

Lo que mas impresion me hizo en aquella carta fué la especie de miedo, de debilidad supersticiosa que manifestaba en los últimos renglones: las almas malas, los caracteres orgullosos siempre atribuyen sus excesos ó sus crímenes al fatalismo, á una causa sobrenatural mas bien que á la flaqueza, á la perversidad de su naturaleza.

Y despues en fin, último rasgo bien digno de observarse: este hombre, en otro tiempo tan brillante, tan insolentemente presumido y dichoso, tan despreciador de las lágrimas que hacia derramar, tan egoista, tan estragado acerca de las adoraciones. se veia en este amor, tan humilde, tan burlado, tan ridiculizado como un tutor de comedia; sin embargo, este hombre era jóven, bello, rico, de talento! Es verdad, la venganza del cielo toma todas las formas, decia yo.

¿Qué forma tomará para vengarse de Ursula?

No podia dudar de ello: Mr. de Lancry marchaba á pasos acelerados hácia su ruina. No le quedaba mas que el precio de nuestra tierra de Maran que yo habia comprado secretamente. La parte de herencia de Mr. de Mortagne, que habia entrado en comunidad de bienes, iba tambien á consumirse. Por indiferente que yo fuese á las cuestiones de dinero despues de la muerte de mi hijo, estaba cruelmente lastimada de ver mis bienes servir para sostentar el lujo de Maran y para satisfacer los caprichos insensatos de mi prima.

Por desgracia, mi contrato de matrimonio era tal, que no podia oponerme á las locas prodigalidades de mi marido; mi solo recurso hubiera sido un pleito, una demanda de separacion; pero por nada del mundo hubiera querido bajar á estos extremos y ver mi nombre mezclado con escandalosas revelaciones: siempre he tenido pudor de manifestar mis penas: apenas las habia confiado á Mad. de Richeville. No podia pensar en enterar al público de estas miserias.

Me resigné á soportar lo que no podia impedir. La modestia de mis gustos y de mis hábitos me hacian menos penoso este sacrificio.

Las previsiones de Mad. de Richeville no la habian engañado; sus obsequios, su amistad, el afecto de las personas que veia á menudo en su casa, borraron pronto hasta los últimos rastros de mi antigua tristeza; gozaba de una calma que no era abatimiento, de un reposo que no era estupor; si no era la felicidad, era al menos la interrupcion absoluta del padecimiento.

Este estado de transicion me parecia encantador; se se-

mejaba mucho á aquel dulce y leve adormecimiento, á aquel vacilante bienestar que sucede á las enfermedades.

Una experiencia debida á la casualidad me probó que mi cura era completa.

Me paseaba un dia en coche, en el bosque de Boloña, con Mad. de Richeville, vi pasar rápidamente dos mugeres á caballo acompañadas de muchos hombres; eran Ursula, la princesa Ksernika, el Duque de Verzac, Mr. de Lancry, lord C*** y otras dos ó tres personas cuyos nombre no sabía.

Mi prima montaba con su gracia y osadia habituales una yegua, Stella, que nos habia pertenecido. Nuestro coche iba al paso; Ursula y mi marido me conocieron perfectamente; mi prima con gran descaro me mostró á Mr. de Lancry, con una mirada burlesca... mi marido se sonrojó y aparentó no haberme visto.

Pasó esta cabalgada.

Mad. de Richeville me observaba con ansiedad...

Mi corazon se comprimió; pero esta impresion se borró al momento.

Al volver á Paris vimos á Ursula, á la princesa Ksernika y al duque de Verzac que venian del bosque de Boloña en un hermoso coche tirado por cuatro caballos. Los lacayos llevaban la librea de Mad. de Maran. Mr. de Lancry seguia á poca distancia en un tilbury. A esta nueva prueba me miró otra vez Mad. de Richeville... Me sonrei.

—Vamos, me dijo, estais completamente curada.

Era Martes, á lo que puedo acordarme.

Acababa de tomar este dia palco en el teatro Bouffon con Mad. de Richeville; habia esta ofrecido un sitio á la princesa y al principe de Hericourt. A poco de haber llegado, por una singular casualidad Ursula y Mad. de Maran, acompañadas del duque de Verzac entraron en un palco de la misma clase que el nuestro.

Habia yo suplicado á Mad. de Richeville, no obstante no haberlo querido en un principio, que se sentase en la delantera con la princesa de Hericourt, y asi colocada detrás

en el fondo del palco pude, sin ser vista, observar la escena siguiente:

Mi prima estaba, según su costumbre, vestida con mucha sencillez, sin más adornos que flores.

Los celos nunca me cegaron, y Ursula me pareció mucho más linda que otras veces; sus facciones, su talante, había tomado un viso de dignidad ó más bien de altanería que equilibrada con la osadía de sus miradas y la libertad de sus palabras, porque, según se decía, era algunas veces demasiado libre en sus conversaciones con los hombres.

Mad. de Maran, siempre fiel á su vestido carmelita y á su sombrero con las mismas flores, me pareció muy avejentada, muy cambiada; solo sus ojos conservaban su vivacidad viperina, y brillaban bajo sus espesas cejas.

En el entreacto no se desocupó el palco de Mad. de Maran de visitas de personas de lo más elegante de la buena sociedad.

Entonces vi á Ursula con todo el brillo de su triunfo. Había dicho que quería ser... y que sería la que más estuviese á la moda en París. Lo había conseguido, y parecía en verdad haber nacido para hacer el papel que representaba.

El fuego de sus miradas, sus gestos animados, pero siempre hechiceros, su risa dulce y graciosa, todo anunciaba en ella una larga costumbre de procurar agradar y de singularizarse.

Entre los hombres que fueron á saludar á Ursula, vi á Mr. Gaston de Senneville, de quien me había hablado en su carta Mad. de Richeville. Mi prima, al parecer, lo recibió con una distinción particular, al mismo tiempo que á otra persona más respetable, el encargado de negocios de Sajonia, si no me engaño, hablaba con Mad. de Maran.

Varias veces Mr. de Senneville cogió con familiaridad el lente de Ursula, le habló en voz baja, se rió á carcajadas con ella, se asomó al palco sin duda para mirar algunas personas que ella le designaba; en fin afectó aquel arte de intimidad de que procuran siempre blasonar los jóvenes cuando se trata de una mujer á la moda.

Mi prima por su parte redobló la coquetería; querien-

do hacerle oler el perfume del colosal ramillete que tenia en la mano, se dejó caer un poco atrás y dobló su lindo talle medio volviéndose hácia Mr. de Senneville, el cual pareció necesariamente aspirar con delicia el olor embalsamado de aquellas bellas flores. Aunque esta preferencia no fuese rigurosamente de buen gusto por parte de Ursula, confieso que era imposible manifestar en aquel movimiento mas hechizo y mas gracia provocativa.

Por casualidad, casi en este instante, miré á un palco que estaba enfrente del de Mad. de Maran, y por la puerta que estaba entreabierta vi la cara pálida y contraída de mi marido.

Colocado en el corredor, espiaba sin duda á Ursula, cuya actitud y maneras debian escitar seguramente sus celos.

A los pocos momentos desapareció Mr. de Lancry, y vino á su vez á saludar á Mad. de Maran. Siendo mucho mas jóven Mr. de Senneville que el encargado de negocios de Sajonia, tuvo que ceder su sitio á mi marido, lo que hizo no sin haber tomado, riéndose, algunas flores del ramillete de Ursula, y haber con ellas engalanado como en triunfo los ojales del frac. Mr. de Lancry parecia estar en un suplicio; habló algunas palabras con Mad. de Maran.

Despues de haberse ido Mr. de Senneville, Ursula tomó brascamente su lente con una especie de incomodidad sin dirigir siquiera una mirada á Mr. de Lancry; echó una ojeada á todos los puntos del teatro. Por varias veces mi marido le habló; no lo oyó ó fingió no oírle; fué preciso en fin que le tocase ligeramente el brazo para que ella supiese que estaba allí. Le dió la mano con distraccion, apenas le respondió algunas palabras y siguió mirando con el lente.

Mr. de Lancry no pudo reprimir un movimiento de impaciencia y de cólera, y se puso á hablar con el encargado de negocios y con Mad. de Maran.

Por la mañana, gracias á la velocidad de Ursula, apenas habia podido ver á Mr. de Lancry. Lo miré mas

despacio; su cara enflaquecida, fatigada, revelaba los disgustos, los celos que habia manifestado en su carta; no era como otras veces un hombre brillante y ágil, porque no amaba; burlon y atrevido, porque estaba seguro de agradar: humilde y resignado, porque amaba apasionadamente, se burlaban de él á su vez.

Cuando Ursula se cansó de mirar, Mr. de Lancry le dirigió de nuevo la palabra, pero con una especie de timidez. Conocia yo lo bastante la fisonomia de esta muger para ver en su porte imperioso, en su acostumbrada sonrisa burlona, que respondia con sarcasmos á las reconvencciones indirectas de mi marido. En fin, entró Mr. de Verzac; se alzó el telon; y esta escena que parecia tan penosa, á Mr. de Lancry, cesó á los primeros compases de la orquesta.

Un violento resentimiento de indignacion me traspasó el corazon, pensando en la horrible desesperacion en que Mr. de Secherin, insensible á los afectuosos consuelos maternales, consumia solitariamente sus dias mientras su muger, alegre, contenta y feliz, se entregaba á toda especie de galanterias y placeres.

Todas estas observaciones las hice en el fondo del palco donde estaba medio oculta.

Mad. de Richeville y la princesa, adivinando los pensamientos que debia agitarme con la vista de Ursula, habian estado siempre hablando para no distraerme.

El principe habia salido; pude pues entregarme á dolorosas reflexiones.

Esta noche no fué perdida para mí: me probó que respecto á Mr. de Lancry no sentia mas que una compasion mezclada con el desden que hubiera manifestado á un extraño que se hubiera hallado en aquella posicion falsa y vergonzosa.

Poco á poco se serenaron mis ideas.

Lo que debia padecer Mr. de Lancry me recordó todo lo que yo habia padecido. Bendije al cielo porque me habia librado de aquellas terribles ansiedades secando en mi el origen de todo amor, porque veia la garantia de

mi felicidad venidera en la imposibilidad en que me creía de no tener nunca este sentimiento.

Pocos dias antes de mi llegada á Paris, Mr. de Rohegune habia salido para una de sus tierras donde le llamaban sus negocios. Volvió poco tiempo despues de haber yo visto á mi prima en el teatro.

La memoria de Mr. de Rohegune habia quedado en mi pensamiento intimamente ligada con la de Mr. de Mortagne. Muy afecto á mí, de carácter sério, de una filantropia ilustrada, se le tenia generalmente tanta deferencia que, á pesar de su juventud, me habia habituado á considerarlo como un hombre de una edad madura, porque tenia todas las cualidades sólidas y sentadas propias de esta edad.

En lo fuerte de mis desgracias, todavia bajo el encanto de mi marido, me habia confesado á mí misma casi con vergüenza que nunca hubiera podido amarlo, tan poco prevalecia entonces su austera bondad sobre las gracias seductoras de Mr. de Lancry.

Mad. de Richeville, hablándome algunas veces de Mr. de Rohegune, me habia dicho que despues de haber vuelto de Oriente, habia tomado en el mundo una actitud firme y valiente en todo digna de la independencia y de la nobleza de su carácter, en vez de oscurecerse, como en otro tiempo, en una fria reserva. Impaciente por volver á ver á Mr. de Rohegune, tanto por afectuosa memoria como por curiosidad, tuve un gran contento al saber su vuelta á Paris.

Una noche, á eso de las diez, fui á casa de Mad. de Richeville por una pequeña galeria cerrada de cristales que habia hecho construir para que mi pabellon comunicase con ella.

No sé porqué hay salones privilegiados, cuyo adorno y proporciones invitan á la conversacion y á la intimidad. El de Mad. de Richeville era uno de estos; he pasado en él tan hermosas noches que no puedo resistir al placer de hacer su diseño; el aspecto de los lugares á que

se le ha cobrado cariño parece que aumenta la realidad de los recuerdos.

Una primera pieza adornado con buenas y antiguas pinturas conducia al salon en dónde estaba habitualmente Mad. de Richeville, tapizado con damasco verde, con cortinas del mismo color, y las mamparas y muebles dorados de talla, segun el mejor gusto del siglo de Luis XIV.

En un lado de la chimenea estaba en conversacion Mad. de Richeville con el principe de Hericourt, guapo y bello anciano, con el pelo cano, en cuya cara se manifestaba la nobleza, la calma y la serenidad. En el otro lado de la chimenea estaba la princesa de Hericourt. Su semblante pálido y apacible espresaba a un mismo tiempo la dignidad y la mas angelical mansedumbre; hablaba con Mad. de Semur; esta buena princesa no podia dejar de mirar algunas veces al principe de Hericourt con una especie de solicitud tierna y satisfecha.

Me conmovia siempre la vista de estos dos ancianos, que habian atravesado con paso firme tantas épocas desastrosas, apoyándose uno en otro, y que ya llegaban al término de su larga carrera con la frente erguida, la sonrisa en los labios y los ojos mirando al cielo.

Mad. de Semur, sentada al lado de la princesa, ofrecia un contraste sorprendente. Era esta muger de apenas cuarenta años, cuya fisonomia á la vez noble y picante, parecia resolver un problema insoluble; unir la mayor apariencia del mundo con las móviles vivacidades del espíritu mas fogoso y mas imprevisto; en fin, junto á la mesa del té colocada entre las dos ventanas del salon, trabajaba Emma en su labor.

Para concluir este cuadro; que se iluminen muchas lámparas de porcelana de China, cuya muy viva luz debilitada por las pantallas hace brillar por todas partes en el claro obscuro el dorado de los adornos, los marcos de los cuadros, el bronce de los muebles, las pinturas de los vasos de Sevres ó los vivos colores de las flores que contenian; que se perfume este salon bien cerrado y caliente con esencia de *bouquet*, olor inglés que agradaba mucho á Mad. de Riche-

ville y que no puedo yo oler en el día sin que aquel tiempo ya tan lejano se renueve de repente en mi pensamiento: (ciertos perfumes y ciertas melodías redoblan en mí el poder de los recuerdos), y podrá formarse una idea del mas bello asilo que jamás se ha abierto á las largas y gratas conversaciones de una sociedad íntima y escogida.



VI.

NARRACION DE UN SUCESO.

Cuando entré en el salon, se levantó Emma para ofrecerme lo que ella llamaba *mi sillón*; era este una especie de poltrona muy baja, porque, esta querida niña habia notado que yo escogia este asiento con preferencia. Le dí un beso en la frente para darle gracias por su obsequio, y apreté afectuosamente la mano del principe de Hericourt.

—Qué lástima que llegueis tan tarde, mi querida Matilde, me dijo Mad. de Richeville, el principe nos estaba contando una de las valientes proezas de uno de nuestros amigos. Esto os hubiera interesado.

—¿Y de quién se trata? pregunté.

—De Mr. de Rochegune, dijo Mad. de Semur, es un verdadero Cid; merece ocupar un lugar en el romancero moderno.

—Vamos, vamos, dijo el principe sonriéndose bondadosamente. A riesgo de pasar por caduco, voy á empezar de

nuevo la historia de mi Cid para Mad. de Lancry; no creo le disgustará.

—Ni á mí tampoco, dijo Mad. de Semur.—Al momento me conmoví á pesar mio. Ahora tendré cuidado, y podré burlarme de vuestro héroe, porque nada hay mas insupportable que tener tanto que admirar.

—¿Lo escuchais?... dijo sonriéndose Mad. de Richeville á la princesa. Y luego negará que le gustan mucho las paradójias.

—Esto es muy sencillo, replicó Mad. de Semur. Cuando se sale de estos entusiasmos se tiene el aire de los lugareños que vuelven de la córte. Así, príncipe, sois demasiado bueno para volver á empezar la narracion de ese hermoso rasgo, á fin de que pueda reirme de él á mi gusto.

—Me uno á Mad. de Semur para suplicaros que contéis de nuevo esa buena accion. dije al príncipe, bien cierta por otra parte de que esta complacencia os costará poco.

—Oh! comprendo, me dijo el príncipe sonriéndose, comprendo... Me haceis unos cumplidos tan encantadores, que no podré dejar de decir lo que pienso de vos... Pero en llegando la ocasion, seré inexorable, lisonjearéis mucho mi orgullo, no incomodaré á vuestra modestia... pero pues lo deseais vuelvo á empezar la narracion que hacia á estas señoras.

Quizás sepais señoras, dijo el príncipe de Hericourt, que Mr. de Rohegune se batió muy bien por la causa de los griegos, que fué nombrado coronel de uno de sus tres regimientos de caballeria, regimiento que, además de eso, habia casi creado y equipado á su costa, y al cual por un afectuoso recuerdo de amistad habia dado el uniforme de húsares á que habia pertenecido Mr. de Mortagne en tiempo del imperio. Este uniforme, si no me engaño, era blanco y oro, con cuello azul. Si insisto en estos pormenores es para prepararos á notar otra muestra de recuerdo no menos afectuoso y de una estension verdaderamente bella y grande... que os vereis precisada á admirar, señora, dijo el príncipe á Mad. de Semur, y á admirarla sin disgusto.

—Veremos, veremos, pero os escucho, príncipe, os lo advierto, con toda especie de desconfianza; se conoce á un abogado por la causa que defiende.

—Tratemos de ganar la nuestra, dijo el príncipe riéndose, y continuó:

—Proclamada y asegurada la independencia de la Grecia, Rohegune hizo un viaje á Rusia; en aquel momento iba esta potencia á hacer la guerra contra los circasianos. Deseoso de asistir á aquellas operaciones, y recibido perfectamente por el emperador, hizo como aficionado, ó mas bien como voluntario la campaña del Cáucaso. Herido de gravedad en una carga de caballeria en la que tomó parte brillante, habiéndole matado el caballo, Rohegune, desfallecido por la sangre que perdía, no pudo salvarse, y quedó sin conocimiento en el campo de batalla. Cuando volvió en sí, fué un momento terrible; se hallaba solo en medio de un llano inmenso y solitario, que alumbraba la luna con su pálida luz: no dejaba de nevar y ya estaba medio enterrado en una capa de hielo cuando salió de su desmayo.

—Eso es horroroso, dijo Mad. de Richeville. Aquel desierto cubierto de nieve le causó el efecto de una inmensa sábana... Mr. de Rohegune me ha referido que esta era la reflexion que le ocurrió, pues ya me ha contado esta circunstancia diciéndome como habia sido herido, pero ocultándome las resultas de aquella aventura romancesca.

—Lo creo muy bien, dijo la princesa, le era muy honorífica.

—Y yo no lo he sabido, dijo el príncipe, hasta ayer, por un edecan del emperador. Este oficial ha hecho esta campaña con Rohegune, y por él sé todos estos pormenores. Nuestro amigo se encontró solo, por la noche, y en medio de un gran desierto, paralizado por el frio y por su herida, y apenas con fuerza para desembarazarse de la nieve que se apilaba sobre él; en fin, oyó á lo lejos las sordas pisadas de alguna tropa de caballeria; ignorando si seria amiga ó enemiga, pero prefiriendo la muerte á su horrible posicion, gritó con todas sus fuerzas á algunos ginetes que

iban de descubierta, los cuáles por dicha pasaron cerca de él; le oyeron, se acercaron; fué salvado. Estos soldados pertenecian á un cuerpo de cosacos del *Don* que al movimiento de la batalla habia colocado momentáneamente en la retaguardia del ejército; estos cosacos, tropa irregular, tan montaraces como sus caballos salvajes, obedecian ciegamente al anciano *hetman* que los mandaba. Rohegune fué conducido á este gefe de la horda, el cual lo tomó en la grupa despues de haberle curado su herida. El *hetman* era, me dijo el edecan, una especie de patriarca guerrero, de un valor y fisonomia digna de la antigüedad. Rohegune le debia la vida: contrajo con él desde este dia una amistad de hermano de armas, dejó el estado mayor del ejército donde hubiera sufrido muchas menos privaciones, y partió en lo sucesivo la existencia aventura y penosa de los soldados del *hetman* que servian de descubridores y de hijos perdidos para el ejército: no reposaban nunca en tienda, se acostaban sobre la tierra ó la nieve. No es esto todo, corrian tantos mas peligros porque hacian uua guerra atroz, casi sin prisioneros, no dando ni pidiendo cuartel á los tártaros que como ellos, sacrificaban niños, mugeres y ancianos.

—Perdonad, príncipe, si os interrumpo, dijo riéndose Mad. de Semur; pero estaba yo bien segura que oyendo por segunda vez los altos hechos de vuestro protegido, no tendré ya porqué admirarlo tanto... Atended un poco por gusto á las aventuras; se vá á aliar á una tropa de bandidos y de asesinos... y es testigo de sus atrocidades... por reconocimiento!...

El príncipe se echó á reir y respondió:

—Justamente, señora, á propósito de estas atrocidades de que es testigo Mr. de Rohegune, es por lo que se escitará vivamente vuestra admiracion respecto á él.

—¿Cómo?

—Esto tiene algo de prodigioso.

—Entónces, príncipe, lleguemos pronto al fin que ignoramos lo mismo que Mad. de Lancry, porque aquí es donde quedásteis.

El príncipe continuó.

—Rohegune, bien decidido á no abandonar á su hetman hasta que le hiciese un servicio igual al que habia recibido, no tardó mucho en pagárselo dignamente. Se me olvidaba decir que el hetman tenia dos hijos, que servian como soldados en su tropa; los amaba como un lobo ama á sus hijos pequeños; los lanzaba con indiferencia en medio de los mayores peligros, y luego, concluida la accion, los estrechaba contra su seno con una especie de alegría agreste y dando bramidos como un animal montés. La intrepidez natural de Rohegune, el afecto que le manifestaba el hetman, de cuyos peligros y privaciones participaba valientemente, le adquirieron una grande influencia sobre aquellas hordas. En un reconocimiento de los puestos avanzados, compuesto de algunos soldados entre los cuales estaban los dos hijos del hetman, cayeron en una emboscada á orillas de un torrente. Casi todos los cosacos fueron pasados á cuchillo, y las aguas trageron al campo del hetman los cadáveres que no se habian destrozado en las rocas.

—Ah! eso es horrible, exclamó Mad. de Semur, se diria que era una página de novela moderna, el tímido experimento de una jóven literata que se ensaya sonrojándose...

—Escuchad entonces la peripecia, repuso el príncipe. Sabiendo esta desgracia el anciano hetman quedó atónito, parado. En este momento, un edecan del feld-mariscal, (el oficial ruso de que os he hablado), corrió á mandar al hetman se dirigiese con su masa de soldados al punto que designaba. El hetman hizo un signo con la cabeza. Lleno de confianza en este soldado viejo, y precisándole llevar otras órdenes, el edecan no creyó necesario cerciorarse de la maniobra que habia ido á mandar, se dirige á galope hácia otro punto. Rohegune sabia bastante de guerra, aunque jóven; la habia hecho por mucho tiempo. Comprendiendo la importancia de este movimiento que debia ejecutarse con la rapidez del rayo, queda pasmado de la inmovilidad del hetman, le habla, le recuerda la orden que acaba de recibir... no puede sacarle una palabra. Cada minuto de atraso comprometia la salvacion del ejército,

y la vida del hetman; porque su inaccion merecia la muerte. Para sacarlo del anonadamiento en que lo habia sumido la noticia del sacrificio de sus dos hijos, tomó Ro-
chegune un partido desesperado y dijo al hetman:

—*A caballo... á caballo...*

El anciano lo miró y meneó la cabeza.

—*Es para volver á encontrar á tus hijos!* gritó nuestro amigo.

Un rayo brilla en los ojos del anciano.

—*Mis hijos, dijo, donde están?*

—*Sígueme... tú los encontrarás;* dijo Ro-
chegune, y montó á caballo, dirigiéndose hácia el punto indicado por el edecan.

—*Mis hijos!... mis hijos!...* exclamó el anciano montando tambien á caballo para alcanzar á Ro-
chegune que ganaba terreno. Los cosacos siguen las huellas de su het-
man; esta masa de caballos empieza á moverse; Ro-
chegune la guia y la precede, seguido de cerca por el anciano,
que no dejaba de decir.

—*Mis hijos!... mis hijos!...*

—*Sígueme,* respondió Ro-
chegune.

Las líneas enemigas estaban á la vista. Ro-
chegune se las mostró á hetman, diciéndole:

—*Allí están tus hijos.*

El anciano dió un grito rabioso y marcha contra el enemigo; se traba una horrible refriega; ya en medio del fuego el hetman vuelve en sí. Ro-
chegune, que no lo deja, le explica en dos palabras lo que sucede. El anciano recobran-
do su sangre fria combate con su valor acostumbrado. Por un acaso milagroso, Ro-
chegune, cargando á un grueso de caballeria circasiana, que efectuaba lentamente su retirada, lo arrojó y obligó á abandonar en su fuga un caballo de carga, en el cual estaban amarrados los dos prisioneros...

—Los dos hijos del anciano hetman!... exclamó Mad. de Richeville. Qué felicidad!...

—Justamente, señora, continuó el príncipe; estaban acribillados de heridas; el enemigo los habia reservado des-

pues de la emboscada y los guardaba en rehenes. Podedis haceros cargo de la alegría de Rohegune, trayendo estos dos hijos á su padre. Este, cuando los vió cruzó los brazos sobre el pecho, hincó una rodilla en tierra y besó piadosamente la mano de Rohegune. Para apreciar la significacion de este acto, es preciso saber que á nadie sino al emperador hacen semejante homenaje los gefes de hordas; y además en aquellos pueblos salvages, nunca se ha visto que un anciano se haya alguna vez arrodillado ante un jóven.

—*Te salvé la vida, tú me has salvado el honor*, dijo el anciano; *debía pues salvarte otra vez la vida para pagarte; tú me vuelves además mis hijos, ¿qué puedo hacer para desquitarme?*

Estas son las palabras de nuestro amigo, segun me las ha referido el edecan que fué á cumplimentar al hetman acerca de la carga brillante de sus cosacos.

—*Tú y tus hijos*, dijo Mr. de Rohegune; *juradme que perdonareis de aquí en adelante á las mugeres, á los niños ó á los ancianos, que cayeren en vuestro poder: vivid en nombre de...*

Aquí el principe se paró.

—¿En nombre de quién? esclamamos todos...

El principe se sonrió y dijo:

—Este no es secreto mio, básteos saber que el hetman y sus hijos hicieron y cumplieron este juramento. El nombre que pronunció Rohegune fué tan poco olvidado en aquella horda, me dijo el oficial ruso que terminó esta campaña, que el año pasado, al fin de la guerra, era para el hetman tan sagrado como el juramento que habia prestado á nuestro intrépido y generoso compatriota.

—Esto es indigno de los bellos dias de los caballeros andantes, dijo Mad. de Semur, y para completar la novela... este nombre es ciertamente el de una arisca beldad que...

—Permitid que os interrumpa, dijo el principe con seriedad, para afirmaros que ese nombre merecia... y merece siempre ser pronunciado con tanto interés como respeto; os

abandono vuestro caballero andante, pero os pido merced para aquel nombre misterioso... que conocéis...

—Que yo conozco... dijo Mad. de Semur.

—Sí, señora, y que habeis pronunciado doscientas veces, pues es el de una persona que quereis... en fin es un nombre que merece por todos respetos servir de simbolo á una accion generosa... y Rohegune no podia hacer mas digno homenaje á la persona que lleva ese nombre...

—Ah! principe, qué cruel sois! exclamó Matilde: decidnoslo pues.

—Me es imposible, señora; vos misma aprobareis mi silencio, cuando supiereis la causa de él... no quiero quitar á Rohegune el placer de hacéroslo saber.

—Pero antes que venga, no hay porque morirse de curiosidad, dijo Mad. de Semur. —Vamos, principe ablandáos. Para deciros os declaro muy seriamente que me parece admirable la conducta de Mr. de Rohegune; su medio de volver en sí al hetman diciéndole: «*seguidme sé donde están vuestros hijos...*» no podia proceder sino de un alma generosa que sabe qué efecto producen en el corazon los grandes afectos.

—Y su idea de aprovecharse del agradecimiento que inspira, para imponer la clemencia á aquellos bárbaros! dijo la princesa de Hericourt; ¿este no es un grande pensamiento?

—Muy hermoso y muy grande, repuso el principe, y que os parecerá, si no muy hermoso, á lo menos mas afectuoso, cuando supiereis el nombre...

—Ah! principe, qué cruel sois!... dijo Mad. de Semur. Se admira todo sin restriccion, y nada puede ablandaros...

—Mirad, señora, dijo el principe, oigo un coche entrar en el patio, quizás la casualidad os envíe á nuestro héroe. Diriglos á él...

—Bendita sea la casualidad: sí, en efecto es Mr. de Rohegune, dijo Mad. de Semur. La casualidad es á ocasiones tan azarosa que debiera una vez al menos...

La entrada de Mr. de Rohegune interrumpió la invocacion de Mad. de Semur.

El sol de Oriente le habia tostado de tal manera; la espresion de su fisonomia estaba tan cambiada, que se le desconocia. El color moreno de su figura hacia parecer aun mas brillantes sus grandes ojos pardos de negras cejas. Su cara completamente afeitada, escepto los bigotes que hacian resaltar el color sonrojado de sus labios y la blancura de sus dientes, le daban un carácter oriental muy pronunciado. Era imposible olvidar aquellas facciones tan enérgicamente marcadas. El talle grande y esbelto, su vestido negro, el aire noble, caballeresco y atrevido de un retrato de Velazquez ó de Van-Dyck. Su modo de andar no era descarado como el de los fanfarrones; anunciaba una naturaleza tranquila y fuerte, inteligente y enérgica.

Enagenada de volver á ver á Mr. de Rohegune, le manifesté cordialmente mi alegria, de la cual participó tambien, al hablarme de lo pasado; pasó de repente por su semblante una sombra de tristeza; presumí que la causa de esto era por recordarse de Mr. de Mortagne, y que no le parecia aquel el momento ni el lugar conveniente para hablarme de tan querido amigo.

—Sabeis que soy muy disimulado cuando menos, dijo Mad. de Richeville á Mr. de Rohegune.

—¿Por qué decís eso, señora duquesa?

—Me habeis contado que fuisteis herido, que os faltó poco para perecer, enterrado en la nieve, que fuisteis salvado... y nada mas... os guardásteis bien de decir una palabra acerca de cierto anciano hetman...

—De decir una palabra del inmenso servicio que le prestásteis... salvándole el honor, dijo Mad. de Semur.

—Devolviéndole sus dos hijos, añadió la princesa.

—Y haciendo prometer á él y á sus hijos perdonar en lo sucesivo á todas las mugeres, los niños y los viejos; dijo Mad. de Semur; y darles la libertad en nombre de...

—Este es el misterio, dijo Mad. de Richeville; este buen príncipe no quiere decir el nombre de quien... Habeis suavizado la ferocidad de aquellos bárbaros.

Todas estas reconvenciones habian sucedido tan rápidamente que Mr. de Rohegune no habia podido responder

una palabra; en lugar de afectar una modestia encogida y embarazada, dijo noble y sencillamente:

—Todo eso es verdad; pero permitidme, príncipe, que os pregunte como sabeis...

—No le digais que no nos ha dicho ese nombre misterioso, exclamó Mad. de Richeville.

—Veis como se pone colorado!.. dijo sonriéndose Mad. de Semur.

En efecto Mr. de Rohegune se había sonrojado; lo confesó francamente en lugar de defenderse.

—Si, me he sonrojado, dijo sonriéndose, porque no puedo dejar de hacerlo de reconocimiento al oír ese nombre que siempre me ha producido felicidades, ese nombre símbolo de una memoria que me ha guiado, protegido, aconsejado en circunstancias bastante graves de mi vida: desde que pronuncié ese nombre por primera vez, ha venido á ser para mí como un talisman, lo idolatro ciegamente. Mirad, me han dicho esta mañana que habia pronunciado un buen discurso en la cámara de los Pares; pues bien! si ha sido así es porque lo invoqué en mi mente, estoy seguro de ello!

—Pues justamente, dijo Mad. de Richeville, esa es la causa porque nos deshacemos por saberlo.

—Lo que acabais de decirnos nos impacienta mas todavía, dijo Mad. de Semur.

—Hablaeis, exclamó Mad. de Richeville: desde ahora os atormentaremos hasta que hayais esclarecido este misterio. El príncipe ha dicho que conocíamos á la persona que lleva aquel nombre... que la amamos... veamos, decidnoslo... Esto es para perder la cabeza.

—Sentiria, repuso seriamente Mr. de Rohegune, que pudiéseis creer, señora, que temo decir y repetir ese nombre. El sentimiento que me dictó lo que hice, es bastante honorífico, para que no me glorie de ello siempre, en todas partes y muy libremente, os lo juro... Pero estoy cierto, que el príncipe piensa como yo, que en este momento no puedo satisfacer vuestra curiosidad. Si es de parecer contrario... me rindo.

—Tenia ganas de suplicaros que hablárais, dijo el principe sonriéndose. Así me vengaria de...

—¿De quién? dijo Mad. de Semur, viendo la perplejidad del principe.

—De vos, señora, añadió con buen humor, haciéndoos admirar mucho mas lo que no alabais sino con trabajo. Pero soy generoso, y sigo el consejo de Rochegune.

—Oh! esto es horrible!... cómo se entienden, dijo Mad. de Richeville. Vamos, esperaremos todo el tiempo que gustéis... Pero no os eximireis de nuestra curiosidad Mr. de Rochegune. Es preciso que la satisfagais de otra manera.

—Estoy á vuestras órdenes, señoras.

—Pues bien! ya que estais á mis órdenes, hacednos, de memoria, el retrato del anciano hetman en el album de Emma.

Emma, antes que Mr. de Rochegune hubiese respondido, se levantó muy alegre, sonrojadas sus mejillas, y arrió una mesa en que habia todo lo necesario para dibujar á la aguada.

—Y para castigarlo de su discrecion, nos cantará su cancion albanesa de las golondrinas, añadió la princesa.

—Emma la acompañará, y Mad. de Lancry se embelesará al oirla, dijo la duquesa.

Emma, en extremo alegre, abrió el piano con la misma graciosa prontitud.

—Vamos, hombre misterioso, dijo Mad. de Richeville, hacednos conocer cuanto antes la cara de aquel anciano hetman que tanto quiero sin conocerle.

—Y entonadnos vuestra cancion de las golondrinas, que me agrada mucho porque la conozco, dijo Mad. de Semur.

—¿Por dónde empezará, querida princesa? dijo Mad. de Richeville.

—Por la cancion, porque se oye aun largo tiempo despues que la ha cantado, pues en estilo sencillo y patético, deja mucho eco en el corazon.

Emma se puso en el piano.

Mr. de Rochegune comenzó.

Era una canción albanesa que él mismo había notado y traducido la letra. Nada más natural, más primitivo que aquel canto de una encantadora melancolía.

Nunca había oído la voz de Mr. de Rochegune; era á la vez sonora, dulce y muy vibrante.

Me agradó tanto esta canción que le pedí la repitiese: sin hacerse rogar la cantó de nuevo con la mejor gracia del mundo.

Emma la acompañaba maravillosamente.

Cumplida tan bien esta primera parte de su tarea, Mr. de Rochegune se ocupó de la segunda; se puso en la mesa de dibujar, y en media hora diseñó admirablemente el retrato del hetman de los cosacos, cuyas facciones toscas y salvajes estaban realzadas con un traje muy pintoresco.

Menos sorprendida estaba yo de los conocimientos sobresalientes de Mr. de Rochegune, que de la graciosa facilidad con que se había prestado á todos los deseos que se le habían manifestado.

Hallaba sorprendente y delicioso á un tiempo que este soldado intrépido, que este elocuente orador, que este hombre de una caridad evangélica, (porque continuaba escrupulosamente en su tierra las tradiciones filantrópicas de su padre) reuniese aquellos dotes tan agradables á cualidades tan eminentes y tan raras. Y además me parece que siempre no es muy agradable á los hombres poderosos por la inteligencia, fuertes por el valor, mostrarse sencillos, buenos y obsequiosos.

Siempre me acordaré de aquella noche tan dulcemente ocupada de las artes, de la poesía, de viages, y pasada tan pronto, gracias al encanto de una conversación íntima en que se pretendía el afecto y se rivalizaba en el deseo de agradar.

Mientras que Mad. de Richeville fué á acompañar á la princesa de Hericourt, Mr. de Rochegune me preguntó si estaría en casa por la mañana y si le haría el favor de recibirlo.

—Por poco estimable que sea esta gracia que me pe-

dís, le dije sonriéndome, tengo ganas de poner una condición, soy mucho mas curiosa ó mas terca que Mad. de Richeville, y sentiria mucho esperar hasta mañana para saber aquel nombre misterioso, con el cual hicisteis cosas tan nobles.

—Y yo señora, no podia decirlo... ni aun delante de vuestros mejores amigos... no por causa de ellos, pues me hubieran aplaudido, no lo dudo... sí por causa vuestra...

—¿Mia?... ¿Y por qué?

—¿Porqué? repuso Mr. de Rochegune. Y añadió con el tono mas natural del mundo, y cómo si dijese una cosa muy sencilla. Porque aquel nombre es el vuestro, porque aquel nombre era MATILDE!



VII.

UN AMIGO ANTIGUO.

Bajo la impresion que me habia causado la revelacion de Mr. de Rochegune, volví á mi casa inquieta, confusa, como si me hubiera hecho repentinamente una declaracion amorosa.

Mi confusion no era hija de la delicadeza de una falsa gazmoñeria, sino del temor de ver mis relaciones futuras con Mr. de Rochegune perder su carácter puro y fraternal. En vez de serme agradables me fueron molestas y penosas por la fria reserva que me habian inspirado.

No obstante, despues de algunas reflexiones me tranquilicé; me acordé de las palabras del venerable príncipe de Hericourt. Sabiendo que se trataba de mí, calló mi nombre por respecto á mi modestia; pero habia elogiado tan abiertamente á Mr. de Rochegune, éste habia hablado con tanta franqueza acerca de lo mismo, que mis escrúpulos se apaciguaron.

Por otra parte, no podia creer que Mr. de Rohegune hubiera querido tratarme ligeramente. Nuestras relaciones habian sido siempre delicadas en extremo, y nunca habia tenido semejante sospecha.

Me habia prestado muy grandes servicios: el primero recien casada, viniendo á instruirse de las odiosas voces que esparcia Mr. de Lugarto, y que trataba de acreditar estando á mi lado; el segundo, ayudando á Mr. de Mortagne á librarme del lazo que aquel infame me habia tendido.

En estas ocasiones, nunca salió Mr. de Rohegune de la reserva mas completa. Nunca me hizo la menor alusion á la esperanza que habia tenido de obtener mi mano, ni á los sentimientos que por mi hubiera podido tener.

Poco tiempo despues de la noche fatal de la casa aislada de Mr. de Lugarto, salió para Grecia; de allí habia ido á Rusia. Durante esta sangrienta campaña, rindió una especie de culto á mi nombre, á mi memoria, ignorando si me volveria á ver algun dia. ¿Podia yo ofenderme de esta prueba á la vez generosa y rara de su adhesion?

Me tranquilicé tanto mas facilmente acerca del amor de que habia un instante sospechado á Mr. de Rohegune, como que no creia tener inclinacion alguna. Admiraba sus raras facultades, su noble carácter habia recientemente descubierto en él nuevos atractivos. Estaba sinceramente reconocida á los servicios que me habia prestado; pero sentia siempre la inmensa diferencia que existia entre mi afectuosa amistad respecto á él y el amor que habia en otro tiempo tenido á Mr. de Lancry.

Habituada como estaba á analizar mis mas fugaces impresiones, me pregunté si no era penoso pensar que á los veinte años debia renunciar al amor... tanto por solidez de principios como por impotencia del corazon. Vi por el contrario, en estas frias imposibilidades, la garantia de mi futura felicidad.

Desde mi vuelta á Paris era dichosa. La sociedad reducida, y selecta en que vivia me colmaba de atenciones y de obsequios. Tenia que amar á Mad. de Richeville, á Emma:

tenia pues, si decirse puede, bastante ocupado el corazon, para no echar menos la falta llegada de sentimientos mas vivos.

He olvidado decir que estando en mi casa todas las mañanas, recibia bastante á menudo á los amigos de Mad. de Richeville que habian llegado á ser míos. Asi, segun mi costumbre, la venida de Mr. de Rohegune no era de manera alguna un suceso imprevisto.

Lo esperaba con impaciencia.

Vino, segun creo, á los dos dias de haberlo vuelto á ver por primera vez. Estaba sola, me dió la mano y me dijo tristemente:

—No pude hablaros antes de ayer de nuestro desgraciado amigo aunque estábamos en casa de una de las personas á quien amaba mas en el mundo. Pero habeis conocido como yo que no era aquella la ocasion de hablar de aquel cruel suceso... Ah! si supiéscis lo que he perdido en él!

Y no procuró Rohegune ocultar una lágrima que cayó de sus ojos.

—Yo tambien lo he sentido y lo siento todos los dias... le dije muy conmovida, cuando recuerdo que en sus últimos momentos su pensamiento estaba todavia en mí!.. Ah! esa fué una horrible muerte, una infernal venganza!..

Mr. de Rohegune frunció las cejas y me dijo con un aire sombrío:

—He empleado todos los medios posibles para saber donde se hallaba ese miserable Lugarto, y para descubrir los instrumentos de su cobarde asesinato; porque soy del parecer de Mad. de Richeville respecto á aquel duelo y á su horroroso fin. Nadie ha podido darme noticias; algunas personas solamente me han dicho que Lugarto estaba ó en América ó en el Brasil.

Enteré entonces á Mr. de Rohegune del singular incidente que habia puesto en mi poder una carta de Lancry escrita á una persona desconocida.

Este hecho le llamó la atencion; me dijo que tomaria las medidas necesarias para tratar de saber si en efecto Mr. de Lugarto estaba secretamente en Paris.

—¿Pero creéis que se atreva á venir aquí? le dije.

—Lo temo, es demasiado cobarde para batirse conmigo, y confieso que titubearía en ejecutar la amenaza que le hizo Mr. de Mortagne.

—El mismo hubiera retrocedido ante este extremo...

—No sé, su carácter era tan intratable... pero lo que aumentará la audacia de Lugarto, es que sus crímenes no están probados: puede ponerse bajo la protección de las leyes y arrostrar el escándalo del proceso que se le puede entablar acerca de vuestro rapto.

—Nunca consentiré en ello, exclamé; sería preciso escitar muchas cuestiones ignominiosas para el nombre que llevo. Este triste pasado es ahora para mí como un sueño penoso. Todo lo que recordase su realidad me causaría horror.

—Teneis razon, dejadnos el cuidado de velar por vos; olvidad, olvidad lo pasado!... Oh! lograremos echarlo de vuestra memoria, á fuerza de obsequios y de afecto. Mortagne os legó á Mad. de Richeville, á mí, á todos aquellos en fin que tienen un alma generosa. Tratarémos de ser para vos lo que él mismo era, y de probaros que no hay sino buenos corazones sobre la tierra... Pobre muger! habeis padecido tanto! habeis encontrado tantos seres infames ó degradados, que os contentareis con creernos y dejaros amar! ¿no es así?

No podré explicar con qué cordialidad sencilla y afectuosa pronunció Mr. de Rohegune estas palabras.

—Qué bueno sois! le dije; cuánta gratitud os debo! ¿No os habeis adelantado al deseo de Mr. de Mortagne? acordáos pues... hace tres años...

—Oh! no hablemos de lo que me debeis, me dijo, porque yo os he debido bien dulces... y bien tiernos pensamientos.

No pude contener un ligero movimiento de perplejidad.

Mr. de Rohegune me comprendió y me dijo sonriéndose.

—Atended, una comparacion os manifestará mi idea.

Sentiria mucho que tomáseis esto por *gálanteria*; os gustan mucho las pinturas, las hermosas estátuas, la bella música, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—Comprendeis que se pasan las horas enteras en contemplar la *Transfiguracion* ó la *Virgen con su niño*?

—Ciertamente.

—Bien sabeis que se escueha con placer, con reconocimiento, á Mozart, Gluck ó Beethoven: en fin confesais que se puede pedir á la admiracion de estas obras maestras del arte los mas divinos goces, las mas grandes inspiraciones.

—¿Pero qué relacion?...

—Pues bien! estos goces, estas grandes inspiraciones las he pedido á una adorable obra maestra de la naturaleza, á un ser ideal de bondad, de gracia, de nobleza, y las he obtenido. Los últimos deseos de mi padre, los de Mr. de Mortagne, el piadoso respeto que me inspiraron vuestras penas, han aumentado mas el culto apasionado que os he dedicado. Habeis venido á ser para mí como un ser intermedio entre lo humano y lo divino; desde que os conocí, á vos es á quien siempre he transportado mis mejores instintos; porque siempre me han venido de vos; mezclando vuestro nombre, vuestro pensamiento con generosas acciones, no lo hacia por adulacion sino por pagaros un derecho.

—Teneis sin embargo otros recuerdos que el mio que invocar, le dije para cambiar el curso de esta conversacion que empezaba á embarazarme, el hombre admirable que os ha criado en tan nobles sentimientos...

—Mi padre... habia presentado lo que seriais... habia pensado unirnos un dia, me respondió con gravedad Mr. de Rochegune.—Pensar en él, es pensar en vos... su memoria augusta y sagrada, me inspira el afecto que os profeso... Así tranquilizáos; no me creais capaz de decir *galanterias*, de querer, como se dice vulgarmente *obsequiaros*... Obsequiaros!... No se obsequia á una mujer como vos... así que se le conoce, se le ama como ella merece ser amada. Esto es lo que he hecho siempre.

—Mr. de Rohegune...

—Esta declaracion... no puede ofenderos, no debe ni aun sorprenderos...

—Sin embargo...

—Y además, cuando supiereis que lo que quiero ser para vos, es lo que quisiera que vos fuéseis para mí, no os incomodará esta declaracion.

—¿Ciertamente, caballero?... le dije no pudiendo contener la risa por causa de su vivacidad.

—Y tambien podrá ser que llegueis á ser feliz.

—¿Feliz?

—Y os envanezcáis...

—¿Envanecerme? esto es muy grato, os escucho.

—Nada mas sencillo. Sois una muger animosa, tan celosa de vuestro honor, como un hombre lo es del suyo. Sois incapaz de cometer una falta, tanto por solidez de principios, como porque esa falta tendria el viso de una cruel represalia, y de dar la sombra de excusa á la indigna conducta de vuestro marido. ¿Es verdad?

—Es verdad, nunca he pensado de otra manera.

—Lo veis, tengo alguna participacion en la elevacion de vuestros sentimientos. Los comprendo porque participo de ellos. Pero teneis apenas veinte años, pasáis una vida aislada, sin familia, sin vinculos. Al presente os basta la amistad de Mad. de Richeville, estais en un estado de transicion, que al parecer lo teneis por felicidad. Este estado negativo no durará; vuestro corazon se despertará, amaréis...

Interrumpí á Mr. de Rohegune.

—Habeis, le dije, hasta aquí hablado con mucha razon y verdad, para que esté de acuerdo con vos acerca de este último punto. No amaré mas... Una fatal... pero violenta pasion ha estinguido el amor en mi corazon.

—Estinguido el amor en vuestro corazon! dijo, no habeis amado nunca....

—¿No he amado nunca?

—Nunca.

—Veamos Mr. de Rohegune, hablemos seriamente;

no nos entreguemos á las locuras paradójicas de Mad. de Semur.

—Hablo seriamente, os lo repito, no habeis amado nunca.

—Pero, caballero...

—Pero, señora... Dios no quiere que dependa del primer miserable que llegase á encender ó á apagar para siempre en un corazon como el vuestro, el mas divino de todos los sentimientos, el que exige que se empleen las mas magnificas facultades del alma.

Miraba á Mr. de Rochegune con sorpresa, y repuse:

—Cómo... no he amado! ¿Entónces, qué es lo que he padecido? ¿Por qué este anonadamiento del corazon? ¿Por qué esta muerte de todas mis esperanzas?

—Habeis tomado por anonadamiento del corazon la estenuacion del dolor!... ¿Por ventura el corazon se anonada? ¿Renuncia á toda esperanza cuando no hay nada que sentir?

—Nada que sentir, caballero?

—No; teneis mucho que deplorar, pero felizmente no teneis nada que sentir, así el porvenir os queda todo entero con su horizonte sin límites...

—El porvenir...

—El porvenir, sin duda, ¿por qué no? ¿Quién os lo cierra? decidme que una pasion noble, grande, profunda, generosamente participada, pero bruscamente destrozada por un acontecimiento sobrehumano, deja en el alma sentimientos eternos, y la cierra á toda esperanza, os creeria. Sí, estos sentimientos serán eternos porque su causa será puro; eternos, porque en lugar de sofocarlos, se les mantendrá religiosamente, eternos, porque se hallará en ellos el amargo placer que dá la conciencia de un dolor inconsolable; porque la felicidad que se ha perdido, no puede repararse. ¿Pero esta religiosa fidelidad al culto de lo pasado probará que el amor está estinguído en el corazon? Al contrario; probará que nunca ha ardido tan puro y tan vehementemente. Ahora bien... ¿habeis sentido cosa igual?... No, sin duda; despues de haber horriblemente padecido, habeis huido con horror los recuerdos de vuestros padecimientos,

habeis dado gracias á Dios por haberos librado de vuestro verdugo, pobre y desgraciada muger?

—Eso es verdad... Léjos de complacerme con esos recuerdos detestables... los he huido... Pero por fatal, por vergonzoso aun, os lo concedo, que haya sido mi amor; no he amado menos... Sin él no hubiera podido casarme con Mr. de Lancry.

—Hay sorpresas de corazon, como las hay de los sentidos; las seductoras exterioridades de vuestro marido, sus hipócritas y dulcès palabras, vuestro deseo tan natural de salir de la tutela de vuestra tia, vuestra ingénua confianza en un hombre que creiais sincero y fiel, vuestra generosidad nativa, la falta absoluta de comparacion, todo os impelió á un casamiento indigno de vos. Ya una vez casada, una vez desgraciada, habeis puesto vuestra obediencia ciega en poder de vuestro marido, la animosa observancia de vuestros deberes en noble sacrificio del amor, habeis sido virtuosa, resignada... os habeis creido apasionada.

—¿Pero no he sentido los tormentos de los celos?

—Todo se encadena! Partiendo de una impresion falsa, os habeis engañado sobre los celos como sobre el amor.

—¿Me he engañado?

—La ingratitud de vuestro marido os ha incomodado mas que su infidelidad.

—¿Pero por qué no debia haber amado á Mr. de Lancry?

—Porque es indigno de vos...

—¿Creeis que no se ama verdaderamente sino á las personas dignas de una?

—Creo, que vos, Matilde de Maran, no podeis amar, verdaderamente amar, sino á una persona digna de vos.

—Pero ya veis; Mr. de Secherin es tan bueno como perversa su muger; esta lo ha burlado vergonzosamente; y él la adora.

—No irato de Mr. de Secherin, no hablo en general. Os digo que *vos*, vos no podeis verdaderamente amar sino á alguno digno de vos.

—Pero por qué debo *yo* mas que otra?

—Porque el amor debe ser en vos, lo que para las almas no vulgares, os lo repito, un magnífico cambio de generosos sentimientos.

—Vuestras razones son especiosas, y la vanidad podría venir en ayuda de la convicción, dije á Mr. de Rohegune; pero no estoy persuadida.

—Lo estareis.

—¿Pero por qué quereis que me convenza, y probarme que mi corazón fué sorprendido; que no he amado verdaderamente, y que debo amar á alguno digno de mí?

—Os quiero dar esta convicción para conduciros á ser feliz y envanecida con mi declaración, os lo he dicho...

—Esplicáos...

—Probándoos que no habeis amado nunca, que no podeis amar sino á un hombre digno de vos, os hago necesariamente confesar que amareis un dia.

—No confieso eso... ¿Quién os dice que encontraré ese hombre digno de mí; y además, quién os dice que le amaré?

—Todo me lo dice. Será una de las exigencias de vuestra posición; pero vuestro carácter, vuestros principios son tales, que cuando amareis será preciso que no solamente podais confesar libremente vuestro amor, sino gloriaros de ello á la faz del mundo...

—Semejante amor es raro...

—Y mas raros todavia los hombres dignos de experimentarlo. Así os digo que cuando hubiéreis encontrado uno de esos hombres, forzosamente lo amareis, todo os incitará á ello; la necesidad de vuestro corazón, el orgullo de ser amada así, las misteriosas afinidades que aproximan á las almas superiores...

—¿Pero ese hombre?...

—Ese hombre, si lo quereis, seré yo ..

—¿Vos?...

—Yo... os digo esto, porque me creo digno de vos.

—Por parte de otro cualquiera, esta seguridad sería el cúmulo de la tontería, dije gravemente á Mr. de Rohegune, dándole la mano, pero á vos, os creo... teneis razon, soy feliz y me envanezco con esta declaración.

—Bien os lo decia, repuso él con una sencillez increíble.

—Imitaré vuestra franqueza, dije á Mr. de Rochegune. Puede que mi corazon se despierte. Si nunca he sentido respecto á vos un amor con que los dos podamos envanecernos, entónces... os lo juro, me abandonaré á él con seguridad... Pero ay!... el amor mas puro, el mas santo... ¿está al abrigo de las calumnias del mundo?

—No quiero constituirme campeón del mundo, pero el mal que hace tiene casi siempre por causa el disimulo ó la debilidad de los que se quejan. Turbada la conciencia, falta valor. Si experimentáis por el contrario un sentimiento de que pidiéseis envaneceros, que pudiéseis confesar á la faz de todos, ¿por qué lo habíais de ocultar? Si así lo hiciéseis seria una vileza, y mereceríais que os calumniase. Si no tenéis nada que echaros en cara ¿entónces para qué recurrir al fingimiento, á las reticencias compañeras siempre de una conducta culpable?

Me agradó mucho la espresion que animaba las facciones de Mr. de Rochegune:

Despues de haber reflexionado un momento, dije á Mr. de Rochegune.

—Voy á daros una prueba de franqueza y de confianza, haciéndoos una pregunta estraña: ¿por qué no hablásteis así ahora tres años?

—Porque ahora tres años era jóven y tenia menos seguridad en mí, para atreverme á hablaros de esta manera; Mortagne sabia mi amor; me aconsejó que dejase la Francia, que viajase, que utilizase mi vida sirviendo una noble causa, hasta que hubiese adquirido bastante imperio sobre mí mismo para *separar el oro de sus escorias*, decia él, para purificar este amor de tal manera, que pudiese venir á ofrecéroslo sin sonrojarme.

—Y si al llegar me hubiéseis hallado consolada del abandono de mi marido, y amando un corazon digno del mio...

—Los sentimientos elevados y desinteresados están á prueba de duras equivocaciones; os hubiera dicho lo que os

digo; ofrecido lo que os ofrezco y esto delante de la persona amada... porque amado por vos, hubiera sido capaz de comprenderme...

—Eso no podia ser; hay imposibilidades morales como imposibilidades físicas; os lo repito, no podíais amar sin sonrojaros.

Despues de haberme mirado un instante en silencio, me dijo Mr. de Rochegune con una espresion solemne que daba un gran valor á estas palabras:

—DUDARIA DE MI MISMO.

Tal fué la singular y primera conversacion que tuve con Mr. de Rochegune.



VIII.

LAS CONFIDENCIAS.

Estuve bastante tiempo sin sentir, si decirse puede, los resultados de mi conversacion con Mr. de Rochegune.

Habia en él tanta franqueza y honradez, que no tuve en nuestras relaciones la reserva que su declaracion hubiera quizás debido imponerme.

Continué viéndolo casi todas las noches en casa de Mad. de Richeville, donde iba muy de continuo, como los otros amigos de la duquesa; bastante á menudo venia tambien á mi casa por las mañanas.

Tenia tal confianza en mí y en él, que me dejaba ir sin temor al encanto de aquel afecto naciente. No lo ocultaba, estaba envanecida, y creo que justamente envanecida con las pruebas de adhesion que Mr. de Rochegune me habia dado y con la influencia que sin saberlo habia ejercido sobre su vida.

Gozaba de sus ventajas que se aumentaban cada dia.

Hablaba raras veces en la cámara de los Pares, pero su elocuencia hacia vibrar todas las almas generosas; el influjo de su palabra era tanto mas poderoso cuanto mas absoluta su independencia. No pertenecia á partido alguno, ó antes bien pertenecia á todos en lo que tenian de noble y elevado, partidario declarado de lo que era justo, humano, grande, verdaderamente nacional, era inflexible á las vilezas, á los egoismos, á las hipocresias; se habia formado una posicion escepcional, estéril para las ventajas personales que hubiera podido sacar de ella, admirablemente fecundo por las augustas verdades que esparcia en Francia, y en Europa.

Cási todos los estrangeros distinguidos, bien por el saber, bien por el nacimiento, tenian en mucho ser admitidos en casa de Mad. de Richeville, y era fácil ver que la sociedad de la duquesa gustaba hacer alarde de Mr. de Rohegune, que se habia conciliado las mas elevadas y mas lisongeras simpatías.

En intimidad, ninguno mejor que él poseia el arte de hacer olvidar su superioridad tan brillante y tan reconocida, con una sencillez encantadora, con una alegria dulce y significativa. Tenia no solo el raro talento de agradar, sino tambien el de procurar agradar.

Sus preferencias conmigo, ¿y por qué no he de decir mis preferencias con él? pues que el afecto que las dictaba no tenia nada que pudiese hacerme sonrojar, parecian tan naturales y eran de tal modo manifestadas por nosotros en la sociedad de Mad. de Richeville, que hubiera sido, por decirlo así, un escrúpulo privar á Mr. de Rohegune de ofrecerme su brazo ó de sentarse à mi lado: esta benévola tolerancia de parte de personas de rigidez conocida, probaba bastante, cuán honrosa era nuestra adhesion.

Profesaba yo una tierna amistad á Mad. de Richeville; cada dia me daba pruebas de nuevas bondades. Quería á Emma como hubiera querido á una hermana pequeña; nunca habia sido mas feliz.

Pasaba casi todas las noches en casa de Mad. de Ri-

cheville, á escepcion de los dias que iba al teatro, y de algunos otros que me quedaba sola para pensar.

Por la mañana daba algunos paseos, hacia visitas de confianza, ó me ponía al piano.

Me hallaba tan bien con esta nueva vida tranquila y sosegada, que no habia querido ir algunas veces al baile.

Un hecho, quizás inaudito en los fastos de la sociedad, vino á mostrar bajo un nuevo dia el carácter ya tan es-céntrico de Mr. de Rochegune.

Para comprender lo que sigue, debo decir que habia olvidado muy fácilmente que Mr. Gaston de Senneville, sobrino de Mad. de Richeville, se habia ocupado de mí, pensando necesariamente que la evidencia de los obsequios de Mr. de Rochegune y la no menos grande con que yo los acogia, constituian una especie de amistad fraternal que le dejaba á él, Mr. de Senneville, todas las ocasiones posibles de inspirar un tierno sentimiento.

Era muy jóven, tenia, segun creo, veinte años Mad. de Richeville lo recibia con bondad; era la nulidad en la elegancia y la insignificancia en lo agradable; teniendo por otra parte modales escelentes, y supliendo lo que le faltaba de talento con un mundo tan precoz, que sus maneras esquisitamente etiqueteras hacian un contraste casi ridiculo, con su linda figura todavia juvenil.

A la verdad, esta ceremoniosa exageracion es preferible á la indiferencia ó á la familiaridad casi grosera de muchos hombres de la sociedad; así Mad. de Richeville y yo no nos burlábamos sino á solas de la fatuidad grave y acompasada de su sobrino.

Lo habia recibido con tanto mas afecto cuanto que no le suponía la menor pretension. Por su parte no me habia hecho mas obsequios que los que todo hombre debe hacer á una muger; pero, en nuestros dias, las personas de buena sociedad son tan raras, y los hombres se ocupan tan poco de las mugeres, que los menores miramientos llegan casi á comprometer. Así, lo que pasaba por trato del mundo en la pequeña tertulia de Mad. de Richeville, debia sin duda pasar por obsequio muy asídúo y muy declarado en

una sociedad menos reducida y menos escogida.

Fué necesaria la escena que voy á referir, para enterarme de las intenciones que se atribuian á Mr. de Senneville ó que él mismo habia manifestado, sin que yo hubiese nunca sospechado lo mas mínimo.

Mad. de Richeville vino una mañana á mi casa, y me dijo dándome uu abrazo.

—Estoy loca de alegría. Sois la heroína de una accion inaudita, increíble; hay quien os ama, quien os admira mas de lo que se puede imaginar; se os quiere compensar todo lo que habeis padecido. Cuando os decia que en el mundo habia algo bueno... os hace justicia. Héme aquí optimista decidida.

Mad. de Richeville me pareció tan exaltada, que le dije sonriéndome:

—Esplicadme, decidme, ¿cómo he venido á ser sin saberlo, la heroína de esa accion inaudita, increíble?

—Os lo voy á decir y á haceros sonrojar. Oh! pero sonrojar de veras, porque no se os han escaseado las alabanzas; pero lo que hay de mas gracioso es que una tontera de mi sobrino Gaston de Senneville, ha inspirado á Mr. de Rochegune las palabras mas elocuentes, y... pero voy á decirlo todo. Sabeis que ayer noche, por casualidad, no recibí para ir á casa de Mad. de Longpré. No podia dispensarme de ello, pues habia mucho tiempo que no la veia. Nuestra buena princesa y el príncipe eran del mismo parecer, y convine antes de ayer en ir por ellos; fuimos los tres á casa de Mad. de Longpré. No aprecio el carácter de esta muger, pues, con todo su talento le falta ánimo, y dejaria destrozar atrozmente en su presencia á la mas íntima amiga suya, sin hacer otras observaciones que: «Ah! Dios mio! ¿quê me decís? Nunca hubiera creído eso!...» ¿Pero es verdad? Sin duda hay exageracion.» etc.

El príncipe de Hericourt vá ahora tan poco á las reuniones que su llegada á casa de Mad. de Longpré, fué casi una cosa rara. No podeis figuraros, mi querida Matilde, el efecto imponente que produjo su presencia, y cómo cambió casi súbitamente el aspecto del salon cuando entra-

mos. Se hablaba con tanto ruido que apenas se oyó cuando nos anunciaron; así que resonó el nombre del príncipe, se quedó todo de repente en silencio; todos los hombres y algunas jóvenes se levantaron.

—Soy de vuestro parecer... dije á Mad. de Richeville; pensando en los homenajes prestados á un hombre caído en el día, pero que tiene uno de los mas bellos nombres de Francia, y se reconcilia uno con el mundo.

—No es eso! Atended hasta el fin, y os sorprendereis mas. Es inútil deciros que Mad. de Longpré ve á todo Paris, su casa es divertida porque se encuentran en ella todos los extremos (verdaderos ó disputables) de todas las opiniones y de todas las sociedades. Despues de la llegada del príncipe y de su esposa, Mad. de Longpré, que habia hecho perfectamente los honores de su casa, en vez de animar segun su costumbre una conversacion maligna ó perversa, la entabló en un tono digno de sus nuevos concurrentes. Algunos momentos despues llegó Rohegune. Su discurso de antes de ayer en la cámara de los Pares, habia tenido un gran eco, todos los ojos se tornaron hácia él. El príncipe le dió la mano y le recibió, cómo siempre, con afectuosa cordialidad. Entraron otras personas, entre ellas mi querido sobrino Gaston de Senneville, con su corbata puesta superlativamente, con un gracioso ramito en el frac, y presentándose, como sabeis, con aquel aire acompasado, y aquella gracia estudiada, que os hacen reir.

—Y que os desesperan.

—Habia mucha concurrencia en casa de Mad. de Longpré. Es preciso que os nombre las personas que se hallaban allí: Mad. de Ksernika y su uraño marido, lo que me dejó suspensa, y tambien sabreis porqué: estaba la embajadora de Austria, cosa que tambien me sorprendió en otro sentido, porque nada delicado y elevado puede irsele por alto; se hallaba igualmente (llegaba al mismo tiempo que nosotros) aquel grande hombre de estado de quien tan maravillosamente dijo Mr. de Talleyrand: *impone y reposa*.

—Es imposible pintarlo mejor, dije á Mad. de Richeville. ¿No os agrada el retrato que el príncipe de Heri-

court hacia de él el otro día? «Al contrario sabe hacerse amar
»de casi todos los hombres, por su firmeza varonil, res-
»petar por su gracia exquisita, seducir por las facultades
»mas serias, y ser popular por la ilustracion de su naci-
»miento.»

—Encuentro este retrato parecido, me dijo Mad. de Richeville, aunque muy distante, porque es tan imposible pintar los matices de un carácter noble como los de una noble fisonomia. ¿Qué os diré? se hallaba reunido en casa de Mad. de Longprè, lo selecto de Paris, y me pasmó mucho ver á tanta gente del mundo ser testigo de la escena que voy á contaros.

—Decidlo pronto, porque me muero de impaciencia. Mad. de Richeville continuó.

—Mr. de Rohegune hablaba junto á la chimenea con Mad. de Longprè. Se vino á hablar del último concierto del Conservatorio en que estuvimos juntas; y se me preguntó si érais buena música, y con este motivo versó la conversacion sobre vos.

—Ciertamente, respondi, y es una desgracia para los amigos de Mad. de Lancry que sea tan tímida; porque esto os priva á veces del placer de oirla: tiene un método escelente y un gusto perfecto.

—«La primera vez que oí hablar á Mad. de Lancry, dijo Mr. de Rohegune, me cercioré de que debia cantar muy bien; el timbre de su voz es tan musical, que el canto en ella no es un talento, sino una especie de lenguaje natural.»

Mad. de Ksernika, que no os perdona sin duda, querida Matilde, el mal que quiso haceros en otro tiempo, se sonrió con aire pérfido y dijo dulcemente á Mr. de Rohegune, queriendo sin duda embarazarlo:

—«Sois uno de los grandes admiradores de Mad. de Lancry.»

—«Si señora, pero la amo quizás aun mas tiernamente que la admiro.»

Dijo Mr. de Rohegune, con una voz tan firme, con un tono tan franco, tan respetuoso, tan apasionado, que á

pesar de su singularidad, esta declaracion pública, pareció la cosa mas natural del mundo.

—Sé mejor que nadie la honradez de Mr. de Rochegune, dije á Mad. de Richeville sonrojándome; que delante de vos y de vuestros amigos tenga la franqueza de manifestar el afecto que me profesa, pase; pero delante de personas de cuya bondad aun no estoy asegurada...

—Sois injusta, mi querida Matilde; el fin de esto os probará que nuestro amigo ha hecho muy bien.

Mad. de Ksernika repitió con intencion y dijo á Mr. de Rochegune, haciendo arrumacos para darle un golpe peligroso:

—«Eso es muy indiscreto ¿Sabeis que eso es una especie de declaracion que podrá muy bien llegar á los oidos de Mad. de Lancry?»

—«¿Y creéis, señora, dijo Mr. de Rochegune, que no hace mucho tiempo que he declarado á Mad. de Lancry que la amaba apasionadamente?»

Mad. de Ksernika se mostró suspendida, azorada, bajó los ojos, los alzó, los bajó otra vez con una espresion de pudor alarmado, y dijo en fin:

—«Estoy contristada, caballero, de haber por una chanza, provocado una respuesta cuyas consecuencias pueden ser tan graves para la reputacion de Mad. de Lancry y...»

Mr. de Rochegune no la dejó acabar, y le dijo, con el tono mas natural:

—«¿Y porqué, señora; la reputacion de Mad. de Lancry padecería por lo que he dicho? ¿No debe envanecerse de la admiracion y del amor que se le consagre? ¿No puede gloriarse de ser sensible á todo lo que es noble y grande? ¿Debe disimular su entusiasmo porque sea una muger jóven y encantadora con alma noble y grande?»

—«No, sin duda, caballero, replicó Mad. de Ksernika, con pérfida sonrisa: ese entusiasmo tan solo podría hacer suponer á los maldicientes que la persona que lo inspira no es insensible...»

—«Pero todo lo que deseo es que los maldicientes sean los primeros que se convenzan de que Mad. de Lan-

cry no es del todo insensible al entusiasmo que me inspira: dijo Mr. de Rochegune lanzando á Mad. de Ksernika una mirada de sério desprecio.

—«Los maldicientes... Si por ventura, señora, les conoceis, hacedme el favor de decidles, que Mad. de Lancry, sabe el grande amor que me inspira, que me profesa un sincero afecto, que la veo todos los dias, y que no hay felicidad comparable á la que disfruto en esta encantadora intimidad.»

Mr. de Rochegune estableciendo tan resueltamente una amistad íntima que las insinuaciones de Mad. de Ksernika, querian pérfidamente dejar á media luz, echaba por tierra toda la maligna obra de esta muger; toda sobrecogida, quiso llamar en su auxilio á mi sobrino Gaston de Senneville, que, segun parecia, se habia declarado adorador vuestro, y hecho creer que no despreciábais sus pretensiones.

—Nunca me ha dicho Mr. de Senneville una palabra que lo haya hecho suponer, dije... y yo nunca...

—Lo sé muy bien, querida niña, me dijo Mad. de Richeville interrumpiéndome; ahora vais á ver cómo fué castigado mi sobrino de su jactancia.

Las honradas palabras de Mr. de Rochegune le habian ya incomodado mucho, cómo podeis haceros cargo. Se sonrojó en extremo; Mad. de Ksernika le dijo mirándole con un aire burlon:

—«Y bien! Mr. de Senneville, ¿qué pensais de las ideas de Mr. de Rochegune acerca de la discrecion?»

Mi desgraciado sobrino no brilla por la improvisacion. Fué preciso hablar, só pena de pasar por nécio. Vais á ver que no ganó mucho en romper el silencio. Respondió con tono sentencioso á la cuestion de Mad. de Ksernika.

—«Veo señora, que Mr. de Rochegune parece que no hace caso del misterio en amor, y no puedo ser de la misma opinion. Hay tanto hechizo en la oscuridad que... en la opacidad, que se...» y esto fué todo lo que dijo Gaston, siendo imposible ir mas adelante. Su voz se alteró,

todas las miradas se dirigieron á él, tartamudeó y tosió.

Mr. de Rochegune tuvo compasion de él, y le respondió desde luego con una afabilidad casi paternal, animándose despues un poco.

—«Os aseguro, querido Mr. de Senneville, que conozco todo el valor de la oscuridad y del misterio... por ejemplo, respecto á una beldad dudosa, ó á una vil perfidia, de un amor engañoso ó culpable; pero, cuando se trata de una belleza tan pura, tan brillante como un hermoso mármol antiguo iluminado por los primeros rayos del sol (digo esto por Mad. de Lancry), añadió con un paréntesis burlon mirando atentamente á Mad. de Ksernika; pero cuando se trata de un sentimiento, que hace el orgullo y la felicidad de los que participan de él, (hablo de mi amor) para dar al público esta beldad, este amor, no sé que haya un dia bastante claro, y despejado, una voz tan sonora, una adoracion por grande que sea... Entónces comparando los goces divinos que se disfrutan, el corazon envanecido, la frente erguida, los ojos arrogantes con los placeres tenebrosos, vergonzosos y tímidos, me pregunto quien ha podido nunca comparar al águila con el buho, al soldado con el asesino, al honor con la infamia, lo que se confiesa con lo que se oculta, lo que se dice con lo que se calla, os pregunto en fin á vos misma, señora, si en este momento no debo ser mil veces mas feliz en poder pronunciar en voz alta el nombre de la muger que amo, que en veros obligados á tartamudear aquel nombre querido ó á profanarlo por mi imprudencia.

—Nunca, exclamó exaltada Mad. de Richeville, podreis imaginaros, querida Matilde, la admirable espresion del semblante de Mr. de Rochegune mientras estuvo hablando! El fuego de sus ojos, la autoridad, la arrogancia de su gesto, el acento conmovido, apasionado de su voz, su actitud tan tranquila y tan imperiosa á un mismo tiempo, ¿qué os he de decir? La impresion que produjo fué eléctrica; todos los que presenciaron aquella escena, Gaston, la misma Mad. de Ksernika, participaron del entusiasmo caballeresco, de Mr. de Rochegune durante uno

de aquellos momentos tan raros, fugitivos, en que todas las almas templadas en un generoso unísono vibran noblemente al oír palabras nobles y elocuentes.

No es es esto todo; el príncipe de Hericourt, como para dar una consagración suprema á las palabras de Mr. de Rochegune, el príncipe de Hericourt, cuya voz tiene tanta autoridad, como sabeis, en materia de principios y de honor, exclamó cogiendo en sus manos la de Mr. de Rochegune.

—«Bien, bien, amigo mio, que una vez al menos sea proclamado y probado á la faz del mundo, que hay amores elevados, tan honrosos, que los que participan de ellos pueden tener por confidentes á todos los hombres de bien; estad seguro de que la sociedad aceptará este amor tan honradamente como se ha presentado delante de ella. A vos toca, á vos y á una muger jóven cuyo nombre no pronuncio sino con el respetuoso interés que merece, hacer revivir en nuestros dias uno de aquellos puros afectos que elevan las bellas almas hasta el heroismo.»

—«Teneis razon, amigo mio, añadió la venerable princesa de Hericourt, al menos una pobre jóven que tanto ha padecido, sabrá que si el mundo ha sido por desgracia impotente para ahorrarles horribles penas ha apreciado el ánimo; la religiosa resignacion que ha mostrado, y que le dá testimonio de su simpatia respetando los consuelos que busca en un sentimiento de que se glorian las personas mas austeras.»

—«Esperamos, dijo el príncipe con voz imponente y severa, que lo que aquí se ha dicho tendrá un eco saludable... que estas palabras llegarán hasta aquellos que creen que la sociedad no tiene poder, ni energia para castigarlos infames escesos á que no alcanza la justicia de los hombres; que una vez al menos, y ojalá este ejemplo pueda ser fecundo, la voz pública deshonne á un hombre indigno y lo castigue pronunciando contra él una especie de divorcio moral: que esta voz diga á la noble y desgraciada muger de aquel hombre: «á aquel que os ha colmado de

»penas y ultrages, á aquel que se ha separado de vos
»para deshonorarse con una vida de un escandaloso cinismo;
»á aquel no debeis nada, señora, nada mas que conser-
»var su nombre sin tacha, porque este nombre es en ade-
»lante el vuestro... Teneis llagado el corazon pobre mu-
»ger; despues de haber largo tiempo padecido y llorado
»en silencio, hallais dulces consuelos en una adhesion tan
»afectuosa como delicada. Ni Dios, ni los hombres pueden
»vituperaros.» Este sentimiento es noble, puro y franco,
el mundo aplaude, su maledicencia calla. Lo repito, ho-
nor y gloria á vos, amigo mio, añadió el príncipe apre-
tando con nueva conmocion la mano de Mr. de Rohegune
entre las suyas. De aquí en adelante al menos, dos cora-
zones infelices y separados por las leyes humanas, podrán
sin temor buscar la felicidad en un sentimiento de que
no tendrán que sonrojarse... Vuestro afecto habrá sido su
guia y su salvacion. Si se les calumniase, citarían vues-
tro nombre, y la calumnia se callaria.»

—Dios mio! dije á Mad. de Richeville enjugando mis
lágrimas porque estaba muy conmovida, Dios mio, cuanto
siento que se tratase de mí, porque no puedo decir cuanto
admiro ese lenguaje.

—Y además, querida Matilde, os lo refiero mal, la des-
virtuo, estoy segura de ello; y tambien ¿cómo os podré
pintar la magestad de la fisonomia del príncipe, el noble
enojo que hizo enrojecer su frente bajo sus cabellos canos,
cuando calificó la indigna conducta de vuestro marido y
la espresion de inefable bondad con que habló de vos?

Os lo repito, querida niña, es preciso renunciar á pin-
taros el efecto de aquella escena; sabeis que el príncipe y
la princesa personifican el honor, la religion, la dignidad
y el nacimiento. Juzgad pues otra vez de la impotente
grandeza de aquella escena que tenia por testigo á lo se-
lecto de Paris. ¿Ahora, teneis valor de vituperar á Mr. de
Rohegune por su indiscrecion?

—No, sin duda, respondí tomando la mano á Mad.
de Richeville, porque debo á su indiscrecion uno de los
mas dulces momentos de mi vida. Si no fuérais vos la

que me hubiese contado esto, amiga mia, me costaria trabajo creer lo que oigo, pues esa escena me parece muy distante de nuestros hábitos, de nuestras costumbres, de nuestros tiempos.

—¿Mas tambien, dijo Mad. de Richeville, creéis que el príncipe, que la princesa, que Mr. de Rochegune tienen mucho de nuestro tiempo?... No hablo de vos, querida niña, me reñiriais, pero creéis que se encuentra tan fácilmente un hombre de probidad tan reconocida, que os honre y os colóque, por decirlo así, mas alta aun en la opinion pública por una confesion que, en la boca de cualquier otro, hubiese comprometido para siempre vuestra reputacion? La autoridad de su carácter caballeresco es tal, la confianza que inspira es tan grande que las personas que representan lo que la sociedad tiene de mas eminente, mas venerado, consagran el amor de este hombre, á una muger que no es la suya; tan sublime es este amor! Ah! Matilde... Matilde... me dijo Mad. de Richeville con un acento de bondad y con una especie de remordimiento que me traspasó el corazon, nunca he conocido mejor la distancia que existe entre nosotras dos... nunca he sentido mas amargamente la falta que he cometido.

—¡Qué me decís? exclamé. ¿Quereis mezclar alguna pena con ese homenaje que merezco tan poco?... ¿Qué he hecho, Dios mio! para ser digna de esas alabanzas, de ese interés que debo á vuestra constante é ingeniosa amistad? ¿No sois vos la que habeis dedicado todo vuestro talento para hacer valer mi sola cualidad bien negativa, la resignacion? Dios mio! ¿Es esto difícil de sufrir? ¿He luchado sola? ¿He probado solamente mi amor con algun sacrificio? No, lo hubiera hecho sin duda, lo creo; pero en fin, la ocasion no se ha presentado. No he mostrado uno de esos caracteres enérgicos que se sacrifican valerosamente á nobles infortunios, que no titubean entre su felicidad y las de los seres que merecen el interés y la simpatía de las personas honradas. No, no, repito que no; he amado con la vil abnegacion de un esclavo á un hombre indigno de mí, y por esto mismo á mis padecimientos ha faltado grandeza. No me compareis

á vos, que habeis sabido reconquistar tan valerosamente mil veces mas de lo que habíais perdido... ¿Contra qué seducción he luchado? Este mismo amor de que estoy tan envanecida, lo confieso, ¿qué me ha costado inspirarlo?... Nada... No he tenido mas que dejarme amar. No es mi falsa modestia la que me da estas convicciones; porque os juro, amiga mia, que todavia no he comprendido la pasion que he inspirado á Mr. de Rohegune. A la verdad, siento en mí generosos instintos, pero no son mis presentimientos los que ama en mí Mr. de Rohegune. En fin, amiga mia, se alaba la delicadeza, la pureza de este amor; pero esta delicadeza, esta pureza nada me cuestan, no he tenido ni aun que luchar contra sentimientos mas vivos. Sí, comparo lo que experimento con Mr. de Rohegune con lo que sentia con Mr. de Lancry antes de casarme y durante los raros momentos de felicidad que disfruté... ¡qué diferencia!.. En el fondo de todas mis conmociones de entonces, por felices que fuesen, habia siempre turbacion, inquietud; con Mr. de Rohegune no hay nada semejante. Cuando está aquí, siento un bienestar, una serenidad apacible, mi corazon en vez de precipitar sus pulsaciones parece que late con mas igualdad que de ordinario; su presencia, la conversacion, las mismas declaraciones de este amigo bien querido no me turban; experimento ensanches del alma que siempre escitan en mí la admiracion de lo que es generoso y bueno, la lectura de un libro bello, la contemplacion de un espectáculo noble ó la relacion de una accion heróica.

Mad. de Richeville me miró como sorprendida; despues meneó la cabeza sonriéndose con tristeza.

—Todo lo que deseo es que esta calma dure, querida Matilde; aunque vuestros principios no fuesen lo que son, vuestro amor está ahora colocado tan alto á la vista de todos que mas bien moriréis que renunciar á esta gloria única, ó profanarla.

—Sí, es preciso deciroslo todo, continué sonrojándome; algunas veces me he horrorizado de no sentir mas exaltacion, mas entusiasmo por Mr. de Rohegune, aunque aprecio mejor que nadie sus raras cualidades. Se dice que el amor mas

vivo no es el que se desarrolla súbitamente como aquellas plantas efímeras que brotan, crecen y mueren en un día... sino el que echa poco á poco sus invencibles raíces en lo mas profundo del corazon, el que cree sordamente y de que no se sospecha, porque sus invasiones son insensibles... Pues bien! algunas veces temo que mi sosegada adhesion á Mr. de Rochegune oculte un sentimiento mas vivo cuyo nacimiento ardor sentiria quizás bien pronto. Entonces, amiga mia... si resisto á estos embates, si triunfo de ellos!... seré digna de vuestros elogios, de los que el mundo me concede; pero al presente... la virtud me es muy fácil para que pueda envanecerme.



IX.

CORRESPONDENCIA.

Algunos dias despues de la conversacion que acabo de referir, recibí las dos cartas siguientes de Mr. de Lancry por el conducto misterioso de que ya hablé en otra ocasion.

Estas cartas dirigidas á la misma persona desconocida, venian tambien acompañadas de un ramillete de flores venenosas, simbolo de la memoria de Mr. de Lugarto.

«PARIS, MARZO DE 1834.—MR. DE LANCRY A***

«Todo me oprime á un tiempo, es volverse loco de rabia y de vergüenza. Hé aquí que ahora el mundo se imagina moralizar y desterrarme de ciertas reuniones de personas mogigatas é intratables.

«Me hubiera burlado completamente de estas virtuosas filípicas, si no hubiesen producido alguna reaccion en aquella muger que parece ha nacido para desgracia mia, y que,

sin embargo, no puedo dejar de amarla mas locamente que nunca.

«Cuando leais esto, en el fondo de vuestros silvestres matorrales, os preguntareis, estoy seguro de ello, si hemos vuelto á los tiempos de los Amadis y de los Galaor.

«No sé si alguna vez habeis visto al marqués de Rochegune, hombre bastante original, muy rico, tan filantrópico como lo era su padre, romántico poco comun, que vá como caballero andante á guerrear acá y acullá; valiente por otra parte, no faltándole talento y que habla en la cámara de los Pares, hoy contra sus amigos, mañana á favor de sus enemigos, si unos ú otros se oponen á sus principios. A pesar de esto, es hombre desaliñado, que no sabe gozar ni honrarse con sus bienes porque tiene mas de trescientas mil libras de renta, y apenas gasta sesenta, segun se dice. Se supone que dá muchas limosnas, pero con el mayor sigilo; esto es mas económico. En cuanto á su figura, es bastante caracterizada, pero dura y sin atractivos. No obstante, las mugeres son tan singulares, que en Italia, en España, y aun en Paris, ha habido bastantes aventuras para poder aspirar á sucesos menos sérios que los que él ambiciona.

«Despues de un viage de dos ó tres años, ha vuelto este invierno á Paris. Sus facciones se han bronceado increíblemente con el sol de Oriente. Este adorno, unido á bigotes espesos morenos y á alguna cosa de altivo y austero le dá la fisonomia de un guapo italiano; el mundo, con su habitual estupidez, admira lo que es nuevo, y está infatuado con este filantrópico matasiete, con este soldado abogadil, con este millonario avaro; y á la hora esta no se jura sino por él.

«Si me preguntais porqué me estiando con tanta complacencia en este retrato, os diré que porque Mr. de Rochegune es muy sencillamente *el amante de mi mujer*.. No tomeis esto por cinismo; hablando de esta suerte soy el eco de las personas mas graves, las mas religiosas, que han tomado este bello é interesante amor bajo su patrocinio. Sí, han proclamado á Mad. de Lancry libre de todos vinculos

respecto á mí; la única condicion que han puesto á este divorcio es que conserve mi nombre puro y sin tacha. Excepto estas reservas, está perfectamente autorizada para disfrutar en paz y públicamente todas las castas dulzuras del amor platónico de Mr. de Rochegune, visto que yo soy miserable, y que he abandonado á mi muger para vivir con mi querida, en un cinismo escandaloso.

«Quereis saber quien ha hecho de *acusador público*, en la sociedad en nombre de mi *compañera* ultrajada? El viejo príncipe de Hericourt, el hombre puro y honorable, el gran señor por escelencia. Me confesareis que hace en esto, un singular papel; tanto mas cuanto que por su exortacion moral, vino á propósito una nueva escentricidad de Mr. de Rochegune, que un dia le pareció muy delicioso declarar delante de todo Paris, que amaba apasionadamente á mi muger, y que esta le correspondia; y todo con mucho honor, se entiende...

«Oido esto, el viejo príncipe y la princesa (una devota angelical, notad bien esto) se pusieron á gritar, bravo, á felicitar á Mr. de Rochegune por su franqueza. En fin, el entusiasmo, ó mas bien la ridícula infatuacion fué tal, que una señora amiga mia, que me ha referido esta escena, me ha confesado, burlándose mucho de sí misma, que por un momento no habia podido resistir á la exaltacion general...

«Lo sabeis, todo es moda en Paris; asi por ahora están loco con lo que se llama: la honradez caballeresca de Mr. de Rochegune. Las mugeres pierden la cabeza, los hombres el tienen envidia ó le temen. Mad. de Lancry es citada como un modelo admirable de virtuosa pasion, y, por el cuarto de hora, el amor platónico y sus inocentes consuelos han entusiasmado.

«Con todo este platonismo, he estado algunas veces tentado de apalear á Mr. de Rochegune. No habria nada mas fácil que esta nueva manera de estrechar su union, se pondria á la vergüenza lo mas franca y virtuosamente del mundo, y al abrigo de este complaciente y casto manto, se reirian de los necios y de las buenas almas.

«Sin embargo, no, no, conozco á mi muger; ó ella ha

variado increíblemente, ó mi nombre ha quedado sin tacha. Por su parte, Mr. de Rochegune es demasiado original para hallar algo de espinoso en ese amor etéreo, cuya inmaterialidad durará... lo que pudiere.

«Lo repito, de todo esto me burlaría mucho, si las palabras severas y estiradas del viejo principe de Hericourt no hubiesen tenido para mí duras consecuencias; no puedo negarlo, es una especie de oráculo considerado y muy escuchado, ha ajado lo que él llamó la indignidad de mi conducta respecto á mi muger, diciendo que la sociedad debía vengar á Mad. de Lancry manifestándome una frialdad significativa; por desgracia estas palabras han tenido eco; los rivales que me tenían envidia, los necios cuyo amor propio habia herido, las jóvenes á quienes habia engañado, las feas que habia despreciado, acogieron estas bellas palabras del principe y comprendí despues de algunos dias que se me recibia en las sociedades con un silencio profundo, una cortesania glacial, mil veces mas ofensiva que la impertinencia, porque no puedo hallar pretesto para quejarme ó para enfadarme.

«Si el principe de Hericourt no fuese un viejo, hubiera remontado al origen de esta miserable liga, y le hubiera provocado, pero es preciso no pensar en ello. Me queda Rochegune: veinte veces al dia he tenido intenciones de batirme con él, pero temo el ridículo, se creeria quizás que mis celos eran la causa de tal desafio, sin embargo quisiera matar á ese hombre, porque le detesto; en todos tiempos me ha sido soberanamente antipático; era el amigo de Mr. de Mortagne, que no tengo ya que detestar; antes de mi casamiento lo hallaba ya insoportable por sus afectaciones de caridades obscuras, de beneficios misteriosos, pero al menos no tenia esa fisonomía imperiosa, esa exactitud insolente que tiene ahora.

«El otro dia lo encontré, iba á caballo y tambien yo. La sangre se me subió á la cabeza; esperaba que no me saludaria, y quizás hubiera sido tan loco que hubiese buscado una contienda. Me saludó; pero su saludo fué uno de aquellos ul-

trages sin nombre, sin forma que llegan á lo vivo, y de que nadie puede quejarse; me pareció leer en sus facciones duras é impasibles, en su mirada severa y penetrante, que en mí saludaba á la persona, cuyo nombre llevaba Mad. de Lancry, ó que saludaba quizás al marido de su querida; porque despues de todo, soy muy necio en creer en la virtud de mi muger. Pero aun no, no: á pesar mio, quisiera algunas veces creerla culpable, me parece que respiraria mas á gusto, que mis culpas serian menos odiosas; pero no pnedo contar con sus fragilidades; nunca tendrá ella energia para cometer una falta; sabrá llorar, gemir, pero vengarse... jamás. Reflexiono luego en ello, quiero mejor creer en su virtud; aunque no le tengo amor alguno, quizás sentiria mas de lo que pienso que fuese culpable; seria esto una herida mas en mi amor propio.

«Lo que me atormenta, lo que me irrita hasta el último punto, es ver que á nadie le parece ridiculo el tal Rochegune, En esta circunstancia, que tanto se presta á la burla, otros veinte en su lugar hubieran sido abucheados; en lo que viene á parar la malignidad del mundo! ¿Qué poder tiene este hombre que juega con el fuego, y que gana en lo que tantos otros pierden? ¿Qué es lo que hace para ponerse á la moda blasonando de principios que autorizan... aunque no sea mas que por quince dias, el *amor platónico*, ese sueño caduco é inocente de los niños, de los pupilos y de los viejos?... No, no, es imposible que juegue francamente...

«Y sin embargo, si esto no es sério, ¿no hallais á este hombre mas asombroso aun? Tomar por juguete, por medianeros, por defensores, á personas cómo el príncipe de Hericourt y su esposa... ¿no es cosa admirable? Mirad... es un problema este hombre! pero sea lo que sea, le aborrezco, oh! le aborrezco hasta el extremo... sobre todo desde algun tiempo acá, no sé porqué. Es un ódio oculto; es un presentimiento de que ese hombre me hará daño, que me herirá en lo que mas caro me es...

«Además, ¿porqué andar con rodeos? Os escribo para verter mi bilis, para exhalar todos los hervideros de mi alma. Ahora bien! desde que, directa ó indirectamente, ese

Hombre ha sido causa del recibimiento frío que se me ha hecho en el mundo, Ursula está intratable. No sé si se cree abatida por las humillaciones que se me imponen, no sé si su amor propio sufre por ella ó por mí, pero se atrevió á decirme que merecía este tratamiento por mi odiosa conducta con mi muger; que la sociedad hacia bien en ajar-me, y que ella debería usar mas á menudo de aquella especie de venganza que pudiese atacar los vicios ó los crímenes que no están bajo la férula de las leyes.

—«Pero... exclamé pasmado con esta audacia... ¿no sois atacada como yo, insultada como yo?»

—«Me oís quejarme!... me respondió... El mundo es justo, he querido, por cualquier precio (y á qué precio, Dios mio) ser una muger á la moda, brillar en París, ser el ídolo de sus fiestas... Todo lo he sido. Se cree que por amor os he robado á vuestra muger, y me odian; tienen razón. Si se supiese que no os he amado nunca, me tendrían por mucho mas infame aun; y tendrían siempre razón.»

«Os pregunto: ¿No era esto matarme con mis propias manos? Pero me habia habituado desde tan largo tiempo á sus arranques, á sus caprichos, que no hubiera dado importancia á sus durezas, si, desde hace algun tiempo su humor no se hubiese estrañamente tornado en sombrío y taciturno.

«No me atrevo á decir ni aun á vos, las locuras que hice para sacarla de la profunda melancolia en que estaba sumergida. Todo ha sido en vano; ahora se niega á bajar á casa de Mad. de Maran. Esta que ha sufrido la fascinacion de aquella muger, es tan impotente como yo para distraerla. Ursula la recibe ya con indiferencia, ya con desden. Pasa los dias enteros sola leyendo ó pensando; su doncella, que está por mí, me dice que su señora debe estar dominada por algun profundo sentimiento, que está desconocida, que se pasea algunas veces la horas enteras por su habitacion como agitada, que luego se sienta descaecida, ocultando la cabeza entre las manos.

«La hallo en efecto cambiada, se pone flaca, pierde su

color que le daba un bello ideal. Pierde aquella ligera robustez que tantos hechizos prestaba á su cuerpo; sus ojos se ahuecan; de un mes á esta parte no la he visto reirse con aquella risa burlona y audaz, tan temible y seductora á un mismo tiempo.

«Por no sé qué capricho, desea á veces quedarse en la mas completa oscuridad, entónces no quiere recibir á nadie. Cuando he visto estos sintomas de tristeza, cuya causa ignoraba, esperaba que quizás la tristeza contendria aquel carácter inflexible. Feliz y contenta, habia yo prodigado el oro para satisfacer sus menores caprichos; melancólica y triste, hubiera querido ofrecerle por consuelo, los tesoros del amor delicado y apasionado; tesoros que yo acopiaba desde largo tiempo en mi corazon, y que apenas me habia atrevido á descubrirle, tanto temia sus burlas.

«Me decia en fin, este es el momento en que podria dominarla, quizás, por el ascendiente del afecto mas tierno. Pues bien!... no, no, ella se evade todavia... de rodillas, de rodillas ante ella, bañando sus manos con lágrimas, porque esta muger me hace llorar como un niño, en vano decia: «Por piedad, decidme qué os aflije; decidme vuestros »padecimientos, los partiré con vos; decidme que puedo es- »perar, consolaos un poco, y vereis qué recursos singu- »lares hallareis en mi corazon. Oh! no, no sospechais de lo »que soy capaz para lanzar un tormento de vuestro co- »razon. Algunas veces os habeis sorprendido de los prodi- »gios que he hecho para colmar vuestros deseos mas in- »sensatos; ahora bien, esto no es nada, nada, respecto á »los prodigios que me inspiraria vuestra confianza, la es- »peranza de ahorraros algunos padecimientos...»

«Oh! creedme, lo que decia llorando á los pies de esta muger, lo sentia; experimentaba lo que nunca habia sentido hasta entónces, un dolor profundo, un horrible quebranto de corazon, tan solo porque veia á Ursula abatida, Ignoraba la causa de sus penas; pero ella parecia y yo sufría... Era un continuo impulso de mi alma hácia la suya.

»Os lo digo; en esta ocasion era sincero; mis súplicas salian del fondo de mi corazon, mis sollozos de lo ínti-

mo de mis entrañas... mis lágrimas eran acres, ardientes como las verdaderas lágrimas de la desesperacion. Pues esta muger permanecia muda, indiferente y sombría, como si no hubiese comprendido ni escuchado.

«Pero tan estúpida ó loca es esta muger, en no ver cuanto la amo? No sabe la infeliz, lo que es tener un corazón con el cual se pueda contar para siempre! no sabe cuán raro es inspirar una pasión como la que me inspira! no sabe que, por criminal que sea mi amor, es un crimen que se echa al viento! ¿No piensa que un día su juventud y su belleza no serán sino un recuerdo; y que será muy feliz en encontrar este afecto que debe ser eterno, pues ha resistido á sus caprichos, á sus desprecios, á su ingratitude? Pero esto es horrible. Me vuelvo loco de rabia contra mí y contra ella. No puedo continuar esta carta. La cólera y el dolor me ciegan.

MR. DE LANCRY A*** —PARIS. —«Ayer me fué imposible continuar esta carta, la vuelvo á empezar, ocurren nuevos acontecimientos. Espero aclarar mis ideas escribiéndoos porque mi cabeza es un caos en que brotan sin orden y sin sucesion.

«Reunamos los hechos y mis recuerdos. Ayer, despues de haber interrumpido esta carta iba á ver á Ursula, se me dijo que estaba mala y que no recibia á nadie; por tres veces me presenté en su casa, fué imposible abrir la puerta de su habitacion. Volví esta mañana; cuál fué mi sorpresa cuando Mad. de Maran me hizo saber toda conmovida (ella conmovida!) que Ursula acababa de informarla que deseaba salir de la casa de Maran, y vivir sola en adelante. Sin escuchar nada mas, corrí á ver á Ursula, en vano su doncella me quiso impedir la entrada; penetré en su salon, casi á la fuerza, y la encontré arreglando algunos papeles en su secretario.

«—¿Es verdad esto? grité como fuera de mí, sin decirle á que hacia alusion.

«Me miró con aire sombrío y distraido, y me respondió:

«—¿Qué quereis?

«—Mad. de Maran me ha dicho que dejais esta casa. Esto es imposible.

«Se encogió de hombros y me dijo, continuando en arreglar sus papeles.

«—Es posible, puesto que es cierto.

«—No lo será... grité fuera de mí... os lo prohibo; no será!

«—¿Me lo prohibis? ¿No será? ¿Y con qué derecho habláis así, caballero?... replicó mirándome con arrogancia.

«—Legítimos ó nó, tengo derechos sobre vos, y los haré valer.

«—¿Y antes quién, caballero, los hareis valer?

«—Os digo que no quiero que dejeis esta casa, y sino os acompañaré por cualquier parte donde fuéreis!... exclamé:

«—Dejaré caballero esta casa y no me acompañareis.

«—Mirad, Ursula, no me apureis, no me exaspereis. Voy á deciros en dos palabras porque vos y yo no podemos dejarnos en lo sucesivo; os he sacrificado mi muger; estoy casi deshonorado en el mundo. Bien veis, pues, que no podemos separarnos; por fatalidad estamos en adelante encadenados el uno al otro. Cualquiera que sea mi suerte, la participareis. ¿Lo entendeis, no es así? le dije apretando con rabia los dientes, porque la imposible sangre fria con que escuchaba me ponía fuera de mí.

«Me respondió escudriñándome hasta el fondo del alma y sin bajar sus ojos ante los míos.

«—Iba á deciros en dos palabras porque no debemos tener nada de comun los dos. Nadie en el mundo tiene derechos sobre mí; dejaré esta casa cuando quiera, y si me molestais, aunque no haya nada mas vulgar que este procedimiento, dirigiré á *quien fuere de derecho* para que se me proteja contra vuestras persecuciones.

«—¿Os dirigireis á la autoridad, á la policia sin duda? dije con una carcajada de risa convulsiva; luego, como en mi aturdimiento mirase á mi alrededor, vi sobre un sofá un dominó de raso negro.

«Un rayo me atravesó el alma; me acuerdo que era el

día antes de mediar la cuaresma; cogiéndole y mostrándoselo:

«—Habeis estado esta noche en el baile de la ópera, á pesar de vuestros falsos padecimientos, de vuestra fingida melancolia.

«—He ido esta noche al baile de la ópera, á pesar de mis falsos padecimientos, á pesar de mi fingida melancolia... replicó... lo que esto os prueba, segun espero, que mi deseo de ir era muy violento.

«—Lo veo todo, lo adivino todo... exclamé... amais á alguno, teneis una intriga, un amante: pero por el infierno, aquel con quien vos quereis reuniros tan descaradamente no saldrá vivo de mis manos... y además, me instalo aquí, no me muevo de este sitio... dije, sentándome en un sofá.

«—Como gustéis, caballero... me dijo sin hacer caso al parecer, de mi presencia y continuó lo que estaba haciendo.

«Esta sangre fria, esta dureza, esta imprudencia me exasperaron; le quité de las manos los papeles que tenia y los tiré al suelo.

«Me miró impasiblemente, se encogió de hombros, é hizo un movimiento para salir. La agarré con dureza por el brazo.

«—No saldreis grité... no saldreis hasta que me hayais dicho por que fuisteis esta noche al baile de la ópera sin prevenirmelo, mala como estábais... porque estáis pálida y alterada... Infeliz muger!... le dije sin poder vencer mi enternecimiento y mis lágrimas á la vista de su cara demacrada: qué motivo imperioso ha podido conducirnos á ese baile?... Responded...

«Sin decirme una palabra, se desasíó de mí; me hallaba en frente de la puerta, estorbándole el paso, se sentó, apoyó su codo sobre el brazo de un sillón, se puso la mano en la barba, y estuvo así inmóvil y muda. Conocia su carácter intratable; la dulzura, las súplicas no obtenian mas que las amenazas y la violencia; me humillé cobardemente otra vez. La resolución que Ursula acababa de tomar era tan precipitada, destrozaba tan horriblemente mis esperanzas que

quise intentar los últimos esfuerzos para aplacar á esta mujer; le dije todo lo que puede inspirar la pasión mas desordenada, el mas ciego afecto, la desesperación mas verdadera, la mas dolorosamente verdadera... súplicas, sollozos, enfados, todo fué en vano, todo se frustró ante aquel corazón de mármol. Queriendo á todo precio hacerla salir de un silencio que me exasperaba, llegué hasta injuriarla, reprenderla innoblemente, nada, nada, ni una palabra.

«Como una estatua. No me escuchaba. Su alma estaba en otra parte. Sus miradas vagas, distraídas, parece que seguían no sé qué pensamiento en el espacio; por dos veces una débil y triste sonrisa estuvo errante en sus labios, é hizo un ligero movimiento con la cabeza, como si respondiese á una reflexión interior.

«Desesperado bajé á casa de Mad. de Maran. Esta mujer siempre egoísta no veía en la determinación de Ursula sino lo que le tocaba personalmente. Esclamó en un acceso de furioso despecho, que yéndose Ursula quedaba desierta la casa de Maran; que se había habituado á su carácter, á su jovialidad; que no podía ahora soportar el pensamiento de estar separada de ella, pues le asustaba el quedar aislada; me rogaba uniese mis esfuerzos á los suyos para detener á Ursula, como si este no fuese mi solo, mi único deseo; en fin, á pesar de su avaricia, Mad. de Maran dijo que no omitiría sacrificio alguno para tener á Ursula á su lado, que si los 40,000 francos que me daba no eran suficientes para hacer su casa mas agradable, me daría todo lo demás que fuese necesario, aunque tuviese que sacarlo de su capital; le quedaban pocos dias que vivir, y podía hacer esta locura.

«Entro en estos pormenores para mostraros la influencia de Ursula; podía vencer la sórdida avaricia de Mad. de Maran, que hasta entonces había vergonzosamente abusado de mi prodigalidad, y me había con gran trabajo dado anualmente el dinero prometido para mantener su casa.

«Subí á ver á Ursula con Mad. de Maran. Esta le suplicó, puso en juego todo su talento, todas sus lisonjas para decidirla á que no la dejase; Ursula estuvo inflexible. Mad. de Maran lloró (llorar Mad. de Maran), dijo que la suerte de

una pobre anciana, sola y abandonada á sus criados, era horrible, que confesaba haber sido bastante mala para grangearse tantos enemigos; que yéndose Ursula, nadie iria á verla, que la revolucion de Julio habia dispersado las antiguas relaciones con que hubiera podido contar. Ursula estuvo inflexible...

«Entonces Mad. de Maran, entrando en un acceso de furiosa rábida, le hizo las mas crueles acusaciones, le habló de su ingratitude, de su mala conducta. Ursula se sonrió, y no dijo una palabra. En fin, le preguntamos como viviria.

«Respondió que le quedaban unos 30,000 francos de su dote, y que esto le bastaria.

«Tal es la cruel posicion en que me hallo, conozco bastante el carácter de Ursula para estar cierto de que, á no ser por un prodigio, no cambiará de resolucion. La he dejado hace dos horas sin haber podido sacarle una palabra; me he atormentado el espíritu para adivinar la causa de esta repentina determinacion, y no he podido llegar á penetrar el motivo de la pena, del descaecimiento en que la veo de algun tiempo á esta parte.

«En ella no puede acontecer esto por remordimientos de su falta. Además no tenian sospechas de que fuese victima de alguna pasion real y profunda; pues aunque la he visto en galanterias con muchos hombres de su sociedad, aunque á veces he tenido dudas acerca de su fidelidad, dudas que no han llegado á ser ciertas, nada en sus relaciones con las personas de quienes podia tener celos, habia tenido el carácter de pasion; Ursula era con ellos, como conmigo, veleidosa, caprichosa, estravagante, altanera, pero nunca la habia visto triste y pensativa como de un mes acá.

«Pero... atended... una idea... me ocurre en este instante: sí... ¿por qué no?... No os riais de compasion... ¿Por qué no ha de ser la causa de la tristeza de Ursula el sentimiento de no haberme hecho disipar mas que la mitad de mis bienes?

«Lo que siempre me ha sostenido invenciblemente en

mi amor, no obstante los caprichos y la altanería de Ursula, ha sido el siguiente convencimiento: que me tenía un amor mas vivo que el que manifestaba, disimulando por orgullo y por temor dejarme comprender la influencia que tenía sobre ella, creyendo dominarme con mas seguridad con esas alternativas de ternura, frialdad ó desden...

«Dejando tan repentinamente á Mad. de Maran sin decirme la razón que tenía para irse ¿quería Ursula probarme que me amaba por mí mismo, renunciando la esplendidez de que la he rodeado hasta aquí? Decid ¿por qué no? Vencida en fin por tantas pruebas de pasión, ¿es tan rara esta muger que desprecie ahora el lujo que la había desde luego seducido? Quizás piense pasar una vida obscura y tranquila en algun rincón lejano de Francia ó en un país estrajero... Si fuese así... si fuese así... oh! me moriría de alegría. Ursula ha mudado totalmente mis placeres, mis hábitos, detesto ahora el mundo tanto como antes lo amaba. Mi solo deseo sería pasar mis días á su lado en alguna soledad ignorada; al menos allí sería toda para mí; no habría un minuto de su vida que no me perteneciese.

«No tomeis esto por palabras vanas, por exageraciones. Hace mas de dos años que dura esta amistad, y quiero á Ursula con mas ardor y mas ardiente desesperación que el primer día. Me conozco, sé los recursos de su talento tan original, tan inesperado, su belleza siempre interesante ¿no es por decirlo así siempre nueva? Poseer semejante muger, no es poseer todo un serrallo!

«Pasé mi *luna de miel* solo con mi muger; al cabo de quince días todo se ha dicho; era una monotonía, una pesadez insoportable, ninguna vehemencia, ningun atractivo... En lugar que con Ursula... Oh! semejante vida... con Ursula... sería, os lo repito, volverse loco de alegría...

«Mirad... mirad... no me engaño, no... todo lo he comprendido ahora. Despues de haber Ursula disimulado tanto tiempo, no puede hacerlo mas, su amor hácia mí, por tanto tiempo comprimido, va á brillar en fin. Es, además, posible, probable, natural, que una muger por corrompida,

por insensible que sea, se deje al fin dominar por tanto amor.

«No me ciega el orgullo; os hago confesiones bastante humillantes para poder celebrarme algo; soy jóven, he tenido bastante suerte, no me falta ni mundo ni talento; he sido amado de mugeres que, á los ojos del mundo, valian tanto como Ursula empezando por mi muger y por su amiga íntima Mad. de Richeville. ¿Por qué pues Ursula no participaba mi pasion? Puedo decir que aunque esté muy prendado de ella, ella no siente nada respecto á mí... pero estas son paradójias con que entretiene su despecho; se siente dominar por su amor y no quiere convenir en ello.

«Pero aquel dominó... Quizás tiene celos de mí... Si... ahora me acuerdo de haberle dicho hace algunos dias, que iba á aquel baile. Todo lo que pasó ayer me impidió ir á él. Ursula ignoraba este cambio en mis proyectos; hubiera querido espiarme. Estos medios simulados son algunas veces muy de su carácter.

«Cuánto me alegro de haberos escrito! Me siento mejor y mas tranquilo al concluir esta carta que cuando la empecé. Reniego de la esperanza. Sí, mientras mas reflexiono de ello, mas el silencio obstinado que Ursula ha guardado acerca de sus proyectos y de la causa de su tristeza me parece de mejor agüero, habrá quizás temido dejarse comprender respondiéndome. Su distraccion afectada le ha servido á pedir de boca.

«Despues de dos años de una union turbada á menudo por celos y la frialdad, lo confieso, pero seguida en fin, no se abandona así á un hombre sin darle una razon ¿no es verdad? Despues de los sacrificios que he hecho por ella, seria esto innoble, bárbaro, insensato...

«En fin, ¿quién la obligó á volver á Paris? Su marido la amaba demasiado para no recibirla, despues de la escena de Maran... Habia pensado en si se iria con su marido... esta muger es tan rara... Pero no, no... es imposible... Sin mucho orgullo, puedo muy bien estimarme algo superior á Mr. de Secherin.

«Ahora, me acuerdo de ciertas cosas notables que desde

luego no me habian llamado tanto la atencion; cuando me ví olvidado por ella hasta el extremo de ultrajarme, no leí en sus ojos ni cólera ni ódio. Era una completa indiferencia. Además, Ursula es muy violenta, muy altanera, para no haber sentido vivamente este insulto. Una razon podero a la obligó á disimular; ¿luego cuál puede ser esta razon, sino el interés que le inspiraba? ¿Mi misma ira no era una prueba de mi amor?...

«Os lo repito, no puedo deciros cuanto me felicito de haberos escrito y de escribiros, pensando así altamente con confianza, de consecuencia en consecuencia, salí de una impresion horribilmente triste para llegar á una esperanza casi realizada.

«Cierro esta carta de prisa, respondedme á vuelta de correo, perezoso maldito, porque mis tres primeras cartas, estan todavia sin respuesta. Vuestra larga esperiencia del mundo, vuestro desengaño, vuestra imparcialidad en todo esto, y sobre todo vuestro espíritu firme os permitirán apreciarlo todo claramente, darme consejos serios, y sobre todo decirme si pensais que veo exactamente. Esto es todo. Mi porvenir depende de esta última determinacion de Ursula. Me espanté horribilmente; al presente la veo bajo tan buena luz, que hace brillar en mis ojos mil adorables esperanzas.

«Vais á llamarme cobarde: pero, os ruego, que no disipeis las esperanzas sin darme para ello escelentes razones, porque me hallareis muy pertinaz en esta última esperanza y.

«*A las cuatro.*—Maldito sea yo y ella... Oh! ella! Recibo en este momento una carta de Mad. de Maran. Ursula acaba de dejar la casa; no se sabe donde ha ido... previno á Mad. de Maran, por medio de una esquila, que no la volveria á ver mas... Oh! presentimientos míos... Oh! locas y estúpidas esperanzas!... Ahora lo veo todo... pero seré vengado. Respondedme... respondedme... Ah! soy muy desgraciado... rabia é infierno... seré vengado.—G. DE LANCRY.»

X.

EL BAILE DE MASCARAS.

La carta en que Mr. de Lancry enteraba á uno de sus amigos desconocidos de la repentina desaparicion de Ursula, completaba con rasgos bastantes sorprendentes la historia del amor fatal de mi prima y de mi marido.

Concluida esta lectura entró Mr. de Rohegune, á quien no habia visto el dia antes, pues lo pasé todo él en una romeria religiosa con Blondeau, y el resto de la noche bajo una influencia melancólica.

—Y bien! me dijo, dándome la mano, ¿cómo estais? ¿Estuvisteis ayer muy valiente?

—¿Valiente?... sí, porque no temí entregarme á todos los pesares que debia inspirarme el pensamiento del excelente amigo que hemos perdido... Sin embargo, es menester confesarlo; en medio de mi pena, me ocurrió una idea bastante triste, porque se semejaba á la ingratitud...

—¿Y qué idea era esa?

—Que quizás hubiese llorado mas á Mr. de Mortagne, si no os hubiese conocido.

—Podria echarme en cara lo mismo, Matilde; pero me tranquilizo; amar lo que amaba nuestro amigo; proteger lo que él protegía, no es olvidarlo, es ser fiel á su memoria; solo algunas veces me digo tristemente... que él se hubiera tenido por dichoso con nuestra felicidad!...

—En él, qué defensor hubiéramos tenido, amigo mio!

—¿Necesitais alguno? ¿Nuestro amor no ha sido aceptado por el mundo, que cree tan poco en los sentimientos puros y desinteresados?... Nuestro amor... si supiéseis el encanto de estas palabras... porque me amais... Matilde, me amais...

—Sí... oh! sí, os amo... y algunas veces estoy para preguntarme porqué transformacion insensible este amor ha sucedido á la amistad mas profunda, casi respetuosa que os profesaba.

—Escuchad, Matilde... ¿quereis hacerme feliz?

—Hablad... hablad...

—Pues bien, preguntad en voz alta á vuestro corazon que yo sepa lo que experimentais respecto á mí, hoy, ahora; buenas ó malas impresiones, decídmelo todo con la mayor franqueza; os haré la misma confianza.

—Hallo escelente esta idea, desearia mucho justificar así, de un tiempo á otro, la riqueza de nuestro amor.

—Seria justificar cada vez el aumento de nuestros tesoros, verdadero placer del millonario.

—Y pienso, amigo mio, quizás un dia, esta especie de confesion de corazon podria instruirnos de los peligros que por debilidad ó mal entendida vergüenza, quisiéramos ignorar... Y lo sabeis, debemos ser para nosotros mismos muy severos, pensando en la noble garantía que protege nuestro amor.

—Sí, corazones menos valerosos que los nuestros sentirian casi la altura suprema en que estamos colocados, Matilde. Pero hay ciertas posiciones como los tronos amenazados... no se pueden abdicar sin ignominia; mientras mas tuviéremos que luchar, mas honrosa será nuestra lucha.

—Decid también que será mayor nuestra felicidad. Atended, el príncipe de Hericourt contaba el otro día un hecho que me llamó mucho la atención. Os diré ahora lo que quiero referir de ello. Encargado de una misión tanto más difícil, cuanto tenía que defender la mejor de las causas, debía tratar con diplomáticos de una habilidad consumada: en lugar de fingir ó usar de ardides, siguió buenamente el impulso de su noble carácter, usó de una franqueza tan admirable, que sus adversarios fueron completamente derrotados, y su misión tuvo un éxito feliz; así, me decía, él que en la vida una línea intachable era no solamente la más honrosa, sino también la más segura, la más ventajosa, y aun se podría decir la más hábil, si fuese posible obrar bien por cálculo.

—Eso es lo que se llama *subileza* de las gentes de honor, me dijo Mr. de Rochegune sonriéndose. Soy de su mismo parecer. Pero veamos la aplicación de esa generosa teoría.

—Esperad un momento... debo preveniros que por hoy he dispuesto de vos.

—¿De cierto? Qué dulce sorpresa...

—Son las tres; tengo que hacer algunas compras, se trata de bronce antiguos acerca de los cuáles quisiera tener vuestro gusto. El tiempo está muy hermoso, iremos á pié; me dareis el brazo.

—Esto es delicioso y...

—Mirad, no es esto todo... Esta tarde os veré en casa de Mad. de Richeville, iremos al concierto con ella, Emma, Mad. de Semur, la duquesa de Grandval y su marido, luego volveremos á tomar el té á mi casa, porque inauguro esta pequeña casa, y vos solo sabeis este gran secreto.

—Mirad, Matilde, os confieso, con vergüenza, que ahora soy casi indiferente á la aplicación de la teoría del buen príncipe.

—Es preciso sin embargo oirme algo más. Tengo el mayor deseo de ver las pinturas del antiguo Museo; habláis de pintura como un poeta. Esto no es un epígrama, es una

alabanza, y para mí será una fiesta hacer esta escursion con vos.

—Y para mí tambien! siempre he pensado que era estar enamorado y amado para conocer todas las bellezas de las obras maestras del arte; se las vé entonces al través de no sé qué reflejo de oro y de luz que las hace resplandecer divinamente... Pero serán menester muchos dias para admirarlo todo.

—Así lo creo, amigo mio; porque seremos muy perezosos. ¿No os veis, mi brazo apoyado sobre el vuestro, parados largo tiempo en nuestra admiracion delante de un Rafael ó de un Ticiano? Que testo inagotable de largas y dulces conversaciones!

—Vuestro espíritu es tan impresionable, poseeis tan eminentemente el conocimiento de lo bello!...

—Y vos, amigo mio, no sé porque encanto halláis siempre el secreto de aplicarlo todo á nuestro amor, estoy segura de que en nuestros buenos paseos al Museo, sabreis probarme que Ticiano, Verones ó Rafael no han producido tantas obras de talento sino para ofrecer alusion á nuestro afecto... Qué egoista sois!

—Ciertamente; el génio se dirige á todos y á cada uno, responde á todos los pensamientos, así como Dios responde á todas las oraciones...

—Oh! no os vereis muy apurado para justificaros; cree que yo misma os ayudaré... Al presente, hé aqui la aplicacion de la teoria del principe de Hericourt. ¿Creeis que podremos realizar tantos proyectos deliciosos, vivir con sujecion y sin escrúpulo en esta fácil y adorable intimidad de todos los dias, de todos los instantes si nuestro amor no fuese como es? Ah! amigo mio, le dije, no pudiendo contener una lágrima de felicidad, es preciso ser muger para sentir de qué afectuoso, de qué inefable reconocimiento estamos penetrados por aquel cuya delicadeza sabe ahorrarnos la vergüenza y los remordimientos del amor!

—Y es preciso ser amado por vos, Matilde, para comprender que hay enageramientos en que el alma parece exhalar en una adoracion apasionada; que hay en fin go-

ces tan puros y tan vivos á la vez que colocan nuestros instantos terrestres en el éstasis inefable en que nos arrebatan... Oh! Matilde... ahora creo... en las delicias de la union de las almas.

—Y puesto que lo que me arrebatara en nuestro amor, dije, es que no puede someterse á las faces, á las variaciones de un amor ordinario; en la esfera elevada donde vuela, se librará siempre de los peligros del fastidio y de la inconstancia; porque durará eternamente.

—¿Eternamente?... sí, Matilde; eternamente, porque habeis dicho la verdad, está desasido de todo lo que es ordinariamente fatal ó mortal!... Habeis dicho la verdad, la preciosa libertad de que gozamos es una recompensa. Si supiéseis todos los planes que formo.

—Y yo, tambien, amigo mio, no teneis ideas de mis proyectos; algunas veces me confunden, tanto encadenan nuestro porvenir.

—Esto os conviene, Matilde; ese porvenir es vuestro, no me mezclo mas en él, y vuestra confusion...

—Mi confusion; tengo mil designios, y no me paro en ninguno. No sabeis todas las novelas cuyo héroe sois... Sin embargo me he detenido por este año en un viage á Italia; lo haremos con Mad. de Richeville. El príncipe y la princesa de Hericourt, á su vuelta de Goritz, se reunirán con nosotros en Florencia.

Mr. de Rochegune me miró con aire muy sorprendido, luego añadió sonriéndose.

—Vamos al caso, ¿por qué sorprenderme? no deseaba otra cosa en el mundo; habeis adivinado mi pensamiento, nada mas natural que esto.

—¿Mas natural?

—Sí, vais á burlaros de mi metafísica; sostengo que de un sentimiento semejante deben nacer iguales proyectos; mientras mas exaltado, mientras mas concentrado en la imaginacion fuere este sentimiento, estas misteriosas simpatias serán mas frecuentes y *normales*. Perdonadme esta horrible palabra.

—Os la perdono en favor de vuestro sistema; aunque muy loco, me agrada mucho... ahora pues, y mi viage de Italia?

—Me encanta; podeis conocerlo... recorrer con vos aquella tierra prometida de las artes.

—Quizás nos estableceremos algun tiempo en aquel país... un invierno en Nápoles ó en Roma... ¿qué diriais? Mad. de Richeville se embelesaria con ello.

—No digo nada, Matilde, no quiero nada, no pienso nada; sois dueña de mi vida, disponed de ella...

—Pues bien, allí pasamos el invierno, luego nos venimos de Italia por la Alemania, á fin de ver las orillas del Rhin en toda su belleza de primavera. Quizás nos detendremos algun tiempo en uno de los antiguos castillos que dominan aquel hermoso rio.

—Ese es otro de vuestros deseos, Matilde, que tendria derecho de sorprenderme por lo simpático que me es; la misma idea me habia ocurrido: cuando volvi de Roma, tenia alquilado el castillo de Arnesberg, está situado en una posicion maravillosa, he pasado en él tres meses... lo reconocereis, estoy seguro de ello, lo habeis tanto tiempo habitado conmigo... Pero veis qué adorable porvenir, Matilde... qué felicidad vivir con vos en esta intimidad de viage mas estrecha aun, decirnos cada dia nuestras inspiraciones, nuestros contentos, nuestros pensamientos, nuestras tristezas!

—¿Nuestras tristezas?

—Sí, porque en fin los deseos de mi padre hubieran podido realizarse...

—Sed racional, amigo mio, ¿no debemos dar gracias á Dios por la felicidad inesperada que nos concede?

—Oh! Matilde, no hay pesar ninguno en este sentimiento, porque es solo de melancolia, figuraros un hombre soberanamente dichoso en la tierra... pero pensando en la felicidad de los cielos.

—Ved pues como ya no estamos lejos de «nuestro examen de corazon,» no os igualo.

—Veamos, Matilde, que sentís respecto á mi en esta hora, os escucho con el orgulloso recogimiento de un poeta

que oye leer una obra suya... porque en fin vuestro amor es la mia.

Despues de algunos momentos de reflexion, durante los cuales me consultaba sinceramente á mi misma respondí á Mr. de Rochegune:

—Hay muy grande diferencia entre lo que sentia respecto á vos hace algun tiempo, y lo que siento ahora... No podria esplicaros bien esto sino con una comparacion. Hablamos en este momento de viages, de un castillo romántico situado en las orillas del Rhin, pues bien!... yo, aficionada á castillos... que una situacion á la vez magestuosa, pintoresca y deliciosa me llena de admiracion, mi pensamiento se para allí, me dice que sería muy agradable pasar mi vida en medio de aquella soledad animada por la vista de los grandes espectáculos de la naturaleza; todo me seduce; las cordilleras de las montañas, la frescuras de los alegres prados, la profundidad misteriosa de las sombras, la pureza de las aguas, el aspecto caballeresco de los altos torreones; admiro... y esta contemplacion no deja de causar alguna pena, porque se une á ella una secreta envidia... Pero por un capricho feliz del destino todas estas magnificencias naturales me pertenece... pero estoy cierta de vivir para siempre en este Eden, entonces mi admiracion es exclusiva; entonces me glorio con ellas, me engalano con ellas, entonces es «mi castillo.»

—Buena y amable Matilde... ojalá que la seguridad la tranquilidad de esta posesion... os compensen de todas las magnificencias que faltan para ser digno de vos...

—Oh! mi tranquilidad es completa... amigo mio... Esta es confianza mal colocada; nunca tendré celos de vos, porque nunca podreis experimentar por muger alguna el sentimiento que respecto á mí.

—Ni ese, ni otro ninguno; os lo juro.

—Amigo mio, hablemos de lo que es probable y posible. Hay votos eternos que no se pueden exigir sino de una muger, y que una muger solo puede estar cierta de cumplir.

—Escuchadme, Matilde, no quiero exagerar nada. No

solamente os hablo con sinceridad, sino que justa y felizmente tengo que citaros un hecho en apoyo de lo que os digo.

—¿En verdad? qué á propósito!

—Seriamente, Matilde, desde que sé que me amais, no hay para mi mas muger que vos; sois un punto de comparacion al que lo refiero todo, y todo me es indiferente. Tengo prueba de ello, os lo digo, una prueba muy reciente.

—¿Qué prueba? veamos pronto esta confidencia, dije sonriéndome, que vea yo si soy tan poco celosa cómo digo.

—Antes de ayer, al salir de casa de Mad. de Richeville, donde habiamos pasado juntos la noche, entré en mi casa, y hallé un billete concebido en estos términos.

«Una persona muy desgraciada, que tiene algunos derechos á vuestra compasion, os suplica le concedais un momento de conversacion; pero las circunstancias son tales, que esta persona no puede veros sino esta noche... en el baile de la ópera.»

A estas palabras de Mr. de Rohegune, no sé qué loco, qué funesto pensamiento me atravesó el alma.

Mr. de Lancry, en la carta que habia yo acabado de leer, hablaba de reprensiones hechas á Ursula á propósito del baile de la media cuaresma á que habia ido secretamente; me imaginé que mi prima era la heroína de la aventura que iba á contarme Mr. de Rohegune.

—Mi pasmo fué tal, que no pude menos de esclamar:

—¿En el baile de la ópera... en la noche de antes de ayer?

Mr. de Rohegune atribuyó esta exclamacion á otra causa.

—Os parece extraño, Matilde, pero olvidais que la noche del Jueves al Viernes era la noche de la media cuaresma. Esta cita me pareció bastante extraña; mi primer pensamiento fué no ir; pero mudé de parecer reflexionando que un verdadero infortunio no osaria quizás revelarse sino al abrigo de esta máscara de fiesta; se me olvidaba deciros que debia esperarme delante del reloj, desde las doce hasta las cuatro. Esta prueba de suma paciencia, confirmó mis

sospechas; fui pues al baile; desgraciadamente para la cita, me cogió al entrar Mad. de Longpré, á quien no conocí hasta el cabo de un cuarto de hora de conversacion; despues otra muger muy alegre, muy burlona, á quien no pude conocer y cuya charlataneria me hubiera divertido mucho si no hubiera pensado que quizás me esperaban con ansiedad; en fin llegué delante del reloj, estaban dando las dos y media.

—Y bien! dije á Mr. de Rohegune tratando de sonreirme para ocultar mi ansiedad.

—Y bien! ví en pié, junto al reloj, á una muger con un dominó de raso negro. Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho. Absorta sin duda en una profunda meditacion, no reparó en mí. Queriendo ver si esta persona era la que yo buscaba, me acerqué y le dije:

—Si esperais á alguien, señora, es á un tiempo muy feliz y muy culpable.

Mi dominó se estremeció, alzó vivamente la cabeza, y me dijo con voz conmovida.

—«Caballero, os suplico que salgamos de aqui.»

Habia mucha gente, tuvimos que esperar algunos minutos antes de poder atravesar un gentio inmenso cuyas oscilaciones me estrecharon á veces tanto contra aquella desconocida que, dándole el brazo, pude sentir que su corazon latia con una fuerza, que manifestaba una violenta agitacion.

—¿Era muy alta esa muger?

—Un poco mas que vos, Matilde, muy delgada, y me parecia tener un escelente cuerpo. Para librarnos del gentio, subimos al corredor de los palcos segundos. La tal muger estaba temblando. Le propuse que se sentara.

—«No, no,» exclamó con voz alterada, apretándome el brazo con un temblor convulsivo, «esta es la primera vez que puedo apoyarme sobre este noble brazo... Tambien será la última... Andemos... os lo suplico... andemos...»

—Pero en fin, ¿qué os dijo esa muger? ¿Qué queria?

—Hablarne de vos.

—¿De mí?

—Con una profunda admiracion...

—¿Quería hablaros de mí... de mí? exclamé, siempre persuadida que aquel dominó misterioso no era otra que Ursula.

—Si, hablarme de vos, Matilde, y en unos términos que le envidiaba. Nunca vuestro corazón, vuestro talento, vuestras desgracias, han sido alabadas con una elocuencia mas afectuosa. Estaba pasmado escuchando á aquella muger desconocida, seducido por la admiracion apasionada con que me hablaba de vuestro amor, de vuestra felicidad. Verdaderamente, Matilde, para comprender la elevacion de aquellos sentimientos, era preciso que ella fuese capaz de experimentarlos...

—Creeis, amigo mio?...

—No lo dudo ¿Qué os he de decir? empezada una vez aquella conversacion, por decirlo así, bajo la invocacion, bajo el encanto de vuestro nombre, ví con sentimiento llegar el momento de terminarla. Nunca he encontrado un talento mas vivo, mas perspicaz, mas incisivo. Despues de admirar nuestro amor vinieron los sarcasmos contra los que lo envidiaban. O me engaño mucho ó aquella muger está dotada de un carácter, de una rara energia, porque, por un extraño contraste, cuando se trataba de vos y de mí, su voz era tan dulce, tan penetrante, como imperiosa y áspera cuando se trataba de nuestros enemigos y envidiosos. No olvidaré en mi vida el retrato que me hizo de vuestro marido y de vuestra infernal prima.

—¿Os habló de Ursula?... exclamé.

—Oh! muy largamente, y con qué temple de indignacion! con qué desprecio! Ella y Mr. de Lancry fueron inmolados sin piedad. Vuestra prima fué quizás aun mas maltratada que vuestro marido; nuestra amiga desconocida parecia alegrarse cruelmente en ajar la vergonzosa conducta de aquella muger. Su espiritu satirico se cebó tambien cruelmente en Mad. de Maran, y todo esto con un atractivo, una brillantez, un poder que me confundian... En otro tiempo, Matilde, en otro tiempo se me hubiera trastornado la cabeza con esta desconocida, me hubiera vuelto

loco con su talento audaz, casi cínico, cuando se trataba de atacar el vicio y la bajeza; lleno de encanto y de sensibilidad cuando queria alabar lo que era noble y bello. Y bien! estos contrastes tan notables en aquella muger, me llamaron mucho la atencion por el momento; pero me dejaron despues muy poco curioso y muy indiferente, cuando en otro tiempo, os lo repito, hubiera hecho todo lo posible para penetrar el carácter real de aquella criatura misteriosa... pero esto es muy sencillo, Matilde, todo lo que no es vos me es antipático; me habeis hecho muy delicado; habeis, si puede decirse, purificado, divinizado mi gusto y mi corazon. Si, á estas horas, soy como aquellos fanáticos del arte que no pueden separar sus ojos del tipo augusto é ideal que nos ha legado la antigüedad; una vez apegado á esta religion de lo bello, una vez habituado á contemplarlo en su magestuosa serenidad, á adorarle en su grandeza, á amarlo en su sencillez, se vé con disgusto, con aversion, la fantasia, el capricho, lo lindo, la forma, en fin se detesta todo lo que difiere de aquella magnífica unidad que parece proceder de Dios... Ved, Matilde... si tenia razon en deciros que lo que no era vos no existia...

—¿Y esa muger, creeis fuese bella y jóven?

—Bella, no sé, pero jóven, la frescura de su voz, la delicadeza de su talle, la agilidad en el andar me inclinan á creerlo... Qué digo, no lo dudo, se me olvidaba que ví su mano desnuda; y si no hubiera visto la vuestra, habria tenido la suya por la mas linda del mundo, pues al menos su blancura, sus contornos redondos y pulidos anunciaban ciertamente la juventud.

—¿Y cómo concluyó la conversacion? ¿Qué era en fin, lo que queria aquella muger?

—Tener, me dijo, la sola conversacion que le era posible tener conmigo para juzgar por sí misma si lo que se decia de mí era cierto... y espresarme los votos que hacia por nuestra felicidad. Y luego en fin... Pero os vais á burlar de mí y de mi desconocida... y tendreis bastante razon...

—Decid, decid, os lo suplico.

—Desde luego, Matilde, debo preveniros que fui sorprendido... por mi honor, que en lo menos que esperaba era en aquella prueba mas que rara de su admiracion.

—Decid, decid, os aseguro, amigo mio, que no me burlaré de vos.

—Pues bien! en el momento de dejarme aquella muger, me dió cordialmente su mano: la tomé... entónces... pero en verdad, es tan ridiculo contar esta boberia como cometerla.

—Quiero saberlo todo.

—Preparaos pues á reiros.—Pues bien! entónces mi desconocida llevó mi mano á sus lábios por debajo de su careta con un movimiento de sumision tímida, de bajeza apaciguada... que me confundió de sorpresa... Tenia la cabeza baja, cayó una lágrima en mi mano, y mi dominó desapareció de repente entre el gentío.

Bajo un pretesto frivolo, dejé para el dia siguiente el paseo que debia dar aquel dia con Mr. de Rohegune y quedé sola.



XI.

LA CONCIENCIA DESPIERTA.

Estuve á punto de decir á Mr. de Rohegune quien era el misterioso dominó que habia encontrado en la ópera; pero temiendo obrar con ligereza, quise reservarme el tiempo de reflexionar.

Conocia el corazon y el carácter de Mr. de Rohegune, debia experimentar por Ursula tanto desprecio como aversion; sin embargo, la seduccion de esta muger era poderosa... tenia yo pruebas fatales de ello.

Introduciendo diestramente mi elogio, habia sabido desde luego hacerse escuchar favorablemente de Mr. de Rohegune, agradarle, escitar vivamente su curiosidad, atraerlo... no estaba segura de borrar todas estas impresiones, nombrándole á mi prima; no haciéndolo, olvidaria quizás aquella misteriosa conversacion.

En su carta á un amigo desconocido, Mr. de Lancry

hablaba de la sombría tristeza que oprimia á Ursula hacia algun tiempo, del cambio extraordinario que se habia efectuado en los hábitos de aquella muger.

Ella, tan indiferente hasta entónces, tan inconstante, estaba resuelta, decia él, á dejar la lujosa y brillante casa de Maran, y habia cumplido esta resolucion.

Uniendo los hechos de la aventura del baile de la ópera, me preguntaba á mí misma, si una pasion violenta, imperiosa, por Mr. de Rochegune á quien conocia de vista, y de quien todo el mundo hablaba, habria invadido el alma de Ursula...

Me acordaba de aquel trozo de su insolente carta á mi marido, en que le pintaba con tan ardiente elocuencia, el amor que quizás debia sentir por el hombre que la dominase despóticamente.

En fin, esta muger me habia ya lastimado en afeciones tan caras: ¿no podia perseverar en su ódio y quererme herir todavia?

No podia dudar de Mr. de Rochegune; no me abatia por una falsa modestia; pero... presentia vagamente alguna nueva desgracia, algun golpe inesperado...

No me engañaba, esta desgracia ocurrió, me se disparó el tiro... si nó por Ursula, á lo menos por su influencia, como si esta influencia debiese serme siempre funesta.

Lo que me queda que confesar es de un carácter tan delicado, de una sicologia tan sutil, que me ha sido preciso preguntar largo tiempo á mis recuerdos mas íntimos para volver á coger aquellos hilos casi imperceptibles que abundan sin embargo en uno de los mas importantes, en uno de los mas dolorosos incidentes de mi vida.

Me prometí decirlo, vergonzosas debilidades ó cobardes errores; no flaquearé ante una confesion, por penosa que sea; ante una esplicacion, por estraña que parezca.

¿Quiere saberse lo que mas me hirió de la conversacion de Mr. de Rochegune? Lo que me hizo sentir una conmocion profunda, desconocida? ¿Lo que dominó todos mis pensamientos, lo que me trastornó de repente? ¿En fin lo que causó el primer sonrojo que me subió á la frente, el pri-

mer bochorno que me llegó al corazón? ¿Qué fué lo que me hizo dudar de mí, de mi valor, de mi virtud, de mis derechos á la alta estimacion con que se me rodeaba? ¿Se quiere saber?

...Fué el beso que Ursula dió en la mano á Mr. de Rochegune.

Esto parecerá una locura, un imposible; esto es miserable, lo sé porque hasta en este momento, en que escribo estas líneas en la soledad, bajo los ojos como si mi turbacion y mi confusion estuviesen á vista de todos...

Si... cuando Mr. de Rochegune me habló de aquel beso... mis mejillas se enrojecieron, sentí una especie de choque eléctrico; una conmocion desconocida, ardiente y dolorosa á la vez, me causó no sé que estremecimiento de cólera... toda mi sangre refluyó hácia mi corazón... á pesar mio, mientras que Mr. de Rochegune hablaba... mis miradas no pudieron separarse de su mano como si hubiesen buscado con ánsia la traza del beso de fuego que le habia dado Ursula.

Por la primera vez, advertí... ó mas bien noté que aquella mano era de una hermosura perfecta... Por primera vez experimenté un movimiento de celos crueles cuyo origen y consecuencias no osaba entrever.

Por pueril que sea este sentimiento, me asustaba como sintoma.

Si mi amor hubiese sido tan puro, tan etéreo como lo parecia, aquel beso me hubiera sido casi indiferente. Esta nueva prueba del cinismo de Ursula quizás me hubiese «indignado...» nunca me habria «turbado...»

Ay! no quiero decir que sin esta circunstancia de la conversacion de Mr. de Rochegune y de Ursula, me hubiera para siempre librado de estas conmociones.

Quizás no habia hecho mas que adelantar este momento fatal en que debia reconocer la vanidad de mis nobles designios, la debilidad de mi carácter, el irresistible poder de un amor culpable... pero, lo juro por todo lo que he padecido, fué para mí una cruel revelacion.

Los que han contado largo tiempo orgullosamente so-

bre sí mismos, sobre la solidez, sobre la elevacion de sus principios, que los elevaban sobre todo lo vulgar, comprenderán mi pena.

No me engaño. Asi como basta una chispa para causar un incendio, fué suficiente esta impresion para instruirme de pronto acerca de la naturaleza de mi amor.

¿Qué será pues de mi vida en lo sucesivo?

Si era bastante animosa para resistir á esta inclinacion que habia llegado á ser criminal; cuántas luchas, cuántos dolores ocultos, cuántas lágrimas ardientes, vergonzosas, devoradas en silencio... Qué suplicio á cada momento no me impondria en tal caso esta intimidad hasta entónces tan fácil! qué embarazo! velar, velar sin cesar sobre ese malhadado secreto, que una inflexion de voz, que una mirada podian vender!...

Manchar, desnaturalizar por el temor, por la reserva aquel afecto hasta entónces tan confiado, tan honrado, tan santo!

Y luego, para colmo de pena y de miseria, haber sido la primera sin duda en profanar este amor por el pensamiento... y dejarlo sospechar quizás... Oh! no, no, exclamé, mas bien mil veces la muerte que este último término de humillacion...

Y si era tan desgraciada para sucumbir, no solo justificaba el abandono de mi marido, sino que abusaba ignominiosamente de la mas venerable proteccion.

Sola, abandonada, destrozada por la desesperacion, espuesta á las mas odiosas calumnias, los amigos habian venido á mí, me habian generosamente dado la mano, me habian defendido, rodeado de atenciones, de afecto; viendo la preferencia que daba á un hombre digno de mí, estos amigos me habian dicho: «Habeis padecido mucho, vuestro corazón ha sido desgarrado; pero, ánimo, esperad mejores días; para vos, privada por tanto tiempo de afectos, no es suficiente la tierna amistad que os tenemos, un sentimiento mas vivo, pero tan puro como ardiente, llevará vuestra vida; tenemos en vos y en el hombre que amais una fé tan

»completa que tomaremos con orgullo este noble amor bajo
»nuestra salvaguardia.»

Y yo, yo, indigna de este papel, único quizás en los fastos del mundo, sería tan infame que abusaría de esta sublime confianza! Al abrigo de estas austeras garantías, tendría la vileza de ocultar un amor culpable!

Gran Dios!... ¿no sería esto humillarme aun mas que Ursula? Ella al menos ha sabido mantener el espantoso valor de sus faltas, arrostrar las venganzas del mundo, mientras me librare de ella por la mas odiosa hipocresía... No! no! exclamé otra vez, mil veces antes la muerte que este último término de humillacion.

Tal era el porvenir que me habia creado un solo pensamiento, abrasador y rápido como el rayo...

Desde luego me revelé contra estas ideas, quise echarlas de mi mente; pero volvian mas á menudo, mas implacables. No podia dejar de pensar en las facciones de Mr. de Rochegune, en lo gracioso de su persona, yo que hasta entonces habia sido indiferente, ó mas bien no habia parado la atención en estas ventajas; yo que no habia admirado en él sino su carácter, sus grandes calidades.

A estas horas aun no he podido comprender como el ligero incidente que he citado podia causar en mí semejante trastorno; era preciso que sin saberlo yo, tuviese desde mucho tiempo el germen de estos pensamientos; y que no separase mas que el momento de producirse...

Es menester confesarlo todo... ay! en medio de mi desesperacion sentia estar tan elevada en la opinion del mundo! no podia descender sin parecer culpable.

¿Qué he de hacer? me decia á mi misma ¿qué he de hacer? Huir... abandonar lo que amo... esto es, aislarme mas, entregarme á las lágrimas, á la desesperacion... No, no, estoy cansada de sufrir, y puedo dejar amigos tan buenos, tan afectuosos y en fin dejarlo, á él... á él... porque le amo... conozco que le amo con pasion... con idolatria...

Ay! ¿no era este amor como todos los amores cuyo irresistible poder se revela á las primeras penas? ..

Por primera vez me costaba lágrimas... por primera

vez reconocia toda su intensidad.

Esperaba con ansiedad cruel el momento de comprobar si mis temores eran fundados. Quizás mi imaginacion habia exagerado mis resentimientos.

A eso de las seis subí á casa de Mad. de Richeville; Mr. de Rohegune comia allí conmigo aquel dia, y debiamos ir luego al concierto.

—Y bien! mi querida Matilde, me dijo la duquesa: habeis aprovechado este bello dia para ir á hacer vuestras compras? ¿Qué piensa Mr. de Rohegune de esos bronces antiguos? es tan inteligente que á ciegas estaria yo por lo que él dijera.

Por primera vez me sonrojé hablando de él...

Traté de responder con voz firme.

—No he salido; tengo alguna jaqueca.

Mad. de Richeville se sonrió, me amenazó con el dedo y me dijo:

—Perezosa! se le habrá pasado el tiempo junto á la chimenea hablando con su amigo, y habrán sido sacrificados los bronces.

—No, os aseguro... os...

—Aqui entre nosotras, os sobra la razon; es tan difícil separarse del encanto de una amable conversacion... Pero, ay! creo no lo habreis detenido hasta muy tarde... El concierto empieza por una sinfonia de Reethoven que no querria perder...

—Mr. de Rohegune se separó de mi bastante temprano.

—Era menester que tuviese que hacer algo muy interesante para no pasar segun su costumbre, toda la mañana con vos... En verdad, querida Matilde, creo á veces soñar cuando pienso que pueda existir semejante intimidad entre una muger de veinte años y un hombre de treinta, sin que los murmuradores se atrevan á decir una sola palabra, porque el mundo tiene de bueno que se entusiasma con todo lo que es nuevo; casi no responderia de que vuestros imitadores no fuesen tan felices como vos...

sin contar que seria muy difícil hallar dos personas que reuniesen las garantias que vos y Mr. de Rochegune podeis oponer á las calumnias ordinarias.

Estas palabras de Mad. de Richeville que, el dia antes, me hubieran sido, como siempre, muy agradables, me turbaron y me hicieron sonrojar otra vez; felizmente para mí, Mad. de Richeville mudó de conversacion, y no advirtió mi turbacion.

—Ah! los hombres valerosos y honrados son tan raros! dijo la duquesa: no puedo dejar de hacer esta reflexion cuando pienso que un dia será preciso casar á Emma...

—¿Qué teneis que temer amiga? ¿Qué faltas tiene para no encontrar un hombre digno de ella?

—Si no me ciega el amor de madre, nada le falta; pero hay querida mia! ¿merecer, es obtener?

—Pensad que es muy bella, y que tiene muy buenas prendas!

—Si, ¿pero su nacimiento? dijo la duquesa suspirando. Sin duda me verá forzada á buscarle un marido en una clase inferior á la nuestra. Este temor no procede de mi orgullo, sino de mi cariño; hay mil delicadezas en el trato del mundo por decirlo así, tradicionales y casi generales en nuestro mundo que no se hallan en otras partes. Mientras mas se desarrolla el carácter de Emma... mas reconozco que le seria imposible soportar ciertas maneras, ciertos usos... casi me enfado de que tenga una susceptibilidad tan impresionable; es una verdadera sensitiva... pero pues hablamos de esta querida niña... es preciso deciros una cosa que he callado hasta ahora.

Miré á Mad. de Richeville con estrañeza.

—Probablemente me habré engañado, continuó, pues la advertencia que os he hecho no os ha llamado la atencion... á vos por quien ella se interesa particularmente.

—A mí! esplicaos, os lo suplico.

—Pues bien! continuó Mad. de Richeville despues de haber titubeado un momento. ¿No habeis advertido, de algun tiempo á esta parte, ningun cambio en la conducta de Emma respecto á vos?

—No, en verdad, ó mas bien sí, sí, me ha parecido que redoblaba sus atenciones y obsequios... se me olvidaba hablaros de una niñería que prueba aun mas su tierno afecto; hace ocho ó diez dias que viéndola pensativa, como suele estarlo á menudo, le dije; Emma, en qué pensais?

—«Pienso, que quisiera llamarme Matilde, como vos,» me respondió.

—¿Y porqué? ¿El nombre de Emma no es muy gracioso?

—«Sí, pero prefiero el de Matilde.»

—Pero, repuse, porqué razon?

—«Lo prefiero porque es el vuestro!»

—Creo, que en efecto, esta querida niña siente esta preferencia... lo digo, porque esa alma angelical nunca, no diré ha mentido, sino que ni ha titubeado en su sinceridad.

—Teneis razon, Matilde, la he estudiado bien, la franqueza es en ella involuntaria, espontánea, esto me ha explicado sus aparantes rarezas; sí, Emma sabe fingir tan poco, tiene tal necesidad de expansion, que revela sus ideas á medida que le ocurren, y sin saber ni aun el objeto á que se dirigen. En una palabra, esta querida niña siente por decirlo así muy elevadamente, y la causa y la tendencia de estos sentimientos suelen explicársele... Algunas veces temo que esta singular disposicion del ánimo sea una debilidad de juicio ó discernimiento.

—¿Podeis creer eso, cuando por el contrario Emma os sorprende y á vuestros amigos, por su prodigiosa facilidad en aprenderlo todo, por la gracia encantadora de sus respuestas? No, veo que muchas veces he abusado del análisis, veo que no hay sino un alma de una pureza angelical, de un candor esquisito, casi ideal, que puede descubrir sin temor y sin exámen las impresiones que recibe... porque su instinto le dice que estas impresiones no pueden ser sino nobles y generosas... En verdad, no hallais mucha grandeza en un espíritu que algunas ve-

ces desdeña preguntarse el por qué y el término de sus pensamientos?

—Si, teneis razon, me tranquilizais, vuestro corazon lo adivina, la amais como á una hermana, y la pobre niña os corresponde; no podeis figuraros la especie de culto que tiene por vos. Me ha suplicado que la deje imitaros, es decir, peinarse de la misma manera que vos; esto no me ha sorprendido; vuestro peinado es sienta á las mil maravillas. Me ha pedido tambien vestirse como vos; siempre que pueda acomodarse con su posicion de soltera.

—Querida Emma! me ama tanto; la habeis habituado á exagerarse tan destinadamente lo que llamais ventajas mias, que, en su sencillez, no cree poder probarme mejor su admiracion que imitándome.

—Quizás teneis razon, mi querida Matilde; sin embargo hay una cosa que me ha admirado... es...

En este momento entró Emma en el salon.

Mad. de Richeville me hizo señas de que estuviese muy atenta...



XII.

EL CONCIERTO.

—

Emma se acercó á Mad. de Richeville, la cual le dió un beso en la frente... luego, segun su costumbre, despues de haber abrazado á su madre, vino hácia mí; pero de repente se paró como herida de una súbita reflexion; su hechicero semblante y su cuello de alabastro tomaron un color sonrosado; fijó por un momento en mí sus grandes ojos con una espresion indefinible, despues los bajó, matizándose entretanto su cara de un carmin muy vivo.

Su madre me hizo una seña como para decirme que examinase á Emma.

Esta, despues de un momento de silencio, puso sus manos sobre el corazon, y dijo con un acento delicioso y encantador:

—Dios mio! como palpita todavia mi corazon... y añadió mirando á su madre.

—No sé porqué no puedo ahora sonrojarme, viendo á

Mad. de Lancry; me siento tan conmovida que titubeo un momento antes de abrazarla.

Y, como si hubiese triunfado de una lucha interior, que se pintaba por una especie de contraccion en sus facciones, se arrojó á mi cuello, diciéndome con una gracia encantadora:

—Ah! felizmente esto pasa... pero durante un momento me causa mucho mal.

Mad. de Richeville me miró, y dijo á Emma:

—Pero en fin, hija mia, ¿qué sentís? por qué ese movimiento!

—No sé, replicó meneando la cabeza con un aire de inocencia angelical; llego muy alegre; mas de repente, al ver á Mad. de Lancry, palpita mi corazon, se oprime dolorosamente... pero pasa esta impresion, y recupero toda mi felicidad abrazándola.

Y me abrazó otra vez.

—¿Desde cuando sentís eso, querida niña? le dije apretando sus manos entre las mias.

—Nosé; me ha invadido poco á poco. Y lo que no comprendo es que cada dia se aumentan mis penas y mis placeres. Pero, añadió como queriendo preguntarse, no... es mas que placer el que experimento despues del instante de pena que me ha causado vuestra presencia...

—Qué es eso pues? le preguntó su madre, interesada como yo hasta en lo mas mínimo.

—Viene á ser, dijo Emma titubeando, como la conciencia de una buena accion que hubiera hecho... es como si hubiera triunfado de un mal pensamiento.

—Pero ese mal pensamiento... ¿cual es? le dije.

—No sé, creo que nunca lo he tenido, me respondió, pero me parece que debe causar el mismo mal.

Mad. de Richeville y yo nos miramos sin decirnos una palabra.

Nos anunciaron sucesivamente á Mad. de Semur, al duque y á la duquesa de Grandval.

Se generalizó la conversacion; no se esperaba mas que á Mr. de Rochegune.

Llegó de allí á poco.

Despues de haberle dado la mano á Mad. de Richeville, vino hacia mí; involuntariamente y contra mi costumbre, mi primer movimiento fué retirar la mano; viendo su sorpresa, me apresuré á dársela...

No sé si la encontró alterada, no sé si advirtió mi sonrojo y un temblor que me agitaba, no sé si adivinó la emocion que experimentaba, pero tuvo mi mano en la suya un segundo mas quizás de lo regular, y la retiré bruscamente.

—¿Cómo estáis? ¿Se quitó la jaqueta? me dijo con interés.

—Os doy mil gracias, *caballero*, todavia me incomoda un poco.

Mi respuesta causó una nueva sorpresa á Mr. de Rochegune, pues nuestra familiaridad era tan manifiesta en la tertulia de Mad. de Richeville, que nunca le decia *caballero*, así como no me decia señora.

Por primera vez me turbé con esta prueba de intimidad, avisaron á la duquesa que la mesa estaba servida; Mr. de Grandval ofreció su brazo á Mad. de Richeville, como de mas edad que Mr. de Rochegune; este me ofreció el suyo, le dije en voz muy baja, casi en tono de reprension:

—¿Y Mad. de Semur?

Ya era tarde, esta pasó por delante de nosotros, asida al brazo de Emma.

Ahora que me acuerdo una á una de todas aquellas imprudencias, ó mas bien de todas aquellas confesiones involuntarias, no puedo sino atribuir las á mi turbacion cruel, á mi falta absoluta de disimulo. Sin creerme culpable, habia ya perdido la serenidad de conciencia; repugnaba gozar de los dulces privilegios de que me sentia entonces menos digna.

Si la reflexion no me hubiese bien pronto convencido del término de mis imprudencias, la espresion de las facciones de Mr. de Rochegune, la inflexion de su voz (estaba sentado junto á mí en la mesa) me lo hubiesen advertido.

—Por Dios! ¿qué teneis desde hace poco? me dijo con tono amable y triste...

Volviéndome en mí estas palabras, comprendí, por primera vez, la necesidad de fingir; á todo riesgo, dispuesta á hallar mas tarde el medio de justificar mi respuesta, respondí sonriéndome á Mr. de Rohegune:

—No tengo nada, es una niñería que os explicaré, y además tengo todavía alguna jaqueca, pero conozco que se vá pasando...

—Asegurado con estas palabras, Mr. de Rohegune me mezcló en la conversacion con su ordinario atractivo, y yo me repuse del todo.

Lo que me pareció singular, fué encontrar muchas veces las miradas de Emma, que parecia querer leer hasta el fondo de mi pensamiento.

Desde luego, sostuve aquellas miradas sonriéndome; pero su fisonomia permaneció impasible como una máscara de mármol, y su vista se fijó tan penetrante, que sentí alguna incomodidad y tuve que evitarla.

Estuve á punto de flaquear otra vez, creyendo néciamente que Emma adivinaba los pensamientos que me agitaban; pero con un nuevo esfuerzo, un nuevo vuelo de la voluntad, me elevé sobre estas preocupaciones.

Despues, á este movimiento de temor, sucedió no sé qué cosa atractiva á que no pude resistir; en lugar de avergonzarme de la agitacion que habia experimentado con Mr. de Rohegune, me dejé llevar de ella ciegamente, senti en mis mejillas un ligero calor febril, mi reserva se dissipó completamente, me volví muy habladora; y muchas veces Mad. de Richeville y nuestros amigos notaron mi alegría, la cual me sorprendia á mí misma.

La comida fué muy divertida. Así que acabamos salimos, para el concierto; acepté esta vez muy valerosamente el brazo de Mr. de Rohegune.

Tomé una resolucion violenta; queria hacer una prueba decisiva durante toda aquella noche pasada al lado de Mr. de Rohegune; no cambié nada en mi familiaridad acostumbrada. No queria privarme de ninguna de las im-

presiones nuevas que pudiese experimentar á su lado.

Una vez bien convencida de que mis temores eran fundados, tomara una determinacion firme.

Llegamos al concierto.

Me coloqué en la primera fila, entre Mad. de Richeville y Mad. de Grandval, los hombres de nuestra reunion estaban detrás de nosotras.

No sé si mis agitaciones, combatidas, unidas á la especie de irritacion nerviosa en que me hallaba, me predispusieron mejor que nunca á los goces de la música; pues experimentaba inefables enagenamientos, y mi alma embriagada se enagenaba en las olas de la armonia que me transportaban.

Me acuerdo sobre todo de un momento en que, por una rara coincidencia, concurrió todo á exaltarme de nuevo.

Rubini cantaba deliciosamente su ária de la *Sonámbula*; Mad. de Richeville, por un movimiento de admiracion involuntaria, me tomó la mano diciéndome.

—Dios mio!... qué sublime es esto!...

Detrás de mí estaba sentado Mr. de Rohegune, se habia arrimado un poco hácia delante para oir mejor á Rubini; su respiracion daba en mi espalda desnuda, y corria en los rizos de mis cabellos que sentia moverse... en fin, escuchando aquellos cantos tan adorablemente apasionados, aspiraba el perfume de un magnífico ramo de flores, regalo de una mano bien amada.

No, no, en mi vida olvidaré este momento tan completo de felicidad... tener á su lado á su mejor amigo, sentir cerca de sí al hombre que se adora, estar entretenida con los acentos encantadores, embriagándose con el olor embalsamado de las flores que os ha dado un amante... ¿no es esto coger con todos los sentidos la embriaguez del placer?

No retrocederé ante ninguna manifestacion, como ya lo he dicho.

Reconocí con una especie de congoja deliciosa lo que hasta entónces no habia sentido. Nunca la presencia de Mr. de Rohegune me habia agitado tan violentamente,

tan deliciosamente conmovido. Conocí en fin el cambio que se habia verificado en mi amor, cambio que, por culpable que fuese, daba á todas mis impresiones, antes tan dulces y tan serenas, no sé qué mordedor á la vez amargo, y ardiente que me encantaba y me asustaba á un mismo tiempo..

En este momento, yo siempre tan poco jactanciosa, me sentia orgullosamente bella; fué menester que mi fisonomia me vendiese, porque despues de lo que cantó Rubini, habiéndome, como Mad. de Richeville, vuelto al lado de Mr. de Rohegune, la duquesa me contempló un instante en silencio, y despues dijo en voz baja á nuestro amigo:

—Mirad á Matilde... nunca la he visto tan linda...

Fijó él sus ojos en los míos con un aire á la vez sorprendido y enagenado; se estremeció un poco y con una señal espresiva de cabeza, manifestó que participaba de la admiracion de Mad. de Richeville.

—¿En verdad, dije muy bajo á esta, os parezco muy linda?... pues bien! me alegraria que así fuese, añadió mirando atentamente á Mr. de Rohegune, nunca hubiera sido mas feliz en ser bella...

Mr. de Rohegune me miró tambien atentamente durante un segundo..

Es imposible decir el poder eléctrico de aquella mirada que penetró hasta las últimas fibras de mi corazón... en un espacio que se escapa al pensamiento, sentí la embriaguez, los desfallecimientos, los éstasis, los sustos que me arrastraron de lo presente á lo pasado, á lo venidero... en fin, en aquella mirada de un segundo que me respondió á la mia, ví encenderse de pronto, los fuegos de la pasión mas ardiente...

Continuó el concierto.

Mr. de Rohegune cayó cómo rendido, apoyando su frente en sus dos manos; varias veces volví un poco la cabeza para verle; siempre estaba en la misma posición. Concluido el concierto, se acordó tomar el té en mi casa; habia convidado á algunas personas de nuestra reunion que encontré en el concierto.

Volví en coche con Mad. de Richeville, Emma y Mr. de Rochegune; este estuvo taciturno, preocupado.

Pregunté á Emma si le habia agradado la música.

—No, me ha hecho daño... he sufrido mucho, me dijo dulcemente, he pasado las mayores penas del mundo en no llorar; me ha parecido que los cantos se transformaban para mí en una armonia muy triste.

Llegamos á mi casa.

Al pasar por delante de un espejo me sorprendí de la espresion que tenia mi semblante. ¿Porqué no he de confesar esta alabanza de vanidad?

—Segun me habia dicho Mad. de Richeville, me encontré mucho mas linda que ordinariamente...

Durante este cortísimo momento, en que me contemplaba con una especie de complacencia, me pareció que mi cuerpo estaba mas flexible, mis ojos mas brillantes, mi tez mas transparente, mis labios mas bermejos, me sentia como animada, dominada por una fuerza superior; eran en mí los reflejos, las esperanzas de la felicidad que llegaban á lo ideal, cuando encontré la mirada amorosa é inquieta de Mr. de Rochegune.

Me agradaba mucho contemplar su noble fisonomia, y me admiraba no haber notado hasta entónces cuan bello era. Oh! no, no, yo no podia engañarme, este fatal experimento me descubrió toda la estension, toda la profundidad de un sentimiento apasionado.

Esta noche pasó como un sueño; cosa singular! á pesar de mis preocupaciones, hice perfectamente los honores de mi casa; al irse Mad. de Richeville me abrazó y me dijo:

—Voy á repetiros respecto á vuestra alma lo que os he dicho acerca de vuestra cara; nunca habeis estado mas hechicera que esta noche.

A pesar del mucho cariño que profesaba á Mad. de Richeville, deseaba que se fuese.

Apenas esta me dejó, cuando estenuada por las emociones del dia me senti desfallecer, caí casi sin conocimiento en los brazos de mi pobre Blondeau.

La prueba que habia querido hacer no me dejó duda alguna. El amor puro, heróico, era un sueño, una quimera...

¿Mi debilidad, el ardor de la juventud eran las que habian hecho desvanecer estas admirables ilusiones? ¿Semejante amor es una de aquellas peligrosas utopias, una de aquellas funestas enramadas que encubren un abismo? no lo sabia...

¿Otras mugeres hubieran sabido guardar un justo y prudente equilibrio entre la frialdad y el acaloramiento? ¿Había caracteres tan firmes, virtudes tan elevadas, para sofocar hasta el mas tímido y secreto deseo? Lo ignoro...

Lo que me asustaba era la rapidez con que las malas ideas invadian mi alma; era de ver los palidos reflejos que lanzaban ya sobre mi tranquilo afecto que, el dia anterior, bastaba á mi corazon...

Quedé bastante humillada pensando que nuestro afecto era quizás profanado por mí sola, que Mr. de Rochegune hubiera tenido suficiente voluntad, suficiente razon para dominar sus pasiones, para preferir una felicidad pura y duradera, á las congojas de un amor culpable y sin duda efimero y digno de desprecio.

Sí, despreciable, sí, efimero... porque la conciencia de una primera falta lo que tiene de horrible es que hace germinar la duda y la desconfianza de sí mismo.

Se ha faltado una vez á las mas nobles resoluciones, ¿por qué no se faltará de nuevo?

Han creído que el alma domina á los sentidos y se han engañado... ¿porqué no se han de engañar tambien acerca de la duracion, de la constancia del amor que se experimenta?

Oh! lo repito, nada hay mas horrible que la idea de esta degradacion sucesiva, por decir asi lógica, que el primer extravio debe fatalmente arrastrar tras sí.

XIII.

LA CONFESION.

Cualquiera se sorprenderá de que razonase entónces como si ya fuese culpable. Esto era porque preveia que si Mr. de Rochegune era tan débil como yo, no tendria fuerza para resistir á mi inclinacion.

En este momento las consecuencias morales de aquella falta *venial* eran las mismas; encontraba muy poca diferencia entre las certidumbres de cometerla y los remordimientos de haberla cometido.

No podia contar sino con la delicadeza, el honor de Mr. de Rochegune; no pensaba sino en ocultarle á todo precio lo que sentia... Si lo adivinaba, era perdida.

Esperaba ver á Mr. de Rochegune el dia despues del concierto.

Vino en efecto á las dos y me suplicó hiciese cerrar la puerta. Lo encontré pálido, triste, decaido; sus facciones tenian una espresion de languidez lastimera, que nunca habia notado en él.

Se trataba para mí de un momento decisivo; todo mi destino iba á depender de mi resolución.

Reuní todas mis fuerzas, llamé á mi ayuda todo el disimulo de que era capaz, á fin de componer mi semblante y parecer indiferente y alegre.

Me apresuré á decir aturdidamente á Mr. de Rochegune:

—Ayer mañana me encontrasteis muy desapacible, ¿no es verdad? Despues de haberos pedido vuestro brazo para salir, os despedí; confesad que soy horriblemente caprichosa!

Mr. de Rochegune guardó silencio por un momento; despues me dijo:

—Matilde, me teneis por hombre honrado?...

—Dios mio!... qué grave introduccion, amigo mio!

—¿Y por qué?

Despues de un nuevo silencio continuó:

—Matilde, nunca he mentido. Ayer os juré confiaros todos mis pensamientos, buenos ó malos; no creia deber tener que cumplir tan pronto aquel juramento...

—En verdad, amigo mio, casi me espantais: qué repentino cambio!

—Matilde, esto me parece un sueño. Explicar lo que experimento, es imposible: cedo á no sé qué encanto que desde ayer ha trastornado mis ideas mas fijas, mis mas sólidos principios; no me conozco ya... no os conozco á vos misma.

—¿Qué decís?

—Desde ayer he visto en vos una muger que no habia visto todavia.

—Yo... yo... no comprendo, dije, tratando de sonreirme, no sé cómo; desde ayer he podido apareceros bajo un aspecto tan diferente.

—En vano he querido explicarme la causa de esta transformacion, no he podido. En vano me he preguntado porqué vuestra vista me causó ayer una emocion que nunca habia sentido. Vuestra fisonomia no era la misma... Mad. de Richeville lo advirtió, como yo sin duda, porque os dijo que nunca habiais estado mas linda... Esto era verdad.

Vuestra mirada tan dulce, tan tranquila y tan pura estaba sucesivamente brillante ó cargada de turbacion y languidez, vuestra voz vibraba mas, vuestra tez mas animada, vuestra risa mas estrepitosa. Inclinado sobre vuestra espalda, creí verla temblar á mi respiracion. Estábais cercada no sé de qué atmósfera magnética que me atraía, que me embriagaba. No es esta una ilusion. Estábais, estais ahora mas bella que lo habeis estado nunca... ó mas bien estábais bella con una belleza mas.

—Vamos, amigo mio, estais mas poeta que de ordinario, habeis querido ensayar nuevas adulaciones. Quizás, ayer, estaba vestida con ventaja... Este es todo el misterio de aquel cambio... Los que no han cambiado son los sentimientos que os ha consagrado vuestra amiga, vuestra hermana...

—¿Mi hermana... mi hermana? Nunca os he amado como á una hermana .. os lo he dicho... Solo hasta aquí he tenido valor, hasta aquí he tenido voluntad, hasta aquí he creído que se podia impunemente amar á una muger como vos, hasta aquí he creído que la intimidad en que viviamos me bastaria; he creído que la sublimidad de un amor ideal, que la admiracion que inspiraba me robaria á toda humana pasion... Y bien! Matilde, no tengo ya ese valor, no tengo ya creencias; juramentos, votos, promesas, todo está olvidado... Mi pasion comprimida por tanto tiempo, estalla al fin. Matilde... Matilde, lo confieso; no hay mas que un cobarde, ese soy yo; que un culpable, ese soy yo; pero al menos piedad para un amor ardiente, insensato, que estravia mi razon.

Me estremecí del peligro que corria. Representándome sus conmociones, Mr. de Rochegune me decia las mias.

No pude vencer un sentimiento secreto de felicidad y de orgullo viéndome tan desatinadamente amada; pero recobré presto mi valor; me sentí mas fuerte viendo á Mr. de Rochegune mas débil... me dije que seria bueno remouar aquella grande alma á su altura y salvarme de mí y de él.

Después de un momento de silencio, le respondí con un tono afectuoso, pero tranquilo y serio:

—Perdonadme, amigo mío, de haberos desde luego, respondido con ligereza, me dais una prueba afectuosa de confianza haciéndome esta confesión, os doy gracias.

Y le di la mano con dignidad. La reserva de mi lenguaje le llamó la atención, continuó:

—Aunque haya sin duda exageración en lo que me habeis dicho, no me sorprende, lo esperaba.

—¿Vos, Matilde?

—Sí, amigo mío, acordaos de nuestra conversación de ayer... no me dijisteis: «La intimidad de que disfrutamos «no la hemos adquirido sino á precio de vuestros sacrificios; «mientras mayores fueren, en mas serán respetados.»

—Matilde, exclamó él exaltado, no me hableis de lo pasado, un abismo separa el día de ayer del de hoy!

—Entonces, amigo mío, le dije sonriéndome dulcemente, entonces como la hada de la leyenda, echaré un puente invisible sobre ese abismo, os cogeré por la mano, y os conduciré á nuestra región celeste toda coronada de pureza, de nobleza y de honor, donde, como en lo pasado, nuestras dos almas revoltearán siempre ufanas y ardientes por su elevación.

A pesar de la sonrisa que tenía en los labios, mi corazón estaba traspasado; Mr. de Rochegune parecia afectado dolorosamente con mis palabras. Permaneció algun tiempo en silencio; luego continuó con una tristeza apacible, decaída, casi temerosa.

—Teneis razon, Matilde. Lo pasado ha sido lo mismo que lo habeis representado. Tuve esas generosas creencias, esas nobles aspiraciones; os amé. Mi carácter era enérgico, mi voluntad firme, mi palabra sagrada, mi corazón valiente y atrevido. No sé porqué fenómeno inesplicable todo ha cambiado... Sí, esta es la verdad; ayer aun, hablaba de la felicidad de que gozaba á vuestro lado, no veia sino la realización del último deseo de mi padre. Pues bien! en un día, mi ambición se ha aumentado hasta el delirio, mas no me ha hecho decaer en mi estimación... Me ha elevado.

—¿Qué quereis decir, amigo mio? no seria profanar nuestro amor.

No me dejó acabar, y continuò con aire grave.

—Profanarlo... oh! no, Matilde, no, no veais en lo que voy á deciros una sutileza sacrilega ó la hipócrita excusa de un amor culpable... no son solo los deseos apasionados de la juventud los que os espreso aquí; espreso el deseo mas noble que Dios ha colocado en el corazon del hombre, el deseo de aquella felicidad de todos los instantes que no se puede disfrutar sino en la dulzura encantadora del hogar doméstico. En una palabra, me comprendeis, Matilde, en vos adoraré quizás aun mas que la esposa, que la querida... sois á la vez tan bella y tan santa, que el enagenamiento que inspirais se torna en casto y sério... basta vuestro pensamiento para purificarlo todo, para dar á un amor culpable el objeto, el carácter sagrado de una union solemne...

—Pues bien! amigo mio... os ruego en nombre de esos sentimientos que me concedeis, que calmeis vuestra exaltacion.

—No, no, la felicidad que disfruto á vuestro lado no me satisface, porque es incompleta, no es ya la libertad de veros lo que ahora quiero... es pasar mi vida entera junto á vos... ois, lo que yo quiero es pasar mi vida entera junto á vos, Matilde, quiero entre nosotros vínculos indisolubles para teneros encadenada para siempre, quiero todos los derechos, para manifestaros todos los sacrificios, todas las felicidades, para deberos todos los reconocimientos.

—Pero hasta aquí, amigo mio, me habeis dado grandes pruebas de afecto y de bondad!

—Qué es esto al lado de aquella vida íntima, concentrada en su propia felicidad, en que se goza de todos los dones que Dios ha acumulado en los que ama; en que se descansa de una adoracion por una idolatria, en que la belleza moral hace mas preciosa aun á la belleza física; porque si Dios ha querido que una bella alma tuviese una bella cubierta, para que estos dos encantos se confundiesen en uno solo; separarlos, es ultrajar la naturaleza.

—Ah! ese lenguaje...

—Contrasta con el que tenia ayer, en hora buena; pero lo mismo ayer que hoy he hablado la verdad.

—Pero este cambio tan repentino...

—Me confunde, me abruma, Matilde. Para esplicarlo es menester recurrir á aquella vulgar, pero justa, comparacion de la gota de agua que al fin hace rebosar la copa. Las circunstancias mas infimas deciden los acontecimientos mas graves cuando llega la hora... No lo dudo; mañana apretaros la mano, el acento de vuestra voz harian estallar todo lo violento de esta pasion por largo tiempo comprimida. Ayer, hablándoos de sacrificios, Matilde, me servia de términos vagos, pero el heroismo tiene limites. Y un pensamiento fijo, único, está ahora sin cesar, presente á mi espíritu; el de vivir con vos en el retiro de no sé qué soledad. Para vos y para mí los placeres del mundo son una vanidad, Matilde... Ah! si quereis... Y se paró, temiendo haber dicho demasiado.

Lo comprendia muy bien; el mismo deseo me habia ya ocurrido; era preciso todavia que mis labios continuasen desmintiendo á mi pensamiento. A estos vuelos apasionados cuyo choque, á pesar mio, sentia hasta en el fondo del corazon, era preciso responder con frias y severas palabras.

—En verdad, amigo mio, le dije; no os reconozco. Sois vos, vos el que me proponeis hollar todos los deberes, engañar la amistad, la confianza de nuestros amigos? Pensad en ello... ¿Con qué sarcasmos no los perseguiria el mundo? Hacerlos cómplices de nuestra falta, entregarlos á la amarga burla porque han tenido una ciega confianza en nuestro honor... Mirad, sed franco y responded... Si yo consintiese en huir con vos... ¿qué pensarian de nosotros el príncipe de Hericourt, su muger, que tan honradamente han favorecido nuestro amor?

Esta pregunta sobrecogió á Mr. de Rohegune; titubeó hablar por algunos momentos; yo sentia habérsela hecho, porque me parecia ay! que no podiamos responder á ella.

En esta conversacion, á pesar de la reserva aparente de mis palabras me sentí mas turbada, mas enamorada que nun-

ca... tenia, ay! me atrevo á confesarlo, quizás aun más que Mr. de Rochégune el mismo deseo; mi amor hacia él llegaba á su colmo, á cada instante estaba á punto de decirle:— Huyamos...

Repuso él tristemente:

—Nunca he mentado, Matilde... no mentiré en esta ocasion... Si consentis en seguirme... iré á ver al príncipe y se lo diré todo...

—Y qué reprensiones no tendrá derecho de haceros!

—¿Y, exclamó Mr. de Rochégune con una impaciencia dolorosa, qué importan al príncipe los juicios del mundo? Desapareciendo de la sociedad ¿no nos condenamos? ¿No renunciarnos á su estimacion, á su interés? ¿Qué mas se quiere? ¿No podemos obrar menos noblemente, abusar de la confianza que se ponía en nosotros? ¿Es tan difícil engañar á los prevenidos?

—Ah! vos y yo somos incapaces de semejante infamia!

—Lo sé ¿tendriamos valor para renunciar resueltamente la posicion que nos habiamos adquirido? Mientras que hemos permanecido, ¿no hemos sido dignos de ella? Una caída vergonzosa no nos haría desmerecer, sería una renuncia libre, voluntaria. Con admiracion del mundo, hubieramos preferido nuestra felicidad, en eso no hay ni cobardia, ni traicion... Lo diré á la faz de todos... como dije...

—Ay! amigo mio, dije interrumpiéndole, ¿dejarémos de ser culpables confesando publicamente que lo somos? Esta confesion no sería una generosa audacia, sino un general descaro. Ah! creedme, si sucumbiésemos, sería preciso huir vergonzosamente y ocultarnos como criminales.

—Oh! llegue ese dia venturoso, Matilde, y nunca me frente habrá estado mas envanecida... mas justamente envanecida.

—Podeis hablar así, y la vergüenza... y el deshonor mio!

—¿El deshonor? No sois libre? ¿El mundo mismo no ha pronunciado una especie de divorcio moral entre vos y

vuestro marido? ¿Puede vuestra posición compararse con la de ninguna otra mujer?

—Sí, hoy; á estas horas todavía no puedo ser comparada con nadie; pero que olvide mis deberes y mañana seré, como otras muchas, una mujer que se venga á su vez de los engaños de su marido... Además! después de tenido la insolente audacia de colocarme como mujer superior á las fragilidades humanas, sería derribada de aquel orgulloso pedestal en medio del desprecio universal...

—¿Y donde os alcanzará ese desprecio? venid... oh! venid Matilde, mi amor os defenderá... la felicidad os vengará... el que viva para el mundo, puede temerlo; el que vive para sí y por sí en el retiro, lo mira con desden y lo desprecia. Amigos, orgullo, ambición, deber; todo lo he olvidado; no vivo sino por un solo pensamiento, por un solo deseo... vos, vos, siempre vos.

—Pero vuestra carrera, vuestro porvenir tantos desgraciados que no existen sino por vos, vuestro país á quien vuestra voz es útil tan á menudo...

Mr. de Rohegune se encogió de hombros. —Delirios huecos y sonoros, estériles utopías es lo que viene á ser esta vana política. En cuanto á mis desgraciados, es diferente; desde el fondo de nuestro retiro velaremos sobre ellos, seremos su misteriosa Providencia; no perderán nada... ¿Pues qué un amor como el nuestro no bastaría para haceros generosos y bienhechores si no lo fuésemos ya?... Me mirais con sorpresa, Matilde... ¿estais pasmada de oirme hablar así, á mí no ha mucho tan celoso de lo que desprecio hoy día? Yo también me pasmo y me alegro de ello...

—¿Qué decis?

—Sí, este repentino cambio en mis ideas me prueba que vuestra influencia sobre mí se aumenta todavía...

—En otro tiempo estaba envanecida con esa influencia; os inspiraba las más nobles acciones; hoy me sonrojo de ello, no os inspiro sino resoluciones indignas de nosotros.

—¿Y quién os dice eso? ¿Y quién os dice que de nuestras tumultuosas pasiones no saldrán algunos grandes ejem-

plos, algun sublime sacrificio? No sé lo que nos está reservado para lo futuro, pero Dios no nos ha unido en vano. Sí, nuestra caída aparente debe ocultar alguna resurrección magnífica; dos almas como las nuestras no pueden encontrarse en un verdadero, brillante y profundo amor, sin dejar detrás de ellas alguna memoria magestuosa; sí, una voz, que nunca me ha engañado, me dice que, á pesar de las acusaciones, la separación de nuestros amigos, ellos nos volverán á buscar por la fuerza de los acontecimientos mas rendidos que nunca, porque mas que nunca habrémos sido mas dignos de ellos...

—¿Cómo?

—No lo sé, pero estoy seguro de ello; otra vez, Matilde, os digo que parezca lo que quiera, este amor es noble y grande, os digo que el porvenir lo probará...

El acento, la fisonomía de Mr. de Rochegune manifestaba tanta fé en lo que decia, que casi me sentí tan fatalmente persuadida de que nuestro amor debia tener brillante fortuna que, á pesar de mi resolución de permanecer fria y reservada, no pude resistir á un movimiento de seducción, y exclamé:

—Sí, sí, os creo, lo que decís, lo siento, me parece que interpretáis los mas secretos movimientos de mi corazón.

—Matilde!... exclamó cayendo de rodillas y tomando mi mano con un movimiento de adoración apasionada: Oh! venid... Huyamos... Venid... venid... amiga mia, hermana mia, querida mia, muger mia.,.

Estas palabras, las miradas desvanecidas de Mr. de Rochegune, todo me volvió en mí; me levanté repentinamente...

—Matilde, dijo tapándose la cara con las manos; perdonadme... soy un insensato.

Algunos minutos me bastaron para calmar mi agitación, le dije con la mayor frialdad que pude:

—Sois un insensato en efecto... en creer que podría esponerme á sonrojarme de vos y de mí.

Me miró desconsoladamente, y exclamó en tono compasivo:

—Ah! vos no me amais como os amo.

Y se echó á llorar.

Lo confieso, Dios mio! si hubiese tenido valor para desengañarlo, para decirle que participaba de su insensata... sus ideas justas ó injustas, elevadas ó culpables, es que en este mismo momento tomaba la resolución de huir con él, si despues de una última y valerosa prueba no podia vencerme.

Para reservarme toda la libertad de obrar, debia entonces quitarle toda esperanza y hacerlo así sin su conocimiento, mi auxiliar en la última lucha que queria intentar.

—No os amo! le dije. ¿Podeis hacerme esta cruel acusacion? Si no os amára tiernamente tendria valor para libraros de remordimientos eternos.

Se levantó y dió algunos pasos enjugando sus lágrimas.

Fuí puesta aun á una nueva prueba; habiéndose descompuesto algunos rizos de su cabellera, ví en su frente, la cicatriz de la herida que habia en otro tiempo recibido viniendo á saber noticias de mi salud, cuando cayó en el lazo que le habia tendido Mr. Lurgato.

La vista de aquella cicatriz acordándome despues cuantos años aun tenia el amor de Mr. de Rohegune, mi resolución de ocultarle lo que experimentaba me era aun mas penosa.

Se paró de pronto delante de mí y me dijo.

—¿Matilde, creéis que me sea posible ocultar á los ojos de mis amigos las emociones que me agitan?

—Creo que reflexionando en las resultas crueles que... Me interrumpió.

—La reflexion, la voluntad son, dijo, impotentes á contener, á disimular un sentimiento tan violento... á cada instante no se notará entre nosotros una violencia, una reserva afectada que contrastará mucho con nuestro abandono habitual?

—Quizás... amigo mio... y observándoos bien... y luego dejadme esperar, que esta exaltacion pasagera se calma-

rá, que vos, tan animoso, vencereis esa nécia infatuacion.

—Porque mi carácter era firme y animoso, Matilde, es por lo que siento aun mas el irresistible poder del sentimiento que me domina... Luego se quedó pensativo.

—Hablad, amigo mio... hablad...

—Y bien! por ser valeroso es por lo que tendré fuerzas para tomar el solo partido que puede salvarnos á los dos.

Luego, los lábios contraídos por la desesperacion, dijo con voz alterada:

—Tendria fortaleza para dejaros...

Este golpe era tan terrible, estaba tan poco preparada para él, que exclamé juntando las manos.

—Dejarme! eso es imposible!... Dios mio!... vos no lo pensais!...

—¿Pero qué quereis que haga entónces, muger infeliz? ¿dejar de veros? Eso es despertar mil sospechas, provocar las preguntas de nuestros amigos, que serán tanto mas ejecutivas cuanto que no debemos tener nada que ocultar... Vivir á vuestro lado como en otro tiempo, os digo que es imposible. Protestaré un viage: partiré.

—No partireis... no lo quiero... Os amo... he puesto en vos toda la esperanza, todo el porvenir de mi vida. Es imposible que me abandoneis así! no sereis tan cruel!

—¿Pero qué hacer entonces? qué resolver?

—No lo sé... pero en nombre del cielo... por la memoria de vuestro padre, no me dejéis... no podré sobrevivir!... He sido tan desgraciada, Dios mio, que no tendria fuerzas para sufrir nuevos dolores.

—Escuchad, Matilde, no me creais capaz de amenazaros con mi ida para forzaros á seguirme... No hablo, no obro nunca con ligereza... despues de haberlo considerado todo, veo que no me resta otro medio que partir... partiré, que Dios me ayude!

—Cielos! me asustais, exclamé aturdida con la siniestra espresion de sus facciones. Me comprendió y me dijo:

—Tengo acerca del suicidio ideas que jamás cambiarán; es una cobardía... nunca seré cobarde. Por eso no po-

dré matarme y seré en adelante el mas miserable de los hombres.

Y ocultó otra vez su cara entre las manos sollozando. Vencida por sus lágrimas, iba á confesarlo todo, renunciar à una última lucha, decirle cuanto le adoraba, cuando despues de un momento de silencio alzó la cabeza y me dijo:

—Finalmente, somos unos insensatos en querer decidir en una hora del destino de toda nuestra vida. Matilde, ni una palabra mas... estamos bajo impresiones muy vivas para continuar esta conversacion. Parto hoy, volveré dentro de quince dias con las mismas ideas que llevo... os lo prevengo... pero vos... habreis tenido tiempo de reflexionar con madurez en la proposicion que os he hecho; volveré pues para consagraros mi vida toda entera ó para deciros un eterno adios. No os escribiré, os dejaré sola con vos misma. Toda mi esperanza es que lo pasado os hablará de mí, y que el porvenir os hablará por mí.

iuego, dándome la mano con una triste solemnidad, me dijo con una voz profundamente agitada.

—Dentro de quince dias...

Apreté su mano repitiendo:

—Dentro de quince dias...

Me dejó.



XIV.

UNA VISITA.

Después de haberse ido Mr. de Rohegune, me des-
hice en lágrimas, me echaba en cara mi aparente sen-
sibilidad; temia haberlo desesperado, haber quizás aventu-
rado alejarlo de mí.

Sentia amargamente no haber seguido mi primer im-
pulso, que me decia lo abandonase todo para seguirlo; si
me dejaba, la fria estimacion del mundo nunca compensaria
la pérdida de un amor en que habia concentrado toda la
felicidad, todas las esperanzas de mi vida!

En medio de estas dudas me preguntaba si no re-
sistia mas bien por orgullo que por deber; trataba de con-
vencerme de este pensamiento á fin de tener un pretesto
de ceder á los deseos de Mr. de Rohegune.

Entonces soñaba con delirio en la vida que me espe-
raba á su lado; la seguridad de su carácter, su talento,
su esquisito cariño, todo me presagiaba la existencia mas
afortunada.

Reconocia cada vez mas la verdad de las palabras de Mr. de Rochegune. ¿Mi amor á Mr. de Lancry habia sido *una sorpresa de corazon*? no habia tenido, por decirlo asi, razon alguna *séria* para amarlo antes de casarnos. Su exterior agradable, su gracia me habian seducido. En mi obstinacion por casarme á pesar de los sábios consejos de Mad. de Richeville y de Mr. de Mortagne, hubo mas atolondramiento, mas deseo de salir del lado de Mad. de Mairan que pasion; mas tarde cuando los agravios de mi marido llegaron á ser tan odiosos, persistí en amarlo por hábito, por heroismo de sufrimiento ó de abnegacion, y sobre todo por consecuencia de aquella influencia irresistible que adquiere siempre una jóven el primer hombre á quien ama.

En medio de mis penas habia aborrecido aquel amor sin nombre, me habia sonrojado de él como de una mala accion; y no obstante, amando asi á mi marido, cumplia un deber sagrado. En fin, irritada con su última alevosia, que me costó mi hijo, me libré de la espantosa dominacion de Mr. de Lancry, y no conservé respecto á él mas que un frio desprecio...

Qué diferencia, por el contrario, en las faces de mi adhesion á Mr. de Rochegune! Su generoso afecto, la admiracion que me inspiraban sus raras cualidades habian desde luego echado en mi corazon, y casi sin saberlo, las profundas raices de este amor; despues, cuando me hallaba moralmente libre, fueron nuevas é interesantes pruebas del afecto mas constante y mas noble; entónces á mi admiracion respecto á él, sentimiento severo é imponente, se unió á una amistad afectuosa y tierna... luego el amor puro é ideal... despues en fin la pasion ardiente.

La graduacion constante de este sentimiento aseguraba demasiado su duracion...

Como todas las cosas grandes, poderosas y humanamente eternas este amor tenia una base profunda, firme. Como la encina á quien el rayo rompe y no arranca, este amor habia lenta, imperceptiblemente crecido... la tempestad ó las estaciones podrian desojar sus verdes y frescas ra-

mas, pero nunca arrancarlo del suelo en que habia nacido.

Era feliz y estaba envanecida con el amor que profesaba á Mr. de Rochegune; el mundo me daba su aprobacion, me sentia elevada, engrandecida por este sentimiento, que una inflexible moral hubiera podido reprobar.

A veces las reflexiones me parecian muy poderosas á favor de Mr. de Rochegune; á veces sacaba de ellas nueva fuerza para resistirle... Nuestra posicion me parecia tan magnífica, que no podia resolverme á perderla.

Pero entonces comparaba á pesar mio los encantos de una vida amorosa é ignorada con los sacrificios que me imponian la brillante corona de pureza, la soberania de virtud, la resplandeciente magestad que me rodeaba.

Oh! entonces me parecia cosa insensata preferir un vasto y frio palacio de mármol y de oro ocupado por un solo... á un delicioso retiro en que se oculta un amor feliz en medio de los verdores y de las flores...

Ay! es preciso ser muger para conocer las terribles luchas del amor y del deber.

Los hombres no la sufren nunca; sus crueles alternativas se reducen á obtener ó á no obtener... mientras que nosotras muchas veces no concedemos lo que deseamos conceder sino despues de dolorosas perplejidades, sino despues de horribles tormentos.

Los hombres sienten estas terribles congojas cuando se trata de su honor, nunca cuando se trata del nuestro.

Mr. de Rochegune era el tipo de los hombres de valor y honradez caballeresca. No habia sin embargo titubeado un momento entre su amor y la separacion de sus amigos... entre su pasion y mi deshonra.

.

Estas resoluciones, ya débiles ya heróicas, duraron muchos dias.

La partida de Mr. de Rochegune me abrumaba, me quitaba parte de mis fuerzas. Esta ausencia me daba una dolorosa idea de lo que seria mi vida sin él.

Habia por fin llegado á no admitir ni aun esta hipótesis, hubiera consentido en todo, primero que en perderlo;

solamente esperaba obtener de él que viviésemos como en lo pasado, que tratase de vencerse, y que debíamos, durante algún tiempo, renunciar á las delicias de nuestra habitual intimidad.

Una vez colocada en la alternativa de perderle ó seguirle ¿qué resolver? desesperarlo... á él desde tan largo tiempo dedicado á mí... á él á quien amaba con toda la fuerza de mi alma... desesperarlo... cuando con una palabra, una sola palabra, haciendo la felicidad de su vida... realizaba lo ideal de la mía... no... no... nunca... Y estaba á punto de escribirle... Venid... venid... partamos...

Las horas, los días, las noches se pasaban en estas irresoluciones; poco á poco debilitaron mi ánimo; luego... fué este sintoma, no osé preguntar á mi corazón, tan segura estaba de que me respondería á favor de Mr. de Rochegune.

Mr. de Rochegune había dado á Mad. de Richeville una esplicacion muy natural de su partida, anunciándole que algunos asuntos importantes lo llamaban á una de sus tierras. Yo misma había pretestado una gran jaqueca para quedar sola por la noche.

Un día Mad. de Richeville, á quien fui á hacer mi visita habitual, me dijo que Emma, indispuesta hacia algunos días, se hallaba bastante mala; dije quería verla; descansaba, y me pareció conveniente no despertarla.

Envié varias veces á Blondeau á saber de ella; el día lo pasó bastante regular.

El siguiente muy temprano, Mad. de Richeville vino á mi casa, me llamó la atención lo alterado de su semblante.

—Gran Dios!... ¿qué teneis? le dije.

Emma me inquieta hasta el último punto, me respondió; he pasado la noche á su lado... Ahora mismo acaba de adormecerse un poco; me aprovecho de este momento para venir... para venir á llorar á vuestro lado! exclamó no pudiendo contener sus lagrimas, porque delante de ella no me atrevo... Y la pobre madre se echó á llorar,

—Tranquilizaos, le dije, no puede haber nada de cuidado en la indisposicion de Emma. ¿Qué os dijo ayer vuestro médico? Es muy hábil y muy sincero...

—Por lo mismo que es muy hábil, me ha confesado que ignora el origen de la enfermedad de Emma, y es por lo que estoy mucho mas asustada; no halla causa alguna aparente á la languidez que oprime cada vez mas á esta desgraciada niña... tiene una fiebre lenta y nerviosa; pero confiesa que de un momento á otro... puede manifestarse una crisis violenta...

—¿Pero Emma padece?

—No, ella al menos así lo dice, quizás por temor de asustarme.

—¿Pero qué ha experimentado esta noche? ¿Porqué estais inquieta ahora?

—Esta noche ha estado muy agitada... Ayer tarde me mantuve á su lado... iba mejor. Su cara estaba pálida, pero sosegada; no dormia. Le propuse leerle una meditacion de Mr. de Lamartine; me dió las mas tiernas gracias; despues de haberme escuchado me dijo con aquella gracia natural peculiar solo de ella: «Dios mio, que dulzura hay en esos versos admirables! Gracias oh! gracias, me siento mejor... me parece que tengo menos opresion; pero puesto que el lenguaje del alma me hace tanto bien... el alma es precisamente la que tengo enferma.»

—Pobre niña! dije á Mad. de Richeville, eso es cosa estraña.

—Sí, bien estraña, Matilde, y estas palabras han despertado en mí un temor horrible...

—¿Qué temor?

—Toda la noche me ha perseguido un cruel pensamiento; cuando la agitacion de Emma le volvió con un acceso de fiebre, cuando muchas veces sus brillantes miradas se fijaron en las mias... Oh! Matilde, me pareció ver una acusacion secreta.

—Pero esplicaos, amiga mia mia; no os comprendo.

—Pues bien! sin poder adivinar como podria estar instruida de aquel fatal secreto... tiemblo que sepa que

soy su madre... Oh! Matilde, es un alma tan cándida que para ella este golpe seria mas mortal.

Miré á Mad. de Richeville con sorpresa; esta idea me admiró tanto mas, cuanto que me esplicaba las ilusiones y la triste preocupacion de Emma.

No era dudoso para mí que la revelacion del misterio de su nacimiento fuese fatal á Emma, que tenia un horror insuperable á las acciones vergonzosas ó criminales. Esta angelical y preciosa ignorancia, habia sido aun sostenida cuidadosamente por su madre, y las doctrinas que Emma hallaba en la conversacion de los amigos de Mad. de Richeville habian exaltado mas su escesiva delicadeza.

Puede juzgarse de la terrible perturbacion que semejante descubrimiento habria causado en el alma de Emma, qué lucha espantosa se hubiera trabado entre la sensibilidad ultrajada de sus principios y el afecto profundo que profesaba á Mad. de Richeville.

No saber que esta era su madre, sino para verse obligada á despreciarla...

—Pues bien, continuó la duquesa bastante angustiada, ¿no es verdad, Matilde, que mis temores son fundados? Esto es horrible, exclamó desesperada. Lo sabe todo... lo sabe todo... No me atreveré ya á mirarla sino con vergüenza... Ah! este es un horrible castigo. Sonrojarse delante de su hija. La venganza de Dios aun no está satisfecha. Oh! estoy bien lejos de haber agotado mi copa de amargura, dijo con abatimiento.

—No creais eso, le dije; por lo mismo que participo de vuestros temores, que conozco el carácter de Emma y el efecto que produciria en ella semejante revelacion... creo que tiene algunas sospechas, quizás... pero no una incertidumbre que le hubiera causado una violenta agitacion.

—Matilde, tratais de consolarme; en nombre del cielo, habladme con franqueza.

—Pobre amiga mia, me dirijo á vuestra razon. Conoceis como yo el corazon de Emma; hemos ahora poco analizado aquella franqueza tan imperiosa en ella, que deja

conocer todas sus impresiones á medida que las siente, sin preveer siquiera á donde se dirigen. Ahora bien! ¿creeis que le sea posible ocultaros un secreto tan importante? disimular la agitacion que produciria?... Y, ahora voy mas léjos, podria ser que el instinto de su corazon hubiese bastado para despertar en ella vagas sospechas que no se esplican todavia...

—Pero no importa, por estar retirado, el peligro no es menos inminente, exclamó Mad. de Richeville. Si este secreto no perteneciese sino á vos y á mí ó á Mr. de Rochegune, no tendria temor ninguno; pero mi marido, pero el infame Lugarto, pero esa indigna muger que le vendió el secreto, no puede este golpe herirme en el momento menos pensado?

—No preveais la desgracia desde tan léjos, amiga mia; vais á hallarme bastante optimista. Pero, reflexionando mas en ello, pienso que vale mas que estas vagas sospechas se hayan poco á poco despertado en el alma de Emma; quizás nuestra salvacion penda de ello. Sin duda entónces se podrá, se deberá quizás levantar con cuidado el velo que cubre su nacimiento, y prevenir así una revelacion repentina, que lo temo, y debo confesároslo, amiga mia... seria peligroso para ella.

—Matilde, sois mi ángel tutelar; vuestras palabras, llenas de ternura y de razon, van á un mismo tiempo á mi entendimiento y al alma... Creo vuestro consejo lleno de razon... Sí, quizás seria posible, con la mayor circunspeccion, prepararla á esta confesion y amortiguar su afecto. Entonces, oh! entonces, seré muy feliz en poder decirle, *hija mia!*... Oh! Dios mio! Pero no... no... semejante felicidad no puede estar reservada para mí, añadió tristemente la duquesa; eso seria una gran felicidad. Es preciso que espie el nacimiento de Emma.

—¿Pero no lo habeis espiado con vuestras penas, rescatado con vuestra vida ejemplar?

—Temo adoptar ciegamente vuestro consejo, estoy muy interesada en ello... Mirad, así que vuelva Mr. de Rochegune, hablaremos de esto con él; si es de vuestra opi-

nion acordarémos los medios de hacer que Emma sepa la verdad. Mi buena, mil veces mi buena y sincera amiga, exclamò Mad. de Richeville apretando mis manos entre las suyas... Ah! muy bien mereceis toda la felicidad de que gozais. Ah! á propósito de felicidad... Pero no, porque la desgracia de los malvados no puede ser una felicidad para vos... ¿sabeis lo que ha sucedido á Mad. de Maran?

—No, ¿qué ha sido?

—Hace algunos dias está tocada de un ataque de perlesía, estaba ya inconsolable por la desaparicion de vuestra infernal prima, y este último golpe debió serle muy cruel. Fuera de esto, se le detesta tanto universalmente, que nadie vá á verla, no se usa con ella de la menor urbanidad, apenas hay quien vaya á informarse del estado de su salud, y está abandonada á la asistencia de sus criados.

—La compadezco, porque su criado mas antiguo y principal me asustaba mucho en mi infancia, todavia me parece que estoy viendo su cara espantosa, sobre todo cuando habia bebido.

—Vuestra prima, se cree que ha salido de Paris; todas las indagaciones de vuestro marido para encontrarla han sido inútiles, y se dice que se ha dedicado furiosamente al juego, para distraerse del abandono de Ursula.

Casi estuve por contar á Mad. de Richeville la aventura del baile de máscaras y decirle las razones en que me fundaba para pensar en que Mr. de Rohegune habia encontrado á Ursula; pero á esta aventura estaban ligadas mis presentes irresoluciones; no queriendo hacer ninguna alusion á ellas y no tomar mas parecer que el mio, me callé.

—Sospechó en un principio que Ursula habia ido á reunirse con su marido; se dirigió inmediatamente á Rouvray con el mayor misterio, y se cercioró de que aquella odiosa muger no habia vuelto al lado de Mr. de Secherin. Todo el mundo está acorde en decir que se ha ido secretamente á Italia á buscar á lord C***, con quien tenia mucha intimidad este invierno. Esto me parece probable, porque lord C*** es muy rico.

Hubiera querido creer, con Mad. de Richeville que Ursula estaba ausente; pero á mi pesar un triste presentimiento me decia que mi prima no estaba muy distante. No temia su rivalidad respecto á Mr. de Rochegune; temia sí su rabia cuando se viese despreciada, lo que necesariamente debia acontecer, si tenia la audacia de hacerse conocer de él.

—Deseo que esteis bien informada, y que en efecto Ursula haya salido de Paris, dije á la duquesa: ¿pero quereis que vayamos á ver á Emma? esperaré en vuestra casa á que esté despierta, y os reemplazaré hoy á su lado, sobre todo esta noche, si sigue algo agravada...

—No... no... mi querida Matilde, estais tambien indispuesta.

—Me siento ya mejor; si quereis curarme del todo, dejadme partir con vos la asistencia que prestais á esa querida niña, y además bien sabeis que no me falta perspicacia; observaré, estudiaré, preguntaré á Emma, eso podrá servirnos y guiarnos en el caso en que creyéremos oportuna una revelacion.

—Bien sabia yo que habíais de hallar las mejores razones del mundo para obligarme á aceptar esta nueva prueba de afecto... Pues bien! la admito como la ofreceis... de buena gana.

—Amiga mia, por favor, no hablemos mas de afecto... me confundis... ¿qué no os debo yo?... ¿cómo os pagaré nunca?...

—Matilde!...

—Cuando pienso que antes de casarme, sin conocerme, vinisteis á prestarme un servicio propio de una madre, y que os recibí secamente... con dureza... que me atreví á insultar lo mas admirable que habia en vuestro proceder... Oh! amiga mia, en la vida me perdonaré haberos despreciado entonces. Esto será para mí un eterno remordimiento.

—Y tambien para mí, pobre niña, porque si me hubiérais escuchado... seríais ahora Mad. de Rochegune... Sé que la suerte ha hecho que esteis bien cerca del destino que yo y el bueno de Mr. de Mortagne habiamos pensado para vos, pero, mi noble y animosa Matilde... sé tambien la in-

mensa diferencia que existe entre el amor tal como vuestros deberes, vuestra firmeza os lo imponen, y la vida encantadora que os esperaba al lado de Mr. de Rohegune. Ahora que podeis apreciarlo como yo, mejor que yo, añadió sonriéndose, confesad que es con quien teneis intimidad: ¿no es verdad que solamente con esta se puede conocer la escelencia de su carácter de su talento, porque tan solo en la intimidad es cuando usa de las maravillosas ventajas de que está dotado? Entonces no hay una conversacion mas atractiva que la suya, un saber á la vez mas universal, mas modesto y mas interesante en su espresion. Que talento tan variado! Y sobre todo que carácter! ¿Lo hay mas amable, mas igual, mas alegre, con aquella alegría, que espresa la serenidad de una bella alma? En fin cuantos recursos! Antes que volviéseis, pasé á ocasiones horas enteras con él y Emma, nos dejaba al fin de la conversacion aun mas prendadas que al principio; se pasarían los dias, los años á su lado, sin sentir, no diré un momento de fastidio, pero sin disminuirse un instante el interés y el atractivo que inspira... Además de esto, es menester decirlo todo, en aquellas largas noches hablaba sin cesar de vos y nos debia bastante alegre: «Nunca hablo mejor que con vos, porque amais y admirais tambien á Mad. de Lancry, y como la tengo siempre en el fondo de mi pensamiento, me comprendeis con media palabra, hablamos por decirlo así la misma lengua.

—Lo conozco bien, le dije sonrojándome.—Y vos tambien, amiga mia que, como él, hablais siempre el noble lenguaje de la benevolencia y del afecto... ¿Pero, no vamos á ver á Emma? añadí, porque apenas podia contener mi conmocion.

—Venid, creo que habrá despertado, me dijo Mad. de Richeville.

La seguí, turbada todavia por la estraña casualidad con que acababa de pintarme tan hechiceramente la felicidad que se debia gozar en la intimidad de Mr. de Rohegune.

Una de las criadas de Mad. de Richeville le dijo que Emma seguia durmiendo; pudiéndole aprovechar este estado, no quisimos perturbarla.

Habia ya algun tiempo que estaba en casa de Mad. de Richeville, cuando un criado, que estaba en casa, hacia poco, vino á prevenirme que un hombre, que tenia que hablarme de un asunto importante, me esperaba en mi casa sabiendo que estaba en la de la señora duquesa de Richeville.

—Sin duda es uno de vuestros agentes de negocios, me dijo esta. Id, querida Matilde, os haré avisar así que Emma haya despertado.

Volví á mi casa, y júzguese cual seria mi sorpresa, mi sobresalto.

En mi salon, sentado y leyendo junto á la chimenea, ví á Mr. de Lancry... mi marido.



XV.

LA ENTREVISTA.

Aturdida al verle, quedé inmóvil á la puerta del salon, apoyada una mano sobre una silla para sostenerme, y con la otra queriendo comprimir los latidos de mi corazon.

Mr. de Lancry se levantó, puso el libro sobre una mesa, se colocó delante de la chimenea invitándome con un ademan á que fuese junto á él...

La espresion de su semblante era cruel, sardónica, y descubria no sé qué secreta satisfaccion.

No me atrevia á andar mas, creia que soñaba; Mr. de Lancry vino hácia mí.

—Qué recibimiento despues de una ausencia tan larga! me dijo tratando de tomarme la mano.

Retrocedí de repente, y él se sonrió con ironía.

—Ah! ya! pero... ¿no es mas que aversion... querida mia?

Estas palabras escitaron á la vez mi indignacion y mi valor, me adelanté con paso firme hasta la mitad del salon:

—¿Qué quereis, caballero?

—Oh! quiero muchas cosas, pero como serán largas de explicar... tened la bondad de sentaros...

—Caballero...

—Como gustéis... quedaos en pié...

Se sentó; despues de algunos momentos de silencio, alzó la cabeza y me dijo:

—Confesad, mi querida amiga, que soy un marido cómodo y poco embarazoso...

—No habeis venido aquí para burlaros miserablemente, caballero... Teneis sin duda algun momento grave para obligarme á una entrevista tan penosa... tened á bien abreviarla.

—¿Esperais por ventura á Mr. de Rochegune?

Todo el calor se me sabió á la cara, no respondi.

—Tendria el mayor gusto en verle, continuó, y tambien en encontrarle aquí. Esto es lo que hay de agradable en las posiciones libres! esta es la ventaja de las relaciones virtuosas y platónicas; nadie se turba, ni la muger, ni el amante, ni el marido. Echando despues una mirada alrededor añadió, ¿pero sabeis que estais perfectamente establecida aqui? Es una casa enteramente solitaria y misteriosa.

—Os lo repito, caballero, ¿puedo saber lo que quereis de mí?

Mr. de Lancry sin responderme, me examinó atentamente y me dijo:

—Estais muy bella, vuestra condicion de muger abandonada os sienta á las mil maravillas; me parece que habeis tomado vuestro partido. Ni la menor terneza, ni la menor conmocion, ni aun la espresion de ódio, ni una reconvencion... Un impaciente desprecio, esto es todo lo que mi presencia os inspira despues de mas de tres años de separacion.

—Así es, caballero, y sabed que tengo prisa en acabar esta conversacion, cuyo objeto nocomprendo.

—Concibo perfectamente esa prisa, aunque sea también poco lisongera, poco... moral... conyugal; porque en fin, mi querida amiga, sois mi muger; no olvidéis esta circunstancia, por insignificante que quizás os parezca.

—Gracias al cielo, caballero, lo he olvidado. Es necesaria vuestra presencia para acordarme.

—Y bastará mi ausencia para borrar de nuevo esta importuna memoria, ¿no es así?... Muy bien, comprendo vuestro silencio. Es una respuesta como otra cualquiera; pero felizmente, señora, no tengo las mismas facultades *borradoras*, perdonadme esta espresion: me acuerdo perfectamente que soy vuestro marido, sobre todo viéndoos tan hechicera; así vengo á pedir os perdon de haberos despreciado por tan largo tiempo...

—Es inútil, caballero, pedirme perdon de un abandono que no siento, que no he sentido.

—Sin duda, así mi excusa es solamente un descargo de conciencia, un medio de conseguir la gracia que vengo á solicitar de vos...

—Os escucho, caballero... Pero hasta ahora hablais en enigma.

—Es verdad, dijo lanzándome una mirada llena de malicia. ¿En verdad, hablo en enigma? Pues bien! hé aquí el sentido de ello. Me es imposible vivir mas tiempo sin vos... y os pido pongais un término á una separacion tan larga.

Me encogí de hombros por compasion sin decir una palabra.

—¿Creeis quizás que me chanceo?

—No tengo nada que responderos, caballero.

—Os digo señora, que os hablo sériamente.

—Os digo caballero, que esta conversacion ha durado demasiado; es increíble que hayais venido á mi casa á ocuparme con semejantes discursos.

—¿En vuestra casa?... ¿Cómo en vuestra casa? replicó con una carcajada sardónica. Ah! ya!... perdeis la cabeza... seria ya mucho, si como gefe de nuestra comunidad de bienes, *por titulo universal*... notad bien esto,

por titulo universal; os permitiese decir en nuestra casa... porque aquí estais en mi casa.

—Pero, caballero...

—Pero señora, ¿habeis leído el código civil?.. no, ¿no es verdad? Pues bien! habeis hecho mal, porque sabriais cuáles son mis derechos.

Creí comprender el odioso objeto de esta visita, me sonrojé de indignacion.

—¿Es dinero, sin duda, lo que quereis caballero? le dije mirandole con el mayor desprecio.

Se levantó con viveza, contraidas sus facciones por la cólera.

—Señora, cuidado...

—Y venís sin duda á poner precio á vuestra ausencia... Siento mas que nunca que me hayais arruinado, caballero... porque por desgracia no me queda bastante dinero para compraros este inestimable favor.

—Ah! haceis epigramas... infeliz! exclamó con los ojos inflamados de rábia y de ódio, pero no sabeis que estais bajo mi dependencia, que estoy aquí, en mi casa, que sois mi muger, ¿entendeis? siempre mi muger; que dispongo de vos, que puedo hacer de vos lo que mejor me parezca, que no teneis que decirme una palabra, que la ley está á mi favor, y que mañana, que hoy, puedo establecerme aquí ó llevaros á mi casa!

—Sé, caballero, que quereis asustarme amenazándome de ese modo, y á la verdad la amenaza está bien escogida, es cosa de morirse de miedo, pensándolo que pudiese ser en lo sucesivo condenada á vivir á vuestro lado; pero no lo penseis, caballero, pues vuestra conducta ha sido tan escandalosa, que habeis perdido todos los derechos sobre mí.

—¿De veras? ¿He perdido mis derechos sobre vos?

—En cuanto á vuestra visita, caballero, como no puede tener otro objeto que pedirme dinero, y que, desgraciadamente apenas me habeis dejado con que vivir, os repito que no teneis que esperar nada de mí...

—Mirad, añadió con una sangre fria mas espantosa

que el acceso de cólera á que se habia dejado arrastrar, si fuese aun susceptible de alguna compasion me la inspirariais, pobre nécia!! Escuchadme bien; estas habladurias me fatigan. Hablando de mi conducta escandalosa, aludís á mi amor á Ursula y á mi intimidad con ella, ¿no es así? Pues bien! segun los términos de la ley, puedo tener diez queridas sin que tengais la menor palabra que decirme, con tal que no las haya introducido en el domicilio conyugal; os desafio pues á que probeis haya puesto Ursula los pies en mi casa...

—Caballero... no se trata solo de Ursula.

—Bueno, ¿quereis hablar de mis prodigalidades, de mis disipaciones? Os repetiré lo que os dije otra vez á propósito de vuestras ideas acerca del hospicio, que segun los términos de la ley, á mí solo pertenece la inversion de nuestros bienes. Que esta sea buena ó mala, nadie tiene derecho de intervenirla... no tengo que dar cuenta á nadie. Hé aquí mi posicion bien claramente establecida y mis derechos suficientemente probados.

—Muy claramente caballero, y...

—Concluyamos, mi voluntad es que volvais á vivir conmigo. Os doy cuarenta y ocho horas para hacer vuestros preparativos. Hoy es Viernes, el Domingo por la mañana, vendré á buscaros... Podria llevaros esta noche, en este mismo instante; pero no entra en mis medidas... tan solo como podria ocurrirnos súbitamente la idea de viajar de aquí al Domingo, una persona segura no se meneará de aquí, y os seguirá á todas partes, á fin de que yo sepa donde os he de hallar... En cuanto á vuestro platónico amante, podeis decirle, de mi parte, que lo dispenso de sus visitas... á menos que no quiera hacerme una á mí... personalmente... y entónces... y entónces... el resto no os toca á vos.

—Hablais á las mil maravillas, caballero .. trataré de responderos con la misma claridad. Estad tranquilo, no me tomaré el trabajo de huir; pero nunca os seguiré voluntariamente. Para obligarme á ello, os será preciso emplear la fuerza. Un magistrado tan solo puede ordenar que esta se emplee; así pues, desde el punto que la justicia interviniere—

re entre nosotros, la cuestion quedará decidida inmediatamente.

—Ah! ah! ah! sois sin duda muy hábil y muy sutil abogado, señora; pero temo mucho que perdais vuestro pleito... ¿Quereis decir, segun entiendo, que pedireis vuestra separacion? He pensado en ello; no hay mas que un inconveniente, y es que no basta á una muger querer la separacion para obtenerla... á mal andar... pleitearémos... sea .. me direis *Ursula*, os responderé *Roche-gune*. La voz pública me acusará, os acusará tambien... y se nos despachará mas casados que nunca, vista la ilegalidad de nuestras posiciones.

—Caballero, no lleveis la injuria hasta el extremo de hacer esa comparacion.

—Ah! ya! porque un viejo con corta diferencia como un niño, una muger santurrona, ó la vestal á la fuerza, Mad. de Richeville, vengan á atestiguar la pureza de vuestras relaciones con Mr. de Roche-gune, os imaginais que será suficiente? Pues bien, yo me haré tambien pasar como un héroe del platonismo, y en caso necesario Mad. de Maran y sus amigos atestiguarán en masa la angelical pureza de mis relaciones con Ursula; bajo mi palabra, será este un pleito muy divertido; todo esto es respecto á lo venidero, se entiende... En cuanto al presente, esperando el éxito del litigio, un magistrado, llamado de otro modo un comisario de policía, os mandará provisionalmente que vayais desde luego al domicilio conyugal, querida ovejita perdida.

—No lo creo, caballero.

—Vaya... ¿y con qué hechizo poderoso, con qué encanto mágico ablandareis al señor comisario?

—Con un medio muy sencillo, caballero; enseñando las pruebas positivas de vuestro trato criminal con Mad. de Secherin, y de la culpable inversion que habeis hecho de mis bienes.

—¿Las pruebas?... ¿Una certificacion del príncipe de Hericourt, sin duda, ó de la bella duquesa arrepentida?

—Mejor que eso, caballero.

—Entonces serán algunas quejas del pobre Secherin ó

de su señora madre, *la muger de gobierno de la Providencia*, como decia Mad. de Maran.

—Cuidado caballero, exclamé, cuidado, puede haber en efecto alguna cosa providencial en el triste destino de esa familia...

No podia dejar de pensar en las amenazas de muerte que Mr. de Secherin habia pronunciado contra Mr. de Lancry.

—En efecto debe haber alguna cosa de la Providencia, por que el pobre Mr. de Secherin me parece singularmente *predestinado*... me dijo mi marido sonriéndose de este grosero chiste.

—Caballero, no sé si lo que le arrastra es la indignacion ó el tédio; con una palabra quiero terminar esta escena: las pruebas en cuyo nombre pediré retirarme provisionalmente al convento del *Sugrado Corazon*, esperando que se pronuncie nuestra separacion...

—Las pruebas, señora... veamos.

—Estas pruebas, caballero, son las cartas escritas de vuestra propia mano á un amigo vuestro de Bretaña acerca de vuestro trato con Ursula.

Tocó la vez á Mr. de Lancry de mirarme asombrado: la cólera, la vergüenza, la rábia, el ódio, trastornaron sus facciones. Me cogió los brazos y gritó con voz terrible:

—Desgraciada de vos... si habeis leído esas cartas... desgraciada de vos...

Senti que todo mi ánimo subia á la altura de las circunstancias, y le respondí deshaciéndome de las brutales manos de Mr. de Lancry:

—Las he leído, caballero!

—Las habeis leído... y ¿dónde están? dónde están?

—En mi poder.

—Oh!... exclamó mirando al rededor como para descubrir donde podian estar... oh! eso seria una infame traicion, y la pagaria con su vida.

Llevándose en seguida sus manos crispadas á la frente con una espresion de furor espantoso y dando violentamente una patada en el suelo, exclamó:

—Mirad... no me repitáis que habeis leído esas cartas, ó no respondo de mí.

Tiré precipitadamente de la campanilla, y vino un criado.

—Quedad en la sala anterior, le dije con voz firme, tengo que daros algunas órdenes.

Estas palabras hicieron volver en sí á Mr. de Lancry... dió algunos pasos y volvió hácia mí...

—¿Pero cómo teneis estas cartas en vuestro poder?... Por el infierno, es preciso que yo lo sepa en este mismo instante.

—Poco os importa, caballero, saber como han llegado á mí... Lo que es cierto es que están en mi poder, si me obligáis haré uso de ellas.

—Y las habeis enseñado sin duda, dijo con una vergüenza desesperada, las habeis llevado á vuestra sociedad para demostrar hasta qué punto Ursula se mofaba de mí, y me hacia infeliz, ¿no es así? Oh! como habeis debido triunfar, vos y vuestros imbéciles amigos! vos y ellos os habreis reido muy bien con las heridas sangrientas de mi alma, ¿no es así? Arruinarme por una muger que se burlaba de mí... Veamos, añadió dando una carcajada convulsiva, ¿cuántas copias habeis sacado de ellas vos y Mr. de Rohegune? ¿Cuántas circulan á estas horas?

Esta innoble sospecha me irritó.

—Tengo la desgracia y la afrenta de llevar vuestro nombre; este castigo es demasiado humillante para que yo lo aumente mas.

—Eso no es responder; las cartas ¿quién os las ha enviado? ¿desde cuándo la teneis?

—No veo, caballero, inconveniente alguno en deciros como están en mi poder. Las dos primeras fueron traídas á mi casa en una cajita de carton que contenia un ramillete de flores semejantes á las que Mr. de Lugarto me ofreció en otro tiempo por mediacion vuestra; tengo pues motivos para creer sea él el que ha hecho llegasen á mí esas cartas. Como las ha adquirido, lo ignoro... En cuanto á las última la he recibido por el correo.

—No hay duda, Lugarto está aquí secretamente, secretamente, exclamó, no me habian engañado... le habian visto... Sin embargo, uno de mis criados en quien tenia toda confianza es el que llevó esas cartas al correo... y además, la persona á quien yo la escribí, me ha respondido como si hubiesen llegado á sus manos.

—No seria la primera vez que Mr. de Lugarto ha contrahecho vuestra letra y corrompido á vuestros criados, caballero.

—Sí... sí... eso debe ser, ¿pero por qué se oculta?... Oh! si lo descubro. En cuanto á su objeto... si ha sido el de aumentar el ódio desapiadado, la aversion que os tenia, lo ha conseguido, entendeis... conseguido mas allá de sus deseos... Muerte é infierno! y decir que vos... vos... vos habeis leído en mi corazon más mas secretos pensamientos, y me lo confesais aun! Pero no reflexionais pues que mi execracion aumenta en razon de la ventaja que os dan esas cartas sobre mí; esas cartas... os digo, esas cartas... las necesito al instante.

—Olvidais, caballero, que vuestras amenazas me las hacen mas apreciables..

--Mirad, Matilde, no me impacienteis; pues las habeis leído, habreis visto en ellas que mi alma estaba anegada en hiel. Pues bien! aquello era casi mansedumbre comparada con lo que experimento á estas horas. Os lo digo otra vez, no me impacienteis...

—Vivamos como en lo pasado, caballero, separado el uno del otro; y estas cartas quedarán ignoradas.

—Os digo que es menester que vengais á habitar conmigo, que ahora me es mas preciso que nunca... me entendeis...

--Emplearé todos los medios posibles para librarme de la espantosa suerte con que me amenazais...

—Os digo que estais loca; que á pesar de esas cartas sereis obligada á seguirme y esperar en mi casa el fin del pleito.

—Verémos, caballero, si á presencia de semejante pre-

suncion contra vos, no se me permite retirarme á un asilo neutral... á un convento... Pues bien! caballero, sufriré mi suerte.

—Es vuestra última palabra?...

—Es mi última palabra... entretanto es interés vuestro, tambien mio, porque le tengo horror, no remover todo el fango de vuestra vida pasada!... Escuchadme con atencion, os lo repito, el empeño que teneis en uniros conmigo no puede ser sino una amenaza, un medio para hacer que dé mi consentimiento á alguna proposicion de interés, quizás quereis que renuncie la pension que me dejais, y que ya habeis reducido... Si se trata de eso... para ahorraros la vergüenza del papel odioso que representáis, consiento en ello...

Me interrumpió con nueva violencia:

—Aunque me viera reducido á la última miseria, y me llenárais de oro... entendedlo, no dejaria de ejercer el derecho que tengo sobre vos, y sin la imperiosa circunstancia que me lo impide... no seria pasado mañana, entendeis... ahora mismo os llevaria conmigo.

—Esa es una demencia feroz... exclamé, es imposible que nos juntemos nunca... volveis á decírmelo todavia... me aborreceis á lo menos tanto como yo os desprecio... ¿qué quereis pues de mí?... Hay en ello algun horrible misterio... pero gracias á Dios, no soy sola, tengo amigos, sabrán defenderme...

Dieron las tres.

—Las tres, ya las tres, dijo con impaciencia, y añadió en seguida: es preciso que me vaya, por última vez, ¿os negais á venir pasado mañana á vivir á mi casa?

—Me niego á ello.

—Tened cuidado!

—Me niego, no cederé sino á la fuerza.

—Quereis estrépito... escándalo.

—No sé, caballero, lo que quereis hacer de mí... y ahora, añadí aterrorizada, os creo capaz de todo.

—Pues bien!... sí... sí... contestó como desatinado,

seré capaz de todo para forzaros á seguirme... porque en ello me vá mas que la vida.

Despues como si temiese haber dicho demasiado, añadió sonriéndose con disgusto:

—Porque vá en ello mi felicidad... mi felicidad interior... mi amable Matilde... porque nos esperan muy bellos dias: así pues, hasta el domingo... al mediodia...

Se fué violentamente.

Despues de haber ido, la fuerza ficticia y febril que me habia sostenido, me faltó de pronto y permanecí por algun tiempo en inaccion, incapaz de reunir mis ideas...

Esta escena fulminante las habia destrozado, me fueron precisos algunos momentos de calma y de reflexion para reunir las y contemplar con sangre fria las consecuencias de las amenazas de Mr. de Lancry, y hasta qué punto podia llevarlas á efecto...

En cuanto á las razones que podia él tener para desear unirse conmigo, no podia penetrarlas, pero debian ser siniestras... Por otra parte esto me inquietaba poco, resuelta como estaba á no volver nunca á su lado.

Quedaba la cuestion de saber si podria forzarme á ello.

Muchas veces mis agentes de negocios me habian aconsejado con empeño que pidiese mi separacion, no dudando que la obtendria fácilmente; siempre lo habia repugnado por horror al escándalo; pero nunca habia ocurrido á ellos ni á mí suponer que Mr. de Lancry tuviese la audacia de intimarme que volviese á vivir con él.

Me parecia imposible que á vista de las cartas que tenia en mi poder se me obligase á habitar ni aun temporalmente con Mr. de Lancry. No, la ley era á veces muy injusta con nosotras las mugeres para que pudiese tranquilizarme del todo.

Escribí al instante á un jurisconsulto muy distinguido que se habia ocupado de los intereses de Mad. de Richeville, suplicándole viniese lo mas pronto posible á hablar conmigo.

Despues de maduras y profundas reflexiones el fin de esta escena terrible fué para mí casi feliz... Fijó mis incertidumbres respecto á Mr. de Rochegune.

Mr. de Lancry acababa de mostrarse bajo un aspecto tan atroz, sus pretensiones eran á la vez tan odiosas y tan espantosas que me indigné de haber podido poner un momento en paralelo mi conducta y la suya.

Habia en adelante entre los dos una distancia tan grande que concluí por compadecerme de mis escrúpulos.

La marcha que tenia que seguir y que resolví adoptar era bien sencilla; pedir la separacion de personas y de bienes contra Mr. de Lancry. Obtenida esta, seguir los deseos de mi corazon, é irme á cualquier retiro ignorado, esperar á Mr. de Rochegune y consagrarle el resto de mi vida.

Una separacion legal, completa, era una especie de divorcio, me consideraba libre absolutamente.

Sin duda, hubiera sido mas heróico continuar el papel de abnegacion á que me habia condenado, pero no me creia capaz de poder llevar á este punto la exageracion de mis deberes.

Nunca hubiera por mí misma provocado una separacion y quizás hubiera eternizado mis escrúpulos; pero Mr. de Lancry me ponía en este extremo; aunque me fuese trabajoso bajo ciertos respetos, sin embargo la acogia con regocijo, porque le deberia además toda la felicidad de mi vida, todo el porvenir que habia estado á punto de sacrificar.

Nunca me sentí el espíritu mas firme, mas despejado, mas tranquilo, mas decidido que despues de este violento sacudimiento; nunca habia tomado mas pronto una determinacion.

No me ofusqué con nada, no retrocedí ante ninguna prevision por triste que fuese.

Me suponía forzada á vivir con Mr. de Lancry hasta que se sentenciase el pleito, estaba segura de soportar firmemente esta prueba, sostenida por la fuerza de la felicidad que me esperaba en seguida.

Iba mas léjos. Suponia perdido mi pleito y á Mr. de Lancry dueño de mi suerte.

Pero en tal caso la injusticia era tan clara, el juicio de la sociedad conocido por este veredicto manifestaba tan gran parcialidad, que no me creia obligada á tener respeto, ni deber alguno á una sociedad tan monstruosamente parcial... confiaba mi porvenir y mi vida al afecto de Mr. de Rohegune.

Y esto sin remordimientos, sin temor, á la faz y bajo la invocacion de Dios, apelando del juicio de los hombres á su tribunal supremo, último refugio, última esperanza de los oprimidos.

Aunque estaba bien cierta de mi resolucion, tanto para empeñarme con Mr. de Rohegune, como para tener su consentimiento y su apoyo en circunstancias tan graves, le escribí precipitadamente estas palabras.

—«Volved, volved pronto mi tierno amigo: esta vez será para siempre y para siempre jamás mi vida os pertenece.»

Llamé á Blondeau y le dije:

—Vas á casa de Rohegune; entregarás esta carta al mayordomo, diciéndole de mi parte, que la envíe á su amo al instante por un correo.

Apenas habia salido Blondeau, entró una criada de Mad. de Richeville llorando desatinada:

—En nombre del cielo, señora, dijo, venid; la^{ra} señorita Emma se muere; Mad. de Richeville está desvariando.



XVI.

UNA CONSULTA.

Qué doloroso espectáculo, Dios mio, se ofreció á mi vista!

Todos los pormenores de esta escena estarán para siempre gravados en mi memoria. La pintura de la habitacion de Emma era blanca, lo mismo que las cortinas y el adorno de su cama; las puertas de las ventanas entreabiertas no dejaban entrar sino muy poca luz. Apenas se distinguia en medio de la blancura que la cercaba la pálida y angelical cara de Emma, guarnecida de sus hermosos cabellos rubios; sus grandes ojos casi sin mirar estaban medio cerrados bajo sus párpados que daban una sombra transparente á sus mejillas ya descarnadas por la enfermedad; algunas veces sus labios se agitaban débilmente, tenia sus pequeñas manos cruzadas sobre su seno virginal en una actitud llena de modestia.

Hacia dos dias que no veia á Emma; me asustó el cambio de su semblante.

Mad. de Richeville, arrodillada á su cabecera, la tenia abrazada convulsivamente y llenaba de lágrimas y de besos sus ojos, sus mejillas, su frente, sus cabellos.

Una criada, sofocando sus sollozos, estaba medio echada sobre la cama, con una taza en la mano.

—Gran Dios! ¿qué hay aquí? exclamé corriendo hacia Mad. de Richeville y arrodillándome junto á ella.

No respondió nada y redobló sus caricias.

Tomé la mano de Emma, estaba seca y ardiente, su respiracion alta parecia trabajosa, oprimida, y causaba mas que nada los temores de Mad. de Richeville.

—¿Se ha avisado al médico? dije en voz muy baja á la criada.

—Ay! no señora; la crisis de la señorita ha sido tan repentina que todo el mundo ha perdido la cabeza.

--Dadme esa taza é id inmediatamente á que llamen á Mr. de Gerad, le dije.

La criada salió precipitadamente.

--Emma... Emma... hija mia. No me oyes, Dios mio! no me ves, exclamó Mad. de Richeville sollozando, te lo suplico, bebe un poco.

Y volviéndose para tomar la taza reparó en mí.

--Ah! bien os lo decia! murmuró mostrando á su hija con una mirada desesperada... Perdida, perdida. No le sobreviviré.

--Silencio... por compasion á ella y á vos; silencio.

--No me reconoce, no quiere tomar nada de mi mano... Esta bebida quizás la salvaria.

Y arrimó una cuchara á los labios de la jóven, que volvió poco á poco la cabeza.

—Os lo decia, lo sabe todo, me desprecia, me aborrece... Oh! Dios mio! vá á morir maldiciendo á su madre.

Y perdiendo completamente la razon, Mad. de Richeville se retorcia los brazos de desesperacion, sus lloros se tornaron en convulsivos, luego cesaron de repente, se

contuvieron sus lágrimas, se quedó postrada y fué al momento acometida de un horrible ataque de nervios.

Llamé á sus criadas, la llevaron á su habitacion y me quedé al lado de Emma.

En aquel momento llegó el doctor Gerad.

Hizo que se le diese una cuenta exacta de la noche que habia sido muy agitada. Por la mañana Emma se habia a lormecido un poco; al despertar habia largo tiempo mirado á Mad. de Richeville, despues habia pronunciado algunas palabras ininteligibles durante el delirio de su acceso de fiebre; pasada esta crisis habia caido en el estado de entorpecimiento, de insensibilidad en que la veiamos.

Mr. Gerad se acercó á la cama; observó algun tiempo á Emma, y escuchó atentamente su respiracion.

Observé las facciones del médico con ansiedad, estaban inquietas y sombrías; despues de haberse abstraído un momento, me dijo:

--Señora, desearia quedar un momento solo con vos, puesto que la señora duquesa de Richeville no está por desgracia en estado de escucharme...

Hice una seña, y se fueron las dos criadas.

--Por Dios, caballero, dije, ¿qué hay pues?...

--El peligro es muy grande... muy grande...

--En nombre del cielo... ¿está perdida toda esperanza?...

--Lo temo, señora... La ciencia es por desgracia impotente para atacar las causas puramente morales que producen reacciones físicas siempre renacientes. En vano se lucha contra los efectos del mal... cuando el foco del mal no está á nuestro alcance. Tambien... á vista del estado tan grave de la señorita Emma... debo... es preciso...

Viendo la perplejidad de Mr. Gerad, le dije:

--Soy la amiga mas intima de Mad. de Richeville, quiero á Emma como si fuese mi hermana. Puedo responder á todas vuestras preguntas...

--Por eso os supliqué, señora que hiciéseis retirar las criadas de la señora duquesa. Lo que debo deciros es en confianza.

Despues de una nueva pausa, continuó:

—He asistido á la señorita Emma, tanto en el *Sagrado Corazon* como aqui. Su carácter me ha parecido siempre una exaltacion concentrada, su imaginacion muy viva, su alma muy impresionable, su candor profundo... No sé si me he engañado.

—De ninguna manera... Tan solo con Mad. de Richeville y conmigo ha usado siempre Emma de una franqueza, de una expansion involuntaria, pero muy imperiosa en lo demás...

Mr. Gerad reflexionó algunos instantes y continuó:

—Asi me lo ha dicho muchas veces Mad. de Richeville, y esta seguridad de parte de una persona que conoce tan bien á la señorita Emma bastó para disipar ciertas sospechas que me ocurrieron, y que siento amargamente no habéros la confiado mas pronto.

—¿Cómo?

—Tendré luego el honor de deciros porqué... Segun creo, la causa de la enfermedad de la señorita Emma es enteramente moral, sus delirios muy frecuentes, su estado de languidez tienen mucha fecha: pero estos síntomas tienen un carácter mas sério de algunas semanas á esta parte, y son grandes de algunos dias acá y sériamente alarmantes desde ayer. Ahora, lo que me queda que deciros, es muy delicado, pero quizás va en ello la vida de esta niña.

—Caballero, por favor.

—Pues bien!... vos que veis diariamente á la señorita Emma, vos que vivis en intimidad con ella, ¿no teneis razon alguna para sospechar en ella... una propension... una inclinacion contrariada?

—¿A Emma?... no... ninguna... ¿Pero qué es lo que puede hacéroslo creer?

—Os lo repito, los síntomas de su enfermedad tienen todo el carácter de aquellos afectos de languidez causados por penas secretas del corazon. Muchas veces he estado á punto de espresaros mis dudas, pero hablándome sin cesar la señora duquesa y vos, señora, de la extraordinaria fran-

queza de esta jóven, me habeis alejado de esta idea...

Despues de haber reflexionado de nuevo, no hallando en verdad nada que pudiese justificar las sospechas de Mr. Gerad, le respondí:

—No señor, no puedo seupner en Emma ningun amor eontrariado, y aun me sorprenderia que os hubiese ocurrido lste pensamiento, si, como yoo, supiéseis que Emma tiene un sandor, unã ignorancia infantil. Por otra parte, le hubiera sido imposible ocultar semejante secreto á Mad. de Richeville ó á mí.

—Esa candidez, esa ignorancia infantil, señora, léjos de destruir mis convicciones, las aumentarian.

—¿Cómo?

—Quizás ignore ella misma la inclinacion que siente. Recordando sus confianzas, sus relaciones, ¿no haceis memoria de algunas circunstancias, insignificantes en la apariencia, que, esplicadas, interpretadas, podria ilustrarnos?

—No, mientras mas pienso en ello, le dije, despues de un momento de reflexion, menos aceptables me parece esa suposicion... No obstante, sin esplicarme enteramente acerca de un secreto que no os incumbe, y pidiéndoos perdón por mi reserva, os debo decir que Mad. de Richeville y yo hemos temido que Emma hubiese hecho un descubrimiento de muy grande importancia para ella... un descubrimiento relativo á su familia... y que esta pobre niña hubiese sido ó fuese por ello vivamente afectada.

Mr. Gerad parecia cada vez mas embarazado; lo que acababa de decirle no le causó al parecer impresion alguna; meneó la cabeza como dudoso, se acercó de nuevo à Emma, escuchó su respiracion que parecia estar un poco sosegada, la pulsó, y me dijo:

—Está mala, bien mala... una causa moral ocasiona todos estos estragos, no se puede contar sino con una cura moral... Hay ejemplos maravillosos de personas vueltas à la vida por la sola presncia del ser que echaban menos, ó que deseaban ver... Y... no os lo oculto, señora... seria preciso un milagro de este género para salvar à la señorita Emma.

—Ah! me asustais, exclamé viendo la funesta expresión de la fisonomía del médico.

—Esto es demasiado cierto, repuso, y debo convenceros tanto más de la inminencia del peligro que corre la enferma... cuanto que esta consideración solo puede vencer mi repugnancia á hablaros de una comunicación rara, que se me ha hecho de una manera muy desagradable.

—¿Qué quereis decir, de qué comunicación quereis hablar?

—Esta mañana un criado desconocido trajo á mi casa un cofrecito que contenia diez billetes de mil francos y una carta que debo mostraros, cuéstemelo lo que me costare.

Mr. Gerad leyó lo que sigue:

«Estos diez mil francos son vuestros, si os encargais de »hacer saber á Mad. de Lancry que la señorita Emma de »Lostanges se muere de amor por el marques de Roche- »gune...»

Hay algunas conmociones morales como las físicas; nos dan un golpe violento en la cabeza, nos hace caer sin sentido; no se siente en un principio más que una profunda conmoción... un vértigo doloroso durante el cual se estingue un doloroso pensamiento; se tiene solo la idea vaga de un gran peligro.

Así fué para mí esta fulminante revelación...

Recibí un golpe horrible en el corazón; mis ideas se perdieron en un penoso aturdimiento; durante un segundo no ví nada, no oí nada.

La habitación estaba tan oscura que el médico no advirtió la alteración de mi semblante; continuó hablando.

—No es necesario decir que los diez mil francos han sido inmediatamente enviados á los hospitales; pero á los ojos de todos no podia parecer que servia yo á algun interés misterioso revelando bien á Mad. de Richeville, bien á vos, un hecho ó á lo menos una grave presunción de que participaba desde algun tiempo, y que las razones que os he dicho me habian hecho callar hasta el presente... Os lo digo otra vez, mi convicción estaba formada en cuanto al sentimiento que debia experimentar la señorita Em-

ma, pero no en cuanto al objeto de este sentimiento; porque no tengo el honor de conocer á Mr. de Rochegune sino de nombre. En fin, señora, creed en la palabra de un hombre honrado; así que recibí esta mañana esa estraña comunicacion, hubiera dicho mis temores ó mas bien mis convicciones á la señora duquesa de Richeville, pues tan alarmante es el estado de la señorita Emma. Ahora, ¿creeis que la inclinacion ignorada ó contrariada que experimenta la señorita Emma tenga por objeto á Mr. de Rochegune? ¿Le veia á menudo?

—Sí, señor... la veia casi todos los dias...

—¿Y pensais que Mr. de Rochegune participase de este afecto, ó al menos que estuviese instruido en él?

—No lo pienso... no, no lo pienso.

Despues de un momento de silencio dije de repente al doctor con voz alterada y con un tono solemne:

—¿Conque esta niña está en peligro de muerte, caballero, y es una pasion concentrada lo que la mata?

—Lo creo, por mi honor lo creo, y queda una sola especie de salvacion á esta desgraciada jóven: consiste en la esperanza que se podria despertar en ella, diciéndole que Mr. de Rochegune participa de su amor. Antes de todo es menester salvarla.

—Ahora, por el interés de la salud de Emma, me resta pedir os un favor de la mayor importancia...

—Hablad.

—Que tengais la bondad de entregarme esa carta y de darme palabra de no decir nunca á nadie, á nadie, que la habeis recibido.

Mr. Gerad consultó un instante consigo mismo á fin sin duda de no obrar con ligereza, y respondió:

—Mi conciencia nada tiene que echarme en cara, los pobres disfrutan de los diez mil francos, la revelacion que os he hecho está de acuerdo con mi conciencia, no encuentro obstáculo alguno para daros el billete y la palabra que me pedís, señora.

—Os doy gracias, caballero.

—No olvideis, me dijo el Dr. Gerad en tono gra-

ve, imponente, volviéndose hácia la cama de Emma, no olvidéis que os cargais con una grave responsabilidad... los momentos son preciosos, vengo de ver á la señora duquesa, no está en estado de ocuparse en este momento de su jóven parienta... La suerte de esta jóven reposa enteramente en vos... Si teneis que darle alguna esperanza, que sea lo mas pronto posible... su acceso de fiebre ha disminuido, añadió tomándole el pulso, está un poco adormecida, quizás habrá cesado el delirio. Si puede escucharos, si el cerebro está despejado, queda alguna esperanza de salvarla.

—Teneis razon, le dije con pena, es una grande, bien grande responsabilidad la mia, terrible en efecto...

Despues de haber de nuevo observado á Emma, me dijo el doctor.

—Me parece que veo una lágrima bajo sus pestañas; es prueba de una corta mejoria. Así que pudiere escucharos, habladle de Mr. de Rochegune, con reserva en un principio; examinareis con mucha atencion el efecto que su nombre produzca en ella... en su fisonomia.

—Sí, sí, observaré.

—Luego si veis que ese nombre le causa conmocion, por ligera que sea, podreis mantenerle la esperanza de verle pronto. ¿Está él aquí?

—No, no, hace dias que está ausente.

—Y justamente hace ese mismo tiempo que el estado de la señorita Emma se ha agravado. Esa idea habrá hecho estallar esta última crisis. Podeis hablarle de la próxima venida de Mr. de Rochegune, decirle que tendrá mucho gusto en volverla á ver, que quizás ha adivinado sus sentimientos y que participa de ellos: es importante salvarla desde luego.

—Sin duda, caballero, es preciso salvarla, dije casi maquinalmente.

—Así por ejemplo, si vuestras observaciones tuviesen algun resultado inesperado, podriais quizás, para darle un golpe decisivo, hacerle entrever la esperanza de casarse con Mr. de Rochegune. Os lo vuelvo á decir, está en pe-

ligro de muerte, se trata de salvarla. Si esta union es imposible se le hará saber mas tarde, quizás con menos riesgo: no se sufren dos veces crisis semejantes.

—¿Lo creéis?

Sin duda alguna... Si por milagro vuelve á la vida, se le debe dejar en esa confianza hasta su restablecimiento que será muy pronto. La felicidad es tan grande salvador! en las enfermedades morales hace frecuentes maravillas. Vamos, señora, no me atrevo á deciros que espereis... pero ánimo, sin duda vuestra responsabilidad es grande, pero nadie mejor que vos puede intentar esta prueba que exige tanta delicadeza, tanto tacto y tanto sacrificio; sois amiga íntima de Mad. de Richeville, casi hermana de esta pobre niña; el último lazo que la une á la vida no puede confiarse á manos mas seguras. Hasta la noche, señora.

Despues de haberme hecho algunas advertencias, se fué.

Una de las criadas de Mad. de Richeville vino á decirme que la duquesa seguia en un estado deplorable.

Le dije que volviese al lado de su señora, que Emma dormitaba.

Quedé sola.

Sola con aquella infeliz jóven que, con su inocencia, me daba el golpe mas cruel que podia alcanzarme...

Oh Dios mio! vos lo sabeis, caí de rodillas junto aquella cama fúnebre, os suplicaba fervorosamente que echáseis de mí los pensamientos detestables, los instintos homicidas, si, homicidas, porque algunas veces se mata con la palabra ó con el silencio como con el hierro.

Señor, señor, vos á quien nada se oculta, vos pudisteis entonces descubrir en lo mas secreto de mi corazon... aquellos sentimientos que ya eran casi crímenes...

XVII.

REVELACION.

Estaba sola... sola con Emma, esperando que despertase... esperando un momento lucido en su agonía para preguntar á su corazón... para revelarles un amor que sentía y que ignoraba quizás.

Yo... yo... revelarles este amor...

Y este amor lo sentía ella.

Abierto una vez este camino á mi pensamiento, marché con una espantosa rapidez, no podía concebir mi ceguedad pasada.

Me explicaba ciertas rarezas de la conducta de Emma. Mil recuerdos me llamaron entónces la atención... entre otros, sentía ella una grande conmoción viendo nevar... y la nieve debía haber servido de mortaja á Mr. de Rochegune.

En fin, otra prueba, prueba fatal; ¿no sufría Emma

hacia algun tiempo, sin duda sin saberlo, un vivo sentimiento de celos contra mí?

Este primer movimiento de repulsion que le inspiraba, que Emma vencia sonrojándose, no demostraba la fuerza de su amor?

¿Y por otra parte este amor no era probable, inevitable?... Viendo esta niña todos los dias á un hombre como Mr. de Rochegune, no oyendo sino alabanzas de él, ¿podria dejar de amarle?

Oponia yo á la evidencia de los hechos razones que me parecian tan poderosas, tan inmutables como las leyes de la naturaleza.

No... no... decia para mí, Emma no puede amar á Mr. de Rochegune; no puede, este amor causaria ó su muerte ó mi eterna desgracia... y yo no quiero la muerte de esta jóven, ni ser desgraciada eternamente.

Es imposible que renuncie á mi amor, que vuelva al lado de Mr. de Lancry, es imposible que haya tocado tan de cerca la felicidad para verla abismarse así á mis ojos... es imposible sacrificarme á un porvenir tan horroroso como seria el mio.

El cumplimiento de estos temores me hubieran parecido un sueño monstruoso. ¿Esta acumulacion de desgracias en una sola criatura no pasaba de los limites de lo posible?

Dios no podia querer esto; era condenar muy segura y fácilmente un alma. Me irritaba contra esta persecucion del destino. Preguntaba qué habia hecho, para que la suerte me fuese tan adversa.

Entonces no sé qué voz á la vez severa y paternal me respondia:

—«¿Y esta niña, este ángel que agoniza, que ha hecho? y se muere. Su alma es tan pura que aun ignora el amor que siente. No lo ha dicho á nadie... ha penado, ha padecido, nunca se ha quejado, ni se quejará, y se muere! ¡Pobre niña!»

Entonces me sentia enternecida á pesar mio.

Fijaba mis ojos húmedos en la dulce y espirante cara de Emma. Se acercaba la noche, su bello semblante blan-

co como el alabastro resplandecía en medio de las sombras que invadian su alcoba.

Dormitaba ligeramente, su cara dolorida, abatida, tenía en aquel momento una magnífica espresion de resignación y de candido padecimiento.

Oh! Dios mio! Dios mio! exclamaba yo arrodillándome; es muy desgraciada. Pero al menos ignora la causa de sus males, moriria sin penas... y yo, yo viviria en una desesperación eterna...

En medio de mis remordimientos por haber concebido este criminal pensamiento, me exaltaba hasta el heroísmo. Oí de nuevo la voz misteriosa, la que hacia vibrar casi á mi pesar las mas generosas cuerdas de mi alma.

—«Animo... ánimo... pobre muger, me decia, tu cruz es pasada; ánimo, un poco mas, y habrás subido la última cuesta de tu calvario...»

Estaba cansada de sufrir.

Porque dar á esta infeliz niña esperanza que Mr. de Rochegune me realizaria nunca, porque me amaba... desatinadamente, y mi espantoso sacrificio seria en vano para la felicidad de aquella jóven.

En medio de estas reflexiones tan punzantes, Emma volvió ligeramente la cabeza hácia mi, abrió los ojos suspirando, y me miró.

Oh! estoy viendo todavia aquella mirada tan profunda, tan dulce, tan triste, tan resignada.

Me parecia que me suplicaba, que me pedia la vida, la felicidad...

Despues de haberme contemplado un instante con asombro, cerró sus grandes párpados; cayeron dos lágrimas sobre sus mejillas, que por un instante se pusieron de color de rosa bajo.

—¿Emma, qué teneis? le dije afectuosamente. ¿Llorais?... ¿Padeceis?

—Sí, me dijo con voz débil, sin abrir los ojos, os amo... y sin embargo, vuestra presencia me hace daño... no me hagais caso... es preciso tener compasion de los moribundos.

—¿Qué decís?... no tengais semejantes ideas, pobre niña; me afligiríais á mi y á vuestra buena amiga.

—Sé muy bien que voy á morir... en mi sueño me lo ha dicho Dios.

—¿Qué sueño?

—Oh! un sueño extraño, continuó teniendo siempre los ojos cerrados, no me atrevo á decíroslo.

—Emma, os lo suplico...

—Sentia que me iba á morir, sentia en mí como una gran fuerza que queria arrebatarme á los cielos... y luego... me pareció oír una voz que decia: «Es preciso que muera! ¡Es preciso que muera!»

—¿Y á quien hablaba esa voz, hija mia?

—Oh! era la fiebre... la que me daba esas ideas... Son desatinadas.

—Pero á quien decia esa voz... «Es preciso que muera?»

—Lo decia... á una muger... á una muger cuya cara no veia yo... se apresuró á decir Emma.

Comprendí... la desgraciada niña me engañaba, yo era á quien habia visto en sueños.

—¿Y esa muger? le dije.

—No respondió nada, y la voz dijo: «Emma, es preciso morir.»

Despues reprendiéndose sin duda por haber sido impresionada contra mí por aquel sueño, y volviéndose á su natural amable y hechicero, abrió los ojos y me miró con una espresion de ternura, de arrepentimiento tan ingénuo que no pude contener mis lágrimas.

Se inclinó hácia mí, cogió mi mano entre las suyas, la llevó á sus labios, ay! frios, muy frios... luego la puso en su pecho, diciéndome:

—Me parece que el calor de vuestra mano vá calentando mi corazon que se habia helado...

—Emma, ¿me amais mucho?

—Ahora sí, despues de mi segunda madre, no amo á nada en el mundo mas que á vos.

—No amais á nadie tanto como á mí, hija mia?

—A nadie... Quisiera parecerme á vos en todo... ser vos misma...

—Y sin embargo algunas veces me aborreceis, dije con bastante viveza.

Hizo un movimiento repentino, apretó mas mi mano sobre su corazon, sentí sus débiles latidos acelerarse un poco.

Emma continuó sonriéndose dolorosamente!

—Si viérais qué daño me habeis hecho diciéndome eso! Os aseguro que os amo. Estos movimientos, que no podia algunas veces reprimir: al veros he descubierto lo que era... Y trató de sonreirse...

—¿Y qué era?

—Era el instinto de mi corazon que me advertia que, sin saberlo yo, os habia causado algun disgusto... Entonces apenas me atrevia á acercarme á vos, tenia alguna especie de remordimientos de mi falta; pero vuestra tierna bondad la hacia bien pronto desvanecer, y me echaba en vuestros brazos.

¿Cómo no habia de enternecerme oyendo á Emma, esforzarse en interpretar así aquellos celos que se reprendia, y cuya causa no podia esplicar?

—Me creeis ¿no es verdad? añadió, os juro que no os odio. En el momento de comparecer delante de Dios, no querria mentir.

—Hablais siempre de morir, hija mia. Felizmente no hay nada de eso... ¿No sentiríais dejar á los que os aman, dejar de vivir?

—Oh! sí, sentiria dejar á Mad. de Richeville, á vos, pero la vida, no la siento.

—¿Y por qué?

—Porque sin razon, oh! sin razon ninguna, me tenia cada dia por mas desgraciada. Todo se ponía sombrío á mi alrededor, todos mis pensamientos se estrellaban contra un obstáculo invencible.

—¿Pero antes de ser desgraciada?

—Oh! dijo juntando sus dos manos y levantando al cielo sus hermosos ojos brillando con una especie de ésta-

sis, de recuerdo. Oh! antes, me parecia que debia vivir siempre, el tiempo pasaba como un sueño glorioso, tenia las ideas mas alegres. Era tan feliz, tan feliz que me parecia que algun dia encontraria á mi madre, aunque sabia que habia muerto.

—¿Y en el convento érais tambien tan feliz, querida niña?

—En el convento, era otra la felicidad, á saber, la amistad de mis compañeras, la bondad de Mad. de Richeville; aquella felicidad, así como mis penas de aquel tiempo, yo me las esplicaba... ¡a otra felicidad, mucho mas viva, mucho mayor, la sentia sin esplicármela, lo mismo que las penas que le han seguido.

—Pero, seria quizás la alegria de haber salido del convento lo que os ponia tan contenta?

—No, he sentido dejar á mis compañeras, y en el convento veia á Mad. de Richeville como la veo ahora.

—¿Os acordais con corta diferencia cuando empezó para vos aquella felicidad que casi cambió el aspecto de vuestra vida, que dió un objeto á vuestra existencia, que echó sobre todo, no es verdad, como una claridad mas brillante y mas bella?

—Sí, sí, eso es lo que he sentido.

Despues de un momento de indecision terrible, añadió con voz trémula, alterada:

—¿Esa felicidad... no comenzó poco tiempo despues de la vuelta de Mr. de Rohegune á Paris; entonces que lo veiais todos los dias?

Me miró con una espresion de candor y de enagenamiento celestial.

Senti latir su corazon mas aceleradamente que habia latido antes, y me dijo con una especie de alegria, á la vez atónita, agradecida y apasionada.

—Sí, sí, es verdad! Oh! Dios mio! es verdad!

—Y vuestra desgracia! vuestra desgracia no comenzó poco despues de mi llegada?

Ay! la desesperacion dió sin duda á mis palabras, á mi fisonomia un acento de acusacion espantosa y cruel al

mismo tiempo, porque Emma, medio levantándose se precipitó en mis brazos deshecha en lágrimas, y ocultó su cabeza en mi pecho exclamando con una voz que movía á compasion.

—Perdon!... perdon!

Luego, despues de haberme estrechado con una fuerza convulsiva, la sentí desfallecer...

Asustada, la coloqué sobre su almohada y corrí á tomar un frasquito.

Tenia Emma una palidéz mortal, sus mejillas lívidas, sus manos frias como el mármol.

Las sales que le hice respirar no la reanimaron, puse mi mano sobre su corazon; no latia.

Creí que la habia muerto.

Fué este un momento horrible, caí de rodillas exclamando:

—Perdon! perdon! Dios mio! volvedla á la vida; hago voto de sacrificarme por ella! de emplear todas las fuerzas que me quedaren en trabajar para su felicidad, como si fuese mi hermana, mi hija... Señor, os lo juro... me sacrificaré... aunque me costare la vida! pero haced que no la haya muerto!... Dios mio!... haced que no la haya muerto!...

Despues de algunos minutos de horribles angustias durante los cuáles, echada sobre Emma, espiaba su menor aliento, su menor movimiento, Dios me escuchó!...

Suspiró levemente, la circulacion de la sangre suspendida un momento, volvió á su curso. Sus mejillas de lívidas se tornaron en pálidas... Vivía... Dios habia escuchado mi juramento...

Debia sacrificarme... todo estaba consumado, todo estaba concluido para mí, todo.

Desde este momento era menester sepultar mi amor, mi pobre y triste amor en lo mas profundo de mi corazon como en un sepulcro...

Me era preciso desengañar á esta pobre niña, tratar de volverla á la vida por la esperanza.

No podia yo dudarlo, la desdichada se moria de amor y de celos.

Pero á él, á él, por quien ella se moria ¿como separarlo de mi? cómo interesarlo en el amor de Emma? cómo hacérselo participar?

Entonces, lo confieso, me faltaba el pensamiento, apenas me quedaba la fuerza suficiente para instruir á Emma de lo que podia salvarla... antes de todo era menester salvarla.



XVIII.

RESULTADO DE LA REVELACION.

El médico me habia dejado un cordial de un efecto muy poderoso, recomendándome lo usase si era necesario sostener, rehacer la moral de Emma durante algun tiempo.

Aprovechándome de su debilidad arrimé á sus labios una cucharada de aquella bebida; bebió maquinalmente.

Algunos minutos despues, un débil color sonrosado cubrió sus mejillas, y abrió los ojos asombrados, como si saliese de un sueño.

No queriendo dejar volver su pensamiento sobre la dolorosa impresion que habia causado su desmayo, queriendo dar un golpe decisivo, exclamé:

--Despertáos, perezosa! Mr. de Rochegune acaba de llegar; está con Mad. de Richeville.

Apenas habia sido pronunciado el nombre de Mr. de Rochegune cuando el corazon de Emma comenzó á latir con una fuerza que me espantó.

Me miró con un aire sorprendido, radioso, pero sin la menor confusion.

--¿Está de vuelta Mr. de Rohegune? murmuró.

--Sí... sí... le dije con voz interrumpida, febril, sintiendo que cada palabra matase una de mis esperanzas. Sí... viene con grandes proyectos que os conciernen... y de que yo hablaba siempre con él, le hablaba de todo el amor que os tenia, pero no podiamos aun deciros nada, habia obstáculos, para que entonces os hubiese instruido de sus designios. Sí, no pensábamos sino en vos, y creeis que yo no pensaba sino en él, que él no pensaba sino en mí. Por eso habeis algunas veces tenido contra mí resentimientos que no comprendiais... Esos eran celos, entendeis, pobre niña, celos bien injustos, porque Mr. de Rohegune os ama tanto como vos le amais sin daros cuenta de este amor... Si... os ama, os ama... ahora no podeis dudar ya ni de vos ni de él; los obstáculos que existian no existen ya... Os pide en matrimonio á vuestra segunda madre; esta consiente en ello. Así pasareis en lo sucesivo vuestra vida con él; pero es preciso ponerse buena cuanto ántes, recobrar vuestro lindo color sonrosado... Y bien! hablais todavia de morir ahora...

Es imposible espresar las diversas graduaciones de aquel semblante tan descolorido y doliente, á medida que yo hablaba; la sorpresa, la alegria, el pasmo, el temor, el enagenamiento, el éstasis se pintaron en sus facciones con una vivacidad, una energia que me espantaron.

Con todo, habia yo previsto que en esta circunstancia decisiva, las contemplaciones, los preparativos, las reticencias, no producirian la revolucion profunda, fulminante que debia ante todo buscarse en una revelacion de un afecto tan heróico.

Emma se salvó... Pero no tuve desde luego esta creencia; el sacudimiento fué terrible. Durante muchas horas, tuve angustias mortales.

A nuevos desmayos sucedió un acceso de delirio durante el cual pronunció Emma frases sin sentido, pero en las cuales se distinguia sobre todo mi nombre, acompañado de estas palabras: *Perdon, ángel tutelar!*

Por un extraño olvido, ó mas bien por un poderoso instinto de casta delicadeza, no pronunció ni una vez el nombre de Mr. de Rochegune.

Esta crisis febril se terminó felizmente, no por un penoso entorpecimiento, sino por un sueño benéfico.

El médico entró en el momento en que Emma empezaba á coger el sueño.

A mi vez estaba yo descaecida, sin fuerzas.

—Y bien! señora, me dijo con ansiedad.

Sin responderle le mostré á Emma con una mirada, y oculté mi cara entre las manos llorando.

Al cabo de algunos segundos pasados sin duda en asegurarse del estado de la jóven, Mr. Gerad exclamó con una espresion de alegría indecible:

—Está casi salvada. Le habeis hablado... Ah! señora, esta es una resurreccion, un milagro! Esto es admirable! Quizás es deberá la vida... Este violento sacudimiento ha obrado el resultado mas saludable. Veis... duerme... duerme profundamente, en cinco dias su reposo no ha sido sino una pesada somnolencia; pero ¿cómo le hicisteis esa revelacion?

Le conté todo al médico, escepto lo concerniente á mí.

Cuando le dije de qué manera habia hecho saber á Emma la imaginaria vuelta de Mr. de Rochegune, en un principio se estremeció, luego se tranquilizó diciéndome:

—Habeis tenido, señora, mas ánimo, mas razon, que la que hubiera tenido yo. Esta jóven estaba perdida, una crisis violenta sola podia salvarla. Los miramientos no hubieran traído este resultado inesperado .. debe esperarse que entrará rápidamente en convalecencia. Al presente, señora, para terminar vuestra obra, comprendereis que es de la mayor importancia que estuviéseis presente cuando despertase... Creerá desde luego haber sido el juguete de un sueño: á vos os toca asegurarla con nuevos pormenores, dar verosimilitud á la relacion que os habeis visto obligada á hacerle; y sobre todo, impedid que sospeche que esto no ha sido sino un fingimiento; sobrevendria una recaída, y seria mortal.

Mr. de Rochegune no está aquí... Sería preciso prevenirle... hacerle comprender toda la importancia de su pronta vuelta...

Pensaba en la carta que le habia enviado por un correo, diciéndole volviese en cuanto antes... y dije:

—Mr. de Rochegune está prevenido, caballero; estará aquí pasado mañana sin duda...

—Ya prevenido, y prevenido por vos! exclamó Mr. Gerad.

Sorprendida de este reparo, le dije:

—No podía serlo sino por mí.

—Teneis razon señora... pensando que, si no le habláseis, todo sería perdido, esta crisis tan saludable, tan milagrosa hubiera sido inútil. La señorita Emma, al despertar quizás preguntaría á una de las criadas de la señora duquesa; vos no podeis imponerla de este secreto, asi todo sería descubierto.

—Pero Mad. de Richeville... caballero?

—Acabo de verla... La ordené un calmante; está durmiendo. Habia tambien pasado tres noches seguidas al lado de la señorita Emma, y estaba muy fatigada, no hay nada que temer por esta parte, si juzgais á propósito no hacerle confianza.

—Menos que nunca, caballero; os suplico, que este secreto quede entre nosotros dos...

—Os lo he prometido. Pero cómo, hasta su completa curacion, impedireis á Emma que hable con Mad. de Richeville de Mr. de Rochegune y de su casamiento? Una vez restablecida perfectamente, se podrá poco á poco retardar esta promesa, pero hasta entónces...

—Mirad, le dije interrumpiéndole; no temo mas que una cosa, que Dios no me conserve por mucho tiempo en mi juicio. No sabeis, no podeis saber lo que he sufrido hoy. Mi cabeza no puede resistirlo. Cuáles son los síntomas de la locura? Es quizás algunos de ellos sentir las arterias de las sienes latir con fuerza? Las mias se hallan en este estado.

—Señora...

—Es quizás otro cuando se conoce que la inteligencia vacila como la llama de una luz que vá á apagarse? En este momento estoy experimentando todo esto...

Mr. Gerad me dijo pasado algun tiempo que por un momento le habia asustado mi desacuerdo, la contraccion de mis facciones; y que estando enterado de todo, habia realmente temido que no tuviese la fuerza moral necesaria para hacer semejante sacrificio.

—Señora, tranquilizáos, me dijo, calmáos, si gustais apoyaros en mi brazo, venid, voy á abrir una de las ventanas de esta habitacion; la noche está hermosísima, el aire puro y suave no puede dejar de ser bueno para nuestra pobre enferma.

Abrió en efecto una que daba al jardin.

Estábamos á fines de Marzo, la noche estaba templada, como al principio de la primavera, la luna brillaba en medio de las estrellas.

Respiré con ansia aquel aire vivificante, é hice que mi ardiente cara recibiese aquella brisa suave y fresca. Poco á poco me calmé, alzé los ojos al cielo con una resignacion llena de dolor y de pena.

Contemplando la inmensidad del firmamento, me pareció que se establecia entre Dios y yo una comunicacion misteriosa. Me pareció oír de nuevo aquella voz que me habia ya aconsejado, sostenido:

—«Valor, me decia, valor, noble muger. te has elevado hasta las mas sublimes regiones del sacrificio, del dolor santo y grande, no puedes padecer mas: no dejes tu obra incompleta; confia en Dios; él te inspirará, él te dará medios de vencer los obstáculos que ahora te parecen invencibles. Nunca abandona á los corazones generosos. Entre todos aquellos que quiere, los mas pacientes son sus predilectos, su espíritu los guia, su luz los ilumina, su fuerza lo sostiene.»

Estos pensamientos, me hicieron mucho beneficio. Fueron para mi alma, lo que la brisa para mi ardiente rostro.

—Estais mejor, no es verdad, señora? medijo el médico despues de un largo silencio.

Me pareció que su voz estaba conmovida; la luna iluminaba de lleno su semblante grave y severo: dos gruesas lágrimas corrian por sus mejillas.

—Qué teneis? exclamé.

Me miró algun tiempo sin responderme, luego me dijo con voz enternecida.

—Me habeis pedido que calle, teneis mi palabra; pero afortunadamente no hay secreto para el que está allá arriba, añadió levantando el dedo hácia el cielo.

—¿Sabia Mr. Gerad por la voz pública, mi afecto á Mr. de Rohegune? Lo ignoraba.

Despues de algunos encargos respecto á Emma, se fué...

Quedé sola con esta, esperando que despertase, pero esta vez todo estaba cumplido.

Al cabo de tres horas de profundo sueño despertó Emma.

Si para consolarme me hubiese bastado saber que habia arrebatado de manos de la muerte á esta infeliz niña, deberia estar satisfecha, se habia verificado durante su apacible sueño un cambio extraordinario, que estaba desconocida; la esperanza la habia salvado; pensaba, ó mas bien creia, que era amada tanto como amaba.

Ay! temblaba pensando en las funestas consecuencias que podia tener la mentira que me habia visto obligada á decir... Cerraba los ojos delante del abismo, y lo esperaba todo de Dios.

Al despertar Emma, despues de haber procurado recoger sus ideas, exclamó.

—Es verdad? Dios mio! Es verdad esto? sois vos...

—Sí, sí, soy yo, hija mia; lo que os he dicho es la verdad... Amais á Mr. de Rohegune, él os ama... Vamos á hablar de toda esta felicidad; ¿pero cómo os halais?

—Ahora me siento débil... Pero siento la necesidad de vivir... como antes la de morir.

—Sois muy feliz?

—Oh! sí, veo que es á Mr. de Rochegune á quien debia aquellos momentos tan felices que no me esplicaba. Conozco que en lo sucesivo no tendré ya aquellas penas, durante las cuales os amaba menos.

Quedò un momento pensativa, la frente apoyada en sus manos y luego continuó:

—Es extraño como esta revelacion que me habeis hecho me muestra lo pasado bajo otro aspecto... Notaba que cuando él estaba aqui mi felicidad se aumentaba mas... Pero no pensaba en atribuirle esta emocion tan dulce... Lo que él decia, lo retenia: las canciones que cantaba tambien las retenia. Me parecia tener en mí el eco de su alma... Cuando lo oia alabar, me causaba esto tanto placer, como si me alabasen á mí... Cuando lo acompañaba al piano, estaba bien segura de tocar mejor habitualmente... Cuando hablaba conmigo, en lugar de intimidarme los pensamientos, las palabras me ocurrían mas fácilmente que nunca.

—Y cómo no habeis dicho esto á Mad. de Richeville y á mí?

—Es verdad... Porqué? dijo reflexionando. Sin duda porque así sucedió desde el primer dia que vi á Mr. de Rochegune. No creia que pudiese ser de otra manera. Me parecia esto tan natural, que no hablaba de ello... Ser feliz á su lado, era para mí como respirar, como ver... como sentir... En fin estaba como el que hubiese gozado de los beneficios de Dios... sin saber que habia un Dios. Solo cuando se perturbaba mi felicidad por algun temor ó por algun recuerdo, no podia ocultar mi tristeza... Al presente comprendo lo que significan mis lágrimas involuntarias al ver nevar... La causa de ellas es haber estado Mr. de Rochegune en peligro de perecer debajo de la nieve.

—Pero antes de haber yo venido no hablaba de mí con Mad. de Richeville?

—Oh! siempre; os citaba sin cesar como á la persona mas perfecta, la que él mas amaba; por eso os amaba yo antes de conoceros. Y luego he sido tan feliz en veros... Mr. de Rochegune esperaba vuestra venida con tanta impaciencia... entretanto...

—Decid... decidmelo todo, pobre niña... ahora... podéis hacerlo.

—No obstante sin comprenderlo... desde que os vi tan á menudo cerca de él, me senti pensativa, triste... Oh! entonces, deseé la muerte...

Pero reponiéndose, añadió con confianza:

—Pero de qué sirve recordar mis penas pasadas... aquello de que ahora debo sonrojarme?... oh! por piedad, dejadmelo olvidar... sed buena y generosa como siempre.

—Sí... sí... olvidemos lo pasado... tambien lo deseo yo mucho.

—Dios mio! os debo la vida, dijo Emma.

—Ahora que os toca á vos podéis hacer mucho... mucho por mí, querida niña.

—¿Cómo?

—Poniendo en mí la mas ciega confianza... escuchando mis advertencias, siguiendo mis consejos, persuadiéndos sobre todo de que no puedo querer sino vuestra felicidad.

—Oh! lo sé!... lo creo... todo os lo prometo.

—A ese precio... vuestro casamiento... con Mr. de Rochegune se verificará presto... quizás mas pronto de lo que hubiérais podido esperar. Se allanarán fácilmente algunos obstáculos de poca importancia; pero habeis padecido tanto, estais todavia tan endeble, que no se puede pensar en verle antes de algunos dias, pues su vista os causaria una emocion peligrosa.

—Oh! no... no... me parece que me curaria del todo.

—Niña... ¿pero él si os halla tan cambiada, porque desde su partida ha hecho vuestra enfermedad rápidos progresos?...

—Sí... cuando se ausentó, me pareció haber recibido el golpe mortal, todo se estinguia á mi alrededor... cer-

ré los ojos y pedí á Dios que me llamase á sí... pero por su misericordia me envió uno de sus ángeles para que velase sobre mí...

Y me besó afectuosamente las manos.

—Dejadme conducirlos, hija mia... y sobre todo no deis un gran disgusto á Mr. de Rochegune.

—Yo, Dios mio...

—Sin duda, viendo en vuestro semblante las señales de vuestros padecimientos, se echaria en cara haberlos causado con su silencio. No quiero pues que lo recibais hasta que esteis reformada y linda como en tiempos pasados. Hay además una cosa muy importante, querida Emma, de que quiero hablaros... Mad. de Richeville es vuestra segunda madre, desea uniros con Mr. de Rochegune, pero ignorando que lo amais, hallándoos bastante jóven, no ha creído á propósito instruiros aun de sus proyectos. Me los habia confiado, suplicándome encarecidamente que os los ocultase. El deseo de daros una noticia que podia tener un feliz influjo en vuestra salud, me ha hecho cometer una grave, una muy grave indiscrecion. Es menester, querida hija, que no me hagais arrepentir; así, me prometeréis no hablar á vuestra buena amiga de lo que os he confiado. No tardará en instruiros tambien de ello, pero es necesario que no se presuma que sabeis sus proyectos. Esto no es mentira, lo que exijo de vos es el silencio. De esta suerte, Mad. de Richeville no tendrá que reconvenirme por haber vendido su secreto y haberla sobre todo privado del placer de instruiros acerca de un matrimonio que colmará vuestros votos y los suyos.

—Haré lo que quisiéreis, será la primera vez que he disimulado. Pero el deseo de obedeceros me impedirá ser indiscreta.

—No es eso todo, mi pobre Emma, dije tratando de sonreirme, voy á condenaros á otras disimulaciones.

—¿Cómo?

—Mr. de Rochegune os ama... os ama tiernamente, pero no ha podido haceros esta declaracion antes de haber sabido de Mad. de Richeville, si ella ó vos teneis al-

guna objecion que hacer contra el matrimonio que tan ardientemente desea; será preciso pues, respecto á Mr. de Rochegune, hacer como que se ignoran completamente sus proyectos, y mas adelante, cuando fuese vuestro esposo, me guardareis el mismo secreto atento á lo que hoy os confio. Entendeis? Que no será conveniente que supiese que yo os he hecho su declaracion, antes que él.

—Oh! sí, comprendo cuanto mirais por mí, y será secreto de nosotras dos, añadió con sencilla alegría.

—Para eso será preciso no variar vuestras maneras con Mr. de Rochegune.

—Pero ahora que sé que le amo, que me ama, cómo se lo he de ocultar?

—Al contrario, no le oculteis ninguna de vuestras impresiones, querida hija, sed con él natural y veraz, este será el medio de continuar agradándole. Si algun acontecimiento que no puedo preveer, me obligase á ausentarme por algun tiempo, y tuviéseis que pedirme algunos consejos entretanto Mad. de Richeville os hable de sus proyectos, podeis escribirme por conducto de mi buena Blondeau que yo os enviaré de cuando en cuando; os responderé por el mismo conducto.

—Sin prevenir de ello á Mad. de Richeville? me dijo como sorprendida, como si este misterio hubiese repugnado á su alma recta y sincera.

—Olvidais hija mia, que Mad. de Richeville no sabe nada, ni debe saber nada de esto? Me conoceis bastante para estar bien segura de que no os incito á una mala accion.

—Oh! Dios mio! podeis pensarlo? Seria por el contrario muy afortunada en hablar con vos de todo lo que constituye al presente mi vida. ¿Pero os ireis pronto? ¿y por mucho tiempo?

—No, no, creo que no.

—Oh! no, no podeis abandonar á vuestra Emma que os lo debe todo: decid, decid, como es que algunas palabras cambian así el aspecto de lo pasado, cambian el pasado mismo?

—No busqueis las causas de la felicidad, pobre niña, gracias á Dios que os las envia.

Iba á amanecer, de allí á poco se durmió Emma de nuevo.

Vencida yo misma por la fatiga, por tantas y tan diversas emociones me rendi al sueño.

Por la mañana me despertó Blondeau, era cerca del medio dia: me entregó una carta de Mr. de Rochegune, en que me decia:

—El señor marques no estaba en Rochegune, sino en su propiedad de Fontainebleau. Allí se le remitió vuestra carta, acaba de llegar á su casa.

Abri la carta temblando, y lei estas palabras.

«Nuestro destino se cumple. Hay alegrías imponentes, solemnes como la oracion. Así que recibí vuestra carta, caí de rodillas y lloré. A qué hora os he de ver?»

Respondi al instante.

«Os espero á la una.»

A esta hora entró en mi casa Mr. de Rochegune.

XIX.

LA VUELTA.

Al entrar, la primera accion de Mr. de Rohegune fué arrojarse á mis pies, tomarne las manos, cubrirmelas de lágrimas hijas del contento... siempre dueño de sí, parecia abandonado á una frenética alegría. Nunca habia visto sus facciones, por decirlo así iluminadas por un gozo inmenso é inesperado.

Mis ojos estaban enjutos, ardientes, mis lágrimas se habian consumido, estaba como atónita; no preveia que tenia que responder á Mr. de Rohegune, cuando se quisiese enterar del súbito trastorno de sus esperanzas.

Pasada su primera emocion me miró atentamente, notó los rastros que el dolor habia dejado en mi semblante.

Despues de haberme contemplado un instante con la espresion del mas afectuoso interés, me dijo con tristeza:

—Lo veo... esta resolucion os ha costado mucho... lo concibo... estoy envanecido por haber triunfado en esta lu-

cha... Oh! con cuanto amor os haré olvidar esas lágrimas... las últimas que derramareis, Matilde.

—Queria...

—Oh! no, dijo interrumpiéndome con la volubilidad que produce la dicha, no me digais nada, no me hablais.... dejadme contemplaros, admirar con la celosa, con la agridulce codicia del avaro el tesoro que posee, en fin... dejadme saborear poco á poco esta idea... que esta muger que está ahí... que esta muger es mia, que es la esposa ideal de mis sueños de infancia y de la juventud... dejadme que me diga... esta á quien los hombres, á quien los acontecimientos, á quien su voluntad parecia que separaban para siempre de mí... está ahí... me pertenece... Oh! no lo creí... No he querido creerlo hasta ahora, para que no perdiéseis nada de la embriaguez que habeis causado; y sin embargo algunas veces sentia que la fuerza irresistible de nuestro amor nos destinaba á la felicidad, que esto no era sino una cuestion de tiempo. Temia vuestros escrúpulos, y me desesperaba. Oh! mirad, estos dias pasados léjos de vos... en esta duda mortal... han sido horrorosos... No podeis saber las ideas horribles, insensatas que han atravesado mi alma cuando pensaba que, dentro de algunos dias, podia verme reducido á deciros... Matilde... adios y para siempre adios... Oh! quiero que ignoreis lo que he sufrido... os echariais en cara haberme hecho desgraciado.

—Creeis que tendria siempre remordimientos pensando en las desazones que os hubiera causado, dije maquinalmente.

—Pero tampoco soy generoso, Matilde, no os digo que en mi soledad he tenido horribles dias de duda, he tenido tambien esperanzas muy lisonjeras... Durante uno de estos momentos es cuando me dediqué, con el placer de un niño, á hacer el diseño de un retiro delicioso que he ideado para nosotros en Castellamare... Puesto que quereis tanto á la Italia... á nuestro alrededor las flores, sobre nuestra cabezas árboles frondosos, á nuestros pies la mar, en el horizonte el Vesubio... qué decis de este cuadro para nuestro amor?

—Amigo mio, yo...

—Perdon, perdon, Matilde, hablo fuera de razon, es verdad, no tenemos mil cosas interesantes mas graves que esta... mil resoluciones que tomar? Qué diremos á nuestros amigos? Partiré yo antes ó despues que vos?... A quien tomareis por escudero en este viaje?... Dios mio! mi pobre cabeza, tan firme ordinariamente, se vuelve con el viento de todas las felicidades humanas... no es falta mia el estar tan aturdido, es un huracan de felicidad que me echa aqui á vuestros pies... Pero, Dios mio!... qué aspecto tan triste, tan decaído!... Matilde... no seais tan loca como yo, lo deseo... pero al menos, que vea una sonrisa en vuestros lábios una tierna mirada en vuestros ojos... En verdad, Matilde... mientras mas os miro... Pero no os he visto nunca ese aire sombrío... casi siniestro. Qué teneis que decirme?

—Oh! cosas bien tristes, bien siniestras...

—No os comprendo... qué puede haber pasado?... Vuestra carta... no me decia: venid... venid?...

—Basta, por favor... Oh! por compasion... no me recordeis esa carta...

—Que no os recuerde esa carta!... Y por qué?

—Despues que os habia escrito esa carta, respondí bajando los ojos y huyendo de sus miradas, he... visto... á Mr. de Lancry.

—Vuestro marido?... y dónde?

—En mi casa. Aquí.

—Aquí?... se ha atrevido á venir á vuestra casa... Y para qué?... Para alguna nueva maldad, sin duda... Pero... qué importa á vuestro marido?... Estais separada de él para siempre... ¿Qué puede él ser al presente en nuestra vida?... Le teneis... el ódio y el desprecio que merece... ¿Qué significa su venida?... Esta es una nueva prueba de su cinismo y nada mas...

Me parecia que iba á morirme... habia llegado el momento de dar un golpe terrible, de quitar á Mr. de Rochegune no solamente toda esperanza para el presente; sino tambien para lo sucesivo, de matar con una palabra el amor que me tenia... sin esto era inútil mi sacrificio.

Para casarse con Emma, era menester que no me ama-

se, que no conservase esperanza alguna de ser amado por mí...

—Pero, lo repito, Matilde, continuó Mr. de Rohegune, ¿qué importa la vista de vuestro marido?... ¿Os habreis quizás dejado intimidar por sus amenazas?...

—¿Amenazas?... No... mas valia que me hubiese amenazado.

—¿Cómo? ¿Qué quereis decir?

—Al contrario, vino á mí... temblando... desgraciado... con palabras llenas de arrepentimiento, de cariño...

—Y habeis podido creer en ese regreso hipócrita!... ¿habeis podido sentir despertarse en vos algunos escrúpulos? Habeis sido el juguete de esa comedia?

—Os aseguro que Mr. de Lancry hablaba sinceramente... con todos los miramientos, con todo el respeto posible, confesó sus culpas pasadas; hizo esta confesion con generosa franqueza... sin disculparlo, casi se le podrian perdonar.

Mr. de Rohegune me miró con sorpresa.

El modo con que yo habia hablado de mi marido lo confundia. Meneó la cabeza y me dijo con tono afectuoso y sentido:

—Vamos, vamos, lo adivino, vuestra alma generosa cree en ese arrepentimiento, por imposible que sea, para no tener motivo de aborrecer... Pues bien! soy de vuestro parecer, en la actualidad no debemos aborrecer ni despreciar... Olvidemos, el olvido es el desprecio, la venganza de los corazones felices.

—No solo vino mi marido para manifestarme su profunda pena por haberme abandonado... me dijo... pretendió... que como no estábamos separados por ningun acto... legal... debia yo...

Mr. de Rohegune me interrumpió con viveza:

—Ay! para colmar mi pena tuvo el mismo pensamiento que yo habia tenido, y exclamó:

—Y bien! tanto mejor; además, tiene razon, vuestra posicion, la mia, serán así mas libres: la separacion de

personas y de bienes, casi equivale á un divorcio; así estaréis siempre desembarazada de vuestro marido.

Luego se detuvo y me dijo:

—Oh! ahora concibo la causa de vuestra tristeza, temeis con razon el escándalo de un proceso; no por vos, Dios mio, vos no podeis sino ganar en ver vuestra conducta espuesta al público; pero pensais que la mala conducta de el hombre cuyo nombre llevais, sea vergonzosamente descubierta en esos tristes debates; esto es cierto, pero es preciso al fin que se haga justicia. Demasiado tiempo habeis sido sacrificada. Pensad que una vez cumplida esta formalidad, la libertad de nuestro porvenir está legalmente asegurada. Las últimas dudas que podeis conservar acerca de vuestro *derecho moral* se desvanecerán así.

Mi tormento se hacia intolerable. Reuní todas mis fuerzas y dije á Mr. de Rochegune con voz apresurada, dura.

—Me es imposible dejaros por mas tiempo en el error en que estais; os escribí una carta, en ella os decia que volviéseis, que aceptaba el porvenir que me ofreciais, á poco de habéroslo enviado se presentó en mi casa Mr. de Lanery.

—Y bien!

—Entonces... os lo confieso, compadecida de sus remordimientos, de su afecto, de sus desgracias, de sus protestas, conmovida por antiguos recuerdos, á pesar mio, le prometí no dejarlo mas.

Habia lanzado estas palabras como si me hubiesen quemado los labios, sin atreverme á mirar á Mr. de Rochegune, y palpitando mi corazon de un modo muy extraño.

Al cabo de algunos segundos, sobresaltada por no oír á Mr. de Rochegune, alcé la cabeza. Parecia estar escuchando mis palabras, no con pasmo ni desesperacion, sino con una inquieta curiosidad.

Así que hube hablado, me dijo:

—He escuchado perfectamente lo que acabais de decirme; sé que sois incapaz de usar de una funesta chanza en un momento tan grave; vuestra voz está temblona,

vuestro semblante desconcertado, y sin embargo, querida Matilde, debeis ver en la espresion de mi cara, que no creo una palabra de todo lo que acabais de decir.

—No creeis?

—Me es imposible creer eso, porque no puede ser, porque no es.

—Lo conozeo, un alma como la vuestra debe mirar semejante debilidad como imposible; pero...

—No analizo, no comparo. Os digo sencillamente, que eso no puede ser, que no es. Lo que me inquieta es vuestra agitacion, vuestra palidez. En cuanto á la causa que os hace usar ese lenguaje, no la descubro al presente pero la descubriré.

—No debo estar agitada, temblando, desesperada, cuando, victima de un sentimiento que no puedo dominar. correspondo así á vuestro amor!

Mr. de Rochegune se encogió de hombros, y me dijo con una sangre fria que me desconcertaba.

—Necesariamente, Matilde, es preciso que tengais motivos muy poderosos para recibirme con semejante revelacion. Felizmente mi fé en vos es superior á la prueba, he estudiado bastante mi propio corazon para conocer el de los otros, sobre todo el vuestro. No se trata sino de recordarme lo que habeis dicho, mil veces antes de mi partida. No eran aquellas vanas palabras; eran la verdad, conocida...

—Pero...

—Pero, mi querida Matilde, en veinte y cuatro horas no se degrada una muger como vos. La prueba de que no os creo capaz de ello, es que soy en este instante lo que era al entrar en vuestra casa; no creo una palabra de la fábula de la visita de vuestro marido. Lo despreciais, lo aborreceis tanto y mas que lo habeis aborrecido; esta es la verdad.

—Me creeis capaz de mentir!

—Si, por algun objeto grande y glorioso... y estoy seguro ahora que hay oculto algun sacrificio misterioso, sí, muy noble, muy hermoso sin duda porque para esponer que arriesgais, es menester haya grandes compensaciones. Pe-

ro, felizmente, no sois sola en la vida: el cuidado de vuestra felicidad me pertenece. A mí me toca velar á mi bien, á mi muger, y os defenderé contra vos misma; se dice que tengo bastante perspicacia, antes de veinte y cuatro horas, mi pobre Matilde, estará descubierto vuestro secreto.

Estaba á la vez arrebatada hasta el extremo de llorar, y espantada por ver descubierto mi interior. Era preciso á todo precio separar de mí á Mr. de Rohegune, quitarle toda esperanza, sobre todo impedirle creer que me sacrificaba por alguno.

Si hubiese atribuido á conveniencia, á lástima, mi reconciliacion con Mr. de Lancry, Mr. de Rohegune se hubiera siempre creído amado y hubiera hecho aun mas imposible mi deseo de casarlo con Emma.

Era pues preciso que tuviese valor para fingir un amor apasionado á Mr. de Lancry, á fin de quitar á Mr. de Rohegune toda ilusion respecto á mí.

Mi posicion era á la vez tan cruel y tan difícil, porque se trataba tambien de Emma, de aquella desgraciada niña á quien debia entonces cumplirle las promesas que me habia visto obligada á hacerle.

Mi conducta tenia pues una sencillez, una lógica espantosa: matar absolutamente el amor que me profesaba Mr. de Rohegune; y una vez libre su corazon persuadirle á sospechar, á reconocer el amor de Emma.

Solamente de este modo hacia que mi sacrificio fuese grande y provechoso. Emma era feliz, Mr. de Rohegune tambien; porque no podia dejar de apreciar aquella angelical naturaleza, y, en cuanto á mí, gozaba á lo menos de una especie de consuelo amargo.

Si no lo lograba, mi estéril sacrificio hacia desgraciadas á las dos personas que mas amaba en el mundo.

Ay de mí! estas reflexiones prueban muy bien que me veia obligada á fingir que tenia á Mr. de Lancry un amor tan odioso como inesplicable.

Dije pues á Mr. de Rohegune:

—Vuestra incredulidad no me sorprende, mi conducta

es tan culpable á vuestros ojos que no podeis ni aun aceptarla como posible... Perdonadme que hable todavia de lo pasado; cuando os fuisteis la última vez tan triste, tan inquieto, cuando en vuestra soledad pasábais alternativamente de la esperanza á la desesperacion, admitiais no obstante la posibilidad de una separacion, que vos mismo me habiais propuesto.

—Sin duda.. y á pesar de vuestra carta tan urgente... Matilde, á mi vuelta os hubiera encontrado indecisa, cambiada aun con respecto á esta determinacion... hubiera contado con el tiempo, con mi influencia para haceros cumplir vuestra promesa... Pero que sea tan insensato que crea que vos, Matilde... os hayais de nuevo prendado de Mr. de Lancry durante mi ausencia, os creeria mas bien capaz de tener veinte amantes que cometer semejante vilesa.

—¿Y porqué seria esto una vileza? ¿No es mi marido? Si está arrepentido de las penas que me ha causado, ¿no será en mí un acto de generosidad perdonarle?... Y en fin, bien lo veis, á pesar de mi inclinacion, á pesar del afecto que os profeso... quedé ostinadamente unida á mis deberes... Os amaba como á un hermano, no me inspirábais mas que una viva amistad... mi primer amor mal apagado constituia toda mi virtud.

Mr. de Rohegune era bastante superior á los demás hombres, ya por su carácter, y ya por sus raras cualidades, y sin embargo, como el vulgo, dió mas crédito á esta última razon, ó la sintió mas vivamente que las otras, porque heria profundamente su amor propio.

—Ah! esto haria dudar á un padre! exclamó con una especie de horror que no pudo vencer. Vos... vos... hablar así... Esto está visto... sí... ha habido en ello algunas fascinaciones irresistibles... algunas pasiones fatales que han encadenado para siempre los ángeles nobles y puros á hombres libertinos y perdidos... Pero no, no, continuó con noble indignacion, no, no ha habido fascinacion, no ha habido fatalidad, estas son palabras inventadas por la impotencia, por la cobardia ó por la afrenta; os digo que no os creo,

me amais, no podéis amar á ese hombre, á ménos de ser tan perversa, tan perdida como él.

Decia verdad, comprendia y admiraba su noble enfado: pero para hacer verosímil el papel que representaba, debia á mi vez defender mi fingido amor á Mr. de Lancry, y al mismo Mr. de Lancry.

Oh! cuantas gracias daba al cielo por haberme dado para ocultar hasta entonces á Mr. de Rochegune el amor ardiente, apasionado... que desde largo tiempo le profesaba.. Si él lo hubiese descubierto, si yo se lo hubiese declarado, no hubiera podido sin morir de confusion decirle que la presencia de Mr. de Lancry habia hecho nacer en mí una nueva infatuacion... Oh! no, no, Mr. de Rochegune no hubiera creído esta infamia, y nunca hubiera intentado persuadírsela...

Se paseaba por la habitacion, padecia visiblemente, y deseaba con ánsia abreviar esta escena tan penosa.

—Sois injusto, le dije, en acusarme de perversidad porque un amor mal colocado se despierte en mí, ¿no he estado años enteros bajo el encanto de mi marido? ¿No he sacrificado todo á este hombre cuya presencia... sí... lo confieso, cuya presencia tiene sobre mí un poder irresistible. Hasta el momento en que lo volví á ver, habia sido digna, valerosa... pero desde el punto que supe era desgraciado, que lo he visto arrepentido á mis pies, que he oído su voz, que he encontrado sus miradas... Oh! entonces, dignidad, valor, penas, todo lo he olvidado; y he corrido con placer... al encuentro de mis cadenas.

—Esto es horrible... hay cinismo en confesar tan vergonzosa influencia. Estais loca; no os creo, no quiero creerlos.

Sorprendida de lo que acababa de decir Mr. de Rochegune, le dije:

—Sin embargo, si alguno debe creerme, sois vos, porque os hablo con entera franqueza, no procuro cohonestar esta union con falsas apariencias. Podria deciros lo que diré á mis amigos... que la compasion por las desgracias, por los remordimientos de mi marido, que la exageracion de mis

deberes me hacen obrar así; pero á vosotros digo la verdad por brutal que sea... Ahora bien si... sí... le amo con un amor que no puedo calificar... en hora buena... pero le amo... esto es fatal, esto es involuntario, pero es cierto.

—Eso, eso es infame, señora... Pero yo os amo... pero vos me habeis dicho que me amábais...

—Y quien os ha dicho que no os amo? Quien de los dos ha querido atentar á la pureza de las relaciones que nos unian? No sois vos? Y porqué en un momento de debilidad, de compasion, os escribí imprudentemente... *Venid*... era esta una promesa irrevocable?... No me habeis dicho vos mismo que, si á la vuelta de vuestros viages, no me hubiérais hallado separada de mi marido, me hubiérais manifestado honradamente el afecto que me teniais?... Nada ha cambiado... mi afecto hácia vos es siempre tan puro, tan fraternal. Además quien tendrá derecho para vituperarme? Nuestros mismos amigos, en medio de su austeridad, no podrán menos de aplaudirme por haber olvidado los agravios de mi marido, y volver con él, cuando lo he visto infeliz y abandonado.

—Y bien! al menos decid eso... es tiempo aun... de no alejarme de vos para siempre; la humanidad, decidles esto, y comprenderé que la humanidad está hecha así, que halla medio de burlarse hasta del mas admirable sacrificio por una pasion insensata... creeria que las almas mas nobles pueden por un error fatal, sacrificarlo todo a la necesidad de ser admirados... al furor del heroismo... decid que por un sentimiento de austera piedad os volveis con vuestro marido... os creeria, seriais siempre para mí la muger entre todas las mugeres, á quien he dedicado mi vida... ¿Qué quereis? teneis la exageracion de vuestras virtudes... como tantos otros tienen la exageracion de sus vicios... Pero compadeciéndoos de nosotros dos no digais que un amor irresistible os lleva á los brazos de ese hombre; no me digais que es vuestro marido, no lo es; su innoble conducta ha puesto entre vos y él una barrera insuperable... Podeis tener respecto á él, compasion, clemencia, bondad, todos los sentimientos en fin, escepto el amor.

—Y este es, sin embargo, el solo ó mas vivo de los que me llevan á él, dije para poner término á esta escena cruel. Si, debeis despreciarme... en él amo al primer hombre que ha hecho latir mi corazon; en él amo... á mi marido... en él amo á mi amante... si; mi amante, y por eso quiero volver á su lado.

Mr. de Rochegune ocultó la cara entre sus manos y permaneció silencioso por largo tiempo.

Luego en voz baja, y como si estuviese escuchando á sí mismo:

—Esto es extraño! siempre me lo habia yo dicho... pero nunca lo hubiera creido... era preciso ver lo que estoy viendo.

—Qué teneis? exclamé asustada de ver su ademan. ¿Qué teneis?

—Pasa en mí un raro fenómeno, Matilde, continuó hablando consigo, sí, sí, mis esperanzas, mis convicciones caen lentamente, una á una. Caen como las ojas muertas de un árbol, y sin sentir penas á cada herida. En vez de un dolor vivo, es un frio estupor, un embotamiento, no son las violencias de la cólera, de la desesperacion, no, es un desden amargo, mezclado de compasion dolorosa. Todo lo pasado de mi vida que lo creia inalterable, se desploma, se disipa, se borra. Vamos, creí que era mármol, que no podia perecer, la nieve que se derrite á los primeros rayos del sol. Lo repito, esto es extraño, ahora mismo, pensando que podia verme forzado á olvidar á esta muger tan adorada; esta sola suposicion me parecia un abismo que no podia contemplar sin desalentarme. Pues en este momento, en vez de ese grandioso, de ese espantable abismo, no veo sino una especie de cenegal ó de atolladero del cual me apresuré á apartar la vista. Y sin embargo, soy yo, ciertamente yo, yo de quien este amor ha sido el polo, la idea fija, única, yo que durante diez años no he tenido un dia, una hora sin dedicar un pensamiento á este amor, yo que sostenido, conducido por este amor, intenté, llevé á cabo grandes cosas, yo que lloraba ayer como un niño: yo que ahora mismo experimentaba una de aquellas alegrías

insensatas, divinas, porque tocaba al término inesperado de mis sueños. Pues bien! ahora súbitamente nada, nada absolutamente, en este punto donde busco el lugar, el sitio de este gigantesco y sublime edificio elevado hasta entonces en mi alma con tan santo ardor, pensamiento á pensamiento, recuerdo á recuerdo, no es ello nada, nada, nada absolutamente, un soplo lo ha hecho desaparecer todo, pero desaparecer sin dejar ni una ruina, un resto, un vestigio, decid, decid, ¿no es esto extraño, Matilde?

Oh! nada me era mas horrible que oírle analizar así el trastorno de su esperanza y de su confianza en mí.

Todavía estuve otra vez á punto de decirle cuanto le engañaba, cuanto le amaba: ¿es preciso confesar esta cobardía? La especie de resignacion despreciativa de Mr. de Rochegune fué lo que causó mi pasajero desaliento.

Y no obstante, este desprecio por parte suya debia servir á mis proyectos.

Su desesperacion me hubiera dado nueva fuerza probándome siempre que era amada, y era preciso que no lo fuese.

Continuó dirigiéndose á mí.

—Eso sería incomprendible en otro que no fuese yo; pero mi carácter es tal, que el veneno mas sutil, mas violento, no me es mas mortal, que lo es el desprecio que se hace de mí cuando alcanzan á mis afecciones, por robustas, por vivaces que sean.

En seguida se levantó bruscamente.

—Además, dijo, la humanidad es la humanidad, formada de oro y de cieno, deberia tener compasion de vuestro extravio pensando en las cualidades que lo disculpan, no deberia echar al viento del olvido y de la nada diez años de afecto santo y grande, diez años de idolatria, de culto, pero no puedo, me conozco, soy independiente en todo, no puedo ver en vos sino una divinidad ó una muger vulgar. Mientras que os elevásteis sobre vuestro pedestal, os he adorado. Ahora que descendéis de él infamemente, ahora que sois como las demás mugeres, reniego de mis adoraciones pasadas.

—Así, le dije no sin pena, si hubiese cedido cuando me suplicábais que olvidase mis deberes, el desprecio, sin duda, hubiera sido el pago de aquel sacrificio; hubiérais renegado de vuestras adoraciones pasadas, porque, también entonces, hubiera descendido de mi pedestal. Cedo á una inclinacion legítima, y me despreciáis. ¿Y si hubiera cedido á una culpable?

Esta reflexion, al parecer, le hizo impresion; se quedó pensativo; y luego exclamó con una violencia que apenas podia contener.

—Os lo he dicho, hace mucho tiempo, que si dudaba de vos, dudaria de mí. Pues bien! ha llegado la hora, dudo de mí y de todos. Si, desgraciada de vos, que habeis desconcertado todas mis nociones del bien y del mal; desgraciada de vos que podeis inspirar aversion cumpliendo un deber sagrado; desgraciada de vos que podeis ser pervertida obedeciendo á un amor legítimo; sí, desprecio aun menos la hipocresia del vicio, que vuestra virtuosa impudencia.

Y se fué violentamente.

Era cosa hecha, me despreciaba, me odiaba.

Desde este momento se completó del todo mi sacrificio.

Conoci que su corazon me dejaba. Me habia hecho asistir cruelmente á la agonía, á la muerte del amor y del aprecio que me tenia; no tenia duda alguna de ello, su corazon estaba vacio, ¿quién lo ocuparia?

En este momento me atravesó el alma un pensamiento infernal.

—Y Ursula? exclamé, irá á sentir sus seducciones? Ahora que está libre, irritado, ahora que cree en el mal, puesto que duda de mí, ¿no se halla su alma quizás dispuesta á sentir la fatal influencia de aquella mujer?

—¿Y Emma, esta niña á quien he prometido este amor, podrá alguna vez luchar con Ursula, sobre todo, si Ursula ama apasionadamente?

¿Y abandonaria yo voluntariamente mi amor, por ver á esta odiosa muger ocupar el corazon de Mr. de Rochegune?

Lo confieso, los acontecimientos se habian sucedido de tal manera, que ni por un instante habia pensado en la conversacion de Ursula y de Mr. de Rochegune en el baile de la ópera.

Si me hubiese ocurrido esta idea, hubiera quizás tenido la crueldad de sacrificar á Emma primero que arriesgar el ver á Ursula amada por Mr. de Rochegune.



XX.

LAS DESPEDIDAS.

Tomada ya mi resolución, escribí á Mr. de Lancry, que despues de haber reflexionado acerca del deseo que me habia manifestado, consentia voluntariamente en volver con él; temia que quisiese usar de una violencia legal, y que comprometiese todos mis proyectos haciendo dudar de mi deseo de reunirme con él.

Despues de haberse ido Mr. de Rohegune, fui á ver á Mad. de Richeville y á Emma.

Esta se hallaba mucho mejor, y el médico miraba su restablecimiento como cierto. La duquesa, recobrada del todo, me dió gracias afectuosamente por la asistencia que habia prestado á su hija.

Cuando anuncié de repente á Mad. de Richeville mi deseo de volver al lado de Mr. de Lancry, atribuyéndolo á la lástima que me inspiraban sus desgracias y arrepentimiento, la duquesa creyó que estaba loca y me hizo todas

las observaciones, todas instancias, todas las reflexiones posibles: nada me hizo mudar de parecer. El principe de Hericourt y su muger se unieron á mi amiga para hacerme considerar lo absurdo de mi conducta. Les pregunté si perderia su estimacion. Me respondieron que no, que sin duda era una loable exageracion, pero que serviria de funesto ejemplo, y que era deplorable ver prodigar al vicio y á la corrupcion semejantes muestras de afecto.

En vano pretesté la desgracia y el arrepentimiento de mi marido; me respondieron que su desgracia la tenia merecida, que su arrepentimiento no estaba de ninguna manera comprobado. Muchos años de una conducta irrepreensible casi no bastarian para merecer la prueba del ciego afecto que le mostraba.

Nadie mejor que yo conocia la verdad de estas advertencias, pero estaban al presente en juego muchos intereses para que pudiese titubear un momento en la marcha que me habia trazado.

Sin embargo, conocí no sin tristeza, que el principe y su muger se mostraron algo frios; perdí mucho en su concepto; me tuvieron por débil, sin dignidad. Sentian verdaderamente y con razon, verme renunciar su intimidad protectora que me habia consolado, para irme á buscar un hombre que despreciaban, que aborrecian, por todo el mal que me habia hecho, y de quien por decirlo así, me habian moralmente separado. En fin, sentian haberse interesado en las penas que yo misma olvidaba tan prontamente.

Tanto á estos amigos á la vez justos y severos, como á Mad. de Richeville, dije que la conmiseracion era lo que me hacia unirme con Mr. de Lancry. Ay de mí! á los ojos del hombre que amaba y respetaba mas en el mundo debia solamente fingir un vergonzoso amor á mi marido.

En vano la duquesa me suplicó que me quedase en su casa, continuase habitando su pabellon, que venceria la aversion que le inspiraba la vecindad de Mr. de Lancry; no accedí á ello, pues mis relaciones con mi marido hubieran

sido observadas muy de cerca, y bien pronto hubieran reconocido mi mentira.

No podré decir las lágrimas, la desolacion de Mad. de Richeville; con la franqueza de su amistad, con la cólera de su pena, me hizo crueles reconvenciones. Las devoré en silencio, pues me probaban la fuerza del afecto que me tenia, y que á sus ojos debia merecerlas.

Por la primera vez en mi vida sentí la especie de amarga frinicion que se experimenta viéndose despreciada, vituperada y diciéndose á si misma: con una palabra podia hacer que es os vituperios se tornasen en adoraciones.

Me pareció mejor concluir así sola, acusada por todos, una obra que hubieran todos admirado.

Entonces comprendia (en su noble objeto) aquellas luchas secretas, interesantes, encarnizadas, que ciertas personas empeñan contra la sociedad, sin otros recursos que su inteligencia, sin otra fuerza que su voluntad.

Sola en la posicion en que me hallaba, me era preciso persuadir á Mr. de Rochegune á casarse con Emma, á pesar de las intrigas y de las seducciones que Ursula pondria necesariamente en juego, si amaba á Mr. de Rochegune.

No quiero ocultarlo, mi deseo ardiente de llegar al fin de esta empresa, la exaltacion que dá una conviccion generosa, reanimaron mi moral, escitaron de nuevo mi energia, y me impidieron quedar postrada bajo el peso de mi sacrificio.

Oh! hasta este momento no reconocí la diferencia que existia entre mi amor á Mr. de Rochegune y el que habia en otro tiempo tenido á Mr. de Lancry.

En otro tiempo, humillada, oprimida, no habia sabido sino padecer, sin obrar. Ahora, por el contrario padecia lo mismo; pero no queria que mi padecimiento fuese estéril; en esta ocasion, mis lágrimas debian ser fecundas; hasta en mis penas queria ser digna del hombre que adoraba.

Oh! cuan envanecida estaba con este amor, esta perla de mi corazon conservada sin mancilla. Si algunas veces

me sentia flaquear en mi resolucion, me acordaba de las palabras que Dios me habia inspirado en la cabecera de Emma moribunda.

Sí, me decia á mi misma, si mañana lo revelo todo á Mr. de Rochegune, ¿no caeria á mis pies, su amor no volveria á ser mas apasionado que nunca?

Sin embargo, como yo lo queria siempre y mas que nunca, tenia momentos de abatimiento cruel, de horrible desesperacion.

Entonces me acordaba de lo que me habia tambien dicho la voz divina durante aquella noche fatal. «Animo, pobre muger, tú no sabes lo que es haber adquirido á fuerza de sacrificios, el derecho de llorar sobre si.» Y en efecto hallaba en estas lágrimas un triste deleite.

Y me decia, si tienen buen éxito mis proyectos, una vez bien asegurada la suerte de Emma; porque Mr. de Rochegune no será insensible á un amor tan vivo y tan ingénuo, y lo apreciará participando de él, quien me impedirá separarme legítimamente de mi marido, volver á vivir cerca de Mad. de Richeville, y quizás decirselo todo á Mr. de Rochegune, ya esposo de Emma? Segura de él y de mi, podria sin temor descubrirle este misterio y probarle que nunca habia dejado de ser digna de él, y que me debia la felicidad de que gozaba al lado de Emma. Qué dulce recompensa para mí por tantas penas sufridas en silencio! Cuán pacífica y feliz seria mi vida pasada así junto aquellos que tanto amo.

Esperaba á Mr. de Lancry el domingo por la mañana.

Antes de irme fui á ver á Emma por la última vez; estaba sola. En nuestra corta conversacion le renové toda la que le habia encargado respecto al secreto que debia absolutamente guardar con Mr. de Rochegune y Mad. de Richeville. Prometí escribirle por medio de Blondeau, empeñándola á que me respondiese por el mismo conducto.

Sabiendo que volvia con mi marido, la pobre niña no pudo ocultar un movimiento de alegria in-

pesar de lo que me quería. No acusaba de ello á su corazón, sino al instinto de su amor.

Le prometí ir á verla á menudo, bien decidida á cumplir esta promesa tan necesaria á mis designios.

El Domingo por la mañana se presentó Mr. de Lancry en mi casa, según me lo había anunciado.

Me se ha olvidado decir que después del abandono de Ursula, sin duda, mi marido, embebido por sus penetrantes preocupaciones, había llevado la incuria de sus vestidos y de su persona hasta el extremo de estar casi indecente; sus facciones estaban desfiguradas por la tristeza, por las vigiliass, y poco después por los excesos de toda especie con los cuales había procurado calmar su loca é implacable pasión; sus ojos enrojecidos, su rostro encendido, su barba crecida, sus cabellos descuidados, su voz ronca y dura, todo en él parecía personificar el tipo del vicio y casi de la miseria (supe luego que esta miseria era efectiva.)

Y este era el hombre que algunos años antes había yo visto en todo el brillo de su elegancia y de sus ventajas.

Me dijo al entrar:

—Os doy el parabien, señora, por vuestra buena voluntad, aunque me parece que esta sumision repentina oculta alguna segunda intencion; pero no importa... no creais burlaros de mí... yo os probaré que lo que quiero... lo quiero...

—¿Cuándo partimos, caballero?

—Al instante, señora, al instante... ¿Pero no teneis que dar tiernos adioses á vuestra amiga? me dijo irònicamente. ¿No teneis que trocar algunas lágrimas que no os impido?... Os dejo cinco minutos para que deis esos abrazos.

—Me despedí esta mañana de Mad. de Richeville, caballero. Además espero volverla á ver pronto.

—Oh! en cuanto á eso... hareis lo que quisiéreis, no os faltará libertad... á menos que... á menos que más adelante... no piense de otra manera.

—Caballero, cuando gustéis os seguiré.

—Un instante; debo advertiros, mi querida amiga, que

la casa que habito no es brillante; es un simple apeadero... que he alquilado despues que despedí mi casa... por razones que sin trabajo adivinareis... No he tenido tiempo de ocuparme de los pormenores domésticos, os prevengo que estareis mucho peor acomodada que aquí.

—Me contentaré, caballero, con lo que vos os contentareis.. con tal que tenga una habitacion sola para mí, y otra inmediata para Blondeau... Haré llevar de aquí los muebles que me fueren necesarios.

—Y haré vender el resto, porque debo confesaros, señora, que estoy muy atrasado... ¿Os sorprende esto?... pues es cierto. Ahora ya sabeis las penas de mi corazon, no tengo nada que ocultaros... Pues bien! últimamente... por calmarme... he jugado... he jugado mucho... y he perdido mucho... Vos teneis sin duda algunos ahorros.

—Me parece, caballero, que podemos mas adelante hablar de negocios.

—Teneis mucha razon, señora... ¿Quereis mi brazo? Partimos.

Subí al coche de alquiler con Mr. de Lancry; Blondeau me siguió en otro coche, con algunas frioleras de las mas indispensables; mandé á un criado que fuese aquella misma tarde, á llevarme diferentes cosas que necesitaba.

Estando ya en el coche me dijo Mr. de Lancry:

—He conservado un criado... Esto es cosa de lujo, pero este criado me quiere mucho, nos bastará... con vuestra Mad. Blondeau. Como yo nunca comeré en casa... podreis hacer traer vuestra comida de alguna fonda inmediata; la portera de la casa ayudará á Blondeau.

—Hace seis años, caballero, casi en esta misma época, que volviámos de Chantilly, y tambien me hacíais la pintura del estado de la casa que debíamos habitar... Los tiempos están cambiados.

—Muy cambiados, señora, lo cual prueba la verdad de esta máxima; «los dias se siguen y no se asemejan...» Me parece que estais de númen epigramático, bien se manifiesta la sangre de los Maran... Como gusteis... Soy un buen

príncipe... sin embargo no siempre... Pero ya hemos llegado...

Paramos á la puerta de una casa vieja de la calle de Borgoña...

Atravesamos un patio oscuro, húmedo y triste: cuando llegamos al segundo piso nos abrió la puerta el ayuda de cámara de Mr. de Lancry, el mismo que me había acompañado la noche fatal de la casa aislada.

La cara de este hombre era sospechosa.

La casa en que debía vivir con Mr. de Lancry se componía de una antesala pequeña, ocupada con baules colocados desordenadamente, de un salón casi sin muebles; á la derecha, la alcoba de mi marido, á la izquierda la mía con un cuarto para Blondeau.

Los papeles que cubrían las paredes estaban muy sucios, no había cortinas en las ventanas; la madera llena de humo, el suelo muy puerco... apenas entraba el día en aquel húmedo patio...

En un principio me angustié dolorosamente y luego tuve miedo...

La habitación me parecía desierta, solitaria; miraba á todas partes con inquietud. Mi pobre Blondeau no me dejaba y se arrimaba á mí, toda temblando.

—Hallais sin duda innoble este alojamiento... me dijo Mr. de Lancry en tono irónico... El tiempo de los palacios pasó, querida; nos hemos comido primero nuestro pan blanco.

—Me acomodaré á todo, caballero. Solamente quisiera hacer aquí algunos reparos indispensables.

—A vuestro gusto... No os haré las mismas observaciones que en Maran atento al insoportable ruido de los operarios, porque salgo muy de mañana, y vuelvo muy tarde... y aun algunas veces no vengo. Podreis pues hacer aquí lo que quisiéreis.

—Entonces, caballero, os pediré que conserve á mi criado; dormirá en esta antesala... Es hombre de confianza. No conozco esta casa, y soy muy medrosa...

—Si teneis con que pagar ese criado, arreglaos. Fritz duerme arriba.

Blondeau se fué.

—Ahora señora, debo declararos, con la franqueza que se debe tener entre esposos... que me quedan tan solo unos mil escudos... Teneis diamantes, alhajas; será preciso buscar recursos. Hasta el año último, os he pasado una pension de veinte mil francos. No lo debeis haber gastado todo... porque, en Maran, vivíais como un hermitaño.

—Pero caballero, le dije espantada, es imposible que esteis reducido á este extremo.

—Cuando Ursula desapareció, me quedaban unos doscientos cincuenta mil francos de nuestros bienes. Tanto por desesperacion como para distraerme y por necesidad de probar mi suerte... jugué con muy mala fortuna, puesto que todo lo he perdido... Una vez sabido esto, no hablemos mas de ello; nunca me acuerdo del dinero que he gastado con gusto... con mas razon del que he gastado en el juego.

—Pero entónces, exclamé, me habeis obligado á venir á vuestro lado para hacerme participar de esta horrible existencia? En qué puedo seros útil? Nunca estais aquí, decis?Cuál es pues vuestro objeto? dije asustada y casi sintiendo haberme voluntariamente puesto entre las manos de Lancry.

Estos sentimientos eran tardios y supérfluos: era preciso sufrir todas las consecuencias de mi modo de proceder, permanecer por algun tiempo encadenada al destino de este hombre, ó renunciar á los solos proyectos que me daban fuerza para soportar mi suerte.

Ni aun me era permitido quejarme á nadie, pedir consejo.

A los ojos de todos, habia ido libre, voluntariamente, á reunirme con Mr. de Lancry.

No podia menos de parecer feliz por el partido que habia tomado.

Mi marido respondió á mis cuestiones.

—Me preguntais, mi querida amiga, cuál es mi objeto, trayéndoos á mi lado; desde luego gozar de vuestra

amable compañía, y despues... esto no os concierne.

—¿Teneis, pues, proyectos muy odiosos que no podeis confesar?

—No se trata de mis proyectos; tengo derecho para guardaros en mi casa y os guardo. En cuanto á las veleidades que podiais tener de escaparos de mí, bien al presente, bien mas adelante, bajo el fabuloso pretesto de una separacion, os suplico que para distraeros, mediteis sobre este asunto una consulta cuya copia es esta. Está redactada por los mas famosos jurisconsultos de Paris, y me ha costado cincuenta luisas, si no lo llevais á mal. Esto es una locura en mi situacion actual, pero nunca es caro comprar la seguridad de pasar mi vida junto á vos.

Y me entregó un papel.

—Vereis que acerca de la cuestion de saber si teneis la menor esperanza de obtener una separacion, los tres abogados han declarado unánimemente que no, atribuyéndonos la voz publica agravios reciprocos. Esto era su parecer particular, que no perjudicaba en nada al de la justicia, pero creian poder afirmar que ningun trioual querra ni andar curso á vuestra demanda de separacion si estaba formalmente probado que habiais vuelto de vuestra voluntad libre al domicilio conyugal, debiendo ser mirado este paso vuestro como una amnistia general de lo pasado, por graves que fuesen los agravios que os hubiese hecho. No esperando, os lo confieso, hallaros tan propicia, me contentaba con el parecer de mis tres consultores, é iba á probar con vos la última via de conciliacion, (cuya importancia conocia) antes de enviaros un alguacil. Juzgad pues de mi sorpresa, de mi alegria, cuando recibí este hechicero billete vuestro, en el cual me deciais que habiendo reflexionado maduramenté, no veiais razon alguna para vivir mas tiempo separada de mí.

No pude contener un movimiento de desesperacion pensando en aquella fatal imprudencia, movimiento que no se escapó á Mr. de Lancry.

—No habiais pensado en eso, continuó, lo veo; sentireis este malhadado cuadro de papel lustrado y perfuma-

do, dijo con una ironia cruel mostrándome mi carta, que jemacha para siempre vuestra cadena, que no será siempre de flores, lo temo mucho. Sobre esto... pero voy á vestirme, porque hoy por estraordinario, tengo que estar mejor puesto.

Y se fué dejándome pasmada y espantada.

No habia creido comprometer mas que el presente, habia irrevocablemente comprometido el porvenir.

Veia para siempre destruida mi esperanza de volver un dia á vivir al lado de Mad. de Richeville y de gozar de la recompensa de tantos sacrificios, descubriendo á Mr. de Rohegune todos los motivos de mi conducta.

Este momento fué horrible.

Lo que me habia dicho Mr. de Lancry era demasiado cierto; aquella carta fatal me perdia, ó quedaba á lo menos una terrible presuncion contra mí. ¿Qué razon invocaria para obtener en adelante una separacion cuando mi marido tenia en supoder una prueba escrita de mi libre y voluntaria sumision á sus deseos?

Ay!asi es que el aro de fierro de mi situacion me encerraba y se estrechaba por todos lados.

Otro golpe vino si nó á oprimirme mas, á lo menos á probarme que mis temores eran fundados respecto á Ursula.

Por la tarde, en el momento en que hacia con mi pobre Blondeau algunos preparativos para pasar sin mucho sobresalto mi primera noche en aquella lúgubre habitacion, me subieron una carta concebida en estos términos.

«SEÑORA.—Uno de vuestros mejores amigos que hace algun tiempo se complace en teneros al corriente de los pensamientos mas secretos de vuestro marido, quiere ser el primero en informaros que Ursula es la que ha ordenado á Mr. de Lancry os llevase á su lado, á fin de romper vuestra amistad con Mr. de Rohegune, de quien está apasionadamente enamorada.

«Ursula no ha visto á vuestro marido; le ha escrito que el solo medio que habia para hacerle consentir

en concederle todavía que la visite alguna vez, era que os llevase á su casa y os guardase allí. Con el bien entendido que las promesas de Ursula serán vanas, y que este pobre Lancry ignora que así sirva á las mil maravillas la pasión de Ursula separándoos de Rohegune.

«Se ha visto en las manos de Ursula el original de una consulta firmada por tres famosos jurisconsultos y la copia de una carta vuestra en que anunciábais con el mayor agrado del mundo que estábais pronta á volver á vivir con Mr. de Lancry.

«Esta noticia reunida al aviso que os dió el doctor complica singularmente la cuestion. De todo esto debe resultar.

«Primero.—Que Emma morirá de pena, lo que no dejará de ser un poco sensible á Mad. de Richeville, y á vos, que os habeis sacrificado inútilmente.

«Segundo.—Que Rohegune sucumbirá á las seducciones de vuestra amiga Ursula, lo que no os será indiferente.

«Tercero.—Y que no dejareis mas á vuestro marido aun cuando viere que Ursula se ha burlado de él. Le dará otros motivos para guardaros, lo cual deberia espantaros bastante, si tuviéseis el don de leer el porvenir.»

No podia dudarlo, esta carta era de Mr. Lugarto.

Tales eran los obstáculos que tenia que vencer. Tales eran los peligros que tenia que correr.



XXI.

CORRESPONDENCIA.

—

Cuando mas tranquila, consideraba razonablemente mi posicion, desesperaba menos de ella, pues sabiendo el motivo porque Mr. de Lancry habia exigido que volviese á vivir con él, me consolaba algo.

La carta anónima (obra sin duda de Lugarto) me mostraba el porvenir bajo un aspecto amenazador, misterioso, pero las preocupaciones del presente me distraia de los temores futuros.

Hacia, lo creo, una injuria al carácter de Mr. de Roche-gune suponiéndolo capaz de tener con Ursula ni aun el trato mas efimero; esta muger me habia causado muchas penas, le tenia mucho ódio y aversion.

Una dificultad casi invencible era hacer que se verificase el matrimonio de Emma, y sobre todo no dejar sospechar á Mr. de Roche-gune que estaba instruida del amor de

esta pobre niña... Todo lo esperaba de la inspiracion que me habia ya sostenido, guiado...

No tenia idea alguna de la vida miserable á que me condenaban los excesos de Mr. de Lancry, apreciaba mas que nunca la prevision de Mr. de Mortagne; mi tierra de Maran habia sido comprada en nombre de Mad. de Richeville: esta propiedad me aseguraba muy bien mas de lo necesario.

De resultas de mi situacion me veia forzada á participar de los malos ratos de mi marido, porque parecia no poseer yo nada propio. No exagero al decir que me resignaba á esta vida casi pobre: con bastante indiferencia, la tomé como un ensayo.

Gracias al cuidado de Blondeau, mi pobre casa estuvo habitable. Apenas veia á Mr. de Lancry. Por algunos accesos de grosera alegria ó de tristeza fatal, descubria que Ursula habia animado ó destruido sus últimas esperanzas; confiaba en que en el momento que ella no le mandase conservarme á su lado, consentiria en una separacion.

Mi union con mi marido no aumentaba mucho mis penas, pues todas ellas se referian á la pérdida del amor de Mr. de Rohegune y á los temores que me inspiraba el porvenir de Emma.

Al dia siguiente de mi instalacion, vino á mi casa Mad. de Richeville, habiendo tenido la precaucion de asegurarse de la ausencia de Mr. de Lancry.

Lloró á lágrima viva viendo la pobreza de mi casa. Esta pobreza, me dijo, le esplicaba mi sacrificio. Emma se restablecia rápidamente, su madre no conservaba duda alguna acerca de su curacion.

Pregunté temblando á Mad. de Richeville qué noticias tenia de Mr. de Rohegune, pues hasta entónces no habia tenido ninguna. Preveyendo ella su pena, habia enviado á saber de su salud; se le respondió que estaba un poco malo.

Mad. de Richeville me informó que mi conducta era juzgada de diversos modos; unos me vituperaban cruelmente, otros me alababan con demasia. Confieso que en esta

circunstancia tenia en mí con que balancear todos los juicios del mundo.

El dia siguiente recibí esta carta de Mr. de Rochegune.

«PARIS.—He sido con vos injusto, brutal y cruel, porque he sido vanidoso. El orgullo está en el fondo de todos nuestros malos sentimientos, sentis respecto á otro lo que no sentis por mí, mi amor propio se reveló, mi buen sentido se oscureció; en vuestro marido no he visto un hombre digno ó indigno de vuestro amor, he visto á un rival.

»Todo esto es lógico, he salido de la esfera de los sentimientos elevados, he caido en los bajos y celosos, la paradoja ha reemplazado á la razon; ¿podia permanecer siempre en esta esfera? No, el amor platónico es imposible entre dos jóvenes: temprano ó tarde sucumbe uno ú otro. Este es un lazo peligroso; pues parece lleno de encanto y de grandeza. Si el amor mal estinguido que tenia á vuestro marido no hubiese sostenido vuestra virtud, hubiérais sucumbido como yo! cuando el corazon está ocupado, no se puede librar del contagio del deseo.

»He reflexionado bien, *me he convertido en vos* para juzgaros en el punto de vista absolutamente moral, sois intachable. En cuanto á mí, qué crueldad! no me es, por decirlo así, permitido tener pesares.

»Sacrificaros mi vida, ocultar nuestra felicidad, en la soledad, porque las grandes pasiones son solitarias; el porvenir era para mí completo y magnífico! ¿qué me resta? Nada, ni el amor de hermano, ni el amor de amante, desde que vi en vos la muger... desapareció la hermana.

»La muger, por una brusca preferencia, me manifestó su repugnancia, me ha sido siempre tan imposible como olvidar que la he inspirado.

»Hay impresiones de estas como las de los dias que no puede evitarse que hayan pasado. No puedo ya volver á ser vuestro hermano, así como no puedo retrogradar á la edad de veinte años; nuestra posicion está destruida: para siempre destruida.

»El haberos vuelto con vuestro marido ha roto todo

equilibrio, trastornado toda prevision. Si esta vuelta hubiera sido cuando era todavia vuestro hermano, cuando nada se hubiese cambiado entre nosotros, os hubiera vituperado ó aprobado con desinterés.

»Tengo treinta años; desde la edad de diez y ocho, segun creo, os he amado; os he dado pruebas de ello.

»Pero lo pasado es fatal para los malos como los buenos recuerdos...

»Si mi afecto se ha muerto despues de haberse sucesivamente transformado, me quedará siempre la memoria de él.

»Se debe honrar religiosamente á los que no existen...

»Sí... lo que experimento por vos en este momento es el culto melancólico y sagrado que se dá á aquellos á quienes se sobrevive...

»Mis duelos serán eternos... eternos... Una vez reducidos á polvo, nuestros restos forman cenizas inalterables... Tal es, tal será la inmutabilidad de mis sentimientos respecto á vos.

»No os hago acusaciones, Matilde; no se acusa á las gentes porque se mueran... se les llora.

»Estas imágenes son lúgubres; las empleó para hacerlos comprender que lo pasado no me es cruel, odioso, ni soportable; está frio como el sepulcro... está *muerto*... no está obligado... está *asesinado*...

»Tan miserable será mi vida. Fluctúo entre veinte partidos sin resolverme por ninguno. Vuestra pérdida ha derribado todo el fundamento de mi existencia. Esto es volver á empezar. La edad avanza; estoy fatigado del camino.

«Habia creido estar cerca del término. Vá á ser preciso marchar, marchar todavia, y en qué desierto árido y sin fin, Dios mio!»

«PARIS.—Ayer tuve un acceso de rábida y de ódio que queria saciar, estaba loco. Salí para ir á provocar á vuestro marido y matarlo.

«Digo esto, porque estaba seguro de matarlo. Hay esentimientos que no engañan.

«Luego esta convicción me espantó, he temido ser un asesino.

«La prueba de que estoy completamente separado de vos y que no olvidaré nunca que habeis preferido á mí un ser perverso y miserable, es que queriendo matar á vuestro marido reflexionaba que si vos de sus resultas quedábais viuda, ponía para en lo sucesivo una barrera invencible entre mí y vos.

«Este pensamiento solo no me hubiese detenido un segundo; si mañana estuviérais libre, reusaria los restos de una vida que, por dos veces, habeis ido á poner á los pies de ese hombre. Nunca! nunca!»

De estas dos cartas de Mr. de Rochegune la última me fué la mas penosa.

Me probaba cuán doloroso y seguro habia sido el golpe que habia dado; nunca me habia espresado de una manera tan enérgica, tan dura, esta separacion sobre la cual el tiempo no podia nada.

Estos resentimientos me parecieron debian hacer dar, sino un gran paso á mis proyectos respecto á Emma, al menos destruir todo obstáculo de que hubiera podido ser el pretesto.

Ursula me inspiraba siempre un temor vago. Pero, lo repito; ¿cómo Mr. de Rochegune que la conocia, consentiria ni aun en escucharla? ¿No acogeria sus primeras demostraciones con el último desprecio? Estaba embebida en estos pensamientos, cuando recibí la siguiente carta de Mr. Lugarto, ó de uno de sus emisarios, porque no conocia la letra.

Puede juzgarse del susto que me causó.

«PARIS.—*El amigo desconocido* á quien ya debeis muchas noticias á la vez *agradables* y preciosas acerca de la vida íntima de vuestro marido, continuará su tarea con tanto mas placer, cuanto que los acontecimientos le sirven á medida del deseo, y se hallan cada dia mas y mas *interesantes* para vos.

«Ahora se os vá á instruir de lo que respecta á Ursula, por que, en esta fantasmagoria, vereis muy incesante-

mente aparecer la figura de Mr. de Rohegune, y hay lugar para creer que esta aparicion os *agradará* infinito. Hé aquí lo que ha sido de Ursula despues de su desaparicion de la casa de Maran. Solo se os ocultará la indicacion positiva del retiro de vuestra encantadora prima, porque es supérfluo que lo sepais: habita en uno de los arrabales mas solitarios, mas retirados de Paris.

Ursula tiene hace dos años, una doncella que le es muy afecta, y en quien tiene la mayor confianza. La señorita Ceferina (este es su nombre) fué encargada por su señora, algun tiempo antes de la noche del baile de la media cuaresma, de buscar y alquilar, en un parage muy retirado, una habitacion modesta, ó (si pudiese ser) una casita aislada, solitaria.

«Ceferina, jóven llena de celo, de inteligencia, y *sobre todo* de fidelidad, halló en un callejon sin salida que dá á una calle desierta de uno de los arrabales menos frecuentados de Paris, una verdadera celda de trapense. El dia despues del baile de mediados de cuaresma, vuestra bella rival, abandonando todo lo que poseia en la casa de Maran, partió gallardamente en un coche de alquiler con Ceferina, y se fué á su retiro cenobítico, de donde no salió en quince dias, los cuales pasó Mr. de Lancry registrando á Paris y sus cercanias, sin poder atrapar á su fugitiva.

«Ahora van á ponerse á vuestra vista algunos fragmentos de los mas secretos pensamientos de Ursula, escritos por ella misma en un album con cerradura cuya llave tiene siempre consigo.

«Inferireis de esta indiscrecion, sin engañaros mucho, que Ceferina durante los paseos de su ama, halla el medio de abrir el album, de copiar de él lo que le parece curioso, y de comunicar estas noticias á su *amo invisible*, que tiene un placer en daros parte de esto.

«El principio de estos fragmentos del diario de Ursula tendrá como unos dos años de fecha; las últimas palabras de él están escritas muy pocos dias hace. No se duda que estas notas os causen agitaciones *dulces y saludables*.

DIARIO DE URSULA.

Esta noche he tenido un momento de triunfo, he visto á Matilde en el teatro de los Italianos; su marido vino á reunirse conmigo. Lo traté mal! Ella debió advertirlo. Robarle á Gontran, era una venganza, humillarlo delante de ella, un placer. Mr. de Senneville pasa por irresistible. Es uno de aquellos hombres acerca de los cuales hay siempre proyectos cuando no se les conoce. Lo hallé vestido con simple elegancia; debe ponerse la corbata con solemnidad, y los guantes con meditacion. Su canto es tan hechicero, como insoportable, porque siempre gorgoea deliciosamente la misma cancion: su mayor defecto, á mis ojos, es ser muy lindo; no es este el modo de parecer buen mozo un hombre; por eso no me ha gustado nunca Mr. de Lancry. Estas son figuras de yeso de anqueta que la naturaleza hace con poco aprecio en su molde: LINDO NUM. 1, no queriendo tomarse el trabajo de ponerles un sello original.

Lord C*** es mejor, mas natural, pero tiene aire demasiado inglés, como casi todos sus compatriotas; es la irresolucion en la arrogancia y la seriedad en la rudeza; y además, en lo moral, estas gentes son como en lo físico, no tienen epidermis.

Se encontrará pues un hombre duro, imperioso, apasionado, que con su mano robusta, me haga doblar como una caña? Cuánto desprecio á ese Gontran! Sus agasajos son bajas vilezas, su rendimiento un vergonzoso servicio. Me mira como lacayo que teme ser despedido. Qué se puede esperar de un miserable que roba á su muger; porque es robarla, robarla innoblemente, arruinarse por mí?

Y ella... oh! la aborrezco. No parece desgraciada; la creo muy bien; por tonta que yo sea, la he librado de su marido.

Mad. de Maran, me decia hoy una ocurrencia de la difunta duquesa de la F*** que se me podia aplicar. Se hablaba de Mad. de P*** que antes de la revolucion recibia mucho mejor los homenajes del principe de... La duquesa de la F*** exclamó. Los mosqueteros, es cosa comprometida, los clérigos, mal parecidos, los golillas, ridiculos, y esto es todo; pero los príncipes de la sangre y los rentistas, de esto es lo que una muger que se respeta, no hará caso en su vida.

Inspirar ciertas pasiones es muy lisongero... desdeñarlas es aun mas lisongero.

Mr. de Volanges (uno de mis nuevos *adoradores*) se ha imaginado echarme en cara lo que llama mi coqueteria, quejándose amargamente de que de dos meses á esta parte... lo recibia á las mil maravillas. ¿Hay en el mundo cosa mas tonta que estas recriminaciones? Hé aqui un hombre que se queja de que durante algunas semanas le he recibido con gracia, con agrado, y aun con preferencia. ¿No es ya reconocer muy generosamente sus obsequios aprobándolos? ¿No es esto hacer mil veces mas que lo que él merece? Indignándose contra vuestra *mala fe*, hablando de lo que el que llaman tan estravagantemente sus *derechos*, los hombres buenos obsequian son tan simplemente malvados como aquellos ladrones que se creen sinceramente robados, cuando despues de muchos prodigios de paciente destreza han abierto á la fuerza... una caja vacia...

En teoria y en práctica siempre he considerado á los hombres como enemigos implacables.

Hay ódio hasta en su amor mas apasionado, ó mas bien desde que hay pasion hay ódio. El *marido de Matilde* me idolatra, pero me abomina; aguanta mi yugo, pero temblando de rabia. Me ama... porque no puede hacer otra cosa que amarme.

Lo atormento sin piedad, porque sé el secreto de mi dominacion y este secreto es innoble. Hay mas... mi hostilidad contra Matilde es escesiva; experimento no obstante una

especie de satisfaccion cuando pienso que soy cruel con un hombre que la ha hecho tan desgraciada...

Los hombres, si desdeñamos sus ruegos, nos detestan, si los escuchamos, nos desprecian.

Nunca perdonan ni la virtud, ni la fragilidad.

Cuando se ocupan de nosotras, emplean todos los medios de segundas intenciones rencorosas; à saber; la vanidad, la mentira, los celos; luego siguen las sospechas, la hipocresía, y sobre todo el temor de no conseguir su deseo.

Por su parte... no es efecto del amor, cuando mas es un apetito, un capricho, ó por mejor decir el orgullo de corromper un corazon honesto ó triunfar de sus rivales.

Quizás no hay un hombre que, ocupándose de la belleza mas á la moda del tiempo, no prefiera *parecer* afortunado á los ojos de todos á *serlo* con la condicion de guardar un profundo secreto.

Se satisface mucho mas con el sacrificio manifiesto de nuestra reputacion que con el ignorado de nuestros principios.

En situacion igual ó mas bien relativa ¿cuántos espondrian por una muger lo que espone una muger cometiendo una falta? Así pues he leído en un libro moderno; «Sí una »union culpable pudiese ser fácilmente sorprendida y castigada con una *multa* de la cuarta parte de los bienes del »*hombre amado* ¿quien es el que se espondria á los riesgos »de ser amado á tanta costa?...»

Me he hecho insensible pensando que nunca hacemos á los hombres el mal que ellos querrian hacernos.

El aspecto de aquel cómico me ha llamado singularmente la atencion.

Me ha hecho comprender los impetus de la pasion.

Estuvo resuelto, violento, desordenado.

Ejecutó su papel con una energia, una fuerza áspera.

Cuando le puso aquella muger las manos en los hombros y las tiró de rodillas, estuvo soberbio... Su cara manifestaba la amenaza, sus celos eran execrables... Y su voz

varonil, un poco ronca, tenia una vibracion, casi de leon.

La traviesa princesa de Ksernika estaba conmigo en la platea: dijo burlándose que tenia el tono de bramido.

Necia! quiere sin duda que el leon arrulle.

Cuando salimos, como yo alababa mucho á Stephen (asi se llamaba aquel cómico), mientras que la princesa Ksernika le atacaba como puede hacerlo la pobre muger, Mr. de Lancry no dejó de hacerme observar, es verdad que con la mas respetuosa medida, que defendia quizás á Stephen con un poco de calor... Lancé á Mr. de Lancry una mirada maligna... Comprendió su falta... era muy tarde... Me sonreí dulcemente, y, apoyándome con coqueteria en su brazo, le dije en voz baja... muy baja, que iba á escribir la mañana siguiente á Stephen suplicándole me diese lecciones de declamacion, pues me habia de pronto dado gana de aprender. (Por supuesto que no quiero hacerlo.) *El marido de Matilde*, aturdido con esta cruel confianza, casi exclamando menos raro; redoblé mi sonrisa agradable y le prevení que fuese al dia siguiente *él mismo* á tomarme un palco para ver representar á Stephen en la misma pieza, y que queria que se construyese inmediatamente un teatro pequeño en el jardin de la casa de Maran.

Estas órdenes serán ejecutadas; no lo dudo por desgracia.

Este Gontran y es tan vil y tan tonto que nunca me proporciona la distraccion de una negativa, ó de una imposibilidad.

Se parece á mi yegua Stella... es tan insoportablemente dócil que me irrita... Le pego de cólera... por no tener razon para pegarle...

El arquitecto de Mr. de Lancry ha venido á presentarme muchos planes de salas de teatro. No me han parecido de bastante lujo.

Quiero uno que recuerde ó se parezca algo, aunque en pequeñas proporciones, al del castillo de Versalles, y sobre todo que se construya inmediatamente.

Consulté con la almohada y he dicho luego al *marido de Matilde* que en vez de tomar un palco en el teatro de Stephen, lo alquilase por seis meses á fin de poderlo hacer componer, porque aquel teatro de *boulevard* es horrible, y pienso ir algunas veces. Sillones, espejos y colgaduras deben estar colocados mañana. Gontran tiene treinta y seis horas; para él, hombre de sorpresas magníficas, es mas tiempo del preciso.

Vuelvo del baile de la embajada; estuvo admirable, conocia que estaba muy bella, sin embargo, me aburrí en extremo. Què insípidos y monótonos eran los obsequios con que me abrumaron!

Y luego... decirse á si misma que no hay mas que querer para quitar todos estos obsequiantes á sus queridas ó á sus mugeres... esto además de fácil es repugnante.

Para dar atractivo, importancia á una debilidad, no hay cosa como los principios ó los obstáculos...

Ay!... estoy reducida á los obstáculos... pero para hallarlos... estoy demasiado de moda y los hombres son muy groseros... y muy fácilmente infieles á sus amores.

Oh! si pudiese hallar un ser insensible á mis seducciones, qué gloria triunfar de él!

Este pensamiento me ha puesto de buen humor, *mi corazón* lo ha notado. Estaba fuerte, halagüeño. *He representado* muchos papeles de hombre y de muger que han divertido mucho á Mad. de Maran.

Está loca por mí.

Nuestro ódio comun á Matilde nos ha unido para siempre; y la divierto.

Mad. de Maran envejece; tendria horror de la soledad.

Pero me importa abandonarla un dia, si mi destino me llama á otra parte.

El *marido de Matilde* se ha escedido á si mismo, hallé el palco arreglado á las mil maravillas; todo el fondo

lo ocupaba una inmensa colgadura (precaucion útil en este teatro.) Pero, ¿de qué sirve esto? no volveré á poner los pies en él, mis ilusiones están destruidas. A la segunda representacion, Stephen, que en un principio me habia llamado tanto la atencion, agitado tanto, me ha parecido feo, detestable, vulgar. ¿Dónde tenia yo el alma y los ojos? En efecto, no me quejé de la primera impresion, tan diferente de la segunda, pues me dió la idea de tener un teatro, y estoy encantada con representar comedias.

Acabo de ejecutar á Celimene. El teatrillo estaba hermoso.

Segun nuestro público, lo hice maravillosamente y con muy buena accion. Esto es muy divertido. Parece que en mi papel de la señora Dejacet he hecho que todos volvieran la cabeza, por mi provocativo descaro.

Qué tontos y vanos son los hombres! Cuando se deslumbran de ver á una muger mostrar una libertad impudente, se imaginan que esta afectacion de cinismo es dirigida con intencion y en provecho suyo. No comprenden, pues, en su estúpido orgullo, que se les tiene en menos, cuando se aventura mas en su presencia. Despues de la piecesita, el *marido de Matilde* vino á mí lleno de gloria, creyendo probablemente que la eleccion de aquel papel era por mi parte una *declaracion de principios* á estilo suyo; le recibí de tal suerte que se fué avergonzado y confuso.

La vida que paso es á veces atroz, á veces aburrida; no obstante, á los ojos de todos, aun á los míos, no hay vida mas afortunada.

He gozado en fin de aquel lujo, de aquella fama de gentileza que tanto ambicionaba. Soy una muger á la moda, en toda la estension de la palabra.

Reino sobre una fraccion de la mejor sociedad de Paris. Los hombres mas amables están á mis pies. Mis rivales me temen y me detestan.

Les soy demasiado superior para poder ser siempre *bucna* con ellas.

Acabo por desesperarlas no haciendo ningun caso del amante que me envidian, y provocándolas á atentar á una fidelidad de que me burlo.

Como los usurpadores.

De un nombre casi ridiculo, he hecho un símbolo de gentileza y de distincion; se copian mis adornos, se citan mis dichos agudos, se envidian mis ventajas, mis preferencias ponen á un hombre en moda, mis burlas lo *oscurecen* para siempre.

Cuando llego á un baile, todas las mugeres cogen al momento fuertemente con la mano á sus adoradores, y no veo sino miradas de ódio y de celos. No oigo mas que cuchicheos ásperos ó reprensiones airadas. Pero que caiga á mis pies una flor de mi ramillete, todos los adoradores rompen sus *cuerdas* y se arrojan á cogerlas, con la mayor mortificacion de *sus bellas damas* que llaman en vano á aquellos ingratos.

Todo esto es encantador. Sin embargo, me falta alguna cosa, ó mas bien todo me falta. No amo, nunca he amado. Oh! cuánto querria amar!

Un dia creí haber sentido una de aquellas conmociones ocultas, pero profundas, que producen la tempestad de la pasion, como los primeros relámpagos anuncian la tormenta... pero ay! esta esperanza ha sido tambien vana, pues mi comparacion es demasiada hinchada.

Sin embargo, un hombre semejante á aquel de quien me recuerdo, hubiera comprendido que queria ser amada: que todo lo hubiera abandonado por él.

Sin duda hubiera vivido en la miseria, la humillacion, hecha un mar de lágrimas; me hubiera maltratado, vendido, echado, pero al menos hubiera amado, hubiera tenido momentos de pasion sublime, me hubiera sentido realzada á mis propios ojos.

Realzada... Es pues que algun instinto secreto, me dice que como el fuego, el amor purifica?

¿Buscaria en el amor una rehabilitacion?

No, no, tengo remordimientos; no, ni quiero detenerlos. Una sola vez, me he compadecido de Matilde, me mostré con ella tan buena, tan generosa como mi naturaleza me permitía serlo, y fui cruelmente castigada.

Cómo no he de aborrecer á Mr. de Lancry?

Algunas veces, á pesar mio, (estos son mis dias malos, siento que me suben á la cara algunas bocanadas de vergüenza, al pensar que á su odiosa ingratitud para con su muger, debo la espléndida vida que paso.

En vano he hecho convenios con mi conciencia.

En vano me he dicho á mí misma que no habia nada mas *inmaterial* que los placeres de que gozaba.

En vano he tratado al *marido de Matilde* como á un miserable, desde el dia en que se atrevió á ofrecermé otra cosa que las *flores y las serenatas*. Oh! hay ciertos vasos cuya bebida está llena de pena y de hiel.

==

Esta vez fui herida en el corazon... Oh! en el corazon
Quiero escribir aqui esta fecha.

Desde hoy, feliz ó desgraciada, vá á comenzar mi vida amante.

Por fin he hallado al hombre de mis sueños!

No me vió, no hizo mas que pasar. No sé ni su nombre, ni lo que es; pero sea el primero ó el último de los hombres, siento que te amaré, siento que lo amo, le pertenezco...

Qué fisonomia tan altiva y arrogante! Qué modo de andar tan lindo y resuelto á un mismo tiempo!

Y aquel color moreno, y aquellos lábios rojos, y aquellas cejas negras, y aquellos grandes ojos pardos! Cuándo semejantes ojos se dignan solo bajarse sobre nosotras, se debe hincar una rodilla, diciendo: señor, mandad, aqui está vuestra esclava.

¿Quién será este desconocido?

==

¿Cuál es pues este poder invisible, misterioso, á que obedezco? Este hombre no me ha dicho una palabra, vista no se paró en la mia, y me siento sometida, dominada. su

Mi angustia profunda me dice que mi destino se ha cumplido.

Nada menos romancesco que mi encuentro con aquel desconocido.

Atravesaba á pié las Tullerías. Habiendo llegado á uno de los quinconces, vi delante de mí un hombre que andaba algo despacio. Su estatura, su talante me habian llamado la atención; se volvió como si por distraccion hubiese equivocado su camino. Entónces, oh! entónces... A su aspecto no pude dejar de pararme.

El no reparó en mí .. Se alejó.

No estaba ya allí y aun lo estaba contemplando.

Quién es este hombre? quién es este hombre? Nunca lo he visto eu el mundo.

No importa... sé que existe... No lo volveré á ver nunca?

Sí... sí, no lo hubiera encontrado á no ser así.

Existe; esto esplica, esto justifica mi desprecio á todos los hombres.

Sí, á todos; ¿aquellos que han creido tener derechos sobre mí, no han sido los mas desdeñados y ultrajados? Han tenido, no imperio, sino la menor influencia sobre mi corazón, sobre mi alma, ó sobre mi engaño?

Ciertas indolencias no son el colmo de la indiferencia y del insulto?

El marido de Matilde lo ha dicho y lo ha aprobado.

Un hombre no es un esclavo.

Válgame Dios!... es el amante de Matilde... es el marqués de Rohegune!

Este hombre singular y notable, de quien todo el mundo habla, que hace pocos días que ha llegado, y que tanto he deseado conocer, él es... él es...

Ama á Matilde... ella lo ama...

Oh! cuán decia yo que tenia razon, que tenia derecho á detestar á esta muger!

Hé aquí el secreto del ódio implacable que le tengo desde su infancia.

Mi instinto me decia que amaria un dia al hombre que habia de fijar todo mi destino...

==

Ella lo ama... ella... ella! pero es indigna de él; no ha amado, amado apasionadamente á su insipido y miserable Gontran.

Oh! que envanecida estoy... de no haber amado hasta ahora! que envanecida estoy de haber sentido que no debia amar nada, antes de haber conocido á mi señor... á mi despota. Y me quejaba, pero hincada, con ambas rodillas, es como deberia dar gracias á la suerte, que, hasta aquí, me ha hecho insensible.

—

Tengo horror de mí misma y de todo lo que me rodea. Ahora lo conozco, soy una criatura degradada.

Nunca querrá bajar los ojos hasta mí, en este momento es cuando contemplo la profundidad del abismo de cieno y de infamia donde he caido.

Nunca podré lavar esta mancha.

Con qué estúpidas paradójias me he embaucado... crearme digna de él... yo... yo... Oh! profanacion! Me atreveré á mirarle... hablarle... hablarle, pero moriria de confusion... Ah! ahora comprendo la timidez... ó mas bien la vergüenza.

—

No quiero estar mas en casa de Mad. de Maran, este lujo me choca; quisiera ocultarme á los ojos de todos.

Para gozar de este lujo, me he vendido como una infame. Las infelices que la necesidad obliga á perderse, son ángeles á mi lado. Aborrezco la luz del dia. Me parece que en la oscuridad siento menos mi ignominia. Como la ama... como lo ama ella. Qué generosidad, qué arrogancia, qué valor, qué aureola de honor, de patriotismo, de honradez caballeresca brillan en torno del noble nombre de este hombre! Con este solo pensamiento me alucino Y Matilde, como es amada... como se le aprueba, como se le admira amar-

lo tanto. La union de estas dos bellas almas es magnífica.

Su amor es puro y grande!... Y este Gontran... este Gontran que les hace burla... el miserable... Es porque no puede comprender... Gracias á Dios no los comprende...

==

Estoy loca.

Ocultá en un coche de alquiler, fui á pasar dos horas delante de su casa, esperando verlo salir, verlo... solamente verlo... porque, por nada en el mundo, me espondria á sostener sus miradas, moriria de temor y de vergüenza:

No hallaria una palabra que tartamudear.

Hace un mes que he abandonado toda sociedad.

Apenas bajo á casa de Mad. de Maran, donde estoy sin embargo muy segura de no encontrarla.

Esperé largo tiempo á su puerta, salió á pié.

Lo hice seguir con el coche en que estaba siempre oculta.

Fué á casa de Matilde; estuvo hasta las seis.

Oh! que feliz es, no tengo ya fuerza para tenerle envidia, ni aborrecerla, no sé sino sufrir.

A pesar mio, me veo obligada á confesarlo... Son dignos unos de otros.

Llora... llora... infeliz... llora con lágrimas de sangre y de rabia... Anda... muere de desesperacion, sobre todo que se ignore tu loco amor... Para tí serian pocas las burlas y los insultos.

No obstante, si hubiera conocido antes á este hombre, mi vida hubiera sido del todo indiferente. Hubiera sido tan buena, tan honesta, como culpable y desordenada he sido.

Al menos no lo seré por mas tiempo.

Nunca me conocerá, nunca sabrá que le amo; pero la llama que ha encendido en mí purificará mi vida.

Hoy he tomado mis disposiciones para dejar la casa de Maran.

No tengo nada, seré pobre, trabajaré ó moriré, pero seré digna de pensar en él... Pensar en él... oh! este impo-
no grandes deberes...

Toda mi energia se ha despertado.

Mañana, abandonaré esta casa, pero esta noche... le hablaré.

Sí, tendré valor para ello.

Me ha ocurrido una idea.

Hoy se da en la Opera el baile de la media cuaresma; le daré una cita; mi carta estará concebida en términos que creerá se trata de alguna tímida desgraciada; estoy segura de que no faltará.

¿Tendré valor para presentarme á él? no sé.

A esta sola idea mi debilidad y mis dudas se renuevan.

Oh! soy cobarde, tengo miedo, tiemblo.

Con qué agitacion, leeré un dia estas líneas que escribo ahora. Me parece que sobre este papel mudo, que en estas notas tan rápidas volveré á encontrar mis recuerdos siempre vivos.

Qué feliz soy en poder á lo menos conservar un vestigio visible de lo que pasa en mí... á esta hora.

Le he hablado... Dios mio! le he hablado.

Ha sentido el latido de mi corazon; he apoyado mi brazo en el suyo.

Mis labios besaron temerosamente su mano; mis lágrimas las humedecieron.

Me respondió con mucha bondad. Nunca ha sido recibido un favor soberano con un reconocimiento mas apasionado... nunca han sido las palabras de los reyes escuchadas, devoradas, con un recogimiento mas ávido y trémulo á la vez; la máscara me dió valor, á cara descubierta no hubiera hallado una palabra... Estaba febril, mis mejillas echaban fuego. Le agradaba oirme porque le elogiaba á Matilde... este elogio me abrazaba los labios, pero estuve elocuente para alabarla mucho mas. Lo vi sonreirse con desprecio y aversion cuando pronuncié mi nombre... Para complacerle mas, afeé con indignacion la infamia de mi conducta; no hallé espresiones bastantes amargas para acusarme... Oh! esta pena desesperada la experimentaba yo, nunca habia contem-

pla lo mas dolorosamente la distancia insuperable que lo pasado ponía entre mí y aquel hombre sublime.

Y luego, oyéndome ensalzar lo que él amaba, maldecir lo que detestaba, parecía tan feliz...

Oh! si en aquel momento me hubiera dicho que amase á Matilde, creo que la hubiera amado.

Y él, qué talento, qué gracia, qué pensamientos tan elevados!

Aquel carácter bizarro, aplica á las virtudes raras y difíciles la audacia arriesgada, la presuntuosa energia que los otros aplican á los vicios fáciles y vulgares.

Me ha conferido no sé qué nobleza superior del alma, como su rey que concede la dignidad de caballero.

He abandonado la casa de Maran.

No volveré á ver mas á Mr. de Lancry.

He salido en fin de aquella atmósfera de afrenta y de degradacion que me sofocaba.

No cambiaria ahora mi pobre y pequeña habitacion por todos los palacios del mundo.

Mr. de Rochegune no me verá; no oiré ya nunca su voz.

Nunca sabrá que ha hablado con afabilidad, con bondad, á la muger que mas detesta, que mas desprecia en el mundo.

Sin embargo, le seria siempre tan apasionadamente fiel, tan amorosamente sumisa, como si me hubiese permitido amarle.

Oh! sí, sí, comprendo bien la pureza de su amor.

La comprendo quizás mejor que Matilde.

Sí, seria yo ahora mas capaz que ella de los sacrificios que tal amor impone.

En ella una resolucion virtuosa no es sino la consecuencia de sus principios. Faltar un dia no seria para ella sino faltar á sus deberes.

Yo, en lo sucesivo, no faltaré nunca, porque principios, honor, castidad, pudor, este hombre me ha reve-

lado todo, dado todo, y seria *él* y no la virtud á quien seria necesario olvidar.

Estoy espantada de los estragos que hace en mí esta pasion... mi cabeza se trastorna, los mas fatales proyectos me atraviesan el alma.

Oh! si él conociese mi amor, tendria compasion de mí. Sí, estoy segura de que me amaria, de que me preferiria á Matilde.

Además, qué influencia ha tenido sobre esta muger? ninguna!

Ella era honesta y pura.

Ha permanecido honesta y pura.

Yo, estaba depravada, perdida, y porque le he visto... y porque me ha dicho algunas palabras afectuosas y buenas, y porque le amo... he llegado á ser tan pura, tan honesta como Matilde.

Y quién sabe todavia? ha permanecido ella pura? Oh! si hubiese cometido ella una falta, cuanto mas envane-cido no estaria él de su influencia sobre mí! de Matilde virtuosa, no hubiera hecho sino una muger culpable.

De mí, culpable, hubiera hecho una muger virtuosa!

No seria esto mas hermoso?

No seria esto mas digno de su alma noble y grande?

El que ama todo lo que es generoso y grande, seria insensible á la transformacion que ha efectuado?

Si, esto es verdad, me he transformado, me ha dado los remordimientos que hasta aqui no habia tenido.

Mi conducta para mi marido la veo en todo su horror.

Mi corazon se ha destrozado pensando en aquel ser tan generoso y condescendiente, que me amaba con tanta idolatria, y que he abandonado por un hombre que me despreciaba.

En otro tiempo hubiera titubeado un instante en tomar la resolucion que acabo de tomar.

Pues bien! durante dos dias, he luchado, he combatido, oh! combatido dolorosamente.

Pero el interés de mi amor lo arrastra todo tras sí. Esta es actualmente mi vida.

No es egoismo, crueldad; es el instinto de conservarse. Tengo un medio seguro de separar á Mr. de Roche-gune de Matilde.

Voy á escribir á Gontran sin decirle donde estoy, le prometeré á volverlo á ver, si puede decidir á Matilde á volver á vivir con él.

Lo sé, arriesgo llevar su pasion al estremo, forzarlo quizás á huir para librarse de Mr. de Lancry; pero no puedo ser mas desgraciada de lo que soy.

No puedo perder nada, puedo ganarlo todo.

Gontran no resistirá á esta súplica; mi influencia sobre él es absoluta, estoy cierta de ello.

Pero una vez Matilde en poder de Mr. de Lancry ¿qué haré yo? ¿Me atreveré á hacer frente á las miradas de aquel cuyo solo pensamiento me turba, me impone, me consterna y me trastorna?

No ama á Matilde con pasion? Si llega á sospechar que soy la causa de que haya vuelto al lado de su marido: qué horror, qué ódio le inspiraré! Pues bien! no me aborrecerá mas de lo que me aborrece ahora! Oh! esto es un abismo! un abismo! No importa, arriesgo mi única esperanza.

—==

Qué prodigio! Estoy soñando!

Apenas hace cuatro dias que escribí á Mr. de Lancry, y recibo de el con la direccion que Ceferina le indicó, no solamente la seguridad de que Matilde habitará en lo sucesivo con él, sino tambien una carta de esta, en la cual toma voluntariamente esta resolucion que creia deber costarle mas que la vida. Lo repitò, estoy soñando? He enviado á Ceferina que conoce á uno de los criados de Mr. de Roche-gune á que se informe.

—

Ceferina acaba de volver.

Tiemblo, tengo miedo. Hay dichas tan repentinas; tan fulminantes, que no se puede creer en ellas: espantan.

De cuatro dias á esta parte Mr. de Rochegune, poseído de una violenta pena, no ha ido á casa de Matilde.

Esta se ha vuelto con su marido.

Así se dice de público.

Es imposible! Dios mio!... no, no puedo creerlo todavía... Si fuese así... si fuese así podría esperarle todo.



XXII.

LA CITA.

Después de esta lectura que me iniciaba en los más secretos pensamientos de Ursula, permanecí un momento abatida... sin poder continuar la carta de Mr. de Lugartó.

Estaba sorprendida de la sinceridad, de la violencia de la pasión de mi prima á Mr. de Rohegune.

¿No era esta la misma muger que, en las primeras páginas de este diario, habia escrito tantas confesiones cínicas y atrevidas?

Segun mi costumbre de exagerar todos mis temores sentí cruelmente muchas observaciones de Ursula; lo que decia de la saludable influencia de Mr. de Rohegune me pareció muy cierto; quizás se interesaria él en el cambio maravilloso que se habia efectuado en ella.

Y luego, por odiosamente paradójica que fuese la comparación que hacia Ursula diciendo que yo habia amado á

Mr. de Lanery, mientras que ella *no le habia amado*, diciendo que *nada* habia amado antes de ver á Mr. de Rochegune, hallaba alguna realidad en aquel razonamiento, poniéndose en el punto de vista de mi prima, que hasta entonces no habia tenido principio alguno, y para quien ciertas faltas no eran nada.

Mis perplejidades se aumentaron pensando en los sentimientos de confianza y de escepticismo que mi conducta habia debido inspirarle á Mr. de Rochegune.

Despues de semejante engaño, una vez en medio de ideas penosas y amargas, ¿no seria accesible á las seducciones de Ursula? ¿No veria uniéndose á ella una especie de venganza contra mí, que le hacia tan desgraciado, una especie de burla atroz con el destino que se mofaba tan cruelmente de sus mas caras esperanzas?

Queriendo conocer del tolo mi suerte, proseguí la lectura de la carta de Mr. de Lugarto que continuaba en estos términos:

«Aquí paran los fragmentos del diario de Ursula que vuestro amigo desconocido juzga á propósito haceros conocer; lo que Ursula ha podido añadirle despues de vuestra libre reunion con vuestro marido no consiste sino en reflexiones, en pensamientos mas ó menos ardientes respecto á su amor.

»Por lo que se sabe de sus proyectos, se ocupa ahora de buscar los medios de obtener una cita de Mr. de Rochegune...

»Como ama apasionadamente, segun lo habeis podido notar, como siempre hay una irresistible seduccion en un amor verdadero, como Rochegune está furioso contra vos en particular y contra todas las mugeres honradas en general, vuestra querida prima, que no es tonta, comprende que ha llegado su hora y que sus consuelos vendrán en un escelente momento... Así dice: *Puedo esperar lo todo*.

Los hombres son tan raros que Rochegune se dejará necesariamente coger en las redes de vuestra prima... Ah!... ah!... veis que esto se convierte en alto cómico... Todos los

heróicos sacrificios que se os han impuesto por la revelacion del doctor Gerad vienen á servir para mayor satisfaccion de Ursula...

»A propósito de esta revelacion del amor de Emma, amor que, segun el uso eterno de todos los amores, se habia precisamente escapado á las sospechas de Mad. de Richeville, de Mr. de Rohegune y á las vuestras, puesto que las personas mas interesadas en *conocer* una pasion son necesariamente las que mas *la ignoran*; á propósito de este amor, digo, no se habia ocultado á uno de vuestros amigos; habló de él como de una idea muy vaga; fué un rayo de luz. Esta relacion; verdadera ó falsa, combinada con la enfermedad de Emma, debia horriblemente perturbaros en vuestro amor, arrojar una amenaza de discordia entre vos, Emma y quizás Mad. de Richeville... Una buena parte de estas previsiones se ha realizado.

»Ahora, compendíemos... Os hablaré tambien en *mi nombre* porque debereis haberme reconocido en el *interés* que tomo por vos.

»Veamos lo fuerte y lo débil de nuestra situacion.

»Todo lo puedo en contra vuestra.

»No podia nada contra mí.

»En todas las salidas por donde podéis libraros de mí, me hallareis delante é implacable...

»Mirad: si, temiendo la influencia que puede adquirir Ursula sobre Mr. de Rohegune, declarais á este la causa de vuestro sacrificio.

»Primero.—Emma se muere; esto es tan claro como el dia.

»Segundo.—No podéis libraros de vuestro marido, para reuniros con vuestro platónico amigo, despues de la muerte de Emma; pues vuestra carta os impide legalmente esperar nunca una separacion.

»En cuanto á huir á escondidas, estais vigilada; y vuestro marido lo sabria al instante, «y se le han hecho adquirir de poco tiempo á esta parte escelentes razones para «no abandonaros nunca.»

»Qué decís de la trata intrincada en que os habeis

encerrado? Mirad, voy á haceros una comparacion cuya exactitud reconocereis ciertamente.»

»Me parece que en el momento en que leyéreis estas líneas os surtirán el efecto de una pobre mosca caída en una tela de araña: cada esfuerzo para salir de la homicida red no hace sino enredarla mas... Para colmo del horror, en medio de la tela infernal vé á la horrible araña que, alimentada con el asesinato, se mantiene inmóvil; no quita los ojos crueles de su nueva víctima, y se complace en gozar de sus mortales angustias antes de devorarla.»

A este pasage de tan execrable carta, no pude dejar de lanzar un grito de espanto, tan exacta me pareció esta comparacion, tan enlazada me sentia, en efecto, por todas partes por no sé qué poder irresistible...

Un peligro palpable, por formidable que hubiese sido me habria asustado menos que estas maquinaciones misteriosas, subterráneas, de que estaba amenazada, y cuyo peligro me habia ya revelado la esperiencia.

Terminé esta lectura, temiendo á cada instante ver perderse mi razon, pues tan asustada estaba.

«—Sabreis querida Matilde, que seré un gran escritor sin dudarlo, si justamente en el pasaje de mi carta que acabais de leer... hubiéseis sentido uno de aquellos terrores semejantes á los que me inspiraban en mi infancia los bellos trozos de las novelas de Ana Radcliff? Ya... ya... esto no seria, al menos, imposible; porque, en fin, leeis este probablemente enteramente sola en esa triste y sombría habitacion de la calle de Borgoña que he visitado se entiende, antes que fuéreis á ocuparla... Para daros una prueba de esto que adelanto... mirad bien el cielo raso á la izquierda de la chimenea y ¿estais?...»

Interrumpí la lectura y miré maquinalmente al techo...

Aunque no ví nada que pudiese asustarme, temblé acordándome de la casa aislada.

Seguí leyendo, latiéndome horribilmente el corazón...

»Ahora acercaos, apretad con alguna fuerza sobre la

moldura de la chimenea .. y vereis una cosa que os sorprenderá...»

Casi fuera de mi, llamé á Blondeau.

—Jesus, Dios mio!... señora... qué teneis? dijo.

Sin poder casi responderle, le mostré con una mirada de horror el tablero de la moldura.

—Pero, señora, qué teneis, os repito? me meteis miedo.

Tranquila con su presencia, apreté la moldura y cedió.

Dí un grito, Blondeau tan asustada como yo, me imitó.

La moldura movida por un resorte, se separó suavemente.

Ví un escondrijo bastante grande para contener una persona; un conducto, que comunicaba con el cañon de la chimenea, le facilitaba el aire suficiente para que se pudiese respirar.

—Dios mio! Dios mio! señora, qué significa esto? exclamó Blondeau poniéndose pálida.

—Silencio, silencio, cierra eso, y no digas una palabra á nadie.

Cerró el tablero, y continué la lectura de la carta dudando si estaba despierta ó si soñaba.

«Y bien! habeis visto mi escondrijo? habeis tenido un lindo miedo? Juzgad pues de todos los que poseo á vuestro alrededor, si os descubro este tan fácilmente.

«Vamos, tranquilizaos, no hay otros, creedlo, entendedeis? creedlo, esto os ayudará á dormir tranquilamente, esto no es más que un juguete hecho con la esperanza de causaros sueños horrorosos, pesadillas que os hagan morir de miedo.

«Vais á figuraros que esta casa (*que me pertenece*) no es mas que escotillones y trampas, ni mas ni menos como en la ópera ó en las novelas de Ducret Dumesnil. Lo que hay de gracioso es que si tratais de pedir á vuestro marido que cambie de habitacion os tratará de visionaria.

«Ya! ya! vais á tener lindas noches! Así reposareis agradablemente de vuestras penas *diurnas*... Os aconsejo que

hagais estar de centinela á vuestra fiel Blondeau, sí... pero los soporíficos, os acordais de los soporíficos? Vais á no atreveros á tocar á nada de lo que se os tragere de vuestra modesta fonda, no sea quizás que el dueño sea mio. (A propósito, qué caída para una muger que tenia la mejor casa de Paris.)

«Confesad no obstante, que es cosa linda el poder del dinero. Satanás en persona no os atormentaria mas. Vais á estar sitiada por terrores continuos, vuestro sueño será turbado por horribles pesadillas, en el dia las diabólicas complicaciones de vuestra situacion, en fin, ni en el dia ni en la noche tendreis un solo momento de reposo, sin contar que el porvenir está cargado de nubes tan sombrías, tan negras, tan tempestuosas, que no podeis tener las mas funestas previsiones.

«Todo esto á lo menos no es color de rosa. Pero qué hábilmente me he aprovechado de todos mis juegos! El ódio y la sed de venganza doblan las facultades. En consecuencia, hay alguna culpa por parte vuestra; os acordais de aquella noche en que delante de vos fui insultado, abofeteado, que perdí perdon hincado de rodillas, las manos juntas! deberiais desde luego esperar que me vengaria y empiezo.

«Pero ahora tengo esperiencia, no juego sino á golpe seguro y tengo además *suerte*. ¿Visteis á Mortagne? Estaba á quinientas leguas cuando trabó pendencia con un espadachin á quien no he visto en mi vida y que me libró de él. En verdad, estas cosas no suceden sino á mí.

«A estas horas os reto tambien á que hagais uso de esta carta... ¿acudireis á las leyes? No estoy en Paris, y luego ¿dónde está el cuerpo del delito? Meros asuntos de amorzuelos mas ó menos platónicos, en los cuales no tiene que mezclarse la justicia.

«Y sin embargo, es cosa graciosa estos asuntos amorosos que son por decirlo así, procesos de lágrimas, de desesperaciones: no pueden quizás serlo de asesinatos, de suicidios y de qué se yo qué mas?

«Os deseo una noche buena y tranquila, un verdade-

ro sueño de niño dormido, sobre el seno de su madre.

«Un amigo desconocido ó un enemigo conocido, á vuestra eleccion.»

La lectura de esta carta me dejó dolorosamente aturrida, mis ideas hervian en mi cabeza sin encontrar salida.

Mr. Lugarto, con una sagacidad infernal, respondia de antemano á todas mis objeciones, despertaba todos mis temores.

Pensando que Ursula podia agradar á Mr. de Rochegune, no tuvo límites mi desesperacion.

—Si debemos perder á Emma, exclamé, no sea al menos victima de un sacrificio inútil.

Por un momento estuve por decírselo todo á Mr. de Rochegune; iba á escribirle, cuando aquella voz divina que siempre venia á sostener mis vacilantes resoluciones me dijo:

—«Valor, valor, no te dejes abatir; aparta tus ojos del abismo que un mónstruo te ha hecho vislumbrar para causarte un horrible desaliento, y cambiar tus nobles determinaciones.

—«No mires á tus pies, levanta los ojos al cielo, pon tu esperanza en Dios que no te faltará.

—«Si el hombre que has creído digno de ti fuese capaz de sucumbir á las seducciones de Ursula, ¿podrias sentir la pérdida de su corazon? podrias tener envidia á esa muger?

—«Si Emma debe morir, viendo que se le prefiere, otra muger: que no seas tú quien le dé ese golpe fatal; queda al menos para consolarla: si no lo consigues, si sucumbe, no olvides á Mad. de Richeville, que ha sido para ti casi una madre.

»En cuanto á las misteriosas amenazas de ese mónstruo, que no te asusten; fueran vanos terrores, ten valor, fuerza, mira con firmeza lo que puede contra ti, y despreciarás su venganza; valor, un paso mas, quizás no esté tan lejana la recompensa de tantos sacrificios.»

Como siempre, despues de un abatimiento pasagero, recuperé mi resolucion.

Me decidí á esperar los acontecimientos, á mantener á Emma en su esperanza, y á precaverme por todos los medios posibles de los lazos peligrosos y las sorpresas de Mr. Lugarto.

Hice que Blondeau durmiese en mi alcoba, registré los tableros, me tranquilicé un poco pensando que si este hombre quisiera servirse de estas maquinaciones, no me lo hubiera advertido. Quería sin duda causarme sin cesar terrores renacientes.

Veía muy poco á Mr. de Lancry.

Su aire sombrío, su humor impaciente é irritado, me probaban que Ursula no cumplía las promesas que le habia hecho, pero que se daba maña para no desesperarlo del todo, á fin de obligarlo á guardarme siempre á su lado.

Sin darle noticia de la carta de Mr. Lugarto, le enseñé el escondrijo que se me habia indicado. Se encogió de hombros y me dió esta increíble respuesta con un tono sardónico que me espantó:

—Alguna buena vecina que ha habitado esta casa, hizo sin duda construir ese armario secreto para ocultar sus provisiones á la voracidad de los criados.

.....
Como unos quince dias despues de haber recibido la carta de Mr. Lugarto, que ya he citado, me dirigió el billete siguiente:

«PARIS A LAS CUATRO.—No he querido deciros nada »hasta estar bien seguro de ello. Mr. de Rohegune tiene »mañana una cita con Ursula, no en su casa, sino en los »baluartes exteriores. Esto es mas decente para comenar.

«Esta cita es á las nueve; deben encontrarse en el »baluarte de la izquierda de la barrera de Fontainebleau, »y saliendo por ella.»

Desconcertada con esta noticia, á la cual sin embargo no podia dar crédito, tomé á la mañana siguiente un coche de alquiler, y fui al lugar indicado.

Ví á Ursula que aguardaba.

Algunos minutos despues llegó Mr. de Rohegune.
Le ofreció su brazo y desaparecieron por un camino
poco concurrido.

No tuve ni fuerza, ni voluntad para seguirlos.

Volví á casa desesperada,



XXIII.

CONFIDENCIAS.

—

Cerca de seis semanas habian pasado despues de haber sorprendido la entrevista de Ursula y de Mr. de Rohegune.

Esperaba á este último en el parque de Monceaux, donde lo habia visto algunas veces; me habia suplicado fuese allí esta mañana, pues tenia que decirme una cosa muy importante.

Nuestra conversacion, será un resúmen de los hechos importantes que han pasado durante tan largo intérvalo.

Sabiendo estos acontecimientos, y sobre todo, los que nuestra entrevista hiciere presentir, se comprenderá que no hago caso de los intermedios para llegar mas pronto á aquellas páginas que me consolaron de tantos tormentos, y que aun á estas horas no puedo escribir sin experimentar algun sentimiento de felicidad melancólica.

Mr. de Rohegune me precedió algunos momentos.

—Habeis sido demasiado buena, me dijo, en venir, no hay sino vos en el mundo con quien pueda consultar acerca de lo que me sucede.

—A propósito, y Ursula? le dije.

Se mostró algo impaciente y despreciativo, y siguió:

—Siempre la misma ridícula pretension. Segun me han dicho, ha pasado una noche entera delante de mi puerta en un coche de alquiler.

—Y ese amor no os enternece?

Se encogió de hombros.

—Ah! le dije, tiemblo todavía cuando pienso que hace seis semanas, os vi ir á la cita que os habia dado, coger su brazo y desaparecer juntos.

—No conocéis la astucia de esa muger? sabia que vuestro nombre era un talisman, con cuya ayuda se podia siempre interesarme. La primera vez me escribió y firmó *la desconocida de la ópera*, diciendo que tenia cosas importantes que comunicarme, acerca de vos. Corro á aquella cita, juzgad de mi desagradable sorpresa, al reconocer á aquella muger que tantas penas os ha causado. Le disimulé tan poco la repugnancia que me inspiraba, que perdió el color; luego, reponiéndose, me pidió perdon de haberme incomodado en vano. No podia esta vez adquirir noticias concernientes á vos y que me habia prometido; pero si queria volver al dia siguiente, estaria en estado de satisfacerle; no sé si lo hizo adrede, pero algunas palabras suyas me hicieron sospechar que atribuia á una causa misteriosa el haberos reunido con vuestro marido: entónces Matilde, conservaba aun á pesar mio, algunos rayos de esperanza; consenti pues otra vez en ver á vuestra prima, á fin de penetrar el secreto que quizás poseia.

—Comprendo su cálculo amigo mio; el primer golpe estaba dado; habiais ya casi vencido vuestra antipatia respecto á ella, contaba con su habilidad y con su talento para adelantar algo en su amor.

—Su cálculo no carecia de destreza, porque no lo sabeis todo aun.

—Cómo?

—Tened la bondad de escucharme. La segunda, la tercera entrevista fueron tan insignificantes como la primera, pero aplazándome siempre á darme aquellas fingidas noticias que os interesaban como á mí, decia, vuestra prima halló medio de hacerme casi creer que estábais mas enamorada que nunca de vuestro marido. El conocimiento que tenia de él y de vos, daba por desgracia mucha verosimilitud á sus asertos; si me hubiese sido posible conservar la menor ilusion á este respecto, Ursula la hubiera destruido para siempre. No sé por qué este último golpe no me fué horriblemente cruel y reanimó toda mi cólera contra vos, pero debo hacer justicia á vuestra prima, nunca me habló de vos sino con respeto.

—Sabia que no hubiérais tolerado otro lenguaje, dije á Mr. de Rochegune.

Me miró de un modo singular, y me dijo despues de algunos momentos de silencio.

—Puede ser, era tan desgraciado!... todas las llagas de mi corazon acababa de abrirse de nuevo.

—Cómo hubiérais permitido á Ursula que me atacase? vos, amigo mio? no lo creo.

—Todo esto ha pasado, Matilde, puedo confesaros mi debilidad, mi vileza.

—Esplicaos por favor.

—Pues bien, cuando en nuestra última entrevista, me convencí casi de que se habia redoblado vuestra pasion casi os odié: comparándoos á vos tan pura, con Ursula tan corrompida, me decia á mi mismo.—Puede ser que si la hubiese amado, esta muger á pesar de su degradacion, me hubiese causado menos penas que Matilde.

—Ah! amigo mio, qué blasfemia.

—Os refiero la verdad toda entera, esto será mi castigo. Estaba dominado por la indignacion que me causaba vuestro abandono y me decia, el mal que Ursula ha hecho á Matilde ha cesado, puesto que ama á su marido mas apasionadamente que nunca: perdonar á Mr. de Lancry no es perdonar á Ursula? porqué he de ser mas severo con esta que con Matilde?

—Cómo vos, amigo mio, habeis podido dejaros engañar por semejantes paradójias?

—La desesperacion es mal consejero, Matilde. Qué os he de decir! una vez en este mal camino, fué cuando con una especie de satisfaccion odiosa, dije algunas palabras bondadosas á esa muger, vuestra mas mortal enemiga. Me agradaba recordar la causticidad, lo brillante de su talento.

—Y Ursula, pienso yo, correspondió á vuestra esperanza? dije á Mr. de Rohegune sin pena.

—Afortunadamente, repuso, la hallé estúpida.

—Ursula!...

—Si...

—Ella... tan seductora... con tanto talento... tan fina... tan astuta... eso es imposible...

—Os lo repito, Matilde, que la hallé estúpida... No tenia ni aun la sombra de aquel talento que me habia llamado la atencion en el baile de la ópera; tartamudeaba frases inconexas; nada mas oscuro, mas deslucido que su conversacion desde que no se trató de vos... quise meterme en grandes disertaciones metafisicas sobre los encantos de la constancia y de la virtud, lo cual era irritante como grotesco en su boca. En una palabra causaba disgusto y compasion; sin contar que para una muger como ella, nada era menos á propósito que aquella ridícula ostentacion de buenas máximas... Esto me indignó, mientras por el contrario hubiera quizás podido, segun las funestas disposiciones en que me hallaba, dejarme sorprender por los rasgos de un talento cínico, paradójico, insolente y burlesco como el que se le atribuye... Estaba en unos de aquellos accesos de desaliento amargo en que se duda de todo lo que es generoso y grande, en que se siente vagamente la necesidad de hollar lo que se ha venerado... ¿Por qué no os le he de decir ahora? el peligro pasó...

—Y bien?... le dije temblando por aquellas impresiones.

—Y bien! Matilde, convengo, aunque me ruborice... En aquel momento, la palabra audaz y perversa de Ursula

hubiera podido tener sobre mí una fatal y poderosa influencia... ¿Y quién puede preveer las resultas de la primera impresion?... Pero hubiera sido preciso para esto haber encontrado una especie de demonio encantador, de talento, de gentileza y descarro, una muger de atractivo y audaz, y de una especie de tonta pensionista salmodiando virtuosos equivoquillos con los ojos encendidos, la tez pálida y la fisonomia apagada y marchita...

—¿Y este trastorno completo en las maneras, en el carácter de Ursula, exclamé á mi pesar, no os ha llamado la atencion?...

—Lo menos del mundo, mi querida Matilde. O este trastorno era cierto, ó fingido; si era verdadero, podia probar amor, en hora buena; pero es poco lisongero inspirar amor verdadero á Mad. Ursula Secherin. Hay preferencias y conversiones en extremo groseras... Si aquella turbacion, aquella irresolucion eran fingidas, eran una innoble hipocresia... No, os lo repito, la suerte de vuestra prima hubiera estado en haberse mostrado audaz, segun se le pinta, esto es, como un tipo de imprudencia y de perversidad.. Entonces quizás, irritado todavia por un doloroso engaño, arrastrado por una curiosidad enfadosa, buscando tristes contrastes, hubiera querido leer en aquel corazon corrompido... como se ojea un libro por curiosidad... Empero una vez perdida esta ocasion, me sonrojé de haberme extraviado un momento. Volví en mí, y sentí reracer para siempre la aversion que merecia... sobre todo por su atroz malignidad contra vos...

—Amigo mio... en eso hay una leccion... un castigo terrible... Esa muger podia ser peligrosa... para vos... sí, para vos!! permaneciendo fiel á los odiosos principios que la habian siempre guiado... y Dios quiere que por primera vez se haya avergonzado de su vida pasada... que haya tratado de hablar un language noble... aquel noble language era quizás sincero... pero en su boca perdia toda su virtud... Ah! degrading muger! como debe sufrir si comprende la espantosa severidad de esta leccion...

Sorprendido Mr. de Rohegune me dijo en tono re-
prensivo:

—¿Vais á compadecerla?

—¿Compadecerla?... no... pero he padecido tanto...
que no puedo pensar en los que padecen sin conmoverme...

—Yo me compadezco menos fácilmente que vos, Ma-
tilde. Si esa muger sufre, su castigo es merecido; no haré
nada para mitigarlo... dos veces mas me he negado á ello.
Ahora se limita á venir á hacer de cuando en cuando algu-
nas paradas en mi calle. No puedo impedirselo... Pero de-
jemos esto, os lo suplico; el recuerdo de estas niñerías me
entristece de nuevo, y las ideas melancólicas buscan á los
desgraciados... como el oro á los ricos. segun se dice, aña-
dió con un profundo suspiro.

—¿Sois pues todavía desgraciado, amigo mio?

—Me lo preguntais!... ¿Sabeis cual es mi vida? ¿Sa-
beis lo que sufro... cuando comparo?... Pero olvidemos, ol-
videmos lo pasado, está muerto... muerto con la Matilde de
otro tiempo... Mientras mas tiempo pasa, mas justamente
encuentro esta comparacion... Oh! sí, soy bien desgracia-
do... A estas horas nada me une á la vida... mis dias se pa-
san en una monotonia desesperada... ¿Pero de qué sirve ha-
blar de eso?... continuó suspirando.

—Hablemos del asunto que me trae aquí.

Luego, despues de haber guardado silencio por algu-
nos instantes prosiguió:

—Lo que tengo que deciros, Matilde, es grave, muy
grave... He titubeado siempre en hablaros de ello... aun
ahora en este momento... pero á vos sola puedo confiar este
secreto, que, temo, no sea únicamente mio.

Al oir estas palabras, temí venderme, porque algunos
dias que esperaba esta confidencia.

Para evitar mejor las sospechas de Mr. de Rohegune,
le interrumpí diciéndole:

—Será preciso que os hable tambien de una cosa bas-
tante grave que me interesa casi directamente... porque tie-
ne relacion con nuestra mejor amiga...

Hizo un movimiento de sorpresa y me dijo:

—¿Cómo es eso? Explicaos, Matilde.

—Oh! Dijo mio! respondí lo mas indiferentemente que me fué posible, hé aqui de lo que se trata: ayer me hablaba Mr. de Lancry de un hijo natural de un soberano del Norte que acaba de llegar á Paris; es muy bien parecido, muy rico; tiene, segun dicen, el mejor carácter y los mas encantadores modales del mundo. Será presentado en casa de Mad. de Richeville; si por casualidad agradase á Emma, y que fuese digno de ese tesoro... me parece que seria una excelente ocasion de casar á esta pobre niña.. ¿No lo pensais?

Lo confieso, dije esta mentira con una seguridad que me sorprendió.

Mr. de Rohegune pareció haber sentido estas palabras, y me respondió, con cierto embarazo:

—No creéis que Emma haya hasta ahora manifestado... alguna preferencia?...

—En el tiempo que he habitado con ella y con su madre, nada he notado, le dije.—¿Y vos, en aquella época?

—Oh! entónces no; ciertamente no, repuso él.

Hubo en estas palabras un acento de conviccion que fué muy precioso para mí.

—Y despues de algun tiempo, Matilde, no hallásteis nada singular en la conducta de Emma?

—Nada, absolutamente nada, amigo mio. Pero, vos lo sabeis, por mi desgracia, veo ahora mucho menos á Mad. de Richeville. ¿Habréis conocido que Emma tuviese alguna preferencia? pregunté como atontada.

Mr. de Rohegune hizo al parecer un violento esfuerzo sobre sí mismo, y me dijo:

—Estoy loco de tener escrúpulos. No querria, por una falsa modestia, causar pena alguna á nuestra excelente amiga.

—En verdad, no os comprendo.

—Hé aqui lo que me sucede: Matilde, desde que os perdí, he ido casi diariamente á casa de Mad. de Richeville. A ocasiones, dos veces al dia. En mi desgracia, hallaba un placer cruel en hablar de vos. La duquesa tenia

la bondad de recibirme á las horas en que habitualmente está cerrada su puerta. Emma, que muy raras veces se separa de su madre, asistia á nuestras conversaciones.

Esa pobre niña os echa menos tanto como nosotros. Estaba tan acostumbrada á oirme hablar de vos, como siempre he hablado, pues no tenia nada que callar delante de ella. Muchas veces hallé sus miradas fijas en las mias con una espresion y una atencion singulares. Esto me pareció desde luego extraño, pero pronto no pensé mas en ello. Una vez, entré sin ser anunciado; estaba sola en el salon de su madre; dió un ligero grito y se puso muy encarnada.

—*Emma, os he asustado?* le dije sonriéndome.

—No, oh! no... Mirad, dijo, ved como late mi corazon, vereis que no es de susto. Y cogiendo mi mano con un gesto de hechicera sencillez, la puso sobre su pecho. En efecto, su corazon latia violentamente.

—La reconozco bien en eso, sus primeros movimientos son siempre de una adorable ingenuidad. ¿Pero qué hallais de extraño?

Mr. de Rohegune me miró muy sorprendido; creia sin duda haberme puesto en el camino.

—No hallo en eso nada de extraño precisamente, aunque aquel movimiento, aquel repentino bochorno...

—Bien lo sabeis, es una niña, tendria miedo.

—Sin duda tendrá miedo: sin embargo, esta circunstancia me hizo mas cuidadoso. Observé, y noté por ejemplo, su repentino bochorno. Desde que entraba en casa de su madre, la especie de contemplacion con que me miraba casi de continuo; mientras fui solo en conocer estas singularidades, no les daba mas que una importancia relativa, pero cuando volví á concurrir, segun acostumbraba antes, todas las noches en casa de su madre, Emma, con gran sorpresa mia, á veces en presencia de personas extrañas, me preferia bastante significativamente, lo cual me confundia. En fin, hé aquí lo que me ha decidido á haceros esta confianza. Antes de ayer, cuando iba á salir de casa de Mad. de Richeville, hallé á Emma que me es-

peraba en la puerta del salon. Me dijo con aire misterioso, dándome una cartera pequeña.

—Hoy cumplo años; hé ahí lo que he hecho para vos. No habéis de ello á Mad. de Richeville! es un secreto mio!

—¿Y qué habia en esa cartera?

—Mi retrato pintado por ella á la aguada, de una admirable semejanza, aunque hecho de memoria. Bien sabéis, mi querida Matilde, que yo no me dejo engañar de apariencias, por muy significativas que parezcan; esto es una niñada; pero debo por Mad. de Richeville, por mí mismo, por Emma, cuyas inestimables prendas nadie aprecia mejor que yo, poner un término á semejante locura, y de esto es de lo que quiero hablaros.

—Creo en efecto que no se trata sino de una exaltacion de jóven; así, amigo mio, si escuchais mi parecer, antes que esa exaltacion conduzca á un sentimiento mas reflexionado, mas profundo, os resignareis á viajar por algun tiempo; quizás esto contrarie vuestros proyectos; pero sois demasiado amigo de Mad. de Richeville para titubear.... Vuestra ausencia calmará la cabeza de la pobre Emma; durante ese tiempo aprovecharé la ocasion de hablar á Mad. de Richeville del extranjero; si es tan agradable como se dice, si es presentado á Emma como un hombre que puede llegar á ser su marido, hay lugar para creer que aceptará; entónces el afecto que os tiene, volverá á su nivel, porque creo que se trata de una amistad muy viva que su imaginacion se exagera un poco. ¿Qué pensais de mi consejo?

—Me parece lleno de razon: aunque me cueste mucho seguirle, lo seguiré.

—¿Qué teneis pues que sentir en ello?

—Todo y nada: al presente el menor desórden me es penoso, y hallo un melancólico encanto en habitar los lugares en que os he amado. Hablo de vos á los amigos, con triste placer, lo confieso. Me entristece renunciar por algun tiempo á estos últimos consuelos.

—Lo comprendo, amigo mio, pero podeis dudar? Pen-

sais cuan impresionable es Emma, reflexionais en las funestas consecuencias de semejante afecto hácia ella, si llegase á tomar consistencia? Pobre niña! cual será su suerte? Durante vuestra ausencia, quizás la esperanza de un casamiento próximo bastará, no lo dudo, para curarla de esa exaltacion pasagera; le hablaré, ella tiene mucha confianza conmigo, pero os lo repito, amigo mio, por penoso que os sea este sacrificio, es preciso partir.

—Teneis razon, el reposo, la felicidad futura de Emma, depende quizás de mi partida. Puedo titubear cuando pienso en todo lo que debo á su madre, en todo el interés que esta niña me inspira, pues es una criatura la mas angelical, la mas digna de ser feliz! Cuánto no se merece!

—Teneis razon, amigo mio; es un verdadero tesoro, y puede ser que cuando volvais veais colmados vuestros deseos respecto á ella. Si se vé que conviene ese matrimonio de que os he hablado, podria efectuarse dentro de dos ó tres meses, entónces volveis con nosotros, y vuestros amigos trataran de aliviar un poco esa vida que hallais tan triste y tan molesta.

—No lo es en efecto? qué me queda? cuáles son mis vínculos, cuál es mi porvenir en la actualidad? Ah! Matilde, los parientes, los amigos por queridos que sean, no reemplazarán nunca un sentimiento que era toda mi vida; los triunfos de que estaba tan envanecido no tienen á la hora esta atractivo para mí; estábais en el fondo de todas mis ambiciones, de todos mis orgullos; y añadió tratando de sonreirse; á este respecto, soy como aquellas pobres mugeres, habituadas á ponerse bellas y estar lindas para su amante, y que luego se pregunta para qué sirve la belleza, la compostura?

—Para que un nuevo amor las estimule á ser lindas y ponerse bellas, le dije sonriéndome.

Meneó la cabeza y me dijo:

—Bien sabeis que para mí se ha acabado todo amor verdadero... hay felicidad en lo demás?... y tengo treinta años y quizás me espere una vida larga en esta diferencia

triste y fría. Esas preguntas... qué haré, qué será de mí? me son insoportables, aceptaría cualquier porvenir siempre que fuese estable, siempre que ahorrarse la estéril fatiga de pensar en el día de mañana... A veces envidio la existencia inaquinal de los claustros, aquella obediencia muda y pasiva que los libra de una voluntad con que no se sabe qué hacer.

—Vos jóven y libre, podeis hablar así?

—Justamente esa libertad es la que me espanta. En vano procuraria salir de la apatía en que estoy sumido. Seria agitarse inútilmente.

Veinte veces estuve á punto de decirle á Mr. de Rochegune: casaos con Emma, ella os ama; vuestra existencia tendrá un objeto, un término. Pero temia comprometer por mucha precipitacion el éxito de una obra que tantas lágrimas, tantas desazones me habia costado; le dije:

—Valor! valor! quizás este viage será suficiente para sacaros de ese letargo pasagero. Contad conmigo; os escribiré el resultado de mis observaciones atento á Emma, y espero anunciaros bien pronto que vuestra ausencia ha producido en ella el efecto saludable que esperamos. . . .

El dia anterior al de esta conversacion con Mr. de Rochegune, me escribió Emma la siguiente carta que viene á ser un resumen de nuestra correspondencia desde que dejé de habitar con Mad. de Richeville:

«EMMA Á MAD. DE LANCERY.—He seguido vuestros consejos, mi ángel tutelar... Voy á referiros lo que ha pasado despues de mi última carta.

«Me decís que pronto no tendrá ya motivo para ocultarme su amor, os creo, he estado siempre dispuesta á creerlos, me habeis revelado tantas cosas!...

«Segun me aconsejasteis, no he disimulado ninguna de mis impresiones... Era feliz en mirarlo.. lo miraba... Cuando sus ojos se encontraban con los míos, no los apartaba yo, y en ellos debia leer la alegría que me causaba su presencia.

«No sé si lo aprobareis, esto es quizás bien raro... pe-

ro le he dado el retrato que hice de él... de memoria.. como sabeis... No esperaba causarle un gran placer dándole su propia imágen, pero pensaba que quizás veria en este regalo una prueba de que nunca se aparta de mi pensamiento, y no sé, pero desde que concluí el retrato me pareció que ya no me pertenecía, que no tenia derecho para guardarlo, que debia dárselo... Estaba muy envanecida con mi obra, pues se le parecia, porque le he trabajado mucho en él despues que lo visteis... no hay en ello nada sorprendente. Cuando me sentaba en mi mesa de dibujo, siempre que queria verlo cerraba los ojos y se me aparecia; sí, era una verdadera aparicion.

«Mr. de Rohegune está siempre muy triste, cuando habla de vos... le sucede lo que á Mad. de Richeville, lo que á mí... no podemos consolarnos de vuestra ida, las que tenemos la grata costumbre de veros todos los dias.

«Conozco bien que él me ama, no me trata como á una niña. Antes de ayer, cuando le di la cartera, me miró con una conmocion que me hizo saltar las lágrimas.

«Cuando pienso que ahora seis semanas estaba agonizando! que sois vos la que hizo saber cual era el mal de que me moria! que sóis vos la que me habeis curado! me arrodillo algunas veces para bendeciros, para rogaros como á una santa... con una palabra, me habeis salvado... esta palabra era *su nombre*...

«Me hago sin cesar esta pregunta: ¿De qué manera he merecido que me amase, que me eligiese, entre todas las que podia escoger? ¿No os parece esto una cosa muy extraordinaria é inesperada para vuestra pobre Emma?

«Quería saber si lo he amado antes que él me amase... Oh! sí.., le he amado primero... Me parece que lo contrario seria una ingratitud por parte mia...

«No vayais á reñirme, á tenerme por importuna, ¿creeis que él esté obligado á guardar todavia silencio por mucho tiempo? ¿Cuándo me dirá que me ama? Me anunciais en vuestra última carta que será pronto. Pero las *distan-*
cias no son quizás las mismas para nosotros dos...

«Vamos, mi buen ángel de guarda, tendré paciencia, no haré mas preguntas indiscretas. Por otra parte, ahora que puedo hacerle ver cuanto le amo, seria una egoista si me impacientára.

«Adios... adios... veis que sigo exactamente vuestros consejos. Venid á vernos; sabeis cuanto os quiere Mad. de Richeville, él y... vuestra—EMMA.»



XXIV.

LOS DESPOSORIOS.

Mr. de Rochegune escribió cuatro letras á Mad. de Richeville previniéndole su ausencia á causa, le decia, de algunos asuntos importantes.

El dia siguiente de haberse ido, anuncié á Emma que debia resolverse á no volver á ver á Mr. de Rochegune quizás por mucho tiempo, pues las razones de familia que le habia hecho esta entónces diferir el pedir su mano parece se aumentaba gravemente... dije en fin á hasta pobre niña que Mr. de Rochegune estaba tan desazonado por tener que dejarla, que no habia tenido valor para irse á despedir.

Contaba con ello; á Emma le produjo un efecto doloroso este golpe imprevisto, que acababa tan repentinamente de destrozar sus esperanzas, ó al menos de dilatarlas hasta lo infinito: pero yo debia arriesgar mucho para asegurar su felicidad.

Sin ser tan sérios como lo habian sido antes se renova-

ron en parte, los síntomas de la primera enfermedad de Emma.

Volvió á caer en su profunda tristeza. Su pena, cuya causa sabia ya, tuvo una reaccion quizás mas lenta, pero mas profunda.

Me creia obligada á comunicar al Dr. Gerad lo que pasaba, porque no queria comprometer muy peligrosamente la salud de Emma.

Aprobó mi designio, me guardó siempre el secreto con Mad. de Richeville, y la engañó acerca de la enfermedad de su hija.

Escribia yo á menudo á Mr. de Rohegune á fin de tenerlo al corriente de lo que aconteciese.

No le oculté que la posicion de Emma se agrababa cada vez mas: en fin habiéndome advertido Mr. Gerad que seria peligroso prolongar mas las angustias de la hija de Mad. de Richeville, supliqué á Mr. de Rohegune volviere á Paris, pues su presencia podia producir una crisis saludable.

Me respondió en estos términos:

«Estaré en Paris mañana á la noche. Lo que me de-
»cis es horroroso. No puedo por desgracia remediar el mal
»que he causado involuntariamente. Emma es un ángel
»de bondad, de hermosura, de candor y de gracia. Mere-
»ce un corazon que no pertenezca mas que á ella. Si no
»os hubiera visto en mi vida, si me fuese aun posible
»amar, su amor hubiera sido mi mas caro tesoro, pero
»casarme con ella por compasion, ¿es digno de ella? ¿es
»digno de mi? Toda mi esperanza es que os engañais
»quizás acerca del peligro que corre esa desgraciada niña.
»En todo caso, voy. Y su madre, nuestra mejor amiga?
»Ah! no sé qué fatalidad me persigue.—R.»

Algunas horas despues de la llegada de Mr. de Rohegune, Mr. Gerad, cuyo saber y carácter honraba aquel mucho, se presentó en su casa (por consejo mio), y le instruyó del estado, en efecto muy alarmante en que se hallaba Emma.

Para hacer comprender toda la gravedad de la crisis

á Mr. de Rochegune, no tuvo mas que hacer Mr. Gerad, que esponerle las razones que no habia alegado cuando la primera enfermedad de Emma, porque la misma causa habia producido los mismos efectos.

—Y bien! me dijo con aire de incomodidad.—Acabo de hablar con Mr. Gerad. Peligra la vida de esa pobre niña!...

—Ay! sí. Supliqué al doctor, cuya sinceridad conocéis, fuese á deciros lo que habia, no dudando que sus palabras fuesen mas elocuentes que todos sus razonamientos..

—Lo que me ha dicho, me ha llegado al corazon. Por desgracia no puedo mas que aflijirme. Os lo repito, Matilde, no he visto nada mejor, mas encantador que Emma. Me conocéis bastante para creer que su nacimiento no seria un obstáculo para mí. Os lo repito, hago justicia á sus excelentes cualidades; pero no la amo, no puedo amarla.

—Sin duda, amigo mio, esto es fatal; felizmente no se ha perdido absolutamente toda esperanza. Yo no os hice vislumbrar, y bien vagamente tambien, aquella hipótesis de casamiento, sino en el caso en que llegase á ser la sola esperanza de la salud de Emma: quizás mañana sucederá. Entónces me parece que vos... Este casamiento seria casi un deber.

—¿Un deber?

—Para vos cuya alma generosa y grande, sí.

—Eso no seria un deber para mí ni para nadie, Matilde; me dijo con una firmeza que me espantó.—Deploro lo que sucede, pero no puedo hacer nada en ello.

—¿No podeis nada? cuando con una palabra...

—Para decir esa palabra, seria preciso amar.

—Pero ella os ama! se muere. Este pensamiento no puede nada con vos?

A esta especie de reconvencion, me contestó Mr. de Rochegune algo sorprendido.

—Y qué he hecho yo para despertar, para fomentar

ese amor? Tengo la culpa de que la imaginacion de esa infeliz niña se haya exaltado sin razon?

—Es culpa de ella, si viéndoos todos los dias, si oyendo diariamente vuestras alabanzas, se haya desarrollado poco á poco el amor en su corazon? No es una crueldad hacer alarde de una indiferencia, que no sentis? no, no, porque el amor de Emma debe envaneceros.

—Me envanecería, me envanecería, si fuese digno de él.

—Y porqué seriais indigno de él?

—Porque no tengo parte en ese amor, porque no podria tenerlo.

—No la teneis ahora, en hora buena, pero quien os responde en lo venidero? Pensad en lo que me deciais antes de vuestra partida, hablándome del tédio, del disgusto que os abruma!... Esta triste disposicion del espiritu no puede menos de ausentarse cada vez mas... no me amais ya ó á lo menos no puedo contar mas con vos en la vida. por mi parte, porqué os lo he de ocultar, cada dia estrecho los lazos que me unen á Mr. de Lancry: él repara cuanto puede sus pasados extravios; veis, amigo mio, que nuestros sueños de otro tiempo han venido, ay! á parar en lo que todos los sueños: del modo que decis, conservareis siempre de mí aquella memoria melancólica que sobrevive á los seres que no existen. Tendré siempre con vos la mas afectuosa amistad, la mas profunda estimacion; pero ahora nuestras dos existencias tienen objetos diferentes, y cada dia que pase nos separará mas. Qué porvenir, pues os queda?

—El porvenir mas triste, lo sabeis.

—Y semejante porvenir es el que titubeais abandonar, sacrificar, si quereis, cuando este sacrificio puede salvar la vida de Emma?

—Mejor es para ella morir que estar encadenada á un alma marchita.

—Pero quien os ha dicho que el generoso calor de aquel corazon jóven no reanimará vuestra alma que creéis muerta para siempre?

—Eso es imposible, Matilde, lo conozco, no amaré mas.

—Entonces, exclamé con pena, entonces Emma debe morir, este es su destino; además, qué es la existencia de una criatura de Dios? Emma reúne, es verdad, las cualidades mas encantadoras y mas raras. Tiene diez y seis años, es muy bella, ama hasta el extremo de morir: se morir. Y el que, por su desdeñosa indiferencia, causará esta muerte, sacrificará sin duda á esta jóven por el atractivo de una vida aventurera que deberá sacarlo de su letargo? no, no, al tédio, á una ruin y triste apatía sacrificará él esta adorable niña, sacrificará á la hija de su mejor amiga?

—Estais severa, ^{me}Matilde.

—Si Mr. de Mortagne viviese, ¿no os hablaria así? Apelo á vuestra honradez, ¿qué os aconsejaria que hiciéseis?

Mr. de Rohegune no me respondió, bajó la cabeza con tristeza sombría, pero me pareció que mis palabras le habian hecho mella.

—Sus consejos eran sagrados para vos... no hubiérais titubeado... Ah! amigo mio... acordaos de lo que me deciais cuando el instinto de vuestro corazon os revelaba que de nuestro amor saldria en su dia algun magnífico ejemplo de un gran sacrificio... Sin duda presentiais lo que pasa en este momento... Amigo mio, sed bueno, sed generoso... no seais inhumano!

—Matilde... francamente... Mr. de Mortagne me hubiera aconsejado... vos misma me aconsejais que me case con Emma por compasion! A este precio... no aceptará el casamiento ..

—¿Y me haceis semejante pregunta? Y aunque cediéseis solo á la compasion... ¿lo dejariais nunca descubrir por Emma?... No, no, conozco vuestro corazon; primero que ofenderla, la engañaríais con alguna mentira persuasiva... porque ella tambien es orgullosa... Teneis razon, moriría mil veces antes que deber esta union á vuestra compasion.

—Pero eso es una locura! ¿No sabe cuanto os amaba, cuanto os hecho menos? ¿No me ha oido siempre hablar de vos en los términos mas afectuosos?

—Conoceis la rectitud y el candor de su alma... ¿No

estaba yo casada?... esta palabra no ponía entre nosotros dos una barrera insuperable?

—Y os complaceríais en verme casar con Emma?

—Sería feliz en ese casamiento, porque daría la vida á Emma, porque os proporcionaría numerosas especies de felicidad... porque causaría un contento inesperado á mi mejor amiga... Sería feliz con ese casamiento, porque os sacaría de esa apatía que no teneis fuerza para combatir... porque poco á poco os sentiríais renacer por la influencia vivificante de ese cándido amor... porque hallaríais mil encantos en la dulzura del hogar doméstico. Vuestra vida tendría un objeto, nuevos vinculos quizás os unirán mas á ella... con la esperanza de ver revivir el ilustre nombre que os legó vuestro padre; una noble, una generosa ambicion renacería en vos... y despues añadí sin poder contener las lágrimas: Amigo mio.. sois bien desgraciado... os ha sido preciso perder vuestras mas caras esperanzas... pero cuando es forzoso renunciar lo que pudiera habernos hecho felices en la tierra, ¿qué nos queda?... consolarnos haciendo á otros tan felices como hubiéramos querido ser... esta pobre jóven exaltada por el amor sueña con una ambicion de felicidad tan insensata que se muere... que se muere... por haber osado tener este sueño ideal... Y vos... con una palabra... la volveis á la vida... con una palabra... realizais su sueño... decid, amigo mio, escepto Dios, quién podría hacer un acto tan poderoso, tan magnífico de bondad? decid, no es esto participar de su divina esencia causando tanto enagenamiento? no es eso conseguir el mas sublime goce á que el hombre puede aspirar? Oh! qué mónstruo estúpido puede decir que la venganza agradaba á los dioses!

—Matilde, dejadme! dijo Mr. de Rohegune bastante conmovido; dejadme .. estas exaltaciones son peligrosas, nunca se cede á ellas sino á costa de la razon.

—De la razon? Y la mas austera razon no estaria de acuerdo con vuestro corazon si lo escucháseis? Amigo mio... estais agitado, lo veo... Ah! sed generoso! que á nuestros tristes amores no sucede el remordimiento eterno de haber causado la muerte de Emma... y á mí el horroroso pesar de haber quizás alterado la hermosura de vuestra alma por las

penas que os he causado! Oh! no, lejos de eso; haced por el contrario que nuestro afecto nos haya hecho mejores... yo perdóné al que me ha hecho padecer tanto... vos, vos haríais olvidar á esa desgraciada niña todo lo que ha sufrido por causa vuestra...

—Pero sería una locura, no tendría disculpa por dejarme llevar de la agitacion que me causan vuestras palabras, Matilde! Algun dia, os arrepentiríais de los males que mi debilidad hubiese acarreado!

—No, no, amigo mio, ceded... oh! ceded á ese noble movimiento del corazon... y un dia, estrechando en vuestras manos la mano de Emma... un dia con la sonrisa en los lábios, la serenidad en el rostro y la alegria en el corazon... me direis: Matilde, vuestro lenguaje fué el de una amiga buena y sincera... os doy gracias. Soy feliz. Entonces yo... añadí, no pudiendo contener las lágrimas y vencer mi agitacion. Entónces! yo...

—Qué teneis, Matilde? exclamó Mr. de Rohegune mirándome bastante inquieta.

Comprendí todo el peligro de mi enternecimiento involuntario, pues una sospecha de Mr. de Rohegune podia echarlo todo á perder.

—No tengo nada, amigo mio, le dije tratando de sonreirme, estoy conmovida pensando en la felicidad que os espera al lado de Emma. Escuchad mis votos y mis consejos... Entónces, algun dia, como os iba diciendo... yo, feliz tambien por mi parte... gozando como vos de todos los encantos de la felicidad doméstica.... os diré en voz baja. Mal amigo, fué sin embargo preciso forzaros á ello.

—Ah! Matilde... á Emma... mas que á mí... No insistais. Además... yo, no tengo ahora nada que arriesgar. Mi vida no puede ser mas desconsolada de lo que es. Pero esa niña? á ella, por Dios... un dia... qué engaño!

—Pero esa niña os ama sin esperanza... os ama hasta morir... su vida no puedo ser mas desolada!

—Ah! Matilde, cuán tristes serian estos desposorios.

—Para Emma, serian los de una reina. Vuestra palabra! amigo mio, vuestra palabra!

—Matilde!

—En nombre de vuestro padre... en nombre del amigo que hemos perdido y que uniría sus súplicas á las mías...

—Lo quereis?...

—Os lo suplico!

—Que se cumpla pues la suerte de esa niña!...

—Oh! gracias!... á vos el mejor, el mas generoso de los hombres... Ah! no sabeis... no, no sabeis la inefable dulzura de las lágrimas que me haceis verter en este instante, exclamé:

Tan dolorosos sacrificios eran al menos coronados con la felicidad de Emma.



XXV.

LA PETICION.

Qué mas he de decir? La palabra de Mr. de Rochegune era sagrada. Con su acostumbrada delicadeza, comprendió la necesidad de dejar á Emma creer que la amaba hacia mucho tiempo. Me encargué de pedirla á Mad. de Richeville.

Corrí á su casa. Antes de hablarle, quise ver á Emma.

Dejó de expresar su sorpresa, su alegría, su alborozo, cuando la enteré de la vuelta de Mr. de Rochegune, y que iba á pedirla en matrimonio á Mad. de Richeville.

Esta querida niña me prometió fingir que se sorprendía mucho cuando la duquesa le diese esta buena nueva.

Mi *mentira* no podia ser descubierta ni por ella ni por Mr. de Rochegune.

Entré en casa de Mad. de Richeville.

—Vengo de ver á Emma, le dije, sigue mucho mejor

Mad. de Richeville meneó tristemente la cabeza.

—Estoy segura de que Emma me oculta alguna pena. Mr. Gerad busca en vano la causa de esa enfermedad de languidez. Es preciso que esta desgraciada niña tenga una pena profunda y secreta que la mata. En vano le pregunto. A veces vuelvo á pensar que conoce el misterio de su nacimiento, y sin embargo nada me prueba que mis temores sean fundados, á este respecto.

—¿No os ha dicho vuestro médico que Emma estaba afectada de una enfermedad nerviosa? Bien lo sabeis, la causa de estas afecciones es á veces tan inesplicables como la rapidez de su curacion.

—Ay! nada es tampoco mas rápido que sus recaidas. Hace quince dias que Emma seguia muy bien, y ahora, qué inquietudes no me causa!

—Todos vuestros amigos han participado de vuestras congojas, todos se regocijarán con la esperanza que debeis concebir... Entre ellos no necesito citaros á Mr. de Rochegune. Lo he visto esta mañana.

—Ha llegado?

—Sí, y me ha dado parte de una resolucion muy importante. Para reflexionar con mas madurez es por lo que se fué á pasar algun tiempo en la soledad. Debeis creerlo, su vida está ahora... trastornada.

—Ay! mi pobre Matilde, no se os puede echar nada en cara, habeis obedecido la voz imperiosa del deber... Pero Mr. de Rochegune es bien desgraciado.

—Lo ha sido mucho; pero á estas horas... lo es menos. Lo conoceis... su carácter es firme; no usa de su fuerza para batirse contra lo imposible; tiene el suficiente valor para contemplar el porvenir tal como debe aceptarlo... Le ha quedado respecto á mí un afecto sincero, pero su amor no ha podido resistir á la dura prueba que le he impuesto; á veces os lo ha dicho él mismo...

—Sí... no os lo oculto, Matilde, me ha repetido bien á menudo con desesperacion que haberos vuelto con vuestro maaido, habia matado á su amor, que la Matilde de otro tiempo estaba muerta para él.

—Amiga mia, Mr. de Rohegune raras veces dice palabras en vano... En esta circunstancia, como siempre ha sido sincero. Está completamente desaficionado de mí. La prueba de esto, voy á sorprenderos, es que desea casarse.

—El! él! es imposible!

—Su ausencia, como os lo he dicho, no ha tenido otro objeto que reflexionar con mas sosiego sobre esta grave determinacion. Dentro de algunos años comenzará para él la edad madura. Está aislado, el porvenir le inquieta, le parece triste, desierto. No me ama ya, como os he dicho, y no miente jamás, este sentimiento está muerto en él. Por lo mismo que yo ocupaba un gran lugar en su vida, y que ya no lo ocupo, conoce la necesidad de crearse lazos durables, buscar la felicidad en las afecciones puras de la familia.

—El! casarse, casarse, repitió Mad. de Richeville con sorpresa; ¿y es á vos, á vos á quien ha hecho esta confianza?

—Siempre soy su amiga. ¿No debia instruirme de un proyecto tan importante?

—Sin duda, Matilde. Y sin embargo consultaros sobre este asunto, á vos, á quien tanto ha amado, es casi cruel.

—En esta consulta no he visto nada de crueldad, sino de afecto. He contemplado con frialdad como él su posicion, ¿qué quereis que haga en lo sucesivo? ¿la muger que él escogiere no será bastante feliz? Conocereis la bondad de su corazon, la nobleza de su carácter, y si se casa, será capaz de asegurar la felicidad de la que tomare por esposa.

—Oh! no lo dudo, todos los vínculos, todos los deberes son sagrados para él.

—Pues entónces, porqué os sorprende que desee casarse?

—Ah! Matilde; no habia mas que una muger digna de él.

—No pienso del todo como vos, amiga mia; pero creo

que Mr. de Rochegune, por causa de sus raras cualidades, debe ser tan difícil de casar, como Emma, por ejemplo.

—Ah! Matilde, á estas horas no quisiera tener mas que esa preocupacion.

—Tranquilizaos, le dije, bien pronto no tendreis que pensar en buscarle marido.

—Ay! bien sabeis todos mis temores á ese respecto.

—Vais á tenerme por loca, pero os diré atento á ella lo que deciais por Mr. de Rochegune. No hay mas que un hombre digno de ella, y ese es él.

—Quién? él?

—Mr. de Rochegune.

—Mr. de Rochegune!

—Ciertamente.

—Mr. de Rochegune! Mr. de Rochegune! En efecto, mi pobre Matilde, estais loca.

—Puede ser que no lo esté.

—Mr. de Rochegune!

—Sí; qué hay en eso de sorprendente? creéis sea hombre que se aflija por el nacimiento de Emma? lo creéis capaz de pensar en sus bienes?

—De ninguna manera, pero en su vida pensará, ni ha pensado en Emma.

—Pero en fin suponed que piensa.

—Él? es imposible!

—Suponedlo. No seriais feliz, bastante feliz?

—Qué pregunta! pero á qué vienen esos despropósitos?

—Y si no fuesen despropósitos?

—Cómo?

—Y si Mr. de Rochegune, prendado de todas las adorables cualidades de Emma, que ha podido apreciar por largo tiempo, estuviese enamorado de ella, no con un amor violento, exaltado, sino con un amor serio, grave, que no espera mas que al casamiento para llegar á ser apasionado. Pero si Mr. de Rochegune, en fin, os pidiese su mano, se la dariais?

—Matilde, Matilde, esta es la primera vez que me causais alguna pena. Qué chanza tan triste!

—Por la memoria de mi madre, amiga mía, que lo que os digo es la verdad. Mr. de Rohegune me ha suplicado que os pida la mano de Emma, y si ella consiente, el matrimonio se verificará lo mas pronto posible.

Estas palabras se dijeron bajo una invocacion tan sagrada para mí, que Mad. de Richeville se vió obligada á creermé...

Dejo de pintar su pasmo, su alegría, su sorpresa, aumentadas por el placer y el alborozo de Emma que, por lo demás, me guardó fielmente el secreto.

Todo estaba cumplido.

Lo confesaré, mientras que podia tener alguna duda acerca del éxito feliz de mis proyectos, mis temores, mis incertidumbres, mis congojas, bastaron para distraerme.. pero llegada al término que me habia propuesto, estuve un momento abatida desesperadamente.

Mi tarea estaba cumplida, Emma seria feliz, Mr. de Rohegune seria feliz, pero yo .. yo...

Lo diré todo...

Mientras que Mr. de Rohegune consideró su matrimonio con Emma como una especie de sacrificio, mientras que lo ví casi á pesar suyo bajo la influencia de mi recuerdo, experimentaba una especie de satisfaccion melancólica, mi sacrificio me costaba menos.

Pero cuando poco á poco cedió al encanto irresistible de esta niña que miraba por decirlo así renacer y revivir bajo su vista; cuando descubrió los tesoros de aquella alma angelical; cuando me dijo con confianza que no habia quizás mas que una muger en el mundo capaz de consolarlo de mi abandono, y que esta muger era Emma... cuando me dijo que la felicidad que me debia le haria olvidar un dia las penas que yo le habia causado... oh! entónces, lo confieso, tuve resentimientos bastantes amargos, bastantes dolorosos .. Me avergonzaba... sabia cuán indigno eran, pero no podia librarme de ellos.

Pronto se supo en todo Paris este casamiento.

Unos vieron en él una prueba de despecho ó de inconstancia por parte de Mr. de Rohegune; otros lo atribuian á la habilidad de Mad. de Richeville, que habian conseguido sus fines á fuerza de arte y de maña; para otros era casamiento por inclinacion; muchos, en fin, afirmaban que Mr. de Rohegune antes que todo, poseido de la necesidad de hacer que se hablase de él, no habia considerado en esta union sino una originalidad, porque no era de suponer que se diesen cien mil escudos de renta á una pobre huérfana sin segunda intencion.

El matrimonio debia celebrarse en Rohegune así que lo permitiesen las formalidades.



XXVI.

UN MATRIMONIO.

No he hablado de mi vida interior durante este periodo; habian cesado completamente las funestas comunicaciones de Mr. Lugarto. Me habia familiarizado con mis primeros temores. Blondeau dormia en mi alcoba. Como yo comia muy poco y temia siempre alguna traicion, ella misma preparaba mis comidas con infinitas precauciones.

Hice clavar sólidamente el tablero que servia de escondrijo. Cualquiera se reirá sin duda de mi heróica resolucion, pues compré un bien acerado puñal que tenia siempre al lado de mi cama.

A los primeros dias de haber recibido la carta de Mr. de Lugarto, tuve ensueños horribles; pero cesaron poco á poco; me habitué á esta situacion que me habia en un principio parecido espantosa y casi intolerable.

Veia raras veces á Mr. de Lancry; habia perdido sin duda toda esperanza de volver á hallar á Ursula, no obs-

tante la sumision con que habia obedecido sus órdenes respecto á mí.

Si hubiera insistido con mi marido para obtener nuestra separacion, puede ser que hubiera consentido; pero por mil razones que pueden comprenderme, estaba obligada no solo á permanecer algun tiempo todavia en esta situacion, sino á aparentar que la aceptaba con placer.

Mi vida era muy uniforme, veia casi todos los dias á Mad. de Richeville y á Emma, no recibia á nadie en mi casa. Durante el dia dibujaba, bordaba, luego iba á dar algunos paseos al parque de Monceaux, ó á visitar al buen príncipe de Hericourt, y á su muger, que me habian conservado su amistad, siempre riñéndome con benevolencia por mi insensato amor y mi cariño mal colocado.

Esperaba con impaciencia el casamiento de Mr. de Rohegune. Entónces contaba con retirarme á Maran, que Mad. de Richeville habia comprado á su nombre; le habia tambien confiado los diamantes que heredé de mi madre, los cuales valian, segun creo, mas de cincuenta mil escudos. Mi marido habia hecho todo lo posible para que se los entregase, para siempre lo habia resistido, contando pagar con ellos un dia el precio de nuestra separacion legal.

Si él aceptaba, como debia creerlo, no me seria entónces muy dificil decir y hacer creer que Mr. de Lancry se habia cansado de la vida que pasábamos, y que habia sido otra vez el juguete de mi sacrificio. Nadie interesaria, sin duda, en una víctima tan estúpida como yo; pero me consolaria rompiendo mi horrible cadena.

Un hecho insignificante en si mismo me hizo tomar una resolucion que tuvo mas tarde funestas consecuencias.

Desde hacia algun tiempo, nada me hacia sospechar la funesta influencia de Mr. de Lugarto, cuando un dia creí reparar que estaba desarreglada una gran cantidad de cartas que tenia guardada en una cajita de carey, cuya llave llevaba siempre conmigo.

Ninguna carta me faltaba, pero me pareció que el cofrecito habia sido abierto en mi ausencia.

No podia poner en duda un instante la fidelidad de Blondeau, pero, aunque no tuviese razon para sospechar del otro criado que tenia, pensando en el poder del oro de Mr. Lugarto y en sus recursos de corrupcion, me decidí á no guardar en casa ninguno de mis papeles importantes.

En este número se hallaba mi correspondencia con Emma, correspondencia que probaba la parte que habia yo tenido en su casamiento, como tambien otras muchas cartas de Mr. de Rochegune, en las cuales me hablaba de la enfermedad de Emma, de la pena que lo dominaba por no poder sino desconsolarse, etc. etc.

Me era imposible confiar estas cartas á Mr. de Rochegune ó á Mad. de Richeville, pudiendo una casualidad descubrirles lo que tanto interés habia tenido en ocultarles; ambos eran, como yo objeto del ódio de Mr. de Lugarto, y estos papeles no hubieran, por esta razon, estado mas seguros allí que en mi casa. No sabia á quien entregarlos, cuando me acordé de Mr. de Senneville.

Lo veia á menudo en casa de su tia, se me habia dicho que era hombre de honor, seguro y secreto. Le supliqué me guardase aquel depósito.

Convine con él, en que cuando tuviese que agregar á aquellos algunos otros papeles, iria Blondeau á su casa y los colocaria en la cajita, cuya llave tendria ella.

Mr. de Senneville accedió con la mejor gracia del mundo á hacerme este corto servicio. Tanto temia yo el espionaje de Mr. Lugarto y el uso que pudiese hacer de esta correspondencia, si hubiese sabido donde sorprenderla, que supliqué á Mr. de Senneville viniese á mi casa por la noche para llevarse el cofrecito sin que nadie lo viese.

Este caballero tuvo la delicadeza de no hablarme de los obsequios que me habia prodigado en otro tiempo, conoció que no hubiera sido cosa del mejor gusto querer renovar sus pretensiones con motivo de la obligacion que contraia con él.

Algunos dias despues de haber partido Mr. de Roche-

gune para su tierra, donde debia verificarse el casamiento, recibí la siguiente carta suya.

«ROCHEGUNE 20 DE OCTUBRE DE 1836.—Emma es mi muger: á vos, noble y sincera amiga, es á quien debo dar gracias por esta dicha. Es obra vuestra, se han realizado vuestras previsiones, ahora camino en la vida con paso libre y seguro. El horizonte se me aclara, y cada dia se pone mas puro. Vuestros consejos me han vuelto á unir á la existencia con vínculos sagrados. Tener vínculos es tener deberes; cumplirlos ha sido siempre para mí un placer efectivo.

«A nadie he amado mas en el mundo que á vos, sois y seréis á quien en lo sucesivo estimaré mas religiosamente. Os debo el conocimiento de una felicidad que no sospechaba, la *de vivir en otro*, ó mas bien de hacer vivir á otra persona, solo porque se vive para ella.

«Siento por Emma un afecto enteramente nuevo. Está identificada conmigo, conozco y tengo pruebas de tener sobre ella una influencia tan directa, por no decir tan *vital*, que gozo al mismo tiempo de felicidad, contento é inquieto por lo que he hecho.

«¿Porquè os lo he de ocultar? No es aquel el amor que os tenia; este está muerto del todo, de una vez murió sin menoscabo, sin agonía: fué destruido en su grandeza y vigor.

«No, no, gracias al cielo y felizmente para mí, para vos y para Emma, el sentimiento que esta me inspira no se compone de las ruinas del nuestro, es un sentimiento jóven y virgen que quizás ella es la sola que podia hacerme experimentar; porque su amor no se asemeja al de muger alguna, y los amores iguales son los que hacen iguales los amores.

«Hemos agitado la cuestion de saber si seria oportuno preparar á Emma para relevarle el secreto de su nacimiento; yo no lo pienso; la delicadeza y la sensibilidad de Emma son tales que temeria que semejante revelacion fuese para ella un manantial continuo de penas, que ocasionase una lucha dolorosa entre sus principios que la

harian acusar á su madre, y su cariño que la forzaria á que la defendiese.

»Si la fatalidad quiere que sepa un dia este secreto, será una gran desgracia, lo sé; ¿pero de qué sirve adelantarse?

»Permanecerémos en Rochegune hasta el mes de Febrero ó Marzo; Emma lo desea; no os digo lo desazonado que estoy al pensar que no nos verémos. Sabeis, y de dónde proceden los obstáculos.

»Adios, muy tiernamente adios; me parece que ahora nuestras dos situaciones estan *compensadas* y que siento renacer respecto á vos aquel afecto dulce y tranquilo de otro tiempo, quizás aun mas tranquilo, porque á mi pesar presentia vagamente en el porvenir las agitaciones del amor mas apasionado.

»Al presente esos ardores, son cenizas para siempre frias.

»Adios y gracias, Matilde, á no ser por vos no solo hubiera causado la muerte de esta niña que tan ciegamente amo ahora, sino arrastraria una vida miserable, estéril, y quizás degradada; porque no puedo pensar sin horrorizarme, que hubo un momento en que sentia no hallar en vuestra infernal prima su audacia y cinismo habituales.

»Si se me hubiera presentado como yo la deseaba, extraviado por mi desesperacion, que me hubiese hecho sufrir su fatal encanto, me hubiera quizás unido á esa alma perdida, quizás hubiera como ella empleado para el mal la energia y las facultades que Dios ha puesto en mí para otros fines.

»Bien lo sabeis, mientras mas lejos se está del peligro, con mas sangre fria se le considera, y se juzga mejor de su estencion. Pues bien! os lo repito, os lo confieso, aquel peligro fué grande, muy grande, fué precisa la absurda torpeza de aquella muger, para no ver en la impaciencia con que escuchaba sus virtuosas homilias, mi deseo de oirle hablar otro lenguaje.

»Héme aquí bien lejos de mi angelical Emma; po-

bre niña, no podría ella creer á Ursula, pero, precisamente cuando se está tranquilo en el puerto, es cuando se recuerdan las tempestades que se han arrostrado; porque el porvenir es placentero y pacífico: me complazco en recordar con qué funestas tempestades hubiera podido ser destruido; trayendo sobre mi corazón á esta cándida niña es como conjuro la fatal fisonomía de Ursula.

Estaba en este pasaje de la carta de Mr. de Rochegune, cuando oí voces en la salita que precedía á mi alcoba, y de repente entrar Mr. de Secherin, pálido, perdido.

—En nombre del cielo, venid, dijo en voz alta Mr. de Secherin: se muere, quiere veros.

—Quién se muere? le dije asustada, no creyendo que se trataba de Ursula, á pesar de todo el daño que me había hecho.

—Os digo que Ursula se muere, se muere, y no me hallo allí. Pero venid pues, cada minuto de tardanza es un minuto que pierdo de su vida!

—Ursula!... Ursula! repetía yo juntando las manos con estupor y espanto.

—Ah! sois inhumana! Ya que he venido á petición suya, podeis venir tambien vos! Os digo que se muere, que los minutos son pocos, y no estoy allí! repetía este desgraciado, procurando llevarme consigo.

Tomé precipitadamente un pañolón y un sombrero, y lo seguí maquinalmente.

Nos esperaba un coche de alquiler, subimos á él, y eché á andar con rapidez.

Mr. de Secherin, deshecho, los ojos encendidos, las facciones contraídas por las agitaciones de la desesperación, apenas parecía reparar que estaba yo presente, pronunciaba palabras inconexas, no pensaba sino en acelerar la marcha de nuestro coche haciendo todas las promesas posibles.

—Cuando habeis sabido esta funesta noticia? le dije; tan de peligro está? no hay esperanza alguna?

Me miró atentamente.

—Con la dosis de veneno que ha tomado, ha de haber

esperanza'... exclamó con una carcajada de risa convulsiva.

—Está envenenada... Ursula!

Sin responderme, me cogió la mano con violencia, y me dijo con voz inexorable:

—Ay! no podré matar á vuestro marido mas que una vez...

—No penseis en la venganza... pensad en salvar á esa desgraciada... es tiempo aun... Y vuestra madre?

—Mi madre, exclamó, mi madre está aquí... Dios mio!... no llegaremos... Ursula se habrá muerto... vereis como estará muerta...

—Como habeis sabido esta funesta noticia?

—Por una carta... solamente algunas líneas de ella.— Si queria verla por última vez, me decia, era preciso correr á Paris... Mi madre... implacable... como lo es siempre... Ah! este cochero... qué lentitud... estará muerta!

—Y bien, vuestra madre? le dije para tratar de sacarlo de aquella horrible preocupacion...

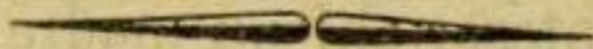
—Oh! mi madre, replicó con voz alterada, en una especie de delirio espantoso; oh! mi madre dijo:—Es una comedia que representa para obtener su perdon! Una comedia!... En aquella carta se presentia la muerte!... No me engañé... Salí corriendo de Rouvray... mi madre me siguió... Una comedia!... vais á verla... Si reconociéseis su pobre cara moribunda!... Y luego los últimos votos de los que se mueren... esto es sagrado... Ah! nos acercamos... Con tal que viva todavía... para perdonarme mi dureza... mi debilidad... porque por debilidad cedí al odio de mi madre contra ella. Y esto es lo que sucede!... esto es lo que sucede!... Una pobre criatura comete una falta; en vez de ser indulgente, en vez de ser bueno... en lugar de atraerla al bien á fuerza de generosidad... se le echa como á una infame... se le maldice... Entónces ella... qué quereis?... se exalta en el mal, se pierde enteramente... Y luego un dia, como en el fondo le ha quedado corazon... un dia viene los remordimientos... la vida le es una carga, se envenena... y entónces se dice: Vaya... comedia... comedia... Esto es lo

que ha hecho mi madre por odio... esto es lo que he hecho por debilidad.

—Pero qué piensan los médicos?

—Los médicos? añadió con una sonrisa convulsiva y un tono desatinado que me espantaba, los médicos... no han dicho como mi madre: Esto es una comedia... Ellos... han dicho... Esto es una muger muerta... Entonces grité á mi madre... Y bien! estais contenta... Escuchais... Es una muger muerta... Ah!... ya hemos llegado... Aquí es, gritó.

Paró el coche; Mr. de Secherin bajó precipitadamente y le seguí.



XXVII.

LA MUERTE.

Despues de haber atravesado un jardincito inculto lleno de yerba, de espinos y de piedras, llegamos á una especie de antesala, por donde entramos en una gran pieza húmeda, opaca, triste y amueblada con una economia que anunciaba la escasez...

Allí estaba Ursula muriéndose...

Le servia de enfermera una asquerosa vieja cubierta de andrajos...

Mi prima, asi que me vió le hizo una seña para que se fuese.

Qué lúgubre espectáculo, Dios mio!

Ursula, vestida de negro, estaba echada en un canapé; un gran pañolon le cubria los pies y las rodillas. Parecia tener frio. Con una mano tenia asido convulsivamente el cogin que sostenia su cabeza... con la otra desviaba de su frente pálida y helada, los bucles de sus hermosos cabellos negros.

Su rostro, horriblemente enflaquecido, estaba cárdeno; sus grandes ojos azules casi apagados.

Así que me vió, se reanimaron un poco sus miradas, erró por sus descoloridos lábios una dolorosa sonrisa: juntó las manos con una espresion de profundo reconocimiento...

—Matilde, me dijo con voz apagada, sois demasiado generosa.. así lo esperaba... quisiera estar sola con vos algunos instantes...

—Otra vez! otra vez! exclamó su marido que se habia arrodillado junto á ella sollozando;—no, no, no quiero dejar-te ahora.

Ursula volvió hácia él sus ojos como suplicándole.

—Ah! su mirada .. su amable y hermosa mirada! dijo Mr. de Secherin contemplando á su muger con una angustia que causaba compasion: ella es!... aunque moribunda la reconozco... Así es como me miraba en otro tiempo... La vuelvo á encontrar... y se muere!... se muere!...

—Os lo suplico, amigo mio, dejadme algunos instantes con Matilde... mis últimos momentos serán vuestros... para pedir os perdon... como ella... del daño que os he hecho...

—Primo... os lo suplico, le dije.

—No tengo ya tiempo para pedir os mucho, dijo Ursula á su marido queriendo sonreirse... por favor, no me negueis esto.

Se levantó él bruscamente, y salió tapándose la cara con las manos.

—Matilde... me dijo Ursula haciendo un gran esfuerzo para darme una llave, en la cómoda que está en mi alcoba, encontrareis una carpeta llenas de papeles... de cartas; deseo que se queme todo, descubierta esto desolaria aun mas despues de mi muerte al escelente hombre á quien tan indignamente he ultrajado... El efecto de este veneno ha sido demasiado rápido, ni aun he podido hacer eso antes que llegase mi marido.

—Vuestros deseos serán ejecutados, le dije volviendo la cabeza para que no viese mis lágrimas.

—Matilde, me dijo despues de un momento de silen-

cio, muero por Mr. de Rohegune... Puedo deciros esto sin lastimaros... puesto que ya no le amais.

—Gran Dios!... en este terrible momento... pensad en otras cosas, exclamé, no sabeis que está casado?

—Por eso es por lo que no quiero vivir... Aunque hasta aquí me ha despreciado siempre... aunque no ha querido volverme á ver despues de las conversaciones que habia tenido con él; no obstante, una vaga esperanza me sostenia... Qué insensata era! Pero cuando supe que se habia casado con un ángel que amaba... comprendí lo que hubiera debido comprender antes, que para mí... no habia mas que morir.

—Ah! Ursula, cuánto daño habeis hecho, á vos y á otros!

—Sí... pero yo tambien... he sufrido mucho... Oh! si supiéseis... cuando acudió á las dos citas que le di, para hablar de vos... Con qué desden... con qué aversion... me recibió! Yo para realzarme un poco á sus ojos, mostrándole la influencia que ejercia ya sobre mi corazon, quise decirle... todas las grandes inspiraciones que le debia... quise probarle que, gracias á él, habia llegado á ser digna de comprender todos los sentimientos puros, virtuosos... desgraciada de mí... desgraciada de mí... me faltaron palabras; apenas pude espresar las nuevas y nobles ideas que se desarrollaban rápidamente en mí... En medio de mi turbacion... de mi miedo, de mi infatuacion... yo... siempre tan osada... titubeaba... tartamudeaba una palabra... una mirada suya, que hubiesen aprobado el cambio que se manifestaba en mí, me hubieran animado... hubiera podido leer en mi alma, la llenaba... que la transformaba... Helábame con su aire irónico y frio... y no pude decir mas que algunas palabras inconexas... Sin embargo, nunca habia sido mas sincera, nunca habia sentido instintos tan elevados: ay! Era indigna sin duda de hablar tan noble lenguaje... Oh! Matilde! si el dolor es una expiacion... me perdonareis, porque he padecido mucho este dia.

—Sí, sí, os creo, desgraciada muger... habeis debido padecer mucho.

—Pero no es esto todo... no sabeis lo que hace mas espantosa mi muerte?

Horrorizada con estas últimas palabras de Ursula, le dije:

—Por Dios!... hablad... hablad.

—Sí... al menos sabreis esto... y me compadecereis... cuando ya habia tomado el veneno, cuando todo se ha concluido; cuando no me queda sino morir... Dios... en su terrible venganza, de repente me ha revelado el solo medio que hubiera tenido de espiar mis culpas, de merecer el interés de aquel por quien muero... y la estimacion de todos...

—Cómo? Pero... no es ya tiempo?

—No... no... no es ya tiempo... lo conozco... mi fin se acerca... Y esto es, oh! esto es lo que hace horrible mi muerte! exclamó esta desgraciada muger en medio de una multitud de sollozos.

—Ursula... Ursula... calmaos... sois tan jóven... quizás no esté perdida toda esperanza. Dios tomará en cuenta vuestras buenas resoluciones.

—Oh! la vida... la ida ahora... esta vida que tan criminalmente he sacrificado! Dios mio... no es para mí... para quien os la pido, dijo juntando las manos con desesperacion, es para este hombre tan bueno, que he ultrajado indignamente... y os lo juro, Dios mio, á fuerza de sacrificios, de sumision, le haré olvidar las penas que le he causado.

—Ursula, qué decis? esos remordimientos?

—Oid... oid... En vez de terminar mis dias con un crimen estéril... hubiera debido arrepentirme... echarme á los pies de mi marido... á los pies de su madre; ni aquel ni esta hubieran podido ser insensibles á un verdadero arrepentimiento; hubiera pasado el resto de mi vida en hacerlos felices y lo podia... oh! lo podia, estoy bien segura de ello... y un dia... al cabo de largo tiempo, cuando hubiese probado que habia llegado á ser honrada y buena... me hubiera quizás atrevido á decir á aquel hombre cuya

influencia no habia cambiado así. «Era una criatura indigna y miserable... os he amado... no lo sabeis nunca... pero este amor ignorado, me ha dado las virtudes que no tenia... Hay en vos alguna cosa tan grande... que amaros aun en secreto... es querer ser digno de vos... Desde que vuestro pensamiento vino á purificar mi corazón, todo lo que me rodea me ama y me bendice...» Pero desgraciada de mí... es demasiado tarde... exclamó, bien lo veis, es demasiado tarde...

—Ah! eso es horroroso. En efecto, esta rehabilitacion hubiera sido hermosa y grande.

—Oh! no es eso, no es eso... que hubiese sido hermosa y grande, repuso Ursula con exaltacion.

—Me conocéis, Matilde... sabeis si tengo voluntad, energia, pues bien! esta voluntad, esta energia, la hubiera aplicado al bien... hubiera sido capaz de cualquier sacrificio, de cualquier heroismo... para merecer un dia la estimacion austera de Mr. de Rohegune, y me la hubiera concedido... á mí, que gracias á él, habia sacado de lo mas bajo para llegar á lo mas alto.

—Pobre... pobre Ursula!... le dije lastimosamente.

—Oh! qué generosa sois en compadecerme, Matilde! No es horrible morir... tan jóven, viendo semejante porvenir... morir abandonada, despreciada .. detestada de todos... cuando hubiera podido vivir amada, respetada? No es esto horroroso y un castigo terrible del cielo?

La infeliz, fatigada con esta última conmocion, no pudo acabar, su voz se alteró, cayó en una gran debilidad...

Desde el principio de esta conversacion, mi aversion contra Ursula, se habia casi desvanecido por la compasion que me inspiraba.

Su amor que experimentaba por Mr. de Rohegune tenia alguna cosa tan patética, tan elevada, se manifestaba en ella por un pensamiento tan sublime que no podia menos de deplorar con esta desgraciada muger la fatalidad que le impedia espiar sus faltas.

Asustada de verla entre mis brazos casi sin conoci-

miento, llamé á su marido, que entró desatentado.

Ursula respiraba con suma pena. Su cara estaba contraída con una espresion de dolor atroz.

La crisis se mitigó un poco, pero ya su semblante se descomponia por la aproximacion de la muerte.

Movia débilmente sus manos como queriendo repeler algunas apariciones funestas.

En fin, abrió los ojos y dijo con voz apagada.

—Matilde... ¿me perdonais el daño que os he hecho?

—Sí, sí, os lo perdono y tambien Dios os perdonará á favor de vuestros últimos pensamientos.

—Amigo mio, dónde estais? No sé, pero me parece que mi vista se empaña, dijo Ursula buscando á su marido con una mirada vaga...

—Ursula... Ursula... no quiero que mueras... no fui yo quien te echó sin compasion... no... Oh! no me acuses... no me acuses... mi madre es la que fué inhumana; mi madre... que lo quiso así! exclamó Secherin bastante angustiado, mi madre! desdichado de mí... desdichada de ella!

Apenas habian sido pronunciadas estas funestas palabras, cuando Mad. de Secherin se presentó en la puerta que su hijo habia dejado abierta.

La cara de esta muger austera estaba, como siempre, pálida, inflexible, amenazadora.

Se acercò lentamente, con una especie de magestad formidable.

—Un hijo impío ha osado maldecir á su madre! dijo con voz fuerte y airada.

—Señora... compadecedla! dije yo, Ursula se muere...

—Su muerte es digna de su vida... muere por un crimen...

—Perdon! señora... perdon! dijo Ursula juntando las manos con terror, y medio levantándose, á pesar de su debilidad...

—No hay perdon para vos! repuso Mad. de Secherin.

Dominando á Ursula con toda su entereza, acompañó estas palabras con un gesto, un acento, una mirada tan fulminante que su hijo quedó lleno de pasmo y espanto... como si la venganza divina se manifestase á su vista en la persona de su madre.

—Perdon! dijo otra vez Ursula, perdon!

—Me habeis perdonado á mí... cuando os suplicaba tuviéseis compasion de mi hijo!!

—Oh! me arrepiento... me arrepiento!

—Es demasiado tarde...

—Oh! perdonadme... vuestro hijo me ha perdonado...

—No hay perdon para una adúltera!...

—Oh! por Dios!

—No hay perdon para el impio...

—Perdon!...

—No hay perdon para el suicida...

—Ah! soy maldecida... gritó Ursula volviendo á caer casi sin sentido sobre su canapé.

Mr. de Secherin, habiendo vencido su primer estupor, exclamó con voz retumbante á causa de la indignacion.

—Madre mia!... madre mia!... martirizais á esa muger... Dios tendrá piedad de ella!

—Y vuestro martirio... insensato... y mi martirio, cuánto han durado?

—Pero se arrepiente... madre mia... se arrepiente...

—Teme el castigo de sus crímenes... este es su arrepentimiento...

—Sí... comedia... comedia... no es eso madre mia?

—Sí, comedia... sí... estos remordimientos vanos son una comedia sacrilega... representada á vista de la tumba que le espera. Luego, dirigiéndose á Ursula con una indignacion que iba en aumento, dijo: Por temor de un castigo eterno, os arrepentís de algunas horas á esta parte!... Y durante tres años... este desgraciado, encerrado en la soledad que le formásteis, no ha pasado un dia... una hora... sin derramar lágrimas de sangre!... Os arrepentís un dia... vos!... y por espacio de tres años... yo que no tengo mas

que á él... yo que no vivo sino para él... he visto... he participado de sus tormentos, porque una madre sufre todos los males de un hijo á quien no puede consolar!... Y porque pedais perdon... serán olvidados tantos tormentos! Cómo? unos vivirian entre mundanas alegrías y placeres adúlteros... mientras otros pasaban su vida entre llantos y desesperaciones solitarias... Y porque la indigna criatura que ha causado todos estos males renunciase lo pasado que la espanta!... verdugos y víctimas vendrian á ser iguales ante el Señor... No, no; nada de piedad para vos en el cielo!...

Mr. de Secherin iba á responder.

Ursula le tomó la mano y dijo, volviendo con trabajo la cabeza hácia el lado donde estaba su suegra:

—Ay! señora, qué puedo hacer... sino arrepentirme? puedo vencer estos terrores?... he hecho mal, Dios mio, en querer antes de morir pedir perdon á los que he ofendido? que puede hacer una infeliz criatura á quien todo la abandona sobre la tierra, todo la amenaza... en la eternidad, sino ofrecer en su espiacion... todo lo que ella puede ofrecer... la sinceridad de sus remordimientos... Os he hecho mucho daño... y tambien á vuestro hijo... el mejor de los hombres... é igualmente á Matilde, que ha sido para mí una hermana... mi vida ha sido muy culpable... mi fin es criminal... soy maldecida... mi padre sabrá mi muerte sin tenerme lástima... el mundo dirá que estoy justamente castigada...

—Sí... sí... castigada justamente, repitió Mad. de Secherin con voz dura y algo alterada.

—No digo esto para quejarme... solamente, señora... vos tan severa, pero tan recta... pensad... que bastante pequeña... fui confiada á la más inicua de las mugeres. . oh! por piedad, no olvidéis que durante mi juventud, aquella muger desarrolló en mí las peores inclinaciones: el ódio, los celos, la hipocresia...

—Vuestra prima... tambien fué educada por esa abominable muger... comparad su vida con la vuestra!

Ursula no me dejó tiempo para responder, y repli-

có suavemente escuchándola su marido con una especie de afectuosa adoracion.

—Mi natural era tan malo, como bueno el de Matilde; por eso hubiera necesitado ejemplos nobles... lecciones severas. Quizás mis faltas... son efectos de mi funesta educacion... porque lo conozco, hubiera podido ser mejor de lo que he sido; dijo lanzándome una triste mirada de inteligencia. Continuó en seguida:

—Ah! si pudiese vivir... no seria un vano arrepentimiento con lo que reparase el daño que he causado... pero es muy tarde... muy tarde... Es verdad... señora... Dios ha querido que una muerte criminal terminase una vida culpable... nadie pedirá por mí... escepto los dos seres á quienes mas mal he hecho en el mundo.

Las facciones de Mad. de Secherin perdieron, al parecer, un poco de su implacable dureza...

En vez de mirar á Ursula con ira la contempló durante algunos instantes con atencion triste... Quizás, conmovida á su pesar al aspecto de esta desgraciada muger á quien habia dejado en toda la flor de la juventud y de la belleza, en todo el ardor de su carácter altivo, audaz, volvía á encontrar luchando contra una agonía tan terrible.

Ursula no pudo soportar la mirada fija y penetrante de su suegra, que estaba en pié y silenciosa á su cabecera. Cogió la mano de su marido, que apenas podia reprimir sus sollozos, y le dijo con voz cada vez mas débil:

—Mi vida y mis culpas han causado algunas veces una frialdad pasagera entre vuestra madre y vos... amigo mio. Este es mi mas doloroso remordimiento... haced... oh! os lo suplico... que al menos me vea libre de él... me iré del mundo menos desgraciada... os dejo un consuelo que hasta aquí habeis podido desconocer... Entónces, viendo que habeis vuelto á ser un hijo afectuoso y bueno como lo érais... como lo hubiérais sido siempre sin mí, quizas vuestra madre tendrá alguna compasion .. pensando en mí á quien no ha creido deber perdonar... en mí que hubiera visto mi última hora con menos espanto... si sus manos venerables me hubiesen bendecido!... amigo mio, en este mo-

mento solemne... hacedme esta promesa sagrada... os lo suplico...

—Oh! lo juro... lo juro... Dijo Mr. Secherin, perdido de dolor.

—Pero esta desgraciada no puede sin embargo morir así! exclamó de repente Mad. Secherin cuya cara espresaba en fin una compasion combatida por tan largo tiempo. No puede morir sin oraciones y sin sacerdote.

—La iglesia repele de su seno á los suicidas... no me he atrevido á pedir un sacerdote, dijo Ursula en voz baja y trémula.

Mad. de Secherin se arrodilló junto á su nuera; dos lágrimas surcaron sus arrugadas mejillas, juntó las manos diciendo:

—Señor... señor... su arrepentimiento iguala á sus culpas... no me siento ya con fuerzas para odiar... perdonadla... como yo la perdono...

—Madre mia... madre mia... oh! mi vida... toda mi vida... lo juro! exclamó mi primo; y sin poder decir mas inundó de lágrimas y colmó de besos las manos de Mad. Secherin.

La cara de Ursula brillò por un momento de sorpresa y de alegria... y dijo con todas sus fuerzas.

—Oh! Dios mio! tendreis piedad de mí... me ha perdonado!

—Y te bendeciré, pobre desgraciada, y pediré á Dios por tí... porque te han perdido... sí... quiero creerlo... lo creo... tu corazon hubiera sido bueno, si no te hubiesen pervertido tan jóven.

Cogió Mad. Secherin la cabeza de Ursula entre sus trémulas manos y le dió un beso en la frente.

—Oh!... permitidme... una vez... por la primera y última vez... llamaros mi madre... A esta hora... seria esta palabra tan dulce... me parece que me ayudaria á morir con menos pena...

—Sí... soy tu madre... dijo Mad. Secherin con una profunda agitacion... Tambien yo tengo de que arrepentirme, y no es ya tiempo... quizás me he mostrado dema-

siado inflexible... hubiera debido tratarte como hija... y no cerrarte para siempre el camino de la salvacion por una severidad escesiva.

—Oh! madre mia... habeis salvado mi alma de la desesperacion... en mi última hora... oh! madre mia... os dejo á vuestro hijo... digno de vuestro afecto... dijo Ursula.

—Oh! sí... lo juro aquí... mi vida... mi vida... entera se dividirá entre tu memoria y adorar á mi madre; dijo Mr. de Secherin; pero Dios no permitirá ahora que mueras... te dará tiempo para reparar tus culpas... hacerme feliz... tendrá piedad de mí que tanto he sufrido, y de mi pobre madre que tanto ha padecido tambien... Ahora, que eres su hija... que te ha perdonado... ahora que podemos ser felices, no querrá Dios que mueras... no es así, madre mia?

Las fuerzas de Ursula estaban agotadas.

Esta última agitacion la acabó.

—Madre mia, dijo con voz moribunda, quisiera... apoyar... mi cabeza... sobre vuestro... pecho...

Mad. Secherin se echó sobre el canapé, suspendió un poco á Ursula y la estrechó entre sus brazos.

—Amigo mio... vuestra mano. Matilde... la tuya...

Ay! estaba helada su pobre y desfallecida mano. No tuvo fuerzas para apretar la mia.

Ursula continuó debilitándose cada vez mas.

—Ahora... adios... y para siempre... adios... Perdonadme mis ofensas, madre mia... amigo mio... Matilde... Pedid á Dios por mí.

—Hija mia... hija mia... te bendigo... dijo Mad. de Secherin con voz solemne poniendo sus venerables manos sobre la frente de Ursula.

Ursula murió.

Mr. Secherin, despues de algunos trasportes furiosos de desesperacion, cayó en un estado de insensibilidad, de completo aniquilamiento. Parecia que no veia nada, que no oia nada; obraba maquinalmente y sin decir una palabra.

Ayudé á Mad. Secherin á prestar á Ursula el último y fúnebre deber.

Pasamos la noche rezando junto á ella.

El padre de Ursula nunca habia querido volverla á ver desde que dejó á su marido, y hacia mucho tiempo que habia salido para Alemania.

Queriendo, por temor al escándalo no divulgar esta funesta muerte, y no sabiendo á quien dirigirme para las tristes formalidades del fallecimiento, supliqué al Doctor Gerad, cuya discrecion habia ya experimentado, que se encargase de esta penosa diligencia.

Segun Ursula me habia suplicado, quemé los papeles que hallé en su cómoda.

Por la dimension de la cubierta, me pareció que debia contener tambien el album en que mi prima habia escrito algunos pormenores de su vida, y del cual Mr. Lugarto me habia enviado una copia debida sin duda á la infidelidad de la criada de Ursula.

Esta jóven, hechura de Mr. Lugarto, ¿habia abandonado á su ama despues ó antes de su envenenamiento? lo ignoraba.

Felizmente para Mr. Secherin, permaneció en un completo desacuerdo, absolutamente indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor.

Su madre lo condujo á la alcoba de Ursula; se sentó él sobre su cama, con los brazos cruzados, los ojos fijos, y permaneció así largo tiempo mudo é inmóvil.

Sin embargo vino muchas veces durante la noche mientras rezábamos y se arrodilló como nosotras, pero al parecer no hacia mas que imitarnos maquinalmente sin comprender lo que se hacia, su vista no se fijaba, y á poco se volvía á la alcoba sin decir una palabra.

Cerca del dia, rendido por el cansancio y el sueño, se durmió en un sillón.

Usando de su derecho, con un rigor quizás estremado la iglesia se negó á recibir el cadáver de Ursula; fué conducido directamente al cementerio.

No quise dejar aquella triste casa hasta haber cumplido con todos los deberes.

En mi vida... Oh! en mi vida olvidaré aquel triste cuadro.

Esto acaeció á mediados de otoño, en una mañana oscura y nebulosa.

Por última vez, Mad. Secherin y yo, fuimos á rezar junto al ataúd que estaba espuesto en una oscura y ruinoso antesala del cuerpo bajo, que tenia la entrada por el jardín inculto.

No habia allí ni sacerdote, ni agua bendita, ni luces, nada en fin disimulaba aquella horrible muerte.

Fuera de la casa reinaba el mas profundo silencio, interrumpido solo por el ruido leve que producía el viento en los árboles cuyas amarillentas hojas venian á caer á nuestros pies...

Ay! á pesar mio, á pesar de la lúgubre solemnidad de esta escena, no pude dejar de pensar que la última vez que habia encontrado á Ursula fué en una fiesta en donde la vi brillante en juventud y belleza, seduciendo con su talento, su gracia y sus encantos... rodeada de obsequios y homenajes.

Blondeau á quien envié á llamar, vino á advertirnos que habia llegado el carro fúnebre. No pude contener el llanto.

Besé devotamente el ataúd, y volví donde estaban Mad. Secherin y Blondeau.

Oímos pasos confusos... algunas voces... que callaron un momento... despues una marcha lenta, mesurada... y en fin el ruido sordo de las ruedas del carro que se iba alejando lentamente...

Quise dar una mirada de despedida á los restos de Ursula... Levanté un poco la cortina... vi el carro mortuorio solo... del todo solo... nadie le acompañaba...

Lo perdí de vista... y todo concluyó...

Hubo un momento horrible... El ruido del carro fú-

nebre resonó al parecer hasta el fondo del corazón de Mr. Secherin... Salió de su estupor, miró desatentado á su alrededor, recordando luego sin duda la horrorosa verdad, cayó en los brazos de su madre, dando un grito doloroso.

No hubo un sacerdote que dijese la última oración en la boca de la sepultura preparada para aquella infeliz.

Desgraciada Ursula... desgraciada víctima de la perversidad infernal de Mad. de Maran, que habia torcido, pervertido aquella naturaleza enérgica y poderosa, á fin de hacerla con seguridad el instrumento de su ódio contra mí!

Pobre Ursula!... Sí, porque á pesar de sus extravíos, tenia instintos generosos; un alma capaz de sentir tan noblemente el amor, no podia estar corrompida para siempre.

Oh! sí, fué una horrible desgracia para ella haber pensado en su mudanza, cuando era ya tarde, para mostrar sus efectos.

Sí... Ursula hubiera marchado con su perseverancia y firmeza habituales por aquel camino honroso y elevado; hubiera aplicado al bien todo el encanto de su seducción, toda la energía de su carácter. La desgraciada lo decia: «No hay mas que una voluntad divina y vengadora que pueda hacer brillar semejante porvenir á nuestros ojos; «cuando la tumba vá á tragarnos.»

Aquel dia, antes de volver á casa, entré en la iglesia de Santo Tomás de Aquino; fui á la sacristia, hallé en ella felizmente á un sacerdote, y supliqué dijese una misa por el descanso del alma de Ursula, y asistí á ella..

Ay! al salir de la iglesia, se inundaron otra vez mis ojos de lágrimas al ver la pila de agua bendita, dónde Ursula y yo, siendo niñas, tomábamos el agua santa.

En esta iglesia comulgó Ursula conmigo la primera vez...

XXVIII.

LOS DUELOS.

—

Mr. Secherin volvió á Rouvray con su madre.

Vinieron á verme antes de su partida; al salir, me dijo él en voz baja y con tono de feroz inquietud:

—Como *no me maten á vuestro marido* antes de la muerte de mi madre!... ah! esto es esperar por mucho tiempo la venganza!...

No me dió lugar á responderle, y se fué á tomar el brazo de Mad. Secherin.

Todo su ódio estaba concentrado en mi marido. No podía ser de otra manera. Ursula se habia reunido con él en Paris; á los ojos del mundo como á los de Mr. Secherin, Mr. de Lancry era el verdadero autor de la pérdida de mi prima.

Se me olvidó decir que mi marido se habia ausentado por algun tiempo; no volvió á Paris hasta el dia despues de la muerte de Ursula.

Ignoraba yo cuales serian sus intenciones respecto á mi, así que supiese aquel cruel acontecimiento.

No podia formar proyecto alguno; estaba para lo sucesivo en su poder, mi ida voluntaria al lado suyo habia remachado mi cadena para siempre; sin embargo, destruidas sus últimas esperanzas por el suicidio de Ursula, qué interés podia tener en guardarme consigo?

Contaba además con un medio casi infalible para obtener mi libertad.

Dos dias despues del funesto acontecimiento, entrò Mr. de Lancry por la mañana en mi habitacion.

—Y bien! debeis estar muy contenta.

—Porqué, caballero?

—Vuestra encarnizada enemiga... Ursula... no ha muerto? Ha debido ser ese un bello dia para vos!...

—Le cerré religiosamente los ojos. Su arrepentimiento me hizo olvidar todo.

—Oh! ciertamente, dijo con amarga sonrisa, el perdón de las injurias es muy edificativo, y vuestra prima os habia dado conque ejercer vuestra magnanimidad.

Quedé pasmada, espantada, oyendo á mi marido hablar así de una muger por quien lo habia sacrificado todo.

Sus facciones, léjos de espresar desesperacion, revelaba, ¿me atreveré á decirlo? una especie de satisfaccion triste...

No habia llegado el fin de mi asombro... El corazon humano es un abismo espantoso.

Despues de haberse paseado silencioso algunos momentos, continuó en un principio con una cruel ironia, y á poco con exaltacion creciente y furiosa:

—Ha muerto á los veinte y cinco años, ha muerto en todo el brillo de la juventud y de la belleza. Ah! yo tambien estoy vengado!

—Lo que decís horroriza. A nadie hizo mas daño que á mí, y la he llorado.

—¿La habeis llorado? Esto hace honor á vuestra sensibilidad, y prueba que los sentimientos que afectais atento á mi infidelidad, son exagerados.

—Ah! caballero.

—Pero yo que sé lo que esa muger infernal me ha hecho sufrir, pero yo que no tengo vuestra generosidad, digo: Ursula ha muerto, tanto mejor!! estoy libre de mi génio malo. Ya no será mia, pero tampoco será de nadie! No tendré que sufrir la atroz violencia de unos celos que ni aun me atrevia á manifestar, tanto me imponia esa muger, tanto temia lo amargo de sus sarcasmos! No seré atormentado mas por una idea fija, ardiente, dolorosa, ¿*dónde está? ¿qué hace?* No tendré ya aquellos accesos de desesperacion frenética que me transportaban cuando despues de mi ruina me decia á mí mismo. A estas horas quizás, se está riendo de mí con un rival dichoso y rico, se burla del tonto, que por ella se ha reducido á la miseria. Ursula ha muerto! me ha librado de una preocupacion incesante, odiosa, implacable como un reto echado á mi destino. Sí, porque amaba á esa muger como al juego! sí, como al juego!... era para mí un origen inagotable de agitaciones agudas, desordenadas: el temor, la rábida, el ódio, la esperanza, el orgullo, el éstasis del triunfo despues de dias de espera y de esperanzas frustadas. Era como el juego... os digo! Así como se arriesgan montones de oro en una carta, arriesgaba yo sumas inmensas en una sonrisa suya y cómo en el juego, nunca la alegría de la ganancia, me compensaba las angustias, los furoros de las pérdidas! Ursula ha muerto! soy libre! sin parecer estúpido á mis propios ojos, podria echar menos un dia sus cualidades, sinó infernales seducciones! Ursula ha muerto! Hace mucho años que no he experimentado semejante dilatacion del alma... A esto ha venido á parar aquel poder misterioso, inesplicable, que me oprimia, que me destrozaba, que me aniquilaba, que me hacia débil, cobarde, idiota. Ursula ha muerto! soy libre, soy libre, no seré ya el estúpido y humilde esclavo de aquella voluntad de hierro, contra la cual yo, siempre tan firme, no tenia ni poder, ni fuerza para luchar. No me indignaré ya por mi invencible y abominable debilidad. Ursula ha muerto! Está apagada, apagada para siempre aquella mirada implacable que me fascinaba, que

no me dejaba sino la facultad de ejecutar temblando los insensatos deseos de aquella muger! Ha muerto! No oiré mas su voz altiva y zumbona porque aquella horrible criatura era la burla y el insulto personificados! Cuando con sus denuestos dilaceraba todas las heridas de mi amor propio y de mi orgullo, cuando á mis solas me lamentaba de los atroces dolores de aquel tormento moral, me parecia oir á lo léjos su risa insolente responder á mis imprecaciones. Ha muerto, en fin, ha muerto. Bendito sea Dios que la ha enviado á los infiernos, porque ella hace que se crea en Dios haciendo creer en el demonio!

No podia yo pronunciar una palabra...

Mi espanto se habia aumentado con las carcajadas de alegria feróz que enagenaban á Mr. de Lancry.

Tal debia ser el fin de su amor fatal.

Tales eran los recuerdos que aquella desgraciada debian dejar en pos de si...

Durante algun tiempo siguió paseándose Mr. de Lancry algo agitado, se paró luego delante de mí.

—Y quien era el rico afortunado que vivia con ella cuando murió?

—Murió pobre y abandonada de todos.

—Porque quiso ser pobre, pues no le faltaba dinero cuando me dejó.... Porque despues de nuestra separacion me ha escrito para darme citas?... á las cuales no iba nunca, dijo mi marido hablando consigo. Añadió luego dirigiéndose á mí con una sonrisa desdeñosa.

Quereis sin duda echarla de enemiga generosa para permanecer siempre fiel á vuestro papel de muger superior, de muger sublime... Pues bien! para hacer que vuestra generosidad sea aun más meritoria, tengo la mayor satisfaccion en haceros saber que Ursula os odiaba tanto que instigado por ella os mandé volver á mi casa.

—No existiendo, el motivo que os habia impuesto esta obligacion, me permitireis sin duda vivir ahora sola... Por odiosa que fuese, teniais al menos una razon para guardar-me á vuestro lado cuando ahora...

—Ahora tengo otra razon para guardaros, me dijo bruscamente con maligna sonrisa.

Creí comprender donde iba á parar. Me habia hablado muchas veces de mis diamantes... decidida á cederle parte de ellos si me dejaba mi libertad con las garantias suficientes, es decir por una legal separacion, creí no obstante prudente esperar que él me lo propusiese en lugar de hacerlo yo.

—No comprendo, le dije, por qué razon me guardais mas tiempo á vuestro lado... Ahora mismo enumerado vuestros agravios contra Ursula, no habeis dicho que aquel funesto amor os habia hecho muy crudo respecto á mí? No os lo echo en cara; prefiero la indiferencia; pues me hace esperar que no pondréis obstáculo alguno á nuestra separacion.

—Os engañais... me niego justamente á dejaros libre á causa de mi indiferencia respecto á vos... sí, de mi indiferencia... por no decir mas...

—El ódio sin duda?

—Pues bien! Sí, el ódio! En el estado en que estamos debeis saberlo todo... Sí, ahora os ódio... Esto os asombra... Escuchadme... sabed lo que yo soy, lo que sois para mí, y no me hareis súplicas ridiculas, no os embaucareis mas con esperanzas quiméricas. Hagamos un resúmen de los hechos. Me habeis traído al matrimonio un buen caudal, erais un ángel de amabilidad, de resignacion y virtud... me casé con vos... sin amor... Ahora se trata de hablar con franqueza.

—Hace mucho tiempo que no disimulais... ¿Pero á qué viene?...

—Vais á saberlo... me dijo interrumpiéndome. Me casé con vos sin amor; érais una heredera rica; hice mi papel representándoos el Febo que representa en igual caso: me creísteis, porque os agradaba creerme, érais encantadora, nuestra luna de miel salió y duró lo que pudo durar. Pasado el amor... me quedó para con vos una especie de benigna compasion... Erais buena, sumisa, resignada; llorábais por nada, esto no era placentero... pero me enternecia... y me

conmovia algunas veces tan vivamente que, cuando las persecuciones de Mr. de Lugarto, lo arriesgué todo para librarme de este... infiel amigo... Mas adelante cuando vuestros celos contra Ursula, el estado siempre interesante en que os habia encontrado, vuestras lágrimas, vuestra profunda pena, vuestro amor que no cedia... todo esto me movió tambien á compasion... Lo habeis visto, tuve algunos buenos y honrados arrepentimientos, tambien algunas resoluciones *virtuosas*; pero entónces érais todavia rica, entónces siempre érais humilde, siempre tierna y amante.

—Habeis hecho todo lo posible caballero, para acabar con aquella riqueza y con aquel amor.

—En efecto, no teneis ya ni amor, ni riqueza. Esto es justamente donde quiero venir á parar. Los tiempos han cambiado; de vuestros bienes no queda nada, sea por vuestra culpa ó no, eso no importa, el hecho existe; estais arruinada. No es esto todo; no solo estais arruinada, si no que no me amais, y amais á otro; no solamente amais á otro, si no que habeis amotinado contra mí todos los mogigatos conocidos vuestros! Luego, francamente, á esta hora que sois para mí? Una pobre muger, hostil, y de una virtud al menos dudosa; os queda vuestra belleza, es verdad... pero no os haria la injuria de contar con ella para cosa alguna. En los términos en que estamos ahora, os pregunto què es lo que podeis razonablemente esperar de mí, si, como se debe y se hace se miden las consideraciones por el valor de las gentes?

—Estais perfectamence lógico, terminaré, si gustais, la narracion de vuestra situacion para conmigo... Si fuese pobre, sumisa y dedicada á vuestras menores voluntades, me hariais quizás la gracia de ser indiferente respecto á mí; pero como he adquirido el derecho de despreciaros abiertamente, vuestro odio ha reemplazado á la indiferencia.

—Deducís y analizais á las mil maravillas; no lo hubiera yo dicho mejor. Si, sumisa, hubiérais podido obtener de mí... quizás el interés, probablemente la compasion... y seguramente la indiferencia... pero era menester permanecer siempre amante y resignada.

—Sois generoso...

—No, señora... soy muy original; no os quería con amor, en horabuena; pero me agradaba verme adorado por vos; también... platónica, ó no, vuestra intimidad con Rochegune, y sobre todo la elección de ese hombre que siempre he detestado ha hecho á mi orgullo una herida incurable; esta herida se ha enconado hasta el punto de causarme un ódio violento contra vos... Me direis que Rochegune se ha burlado completamente de vos... su casamiento lo prueba por demás, pero esto no me venga, y me queda que arreglar con vos una cuenta terrible.

—Me congratulo de esta confianza; esto es decirme que debo esperarlo todo de vos.

—Así es, señora.

—De suerte, caballero, que las mas delicadas cuestiones pueden establecerse llanamente... Según vuestro derecho, habeis hecho vender todos los muebles del pabellon que ocupaba en casa de Mad. de Richeville, mi plata labrada, mis cuadros; habeis disipado este dinero lo supongo, porque hasta aquí he vivido con algunos ahorros que me quedaban, y se han agotado... Puedo saber vuestros proyectos para lo sucesivo?

—No, señora.

—Persistis en quererme guardar á vuestro lado?

—Sí, señora.

—A pesar de la muerte de Ursula?

—A pesar de la muerte de Ursula.

—Y cuales serán mis medios de existencia.

—Yo proveeré.

—Vos proveereis!... Cómo... caballero?

—Qué os importa, señora?

—Me importa mucho! Hay recursos que no partiria nunca con vos... los de la bajeza...

—Señora!... Pero me contengo... Para hablarme así en este momento, es preciso que esteis loca...

—No estoy loca; voy á verme forzada á deciros pocas ó mas ó menos lo que os dije en nuestra primera conversacion, en mi casa.

—Si es una repeticion... de qué sirve?

—Quiero al menos tratar de librarme de la horrible cadena que pesa sobre mí... esto es muy natural. No me habeis algunas veces preguntado que se habia hecho de mis diamantes?

—Si, señora.

—Mis diamantes valen?...

—Como unos cincuenta mil escudos.

—Pues bien! la mitad de esta cantidad es vuestra, si quereis consintir en una separacion legal, el resto me bastará...

—Voy, como vos, á caer en repeticiones; no quiero la mitad del valor de vuestros diamantes, y quiero teneros conmigo.

—Pero... no puedo ofreceros mas... me es preciso vivir...

—Aunque me ofreciérais los cincuenta mil escudos, no admitiria.

Una idea espantosa me traspasó el alma.

—Teneis, como yo, numerosas pruebas de hallarse en Paris Mr. de Lugarto.

—Y qué mas, señora?

—Teneis mil motivos para aborrecer á ese hombre; lo sé... pero amais el dinero... casi tanto como me detestais.

—Y qué mas, señora?

—Este hombre es muy rico... como vos, me aborrece!... como vos, tiene una terrible cuenta que arreglar conmigo.

—Y qué mas, señora?

—Reducido como estais á la escasez, si no admitis la suma que os ofrezco, es porque teneis otras esperanzas.

—Y qué mas señora?

Exasperada por esta horrible sangre fria, por mi indignacion, por mi espanto, exclamé:

—Pues bien, os creo capaz de todo en contra mia, si Mr. de Lugarto... os paga para tenerme á vuestro lado... mas caro de lo que yo puedo pagar para librarme de vos!

Mr. de Lancry me lanzó una mirada lenta y cruel; y su semblante no manifestó la menor agitacion.

—No dejais de tener perspicacia, señora... os compadezco... Ese es un don funesto; nos hace preveer las desgracias y no nos da el poder de evitarlas. Os lo confesaré pues: quizás vuestros temores no sean exagerados... ¿Pero qué podeis hacer?... Para daros una idea de la obediencia pasiva á que estais reducida, suponed que mañana por la mañana veis llegar á vuestra puerta un coche de camino; os ofrezco mi brazo, os hago subir á él, mandándoos dejes aqui á vuestra eterna Blondeau, se entiende...

—Me negaré á partir, y á separarme de una muger cuya fidelidad á toda prueba tengo bien conocida.

—Os negareis, en horabuena; pero por la ley que os hubiera obligado á seguirme aquí, calle de Borgoña, se os obligará á seguirme donde mejor me pareciere... Continuemos la suposicion. Echamos á andar: á cinco ó seis postas de aqui, encontramos á uno de mis mas antiguos amigos ó enemigos... poco importa... Me parece bien que sea nuestro compañero de viage... Qué teneis aun que decir?... La ley me limita el número y la eleccion de mis amigos? La ley me prohíbe perdonar las injurias? Os digo esto en el caso en que, por ejemplo, se tratase de Lugarto; estais espantada... no teneis nada que responder: esto es muy sencillo. Continúo mi suposicion... Salimos de Francia y vamos á habitar una magnífica casa de campo que Lugarto posee en Florencia. Qué teneis todavia que objetar?... Nada... Me parece bien establecerme en pais extranjero, debeis seguirme, seguirme siempre... La ley tomará en cuenta vuestras antipatías?... Ved pues como estais loca al hablar de vuestra voluntad. Os está prohibido tener voluntad propia, no podeis obedecer sino á la mia que es vuestro destino, segun quiso el aborrecimiento de vuestra tia. Y mirad que casualidad... en el momento en que Mad. de Maran, postrada por las enfermedades, no podia perseguiros con la misma energia, os habeis empeñado en irritarme contra vos, y hacerme exasperar del todo! ¿Decis que me gusta mucho el dinero, y que soy capaz de todo con tal que se me pague?

Teneis razon; lo que la prodigalidad tiene de bueno ó de incómodo es ser un servicio inmortal. Tanto placer tendria á esta hora en pasar de nuevo una vida espléndida como si acabase de entrar en el mundo. El juego, los caballos, la mesa, el lujo, quiero todavia todo esto con el ardor de un jóven de diez y ocho años, con un ardor tan voraz quanto mi inconcebible pasion por vuestra infernal prima me impedia gozar de las prodigalidades con que la colmaba; era un convite que yo daba, y en el cual no tomaban parte, en una palabra, el que á esta hora me pusiese en estado de sacrificar absolutamente á mis ídolos queridos, no ya aqui, sino en otra parte, porque Paris me horroriza; por decirlo de una vez el que á su generosidad sin límites no pondria otra condicion que la de llevaros conmigo, á este tal le diré: Si, si, mil veces si, aunque fuese Lugarto! Todo esto os sorprende un poco... meditad este lenguaje; consultad tambien vuestros letrados si gustais, y vereis que sea cual fuese el porvenir que la suerte os reserve, será preciso someterse á él ciegamente... Es imposible, segun espero, obrar mas francamente de lo que he obrado... En una palabra, y para dejaros una idea agradable, y os prevengo que es muy posible que los mencionados proyectos de viage se realicen muy proximamente... pasado mañana, quizás...

Dichas estas palabras me dejó sola Mr. de Lancry.

XXIX.

EL DIA DE SANTA CLARA.

Mi entrevista con Mr. de Lancry, y el horror que me causaron sus amenazas, causaron sin duda la esplotasion de una enfermedad cuyo gérmen existia en mí.

Hacia tiempo que padecia una fiebre lenta, de que no habia hecho caso; los acontecimientos se habian sucedido de tal modo, habia estado forzada á tomar parte en ellos de un modo tan altivo, todas mis facultades habian sido tan violentamente escitadas desde la primera enfermedad de Emma hasta su casamiento y hasta la muerte de Ursula, que no habia tenido por decirlo asi tiempo de estar mala.

Y luego... por lo mismo que mi sacrificio habia sido grande... habia sido... habia sido muy doloroso... Mi amor á Mr. de Rohegune no habia perdido nada de su fuerza... mi consuelo consiste en las seguridades que me daba de que este sentimiento quedaba unico en su corazon.

Debia tarde ó temprano resentirme de tantas penas;

sentia manifestarse en mí una indisposicion grave; decia á mi pobre Blondeau que se sorprendia de ver mi valor:

—No te alegres todavia; desde que yo no tengo preocupaciones, temo una violenta reaccion de la parte física sobre la moral; hasta el presente me he sostenido por mi energia, temo que esta fuerza facticia me falte de repente.

No me engañaba, este sacudimiento fué acarreado no por haber cesado mis inquietudes, sino por mi última conversacion con Mr. de Lancry.

Asi se esplicaba el sentido de un pasage de una de las cartas de Mr. de Lugarto en que me decia que él «crearia á mi marido imperiosas razones de no abandonarme, y que el porvenir debia asustarme.»

Mr. de Lancry estaba sin recursos, Mr. de Lugarto le ofrecia sin duda mucho dinero para forzarlo á llevarme con él; no me atrevo á decir todo lo que me sobresaltó este pensamiento, conociendo la degradacion en que habia caido Mr. de Lancry, su amor al oro, su ódio contra mí, y sobre todo la atroz maldad de Mr. de Lugarto, que desde tanto tiempo me perseguia con su venganza.

No lo dudo, estos nuevos sobresaltos me causaron una conmocion á la cual no pude resistir.

Apenas me dejó Mr. de Lancry fui atacada de unas horribles convulsiones á las que siguió una violenta fiebre cerebral.

Estuve, segun me dijeron Blondeau y el buen Gerad, por espacio de quince dias en un estado desesperado. Mr. de Lancry desapareció al dia siguiente de caer mala, dejando una carta para mí en la cual me anunciaba en pocas palabras que mi enfermedad cambiaba todos sus proyectos y que se iba á Italia.

Esta prueba de insensibilidad no me sorprendió ni me conmovió.

Mi pobre Blondeau escribió á Mad de Richeville el estado alarmante en que me hallaba. Esta escelente amiga volvió al instante á Paris con Emma y Mr. de Rohegune. No se podia pensar en transportarme fuera de mi pequeña habitacion de la calle de Borgoña. Mad. de Richeville se vi-

no á ella y no la dejó hasta que pude ir con esta buena amiga á Maran el tiempo de mi convalecencia.

Todos los dias pasaba Emma muchas horas conmigo, hasta mi completa curacion. No necesito decir las afectuosas atenciones que le debí, y porque admirable sacrificio Emma me probó su reconocimiento por lo que habia hecho por ella en otro tiempo.

Mi fiebre cerebral se habia complicado con una maligna, cuya curacion duró cerca de cuatro meses. No pude ir á Maran hasta fines del invierno.

A mediados del verano de 1837 habitaba en aquella posesion; me hallaba si no restablecida, al menos fuera de convalecencia. Me quedaba una gran palidez, mucha debilidad, y una extrema sensibilidad nerviosa. El doctor Gerard creyó absolutamente indispensable que fuese á pasar el otoño y el invierno siguiente al mediodia.

Volví á Maran con recuerdos bastantes tristes; pues habia padecido mucho. Despues de mi convalecencia, Mad. de Richeville vivía allí conmigo, y pasado algun tiempo se nos reunieron Mr. de Rochegune y Emma, cuyo cariño fué suficiente para calmar la pena de los pensamientos que de cuando en cuando venian á ocuparme.

Me fué sin embargo preciso tener mucho valor, fuerza y resignacion para comprimir la triste impresion que me causaba á veces á pesar mio, el afectuoso cariño de Mr. de Rochegune á Emma. Este casamiento habia sido el objeto de todos mis deseos; hubiera sido la mas desgraciada de las mugeres si no lo hubiera visto efectuado, y no podia menos de experimentar crueles y amargos sentimientos.

Ay! irritada por tantas penas, perdía sin duda mi elevacion primera; ver la felicidad de Emma, de Mad. de Richeville á que tanto habia contribuido me arrebatava siempre, pero tambien me hacia pensar en la vida desgraciada á que me veia reducida.

No podia dejar de dar á menudo una vuelta sobre mi misma, contemplando las personas que eran felices; no para tenerles envidia, gran Dios! sino para llorar mi mise-

ria, sí, mi miseria, porque aunque oculta, aunque muerta á los ojos de todos, mi pasión no era menos profunda. Amaba, amaba siempre á Mr. de Rochegune.

Debíamos celebrar en Maran el día de Santa Clara, día de Mad. de Richeville, el 12 de Agosto de 1837.

Se verá porqué motivo no puedo olvidar aquella fecha ni aquel día.

Serian las once de la mañana y el sol estaba radiante. Me paseaba en una de las calles de árboles mas espesos del parque, que daba al lado del castillo en que estaba alojada Mad. de Richeville. Esta señora se levantaba ordinariamente bien tarde; aguardaba á Emma que debía venir por mí, para ir á darle los días á su madre, y presentarle un gran ramillete de rosas y de yerba doncella, sus flores predilectas, que debíamos coger nosotras mismas.

Ví venir á Mr. de Rochegune y le di la mano.

—Qué hermoso día para celebrar el de nuestra amiga, le dije sonriéndome, y mostrándole luego las flores que tenia en la mano, añadí: Es tan hermoso como este el ramillete de Emma?

—Concluyó el suyo saqueando uno de los cuadros del jardín. No hay cosa mas graciosa que verla meterse por medio de un cuadro de rosales, llenos de rocío.

—Es regular que con este motivo le hayais compuesto un delicioso madrigal. Pero no, le dije, el encarnado de sus mejillas es tan fino, que seria injuriar á Emma compararla con una rosa.

—Y vos? mi pobre Matilde, dijo mirándome con interés, cuando se os podrá comparar con otra cosa que no sea un bello lirio? cuándo vuestra palidez se matizará con un poco de carmin?

—Mr. Gerad opina que en estando algun tiempo en el mediodia me restableceré del todo, y soy del mismo parecer, amigo mio.

Me miró atentamente y me dijo meneando tristemente la cabeza.

—Sereis la sola entre nosotros que no sea ilfez? vos á quien debemos la felicidad que gozamos.

—Amigo mio, qué idea! Mi palidéz no es natural despues de una enfermedad tan larga?

—Matilde, no podeis convenir en ello, vuestro marido os atormenta. Nunca recibís noticias de él. Escribe generalmente muy poco, y luego el servicio de correos en Italia se hace mal, segun se dice.

—Ah! Matilde, Matilde, añadió suspirando. Vuelvo siempre á lo mismo. Cómo ha podido dejaros en el momento en que habiais caido tan gravemente enferma? no hay asuntos interesantes que puedan dar motivo á semejante conducta.

—Amigo mio, os lo repito. Se trataba de un crédito considerable con el cual no contaba ya, y que en nuestra situacion actual era bastante importante; digo nuestra situacion, porque siguiendo el consejo de Mad. de Richeville y el vuestro, he ocultado á Mr. de Lancry la conservacion de esta tierra, por temor de que sus ideas de prodigalidad volviesen á estimularlo; cuando le vea corregido por la adversidad, le manifestaré que tenemos esta renta. A estas horas no sabe que la poseemos, es muy sencillo que se haya ocupado muy activamente de aquel negocio.

Mr. de Rohegune meneó la cabeza como dando á entender su incredulidad.

Mentia yo mal sin duda, pero no habia podido imaginar otro pretesto á la partida de Mr. de Lancry.

Dejar penetrar á Mr. de Rohegune en qué términos lo pasaba con mi marido, podia despertar sus sospechas y ponerlo en camino para saber el sacrificio que habia hecho por Emma; lo cual queria evitar á todo precio, desde que habia renunciado á mi designio de revelarlo todo á Mr. de Rohegune.

—Es menester creeros, repuso Mr. de Rohegune dando un suspiro, siempre que os hablo de Mr. de Lancry no sé porqué me parece que su conducta para con vos, oculta algun misterio! Temo que no seais feliz; no, no sois feliz, habeis sido juguete de vuestro corazon noble, como

vuestro marido lo habrá sido de sus buenas resoluciones. Durante algun tiempo convengo en que se haya arrepentido sinceramente, pero sus antiguos hábitos habrán dominado y habrá querido mejor pasar una vida aventurera que vivir oscuramente con vos, y... Pero mirad, Matilde, no hablemos mas de esto, no quiero decir todo lo que pienso, me engaño sin duda y os afligiria.

—Teneis razon, amigo mio, no hablemos mas de esto, no tengais inquietud ninguna. Algunas veces, aunque conozca bien la pereza de Mr de Lancry, me inquieto por no tener noticias suyas, esto es lo que me entristece. Para desechar estas mezquinas ideas, hablemos de vos y de Emma, de vuestros proyectos.

—Hablar de nosotros es hablar tambien de vos! os debemos tanto! nunca mi vida ha sido mas tranquila, mas dulce, mas serena; y luego Emma es tan feliz con tan poco!! Algunas veces, pobre niña, me echo en cara no hacer bastante por ella, casi me confundo de verla tan fácilmente satisfecha y contenta.

—Hablando tan modestamente de la felicidad que labrais, amigo mio, sois como los grandes poetas que hallan mas sencillo componer muy fácilmente obras magnificas, y que se sorprenden al ver la admirable influencia de aquellas obras que tan poco les cuestan.

—No, os lo aseguro, Matilde; tengo apariencia de darlo todo y recibo mucho mas que lo que doy. Soy muy feliz. Si salgo por casualidad del estado delicioso de calma y de confiada seguridad para formar algunos proyectos, es para volver luego con nuevo placer. ¿Qué os he de decir? esta vida no tiene quizás lo grandioso, el entusiasmo, los sublimes impetus de la pasion: pero es buena: despues de la vida que habia soñado partir con vos, no sé que haya una mas agradable que esta. En los primeros tiempos de mi casamiento, deseaba que se desarrollase en mí un afecto mas vivo; ahora lo sentiria; quitaria al cariño que tengo á Emma el carácter que hace que no se parezca á ninguno otro.

—Teneis razon, amigo mio; la especie de culto pro-

fundo que Emma os rinde, excluye, por decirlo así, de vuestra parte, toda mudanza. No se alarme vuestra modestia con esta comparacion; pero los dioses, por buenos que sean, no aman de la misma manera que son amados.

—Ah! Matilde, me dijo riéndose, conozco la garra de Mad. de Maran bajo esa *divinizacion* burlona.

—Os estimo demasiado para exagerar vuestras alabanzas. Confesad que hay verdad en lo que os digo, y que mi comparacion es tan exacta como puede serlo una comparacion.

—No niego la loca idolatria de Emma respecto á mi; seria menester ser tan ciego como ingrato; solamente niego que la merezco, ó mas bien... mirad, voy á pasmaros; acepto vuestra comparacion toda entera, sobre todo á causa de mi *divinizacion*.

—Esto es muy escelente, le dije sonriéndome.

—La acepto no cómo una alabanza, sino como una censura esacta y razonable.

—Veamos, amigo mio, esplicadme esa censura que distaba mucho de mi pensamiento, os lo aseguro.

Mr. de Rochegune continuó en tono sério.

—Juzgais de mi corazon mejor que yo mismo. Aquellas vanas reprensiones que me dirigia por no hacer bastante por Emma, no tienen otra causa que la especie de *divinizacion* de que me hablais y á la cual me he prestado. *Me dejo amar* muy á lo sultan: soy como aquellos dioses falsos, que á fuerza de ser adorados, concluyen por creer en su poder y se persuaden que hacen mucho por el pobre género humano permitiéndole que los idolatren. Sériamente, Matilde, me ilustrais; ahorrais quizás muchas lágrimas á Emma: en la indolencia de mi felicidad, podia haber visto un dia, ó egoismo, ó frialdad, y yo tendria un remordimiento eterno, por haber causado la menor pena á este ángel de bondad.

—Ahora soy yo la que podria echaros en cara ser tan maligna como Mad. de Maran, le contesté sonriéndome; os digo no un cumplimiento, sino una cosa verdadera, y haceis de ello un epigrama contra vos.

—Á propósito de Mad. de Maran, sabed que su parálisis es completa, me dijo Mr. de Rochegune; mi antiguo ayuda de cámara Stolk, estuvo no sé para qué, á ver á Servion, mayordomo de vuestra tia, y parece que este y todos sus criados la tratan indignamente; ella se vé obligada á aguantar aunque rabiando; nadie se interesa por ella.

Nuestra conversacion fué interrumpida por Emma, traia en una mano un ramillete de rosas, y en la otra varias cartas que entregó á su marido, diciéndole:

—Acaba de llegar el correo. Ha traído estas cartas, amigo mio.

Mr. de Rochegune le dijo, metiendose las cartas en la faltriquera.

—Mad. de Richeville puede recibirnós, mi querida Emma?

—Sin duda: hace mas de media hora que está hablando con el buen clérigo Dampierre.

—Vuestro cura, señora castellana, me dijo Mr. de Rochegune.

—Es el mejor y el mas pobre de los curas de lugar; le dije, no podeis formar una idea de su caridad, de su carácter verdaderamente evangélico.

—Y qué sencilla y noblemente habla! dijo Emma. El Domingo pasado estaba admirada en la iglesia. Todo lo que decia estaba al alcance de sus feligreses, y sin embargo aquel sermón podia predicarse tambien delante de un rey y de su córté

—En efecto, no hay nada mas digno que la sencillez, dijo Mr. de Rochegune. No he visto un hombre de una razon mas sana, de un juicio mas esacto que este buen clérigo Dampierre. Lo que dice Emma es la pura verdad; su lenguaje seria notable en todas partes. Es uno de los hombres que mas aprecio. Es tan raro lo grande de su modestia, como la gracia y la belleza reunidas con el candor. Entiéndase que no digo esto por vos, Emma, nuestra hermana Metilde no me lo perdonaria; tiene celos de las alabanzas que se hacen de vos... cuando no son suyas.

Mientras que Mr. de Rohegune hablaba, Emma no quitaba los ojos de él; no era amor, era una adoración apasionada de todos los momentos. No vivía en sí, vivía en él.

Casi siempre después de estos momentos de éxtasis contemplativos, durante los cuales parecía que no aspiraba la felicidad de una vez, me lanzaba una mirada de reconocimiento inefable.

Así que acabó de hablar Mr. de Rohegune, me cogió Emma la mano, y le dijo con un acento encantador.

—Nuestra hermana Matilde tiene razón... nadie más que ella puede lisonjearnos de una manera graciosa.

—En verdad, mejor que yo?

—Sin duda. Vos, amigo mío, me habláis de mí. Ella por el contrario me habla de vos, y decirme que me amais no es alabarme más de lo que puede expresarse.

—Lo acepto en este sentido; que cuando Matilde me dice que me amais, me elogia más de lo que puede expresarse.

Emma meneó su linda cabeza rubia y dijo sonriéndose.

—Oh! eso no es lo mismo: nada más sencillo que vivir; no se os felicita porque se viva, sino cuando se vive feliz.

Pasamos una deliciosa mañana con Mad. de Richeville. Supliqué al señor Dampierre viniese á comer con nosotros para celebrar aquella fiesta de familia:

A eso de las tres, llamó á mi puerta Mr. de Rohegune.

Me sorprendió su palidez y la sombría expresión de su fisonomía; traía en la mano una carta abierta.

—Matilde, me escriben de Italia, os suplico, me dijo, que leáis esto.

Y me señaló un pasaje de la carta que me presentaba.

Leí lo que sigue.

«Cuando llegué á Nápoles se hablaba más que del lujo desmedido que Mr. de Lugarto había desplegado en aquella ciudad, de su vida lisonjera y de algunas abominables cuyo eco había sido tal que el rey lo había echado de sus estados algunos días antes de mi llegada, sin que el encargado de negocios del Brasil hubiese hecho la menor re-

»clamacion, sabiendo perfectamente lo que valia, lo que
»merecia su indigno compatriota, que es por lo demás ge-
»neralmente, execrado y justamente despreciado por sus pai-
»sanos. Esto no me sorprendió del todo, porque conocia á
»Lugarto desde larga fecha; pero lo que me sorprendió...
»pero lo que no hubiera podido creer, si nuestro embajador
»no me lo hubiese asegurado, era que el amigo íntimo, el
»compañero de libertinage de Lugarto era el vizconde de
»Lancry, que en otro tiempo se habia batido con él por un
»motivo muy sério, que me han contado, pues no estaba
»en Paris en aquella época. Se dice que Mr. de Lancry ar-
»ruinado completamente, está del todo bajo la dependencia
»de Mr. de Lugarto. Han salido para Nápoles en un vapor
»fletado por este último. Todos á una voz desean en esta
»ciudad que se reunan todos los accidentes que puedan ha-
»cer funesta su travesia.»

Dejé caer la carta de las manos sin atreverme á mirar á Mr. de Rohegune.

--Ah! Matilde... me habeis engañado, me dijo en tono de reprension.

La intimidad de Mr. de Lancry con ese monstruo me dice mas de lo que pudiera pensar.

--Pues bien!... si... queria ocultároslo... segun lo habiais sospechado, las buenas resoluciones de mi marido duraron muy poco. Su vuelta fué sincera... pero se cansó de pasar una vida oscura y pacífica... Creo al presente, como vos, que la razon que me dió para irse á Italia eran un pretesto.

--Y su union con aquel monstruo que en otro tiempo tanto os persiguió con su ódio, exclamó, ¿cómo la calificareis?

Ay! no me atrevia, no podia decirle las pruebas recientes que habia tenido tambien del ódio tenaz de Mr. de Lugarto, pues estos acontecimientos estaban ligados con mi sacrificio por Emma.

No respondí.

--No hablemos mas de esto, le dije con una firmeza que le impuso.-- No sois vos.. no, el que osará espresar un

solo recuerdo sobre lo pasado... eso seria horrible para Emma que os hace tan feliz, seria afrentoso para mí... Que mi marido se conduzca mal ó bien en lo sucesivo respecto á mí, no es esa la cuestion. El afecto que le profesó podrá desvanecerse mañana, pero moriria yo mil veces antes que olvidar mis deberes... os lo juro por la memoria de mi madre... En cuanto á vos... sois incapaz de dejar nunca suponer á esa desgraciada niña que sentis haberos casado con ella. Conocéis su carácter... Pensad en ello, la mataríais... moriria de desesperacion...

—Ah!... esto es horroroso, dijo ocultando su cabeza entre las manos, y se fué violentamente.

Menos me espantó saber la reunion de Mr. de Lancry y de Mr. de Lugarto que la impresion que esta noticia debia hacer en Mr. de Rohegune.

Lo creia incapaz de dejar pensar á Emma que estaba arrepentido quizás de haberse casado con ella, pero temblaba de que se vendiese á su pesar...

Este dia tan felizmente comenzado se anunciaba de una manera fatal. Qué triste fin debia tener!

XXX.

EL CURA DAMPIERRE.

Mr. de Rochegune supo dominarse lo bastante para no dejar penetrar nada de los afectos que le agitaban...

Estábamos reunidos, antes de comer, en la sala chica el señor cura Dampierre, Mad. de Richeville, Emma y yo.

El cura Dampierre era un anciano con el pelo cano y fisonemia imponente; su voz llena y sonora daba un acento de gravedad á sus menores palabras.

Estoy aun viendo esta escena.

En el fondo del salon, Mad. de Richeville, sentada en un sofá, tenía á su lado al cura Dampierre; Emma y yo estábamos separadas por la mesa en que se servía el café.

Mr. de Rochegune acababa de irse para contestar algunas cartas; el correo de Tours á Paris pasaba á las nueve de la noche, y se podía responder á correo tirado á las cartas recibidas por la mañana.

Stock, el antiguo ayuda de cámara de Mr. de Roche-

gune, entrò y dijo á Emma presentándole una carta.

—Esta carta la ha recibido el señor marques con las tuyas, y se le habia olvidado remitirla á la señora marquesa.

—Una carta para mí? dijo Emma riéndose, esta es la primera que recibo aquí; una carta de Paris? dijo mirando el sobre. Estaba sin duda con las que trage esta mañana á Mr. de Rochegune, y no paré en ella la atencion.

—Veamos pronto, vuestra correspondencia, querida niña, dijo sonriéndose Mad. de Richeville.

—Permitireis, señor cura, dijo Emma.

El cura Dampierre inclinó la cabeza.

Abrió Emma la carta, recorrió las primeras líneas, y nos dijo:

—Es pidiendo una limosna.

—Leedla en alto, hija mia, dijo Mad. de Richeville. Así nos asociaremos á vuestra buena obra.

Emma leyó lo que sigue:

«Señora.—Acude á vos una desgraciada con esperanza y confianza, bien segura que acogereis la súplica de una infeliz madre víctima de su debilidad y de su corazon, y que no tiene mas excusa que la fuerza de la pasion que la estravió.»

Suspendió Emma la lectura y miró á Mad. de Richeville y al cura.

—Se puede hallar una excusa mas insignificante! dijo este, encogiéndose de hombros; es lo mismo que quejarse de los estragos del fuego, cuando el que se queja ha incendiado. No es así, señora duquesa?

—Sin duda, señor cura, respondió Mad. de Richeville algo turbada, porque á pesar de su espiacion le habia quedado una especie de susceptibilidad muy dolorosa respecto á todo lo que podia hacer alusion á su conducta pasada. Dirigiéndose luego á Emma, continuad, hija mia.

Emma continuò.

«Mis padres me casaron siendo muy jóven, con un

»hombre que hizo mi vida desgraciada. Sus defectos y ma-
»trato fueron la causa de mi mala conducta; señora, puedo
»jurároslo delante de Dios.»

—Oh! exclamó el cura con indignacion, qué sacrilegio!
Invocar el nombre de Dios para atestiguar una afrenta.

—Es verdad, señor cura, dijo ingénuamente Emma,
cómo se atreve á hacer semejante confesion? Y además,
qué cosa hay en el mundo que pueda excusar la mala con-
ducta? preguntó á Mad. de Richeville. Me parece que si
mi marido me hiciese los mayores agravios, en lugar de
imitarlo, trataria de atraerlo á mí, á fuerza de resignacion
y de cariño. Y al menos podria pedir á Dios que le perdo-
nase sus culpas.

—Ah! señora, dijo el cura conmovido, dirigiéndose
á Mad. de Richeville y mostrándole á Emma, hé ahí vues-
tra obra, hé ahí el fruto de la educacion que le habeis da-
do.

Mad. de Richeville se sonrojó y no respondió palabra,
pero sus miradas me decian bien claro que aquella conver-
sacion le iba incomodando.

Lo conocia yo tambien, pero no sabia como romperla.
Emma continuó la lectura.

«Mi marido me abandonó á los cuatro años, y desde
»aquel tiempo no sé lo que ha sido de él; sin embargo,
»señora, apenas me atrevo á trazar estas palabras, tan gran-
»de es mi confusion. Para una niña que acababa de nacer
»y que no es hija suya, es para lo que me atrevo á recla-
»mar vuestras bondades.»

—Ah! eso es infame! exclamó el cura.

Emma no pronunció una palabra, pero hizo un gesto
de desprecio tan doloroso, de disgusto tan profundo, tiran-
do la carta á sus pies, que su silencio y la espresion de su
fisonomia fueron tan significativos como las palabras mas
acerbas.

Nunca, Dios mio! nunca olvidaré la conmocion que
Mad. de Richeville no pudo ocultar, su sonrojo, su ver-
güenza.

Sus ojos se encontraron con los míos... me señaló á Emma con una mirada.

La comprendí.

La infeliz madre se veía deshonrada por su hija, en nombre de los excelentes principios en que la había educado.

Mad. de Richeville no pudo menos de decir indiferentemente algunas palabras para su defensa.

—Hija mia, dijo tristemente, es menester tener alguna compasion con los culpables: esa pobre madre, por reprehensible que sea, no es quizás digna de lástima?

—Señora, dijo el cura Dampierre con voz firme, soy un sacerdote, soy un anciano; me permitís que os hable con sinceridad.

—Sin duda, señor cura, os lo suplico, dijo Mad. de Richeville sintiendo que se aumentase su confusion.

—Pues bien! señora, es de sentir que personas como vos, como estas señoras, que pueden apoyarse en la autoridad de sus virtudes y de una vida ejemplar, para condenar severamente el vicio, sean indulgentes con él por una piedad mal entendida! En verdad señora, es justo tomar casi tanto interes por las desgracias vergonzosas y merecidas como por los infortunios nobles y dignos de lástima?

Asustada yo con el giro que tomaba la conversacion, no pude menos de decir:

—El señor cura tiene razon. Recoged esa carta, Emma, harémos que se nos informe acerca de esa muger, pues quizás sea un ardid para burlarse de vuestro carácter bondadoso; no hablemos mas de ello.

—Voy á concluir la lectura de la carta, repuso naturalmente Emma. Pero, lo confieso, lo que acaba de decirme el señor cura me ha hecho no tomar interes por una muger que se atreve á vituperar la conducta de su marido, al mismo tiempo que se degrada tanto como él y aun quizás mas.

—Estais muy severa, Emma, dijo la desgraciada duquesa tratando de ocultar una lágrima.

Emma le respondió sonriéndose con estremado candor.

—Es verdad, pero me habeis dado ideas tan generosas, y ejemplos tales que no puedo dejar de sentir un horror invencible á todo lo que es bajo ó criminal. Cuantas veces me habeis dicho que la virtud era en las mugeres lo que el valor en los hombres. Y lo confieso, detesto las vilezas.

Continuó Emma la lectura.

«Aunque en el infortunio, no he merecido mi suerte; »pues mi educacion, mi nacimiento, parecia presagiarme »otro destino, me atrevo á creer que estas últimas consideraciones os interesarán á favor mio; y en fin, señora, »mi hija, mi pobre niña no debe, no puede ser responsable »de la falta de su madre. Si merezco censura, mi hija es »acreedora á que se interesen por ella; si hay derecho para »acusarme de mala conducta, yo lo tendré para acusar »de insensibilidad á los que no tengan compasion de mi »hija.»

El cura Dampierre no pudo contener un nuevo movimiento de cólera magnánima; exclamó:

—Por desgracia esa miserable repite todo lo que dicen las que se hallan en su caso; y como ellas, todo lo que invoca para sí debe ser invocado en contra suya.

—Sobre todo su educacion no la hace imperdonable? dijo Emma dirigiéndose á Mad. de Richeville. No se pueden aplicar á esa muger aquellas palabras tan verdaderas que me habeis repetido tantas veces, y que nunca he olvidado. «La nobleza obliga.» Ahora se debe decir lo mismo de la educacion... «Las faltas aumentan su gravedad en razon del cultivo del talento; »añadiais tambien.

—La señora duquesa, tenia mil veces razon, dijo el cura, pero no es esto todo: ved como el vicio se descubre siempre por un lenguaje estúpido, hipócrita y cruel; porque esa muger dice en su carta... mi hija no debe ser responsable de la culpa de su madre, se cree absuelta ó uno de los grandes crímenes que afijen á la humanidad de marcar para siempre jamás con el sello de la reprobación general, á una pobre criatura inocente.

—Ah! eso es horroroso, exclamó Mad. de Richeville mirándome como desesperada.

El cura Dampierre creyendo que esta exclamacion que acababa de hacer la duquesa era aprobando su discurso, continuó con calor:

—Y no digo lo bastante: no... señora... porque envuelvo en el mismo anatema á la madre que mata á su hijo; y á la que lo sacrifica á una vida infame y dolorosa.

—Ah! exclamó Mad. de Richeville.

—Si, señora... una muger criminal es tambien una mala madre, no sabe que por una terrible necesidad moral y social su hijo es responsable del crimen materno! No sabe que está puesto fuera de la ley comun! que no tiene nombre ni familia! que nunca sus lábios pronunciarán esta palabra bendita: madre mia! ó bien que si conociere el secreto criminal de su nacimiento... seria para verse forzado á despreciar á pesar suyo á aquellos que Dios quiere que respete y que ame.

—Oh! sí, dijo Emma, eso es espantoso... Una madre que espone á su hijo á despreciarla un dia... no le hace maldecir el ser que le ha dado por su crimen?... Estar obligado á despreciar á su madre... Dios mio!! pero en efecto... la muerte es mil veces preferible...

—Oh! Emma; exclamé yo.

Me mirò con asombro.

—¿Qué quereis, amiga mia?... me dijo.

Mad. de Richeville que habia estado á punto de descubrirse, pudo vencer su conmocion, pero estaba pálida.

—En verdad, querida niña, dije á Emma, os acalorais mucho en esta discusion... Y luego, estas ideas son penosas; mirad, hablemos de otra cosa. Me parece, como á vos que la manera con que se implora vuestra piedad en esa carta, no debe interesaros; la noche está hermosa; tengo un poco de jaqueca, vamos á dar un paseo por el parque.

Emma por una estraña fatalidad, se encaprichó en querer acabar de leer aquella carta.

Temia que mi instancia por querer impedirselo le llamasen la atencion; por otra parte asegurada por una mira

de Mad. de Richeville que se habia repuesto del todo, la dejé continuar.

—No hay mas que unos pocos reglones, me dijo, pronto se concluirá.

Continuó pues como sigue:

«Mas que nadie, señora, debeis compadeceros de mi infortunio... ó mas bien del de mi hija.»

—¿Por qué yo... mas que otra cualquiera debo interesarme por esta infeliz?... nos preguntó Emma mirándonos atónita...

—Dejad eso... os digo, hija mia, que esa muger está loca, exclamé yo.

Incitada por un inesplicable presentimiento, me levanté para quitarle la carta de las manos.

Era tarde, pues continuó leyéndola.

Sus ojos siempre fijos en aquella carta fatal, se agrada-ron de una manera espantosa.

Sus labios se agitaron convulsivamente: se puso pálida como la muerte: luego, por un movimiento mas rápido que el pensamiento, se arrojó á los piés de Mad. de Richeville, diciendo con una voz que movia á compasion:

—Si sois mi madre... oh! perdon... perdon... no me maldigais!...

Es imposible pintar esta escena.

La duquesa, aterrada por estas palabras, permaneciò muda... inmóvil.

El cura Dampierre se levantó bruscamente, y juntó las manos con una espresion dolorosa.

Emma, sollozando, ocultaba su cara en las rodillas de su madre.

Despues de algunos minutos de profundo silencio, Mad. de Richeville, separando suavemente á su hija, la cogió por la mano, la hizo poner en pié, levantándose ella tambien y dijo al cura Dampierre con resignacion y dignidad.

—Padre mio, merezco las reconvenciones que haceis á las madres criminales... Emma es hija mia... trato hace muchos años de espiar mi culpa... el Señor ha querido hoy im-

ponerme un castigo terrible... cúmplase su voluntad... no desespero de su misericordia infinita...

El cura Dampierre respondió con voz muy conmovida:

—La verdad es una para todos, señora duquesa; el deber de un ministro del Señor es hacerla oír de todos... aquí en la tierra; pero Dios solo es el que condena ó perdona... Lo habeis dicho, señora... su misericordia es infinita; en el día de juicio se nos toma en cuenta la espiacion.

Saludando despues con mucho respeto, se fué.

El resto de la carta infernal contenia estas palabras:

«Mas que nadie, señora, debeis compadeceros de mi infortunio, ó mas bien del de mi hija porque sois hija natural de Mad. de Richeville; os daré pruebas de ello si me socorreis. Tened la bondad de enviarme lo que podréis darme, por medio de una órden sobre correos, á Paris, á favor de Mad. Jenny Pierron, madre de la señorita Albin, que os ha criado, y que sabe el secreto de vuestro nacimiento.»

¿Esta carta era efectivamente de letra de aquella mujer?

¿Seria esto una nueva y horrible maquinacion de Mr. de Lugarto? Esto es lo que entonces no pudimos aclarar ni Mad. de Richeville, ni yo.

Cuando pude reflexionar, recapacité que despues de la reclamacion de Emma hubiera quizás debido impedir que Mad. de Richeville hiciese su irreparable confesion, afirmando que aquella carta mentia; pero siempre se hubiera despertado alguna sospecha en el espíritu de Emma, y esta duda le hubiera sido probablemente tan cruel como la certidumbre.

Mientras mas me acerco á la conclusion de estas tristes memorias, mas se oscurecen los acontecimientos.

Algunas veces creo que me va á faltar valor.

Lo que me queda que contar es tan reciente que no puedo detenerme en ello como en los hechos pasados mucho tiempo há.

Nunca he retrocedido ante el análisis de mis penas; buscaba, hallaba en ellas cierto amargo encanto. Para mí, que nunca me levanté; esta relacion venia á ser como una esplosion de lágrimas y de sollozos comprimidos por mucho tiempo.

Pero, cuando se trata de pintar las angustias atroces de las personas que tanto he amado, se oprime atrozmente mi corazon... siento casi detenerse mi pluma.

El dia despues de esta escena fatal, me dijo Emma estas palabras, que resumian la dolorosa posicion en que debió hallarse en lo sucesivo respecto á Mad. de Richeville.

»No me perdonaré nunca haber hablado de mi madre como lo hice delante de ella.»

Hablándome de los temores que le inspiraba el descubrimiento del nacimiento de Emma, Mad. de Richeville siempre me dijo:

»La vida me será horrible desde el momento que tenga que sonrojarme delante de Emma.»

Ahora, que pienso en los tormentos de esta desgraciada madre despues que un funesto acaso habia rodeado aquella conversacion en que su falta habia sido tan enérgicamente afeada delante de su hija, y por su misma hija...

Ahora, que pienso en los remordimientos de Emma que se reprenhia sin cesar haber acusado á su madre! en la lucha que se suscitó entre su cariño á Mad. de Richeville y la inexorable severidad de los principios que esta misma habia desarrollado en su hija.

Sin duda el cariño de Emma á su madre lo hubiese logrado algun dia; pero la pobre niña no debia nunca consolarse de las duras palabras que habia pronunciado.

Ay! yo era la confidente de estas dos almas, mortalmente heridas.

Algunas veces me decia Emma:

»La bondad de mi madre me traspasa el corazon, su afan por asegurarme que no conserva recuerdo alguno de aquella conversacion fatal, me prueba que no deja de pen-

»sar en ella, pues debe ser así... He hecho una herida incurable en su corazón.»

Mad. de Richeville me decía á su vez:

«Emma hace todo lo posible para convencerme de que no me desprecia; pero su carácter es muy elevado, la influencia de su educación es indeleble; á pesar de su cariño, á pesar del ciego afecto que me tiene, se acuerda algunas veces del juicio inexorable... pero justo que pronunció acerca de mi conducta... para que olvide nunca con qué indignación el cura Dampierre calificó con bastante justicia á las que estaban en mi caso.»

Todos mis razonamientos eran impotentes para tranquilizar á estas dos desgraciadas, tanto mas susceptibles cuanto mas estremada era su delicadeza.

Qué violencia, qué desconfianza, qué tristeza, qué frialdad involuntaria debían semejantes pensamientos secretos producir en sus relaciones hasta entonces tan afectuosas y tan cariñosas!

Cuantas veces los pesares agudos y silenciosos de la una ó de la otra de estas dos víctimas de una maldad atroz, fueron mutuamente interpretados como reconvenciones tácitas! Ay! cuando las fisonomías han contraído una expresión desconsolada, como distinguir la naturaleza de las penas que manifiestan!

En circunstancias tan difíciles, tan penosas, pudo apreciar la fuerza del carácter de Mr. de Rohegune, la bondad de su corazón; halló inagotables recursos en su sublime razón y en su talento para calmar, para dulcificar, para burlar estas sombrías desconfianzas.

Redobló su cariño, sus atenciones á Emma desde que la vió bajo la influencia de aquellas funestas preocupaciones.

A fuerza de elocuencia, de perseverancia, logró hacer la reacción de este golpe menos dolorosa, no cesando de repetir, de comentar lo que había dicho á Mad. de Richeville y á Emma, la misma noche de aquel fatal descubrimiento.

«La prueba señora, de que la espacion de ciertas faltas

»por grandes que sean, puede ser completa, es que yo, cu-
»yos principios nadie contesta; yo, que tengo como nadie la
»religion del honor; yo que llevo hasta el escrúpulo la ob-
»servancia de todos los deberes, pedí con empeño, recibí con
»felicidad la mano de Emma, que sabia era hija vuestra...
»A vista de su felicidad y de la vuestra, á vista del mundo,
»no teneis pues ahora mas razon de sentir su nacimiento
»que ella podria tener para echároslo en cara. En cuanto á
»lo demás... el inflexible cura Dampierre os lo ha dicho:
»la misericordia de Dios es infinita; y en el dia de juicio tie-
»ne en cuenta las espiaciones.»

Se acercaba el otoño, el tiempo estaba muy lluvioso, muy frio.

Mi salud no estaba restablecida; habia tenido tambien una leve recaida. Me era repugnante dejar á mis amigos en este momento, á pesar de los consejos casi urgentes, casi imperiosos del doctor Gerad que se interesaba verdaderamente por mí.

Viendo que sus consejos eran siempre inútiles, escribió á Mad. de Richeville que mi salud no se recobraría nunca, que mi pecho podria ser atacado gravemente, si me empeñaba en no querer ir á pasar el otoño y el invierno al mediodia.

Me fué preciso ceder á las instancias de mis amigos y partir.

Emma y su marido debian establecerse durante algunos meses en Rochegune; Mad. de Richeville queria volver á Paris.

A pesar suyo, no obstante todos los razonamientos de Mr. de Rochegune, y todas las seguridades de Emma, esta desgraciada madre sufría siempre en presencia de su hija... del mismo modo que Emma no podia vencer su inflexible terror de haber para siempre ulcerado el corazon de su madre...

Cuando me dejó, me dijo la duquesa:

—«Lo sabia, Matilde... la justicia del cielo no podia
»estar satisfecha... era menester que me alcanzase con un

»castigo terrible... ¿Y podia haber uno mas horroroso, más
»providencial!... ¿Se puede imaginar una posicion mas du-
»ra que la de una madre que se ve inexorablemente acusar
»y juzgar delante de su hija por la voz de un sacerdote ve-
»nerable... de una madre... que oye á su hija repetir los
»mismos anatemas?... Siempre que la venganza del cielo
»se aplaque con lo que he sufrido, con lo que sufriré hasta
»el fin de mi vida! y que no me reserve un último golpe...
»mas horroroso que todos los otros!»

Ay! la comprendí, sus fatales presentimientos no la
engañaban.

Me dejaron mis amigos.

Abracé á Emma por última vez... ay! por última vez ..
No debia volver á ver... nunca... nunca.

Sali para Hyeres con Blondeau y un criado.

Me establecí en este pueblo á principios de Octubre.
Poco despues de esta época, recibí la siguiente carta de Mr.
de Lancry; tenia el sello de Cádiz.

«Se dice que seguis siempre mala; restableceos pron-
»to. Iré á buscaros así que esteis en disposicion de viajar.
»No sabeis la sorpresa que os preparo. Vuestra enferme-
»dad cambió repentinamente mis proyectos un año hace,
»pero no perdereis nada en esperar; tomo tanto interés en lo
»concerniente á vos, que estoy al corriente de cuanto haceis:
»sé que estais en Hyeres, ó que estareis pronto. Puede que
»vaya á reunirme ahí con vos.

«Mi compañero de viage me encarga os dé mil memo-
»rias y os pregunte si se ha recibido en Maran en casa de
»Mad. de Richeville (por no decir en *vuestra casa*, porque sé
»ahora que la duquesa no es sino vuestra testa férrea), si
»el 12 de Agosto, se recibió en Maran una carta de Paris,
»fecha 12 de Agosto... dia de Santa Clara, feliz patrona de
»la bella duquesa arrepentida.

»En aquella carta dirigida á la marquesa de Rohegu-
»ne, *una pobre muger* pedia un socorro para su hija natu-
»ral... Mi compañero de viage, que está en todas partes á
»un mismo tiempo y que conoce á la *pobre muger* le acon-

»sejó que escribiese aquel día, pensando que se celebraría
»regularmente Santa Clara, y que llegando la petición en
»aquel momento, y quizás en medio de una buena y nume-
»rosa reunión sería mejor acogida y produciría mucho más
»afecto á causa de la revelación con que concluía: esto era
»una ventaja de más.

«Pregunta además mi compañero si el cura de Maran
»presenció la lectura de la carta que, por descuido, no se-
»ría entregada hasta después de comer, á la marquesita
»de Rochegune.

«Se os hacen estas preguntas, á las cuales se podría
»responder tan bien como vos, para probaros que estamos
»perfectamente instruidos y que hay tanta consecuencia
»en las ideas, como tenacidad en la ejecución de ciertos pro-
»yectos.

»Pasamos aquí una vida de Sardanápalo; vos sola...
»vos nos haceis mucha falta; así suspiro ardientemente por
»el día en que os vuelva á ver bella, lozana y buena.
»Esperando este feliz momento, trato de calmar mis penas »

Lo que había sospechado era verdad, el descubrimien-
to del nacimiento de Emma, aquella fingida petición eran
una nueva perfidia de Mr. Lugarto.

No había que dudarlo; para estar tan bien instruido co-
mo lo estaba, aquel hombre debía tener una persona adic-
ta á él, bien en mi casa, bien en la de Mad. de Riche-
ville, ó en la de Mr. de Rochegune.

Pasé el invierno sola y muy triste, recibiendo de
cuando en cuando algunas cartas de Mad. de Richeville ó
de Mr. de Rochegune. Este último no me ocultaba que
la reacción del golpe imprevisto que había herido á Em-
ma duraba todavía, que estaba mala, pero que á fuerza de
cuidado esperaba restablecerla completamente.

XXXI.

EL COFRECHITO.

Llegó la primavera de 1838.

Había estado seis semanas sin recibir noticias de mis amigos.

Comenzaba á inquietarme sériamente, cuando Mr. de Rochegune me escribió las siguientes palabras.

«Emma ha muerto, soy su homicida. Hé aquí sus últimas palabras. «Amais á Matilde: os habeis casado conmigo por compasion. Perdonadme la felicidad que os he debido.» Estos no son sentimientos, que me deja para toda mi vida, son remordimientos, horrorosos remordimientos. «Sí, soy su homicida; si nó le he tenido todo el cariño que se merecia; he dejado penetrar mis pensamientos. Un dia descubrió el amor que os he tenido! la pobre niña creeria que mi casamiento no me hacia feliz. Este error fatal la ha matado, no hay que dudarlo. La pena que le causó la revelacion de su nacimiento, estaba casi apaciguada; la veia

»renacer; cuando se declaró una horrorosa recaída. En un
»mes he perdido á este ángel! Tengo trastornada la cabe-
»za. Estoy loco de desesperacion.»

Fácil es de comprender mi punzante, mi horrible dolor al saber esta noticia.

No podía esplicarme como Emma habia podido saber el amor que me tenia Mr. de Rohegune, cómo habia podido suponer que se habia casado con ella por compasion, como en fin, lo acusaba de su muerte. Este misterio debia descubrirseme un dia.

Dejé á Hyeres, y así que lleguè á Paris, fuí á casa de Mad. de Richeville.

Esperaba hallarla desconsolada, dolorida; estaba firme, resignada. Aceptaba aquella grande pérdida como un castigo merecido. Me dijo con una sangre fria mas espantosa que las convulsiones del dolor: «Dios es justo: me castiga «en mi hija, la prueba viviente de mi crimen.»

Mad. de Richeville estaba tan pálida como el mármol, y por uno de aquellos fenómenos tan poco raros en los grandes dolores, sus cabellos habian encanecido en un mes. Hizo sus últimas disposiciones para retirarse al convento del Sagrado Corazon y vivir allí haciendo penitencia hasta el fin de sus dias. No queria ver absolutamente sino á mí y á la princesa de Hericourt.

Mr. de Rohegune partió poco tiempo despues de la muerte de Emma, sin saberse adonde habia ido.

Mad. de Richeville continuaba atribuyendo la espantosa agitacion que le habia hecho experimentar el descubrimiento del secreto de su nacimiento; desde aquella época, habia cambiado mucho, me dijo la duquesa. Su salud fuertemente alterada, se habia sin embargo mejorado no obstante una especie de languidez, cuando cerca de una mes antes de su muerte recayó de repente atacada de convulsiones violentas y de un aumento de tristeza que no sabia á qué causa atribuir. Desde este momento su vida no fué mas que una especie deagonia lenta, y se fué estinguendo poco á poco.

Durante esta triste relacion Mad. de Richeville no

me dijo una palabra que me pudiese hacer sospechar que Emma hubiese sido instruida del amor que me tenia su marido, ó que se hubiese persuadido de que no se habia casado con ella sino por compasion.

Cerca de un mes despues de aquel funesto acontecimiento Mad. de Richeville se retiró al convento del Sagrado Corazon despues de haber empleado en fundaciones de caridad, los bienes que le quedaban, á escepcion de una módica pension vitalicia que pagaba á las religiosas del convento.

Gracias á los aires del mediodia, estaba casi completamente restablecida; no quise salir de Paris y dejar á Mad. de Richeville enteramente sola durante los primeros tiempos del austero retiro á que se habia consagrado.

Se alegró de la resolucion que tomé de estar algun tiempo mas al lado suyo; para evitarme la incomodidad de establecerme de nuevo, me propuso que habitase su casa, cuya posesion, segun creo, le pertenecia durante un año. Diré porque entro en este pormenor.

Acepté la oferta. Sus agentes de negocios no le habian bastado para arreglar sus últimos asuntos de bienes; su sobrino, Mr. Gaston de Senneville, tenia con ella algunos intereses comunes en una herencia vacante; le ofrecio obsequiosamente sus servicios para ciertas transacciones, y debia representarla en varios consejos de familia. Mad. de Richeville, incapaz de ocuparse de negocios, aceptó; no queriendo ver ni recibir á nadie sino á mi y á Mr. y Mad. de Hericourt, me suplicó encarecidamente fuese su persona intermedia cuando Mr. de Senneville tuviese algunas noticias que tomar ó algunas firmas que echar.

Algunas veces, recibia tambien por la mañana á Mr. de Senneville.

Conservaba este siempre el depósito que le habia confiado. Dos ó tres veces envié á Blondeau á su casa para añadir algunas cartas á las que encerraba el cofrecito cuya llave le daba yo; mas que nunca temia la perfidia de Mr. de Lugarto.

El mes de Diciembre me escribió Mr. de Rohegune

que despues de haber viajado mucho tiempo, para distraerse, habia vuelto á Paris, pero que no se sentia con valor para verme ni á Mad. de Richeville; habia alquilado una casa aislada en la Huerta bajo un nombre supuesto, á fin de ser absolutamente ignorado, y me daba las señas para el caso en que Mad. de Richeville ó yo la necesitásemos absolutamente. Respeté su soledad y dolor, y ni aun me atreví á responderle. Supe por Mad. de Richeville que habia obtenido permiso especial de entrar por la noche en el cementerio del Padre Lachaise, donde estaban depositados los restos de Emma en la sepultura de la familia de Rochegune.

Envié algunas veces á Blondeau á informarse de la salud de Mr. de Rochegune por medio de Stolk, su criado de confianza. Su desesperacion era siempre muy profunda; solo una vez habia salido de dia para cumplir una obligacion contraida en otro tiempo con los oficiales que habian, como él, combatido por la independenciam de la Grecia, á la cabeza de tropas que habian equipado. Habia ido con uniforme á aquella reunion solemne; dijo que acababa de venir de su tierra y que se volvia al instante.

Uno de los últimos dias del año fui á ver á Mad. de Richeville, la cual estaba mas triste que de costumbre.

—Soy la causa involuntaria de una innoble calumnia, me dijo:

Mi sobrino Gaston es un miserable á quien no volveré á ver mas en mi vida. Ayer vino á verme la princesa de Hericourt; supo por casualidad que Mr. de Senneville interpretaba de una manera odiosa las relaciones que habeis algunas veces tenido con él á causa de mis asuntos: quiere hacer creer que la vida retirada que pasais está toda entera há mucho tiempo consagrada á él, y que fué á buscaros al mediodia. Tiene el atrevimiento de afirmar que Mad. Blondeau le lleva cartas vuestras y recibe las suyas; dice que son testigos de ellos muchos de sus amigos, que la han visto ir á su casa de parte vuestra y que por esta causa no se habia decidido á aceptar un casamiento que le proponia un amigo suyo.

No tuve necesidad de afirmar á Mad. de Richeville que

no habia oido hablar de Mr. de Senneville en todo el tiempo que estuve en Hyeres; le espliqué una parte de las razones que me habian obligado á confiar un depósito importante á la cortesania de Mr. de Senneville, y porqué Blondeau habia tenido que ir á su casa.

La duquesa se indignó tanto ó mas que yo con tan in-noble abuso de confianza.

Tomé inmediatamente una resolucion.

Al dia siguiente por la mañana envié á Blondeau á casa de Mr. de Senneville con órden de que me trajese el cofrecito. Si Mr. de Senneville estaba ausente, debia pedirselo á su ayuda de cámara, el cual como la conocia, no paso dificultad alguna y se lo entregó.

Subí al coche con Blondeau para llevar yo misma el cofrecito á casa de Mr. de Rochegune, reflexionando demasiado tarde, por desgracia, que ya no tenia que temer que el acaso le descubriese el contenido de aquellas cartas. En el camino pensé, que queriendo Mr. de Rochegune ocultar el secreto de su habitacion, seria mas prudente ir allá en un coche de alquiler, por temor de que la indiscrecion de mis criados pudiese reconocer á Stolk. Tomé pues uno y despedí el mio. Llegamos á la Huerta.

Tenia un triste placer en ver al menos la casa que habitaba Mr. de Rochegune. Dejamos el coche cerca de la calle de San Luis, y bajé con Blondeau, la cual fué á entregar el cofrecito á Stolk.

Mientras que esta desempeñaba aquel encargo, examinaba yo acongojada el exterior de la casa: su aspecto desierto y arruinado me afligió. Me espanté al pensar en las horas de desesperacion que tan lentamente debian pasarse para él, en aquella habitacion abandonada.

Blondeau entregó el cofrecito á Stolk, me dió noticias de Mr. de Rochegune, y volvimos á casa.

Fuí á despedirme de Mad. de Richeville. No obstante la pena que le causaba mi separacion, me habia inducido y estaba decidida á salir aquella misma tarde para Marran á fin de acallar con mi ausencia las odiosas hablillas

producidas por la miserable fatuidad de Mr. de Senneville.

Algunos dias despues de haber llegado, Mad. de Richeville me hizo saber un acontecimiento cuyas resultas podrian haber sido muy dolorosas para mí.

Esto era lo que decia la carta.

«...Mi sobrino Gaston ha estado en tan gran peligro, »que, á pesar de mi indignacion, no pude negarme á ir á »verle; porque tenia, me dijo, que hacerme una revelacion »importante. Lo hallé herido de mucha gravedad de una es- »tocada dada por Mr. de Rohegune y de la que se resen- »tirá quizás toda la vida. Me confesó francamente, que ce- »diendo á un odioso pensamiento de orgullo y de vanidad, »habia indignamente abusado de vuestras relaciones confi- »denciales para comprometeros, y que su viage al medio- »dia era una fábula como todo lo demás. Me suplicaba, que »en el caso de que su herida fuese mortal os pidiese que lo »perdonáseis y os dijese que habia reconocido la vileza de »sus mentiras; en fin tratò de hacer valer como un titulo »para obtener vuestra indulgencia su gran prudencia res- »pecto á Mr. de Rohegune. Hé aqui con corta diferencia »como me contó aquella escena, que hubiera podido tener »resultas aun mas funestas.

»Supe, me dijo Gaston, al volver á mi casa que mi »ayuda de cámara habia entregado á Mad. Blondeau el de- »pósito que su señora me habia confiado. Me sorprendí, y »casi me agravié de este modo de obrar; corri á casa de »Mad. de Lancry, y habia salido. Volvia para mi casa, »cuando la ví por la casualidad bajar de su coche y tomar »uno de alquiler. Esta apariencia de misterio picó mi cu- »riosidad; iba á seguirla, cuando me encuentro á Mr. de »Baudricourt, amigo mio, que acababa de llegar de los »Estados-Unidos, donde habia estado mucho tiempo; como »otros muchos, habia dado crédito á mis calumnias atento »á Mad. de Lancry. Le oculté una parte de la verdad; y »me acompañó para volver á hallar á Mad. de Lancry, que »habia desaparecido. Muchas circunstancias raras, que es

»inútil contaros, me cercioraron de que el cofrecito habia si-
»do depositado en la calle de San Luis, en la Huerta, en
»casa de un coronel llamado Ulrik.

«Os lo confieso, irritado por la conciencia de mi ma-
»la accion, vagamente celoso del desconocido á quien
»Mad. de Lancry concedia la confianza que me retiraba, te-
»miendo en fin pasar por un hombre débil á los ojos
»de Mr. de Baudricourt, que me creia con algunos derechos
»respecto á Mad. de Lancry, me decidí á exigir del co-
»ronel Ulrik la restitution del cofrecito. Obtuve con gran
»trabajo una entrevista con él, á la cual me acompañó Mr.
»de Baudricourt.

«Podeis juzgar cual seria mi sorpresa al reconocer en
»el coronel Ulrik á Mr. de Rohegune. Mi amigo no lo ha-
»bia visto nunca. Procedí entónces, segun creo, como ca-
»ballero. Mr. de Rohegune sabia perfectamente que era yo;
»pero fingió no conocerme. Disipada mi primera admiracion;
»traté de hacer lo mismo con respecto á él. El queria pasar por
»el coronel Ulrik, creí desde luego conveniente aceptarlo por
»el coronel Ulrik. Mr. de Rohegune se negó á entregar
»las cartas. La conversacion concluyó con una cita en Vi-
»cennes.

»Queriendo en cuanto fuese posible, respetar el mis-
»terio que rodeaba á Mr. de Rohegune, tuve la atencion
»de llevar por segundo testigo al general-mayor Hartman,
»llegado últimamente de Viena. Mr. de Rohegune envió
»á buscar dos soldados al cuartel para que le sirviesen de
»testigos. Así pues, antes, en el acto y despues del duelo,
»fué para todos el coronel Ulrik, y respetado su secreto.

Esto es lo que me contó mi sobrino, querida Matilde,
suplicándome intercediese por él con vos. Bajo este respec-
to, me veo obligada á convenir en que mi sobrino Gaston se
portó como caballeroso. Esto, sin embargo, no atenúa en lo
mas minimo lo indigno de su conducta respecto á vos, y
en mi vida lo volveré á ver. Os refiero estos pormenores,
para que os tranquiliceis en el caso de que por casualidad
oigais hablar de ese duelo.

.

Acabo de leer esta larga historia desde mi casamiento hasta hoy 10 de Abril de 1839.

Estoy ahora indecisa: ¿enviaré estas páginas tan tristes á aquel para quien las he escrito? ¿Ha llegado en fin la hora de reconciliarme con él? ¿Es ya tiempo de confesarle cuanto lo amaba, cuanto lo amo todavía? ¿Esta confesion es alguna culpa?

Una culpa? No. Qué importa que sepa que le amo, que no he amado mas que á él? Estoy en el dia segura de no ser nunca indigna ni de mí, ni de él.

Y no sé lo que el porvenir me tiene reservado. Antes de ayer recibí una carta de Mr. de Lancry: me anuncia su próxima vuelta. Puede obligarme á seguirlo, á dejar á Francia para siempre; quién sabe! He consultado á varios abogados: no me queda medio alguno de sustraerme al poder de Mr. de Lancry.

Estoy reducida á este extremo; al menos el hombre á quien amo, á quien mas estimo en el mundo, conocerá mis pensamientos secretos. Sabrá que nunca he desmerecido para con él: sabrá que me he sacrificado valerosamente por hacer felices á los que he amado. Sea lá que fuere la suerte que me espera, seré al menos juzgada sinceramente por mis amigos.

A no ser por los fatales presentimientos que me causa la amenaza de la llegada de Mr. de Lancry, me tendria casi por feliz por haber tenido fortaleza para acabar estas páginas.

Esta larga ojeada sobre lo pasado me ha tranquilizado, me ha llenado, sino de orgullo, al menos de confianza en mi carácter y en mi energia.

Me he dado cuenta de mis luchas, de mis padecimientos; no me he disimulado las cosas malas que he hecho, ni exagerado las buenas.

Este análisis severo, este juicio imparcial de mi vida, han despertado en mí recuerdos muy dolorosos, pero me han dejado una conciencia tranquila. Este será mi único consuelo, mi único refugio, si nuevas desgracias llegaren á oprimirme.

Tal ha sido mi vida hasta ahora.

Bien se vé que las detestables previsiones de Mad. de Maran no le engañaron nunca. Encargó á Ursula y á Mr. de Lancry, que prosiguiesen su obra de venganza: debo todas mis desgracias á estos dos seres.

Concediendo mi mano á Mr. de Rohegune que la pedía, siguiendo en ello los consejos de Mr. de Mortagne, Mad. de Maran aseguraba la felicidad de mi vida. Este casamiento fué desechado; mi tia me hizo cómplice involuntaria de su aborrecimiento persuadiéndome que me casara con Mr. de Lancry.

FIN DE LAS MEMORIAS DE MATILDE.



... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...

FIN DE LA MEMOIRE DE M. VILLIERS

EPÍLOGO.

I.

EL CAFÉ LEBEUF.

Cerca de un mes habia pasado despues que Mad. Blondeau habia llevado las memorias de Matilde al coronel Ulrik, al cual restituiremos su verdadero nombre y en lo sucesivo llamaremos Mr. de Rochegune.

El café Lebeuf ofrecia siempre á la admiracion de los pocos que pasaban sus frascos de guindas en aguardiente y sus poncheras de ojilla de plata colocadas en sus vidrieras. La casa de Orbesson siempre parecia solitaria; su único habitante, denominado sucesivamente *Robins el de los bosques* y el *Vampiro*, por los hermanos Godet, no habia aun pisado el umbral de su puerta, á lo menos durante el dia.

De cuando en cuando aparecia en la pequeña puerta de servicio la figura áspera de Stolk. Todas las ventanas estaban cerradas, Mad. Lebeuf, los hermanos Godet y los demás parroquianos del café habian acabado por concluir una tregua con el que ellos llamaban el *enemigo comun*,

es decir, que habian renunciado á su sistema de espionage, sacrificio tanto mas meritorio, cuanto que ningun nuevo acontecimiento habia ocurrido, despues de la visita de Mad. Blondeau á Mr. de Rohegune.

Todas las mañanas iban puntualmente los hermanos Godet á tomar su taza de café, y á aumentar la respectable concurrencia que aumentaba el mostrador de caoba de Mad. Lebeuf. El 13 de Mayo de 1839, en su hermosa mañana de primavera, los dos hermanos, contra su costumbre metódica, llegaron al café Lebeuf dos horas mas tarde de lo ordinario, cuyo grave desarreglo en sus costumbres, era causado por una gratuita invitacion de Mad. Lebeuf, que de antemano les habia convidado á una especie de almuerzo-comida, que de cuando en cuando ofrecia politicamente á sus mas fieles parroquianos.

Preparados para esta solemnidad gastronómica con un largo paseo por el jardin de las Plantas, llegaban al café Lebeuf, dispuestos á hacer cumplidamente honor á la refaccion de su huéspeda. A pocos pasos del establecimiento, se paró Mr. Godet, el mayor, se puso el para-aguas debajo del brazo, se quitó el sombrero, se limpió el sudor de la frente, y con su fuerte voz de bajo, dijo á su hermano en tono sentencioso.

—No te lo quiero ocultar; el aire, este paseo, este hermoso tiempo, la vista de la naturaleza de las cuatro partes del mundo que acabamos de contemplar en el jardin de las Plantas, comprendidos sus animales desde los volátiles hasta los reptiles mas ponzoñosos, todo esto me ha producido una hambre canina.

—No me sorprende, dijo tímidamente Mr. Godet, menor, nos hemos levantado muy temprano. y como dice el romance, «cuando uno ha sido siempre virtuoso, se desea ver salir la aurora.»

En este momento los dos hermanos pasaban por delante de la puerta principal de la casa de Orbesson. Godet el mayor, echó hácia aquel lado una mirada sarcástica, y dijo á su hermano, con la espresion de una atroz ironia.

—Si las personas virtuosas gustan de ver salir la aurora, estoy bien seguro de que el que habita esta casa no ha tenido muchas veces, ganas de ver la aurora!

La palabra era dura. Su hermano comprendió su valor y le dijo en voz baja.

—Ten cuidado, Godet... algunas veces las paredes tienen oídos.

—Si las paredes tienen oídos, la Francia tiene leyes! gritó Godet el mayor, con voz atronadora, lanzando una mirada altanera y provocativa á la puerta principal de la casa de Orbesson. Sí, continuó, en Francia hay leyes, un gobierno constitucional y una guardia municipal que protejen á los ciudadanos pacíficos y que vigilan á los individuos que se ocultan solapadamente en las tinieblas para maquinari, yo no sé qué, pero él maquina! estoy seguro de que maquina.

—Godet, Godet, sosiégate, te lo suplico, dijo su hermano, asustado por su audacia.

—Que me haga, si quiere, asesinar por sus esbirros, exclamó Godet, el mayor. Pero por mas que se haga el muerto, hace algun tiempo, sostengo que maquina!

Después de esta enérgica y valiente protesta entraron los dos hermanos en el café Lebeuf, donde empezó para ellos una serie de asombros mas fulminantes unos que otros. Desde luego, en vez del cándido Botard, que tan maravillosamente pescaba las arañas en las garrafas, vieron á un hombre, alto, flaco, con cabello y barba negra, de mala cara, que les preguntó con voz áspera.

—¿Qué quereis tomar?

Godet, el mayor, miró á su hermano con sorpresa, luego volvió en sí, y pensando que Botard estaria en la trastienda empleado en los preparativos del banquete, respondió en tono de proteccion.

—Amigo mio, venimos para el almuerzo.

—¿Qué almuerzo?

Godet el mayor, conociendo que estaba en su terreno, en vez de responder á este intruso, le dijo:

—¿Donde está la querida Mad. Lebeuf?

—Qué es eso? Mad. Lebeuf?

—Este es un verdadero salvaje, dijo en voz baja Godet, el mayor, á su hermano, y sin responder una palabra, se dirigió hácia la trastienda, donde debia servirse el almuerzo.

El sustituto de Botard cogió con aspereza al pacífico censalista por el brazo y le dijo:

—¿Dónde vais por ahí? no se entra.

Mr. Godet el mayor, se puso encarnado como la grana; pero, conteniendo su cólera, dijo en tono de magestuosa conmiseracion.

—Mi buen amigo, aventurais mucho, demasiado; pero sois nuevo aquí, teneis derecho á nuestra indulgencia, no sabeis que no necesito mas que decir una palabra á Mad. Lebeuf para...

—Hola! mil rayos! aquí no hay madama ni Lebeuf que valga, sentaos ahí, se os servirá lo que hubiere, pero no entreis allá dentro.

Mr. Godet, el mayor, no pudo contener todavia su indignacion y con una voz que trató de calmar, le contestó:

—Por última vez, os digo que soy uno de los miembros del almuerzo que se prepara allá dentro, y os intimo, sí, os intimo resueltamente... que vayais inmediatamente á llamar á vuestra ama.

—Mirad, buen hombre... si no fuéseis entrado en años, os acribillaria á patadas, dijo el brutal personage, y volvió las espaldas á Mr. Godet.

Este, á pesar de su hermano, no pudo menos de gritar:

—Me cuesta mucho trabajo, me es muy molesto descender á comprometerme con un mercenario; pero no puedo resistir á la necesidad de declararos que sois un valiente perillan!... que debeis ser el rey de los perillanes.

El mozo se volvió con viveza é hizo un gesto amenazante; en vista de lo cual los dos Godet se pusieron en ademan de embestirle, aunque luego no hicieron sino guardar una actitud defensiva presentando su para-aguas á su adversario á guisa de bayoneta calada.

A pesar de este movimiento, el mozo se adelantó con aire amenazador.

—¿Quereis que os haga un bollo en la luna?... dijo este hombre bestial, haciendo una alusion ofensiva á la completa desnudez del cráneo de Godet, el mayor.

—Insolente malhechor, no hay nada sagrado para tí! exclamó Mr. Godet en ademan de embestirle.

A estas voces se presentó un nuevo personaje; era este un hombre de edad regular, rechoncho, con muchas barbas, colorado, con vestido ordinario y gorra de nutria.

—Y bien, ¿qué es lo que hay, Juan? dijo al mozo.

—Mr. Sannier, estos dos señores que se empeñan en entrar á viva fuerza ahí dentro: dicen que tienen un almuerzo, y preguntan por Mad. Lebeuf; es preciso que estén bebidos.

—Aquí no hay mas borracho que vos, grosero! dijo Godet, el mayor, tranquilizado un poco por la presencia de Mr. Sannier.

Pero este dijo con un tono casi tan áspero como el de su mozo:

—Mad. Lebeuf no está ya aquí; me ha vendido sus enseres y yo no doy almuerzo.

Si se hubiera anunciado á Mr. Godet la resurreccion de Napoleon no se hubiera quedado mas petrificado que con la noticia de la repentina retirada de Mad. Lebeuf.

—Pero, exclamó, esto es inadmisiblé, esto parece una fábula. Tendré el honor de haceros observar que Mad. Lebeuf, ayer noche, á las ocho y tres cuartos, me retiró de nuevo el convite que me habia hecho para...

—Os digo que Mad. Lebeuf, me ha cedido su establecimiento, sus muebles, sus enseres, todo en fin escepto sus vestidos y gorros, de los cuales ni yo ni Juan hubiéramos sabido qué hacer, y se fué á las diez.

—No es menos extraordinario que viniendo yo muy dispuesto á almorzar... se...

—Qué quereis tomar?... No puedo perder tiempo... Juan... sirve á estos caballeros.

En seguida se entró Mr. Sannier en la trastienda cuya puerta cerró cuidadosamente.

—Entonces... servidnos lo que quisiéreis... leche... un vaso de bavarruá, qué se yo? dijo Mr. Godet, el mayor, casi distraído, dejándose caer en un banco y alzando las manos al cielo.

—No hay bavarruá, dijo Juan.

—Cómo! no hay bavarruá?... vamos... pues bien, entonces, traed café con leche, dijo Godet lanzando un profundo suspiro.

—No hay café ni leche.

—Cómo?

—No hay mas que chocolate en pasta, café en grano, guindas en aguardiente y agua azucarada.

—Esto es espantoso, no se abre ningun café, cuando no se puede ofrecer á los consumidores mas que esos comestibles, exclamó Godet, el mayor.

—Ea! con mil rayos! no tomeis nada... Qué nos importa que gasteis?

Estas últimas palabras parece que produjeron una viva impresion en Godet, el mayor; dirigió una mirada de inteligencia á su hermano, y dijo á Juan:

—Bien! traednos una pastilla de chocolate, un vaso de agua azucarada y pan.

Evidentemente Juan no estaba enterado ni aun de los primeros principios de su profesion; trajo la azúcar en una taza, la pastilla de chocolate sobre un periódico viejo, y el agua en una botella.

A vista de semejantes enormidades, los dos hermanos se sorprendieron y casi se asustaron.

Algunos fieles parroquianos, convidados, como los dos hermanos, al almuerzo de Mad. Lebeuf, supieron por estos la repentina desaparicion del alma, y cuáles eran los *salvages*, esta fué la espresion de que se sirvió Mr. Godet el mayor, cuáles eran los salvages que reemplazaban á la digna viuda siempre tan obsequiosa con sus parroquianos y á su fiel é inofensivo Botard.

Los hermanos Godet y sus amigos, sin dejar de roer su

fablilla de chocolate se entregaban á suposiciones fabulosas atento á la desaparicion de la viuda y á la aparicion de sus extraños sucesores; algunos se inclinaban á creer un rapto de algun inglés ó americano. Como Godet, el menor, hiciese sabiamente la observacion de que la edad y la figura de Mad. Lebeuf daban al parecer un solemne mentis á esta suposicion, un ex-clarinete del ambigú, que habia escudriñado profundamente los misterios del corazon humano, se creyó autorizado para afirmar que la edad y la figura de Mad. Lebeuf no eran obstáculo para un rapto, puesto que muchos millores riquisimos tenian en sus placeres un espantoso capricho. Por poco lisongera que fuese esta conclusion para Mad. Lebeuf, reunió una mayoria bastante importante; pero hasta las conjeturas faltaban cuando se llegó á saber quiénes eran las personas que sucedian á la digna viuda. Todo parecia misterioso en su conducta; desde luego parecia hacer poco caso de los consumidores. Y entonces para qué tenian un café?

Juan el brutal miraba constantemente á la calle y no quitaba los ojos de las dos puertas de la casa del Vampiro. Habiendo el criado antiguo Stolk abierto la puerta chica para el que traia la comida, dejó Juan precipitadamente la pueria, fué á buscar á su amo, lo trajo alli y le dijo:

—Con todo, siempre él.

—Es preciso que tenga el alma enclavijada en el cuerpo, respondió Sannier.

Se cerró la puerta chica, y desapareció Stolk.

Algunas horas despues entró precipitadamente en el café un hombre de mala facha y dijo á Juan:

—Atencion! no le traigo de delantera mas que algunas minutos. Bien habia *él* dicho que vendria.

—Lo creo, la ratonera es famosa, dijo Juan, Simon está en la puerta chica de la callejuela. No se nos podia escapar.

—Ah! vedla allí! repuso el otro.

Los dos interlocutores, y los parroquianos que no habian perdido una palabra de esta conversacion miraron atentamente por los vidrios.

—Hermano! hermano! gritó Godet, el mayor, pronto... pronto... es la vieja que, hace cuatro meses, trajo el cofrecito á casa del Vampiro, y una carta hace un mes, sin duda. Qué despavorida parece!

Era en efecto Mad. Blondeau... toda descolorida y temblando.

Llamó y fué recibida é introducida por el fiel Stolk al interior de la casa de Orbesson.

—Bueno, dijo el interlocutor de Juan, ¿qué hora es?

Sacó Juan el reloj.

—Ha entrado á las doce y veinte minutos.

—Basta, dijo el hombre; me vuelvo á la casa Meurice de donde *ellos* salieron á las diez; y se fuè.

Juan entró precipitadamente en la trastienda.

Conociendo la fiera curiosidad de los parroquianos del café Lebeuf, pensando que hacia muchos meses estaba reducida al mas estéril régimen, fácilmente puede cualquiera figurarse de qué fiebre devoradora debieron ser arrebatados los Godet y demás parroquianos viendo la misteriosa intriga, que creian terminada, renovarse y complicarse mas por el interés que al parecer tomaban en ella los nuevos dueños del café Lebeuf.



II.

LA CASA DE MARAN.

Mientras que los nuevos dueños del café Lebeuf y sus antiguos parroquianos tienen los ojos atentamente fijos en las puertas de la casa habitada por Mr. de Rochegune, conduciremos al lector á la casa de Maran donde vivia aun la tia de Mad. de Lancry.

Era cerca de la noche. Una mesa abundante y suntuosamente servida estaba colocada en medio de la reposteria perfectamente iluminada.

Servien, criado principal de la casa, presidia la comida. Dos doncellas, dos lacayos, el cocinero y dos ó tres conocidos de esta gente, tenian esta buena y alegre comida á costa de Mad. de Maran, postrada habia muchos meses en cama con una parálisis que apenas le dejaba mover el brazo izquierdo. Como se ha visto en las memorias de Mad. de Lancry, Mad. de Maran detestada, abandonada por todo e

mundo, estaba enteramente entregada á merced de sus criados.

—A vuestra salud, señor Servien, dijo el cocinero; á gran señor grande honor... Sois mas antiguo que yo en la casa!...

Nuestro hombre tomó su vaso de vino, se levantó y le dijo en tono sardónico:

—A salud de vuestra *buena ama!*... Que viva mucho tiempo como ahora para hacernos felices...

Este brindis fué recibido con grandes carcajadas de los convidados.

—Esperad... esto me hace pensar que se me ha olvidado su sopa de tapioca, dijo el cocinero. Ah! continuó, comerá sopa de tortuga.. será lo mismo, y con eso variará; en la sopera queda alguna.

En este momento sonó estrepitosamente la campanilla en la reposteria.

Nadie se movió.

—Bueno, ya empieza su repique continuo, esto va á ser divertido, dijo Julia, primera criada de Mad. de Maran.

Sonó segunda vez la campanilla.

—Esto es insoportable, creia que estaba sosegada, dijo Julia, no se puede comer con tranquilidad. Sois muy poco complaciente! nos prometisteis romper de una vez todos los tiros de sus campanillas, para que viviésemos en paz, y no pensais en ello...

—El hecho es, dijo el cocinero, que se ha vuelto *campanera* y ser *campanera* es fastidioso.

Tres ó cuatro campanillazos precipitados confirman la asercion del cocinero.

—En conclusion, no hay sino hacer eso, dijo Servien, teneis razon, señorita Julia; se descompondrán los tiros de las campanillas, y entonces... estaremos descansados.

—Se le podrá dejar una campanilla de mano para que se divierta, dijo Julia; y estando las puertas cerradas, no se le oirá.

—Sí... pero la señora hará venir un cerrajero, dijo un

lacayo con mucha finura; se compondrán los tiros y entonces, entonces...

—Estais todavía en vuestra aldea, Mr. Goujon, dijo Julia; se le escuchará? con su cerrajero!... Dará la orden para que se le llame? y bien, no se llamará... y se le dirá...

—Se le dirá que reina una epizootia que ha concluido con todos los cerrajeros, dijo Servien.

Esta chuscada hizo reir á los convidados de tal suerte que el ruido de los campanillazos de Mad. de Maran que entonces iban en *crescendo furioso*, no se oyeron por un momento: pero cuando cesaron un poco las carcajadas, se oyó un repique atroz.

—No hay medio de contenerla, exclamó Julia.

—Es campanera... es campanera, dijo el cocinero.

—Ahora es cuando debe estar lindamente mordiéndose los labios y haciendo contorsiones como una endemoniada dijo Goujon.

—Ah sí! dejadla que haga contorsiones, dijo Servien, no puede hacer nada en su cama... no puede mover mas que su mano izquierda...

—Pues no deja de manejarse con su mano izquierda, dijo el cocinero. Atended... atended... escuchad la bulla que mete... Vamos, vamos, estoy seguro de lo que dije... es una campanera...

—Esto es cosa de volverse loca! exclamó Julia. Mr. Goujon, id por la escalera de la biblioteca; el tiro de la campanilla pasa por aquí, lo cortamos y estaremos tranquilos.

Se aplaudió tanto mas la excelente idea de la doncella, cuanto que el repiqueteo de Mad. de Maran se iba haciendo convulsivo, incesante, y no era interrumpido sino por unas cortas pausas que Julia, que se preciaba de saber un poco de música, llamaba *calderones*.

Trajo Goujon la escalera, Servien le dió unos alicates y fué cortado el alambre del tiro de la campanilla en medio de un retintin formidable, cesando inmediatamente el ruido.

—Dios, qué figura debe hacer la señora en su cama con su sombrero de seda carmelita, dijo Julia riéndose á carcajadas. No me acercaría por cierto ahora á ella, pues es bien seguro que me mordería.

—Y e a mordedura sería venenosa, dijo el cocinero.

—Pero porqué se obstina la señora en ponerse un sombrero de seda y una bata color de pulga estando en cama, pues hace dos meses que no se levanta? dijo Goujon.

—Es por un voto que ha hecho al diablo, dijo Servien con severidad cómica.

—El hecho es que si el diablo es su padrino, ella debe ser su ahijada, dijo Julia. Es mala! ès mala! Bien nos atormentó cuando estaba buena! bien nos ha escaseado todo! bien nos ha sopeteado! A cada uno le llegó su vez!

A todos le cayó en gracia lo que acababa de decir la doncella, y el criado principal, Servien, continuó:

—Lo que hace rabiar mas á la señora es no poder escribir á Mr. Luchet; su agente, ese grande zaramullo á quien se quejaba siempre de nosotros. Me ha ordenado que le escriba para que venga... á mí que no soy bestia.

—El buen viejo Fabricio, el portero, lo despidió hace ocho dias, dijo Goujon.

—Yo se lo había encargado para el caso en que viniese ese Mr. Luchet, maldito intrigante. Bien conoceis, hijos míos, que la señora sería capaz de hacerlo instalar aqui: entónces se concluía esto para nosotros. En vez de sentarnos á nuestro placer y comodidad en la repostería, en una mesa de dos servicios, sería preciso bajar á la cocina. No tendríamos tan buenos ratos.

—Decidme pues, Mr. Servien, dijo Julia, no se podía decir de Mr. Luchet lo mismo que de los cerrageros, que se ha muerto? que hay tambien una epizootia que se lleva á los agentes?

—A fé mia, que no sería malo, disfrutaríamos de paz. Por otra parte se dirá á Mr. Luchet, que la señora n quiere verlo, y no era menester mas. Si escribiese, como conozco su letra, no entregó sus cartas y basta.

—Sí... pero será preciso tener cuidado con los amigos

de la señora, que podrían decirle que no era verdad lo de las epizootias, dijo Julia con alguna malicia.

—Y qué visitas vienen aquí? dijo Goujon. En los seis meses que llevo de estar en la casa, no he visto todavía á nadie, mas que á ese viejo sábio tan mal peinado.

—Mr. Bison el que lo rompe todo, dijo Servien, no hay ninguno fiel sino él, ha venido lo menos tres veces desde que la casa está cerrada, y siempre se le ha dicho, que la señora no recibe. Ah! qué diferencia del tiempo de Mad. Ursula! Bailes, conciertos, banquetes, cómo andaba esto! Se ha bailado tanto, cantado tanto, comido tanto, que de ello me ha quedado, una buena haciendita en Beance.

—Ah! hé ahí lo que es economía, dijo Julia, pero lo que parte el corazon, es esa pobre Mad. Ursula.

—Si hubiera de compadecer á alguien, compadeceria mas bien á la señora vizcondesa, la sobrina de la señora, á quien atormentaba tan malamente cuando era chica, dijo Servien.

—Nada conseguiria en compadecer á la señora vizcondesa, dijo Julia, habeis visto como la señora disputó hace quince dias con su médico, el doctor Gerad, que le hablaba bien de Mad. de Lancry. La señora dijo tantas injurias á Mr. Gerad que este dijo que no volveria á poner aquí los pies.

—Y para castigarla, en lugar el dia siguiente de ir á buscar al doctor Verteuil, dijo Servien, no fui. Vaya! un médico, nos incomodaria.

—Mirad, dijo Julia, ¿se necesita médico cuando se está paralítica?

—No es una enfermedad estar paralítica, dijo Goujon; no se mueve, se está como uno que descansa, muy tranquila, muy tranquila y esto es todo.

—Bien seguro, repuso Julia. Y luego, para lo que mandaba el doctor Gerad, no valia la pena de tener un médico. Botellitas con azahar, drogas que no servian para nada.

—El hécho es que desde quince dias á esta parte lo pasa sin médico... no le vá mal, dijo Servien, así pue-

de estar por mucho tiempo; los jorobados tienen siete vidas como los gatos. Tendremos siempre con que hacer el gasto; yo tengo la costumbre de dar los recibos por la señora à los arrendadores, no tomo sino justamente lo preciso para que no nos falte nada, el resto lo pongo en la caja del ama.

—En cuanto á eso, estamos muy bien, muy bien, dijo Julia; solo nos hace falta un muchacho para que nos sirva en la mesa, porque es fastidioso levantarse á cada instante.

—Así es, dijo el cocinero: yo compondré la comida, mi criada de la cocina dará los platos al galopin y la comeremos más caliente.

—Adoptado, dijo Servien. A propósito, continuó, desde que murió su último perro, la señora me fatiga todos los días para que le compre otro.

—Ah! no quiero perros aquí, no, exclamó Julia, no quiero perros aquí; bastante tiempo he sido criada de los animales. Y para tener otro no fué por lo que sentencié al último.

—Hola, hola, hola... fuiste tú la que lo hiciste? dijo Servien.

—Sin duda, era horroroso aquel animal viejo tan malvado.

—Por su maldad es seguramente por lo que la señora lo ha llorado.

—Así, nada de perro? preguntó Servien.

—No, no, no mas perro, se repitió en coro.

—Concedido, dijo el criado principal; le diré que tienen la misma suerte que los cerrajeros, los agentes y los médicos.

Este chiste hizo reir mucho á los convidados.

—Muy bien, no hay vino de Chipre, Mr. Servien, que es un lindo postre! dijo Julia.

Servien examinó la mesa.

—Creia haber tomado una botella de la señora.

—Es un modo raro guardar su vino de Chipre en el armario de su gabinete que le sirve ó le servia de tocador;

dijo Julia, mientras que los otros vinos están en la bodega.

—Ése es un capricho suyo: no me habléis de ello; me dá compasion, dijo Servien. Se levantó en seguida diciéndo: voy á buscarle.

—Decidme, Mr. Servien, llevémosle su sopa al mismo tiempo, matarémolos dos pájaros de un tiro, dijo Julia.

—Teneis razon. ¿Qué hora es? Las nueve. La queria á las ocho y media; no hay mas que media hora de retardo.

Puso el cocinero un resto de sopa de tortuga en un plato de porcelana. Servien tomó una servilleta, la estendió sobre una batea de plata, se hizo preceder por Julia con una bujía y atravesó los tres salones que habia entre el comedor y la alcoba de Mad. de Maran.

Era ya bien entrada la noche.

—Mirad, Mr. Servien, tened cuidado no os devore cuando vayais á servirle su sopa, dijo Julia riéndose y abriendo la puerta.

El interior de la alcoba estaba en el mismo estado que lo describió Mad. de Lancry en sus memorias.

Sobre la chimenea las figuras de porcelana siempre en movimiento, sobre la cómoda antigua tres generaciones de perros disecados, y colgados en las paredes graves retratos de personajes de los siglos pasados.

Por la escasa claridad que dió á aquella vasta habitacion la bugia que llevaba Julia, se pudo ver en el fondo de la alcoba, tapizada con damasco carmesí bajo, la cara amarilla y terrosa de Mad. de Maran sentada en su cama y echada sobre un almohadon.

Tenia puesto el mismo trage carmelita, su misma bata, el mismo estado cubriendo su frente de víbora; sus ojos estaban hundidos y encendidos, y en el momento en que entró Servien, brillaban con indecible rabia.

La posicion de esta muger era tanto mas odiosa cuanto que la paralisis no le dejaba libre mas que el codo, el antebrazo y la mano izquierda; estando muerto del todo el resto del cuerpo.

Las imprecaciones que lanzó contra Servien y Julia no

iban acompañadas sino con un débil meneo de cabeza y algunos movimientos convulsivos de la mano izquierda.

—Miserable! gritó babeando de cólera, malvado horrible! . . . ¿Quereis que me muera, ladron?

Servien se acercó á la cama con una sangre fria imperturbable para poner en ella la batea.

Este silencio redobló la exasperacion de Mad. de Maran, que gritó:

—Vete... sal de aquí... te hecho de casa... que no te vea mas.

Servien dió media vuelta, hizo una seña á Julia y tomó la puerta.

—Y el vino de Chipre? le dijo esta en voz baja.

—Dejadme, que me vá á llamar.

—Servien, Servien... Julia... Quereis quedaros aqui! Ah! qué picaros!... han jurado hacerme morir á fuego lento.

Servien dió otra media vuelta y volvió con el mismo paso lento y mesurado con su batea.

Mad. de Maran conoció lo necesario que le era contenerse, y le dijo con voz interrumpida por la cólera.

—Qué hora es? Para qué hora habia pedido mi tapioca?

—Esperaba que la señora llamase para servírsela, dijo Servien poniendo la batea sobre la cama.

—La señora llama ordinariamente para que le traiga luz, dijo Julia.

Mad. de Maran alzó los ojos al cielo y dijo con voz apagada.

—Me matarán... me matarán... Moriré de rábida... ¿Cómo?... no he llamado... he estado tirando de la campanilla una hora hasta que se me cansó el brazo... gritó con una esplosion de furor imposible de describir.

—Ha llamado la señora? preguntó Servien.

—La señora... quizás habrá creido que llamaba, dijo Julia.

—Habré creido que llamaba... habrá bestia mas necia que esta villana embustera! Habré creido que llamaba!!! He estado media hora tirando de la campanilla... bribona!...

—Será que la señora tirando tan fuerte habrá roto el alambre, y así nada hemos oído, dijo Servien.

—Y quién tiene la culpa de que se haya roto el alambre, animal? No la teneis vosotros? Hace media hora que estoy á oscuras, y bien sabeis que tengo horror á la oscuridad. Pues bien! vamos, encended esas bugías en vez de estar pensando en las musarañas, grandes necios...

Julia, en lugar de obedecer, cogió el pico de su delantal, lo llevó á los ojos, fingió que lloraba y se dirigió á la puerta diciendo con voz interrumpida:

—No puedo habituarme á ser tratada así... hi, hi, ih.

—Julia... Julia... quereis quedaros ahí... Ah desgraciada! osclamó Mad. de Maran. No quiero que esté un momento mas en mi casa... no la quiero mas aquí... que se le despida, que se le ponga en la calle... esta noche no... pero al instante... entendeis, Servien?...

—Sí, señora... tranquilizáos... calmaos...

Y despues de haber puesto la batea sobre una mesa de cama, que colocó delante de Mad. de Maran, fué al gabinete á tomar una botella de vino de Chipre, y estaba cerrando el armario cuando oyó el ruido de un plato que se rompió en el suelo, y la voz de Mad. de Maran que gritaba con un nuevo acceso de rábía.

—Servien!... Servien!...

—Qué es lo que hay, señora?

—Quereis emponzoñarme? esto es horroroso! que sopa es esta?

—Qué, la señora la ha tirado en medio de la alcoba? y tambien el plato? todo está en el suelo.

—Me dais sopa de tortuga... á una enferma? Quereis matarme, infame, bribon.

Servien pensando sin duda que sus camaradas se impacientarian con su ausencia, salió con el mismo pretesto que Julia, y dijo con un tono doloroso y sentimental:

—Es bien duro para un antiguo sirviente verse tratar de esta suerte... me causa mucha pena oír á la señora hablarme así... mejor quiero irme. Y desapareció cerrando respetuosamente la puerta detrás de sí.

—Servien! Servien!... quedaos. Ah! Dios mio... que botella es aquella que lleva allí... Servien... es mi vino de Chipre... estoy cierta... Servien... Ah! infames ladrones... despreciables... me ahogo de rabia...

Cogió con trabajo el cordon de la campanilla, pero lo soltó al instante gritando.

—Se ha roto... no vendrán... Ah! qué he de hacer; sola, sola... nadie puede librarme de esta chusma... Me insultan... me atormentan... me roban... y yo no puedo nada... sola... vieja... impotente... abandonada de todos... Despues de esto, los despediré á todos, tomaré otros, será lo mismo; no tengo nadie que me sostenga, que cuide de mis intereses. Ah! Dios mio... que desgraciada soy... en mi edad, mala, enferma, privada de toda asistencia... no como mas que una pobre sopa... no puedo tan solo tenerla... tengo hambre yo, yo, tengo hambre... Dios mio! Dios mio!... Yo, tener hambre en medio de mi casa... de mis criados... esto es horroroso... Servien... Servien... Nada... no quieren venir; no hay pues justicia en el cielo y sobre la tierra... esto es una barbárie... es atroz... la última muger del pueblo cuando está enferma... tiene familia que la asista, que la cuide... alguien que se compadezca de ella... y yo, nadie... nadie... estoy reducida á un furor impotente... á babear de rabia... y decir que así son todos los dias!... Servien... Servien... en vano es llamar, no me escucharán... Oh! malvados... Dios mio! qué he de hacer... Si grito pidiendo socorro... fuego... sí... sí... quizás vendrán.

Se puso entónces Mad. de Maran á gritar con todas sus fuerzas y con voz temblona.

—Fuego... socorro...

Su voz mas debilitada por la cólera no llegó á los oidos de sus criados, y todo quedó en silencio.

La horrible cara de Mad. de Maran se puso lívida por el terror; la poca luz de la bugia que alumbraba su alcoba, apenas bastaba para disipar la oscuridad que reinaba en ella. Mad. de Maran tenia horror á las tinieblas, como le sucede á todas las personas malvadas y cobardes asaltadas por remordimientos.

—Socorro, repitió con voz apagada, fuego!

Después de un momento de profundo silencio, continuó con desesperación.

—No vienen, pegaré fuego, moriré, me dejarían morir y arder. Ah! Dios mio, morir, es horroroso morir, morir sola, sin nadie á su lado sino criados que no esperan mas que la agonía, para robarme. Morir, morir, después... oh! no... después nada... nada...

En este momento sus ojos errantes á causa del sobresalto, se pararon sobre el retrato de una de sus parientas, abadesa que había sido de las ursolinas de Blois; su cara pálida y casi sepulcral con toca negra, parecía querer salir del cuadro.

Sintió Mad. de Maran redoblarse su espanto.

Su aislamiento y la vista de aquella religiosa le produjeron algunas ideas religiosas, que su egoismo desechó luego.

—Dios mio! tened piedad de mí! exclamó, tendré religion, rezaré, haré que venga un sacerdote, un confesor, no me dejará, me asistirá, me libertará de estos infames criados, los despedirá, me defenderá, esto me proporcionará alguna sociedad. Sí, os lo juro, Dios mio! ¿Pero cómo he de hacer venir á un sacerdote? quién lo llamará? Si mando que me lo traigan, esos pícaros despreciarán mis órdenes, hace quince días que he pedido un médico, me han desobedecido espresamente, y á quien me he de quejar? Quien me ha de sostener? estoy sola, siempre sola, bien lo veo, se me aborrece tanto, quien ha de venir á ver á una pobre muger vieja y enferma?... Eso era bueno cuando daba fiestas, ó podia hacer daño... Ahora, no se me teme, y se me abandona, se vengan del mal que he hecho, ah! esto es horroroso. Pero oigo ruido, un coche, un coche se para delante de mi puerta. Ah! Dios mio! qué felicidad! pero no dejarán entrar á nadie, van á despedirlo. No, no, se queda, se ha cerrado la puerta. Oh! me he salvado: si fuese el médico á quien

espero tanto tiempo há. Los pasos, sí, sí, oigo los pasos: es alguien, Jesus! Dios mio, es alguien.

Se oyeron en efecto, pasos apresurados, y entró en la alcoba de Mad. de Maran, Mad. de Lancry, abriendo violentamente la puerta.



III.

LA ENTREVISTA.

—Matilde, Dios es quien os envia! exclamó Mad. de Maran, venid á socorrerme!

—Yo soy, señora, respondió Mad. de Lancry corriendo á la cama de su tia, yo soy que vengo á pedir os que me salveis. Mi marido estará aquí dentro de poco. Salvadme por piedad, salvadme!

Se fué Servien.

—Sí, sí, os salvaré, hija mia, pero no nos separarémomas, exclamó Mad. de Maran. Vereis, oh! vereis, seré tan buena para vos, como malvada era en otro tiempo! No abandonareis á sus verdugos á vuestra pobre vieja tia, ¿no es asi? Si pudiese hincarme de rodillas, Matilde, lo haria, para imploraros. Haré todo lo que quisiéreis, ós lo juro, pero no me dejeis sola, no sabeis á qué horrible vida estoy condenada.

A pesar de su espanto, no pudo Matilde dejar de con-

móviese con las palabras y el acento desesperado de Mad. de Maran.

—Señora, respondió precipitadamente, los momentos son preciosos. Vengo á pedirlos, lo que vos misma me pedis, no dejaros. Sois mi parienta mas inmediata. No se me negará el permiso de quedar á vuestro lado.

—Es verdad, Dios mio! dijo Mad. de Maran, en medio de la mayor alegría y sorpresa. ¿Me pedís, quedar conmigo?

—Sí, sí, señora, primero que... Ah! esto es horrible! dijo la desgraciada muger con bastante congoja.

Luego continuó:

—Pero hay leyes y fuerzas para él! Oh! me mataré primero que... me mataré antes que seguirle!.

—No, no, no lo sigais, quedad conmigo. Matilde, mis bienes, todos mis bienes te pertenecen hace mucho tiempo. Os los destinaba, oh! bien es verdad, bien es verdad. Pero los daré todos en vida, nada guardaré para mí, nada, si consentís en no dejarme.

La espantosa preocupacion de Matilde era tan grande que no le llamó la atencion la proposicion de Mad. de Maran; no pensaba sino en libertarse de su marido.

—Pero, me puede forzar á seguirlo, como lo ha hecho ya, exclamó.

—No, no, no, no podrá; tenemos abogados, sabeis, los mejores, nada nos costará. Litigarémos, nada nos costará, nada, para tener á mi lado á mi sobrina, á mi querida hija, porque al fin casi sois mi hija, sois la hija de mi hermano, de mi buen hermano, á quien tanto quise.

—Pero dentro de una hora, señora, dentro de una hora quizás, estará aquí mi marido. Antes de ayer fué á Maran, á buscarme, me negué á seguirle, se presentó al corregidor, y entonces me vi obligada á acompañar á Mr. de Lancry. Al llegar á la casa Meurice con Blondeau, á la que me habia permitido llevar conmigo, me dijo que lo esperase, que no estariamos mas que doce horas en Paris, el tiempo necesario para arreglar nuestros pasaportes y obtener los poderes que la ley concede, quiere tener en sus

manos los medios de obligarme, en el caso que quisiese resistir.

—Pues bien, hija mia, es menester ocultaros aquí, no sabrá que habeis venido.

—Todos mis pasos están observados, señora; metha prevenido que no podré librarme de él, que sabrá encontrarme. Sin embargo, así que se fué, corrí á ver á Mad. de Richeville; esta me ha aconsejado viniese aquí, que no cediese sino á la fuerza, y que cuando los magistrados interviniesen, les suplicase que me dejasen á vuestro lado, como mi parienta mas inmediata, hasta que probase la infamia de la conducta de Mr. de Lancry para conmigo.

Mad. de Maran, convencida de lo que habia dicho Madama de Lancry, repuso:

—Tiene razon... es buena... esa excelente duquesa, tiene razon, los magistrados no pueden negarse á eso. No hay mas que arrebatár así una sobrina á su tia!... No, no, no me dejareis. Qué generoso será para vos! que hermoso! despues de tanto mal como os he hecho... Sois tan buena! teneis un alma tan bella! y luego, es tan sublime perdonar!! además soy tan desgraciada... Figuraos, mi pobre niña, que soy victima de los pícaros criados que me rodean... Ved hasta donde llevan la maldad; tenia un perro, que me queria mucho... la sola criatura en el mundo que no me aborrecia. En mi soledad era mi único consuelo; con él al menos no estaba sola... Pues bien! han tenido la barbarie de matármelo... sí, estoy segura de ello... me lo envenenaron, porque desde que murió, les he mandado que me compren otro... no me han obedecido... esto no me parece creible, pero sin embargo es así... Figuraos que aquí nadie me obedece... qué les importaba comprarme otro?... pero á qué compadecerme? No dejan que nadie se acerque á mí... que cuando estuviéseis aquí, me respetarán... les impondreis! los obligareis á escuchar mis órdenes, hareis respetar á vuestra pobre tia vieja y enferma... no es así?

—Silencio, dijo de repente Matilde, un coche... él es, él es...

—No, no... dijo Mad. de Maran escuchando, el coche

pasa... pero qué quiere hacer ese monstruo... porque es un monstruo, sabedlo!! Nunca direis bastante mal de él! si lo conociéseis como yo... Ah! ahora me arrepiento de haber consentido que os casáseis con él... pero la cabeza se os trastornaba, pobre niña... ah! toda mi vida tendré el sentimiento de haberos dado á semejante bandido... á un falsario... á un petardista... mirad! si pudiese llorar..., lloraria lágrimas de sangre. Pero qué es lo que quiere de vos ese miserable? no se ha comido vuestro caudal?

—Lo que quiere, señora... quiere venderme á Mr. de Lugarto... dijo con espanto Mad. de Lancry.

—Ah! Matilde... eso es abominable.

—Os digo que por el dinero ese hombre es capaz de todo, exclamó Matilde. Es un abismo de horror y de infamia; para satisfacer el ódio con que sin descanso me persigue aquel monstruo, ódio de que participa al presente... mi marido no retrocederá á la vista de ningun crimen... Al venir aquí me ha hecho horribles confidencias, diciéndome que nadie lo escuchaba, que si yo hablaba, lo negaria todo, y no seria creida... Y sin embargo, señora... tal es la ley que los hombres han hecho, me fuerza á acompañar á ese hombre que me conduce no á mi deshonor, sino á la muerte... porque me mataria primero que quedar en poder de estos dos hombres... Si me mata... Dios tendrá piedad de mí. Pero... escuchad... escuchad... esta vez... oh! esta vez... para un coche... exclamó Matilde con terror...

—En efecto... hija mia, para un coche... Pero quizás sea el médico á quien espero... porque han tenido tambien la atrocidad de no querer irlo á buscar.

—No, no, es él! Ah! él es... me hará seguirlo... habrá descubierto donde estaba, me lo dijo... me lo dijo.

—Dios mio! quizás podamos hacer algo; voy á enviar á Servien á que avise inmediatamente á los abogados. En todo caso, querida niña, resistid; hija mia, resistid... No cedais sino á la fuerza. Ah! si mis criados me fuesen adictos, lo haria echar por una ventana... á ese miserable... á ese monstruo... que viene á robarme mi querida hija.

Matilde no se habia engañado, Mr. de Lancry entró en la alcoba de Mad. de Maran.

Aunque habia engordado mucho su cuerpo era todavia elegante; estaba vestido con un estremado esmero, casi afeinado; á pesar de su gordura, su cara estaba descolorida, sus ojos hundidos y ojerosos. Los vicios mas abominables habian marcado aquel semblante con su indeleble sello. La fisonomia en otro tiempo fina, graciosa y noble, tenia ya un carácter de ferocidad solapada; los emperadores sanguinarios de la antigua Roma debian ofrecer ese aspecto irritante. Su voz, en otro tiempo insolente y altiva, se habia tornado en melosa; una dificultad afectada en pronunciar la hacia aun mas empalagosa.

Se fué derecho á la cama de Mad. de Maran, le tomó la mano que besó y le dijo:

—Que grata casualidad reune hoy á vuestro lado la feliz pareja que habeis unido!

—Dejadme tranquila con vuestros remilgos, dijo Mad. de Maran, me causais miedo; pareceis un tigre que acecha su presa... ¿Por qué atormentais á esa pobre muger? Desde luego os prevengo que quiere quedarse aqui... conmigo, con su cara tia... entendeis? Soy hermana de su padre, su mas inmediata parienta, y no me la quitareis... os lo prevengo.

—¿De veras, querida mia? dijo dirigiéndose á Matilde con una especie de arrumacos burlones y crueles, sentándose en un sillón á la puerta de la alcoba de Mad. de Maran. ¿Me teneis precisamente miedo, cuando tomais semejante partido?

—Caballero, no me sacareis viva de aqui! dijo Matilde temblando de miedo.

—Bien lo veis... confio... hombre ruin... Esta querida niña... lo vuelvo á decir... no la sacarán viva de aqui... Así pues, idos... idos... y dejadnos en paz...

—Dios mio!... Dios mio! dijo Mr. de Lancry continuando sus arrumacos, ¿cuando habeis de ser razonable, mi bello ángel? ¿Cuando acabareis de comprender que sois mia, que sois mi esposa querida... que me perteneceis en cuerpo

y en alma?... ¿de qué os sirven pues las lecciones?... Antes de ayer llegó á Maran, os negais á seguirme, adorada mia; me obligais á que mande venir al alcalde: y bien! qué sucede? Que este digno municipal, acompañado de un juez de paz, os prueba tan claro como el dia, que estais obligada á acompañarme á cualquier parte que quisiere conducirnos, dulce amor mio. ¿Puedo renunciar á tantos encantos? Estais mas linda que nunca... Teneis el color con un brillo y belleza adorable.

—Ta, ta, ta, exclamó Mad. de Maran, el alcalde de la aldea era un mentecato... un asno... no es mala la autoridad de un municipal con zapatos de vaca! En Paris no será así; tenemos buenos abogados, buenos jueces, nos obtendrán una separacion legal, y nos dejareis tranquilas.

—Lo creéis así, tia...

—Ciertamente, porque no es posible dejar una muger infeliz abandonada á las manos de un... vamos... era menester que no hubiese justicia en la tierra.

—Vaya! está visto, repuso dulcemente Mr. de Lancry; no todo es florido en el mundo, justamente tengo aquí en el bolsillo, tia mia, con que contradeciros... Por su fuga de esta mañana, me ha servido mi adorada á pedir de boca... Lo habia previsto... Al pasar por Paris para ir á Maran, tuve una conferencia con el prefecto de policia; sí, hermosa mia, una vez aquí, habeis sido inmediatamente seguida no solo por los dependientes del prefecto, sino tambien por otros no menos hábiles; así se sabe que al llegar aquí, enviásteis á vuestra fiel Blondeau á casa de cierto coronel Ulik, que se llama Mr. de Rohegune. Se sabe que llegó ella allí á la una y que ha estado hasta las dos menos cuarto. Se sabe que cuando salió de la casa Meurice, donde nos habiamos apeado, mi bello y amado ángel fué al convento del Sagrado Corazon y luego vino aquí; por lo tanto he hecho que vayar á la casa Meurice á decir que me traigan inmediatamente mi coche de camino, porque os lo tengo prevenido, no teniamos que estar en Paris, mas que doce horas, cuyo tiempo he empleado en hacer refrendar los pasaportes y en obtener una orden del presidente del tribunal de primera instan-

cia, por cuya órden se manda á las autoridades que me auxilién y asistan en el caso de que mi legitima esposa tuviese la nécia idea de resistirse á la voluntad de su marido, no quiero decir de su amo. Tened á bien echar una ojeada sobre esto, adorada mia, no rompais el papel, no me costaria mas trabajo que ir á sacar otro.

Entregó en efecto Mr. de Lancry á Matilde un documento en forma. La ley lo apoyaba, estaba en su derecho, hacia uso de él.

—Vamos pues! gritó Mad. de Maran mientras que Matilde leia maquinalmente el documento ¿es eso posible? ¿No sabeis de lo que ella os acusa?... Eso solo seria suficiente para una separacion... porque es una infamia... Quereis llevarla con aquel abominable albino de Lugarto...

—¿De veras? lo ha adivinado esta pobre querida mia? Pues es así... no se engaña... ese bueno y afectuoso amigo nos espera en Niza... Salimos esta noche; Fritz á quien Matilde conoce muy bien, nos sirve de correo... No llevamos con nosotros á nadie... dejará aqui á su Mad. Blondeau... Yo me tendré por muy afortunado en servir á mi bella amada.

Habia algunos pocos instantes que Matilde parecia indiferente á todo lo que se le hablaba.

De repente, sin decir una palabra, se arrodilló, bajó la cabeza y se puso á orar fervorosamente.

—Bien lo veis, dijo Mad. de Maran, está pidiéndole á Dios; no tiene mas recurso, y el señor no le abandonará. Creeis que dejará consumir semejante abominacion?... Volver á ver ese hombre?...

—Os aseguro, mi siempre hermosa tia, que se le calumnia. Mi adorada lo juzgará. Llegados ya á Niza partimos los tres para Sicilia, pais muy silvestre y muy pintoresco donde Lugarto tiene ganas de establecerse por algun tiempo. Cuando estuvimos en Nápoles, visitamos una especie de castillo veneciano situado á algunas leguas de Messina, en una admirable soledad, en medio de unas gargantas profundas é inaccesibles, nos estableceremos allí, yo, Matilde y Lugarto, pasaremos la mejor vida del mundo. En

aquel parage desierto se vive con tanta libertad como en Otaiti. En él improvisaremos una especie de Caprea.

De pronto se levantó Matilde, erguida, ufana, imponente, los ojos brillantes, el color sonrojado, y dijo á Mad. de Maran con voz firme:

—Dios no me abandonará... no... lo conozco... no me abandonará... pues la justicia de los hombres me abandona. Ha leído en mi corazón... Suceda lo que suceda, me perdonará, y tambien en cualquier evento, maldita seais, dijo con voz imponente á Mad. de Maran, maldita seais, vos que confiásteis á este hombre la vida de la hija de vuestro hermano, sabiendo que era un mónstruo.

—Matilde!... exclamó Mad. de Maran con voz suplicante...

—Dios ha querido, continuó Mad. de Lancry con una exaltacion creciente, Dios ha querido que tengais á esta hora á la vista el horrible cuadro del mal que habeis causado... Para vos comienza el dia de las espiaciones... Estais abandonada de todos, entregada á la barbárie de vuestros criados, morireis así, abandonada de todos... maldecida de todos... Ursula á quien perdisteis... Ursula que, gracias á vos llegó de crimen en crimen hasta el suicidio, os maldijo!... Mr. de Mortagne, al caer bajo los golpes de un asesino... os maldijo!... porque si no me hubiéseis hecho casar con este hombre, no hubiera Mr. Lugarto perseguido con su ódio á Mr. de Mortagne...

—Por Dios! hija mia... me desespero... soy la mas desgraciada de las criaturas.

—Hace veinte años .. en esta cama del dolor donde estais postrada, me hicisteis derramar mis primeras lágrimas, me causásteis mis primeros terrores cortándome los cabellos, que mi moribunda madre habia bendecido y tocado!... Hoy, me veis pronta á seguir. á este hombre; pues la fuerza, pues las leyes me condenan á *segurarlo*!! Comprended todo lo horroroso de esta palabra!... Pensad en el mal que me habeis hecho desde mi infancia hasta el dia... pensad en todo lo adverso ó fatal que puede aun acontecerme... y si ois decir que yo, la hija de vuestro hermano, me he matado para li-

brarme de la infamia... que caiga mi sangre sobre vos. como la de Ursula .. y maldita saís!

—Matilde... perdon, perdon... me causa miedo.. le dijo Mad. de Maran.

Dieron las diez... Se oyo el ruido de un coche de posta que se paró en la calle.

—Matilde abandonadme si lo quereis, pero no sigais á vuestro marido... es capaz de todo...

—Es el esposo que me escogisteis, señora! y las leyes quieren que le siga! escl amó Matilde.

Volviéndose en seguida á Mr. de Lancry, le dijo con un tono que le hizo estremecer á pesar suyo:

—Caballero, estoy pronta...

Mr. de Lancry esperaba una resistencia desesperada, y por lo tanto le sorprendió la calma espantosa de Matilde. No obstante, se levantó sonriéndose y le ofreció el brazo.

Mad. de Lancry lo apartó con un gesto lleno de desprecio y de dignidad.

Entró Servien y dijo á Mr. de Lancry.

—Señor vizconde, ahí está el coche y esos caballeros; os esperan en el salon.

—¿Qué caballeros?

—Tres caballeros que han venido en el coche desde la casa Meurice. Fritz, el correo, salió ya para preparar vuestras paradas

—¿Qué es lo que quieres decir con esos tres caballeros? repuso negligentemente Mr. de Lancry.

En el momento en que echó á andar para la puerta, una mano vigorosa apartó á Servien y apareció Mr. Secherin en ella, pálido como un espectro.

Estaba de luto rigoroso.

—Mi madre ha muerto, vengo á mataros Mr. de Lancry, dijo Mr. Secherin con voz imponente.

IV.

UN DUELO.

Al ver á Mr. Secherin, se puso cárdeno Mr. de Lan-
cry.

—Y bien! caballero, otro dia nos volverémos á ver; respondió con voz alterada, y volviéndose á Matilde. Señora, venid, venid.

—No saldreis de aquí sino para batiros conmigo! dijo Mr. Secherin cerrándole el paso.

—Mr. Secherin, estais loco! dijo Mr. de Lanery siempre adelantándose.

—Señor vizconde, dad un paso más y os abofeteo delante de vuestra muger.

El crimen hace cobardes; Gontran habia sido valiente, no era ya mas que cruel.

—Servien, gritó, libertadme de este hombre; que se le ponga en la calle.

—Servien, Servien, os prohibo que le toqueis, dijo

Mad. de Maran. Este horrible Mr. de Lancry quiere llevarse á mi pobre sobrina. Este buen Mr. Secherin quiere matarle. Tiene muy buenas razones para ello. Por el amor de Dios, que se le deje hacer, que se le deje hacer.

Sea que Servien tuviese algun agravio contra Mr. de Lancry, sea que quisiese hacer olvidar á su ama su mal rato de aquella tarde, se retiró poco á poco sin decir una palabra.

Matilde se dejó caer en un sillón y se tapó la cara con las manos.

Mr. de Lancry furioso, quiso abrirse paso; pero Mr. Secherin con brazo vigoroso, lo cogió por el cuello y lo rechazó atrás violentamente.

Mr. de Lancry, dió de hocicos en el suelo. Al levantarse, miró en rededor suyo para ver si encontraba alguna cosa que le pudiese servir de armas. No halló nada.

Este insulto despertó en él alguna chispa de su antigua energía, y su cara pàlida se coloró un poco.

—Pagareis cara vuestra brutalidad, villano!

—Villano, en hora buena; pero quiero mataros lo mas pronto posible, y os mataré!

—Pues bien, pasado mañana, enviadme vuestros testigos, se entenderán con los míos, esta noche y mañana, no puedo disponer de mí. Señora, venid.

—Si fuese de dia os llevaria ahora mismo, pero, es preciso esperar hasta mañana por la mañana. Afortunadamente las noches son cortas; tengo aquí mis testigos y mis armas. no saldreis sino para batiros conmigo.

—Caballero, exclamó Mr. de Lancry, esta escena es in noble! delante de señoras...

—Teneis razon, dijo Mr. Secherin que, sin separarse de la puerta de la alcoba de Mad. de Maran, era como hablaba con Gontran. En menos tiempo del que se tarda en escribirlo, cogió á este último por el cuello, lo sacó fuera, cerró la puerta y quedaron los dos en la primera sala con los testigos de Mr. Secherin.

Este nuevo ultrage, acabó de exasperar á Mr. de Lan-

cry; se fué hácia Mr. Secherin con los puños cerrados, echando espumarajos por la boca, diciéndole:

—Os atreveis otra vez á ponerme la mano encima!

—Si, vizconde, y harè algo mas que eso.

Mr. Secherin, asió con sus manos toscas y robustas, las muñecas delicadas de Mr. de Lancry, y las meneó con bastante fuerza á riesgo de rompérselas. Despues, aproximándose á la cara de Mr. de Lancry tanto que sentia su aliento, le hizo el ultrage mas mortal que un hombre puede hacer á otro. En seguida le dijo:

—Os batireis quizás ahora!

Mr. de Lancry dió un bramido terrible, Mr. Secherin lo desvió con aspereza, se puso delante de la puerta de la sala, cogió el baston de uno de sus testigos, y dijo á Mr. de Lancry.

—Os muelo á palos si dais un paso para salir.

Gontran viendo que le era imposible luchar físicamente con Mr. Secherin, se mordió rabiosamente las manos.

—Personas de honor, gritó á los testigos con voz ahogada por el furor, personas de honor ser cómplices de semejante asesinato.

—Es una deuda antigua... Os habeis negado á batiros mañana, dijo con flemma un hombre alto, calvo, con una grande cicatriz en la mejilla.

Es culpa vuestra, habeis forzado á Secherin á emplear los grandes medios... Hace mucho tiempo que aguarda reparar el insulto que le habeis hecho. El que debe... paga y calla.

—Pero los testigos, caballero, los testigos! Necesito tiempo para hallarlos, exclamó Gontran.

—Vuestro coche de posta está á la puerta; bajarémos juntos, porque no os dejo, puesto que no me pareceis muy católico, aunque se dice que habeis servido... Aquí teneis conocidos, recogemos dos amigos vuestros, volvemo aquí por Secherin; y echamos á andar... En la primera posta, fuera de Paris, esperamos el alba. En cualquier parte hallarémos

un pedazo de campo desierto, ó un trozo de camino estroviado para despachar nuestro asunto.

—Si no, repuso Mr. de Secherin que andaba por el salon como un lobo enjaulado, no os dejó un minuto, un segundo y donde fuéreis voy y os apaleo...

—Una palabra mas, dijo Mr. de Lancry palpitando de furor, al testigo de Mr. de Secherin.—Cómo habeis sabido que estaba yo aquí?

—No es ninguna cosa rara; ahora tres dias, el siguiente al de la muerte de su madre, Secherin me dijo de lo que se trataba, y tambien á mi camarada Pedro Lebranc que está aquí, el cual ha servido como yo en el doce de dragones; somos vecinos de Secherin, paisanos. Hallamos que Secherin está en su derecho; pero para mataros, es preciso dar con vos. Salimos en posta de Rouvray para Paris; al pasar cerca de Maran, le ocurrió á Secherin la idea de entrar allí para adquirir noticias sabiendo que vuestra muger estaba allí: acabábais justamente de salir con Mad. de Lancry, os seguimos la pista, de posta en porta, hasta Berny. Esperamos allí buenamente que volvieran vuestros postillones; estos nos dicen que os han conducido á la casa de Meurice. Habiais tambien salido; volvemos cinco ó seis veces, estábais todavia fuera: causados de esto, nos instalamos para esperaros. A las nueve y media el criado principal nos dice:—Señores, quereis absolutamente hablar al señor vizconde de Lancry, su coche vá por él al arrabal de San German, idos en él; así lo encontrareis seguramente.—El consejo era bueno, lo seguimos, y hénos aquí... Esto os prueba que hay arriba alguieu que quiere que las personas valientes arreglen sus cuentas con los... el resto lo diré á vuestros testigos, si el corazon me lo dice, viendoos en el lance, á vos y á Secherin.

Durante esta narracion, la rábia de Mr. de Lancry habia llegado á su colmo; sus horrorosos designios acerca de Matilde podian desbaratarse... no esperaba ya librarse de la venganza de Mr. de Secherin. Resolvió batirse lo mas pronto posible. Por otra parte le habia vuelto el valor con los ultrages que habia sufrido. Le quedaba la suerte de matar á Mr. de Secherin.

Gontran habia tenido muchos duelos en que habia salido con felicidad, tiraba perfectamente con pistola y manejaba muy bien la espada. Dirigiéndose al testigo de su adversario:

—Caballero, consiento en todo, vamos á buscar dos amigos míos. Puedo, antes de irme, segun creo, despedirme de mi muger, añadió Mr. de Lancry con una sonrisa fatal...

—Quiere quizás huir por alguna escalera secreta, dijo Mr. Secherin.—Pedro Lebranc, vete á guardar la puerta cochera.

Mr. de Lancry tragó este último baldon y entró violentamente en la habitación de Mad. de Maran.

—Ahora bien, señora, dijo á su muger, estais contenta, pronto estareis viuda, lo esperais al menos!

Matilde no respondió nada.

—Sí, sí, lo esperamos, gritó Mad. de Maran, y no tendreis mas que lo que mereceis; voy á hacer promesas por el valiente Secherin!

Mr. de Lancry, despues de haber contemplado algunos instantes á su muger con una espresion de ódio feroz, le dijo:

—Puede que muera; pero seré vengado. *Os queda Lugarto...* Sabrá alcanzaros como alcanzó á Mr. de Mortagne, como ha alcanzado á Mad. de Richeville, como alcanzará á Mr. de Rohegune, por vos y en vos! Empero si no me matan... oh!... temblad... temblad... sereis aniquilada...

Se fué.

Tales fueron sus últimas palabras á Matilde. Esta dejando pronto la casa de Maran, á pesar de las súplicas desesperadas de su tia, fué á esperar el fin de este duelo á casa de Mad. de Richeville.

Dos conocidos de Mr. de Lancry, despertados en medio de la noche, instruido de la urgencia y de la gravedad del duelo, consintieron en servir de testigos. Partieron

para San Dionisio. Al amanecer se verificó el duelo en los fosos de las fortificaciones antiguas.

Al primer tiro de Mr. de Secherin, cayó Mr. de Lancry... espiró maldiciendo la memoria de Ursula y acusándola de su muerte.



CAPÍTULO ÚLTIMO.

CONCLUSION.

Mad. de Lancry, instruida del resultado del desafio por una carta de uno de los testigos, pasó los seis primeros meses de luto en el convento del Sagrado Corazon con Mad. de Richeville.

Mr. de Rohegune, así que supo la muerte de Mr. de Lancry, emprendió un viage á Italia, que duró algunos meses. Instruido por las memorias de Matilde de los verdaderos sentimientos que habia tenido respecto á él, y del admirable sacrificio que habia hecho, las esperanzas que concebía disipaban un poco sus remordimientos, pues no dejaba de acusarse de la muerte de Emma.

Matilde descubrió este triste misterio.

Emma antes de casarse, habia hecho de memoria un retrato de Mr. de Rohegune y se lo habia entregado; mas adelante, este retrato le fué devuelto por su marido, en la carterita que lo contenia. Mad. de Richeville reunió religiosamente todo lo que le quedaba de su hija, y no se habia atrevido, despues de la muerte de esta, á mirar reliquias tan sagradas para ella. Un dia suplicó á Matilde que buscara entre aquellos objetos un medallon que contenia un retrato

de Emma cuando era niña. Ocupándose en esto, abrió Mad. de Lancry la cartera en que estaba el retrato de Rohegune pintado por Emma; halló en ella dos cartas, una de las cuales estaba concebida en estos términos.

»Os engañan: Matilde es la querida de vuestro marido; conocéis la letra de Mr. de Rohegune. Leed este vilette que un desconocido hace llegar á vuestras manos.»

La segunda carta es la que sigue: se sabe que Mr. de Rohegune la escribió á Mad. de Lancry, cuando esta le suplicaba volviese al lado de Emma.

»Llegaré á Paris mañana á la noche: lo que me decís es horroroso... y por desgracia no puedo reparar el mal que he causado involuntariamente... Emma es un ángel de bondad, hermosura, candor y gracia... Merece un corazón que no pertenezca mas que á ella. Si no os hubiese visto, si me fuese posible amar á otra persona que á vos, su amor seria mi mas caro tesoro... *Pero el amor por compasión...* es digno de ella? ¿es digno de mí? Toda mi esperanza se cifra en que os engañais acerca del peligro que corre esa infeliz niña... En todo caso voy... Y su madre, nuestra mejor amiga... Oh! no sé qué fatalidad me persigue.»

Pensando en la interpretacion que se daba á esta carta á los ojos de Emma, las sospechas que en ella despertaba, en las apariencias con que se les calumniaba, pensando en las penas que esta infeliz jóven habia ya sufrido cuando descubrió el secreto de su nacimiento, se comprende que debió ser herida con un golpe mortal; concentrada en su muda desesperacion, la infeliz no quiso enterar á nadie del último tormento que la mataba.

Por los dobleces casi rotos y lo deteriorada que estaba esta carta se veia que Emma debió leerla y leerla bien á menudo, é infiltrarse así gota á gota aquel veneno mortal.

Matilde, á pesar de estar cierta de tener aquella carta en su poder; la buscó en su correspondencia. La encontró en efecto; pero, comparando con cuidado las dos, reconoció la falsedad de la que con tan mala intencion fué enviada á Emma; habia sido contrahecha con un arte infernal.

Hé aquí la esplicacion de este hecho:

Cuando Matilde decidió á Mr. de Roche-guñe á casar-Lugarto, de Lancry vivia con su marido en la casa de la calle de Borgoña. El ayuda de cámara de Gontran, vendido á lle de Bo entonces de óculto en Paris, se apoderó por orden de este último, del cofrecito por algunas horas, forzando diestramente la cómoda de Mad. de Lancry durante su ausencia. El resto se comprende muy fácilmente. Lugarto imitaba maravillosamente toda clase de letra, y el abrir el cofrecito, cuya llave tenia siempre Matilde, le fué cosa muy fácil. En la prevision cierta del casamiento de Mr. de Roche-guñe, la eleccion de esta carta anunciaba una mano habituada á herir con certeza. Mas adelante, habiendo concebido algunas sospechas Mad. de Lancry, fué depositado el cofrecito en casa de Mr. de Senneville. Gracias á esta precaucion tardia de Matilde, se escaparon á Lugarto otras cartas no menos peligrosas.

Despues de descubierta esta horrible perfidia, envió Matilde estas dos cartas á Mr. de Roche-guñe. Conoció este entonces toda la verdad, y quedó libre de unos remordimientos que le despedazaban el corazon; no sintió ya si no una compasion profunda, pensando en todo lo que debió haber sufrido Emma durante su lenta agonía.

Cerca de quince meses despues de la muerte de su marido, Mad. de Lancry se casó con Mr. de Roche-guñe.

Es inútil decir la felicidad, el santo alborozo que presidieron á este matrimonio. Puede adivinarse el adorable porvenir que se abrió delante de Matilde, que hasta entonces habia padecido tan dolorosa y religiosamente.

Poco despues de esta época se derribò una casa pequeña aislada sita entre Luzarches y el bosque de Chantilly, la cual habia estado vacia mucho tiempo. En el fondo de un escondidijo hecho cerca de la chimenea de la alcoba, y en todo semejante al que Matilde descubrió con no poco espanto en la calle de Borgoña, se encontró el esqueleto de un hombre. Este era el de Lugarto. Cuando Mr. de Lancry fué á buscar á su muger á casa de Mad. de Maran, citó á su

cómplice para aquella casa pequeña, donde debía conducir á Matilde, sin habérselo prevenido.

Fritz, correo de Gontran, debía anunciar á Lugarto la llegada de su amo y de Matilde, con el chasquido de su látigo, é irse en seguida á la casa de postas de Chantilly á esperar que volviese el coche. El desafío de Mr. Secherin trastornó todos los proyectos, pero Fritz, que lo ignoraba, creyó que el coche lo seguía, preparó los tiros, pasó por la casa aislada, hizo la seña convenida, y continuó su camino hasta Chantilly. Oída la seña, Lugarto se metió en el escondidijo de la alcoba creyendo que sus huéspedes llegarían pronto y que Matilde no debía sospechar se hallase allí. La Providencia quiso que el resorte de un tablero no pudiese abrirse cuando Lugarto intentó salir de su escondite; cansado de esperar en vano que Gontran viniese á sacarlo, dió gritos pero en valde, pues estaba solo en la casa. Al día siguiente volvió el correo y llamó á la puerta; no le respondieron. Inquieto ya por no haber visto volver el coche á Chantilly, se volvió á Paris donde supo la muerte de Mr. de Lancry. En cuanto á Mr. de Lugarto, como su vida había tiempo que era tan misteriosa, su desaparición pareció muy natural á todas las personas de quienes se servía.

Se puede comprender el mal horrible que hizo este hombre, si se piensa en los inmensos recursos que hallaba, ya en la corrupcion, ya en la especie de policia oculta con que cercaba á las personas que aborrecia. Para este hombre infame, saturado de placeres, estragado en sumo grado, el mal era una necesidad y un deleite: mucho dinero, algunos viajes á Paris, su habilidad en falsificar letras, le proporcionaron herir de muerte ó de una manera incurable á Mr. de Mortagne, á Emma, á Mad. de Richeville, á Mr. de Rochegune y á Matilde.

Apartarémos la vista de los horrores monstruosos que meditaban para lo sucesivo Mr. de Lancry y Mr. Lugarto; cuando dos almas iguales se unen, nada debe sorprender.

Mr. Secherin, despues de haber matado á Mr. de Lancry, viajó siempre perseguido por la memoria de Ursula. La

muerte de Mr. de Lancry lo habia vengado, pero no dado consuelo alguno.

Mad. de Maran, paralitica del todo y casi ciega, continuó abandonada enteramente al cruel despotismo de Servien, que no dejaba que nadie se acercase á ella. El fin de su vida fué un suplicio de todos los tormentos. El borron que hemos presentado apenas puede dar una idea de ello. A no ser por la firme é inmutable voluntad de Mr. de Rochegune, hubiera Matilde tratado de aliviar la triste situacion de su tia. Mad. de Richeville se entregó á las mas duras austeridades; su salud largo tiempo consumida por penas incurables, no resistió mucho; supo á lo menos el sublime sacrificio de Matilde respecto á Emma.

Mr. de Senneville hizo olvidar la culpable ligereza de sus conversaciones y de sus mentiras con la honrada confession de sus desaciertos y con el respeto profundo y afectuoso que siempre tuvo á Matilde y á Mr. de Rochegune.

En fin, para no dejar en olvido los personajes que han figurado en esta larga relacion, diremos que la viuda Lebeuf volvió, algunos dias despues de haber desaparecido, á lucir en el mostrador de caoba de su café de la calle de San Luis, teniendo siempre de mozo á su fiel servidor Botard y á los hermanos Godet por principales parroquianos, Mr. de Lancry y Lugarto habian hecho dar á la viuda una suma bastante considerable para que abandonase su establecimiento por algunos dias á su policia oculta. La vecindad de la casa de Orbeson ocupada por Mr. de Rochegune, hacia que aquella vigilancia no se interrumpiese en el caso en que Matilde, irritada por la desesperacion, hubiese pensado buscar allí un refugio.

Madama Lebeuf tuvo á bien cubrir con un espeso velo su ausencia momentánea. Este misterio es aun, á estas horas, el testo inagotable de la conversacion de los hermanos Godet y de los otros parroquianos del café Lebeuf. En fin, la antigua casa de Orbeson se convirtió en una fábrica de productos químicos despues que la dejó el coronel Ulrik.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PARTE TERCERA.

	PÁGINA.
CAPITULO I. Una madre	5
II. La conferencia	18
III. Sobresaltos	33
IV. Madama de Maran	45
V. Recuerdo de la infancia.	57
VI. El regreso.	74
VII. Los rumores del mundo.	83
VIII. Felicidad y esperanza	95
IX. Arrepentimiento.	102
X. El castigo.	113
XI. Mr. de Lancry y Ursula.	121
XII. Ursula á Gontran	125
XIII. Mr. de Secherin á Ursula.	131
XIV. Los dos esposos.	136
XV. Desesperacion.	145
XVI. La partida.	152
XVII. El testamento.	158

PARTE CUARTA

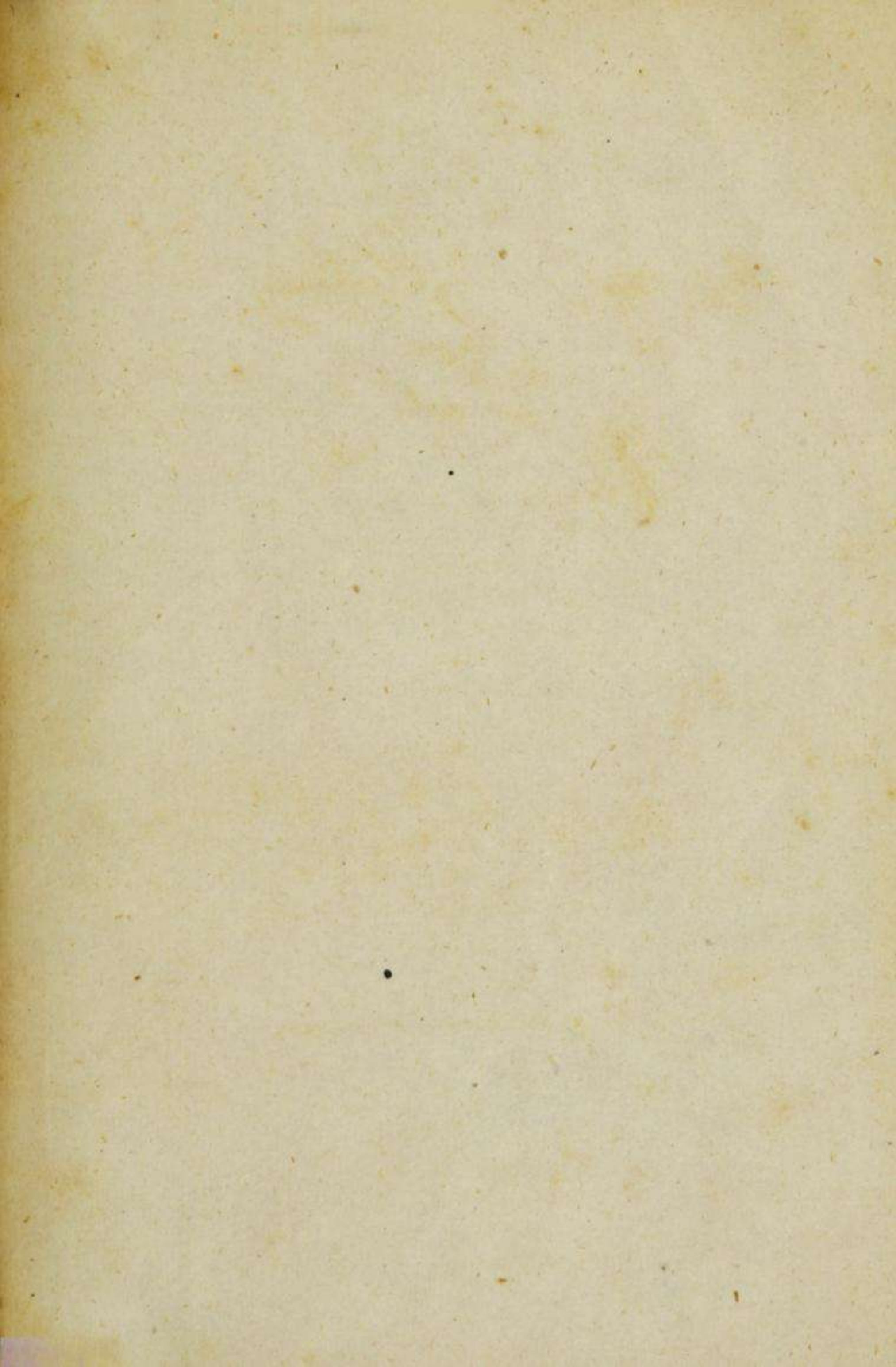
EL MARQUES DE ROCHEGUNE.

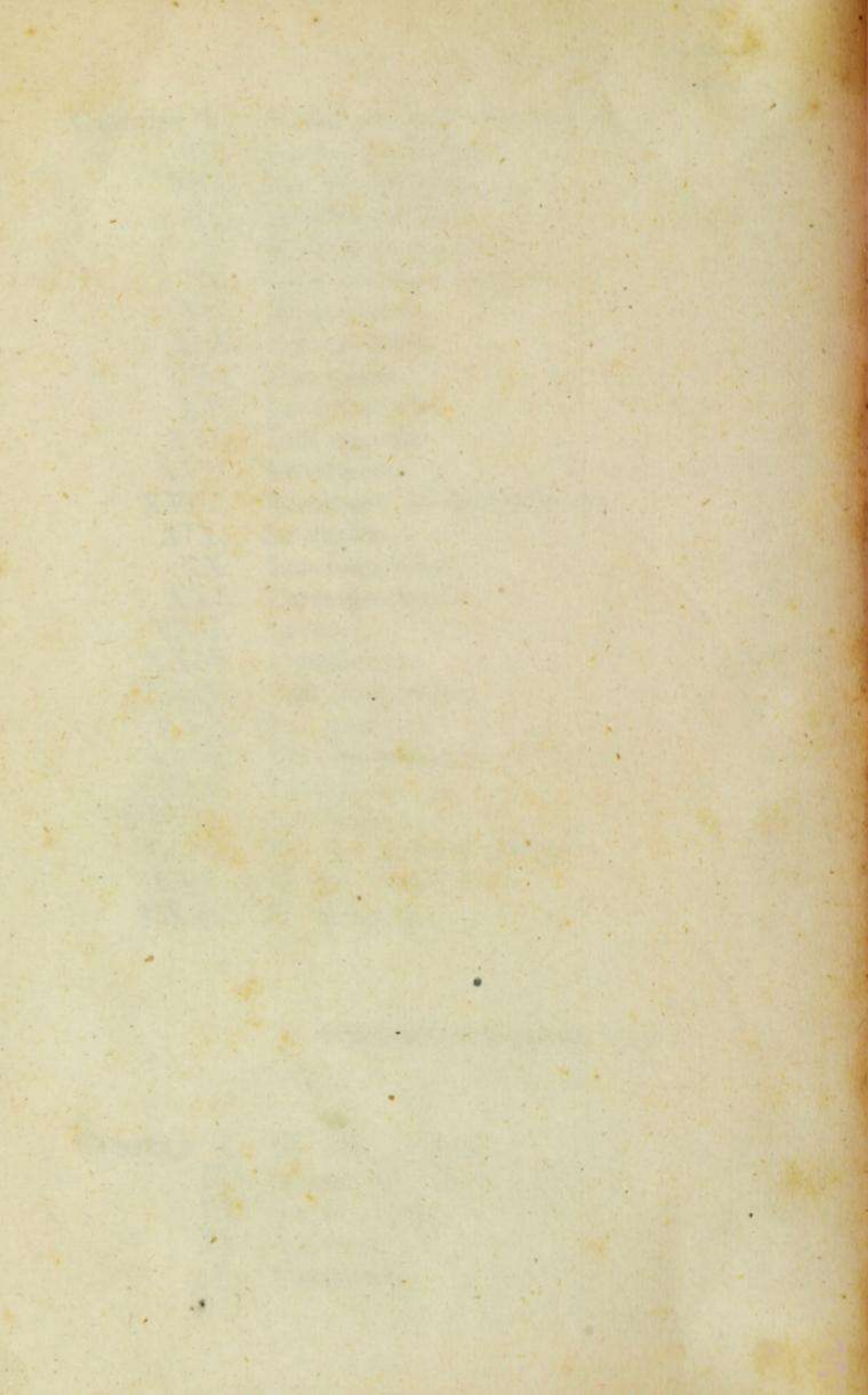
CAPITULO I. La carta	167
II. Rouvray	179
III. La vuelta.	192
IV. Correspondencia.	201
V. Encuentro.	215

CAPÍTULO IV.	Narracion de un suceso.	224
VII.	Un amigo antiguo	237
VIII.	Las confidencias.	248
IX.	Correspondencia.	262
X.	El baile de máscaras.	277
XI.	La conciencia despierta.	289
XII.	El concierto.	208
XIII.	La confesion.	319
XIV.	Una visita.	386
XV.	La entrevista.	323
XVI.	Una consulta.	342
XVII.	Revelacion.	351
XVIII.	Resultado de la revelacion.	359
XIX.	La vuelta.	370
XX.	Las despedidas.	984
XXI.	Correspondencia.	395
XXII.	La cita.	417
XXIII.	Confidencias.	426
XXIV.	Los desposorios.	439
XXV.	La peticion.	447
XXVI.	Un matrimonio.	453
XXVII.	La muerte.	461
XXVIII.	Los duelos.	475
XXIX.	El dia de Santa Clara.	485
XXX.	El cura Dampierre.	496
XXXI.	El cofrecito.	509

EPÍLOGO,

CAPITULO I.	El café Lebeuf.	519
II.	La casa de Maran	527
III.	La entrevista	539
VI.	Un duelo.	548
V.	Conclusion	557







Handwritten scribbles in the middle of the page, consisting of several overlapping, curved lines that do not form recognizable text.

Handwritten scribbles at the bottom of the page, including a small, illegible mark on the left and several faint, overlapping lines to its right.

